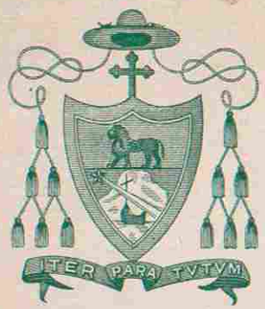
TESORO
DE ORATORIA
SAGRADA
VI

DICCIONARIO
APOSTÓLICO
O

BV4217
T4
v.6
1871-93

008539



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

1080015277

TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA.

PRIMERA PARTE.

TOMO VI.

DIVISION DE LA OBRA.

CUATRO COLECCIONES, CADA UNA DE LAS QUE CONSTITUYE UN COPIOSÍSIMO REPERTORIO, FORMAN ESTA GRANDIOSA OBRA, EL TESORO DE ORATORIA SAGRADA. LAS CUATRO COLECCIONES, Ó PARTES DE LA OBRA, INDEPENDIENTES ENTRE SÍ, SON LAS SIGUIENTES:

1.ª DICCIONARIO APOSTÓLICO MORAL. Comprende de **500 à 600 SERMONES COMPLETOS**, y dispuestos de modo, que, con ayuda de los Títulos, Planes, Divisiones, Pasajes y Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres, debidamente ordenado todo en el Índice de materias, pueden sacarse miles de discursos, repertorios íntegros para **CUARESMA, ADVIENTOS**, etc.; siendo esta obra, por su estructura especial, un **THESAURUS BIBLICUS**, y un **FLORES DOCTORUM** más completo que todos los conocidos hasta el dia.

2.ª VARIEDAD completísima de **PANEGÍRICOS DE LA SMA. VÍRGEN**, relativos á todos sus **MISTERIOS**, sus **VIRTUDES**, los **HECHOS** todos de su vida, y á los principales **TÍTULOS** y **ADVOCACIONES** con que la honran los fieles; distinguiéndose por el gran número de **Sermones propios para el mes de MAYO**, y acomodados á las diferentes clases de auditorios y demás consideraciones locales ó accesorias que convenga tomarse en cuenta.

3.ª SERMONES panegíricos y doctrinales sobre los **MISTERIOS DE LA VIDA, PASION Y MUERTE DE N. S. JESUCRISTO**; sobre la **EUCARISTÍA, SAGRADO CORAZON DE JESÚS**, festividades principales del Año Cristiano, Octavarios y Novenas dedicadas á las más notables advocaciones de N. S. Jesús.

4.ª SERMONES morales; **EJERCICIOS ESPIRITUALES** para Religiosas y diferentes clases y categorias sociales; **MISIONES** dispuestas al alcance de todas las inteligencias; **NOVENARIOS DE ANIMAS**, y demás séries de índole análoga.

TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA,
Ó SEA,
BIBLIOTECA SELECTA
DE
PREDICADORES;

COLECCION ESCOGIDA

de Sermones, Pláticas y otros Discursos sagrados, sacados de los mas sobresalientes autores nacionales y extrangeros, en especial modernos;

CONSIDERABLEMENTE

ampliada con gran copia de trabajos originales, Sermones, Planes de sermon, Divisiones, Pasages, Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres.

2.ª EDICION

CORREGIDA, ORDENADA Y COMPLETADA

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,

bajo la direccion

del R. P. Ramon Buldú,

Lector franciscano.

Comede volumen hoc, et vocabis eos quere ad filios Israel. Ezechiel.

PRIMERA PARTE.

Tomo VI.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

BARCELONA:

LIBRERÍA CATÓLICA de los editores Pons y C.ª, Archs, 8, y Capellans, 2.

1876.

CON RESERVA DE TODOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
45170
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

BV4217
T.4
V.6
1871-93

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Imprenta de Luis Tasso, calle del Arco del Teatro, núms. 21 y 23.

TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA,
Ó SEA,
BIBLIOTECA SELECTA
DE
PREDICADORES.

PRIMERA PARTE.

DICCIONARIO APOSTÓLICO:

Comprende de 500 á 600 Sermones completos, y dispuestos de modo, que, con ayuda de los títulos, Planes de Sermon, Divisiones, Pasajes, Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres, debidamente ordenado todo en el índice de materias, pueden sacarse miles de discursos repertorios íntegros para la Cuaresma, Adviento, etc.; siendo esta obra, por su estructura especial, un THESAURUS BIBLICUS y un FLORES DOCTORUM.

2.ª EDICION
CORREGIDA, ORDENADA Y COMPLETADA
POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,
bajo la direccion
del R. P. Ramon Buldú,
Lector franciscano.

Prædicate Evangelium omni creaturæ. MARCH. XVI. 15.

Tomo VI.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

FÁBRICA

Ó CONSTRUCCION DE UNA IGLESIA.

Véase: CARIDAD PARA LA FÁBRICA, y BENDICION DE UNA IGLESIA.
FALTAS LEVES; véase: FIDELIDAD, y PECADO VENIAL.

FAMILIA.

I.

Sacramentum magnum est, ego autem dico in Christo et in Ecclesia.
Sacramento es este grande, mas yo hablo con respecto á Cristo y á la Iglesia.

(EPHES. v, 32.)

La Iglesia, carísimos hermanos, no se cansa de reclamar vuestra solicitud y caridad, porque la miseria física y moral no se cansa tampoco de andar por el mundo y de afligir á la humanidad. Lo mismo que en el seno de la naturaleza vemos una fuerza destructora, que obra y se mueve continuamente, y una fuerza conservadora, que viene en pos, y que á cada ataque dirigido á la vida de las cosas, procura remediar el mal; así sucede en el seno de las naciones. Hay en los pueblos, cualquiera que sea su grado de poder y de civilizacion, una fuerza terrible y destructora, que no perdona ninguna clase, que asesta certeros golpes al seno de las cosas que creemos más santas y mejor consolidadas. Y á fin de que el órden y la vida se mantengan entre nosotros, conviene que la Iglesia, madre de los hombres, ponga

008530

á sus hijos en movimiento, para que conserven lo que el enemigo ataque, restauren lo que destruya, reparen lo que aje; en una palabra, para que mantengan firme, incólume, la obra de Dios, con sus carácteres de grandeza, estabilidad y santidad; y para que, sea cual fuere el poder del mal y del demonio, la mano de Dios, siempre presente y siempre visible en medio de sus criaturas por la fé, la esperanza y la caridad, conjure á todos los enemigos reunidos, que atentan á nuestra felicidad actual y á nuestra felicidad eterna. Insensatos fuerais, pues, vosotros, que sois buenos, si no secundaseis los esfuerzos de la Iglesia, como ella seria culpable de traicion para con vosotros y el mundo, si callase, si á cada mal que advierte, no reclamara vuestro concurso.

Yo vengo hoy, hermanos mios, á proponeros, que vengais al auxilio de un mal grave, muy grave. Vosotros no ignorais, que la familia es el mayor bien creado y el hecho humano más santo; de aquí se desprende naturalmente, que lo que tiende á destruir ó á falsear la familia, es un gran mal y un gran crímen. Pues bien, la familia, en nuestros dias, es atacada con escritos y con hechos, y vosotros podeis con palabras, y todavía más con vuestra conducta, contribuir á salvarla. Yo no dudo que secundareis los deseos de la Iglesia, cuando os haya demostrado lo que es la familia. Tal vez no habeis nunca bien ponderado todo lo que significa esta palabra. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. En primer lugar, la familia es la vida. Cuando Dios, padre de la vida, hubo sacado al mundo de la nada, plúgole detener en su diestra el manantial de vida y cerrarlo para el resto de los tiempos; esto es, lo cerró, no creando nada más, á lo ménos, en el órden de las cosas sensibles. No se crea que lo hizo por avaricia, por una sórdida economía de la vida, que es en él un océano sin fondo ni orilla; sino porque entre los dones que queria concedernos, contábase tambien el mismo don de dar la vida. Complacíase Dios en decir al hombre, que acababa de formar: Ahora, oh hombre, que eres un sér viviente, inteligente, podrás, como tu padre, invocar la vida, la sacarás de un acto de tu pensamiento, de un acto de tu voluntad, de un acto de tu amor; tú serás padre como yo; y tomando en tus brazos santos y bendecidos una familia nacida de tí, así como tú eres familia mia, así tú mirarás tu alma en el alma de tus hijos, y rogarás delante de mí con el clamor sublime de la paternidad.

La familia es la educacion. La vida del cuerpo, por grande que sea, no es toda la vida, es una vida á medias. Hay otra vida que la

del cuerpo: la vida del alma, de la que la familia es tambien depositaria é instrumento mediante la educacion. El alma nace con facultades, pero con facultades que no funcionan; es preciso que intervenga la mano de los padres, y que su alma se comunique al niño. La educacion, este desarrollo del alma en la luz, le dá la rectitud y la generosidad. Luz, rectitud, generosidad, todo eso puede desaparecer, tomar una mala direccion. Es preciso que los padres guien á sus hijos por la senda recta, y que ántes de llegar á la plenitud de su desarrollo, les auxilien, les conduzcan, los hagan crecer, como arbolillos que extienden sus ramas, no hácia la tierra, sino hácia el cielo.

La familia es tambien el trabajo. ¿Quién de nosotros, hermanos mios, cumpliría la gran ley del trabajo con persistencia, con valor, si no tuviese, si nosotros no tuviésemos (digo nosotros, porque tenemos una familia espiritual, como vosotros una familia temporal); si no tuviésemos que trasmitir el fruto de nuestro trabajo, si nuestros dias se limitasen á nuestros dias? ¡Necesita tan poca cosa el hombre para sí, para su tiempo! Pero teniendo siempre presente la familia, no se cansa de trabajar; pone á usura todos sus sudores, todos sus gemidos, sus lágrimas todas, porque sabe que hay almas que le reclamarán todo eso: sabe que sus trabajos no serán perdidos, y que, muerto y sepultado, habrá todavía corazones que serán sensibles á la memoria de sus fatigas, que le bendecirán, que dirán, al atravesar el campo adquirido á costa de tantas penas é inquietudes: Es el campo de mi padre.

La familia es asi mismo la propiedad. La propiedad no existiría si no pudiese trasmitirse, y no es trasmisible sino porque tenemos alguien á quien trasmitirla. Tambien es la gloria. Algunos hombres, hermanos mios, raramente dispersos en el horizonte de las edades, tienen la facultad de crearse una gloria personal, de ahogar, en cierto modo, en su propia grandeza, el recuerdo de sus antepasados; pero la oscura y tranquila gloria de la multitud está en la tradicion de honradez, que subsiste en el seno de las familias. Nuestra gloria es el legado de una sangre sin mancha: es nuestro padre, nuestro abuelo; es el nombre que recibimos en las calles de nuestras ciudades, cuando al vernos los viejos, nombran aún al que fué nuestro padre, á la que fué nuestra madre, y ven en su posteridad un destello de sus beneficios, de su vida edificante, cuya memoria conservan. La familia es, pues, toda nuestra gloria para la mayoría de nosotros; y los que adquieren otras glorias, una de sus grandes dichas es precisamente poderlas trasmitir con su nombre á la familia que vendrá tras

ellos, y heredará todo el prestigio que rodeaba su nombre, que lo rodeará aún por mucho tiempo.

Finalmente, la familia es la alegría. ¡Ah! ya lo sabeis, carísimos hermanos, la alegría es muy rara fuera de la familia! ¿Qué es la alegría de los legisladores? ¿Qué es la alegría de los grandes? ¿Qué es la alegría de los guerreros en el campo de batalla?... Nuestra alegría, hermanos mios, está en el pequeño círculo que llamamos familia, hogar doméstico. Despues de un largo dia de trabajo ligero ó duro, el hombre, libre, por fin, de la toga, de la espada, ó del arado, se sienta y mira á derecha é izquierda, y ve ojos que le buscan, manos que estrechan la suya, un algo santo, natural, cordial, que jamás se extingue y siempre se repite. Los mismos rostros que envejecen con el suyo, los jóvenes que crecen, miéntras él decrece, todo eso es la familia: y si no tuviésemos eso, hermanos mios, ¿qué seria nuestra vida? ¿Cuál fuera nuestro contento?

La familia es, pues, la vida, la educacion, el trabajo, la propiedad, la gloria, la alegría, y por eso, como nuestro Señor Jesucristo queria regenerar el mundo y necesitaba hombres que abdicasen los goces naturales, á lo ménos, hasta cierto punto, hacíase en su corazon de padre y de amigo esta grande objecion: «Si á los mios, á mis apóstoles, á los mártires, les quito la familia, ¿qué les dejaré, pues? ¿Yo? ¿Dios, mi padre? ¿El Espíritu Santo? Sí; esta es la gran familia, la familia comun, eterna; pero esta familia aún no es visible. ¿Acaso puedo, yo que les amo, dejarles huérfanos? ¿Acaso puedo dejarlos sin familia, despues de pedirles el sacrificio de la familia?» Y entónces les dijo estas palabras, que se han realizado: «Quien dejare á su padre, á su madre, á su hermano, á su hermana por mí, hallará un padre, una madre, un hermano, una hermana.» Nosotros lo hemos dejado y abandonado todo, sin exceptuar á nuestros padres, pues debemos encontrar en la familia espiritual lo que se nos ha prometido.

2. Por consiguiente, la familia lo es todo para nosotros, hermanos mios; la familia es el mayor, el colmo y la reunion de todos los bienes creados. Pero ¿cómo se produce la familia? ¿Cómo pudo Dios crearla? ¿Cuál es su orígen? ¿Cuáles son sus leyes? Parece muy sencillo decir: ¡una familia! Y es verdad: hay en la familia algo muy sencillo, y es su primer principio, el corazon del hombre. La familia no viene de los sentidos; los sentidos solo agotan su fuente. La familia tampoco viene de la inteligencia; la inteligencia es un astro solitario que no necesita unirse; tal vez desea hallar tierras sombrías donde arrojar los rayos del pensamiento con aquella especie de orgullo propio de la luz; pero la inteligencia no crea la familia. El sábio en su

gabinete, con las tradiciones del pasado en los libros, investigando profundamente los secretos de la naturaleza, no cree tener necesidad de otra cosa que de la inteligencia que en él brilla, y del objeto natural que con atencion examina. En nosotros hay algo mejor que los sentidos, mejor que la inteligencia, más puro, más perfecto, más comunicativo, que se parece verdaderamente á Dios; es el corazon, con sus afectos. Los afectos son el principio de la familia, son la necesidad de no vivir solo; los afectos son la necesidad de vivir en otro; los afectos son la necesidad de darse enteramente para que nuestra vida se funda con otra. ¿Y por qué semejante necesidad? ¿Por qué no podemos vivir sin amor, sin darnos, sin sacrificarnos? ¿Por qué nos es tan cara la copa del amor, donde hay tantas lágrimas y tanta sangre? ¿Por qué? ¿Y qué importa saber por qué? Nosotros la amamos, la bendecimos; y cuando alguno ha tenido un solo dia esa copa, y ha bebido, no puede desprenderse de su embriaguez; se ha entregado, ha amado, se ha sacrificado, ha comprendido que el corazon es toda la vida, y que podia sacrificar la inteligencia y los sentidos cuando amaba.

No me hableis de dar luz, ciencia á todo el mundo! No me hableis de dar bienes terrenales! No me hableis de derramar la riqueza! La riqueza del hombre, hermanos mios, está viva en su corazon. Con tal que haya cada dia un pedazo de pan en la mano extendida hácia Dios y hácia el hombre, con tal que su trabajo baste para darle este pan, ¿para qué queremos todas las ciencias de este mundo? ¿para qué todos los objetos de interés? El corazon queda con el amor; es la gran mesa á que nos ha convocado el padre de familia, la mesa que no falta sino á los indignos de ella. Pero sabed, hermanos mios, que el afecto es grave, más grave de lo que creeis. El afecto es la unidad y la indisolubilidad. Quien ama, ama para siempre; ama á uno solo, sobre todo. Dios mismo, el Dios que se llamó celoso, nos dijo en el Sinaí, y más tarde en el Calvario: *Ego sum Dominus Deus tuus fortis, zelotes:* Yo soy vuestro Dios, vuestro Dios celoso. Soy celoso, porque soy el amor por esencia, y quiero que me amen con todo corazon, con toda alma, con todas las fuerzas, y sobre todo: y quien no me ame así, no alcanzará la gloria. Y al mismo tiempo que se reservaba la unidad é indisolubilidad, que, forman la familia espiritual de las almas, al mismo tiempo, pero en segundo grado, nos daba la facultad de amar siempre á una sola persona. Algunos pueden sonreirse á esta sencillez del Evangelio. Los que han faltado tantas veces á sus juramentos, los que han amado con poca constancia, creerán que hablo de quimeras; pero los hombres sencillos, pobres, estrictamente

educados en la piedad del Evangelio y en los buenos sentimientos de la naturaleza, saben, que se prestan juramentos que nunca se olvidan, y labran la felicidad no interrumpida de la vida. Para esos hablo; á los otros les dejo con su conciencia, juez con quien no quiero ahora discutir.

Pero, observadlo bien, hermanos mios, en esa unidad, en esa indisolubilidad no hay monotonía ni hay impotencia y límites. Por el contrario, en la familia hay expansion de la unidad; hay rejuvenecimiento, inmortalidad é indisolubilidad. La familia, el afecto, en la familia se abre; la familia se rejuvenece en el hijo, miéntras vosotros envejeceis, miéntras, buscando en vuestros ojos lo que ántes encontrabais en ellos, con la ingenuidad de la certidumbre, os dais el testimonio de que ya no sois lo que habeis sido, de que ya no sois capaces de producir los encantos que habeis producido. Entónces dirigís vuestras miradas al hijo y le veis crecer. Las gracias de la belleza, de la castidad y de la inocencia se desarrollan en él, y en tanto que vuestro cuerpo se inclina al sepulcro, vuestro amor resucita jóven é inmortal, por ese fruto de vuestro casto afecto. Así, pues, la unidad, la indisolubilidad no es estéril y monótona; y hasta en el niño, que no es padre, ni madre, vemos, empero, al padre, á la madre; vemos tambien la unidad y la indisolubilidad. Tal es la familia.

Sin embargo, ¿basta el corazon solo? ¡Ojalá! Sí, ¡ojalá! pues si el corazon bastase para la familia, seríamos muy felices; pero en la tierra no nos es dado alcanzar tamaña dicha. El corazon es lo primero, pero no lo es todo; el corazon se inclina á los sentidos, á la pasion, esto es, á lo que de suyo es esencialmente mudable y perecedero. Cuando descendemos de la nocion esencial del afecto á la realidad, hemos de confesar, que no somos capaces de decirnos á nosotros solos y para siempre, «que amemos con unidad é indisolubilidad.» ¡Ah! no necesito demostrarlo. Ya sabeis que la humana sociedad es un teatro trágico de pasiones; pasiones que tienen tan buen principio y tan terrible fin. Las lágrimas acerbas del hombre, hermanos mios, están en esa parte; nuestras grandes amarguras, nuestro llanto más doloroso, lo ha hecho derramar el sentimiento del afecto en el seno de la familia. ¿Por qué? porque nuestro corazon es pequeño, inconstante, y no puede bastar á realizar lo que constituye verdaderamente la familia en su estado perfecto, la unidad real, la indisolubilidad cierta y duradera. Así es, que el hombre, sintiendo su debilidad, ha llamado siempre en auxilio de su corazon lo más extraño al mismo; la ley, la conciencia y el poder públicos. De una cosa del todo privada, como el afecto, quiso hacer una cosa social; de una cosa del

todo interna, quiso hacer una que tuviese la sancion de la autoridad pública. Contrajo los deberes de la familia en presencia de una pátria: hizo voto de unidad, hizo voto de indisolubilidad; solicitó que la conciencia pública, que el poder público tomase sus juramentos bajo su proteccion; y en todos los pueblos de la tierra, bien que en grados diversos, segun los de la civilizacion y de la luz católica, el poder público ha considerado como uno de sus grandes deberes y de sus manifiestos intereses, el proteger la familia, y garantir los juramentos de unidad é indisolubilidad, que son su fundamento. De suerte, que sin la ley, no hay familia. Me limito á consignarlo.

Con todo, hermanos mios, el corazon y la ley, el afecto y la pátria, estas dos cosas, bien que grandes, no bastan aún para constituir verdaderamente la familia. El corazon es débil, y la ley precisamente es harto poderosa; ella ejerce aquí parte de la violencia propia de todo lo que hace. En este concepto, pues, ¿cuál es el beneficio de su intervencion?... Parece que, hasta cierto punto, no respeta aquello mismo que ella quiere rodear de mayor veneracion. Así es, que en todas partes, los esposos, los fundadores de las familias acuden al pié de los altares para solicitar... ¿qué, hermanos mios? la gracia de amarse, la gracia de amarse puramente, la gracia de amarse á solas, la gracia de amarse constante é indisolublemente.

En la juventud nos figuramos, que no hay parcas para los afectos; nos imaginamos, que no se necesita la gracia de Dios, que no se necesita un algo sobrenatural para amarse, ¿qué digo? para aguantarse, cuando se ha amado loca y perdidamente; pero creer, que uno puede crecer de quince á sesenta años, siempre en gracia y juventud, delante del objeto eternamente elegido, creer esto, hermanos mios, no es siquiera pensar como los paganos, pues éstos han dicho en un lenguaje magnífico, poético, inmortal, cosas inefablemente bellas sobre la fragilidad de los afectos; y no hay que esperar mucho tiempo, hermanos mios, no hay que esperar treinta ó cuarenta años, para instruirnos sobre este punto: á veces, basta un año, un dia, una sola mirada. Por consiguiente, hermanos mios, el corazon, la ley y la religion forman la familia, que así posee todo lo grande y perfecto de la tierra. Y despues de mostrar la tésis, si puedo valerme de esta expresion escolástica, de que la familia es el primero de nuestros bienes creados, la más santa de todas las cosas humanas, permitidme decir una palabra de nuestras miserias.

Algunos de vosotros, sin duda, contraerán pronto una familia, y algunos, há poco, que han contraido lazos sagrados. Yo les aconsejo que, en cuanto calle la palabra de Dios, se arrodillen y digan: «¡Dios mio!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

yo soy jóven, bella, amada; pero conozco que no soy más que podredumbre y nada, y que tú solo puedes asegurarme que seré amada sola y siempre. Concede á tu criatura esta gran gracia.» Os aconsejo que digais eso.

Hermanos mios, la familia, nuestra primera necesidad, la más santa de las cosas creadas; la familia es atacada como todo lo demás. Dios es atacado, hermanos mios; ¿cómo quereis que la familia no lo sea tambien? El Evangelio es atacado, Jesucristo es atacado, los príncipes son atacados, los pequeños tambien. Dó quiera que convirtais los ojos, no vereis más que luchas, batallas, victorias, derrotas. Lisonjearse de que con el corazon, con la ley, con la religion, con estas tres cosas divinas, habremos establecido una cosa que esté á cubierto de los reveses de la fortuna y de las inquietudes de la voluntad humana, es quimera, es ignorancia de la vida, es incapacidad de ver lo que salta á la vista de todo el mundo.

Como Dios, pues, como Jesucristo, como el Evangelio, como el bien, como el mismo amor en su esencia, la familia es atacada, la familia tiene enemigos, la familia tiene escritores renombrados que gastan los sueños de sus dias, y encadenan en palabras mágicas el poder de su pensamiento, para atacar esta cosa, que es nuestro primer bien, que no es lujo, sino necesidad, y todo lo que es santo, verdadero, sincero, eficaz para nuestra dicha. ¿Combatiré contra ellos? ¿Iré en pos de todos esos conspiradores contra la familia, en una apología ó en una polémica? No, no. Delante de estos altares, bajo estas bóvedas, en vista de las cosas que acabo de deciros, en nombre de Dios, no, no descenderé á justificar la familia, aunque no lo hubiese hecho ahora mismo. Despues de tantos siglos de familia cristiana, no descenderé á combatir á los enemigos de la familia. Pero la familia tiene otros enemigos que los pintores y los novelistas; sus principales enemigos son los que olvidan la fidelidad que se juraron al pié de los altares, y dedican á otra persona sus afectos. Este desórden trae la confusion á las familias, y las ataca en su fundamento; porque se opone á la paz que debe reinar en el hogar doméstico.

Hermanos mios, permitidme terminar este discurso con las mismas palabras de S. Pablo con que le dimos principio: *Sacramentum hoc magnum est; ego autem dico in Christo et in Ecclesia.* Vosotros que habeis contraido lazos sagrados, advertid, que el estado en que os encontrais, es un sacramento, y un sacramento grande, simbolizado en la union de Cristo con la Iglesia. ¡Felices, si os amais mútuamente, como Jesús ama á su Iglesia, y esta á su divino Esposo! ¡Felices, si vuestra union es pura, es sincera, es espiritual! Vosotros sereis, á la

vez, fundadores y defensores de la familia, y despues de haber disfrutado los goces que ella proporciona en este mundo, alcanzareis la felicidad eterna, que os está preparada en el cielo, y que os deseo.

FAMILIA.

(MALES QUE LA DISCORDIA PRODUCE EN LA FAMILIA.)

II.

Stetit Jesus in medio eorum, et dixit eis: Pax vobis.

Se presentó Jesús en medio de ellos, y les dijo: La paz sea con vosotros.

(Luc. xxiv, 36.)

Indecible por cierto hubo de ser la alegría y el júbilo de los santos apóstoles, cuando, retirados al cenáculo de Jerusalen por temor de la persecucion de los judíos, vieron aparecerse súbitamente en medio de ellos al amabilísimo Redentor resucitado, el cual, despues de alentarles á que desechasen todo temor, les invitó á que tocasen sus divinas manos y sus sagrados piés, se sentó con ellos á la mesa, é infundió tan radiante luz en sus entendimientos, que pudieron interpretar los más recónditos arcanos y las más sublimes expresiones de la Sagrada Escritura: *Tunc aperuit illis sensum ut intelligerent Scripturas.* (Luc. xxiv, 45.)

Ante todo, empero, el Hijo de Dios anunció á sus discípulos la verdadera paz, que, en su nacimiento, los ángeles anunciaron á todos los hombres de buena voluntad. Si entre los apóstoles hubiesen surgido desavenencias, no habrian emprendido con igual celo, actividad y solicitud la conversion del universo, ni se hubieran presentado ante el mundo como dignos ministros del esperado Mesías, que les habia sido prometido como príncipe de la paz.

De ahí voy á tomar motivo para recordaros el grave mal, que trae consigo la discordia en las familias, y los desórdenes que importa, á fin de que os esmereis en conservar la paz y la buena correspondencia entre vosotros. A. M.

1. La discordia trae orígen de la soberbia, no ménos que de la en-

vidia, dos vicios que pertenecen á los más detestables, y que por esto merecieron figurar entre los siete capitales. Y en tanto es así, como que cuando alguno, inducido en error, opina de distinto modo que los demás, y, obstinado en su propio concepto, no quiere ceder, presumiendo que los demás andan equivocados, y que solo él anda por buen camino, al momento se originan discordias y disensiones: así tambien acontece, que mal aconsejados por la envidia, llevamos con disgusto que los demás tengan más autoridad, más talento, más comodidades y gocen de mayor estima que nosotros.

Al contrario, la virtud y la caridad producen la concordia, puesto que nos prescriben amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos. Cuando dos personas están animadas del propio sentimiento, de procurar en todas ocasiones el honor y la gloria de Dios y el bien del prójimo, con razon debe decirse, que viven en la mayor armonía, verdadera paz y perfecta concordia, como se refiere de los primitivos cristianos, los cuales eran tan diligentes en servir al Señor y en amarse mútuamente, que parecian identificados en una sola alma y en un solo corazon: *Multitudinis autem credentium erat cor unum, et anima una.* (Act. iv, 32.)

Podrá suceder, que algunos, en medio de su discordia, sean igualmente culpables; otras veces podrá acontecer, que el uno haya incurrido en pecado, y el otro no. Si uno, por ejemplo, pretendiese, que la familia se rigiera en el cumplimiento de sus deberes por el santo temor de Dios, y que todos los individuos atendieran debidamente á sus obligaciones, pero, al propio tiempo pretendiese otro, que todos vivieran á su libre voluntad, y de aquí se originasen desavenencias y discordias, pecaria el último, porque pretendería una cosa injusta, y no el otro, que cumple con sus deberes. Pero si de los que están en discordia, ninguno tiene por objeto la gloria de Dios y el bien del prójimo, y no piensan más que en su propia comodidad y conveniencia, ambos son culpables, en este caso. La culpa, sin embargo, debe reputarse grave ó leve, segun la mayor ó menor importancia de lo que dá márgen á la discordia; y tambien segun la entidad de los efectos que de ahí se desprenden, segun la entidad de las murmuraciones, de los ódios, de los altercados y de las riñas, que se oponen grave ó levemente al amor para con Dios, y á la caridad para con el prójimo; pues así como los que viven en paz y buena armonía, representan en la tierra la viva imágen de la felicidad de los escogidos en el cielo, así los que viven en la discordia, presentan el horrible cuadro de la confusion que reina en el infierno.

2. Los padres están obligados á velar por la buena educacion de

sus hijos, y para esto les toca corregir, mandar, advertir, reprender, adelantándose, tal vez, hasta el punto de imponer un castigo material, si son estériles los consejos y las amonestaciones. Y, al contrario, los hijos están obligados á respetar y obedecer á sus padres. Á los que tienen mayor edad, como mejor instruidos por la experiencia, les toca enseñar y dar consejos; pero, en cambio, los jóvenes están en el deber de escuchar y aprender. El marido debe atender con celo al buen gobierno de la familia, y fijar en ello una atencion particular; la mujer debe cuidar de los quehaceres domésticos y cuidar de los hijos con suma cautela; y así sucesivamente.

Supongamos, pues, que por soberbia ó por envidia sucede, que en alguna casa todos quieren mandar, que la mujer se sobrepone al marido en el gobierno de la familia, que nadie se cuida de hacer economías, que la nuera trata con desden á la suegra, que los hijos, sin consentimiento del padre, siguen la ley de sus antojos; figuraos cual será la confusion y el desórden con semejantes elementos. Odios y rencores sin cuento, intrigas y villanías, murmuraciones y afrentas, pecados sobre pecados, disturbios y escándalos de los vecinos y de los parientes; desazones, miserias, y, por último, la condenacion eterna; ved aquí, hermanos, el cuadro de semejante familia, pues, segun nos enseña Jesucristo, la casa en que reina la division y la discordia, se destruye por sí propia.

Decidme, sino, ¿de qué provino la discordia que se suscitó en casa del santo patriarca Abrahan, discordia para cuya extincion el santo patriarca no encontró otro medio, que el de despedir á su esclava Agar? Vedlo aquí. Viéndose Sara en edad avanzada y sin esperanzas de que el Señor le concediese sucesion, se acomodó á que Abrahan tomase por esposa á su esclava Agar, para que, de uno ú otro modo, hubiese descendencia en la casa y familia del patriarca. Enorgulleciósе la esclava; y echando de ver, que en breve seria madre, se olvidó de su clase y condicion, y empezó á tener humos y pretensiones de ama en la casa y en presencia de su propia ama: *Concepisse se videns, despexit dominam suam* (Gen. xvi, 4).

Ved, pues, hermanos, con cuanta cautela conviene proceder. Si quereis vivir en paz, contentaos con vuestra respectiva condicion y puesto. La buena armonía y la perfecta concordia en las familias nos proporciona la mayor felicidad, aunque seamos pobres y miserables; y, al contrario, si diésemos entrada á la discordia, aunque fuésemos ricos por demás, hasta el punto de sobrarnos todo, vendríamos muy á ménos, parando al fin en la miseria.

Tened presente, hermanos mios, el ejemplo de Absalon. Su padre,

el rey David, le amaba con ternura; ¿qué le faltaba, pues, para ser completamente feliz? Podia gozar de todas las ventajas, que proporciona á un hijo la circunstancia de ser el predilecto de su padre; y, sin embargo, la soberbia tuvo entrada en su corazon, y se atrevió á ambicionar la corona, estando vivo todavía el rey su padre. El pérfido traidor incitó entónces á los súbditos á rebelarse contra su legítimo soberano; y Absalon, miéntras trataba de quitar el reino á su padre por la fuerza de las armas, murió miserablemente, colgado de una encina, en cuyas ramas se enredaron sus cabellos, siendo víctima de los botes de lanza de sus enemigos: *Tulit tres lanceas in manu sua et infixit eas in corde Absalon* (II Reg. xviii, 14).

Echad una mirada en todas direcciones, hermanos mios, y no podreis ménos de ver á muchos, que han vuelto á infelices, despues de vivir con bastante comodidad en sus familias. Si buscamos el verdadero orígen de su desgracia, veremos, que tal ó cual hermano abandonó su casa por no acomodarse á vivir con los otros; veremos, que tal ó cual nuera, para no tener que hablar con su suegra, indujo á su marido á separarse de ella; y el resultado de todas estas pequeñeces es, siempre, la discordia y la desunion de las familias.

Nunca ha habido en el mundo, ni habrá acaso jamás, otro poder tan formidable como el de los antiguos romanos. Miéntras vivieron en buena paz y concordia, miéntras no tuvieron otra mira que el interés y la gloria de la república, extendieron con tal fortuna sus conquistas, que bien puede decirse, que no habia region alguna de la tierra, entónces conocida, á donde no hubiesen llevado los romanos su dominacion personal, ó, cuando ménos, no tuviesen por tributarios á los príncipes del país. Sin embargo, luego que los magnates empezaron á disputarse el poder, y á promover discordias intestinas, fueron desvaneciéndose sucesivamente las conquistas.

Es muy cierto todo esto, me direis; pero ¿cómo es posible vivir en buena paz y armonía con una persona desagradecida, colérica, que se ofende de todo, y que por una nada se desazona é inquieta? Esmeraos, en este caso, en complacerla y en tratarla con amabilidad, para quitarle hasta el más remoto pretesto de enfado ó queja. Cuanto más os incomode y os moleste, tanto mayor empeño debeis tener en corresponderle con amabilidad. A veces, empero, la paciencia de Job no fuera bastante para sobrellevar tan contínuos disgustos é incomodidades; y, en este caso, no queda otro medio que el de abandonar á una persona tan pesada y fastidiosa.

Compadezco de todas veras á los que se ven en la dura precision de vivir en compañía de semejantes personas; pero debiéramos averiguar, ante todo, si los mismos que califican á los demás con tan duras frases, incurren, acaso, en el propio ó en mayores defectos. La nuera, por ejemplo, califica de indiscreta á la suegra, la mujer se queja de la conducta del marido, los hijos dicen que su padre es demasiado severo, y así sucesivamente; pero todos estos no se cuidan ni aperciben de los defectos que sin duda les acompañan. A veces, echamos de ver una débil paja en el ojo de los demás, y no vemos una viga en el nuestro. Damos á otros la culpa de las discordias y desavenencias, cuando, tal vez, nuestro carácter insoportable y nuestros vicios han sido el orígen de semejantes disgustos.

Pero supongamos, hermanos mios, que sea cierto todo cuanto decís; y ¡qué! ¿por ventura pretendeis ir al cielo, sin sufrir trabajos ni penalidades de ninguna clase? Os engañais completamente, dice el Apóstol. Es la voluntad del Señor, que ejercitando la paciencia en sufrir ajenos defectos, os hagais merecedores de conseguir el cumplimiento de las divinas promesas: *Patientia vobis necessaria est: ut voluntatem Dei facientes, reportetis promissionem* (Hebr. x, 36). Solo las tribulaciones pueden conducirnos con seguridad al reino de Dios: *Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei* (Act. xiv, 21).

Voy á terminar, hermanos mios, con una excelente observacion de Sto. Tomás. Parece muchas veces, dice, que los pecadores, y aún los mismos idólatras y gentiles, viven tranquilos, y en plena paz, union y concordia. No lo creais; esa union es ficticia, esa paz es aparente. La concordia y la paz verdadera, que se funda en la caridad, no puede existir jamás donde no tiene cabida la gracia santificante. Procurad, pues, vivir en el santo temor de Dios, poned un cuidado especialísimo en observar fielmente sus santos preceptos, y entónces estad seguros, de que la concordia reinará en vuestra casa: *Pax multa diligentibus legem tuam* (Psalm. cxviii, 165): por esto las familias que viven en medio del desórden, y que van allegando pecados sobre pecados, viven siempre en guerra, y, finalmente, se precipitan á su perdicion eterna: *Non est pax impiis, dicit Dominus* (Is. xlviii, 22). La paz y el temor de Dios andan siempre juntas, como la discordia y el pecado. Procurad, por consiguiente, evitar lo que es causa y orígen de la discordia, si quereis apartar de vuestras familias este gravísimo mal, y prepararos para conseguir la gloria eterna, que á todos os deseo. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

FAMILIA.—Hay cabezas de familia que establecen su familia por medio de injusticias.

Hay cabezas de familia que desconciertan su familia con sus desórdenes.

Hay cabezas de familia que corrompen su familia con sus malos ejemplos.

FAMILIA.—La piedad de todos los que constituyen una familia cristiana atrae las bendiciones de Dios.

La subordinacion de los más débiles por sexo y por edad establece y conserva la paz en las familias.

FAMILIA; véase: INFLUENCIA DEL CATOLICISMO EN EL SENO DE LA FAMILIA;—Y ORACION HECHA EN COMUN EN LAS FAMILIAS.

FAMILIARIDAD; véase: AMISTAD.

FAVORES ESPIRITUALES; véase: GRACIA.

FAVORES TEMPORALES; véase: PROSPERIDAD.

FÉ.

(NECESIDAD DE LA)

I.

Sine fide impossibile est placere Deo.
Sin fé es imposible agradar á Dios.
(HEBR. XI, 6.)

En nuestros dias, el hombre quiere medirlo todo con el compás de su pobre razon, y solo consigue abrumarse bajo el peso y la grandeza de los objetos, que tiene la temeraria presuncion de comprender en su limitada inteligencia. Se le destina á ser grande por medio de la creencia y de la práctica de cosas grandes; y el hombre se empequeñece voluntariamente, acomodando á su baja estatura los cielos y la tierra. Ved ahí el mal, el cáncer de la sociedad actual. No debemos buscar las mayores desgracias de nuestra época en los infortunios materiales de que se ve ó puede verse rodeada, sino en la incredulidad, ó en la indiferencia en que vive, materializada por completo, y adherida al absurdo principio, de que solo debe creerse lo que está al alcance de los sentidos. Su ruina ó destruccion no ha de ser obra de la pobreza, ni de la guerra, como temen muchos, sino de la falta de creencias. Este mal ha llegado á su colmo, y es preciso aplicar, sin pérdida de momento, el remedio más eficaz para salvarla. Este remedio es la fé: es necesario creer: es necesario que el hombre y la sociedad se sometan á otras verdades fuera de las que están al alcance de la ciencia humana. Esta necesidad de fé, tanto en el órden humano, como en el órden sobrenatural, será el objeto del presente discurso. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La fé consiste en prestar asentimiento á verdades que están fuera del alcance de nuestros sentidos, y son superiores á nuestra razon; y el prestar este asentimiento es tan indispensable al hombre, como que toda su vida fluctúa en la necesidad de creer lo que no ha visto, y lo que no puede comprender. Fijemos, por un momento, la atencion en nuestra vida, y se verá que, ora se nos considere como hombres, sin referencia alguna á la religion, ora se nos considere como cristianos, no vivimos ni podemos vivir sin fé. Nosotros no sabemos que aquellos á quienes amamos como autores de nuestro sér, son verdaderamente nuestros padres, sino porque nos lo aseguran. Tampoco sabemos, cuando niños, que el alimento que tomamos es sano, sino porque nos lo dicen. Cuando empezamos los estudios, no hacemos más que prestar crédito y autoridad á los autores que leemos y á los maestros que nos enseñan. Si amamos, es porque tenemos fé en ser correspondidos; si vivimos en sociedad, es porque tenemos fé en los individuos que la constituyen: dormimos tranquilos en nuestras casas, porque tenemos fé en la honradez y probidad de los que están en nuestra compañía; y aun emprendemos negociaciones mercantiles porque tenemos fé en los dependientes y corresponsales. Examinad atentamente todos nuestros actos, y vereis que no hay en la vida humana uno siquiera, en que, de uno ú otro modo, no intervenga ó sea necesaria la fé.

Cuando emprendeis un viaje y os embarcais para Francia ó para Inglaterra, ¿cómo sabeis que existen estas naciones? ¿Las habeis visto? Leeis la historia, y hablais de Anibal, de Carlo Magno y de otros personajes célebres. ¿Los habeis conocido? ¿Por dónde os consta que estos personajes existieron? Los que estais en posesion de algunas fincas, ¿cómo sabeis que estas fincas son verdaderamente vuestras, y que no son usurpadas? Y si obedeceis á las autoridades constituidas, ¿es acaso porque hayais visto las credenciales que las autoricen para

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

FAMILIA.—Hay cabezas de familia que establecen su familia por medio de injusticias.

Hay cabezas de familia que desconciertan su familia con sus desórdenes.

Hay cabezas de familia que corrompen su familia con sus malos ejemplos.

FAMILIA.—La piedad de todos los que constituyen una familia cristiana atrae las bendiciones de Dios.

La subordinacion de los más débiles por sexo y por edad establece y conserva la paz en las familias.

FAMILIA; véase: INFLUENCIA DEL CATOLICISMO EN EL SENO DE LA FAMILIA;—Y ORACION HECHA EN COMUN EN LAS FAMILIAS.

FAMILIARIDAD; véase: AMISTAD.

FAVORES ESPIRITUALES; véase: GRACIA.

FAVORES TEMPORALES; véase: PROSPERIDAD.

FÉ.

(NECESIDAD DE LA)

I.

Sine fide impossibile est placere Deo.
Sin fé es imposible agradar á Dios.
(HEBR. XI, 6.)

En nuestros dias, el hombre quiere medirlo todo con el compás de su pobre razon, y solo consigue abrumarse bajo el peso y la grandeza de los objetos, que tiene la temeraria presuncion de comprender en su limitada inteligencia. Se le destina á ser grande por medio de la creencia y de la práctica de cosas grandes; y el hombre se empequeñece voluntariamente, acomodando á su baja estatura los cielos y la tierra. Ved ahí el mal, el cáncer de la sociedad actual. No debemos buscar las mayores desgracias de nuestra época en los infortunios materiales de que se ve ó puede verse rodeada, sino en la incredulidad, ó en la indiferencia en que vive, materializada por completo, y adherida al absurdo principio, de que solo debe creerse lo que está al alcance de los sentidos. Su ruina ó destruccion no ha de ser obra de la pobreza, ni de la guerra, como temen muchos, sino de la falta de creencias. Este mal ha llegado á su colmo, y es preciso aplicar, sin pérdida de momento, el remedio más eficaz para salvarla. Este remedio es la fé: es necesario creer: es necesario que el hombre y la sociedad se sometan á otras verdades fuera de las que están al alcance de la ciencia humana. Esta necesidad de fé, tanto en el órden humano, como en el órden sobrenatural, será el objeto del presente discurso. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La fé consiste en prestar asentimiento á verdades que están fuera del alcance de nuestros sentidos, y son superiores á nuestra razon; y el prestar este asentimiento es tan indispensable al hombre, como que toda su vida fluctúa en la necesidad de creer lo que no ha visto, y lo que no puede comprender. Fijemos, por un momento, la atencion en nuestra vida, y se verá que, ora se nos considere como hombres, sin referencia alguna á la religion, ora se nos considere como cristianos, no vivimos ni podemos vivir sin fé. Nosotros no sabemos que aquellos á quienes amamos como autores de nuestro sér, son verdaderamente nuestros padres, sino porque nos lo aseguran. Tampoco sabemos, cuando niños, que el alimento que tomamos es sano, sino porque nos lo dicen. Cuando empezamos los estudios, no hacemos más que prestar crédito y autoridad á los autores que leemos y á los maestros que nos enseñan. Si amamos, es porque tenemos fé en ser correspondidos; si vivimos en sociedad, es porque tenemos fé en los individuos que la constituyen: dormimos tranquilos en nuestras casas, porque tenemos fé en la honradez y probidad de los que están en nuestra compañía; y aun emprendemos negociaciones mercantiles porque tenemos fé en los dependientes y corresponsales. Examinad atentamente todos nuestros actos, y vereis que no hay en la vida humana uno siquiera, en que, de uno ú otro modo, no intervenga ó sea necesaria la fé.

Cuando emprendeis un viaje y os embarcais para Francia ó para Inglaterra, ¿cómo sabeis que existen estas naciones? ¿Las habeis visto? Leeis la historia, y hablais de Anibal, de Carlo Magno y de otros personajes célebres. ¿Los habeis conocido? ¿Por dónde os consta que estos personajes existieron? Los que estais en posesion de algunas fincas, ¿cómo sabeis que estas fincas son verdaderamente vuestras, y que no son usurpadas? Y si obedeceis á las autoridades constituidas, ¿es acaso porque hayais visto las credenciales que las autoricen para

mandaros? ¿Cómo os consta que su poder es legítimo? En todos estos actos solo os mueve la fé. Os han dicho que hay dos naciones llamadas Francia é Inglaterra, y lo creeis: os han dicho que existieron Aníbal, Carlo Magno y otros personajes, y teneis por tan cierta su existencia como la vuestra propia: os han dicho que la tal finca es vuestra, y bien que no hayais examinado los títulos ó el derecho con que la poseeis, nunca os ha ocurrido la más ligera idea de que haya sido usurpada: os han dicho que tal ó cual persona tiene autoridad para mandaros, y os someteis á sus mandatos. La fé en lo que os aseguran, es el móvil de vuestros actos: toda vuestra vida es un acto contínuo de fé: contínuamente os someteis á lo que no habeis visto ni conocido.

Pues si en el órden exclusivamente humano, que está á nuestra vista, á nuestro alcance, nos es indispensable la fé, ¿qué sucederá en el órden sobrenatural? La perfeccion del hombre consiste en vivir en inmediatas relaciones con el Criador, en conocerle y amarle como objeto ó fin sobrenatural. Pues bien; ¿cómo conocerá el hombre estas relaciones, si el mismo Dios no le dirige? En el órden humano, donde las relaciones entre individuo é individuo se conocen, se ven y se comprenden, nuestra vida es vida de fé; ¿cuánto más deberá, por lo tanto, serlo en el órden sobrenatural?¿ Puede el hombre por sí mismo descubrir las relaciones que le han de unir con Dios? Imposible; porque lo infinito no puede ser comprendido por lo limitado; lo inmenso por lo pequeño; el omnipotente por el débil; el más sábio por el ignorante; Dios, por el polvo ó insecto llamado hombre. Si Dios pudiese ser comprendido por nosotros, no sería Dios. Luego, nosotros no podemos comprenderle; luego, por nosotros mismos no podemos descubrir las relaciones que han de unirnos con él; luego, es preciso que él mismo nos enseñe y nos guie, y que nosotros le creamos y nos dejemos conducir por él, aunque encontremos por el camino muchos misterios y oscuridades. Además: nosotros estamos llamados ó destinados á gozar de Dios, por medio de la vision beatífica en que consiste toda la dicha del hombre. Pero ¿podemos con nuestros propios y exclusivos esfuerzos llegar á la felicidad eterna? Imposible. Luego, es preciso que tengamos fé en los medios sobrenaturales, que Dios nos proporciona para conseguir nuestro último fin.

Desengañémonos, hermanos; en la naturaleza todo tiene sus límites; así, pues, el hombre tambien ha de tenerlos. En vano se cansaria si tratase de verlo y saberlo todo. Así como en el órden natural el hombre no se basta á sí propio para satisfacer todas sus necesidades, del mismo modo en el órden sobrenatural ha menester un maestro

que le entere de las relaciones que le unen con Dios, y de los medio ó caminos que pueden conducirle á la felicidad eterna, á la cual está destinado. Este maestro no puede ser sino Dios. La historia de todos los siglos nos muestra la inutilidad de los innumerables esfuerzos hechos por el hombre, para definir y precisar con exactitud las relaciones que le unen con su Criador. Errores, extravagancias, absurdos: ved aquí lo que ha producido y lo que no podia ménos de producir el ingenio humano, siempre que ha tratado de buscar por sí solo la verdad religiosa, ó sea, la verdad que exprese fielmente nuestras relaciones con Dios, y señale los medios y caminos que le conduzcan á la felicidad eterna. Se necesita la palabra de Dios, para que el hombre se entere de lo que se refiere á su vida sobrenatural; y Dios habla por el ministerio infalible de su Iglesia. En lo humano, el testimonio de los hombres nos parece suficiente garantía para creer lo que no vemos; ¿cuánto más ha de bastarnos en el órden sobrenatural el testimonio de Dios?

2. Creamos, pues, las verdades superiores á nuestra razon ó inteligencia que Dios nos enseña por el ministerio de la Iglesia. No olvidemos, que sin la fé nos es imposible agradar á Dios: *Sine fide impossibile est placere Deo* (Hebr. xi, 6). Tengamos siempre presentes estas palabras del Salvabor: *Qui non crediderit, condemnabitur* (Marc. xvi, 16), el que no creyere, será condenado. Desde el principio del mundo, todos los que han agradado á Dios, le han agradado por la fé. Por la fé, la ofrenda de Abel fué más agradable á Dios que la de Cain. Por la fé, Enoc se preservó de la muerte. Por la fé, el patriarca Noé se libró de las aguas del diluvio. Por la fé, mereció Abrahan ser el padre de los creyentes. Por la fé, se hizo fecunda la estéril Sara. Por la fé, Isaac dió á sus hijos Jacob y Esaú una bendicion para lo futuro. En virtud de la fé, bendijo Jacob, poco ántes de morir, á los hijos de José, y se inclinó ante el cetro de autoridad que empuñaba su hijo. En virtud de la fé, renunció Moisés á las ventajas de ser considerado como hijo de la hija de Faraon. En virtud de la fé... pero ¿á qué cansarme, oyentes? Me faltaria el tiempo, os diré con el Apóstol, si quisiese hablaros de Gedeon, de Barac, de Samson, de Jefté, de David, de Samuel, y de los profetas, que con la fé conquistaron reinos, cumplieron los deberes de la justicia, cerraron la boca á los leones, domaron el fuego, demostraron inaudita fortaleza, triunfaron de sus enemigos y resucitaron los muertos. No hablo, amados oyentes, de los prodigios que en todos tiempos ha obrado la fé, despues de la venida del Salvador; si deseais conocerlos, leed la historia eclesiástica, y os convencereis, de que no hay mayores riquezas, mayores te-

soros, mayores honores, que la fé católica, la cual salva á los pecadores, ilumina á los ciegos, cura á los enfermos, justifica á los fieles, corrige á los penitentes, aumenta los justos, y corona á los mártires.

Tal vez se os diga, que la fé es un yugo con que se trata de oprimiros; un impedimento con que se pretende reprimir el progreso en las investigaciones humanas. No creais á los que con esto pretenden arrojar vuestro espíritu en el fondo de todas las tinieblas. La fé no se nos impone como un yugo, se nos presta como un auxilio necesario. La fé no es un impedimento con que se trata de contener el progreso, es la salvaguardia de la verdad, es la piedra fundamental, y, al propio tiempo, la cúpula de los conocimientos humanos. La historia nos enseña, que los siglos de fé han sido los siglos de la ciencia.

En la fé encontrareis siempre, amados oyentes, una luz que alumbra las tinieblas de vuestro espíritu. Si por desgracia os habeis extraviado, y os hallais fuera del camino real de la verdad, volved los ojos á la fé, como el viajero los vuelve ó los dirige, cuando se ve perdido, hácia las torres ó hácia las piedras miliarias colocadas en la orilla del camino. Ya lo habeis visto; nosotros no vivimos ni podemos vivir sin fé: si no creeis lo que os enseña Dios por el ministerio de la Iglesia, creeriais los absurdos que os propondrian sus enemigos. Siempre se han hecho ciegamente crédulos los que se han negado á ser creyentes. Por no prestar fé á Dios ni á la Iglesia, han llegado á creer á cualquier desconocido ignorante, ó á cualquier preocupado que les haya hablado contra las verdades eternas. No creen á Dios, que se digna enseñarles las verdades más importantes; y creen al escritor, al poeta, al cómico, al viajero que les refieren cosas fabulosas. No creen á Jesucristo, que derramó su sangre para hacernos eternamente dichosos; y creen al impío novelista, que con sus depravados escritos les hará eternamente desgraciados. No quieren creer á Moisés, que nos explica el orígen del mundo; y creen á un anticuario, que pretende haber encontrado entre las ruinas de alguna ciudad una piedra con una inscripcion que, en su concepto, no está acorde con lo que dice aquel escritor inspirado.

En una palabra, el incrédulo, por no creer á Dios ni á la Iglesia, cree á un hombre cualquiera, á un hombre que no conoce, á un hombre enemigo de la verdad. ¿Puede darse mayor absurdo? Ya que nos es tan natural el tener fé, ó el creer lo que no está al alcance de nuestros sentidos ni de nuestra inteligencia, creamos á Dios, que no puede engañarse, ni engañarnos: creamos á la Iglesia, que no nos propone creer sino lo que Dios se ha dignado revelarnos. Esta fé es la única que puede salvarnos: esta fé es la única que ha de salvar á

la sociedad. Todo anda en confusion horrible, porque faltan las ideas comunes; sin la fé se perderia la sociedad en un mar de dudas. Al contrario, con la fé, las dudas desaparecerán, y los pueblos disfrutarán de paz y felicidad.

¡Dios mio! yo os doy gracias por haberos dignado enseñarme por el ministerio de la Iglesia las verdades que más me importa conocer. Haced que todos creamos estas verdades, que todos las tomemos por norma de nuestras costumbres, para que todos consigamos lo que nos tienes ofrecido, que es la felicidad eterna. Amen.

FÉ.

(SIN ELLA ES IMPOSIBLE AGRADAR Á DIOS.)

II.

O mulier, magna est fides tua: fiat tibi sicut vis.
¡Oh mujer! grande es tu fé: hágase como tú lo deseas.

(MATTH. XV, 28.)

Cuando el Rey profeta se vió en la triste necesidad de elegir una de las tres plagas, con que determinó el Señor castigar al pueblo escogido, aún pudo exclamar con sobrada verdad, que eran demasiadamente grandes y dignas de alabanza las misericordias de Dios (II. REG. XXIV, 14). David elige la peste devastadora por espacio de tres dias, como la más suave ó la ménos terrible de aquellas plagas; y aunque en este corto período ve bajar al sepulcro setenta mil hombres, consternando á todo su pueblo la horrorosa presencia de la muerte, que le amenaza con una entera desolacion, pudo, sin embargo, asegurar con toda certeza, que aún eran demasiadamente grandes las misericordias del Señor. Todos aquellos azotes no eran más que correcciones de un prudente y amoroso padre, que deseaba por aquellos medios, aunque fuertes, librar á sus hijos de una desgracia incomparablemente más cruel, á que se habian hecho acreedores, cerrando sus oidos á las voces de su miseri-

cordia. El castigo digno de temerse, el compendio y como término de todas las desgracias y males, es aquel de que, con un énfasis elocuentísimo, se lamenta el mismo Dios, cuando por uno de sus profetas exclama (Oseas, ix, 12): *væ eis, cum recessero ab eis.* ¡Ay de aquel pueblo, ay de aquella nacion, á quien Dios abandona y deja de mirar como heredad suya! ¡Ay de aquella nacion desventurada, que llegue á sumirse en el abismo de la infidelidad! Eterna é irremediablemente será presa infeliz de una muerte cruel y desesperada, por perder la fé, que es el fundamento de la salud y de la vida.

Cuando veo en la historia la deplorable suerte de la deicida Jerusalen, la entera desolacion de aquel suntuoso y admirable templo, y el vergonzoso abatimiento á que se vió reducido aquel pueblo, luego que arrojó de su corazon la fé del verdadero Dios; ¡ay de la España! digo, ay de nosotros, si, á imitacion de los judíos, seguimos provocando con nuestros desórdenes la ira del Señor, hasta el extremo de obligarle á privarnos de este don preciosísimo! Cuanto mayores han sido los dones y beneficios que su misericordia infinita nos ha dispensado, tanto deberán ser más terribles los efectos de su justicia, si tenemos la temeraria osadia de despreciarlos, arrojando de nosotros, como aquel pueblo ingrato, las creencias religiosas.

Á fin de evitar esta enorme desgracia, que es irremediable, si no se mejoran nuestras costumbres, he creido oportuno recordaros la indispensable necesidad de la fé para conseguir la vida eterna. El evangelio nos presenta un ejemplo de las gracias que el Señor suele dispensar, aún en esta vida, á los que prestan un verdadero asenso á sus palabras. Preséntase inflexible á los ruegos y súplicas de la Cananea y de los apóstoles, que intercedieron en su favor, y hubiera continuado en su resolucion, si la fé de esta mujer no le hubiera conmovido, hasta el extremo de exclamar en alta voz: *Oh mujer, mucha, muy grande, muy viva es tu fé; recibe en premio de ella la salud de tu hija, que tan vivamente deseas.*

¡Ojalá, que mis palabras os inspiren una fé semejante á la Cananea, para que podais conseguir, no iguales, sino mayores bienes que ella; como son los de la gracia, sin los cuales no se puede conseguir la vida eterna. Pidámoselo muy de veras al Señor por la intercesion de su bendita Madre. A. M.

1. Es una conocida y temeraria imprudencia, el quererse constituir el hombre juez árbitro en los asuntos que no entiende, y mucho más en aquellos que no puede entender, por ser muy superiores á la esfera de su capacidad. Tales son, por lo comun, los delirios de los filósofos en

materia de religion. ¿No es, suelen decir con afectacion y arrogancia, no es una verdadera injusticia, el querer violentar la razon del hombre, para que crea lo que no llega á comprender, y asegure ser verdadero lo que, en su opinion, no puede ménos de ser falso? Á qué puede conducir, ó con qué objeto se nos propone como necesaria la creencia del misterio de la Trinidad? ¿Cómo es posible que asienta nuestra razon á un misterio, tan imposible? No es posible discurrir acerca de semejante misterio sin tropezar á cada paso en una multitud de contradicciones, que lo hacen absolutamente increible.

Esto mismo sucede, si tratamos de penetrar el de la encarnacion del Verbo eterno. Y un Dios infinitamente bueno ¿se podrá divertir en tener en esta cruel y contínua tortura la humana razon, que ha criado para que conozca la verdad? Y lo que es más extraño aún; un Dios, infinitamente sábio, ¿consentirá en que dependa la felicidad única del hombre del asenso á unas proposiciones tan absurdas? Dios crió y destinó á todos para la gloria. Estos misterios no son igualmente creidos, ni aún propuestos en todas partes, y seria una desigualdad monstruosa, una insoportable injusticia, hacer felices á unos, por sola la circunstancia de haber visto la primera luz del dia en el país en que se creen como verdades reveladas, y excluir á otros de la felicidad, porque tuvieron la desgracia de nacer en donde las desechan sus padres como ficciones humanas, como inventos de la supersticion y del fanatismo. ¿Por qué se ha de hacer al hijo responsable de la incredulidad de sus padres? No estando en la esfera de sus atribuciones la eleccion de la pátria en que haya de recibir la vida, ¿por qué ha de influir tan poderosamente esta impertinente circunstancia en la diferencia de suertes, que han de cabernos por toda la eternidad?

Por medio de estos pueriles discursos, partos legítimos del orgullo y la ignorancia, supónese triunfante de la Religion el filósofo ateista, y se cree autorizado para declamar á cara descubierta, contra la revelacion y la Providencia. ¡Insensato! ¿Quién es el hombre para tener la insolencia de llamar á su Dios á cuentas, y pedirle razon de sus acertadas disposiciones? El autor de nuestra naturaleza ha dispuesto, que sea razonable el obsequio de nuestra fé, (Rom. xii, 1); por lo que ha fundado su creencia en una razon tan sencilla, que sin dificultad convence á todos los que de propósito no se obstinan en cerrar sus ojos á la verdad, cual es, la de que lo dice el que no puede engañarse ni engañarnos; pero, al mismo tiempo, determinó, que los misterios sean esencialmente oscuros en esta vida; muy superiores, mas no contrarios á la razon. De donde se infiere, que quiso vincular á la humildad de nuestra fé el mérito para nuestra gloria.

¿El mérito para la gloria? Sí, señores; de nada pueden servir aquí las ponderadas luces de la razon, y el incrédulo se ve precisado á confesar con los católicos, que todas las conjeturas, cavilaciones y sofismas de la prudencia humana, no pueden servir de regla para conocer lo que depende solo de la voluntad divina. La gloria, que esperamos, como de un órden muy superior á toda la naturaleza, es una pura gracia, que quiere dispensarnos la bondad y beneficencia de nuestro Dios; es un don que á ninguno debia, aunque estuviéramos todos adornados de la inocencia, que por desgracia no tenemos, es un beneficio extraordinario, que nadie puede merecer abandonado á sus propias fuerzas, y que por un puro efecto del divino amor se prepara, se ofrece, y efectivamente se dispensa á todos los que deseen disfrutarlo. Y ¿quién será el temerario que pretenda dictar leyes y fijar condiciones á Dios, para que le conceda lo que de ningun modo le debe? Siendo la gloria una propiedad exclusivamente suya, que á todos pudiera negar, sin faltar á las leyes de la justicia, de la equidad y del órden, sin que nadie pudiera con razon quejarse, es evidente, que solo á él pertenece establecer las condiciones y requisitos que haya de tener el hombre para adquirirla.

Pero ¿cómo sabremos, si el Señor de hecho las ha establecido, y cuáles sean, en su caso? Dependiendo esto solamente de su libre voluntad, solo podemos llegar á conocerlo por su misma revelacion. Tratemos pues de consultarla.

Para derribar el espíritu tentador al hombre del derecho, que con la vida le habia concedido Dios á la gloria inmortal, dió principio á su infernal proyecto, inspirándole con astucia algunas dudas: trató de persuadirle ser inverosímiles, del todo falsas, las palabras que Dios le habia dirigido, y que no tenian más objeto que burlar su credulidad, tener siempre cerrados sus ojos y oscurecida su razon, para que no discurriera con libertad acerca de las verdades que más le interesaban. Esto es precisamente lo que pretenden de nosotros los enemigos de nuestra fé: se valen de las mismas escandalosas lisonjas, echan mano de las mismas arterías y sugestiones, son, en fin, unos verdaderos satélites de Lucifer. Y ¿es posible que no se avergüencen estos mentecatos, que no huyan del comercio y sociedad de los demás hombres á sepultar su confusion en el más escondido asilo, al ver tan perfectamente descubierto el orígen de su ilustracion? Por no querer sujetar su orgullosa razon á la infinita sabiduría de su Dios, se someten, toman por maestro al espíritu del error y de la mentira; y de tal modo siguen sus abominables instrucciones, que no osan añadir una sola palabra á lo que él dijo en el principio del mundo. Su sugestion es

idéntica, es una misma: por sus bocas se comunica la voz del dragon infernal. Comparad las expresiones de los unos con las del otro, y no advertireis la más mínima diferencia. Examinad con detencion y prudencia cuál sea el verdadero principio de la seduccion, y aprended á temerla y detestarla: de lo contrario, experimentareis infaliblemente los mismos resultados que los primeros hombres. Tuvieron éstos la imprudencia de dar asenso á las falsas voces de Satanás, negándoselo con una impía desfachatez al infinitamente verdadero é incapaz de engañarnos; y en aquel mismo momento se vieron sumidos en el abismo de la ignorancia más deplorable, de la más absoluta ceguedad. Aún se hicieron incapaces de hallar el camino, por donde pudieran salir de aquel intrincado y horroroso laberinto; y su razon, rodeada de tinieblas, no podia discurrir medio alguno para libertarse de la enorme miseria en que se habian sepultado. Tal era su estupidez, que cuando Dios los buscó para ofrecerles el remedio, se ocultaron, huyeron de su vista, creyendo poder sustraerse á su severa mirada, al golpe de su justa indignacion. Sin duda alguna hubiera sido irremediable y eterna su desgracia, si la bondad infinitamente sábia y poderosa del Señor no hiciera un esfuerzo propio suyo para librarlos de ella. Y viendo que la soberbia, la ambicion, el orgulloso deseo de la independencia, los habia conducido al extremo de poner en duda sus palabras, determina humillar su razon, obligándolos á cautivarla en su obsequio, y hacerles creer, sin el menor recelo, verdades incomparablemente más elevadas, arcanos mucho más sublimes, misterios que jamás pudieran comprender; y solo por este medio, bajo esta precisa condicion, les promete su reconciliacion y la bienaventuranza para que los habia criado. Ofréceles en unas cláusulas, no ménos oscuras que breves, la venida de su Hijo al mundo, para reparar la falta que ellos habian cometido en perjuicio suyo y de sus descendientes; y á la fé y esperanza en este divino Salvador vincula la salud eterna de todos los mortales, de tal suerte, que nadie, absolutamente nadie puede ya ser salvo sino por este medio (Act. iv, 12).

La vida de todos los patriarcas, las predicciones de los profetas, la institucion de los sacrificios, las ceremonias todas de la ley de Moisés, y la providencia con que el pueblo escogido fué libertado del yugo de Faraon, protegido en el Desierto y posesionado de la Palestina, todo contribuía á renovar la augusta promesa, y la necesidad de creer y esperar la venida del libertador, para participar el fruto de su sacrificio. Las figuras más expresivas fueron la sangre del cordero, con que mandó señalar en el Egipto las puertas de las casas, para librar de la muerte á los primogénitos de los hebreos, y la serpiente de metal que

dispuso se levantara sobre un palo en el Desierto, para que, á su vista, sanasen los israelitas de las mordeduras de las serpientes verdaderas, que de otro modo eran incurables, y conducian á una muerte pronta y desesperada. Esta última es tan clara, que no necesita explicacion alguna. La mordedura de la serpiente era mortífera, sin que todos los recursos de la medicina, sin que toda la naturaleza ofreciera un solo remedio capaz de curarla; y con una cosa tan fácil, y á juicio de los incrédulos tan impertinente, como era el mirar solamente una imágen del reptil que los habia mordido, quedaban sanos en el momento. Y para que la figura fuera aún más demostrativa, hace poner Moisés, inspirado del mismo Dios, el signo milagroso en lo alto de un madero, á fin de que á nadie le sea lícito dudar que es un símbolo del Redentor de los hombres, colocado en lo alto de la cruz; objeto, que si miran con los ojos de la fé los miserables, heridos de muerte con el pecado del primer hombre, asegurarán la vida del alma, absolutamente imposible de recobrarse por otro medio. El Hijo del hombre, nuestro divino redentor Jesucristo, manifestó por su misma boca la interpretacion verdadera de aquel signo, diciendo (Joann. iii, 14 et 15), que así como Moisés hizo levantar en el Desierto la serpiente, así seria él mismo elevado en un infame madero, para que todos cuantos mirándole, crean sinceramente ser el Hijo del Eterno, no perezcan, como perecerán sin remedio todos los que se resistan á creer en él; sino que consigan la salud eterna en recompensa de su fé. Quien no cree, continúa el Salvador (Ibid. 18), no necesita ya nuevo juicio; desde el mismo momento, quedan sentenciados á una muerte eternamente desgraciada, *porque yo soy el único camino por donde se puede llegar á la gracia de mi eterno Padre*, y ninguno ha llegado, ni es posible que se acerque jamás, dirigiéndose por otra via.

Con mucha frecuencia se encuentra repetida esta verdad en el Evangelio. El que creyere y fuere bautizado, se salvará; mas el que no crea, irremediablemente quedará condenado (Marc. xvi, 16). Aún para recibir las aguas salutíferas del sacro bautismo, se establece como punto necesario la verdadera fé; y por eso el Salvador dispuso y mandó expresamente, que fuesen instruidos en sus augustos misterios los que hubieran de ser bañados en ellas. El apóstol san Felipe, ántes de bautizar al eunuco de la reina Candace, que con tan vivas ansias se lo suplicaba, le exigió la confesion, y le obligó á repetir que creía de todo corazon, que Jesucristo era hijo verdadero de Dios (Act. viii, 36 et 37).

No quiero detenerme á recopilar testimonios. Creo haberos persuadido de la necesidad de la fé para conseguir la felicidad, y del orgullo de los filósofos, que se oponen á creer los misterios que nos ha revelado el Señor, solo porque no alcanza á comprenderlos su débil razon. ¡Infelices! no advierten que se hacen más acreedores, y experimentarán con más rigor la ira de Dios en el dia de las venganzas, que aquellos otros que no creyeron la revelacion, por no haber llegado á sus oidos.

Cautivemos nuestra razon en obsequio de la fé: renovemos las promesas que hicimos á Dios en el bautismo, puesto que ya se ha roto, por nuestras infidelidades, la escritura que hizo él con nosotros en aquella sagrada ceremonia. Pidámosle sin intermision su divina gracia; importunémosle, hagámosle una especie de violencia como la Cananea del Evangelio: no desmayemos por más que aparente repelernos como á ella, que, por fin, viendo nuestra constancia, nos concederá sus divinos auxilios, con los que venceremos la resistencia que pueda oponer nuestra orgullosa razon á creer las verdades reveladas, por más difíciles é inconcebibles que le parezcan; y consiguiendo agradar á Dios en esta vida, nos haremos acreedores al premio inmortal, prometido á los verdaderos creyentes. Amen.

FÉ.

(MEDIOS DE ADQUIRIRLA.)

III.

Fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi.

La fé proviene del oir, y el oir depende de la predicacion de la palabra de Jesucristo.

(Rom. x, 17.)

Todas las ciencias se aprenden por el estudio de los fenómenos que se desprenden de su objeto; por consiguiente, la ciencia de la religion se aprende por el estudio de los fenómenos religiosos. Mas este secreto de la ciencia no es para nosotros el primero, puesto que para ser cristiano no solo necesitamos saber, sino, sobre todo, necesitamos creer.

¿Y qué se requiere para esto? ¿Qué sendas tenemos abiertas, en medio de la oscuridad de los misterios de la fé? ¿Por dónde nos abriremos paso en abismos impenetrables? Cuando S. Juan, desde el fondo de su destierro de Patmos, descubria los últimos misterios del porvenir, vió en la mano de Dios un libro cerrado con siete sellos, y oyó que un ángel decia: ¿Quién es digno de abrir el libro y de romper los sellos? Y como nadie podia hacerlo en el cielo, ni en la tierra, ni en los infiernos, S. Juan empezó á llorar. No llores, le dijo el ángel, hé aquí el leon de la tribu de Judá que ha vencido, el vástago de David que abrirá el libro y romperá los siete sellos. La fé, hermanos mios, es tambien un libro cerrado con siete sellos, y no creo equivocarme al suponer, que hay entre vosotros algunos que desean abrirlo, y lloran porque no pueden hacerlo. Pues yo tambien les digo: «No lloreis, porque el leon de la tribu de Judá ha vencido, ha difundido la luz en las tinieblas, ha comunicado vida á la muerte y nos ha dado los medios de ir en pos de él y de seguir sus huellas.» La fé es posible: lo es infinitamente más que la ciencia; la ciencia será siempre patrimonio de un corto número, miéntras la fé es patrimonio de todos. Sin embargo, hay hombres que no la tienen, ó que la han perdido; los hay que la buscan y dicen que no la encuentran. ¿Cómo se adquiere la fé? ¿Por qué medios podemos convertirnos á Dios, despues de haber perdido la primitiva sencillez de corazon? Ved aquí lo que voy á manifestar en el presente discurso. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La fé, hermanos mios, es, ante todo, un acto de entendimiento. El entendimiento es la facultad de admitir y de combinar las ideas; las ideas son las leyes ó las relaciones eternas de las cosas, en tanto que el entendimiento las percibe; y como las cosas pertenecen á dos categorías, el mundo inferior y el mundo superior, el mundo natural y el mundo divino, de ahí se sigue, que hay dos clases de ideas, ideas naturales é ideas divinas. La adhesion del entendimiento á las ideas naturales constituye la razon; la adhesion del entendimiento á las ideas divinas constituye la fé. Ahora bien; así como se forma en nosotros la razon, que consiste en la adhesion á las ideas naturales, así tambien se forma la fé, que consiste en la adhesion á las ideas divinas; de suerte, que la teoría de la razon es tambien la teoría de la fé, y la generacion de la una es semejante á la generacion de la otra. Si me preguntaseis en qué se funda mi fé, podria, á mi vez, preguntaros, en qué se funda vuestra razon.

Sea cual fuere el sistema que se siga sobre el orígen de las ideas ó

de los primeros principios naturales, siempre resulta, que estas ideas ó estos primeros principios son admitidos por el entendimiento humano. La razon empieza por un acto pasivo; solo Dios empieza por la actividad, y por la actividad termina. El hombre, al nacer, está en actitud pasiva para la razon, como para la vida; y así como recibe el primer síntoma y elemento, sin hacer, por su parte, el menor esfuerzo ni acto, así recibe tambien el primer gérmen de la razon, sin cooperacion alguna de su parte; pero este gérmen, por sí solo, aún despues de recibido, no se desarrolla por su fuerza natural, abandonado á sí mismo; necesita un auxilio exterior, que fomente y forme el entendimiento; y este auxilio es la palabra. Cualquiera que no hubiese oido la palabra, aún cuando tuviese toda la aptitud para convertirse en un sér inteligente, aunque poseyese en su interior el gérmen de las ideas, no se desarrollaria su elemento intelectual; planta silvestre, estéril é inculta, se consumiria lentamente y sin gloria entre la region de las imágenes, que percibiria, y la region de las ideas, cuya existencia, á lo más, sospecharia: tal le acontece al sordo-mudo. En fin, se necesita que el gérmen de las ideas, fomentado por la palabra, llegue á un completo desarrollo, porque hay una inevitable antipatía entre las tinieblas y el entendimiento; y las ideas, miéntras no son claras, no son más que un principio y un bosquejo del desarrollo de la razon. Tal es, hermanos mios, la ley que siguen la fé y la razon al formarse. El hombre no posee por sí mismo las ideas divinas, como por sí no posee las ideas naturales, y mucho ménos las primeras, porque es infinitamente mayor la distancia entre el hombre y Dios, que entre el hombre y la naturaleza. Por lo tanto, se encuentra en un estado pasivo para recibir de un modo original las ideas divinas, y tambien para recibir de un modo primordial las ideas naturales. Nunca será capaz de adquirirlas ó de crearlas en sí, no habiendo recibido este don de Dios: á este don le llaman los cristianos *gracia*, es decir, el don gratuito por excelencia. Comunícase al hombre en el bautismo, que es el nacimiento espiritual del alma; ó si no ha sido bautizado, se le comunica por otros medios que expone la doctrina católica, y de los cuales no debemos ahora ocuparnos. La gracia, desde el punto de vista que nos ocupa, es una efusion de las ideas divinas, por cuyo medio el entendimiento se pone en relacion con el horizonte del mundo superior ó divino. De todos modos, este no es más que un gérmen; y así como la semilla natural necesita ser desarrollada por la instruccion ó la palabra humana, la semilla ideal divina necesita ser desarrollada por otra instruccion ó palabra, que es la de la Iglesia.

Como os ha hablado vuestra madre, os habla tambien la Iglesia,

que es la madre universal. En el órden de la naturaleza, la humanidad, por conducto de vuestra madre, os ha concedido el don de un sentido comun humano; y en el órden de las verdades eternas, Dios, por conducto de la Iglesia, os ha concedido lo que se puede llamar el sentido comun divino. Por esto dice S. Pablo: La fé proviene del oir, y el oir depende de la palabra de Cristo: *Fides ex auditu; auditus autem per verbum Christi*. Por esto Jesucristo ha dicho á la Iglesia: Id, y enseñad: *Euntes ergo docete*. La Iglesia envia sus ministros al país de los salvajes, que nunca han oido la palabra divina, y que, cuando más, conservan algunos resabios de la tradicion: llegan allí los ministros de la Iglesia, que ni siquiera conocen todavía su idioma. ¿Qué van á hacer con semejantes condiciones? Erigen una cruz y se postran ante ella; los salvajes se agrupan en torno de aquel desconocido que ora, y el misionero, en un lenguaje imperfecto, que apenas sabe articular, les explica las verdades simbolizadas en la imágen de Dios clavado en aquel madero; y así como en vuestra cuna os abrió el oido el acento de una madre para comunicaros las ideas, que han sido el elemento constitutivo de vuestra razon, así el acento del misionero, que representa á la Iglesia, abre el oido de aquellos salvajes, penetra hasta su entendimiento, y encontrando allí el gérmen divino, lo desarrolla: los salvajes doblan entónces sus rodillas, creen en Jesucristo muerto por ellos, le adoran, y su alma transfigurada, aspira á la eternidad, realizando las palabras de S. Pablo: La fé proviene de oir, y el oir depende de la predicacion de la palabra de Cristo: *Fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi*.

Acaso, hermanos mios, me argüireis, que hay, cuando ménos, una diferencia, entre la formacion de la fé y la de la razon, á saber, que la palabra humana, alcanzando á la raiz oscura de las ideas naturales, las eleva y esclarece, miéntras la palabra de la Iglesia, á pesar de todo su poder, no eleva las ideas divinas sobre su profundidad sombría y misteriosa. Os engañais: ni las ideas divinas ni las ideas humanas llegan á ser comprendidas claramente por el entendimiento, pues siempre queda en unas y en otras la gran incógnita de la sustancia; pero las ideas divinas, como las ideas naturales, nos iluminan; y si así no fuese, jamás las aceptaria el entendimiento. Al entendimiento le es imposible ver en medio de la oscuridad, así como los ojos no pueden ver en medio de las tinieblas sin el auxilio de la luz, de donde resulta, que para él no existe lo que el entendimiento no ve. Si ha de someterse á las ideas divinas, es necesario que las vea; y para que las vea, necesita luz. Hé aquí, hermanos mios, una idea divina: «Bienaventurados los que lloran.» A ningun sábio se le habia ocurrido esta idea, que, á primera vista, parece inconcebible: no obstante, es sumamente clara para los verdaderos cristianos, y ha contribuido á enjugar más lágrimas que todas las teorías y preceptos de los filósofos. Convengo, sin embargo, en que para vosotros esta idea es oscura; ¿en qué consiste, pues, que una idea clara para unos, sea oscura para otros? La explicacion es muy sencilla. ¿No vemos tambien en el órden de la naturaleza principios, que son evidentes para los unos, miéntras son incomprensibles para los otros? Apenas se le indica, comprende el matemático una proposicion, que carece de sentido para el hombre que no sabe matemáticas.

Además, la fé no es solo un acto del entendimiento, sino tambien un acto de la voluntad. La voluntad es la facultad de amar; y así como del entendimiento surgen la razon y la fé, así tambien de la voluntad brotan dos raudales, el del amor natural y el del amor divino. El amor natural nos une al mundo creado; el amor divino nos lleva al mundo increado: el primero nos aleja de la fé; el segundo nos impele hácia ella, aún cuando no es perfecto, y se halla en el estado de presentimiento ó de deseo. Fijad la atencion en vosotros mismos: ya rompa el infortunio uno de vuestros vínculos, ya penetre en el fondo de vuestra alma un sonido melancólico, cada vez que os eleva sobre la tierra un soplo venturoso, se os aparece la fé, y os trasmite una sensacion especial. Se ha inclinado el eje de vuestra voluntad con un movimiento imperceptible, y al punto os ha favorecido la fé con un vislumbre lejano y oscuro. Si pudieseis amar, podriais creer. Pero ¿cómo amar lo que no se ve, cuando en ello no creemos? Si la fé depende del amor, ¿el amor no depende acaso de la fé? Este argumento supone, hermanos mios, que lo bello y lo bueno, considerados en el órden divino, son ajenos al hombre, y que el hombre no puede dejarse atraer hácia ellos, ántes que la fé domine completamente en el entendimiento. Si así fuese, la fé seria imposible, porque es necesario, segun las condiciones de nuestro sér, que la voluntad dé impulso al entendimiento, y la voluntad no se mueve sino á impulsos de la belleza y de la bondad de un objeto. Así, pues, como la palabra de la Iglesia halla en el alma y despierta en ella el gérmen de las ideas divinas, debe tambien encontrar y excitar en ella el gérmen del amor divino: así tambien la naturaleza, al dirigirse al corazon del hombre para conmoverlo, encuentra pronta y predispuesta la fibra del amor terrestre. Igual es la ley que rige en uno y otro caso.

¿Cómo excitamos en nosotros el amor natural? Poniéndonos en relacion con las criaturas. Amamos la luz, porque nos comunicamos con ella por los ojos; amamos el calor, porque nos comunicamos con

él por todos los poros; amamos los perfumes, porque nos comunicamos con ellos por el olfato; amamos lo bello sensible, porque se nos comunica por todos los sentidos. Si no os hubieseis hallado en relacion con un objeto, os seria imposible amarlo; desde que estais en relacion con él, podeis amarlo, y lo amareis infaliblemente, si hay en él hermosura y bondad. Ved aquí, hermanos mios, como se forma y excita el amor natural; pues del mismo modo se forma y excita el amor divino. Dios, que ha dado á las criaturas tanta magnificencia y atractivos tan notables, á fin de que nuestro corazon se dejase conmover por ellos, no ha sido ménos grandioso y grande, al exponer á las miradas de los hombres la hermosura y la bondad divinas. Se las ha mostrado en el Hombre-Dios, conversando con nosotros, y muriendo por nuestro amor en el Calvario: y ha escrito el Evangelio para infundir en nuestro corazon la historia inefable de aquella vida y de aquella muerte. Sin duda la fé, por sí sola, nos dá la certeza de que Dios nos ha amado hasta morir por nosotros; pero así como la palabra reclama la adhesion del entendimiento á las ideas que nos comunica, ¿por qué no ha de reclamar la adhesion de la voluntad al amor que revela? La palabra tiene dos objetos en lo humano y lo divino; ilustra y mueve, produce la luz y el afecto. Solo resta que nos prestemos á ella, así respecto del amor divino, como respecto del amor humano; no hay más que ejercer un acto de voluntad así para el uno como para el otro. Sin la voluntad, todo es imposible, tanto la fé, como todo lo demás, sin que la fé sea imposible en mayor grado. No tendríamos derecho de quejarnos, á no ser que el cristianismo no tuviese cosa alguna suficiente para mover nuestra voluntad hácia él; pero esta queja carece de fundamento. Cuando rechazamos el cristianismo, rechazamos, por una ingrata preocupacion, el mayor de los amores que ha buscado al hombre; abusamos, por un exagerado esfuerzo de nuestra libertad moral, y trocamos en maldicion contra nosotros el dulce cántico que entonaban los ángeles al nacimiento del Hijo del hombre: Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

¡Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad! Estas palabras explican como tantos hombres, que nada saben, alcanzan la fé: la alcanzan por el camino del amor: su alma, que difícilmente hubiera correspondido á las ideas divinas, por su sublimidad ha correspondido sin violencia al contacto de la caridad. Han reconocido á Dios en la bondad más que en la luz, y la luz, inclinándose hácia su corazon, se ha introducido en él por medio del amor.

2. He dicho, hermanos mios, que la formacion de la fé, semejante en su desarrollo á la formacion de la razon, supone el gérmen divino del conocimiento y del amor, infundidos en nosotros por la mano de Dios; necesitamos, pues, la cooperacion de Dios para conseguir la fé, y esta cooperacion es libre por su parte, á lo ménos despues que, abusando de sus dones, hemos alterado su virtud por nuestra culpa. La libertad del hombre ha menester el contrapeso de la libertad de Dios; y, por lo tanto, si Dios está apartado del hombre, no puede consumarse el misterio de la fé en nosotros, si no podemos atraernos la cooperacion de Dios. Mas ¿por qué medios podrá excitarse esta cooperacion? ¿Quién será bastante fuerte para hacer violencia á Dios, y para hacerle violencia sin agravio de su libertad? La oracion. La oracion es la reina del mundo: cubierta de humilde ropaje, inclinada la frente, tendida la mano, protege al universo con su majestad: se dirige contínuamente, desde el corazon del débil, al corazon del fuerte; y cuanto más humilde es el punto desde donde implora, cuanto más excelso es el trono á donde asciende, más seguro es su imperio. Si un insecto pudiese suplicarnos cuando vamos á pisarle, nos conmoveria profundamente; y como nada hay superior á Dios, son altamente eficaces las súplicas que le dirigimos. La oracion, hermanos mios, restablece nuestras relaciones con Dios, nos proporciona sus auxilios, en cierto modo, le hace violencia, sin menoscabo de su libertad, y es, por consiguiente, madre de la fé. Por eso dijo Jesucristo: Pedid, y se os dará: buscad, y hallareis: llamad, y os abrirán; porque todo aquel que pide, recibe: y el que busca, halla; y al que llama se le abrirá (MATTH. VII, 7 et 8).

Me preguntareis, tal vez, si se necesita la fé para orar; y, en este caso, si se necesita orar para tener fé, estaremos encerrados constantemente en un círculo vicioso. ¡Ah! sí, hermanos mios, un círculo vicioso! Pero ved de qué modo Dios lo desvanece. Convengo en que para orar es necesaria la fé, al ménos una fé incoada. ¿Sabeis lo que es la fé incoada? La fé incoada es la vacilacion; la vacilacion es el principio de la fé, como el temor es el principio del amor. No hablo de ese excepticismo que afirma, dudando; sino de esa duda sincera, que mueve al hombre á decir: acaso puedo conseguir el conocimiento y el amor de ese Dios. ¡Acaso! Esta duda, hermanos mios, es el principio de la fé, y esta fé incoada no la arrancareis de vuestro corazon fácilmente. Es la fé en el estado indeciso, que pasará ó no al estado de conviccion, segun sea vuestra voluntad; que se presta á todo, á afirmar á Dios ó á negarle, á amarle ó á aborrecerle.

Todos, hermanos mios, podemos orar, porque todos creemos ó dudamos. Débiles insectos escondidos bajo el débil tallo de yerba, nos perdemos en vanos raciocinios, preguntándonos de dónde venimos y

á dónde vamos; pero ¿no podemos exclamar: Tú, quien quiera que seas, tú que nos has formado, dígnate sacarme de mi duda y de mi miseria? ¿Quién no puede suplicar de este modo? ¿Quién puede excusarse de hacer esta oracion? ¡Ojalá! hermanos mios, os haya yo inspirado al ménos el saludable pensamiento de volveros á Dios por medio de la oracion, y de anudar con él vuestras relaciones, no solo por el espíritu, sino tambien por las aspiraciones del corazon! Esto es lo que espero de vosotros, esto es lo que pediré por vosotros para que seais felices en el tiempo, y felices en la eternidad.

FÉ.

(SUS CUALIDADES.)

IV.

Simile est regnum cœlorum grano sinapis.
El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza.

(MATTH. XIII, 31.)

Para darnos el Hijo de Dios una idea de su Iglesia, nos la representa bajo la figura de la mostaza, que, siendo una de las más pequeñas semillas, llega á formar una especie de arbusto, en cuyas ramas pueden posarse las aves. Tal es la fé ó la doctrina de la Iglesia. Mirándola al través del prisma de los sentidos, parece la más baja y más miserable de todas las ciencias; en su objeto se descubre un Dios crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles; en sus preceptos se nota cierta violencia á las inclinaciones de la naturaleza; en sus fundamentos se halla el pecado original, desde el principio del sér y de la corrupcion general de la naturaleza; en su estilo, una suma sencillez; en sus primeros predicadores, unos hombres sacados de la clase más humilde del pueblo; todas, á la verdad, circunstancias que inquietan la naturaleza, que hacen fuerza al entendimiento humano, y que solo parecen capaces de atraerse el menosprecio de los hombres. No obstante, la mostaza se eleva como si fuera un árbol, y los pájaros del cielo posan sobre sus ramas. A este modo, la doctrina del Evangelio se eleva hasta el cielo, extiende sus ramas hasta las últimas extremidades de la tierra, y todas las almas, que suspiran por el cielo, vienen á establecerse sobre ellas.

Esta explicacion, que mira á la Iglesia en general, se puede aplicar en el sentido moral á cada cristiano en particular. La fé es semejante al grano de mostaza respecto de aquellos que la reciben. Pequeña en la apariencia, llega á hacerse en el corazon del justo un árbol considerable, que dá un fruto de toda especie de buenas obras, conforme á lo que está escrito, que el justo vive de la fé. No sucede así al pecador, que no se quiere dirigir por las luces de la fé. Y esto mismo me empeña á haceros ver la grandeza de la fé, por una parte, y por la otra, su pequeñez, su grandeza en sí misma, y su pequeñez en el corazon de los cristianos. Os demostraré, primero, *cuál debe ser la fé de un cristiano;* y en seguida, *cuál es, no obstante, la fé de la mayor parte de los cristianos.* Imploremos ántes los auxilios necesarios. A. M.

1. Hablando S. Pablo de las armas que Dios le puso en las manos para someter, reducir y subyugar los hombres á la fé, dice, que no son unas armas segun la prudencia de la carne, sino armas enteramente espirituales, que por virtud divina podian trastornar, destruir y aniquilar al fuerte, no ménos que al débil. Con estas armas, dice el Apóstol, reducimos á servidumbre todos los entendimientos para reducirlos á la obediencia de Jesucristo: *In captivatem redigentes omnem intellectum in obsequium Christi* (II COR. X, 5). Notad bien estas palabras, y la comparacion de que habla el Apóstol. No hay cosa más humilde, ni más sujeta que un esclavo. Él debe obedecer á su señor sin replicar, tanto en las cosas de poca entidad como en las más considerables; debe ser pronto y activo en hacer cuanto se le manda. A esto mismo nos obliga la autoridad de la fé luego que la hemos recibido; primero, debemos estar sujetos á ella sin replicar; ó bien tengamos milagros, como por fiadores de su autoridad, ó bien dejemos de tenerlos, siempre debemos obedecerla. Segundo, debemos obedecerla en todo, no juzgar de las cosas sino por los principios de ella, corregir sobre sus luces los defectos de nuestros conocimientos, determinarlos con ella si anduvieron vacilantes é indeterminados, santificarlos por ella si fueren profanos, y rechazarlos de nosotros si le son contrarios. Tercero, debemos obrar por ella, hacerla árbitra de nuestros pensamientos y la regla de nuestra conducta. Así, la fé de

un verdadero cristiano debe tener las tres cualidades que se notan en el testimonio de S. Pablo. Debe ser humilde y obediente, *in captivitatem redigentes;* entera y universal, *omnem intellectum;* viva y activa, *in obsequium Christi.*

Solo con saber qué cosa es fé, se comprende, desde luego, que debe de ser humilde y obediente. La fé, dice el Apóstol, es el fundamento de las cosas que esperamos, y una prueba evidente de las cosas que no vemos: *Est autem fides sperandarum substantia rerum argumentum non apparentium* (Hebr. xi, 1). Hay ciertas verdades en nuestra religion que comprendemos muy bien, y otras que no podemos comprenderlas: comprendemos bien, por ejemplo, que hay un Dios criador de todas las cosas. Encierra asimismo algunas verdades superiores á nuestros conocimientos. Tales son los misterios de la Trinidad, de la Encarnacion del Hijo de Dios, de la presencia real de Jesucristo en cuerpo y en alma en el santísimo Sacramento, etc. Pero por ocultas que estén estas grandes verdades, la fé, no obstante, que es una conviccion de lo que no vemos, *argumentum non apparentium,* nos las persuade más vivamente, que si las viéramos con nuestros propios ojos. Veamos cómo sucede esto. La fé exige de nosotros una humilde sumision á la palabra de Dios, que la ha revelado, cuya revelacion es infinitamente más segura y más verdadera, que todo lo que se presenta al entendimiento humano con la más cierta y más invencible evidencia. Los herejes, para seguir con libertad su propio parecer é interpretar á su modo la santa Escritura, huyen de esta humilde sumision. Y como abusan de ella para su propia ruina, como dice S. Pedro, ¿qué hace la fé? Nos enseña, que no podemos recibir el sagrado depósito de la Escritura y de la tradicion, sino de la Iglesia, á quien Dios lo ha confiado; de la Iglesia, que es la columna y fundamento de la verdad; de la Iglesia, á quien estamos obligados á escuchar, so pena de ser excomulgados y separados de Jesucristo, su cabeza y su esposo. Y en esto veis, hermanos mios, como la sumision es la primera cualidad de la fé cristiana. Por más que tengamos todos los tesoros de la ciencia, si nos falta la humildad y sumision á la Iglesia, ésta nos desechará, y no nos reconocerá por hijos suyos.

Nuestra fé debe ser eterna y universal. No hay cosa tan vasta como la fé: no hay cosa tan dilatada á que no se extienda la fé. Lo que pasa en el cielo y lo que sucede en los infiernos; lo que está sepultado en las tinieblas de lo pasado y lo que está aún escondido en los abismos de lo venidero; lo que sucedió en el principio del tiempo y lo que sucederá hasta su fin, todo pertenece á la fé, que siendo como es, una participacion de la ciencia del mismo Dios, encierra en sí hasta los

conocimientos más remotos. Pero aunque la fé sea tan vasta y nos descubra tanta diferencia de cosas, se debe notar, no obstante, que es una é indivisible. *Una fides,* como dice el Apóstol. Divídanse cuanto se quiera las materias de la fé; pero jamás se llegará á dividir la fé misma, porque su objeto formal, como dicen los teólogos, es la primera verdad; esto es, Dios revelando á su Iglesia los dogmas que ella nos propone. Cualquiera que deja de creer alguno de ellos, cesa de asentir y someterse á esta primera verdad, y será reprobado de Dios como si ninguno hubiera creido. Así no os engañeis, hermanos mios, vuestra fé debe ser entera: en la religion cristiana es necesario creer á todo ó á nada.

En fin, la última cualidad de la fé es, que sea viva, activa, y que nos una, nos incorpore á Jesucristo: *In obsequium Christi.* El creer no consiste en rezar simplemente el credo, ni el ser fiel en decir solamente con la boca las palabras de la fé, sin dar á conocer por las obras lo mismo que se cree: la fé, que justifica, y sin la cual nadie puede salvarse, es una fé que obra por medio de la caridad y se explica en obras de caridad: esta es la fé de que vive el justo: esta la que elogia S. Pablo en su epístola á los hebreos (Heb. xi), en donde recorriendo todos los siglos pasados, nos hace ver los grandes varones que hubo en el antiguo Testamento, y nos los representa grandes, solo en cuanto lo fueron delante de Dios, diciendo que esto lo lograron solo por la fé: *Sanctiper fidem.* No sola la ley antigua tuvo esta ventaja, tambien la nueva puede lisonjearse, y con razon, de haber tenido héroes y conquistadores por la fé. Y sin traeros á la memoria, amados hermanos mios, los ejemplos de fervor y caridad de la primitiva Iglesia, los cadalsos humeando, y teñidos de la sangre inocente de una infinidad de mártires, mirad solamente lo que hace la fé, aún ahora, en tantas almas santas, que incesantemente dan frutos de buenas obras, y que nada olvidan para ganar el cielo. Imitémoslos, pues; tengamos una fé obediente, entera, viva y activa; pero ¿es esta la fé que anima á la mayor parte de los cristianos? Esto es lo que necesitamos examinar.

2. La fé debe ser humilde y obediente, y nosotros perpétuamente y sin cesar queremos disputar de todo: la fé debe ser entera y universal, y nosotros no queremos creer sino lo que se nos antoja: la fé debe ser viva y activa, y nosotros no queremos conformar nuestra vida con nuestra creencia. Ved ahí tres defectos considerables que yo advierto en la fé de la mayor parte de los cristianos de nuestros dias.

La fé deberia persuadirnos con tal conviccion, que no deberiamos tener ya curiosidad, despues de haber conocido á Jesucristo, ni bus-

car más ciencia despues de haber recibido el Evangelio: con todo eso, ¡cuántos cristianos se ven el dia de hoy en la iglesia, que en materia de religion no se gobiernan más que por las luces de la razon, sin deferir en cosa alguna á la autoridad de la palabra de Dios; que creen lo que comprenden, y desprecian lo que ignoran, y no pueden llegar á comprender! Creen mil cosas en el mundo sobre la palabra de un hombre; solo con Dios se atreven á disputar de todo, solo en materia de religion discurren como se les antoja. Pero el Señor les echará en cara algun dia á estos que, con el pretexto de seguir la razon, han sido los hombres más sin razon, y los más insensatos de cuantos ha habido en el mundo.

Otros hay que solo creen lo que les agrada, y tienen la temeridad de constituirse árbitros de la religion. Si padecen alguna adversidad ó si les sucede alguna desgracia, ó tienen alguna pérdida considerable, ó les aflige alguna enfermedad penosa, en lugar de conformarse con la voluntad de Dios, y humillarse bajo su omnipotente mano, que los azota para corregirlos, creen que no hay Providencia. Si se les predica sobre la obligacion que hay de guardar castidad, dicen que esta virtud es una quimera: cuando les acomete alguna tentacion de la carne, dudan de la existencia de las penas del infierno y de la eternidad, mezclando muchos errores con su creencia. Otros, en fin, se dejan arrastrar de opiniones nuevas, que lisonjean sus inclinaciones ó la corrupcion de su corazon. Cristianos que me escuchais, no deis lugar á que alguna de estas cosas debilite vuestra fé: contemplad que no poseeis en este mundo otra alhaja más preciosa. Si alguno se pusiera en disposicion de quitaros vuestros bienes, ¿qué no hariais para defenderos? Y qué ¿teneis algun bien más apreciable que el de la fé, que encierra en sí todo el fondo y todo el patrimonio de vuestra esperanza?

Pero aún hay otra desgracia más comun, y es, que la mayor parte de los cristianos no tienen más que una fé muerta. Permitidme, hermanos mios, que os diga con el apóstol Santiago: ¿De qué os servirá tener la fé sin obras? ¿Pensais que una fé estéril por sí sola sea capaz de salvaros? No, cristianos que me escuchais, no os engañeis: á la manera que un cuerpo sin alma está muerto, de ese modo la fé sin las buenas obras es una fé muerta. Sí, cristianos flojos y perezosos, que descuidais de practicar las obras de la fé, yo os digo con toda la libertad que me dá mi ministerio, que esa fé que teneis, léjos de justificaros delante de Dios, solo servirá para que algun dia os condene con más severidad: harto mejor os sería á la hora de la muerte no haber oido hablar jamás de las verdades del Evangelio, que despues de

tantas y tan reiteradas instrucciones como habeis recibido de los ministros del Señor, haber proseguido con una vida inútil, y aún, muchas veces, enteramente contraria á la fé que profesábais. Para ser un verdadero cristiano, es necesario hablar y obrar como cristiano: es necesario que las palabras y las acciones dén testimonio de nuestra religion, y que los sentimientos del corazon estén acordes con las palabras de la boca.

Os ruego, hermanos mios, que os tomeis cuenta á vosotros mismos de vuestra fé. Ved si teneis esta fé humilde y obediente; esta fé entera y universal; esta fé viva y activa, de que acabamos de hablar. Si la hallais, dejadla obrar sobre vosotros en toda su extension, y conocereis su virtud y su eficacia.

Señor, dadnos aquella fé viva, sin la cual ni podemos agradaros, ni salvarnos. Nosotros bien podemos hablar de ella, pero sin vos y sin vuestra gracia no podemos alcanzarla. Derramadla, oh mi Dios, sobre nuestros corazones, para que por medio de ella veamos nuestras obligaciones, y viviendo conforme á nuestra creencia, merezcamos ver mudada esta fé en una luz de gloria, que descubrirá vuestras infinitas perfecciones, y nos las hará contemplar cara á cara por toda la eternidad, que es lo que os deseo.

FÉ.

(PRÁCTICA.)

V.

Peri it fides.
Muerta está su fé.
(Jer. vii, 28.)

Hermanos mios, ved las palabras que el Señor dirigió en otro tiempo á Israel por la boca de su profeta: «Tú dirás á mi pueblo: Esta es aquella nacion que no ha escuchado la voz del Señor Dios suyo; ni ha admitido sus instrucciones; no hay ya fé entre sus hijos.»

Hermanos mios, escuchemos á Jeremías; su palabra profética ha

anticipado los tiempos, y hoy, como en otros dias, nos grita á la puerta del templo: «¡Muerta está su fé!» Hoy, como en otros tiempos, nos amenaza con la justicia de aquel que le ha enviado.

«Así, pues, no tienes tú, Jeremías, continúa el Señor, que interceder por ese pueblo, ni me ruegues, ni me pidas por él; no te opongas á mi justicia; no te escucharé, porque no hay ya fé.»

Semejante lenguaje, dirigido al pueblo judío, testigo de tantas maravillas, nos confunde; y admirados de la incredulidad de los Judíos, decimos con su legislador: «Sí; á ese pueblo con razon se le llama pueblo de dura cerviz.» *Populus cervicis duræ!* Le acusamos, y hasta decimos: ¡Oh! si nosotros hubiésemos sido testigos de cosas tan grandes, nada hubiera podido turbar nuestra fé. ¡Qué insensatos somos! ¡Reprendemos con amargura á los Judíos un mal que, entre ellos, era solamente pasajero, miéntras que es permanente en medio de los cristianos! No; no hay ya fé; la fé séria, la fé práctica, esta fé se apaga. Y en efecto, hermanos mios, ¿quién ménos que nosotros tiene esa fé, que, segun el Evangelio, transporta las montañas? ¿Quién ménos que nosotros tiene esa fé, que obra por la justicia y el amor? ¿A quién podrá decir el Salvador, como en otro tiempo: «Tened confianza, vuestra fé os ha salvado?» ¡Ah! cuán desgraciadamente, hermanos mios, se han realizado las santas palabras del rey profeta: «Las verdades se han debilitado en el corazon de los hombres; es el mal que mina sin fruto el edificio de nuestra salud eterna.»

Contentos con nuestro título de cristianos, no queremos ver sobre qué base reposa; y por poco que no hayamos llegado á ese punto de tibieza, que se hace indiferencia total, desprecio completo, nos creemos tan asegurados en nuestra dicha futura, como si llenásemos nuestra vida con el cumplimiento más entero de nuestros deberes. Los dias se suceden á los dias, los años á los años: el término llega en que debemos dar nuestras cuentas, sin que jamás hayamos examinado sobre qué principios debíamos apoyar nuestras obras. La fé las hubiera hecho meritorias, y no la hemos tenido; no creemos, ó si creemos, nuestra creencia es tan débil, que de aquí viene naturalmente, de aquí viene necesariamente, de aquí viene fatalmente la poca influencia que el fin ejerce sobre todas nuestras acciones. Y sin embargo, no nos engañemos en eso: «Aquel que no obra en mi favor, dice el Señor, obra contra mí.» Si no obramos en favor del Señor, ¿en favor de quién obramos? Dejo á vuestras conciencias el cuidado de responder. Es evidente, que si vuestras acciones están muertas para una fé inefable, lo están tambien para vuestra salvacion eterna: todo para el cielo, ó todo para la vida.

El Apóstol de las naciones nos dice: «Ora comais, ora bebais, ora obreis de cualquiera manera, hacedlo todo por el amor, la gloria y el nombre de Jesucristo.» Esto quiere decir, que la fé de su presencia, que la fé de su perfeccion, debe obrar á todo instante sobre vosotros, de manera, que cuando hubiéreis llegado al supremo momento, nada tengais que temer de la justicia de aquel, que ve manchas en los más puros astros.

Esta fé práctica, hermanos mios, esta fé hace los santos; esta es tambien la fé que venimos á ensayar de reanimar en medio de vosotros; no decimos resucitar, porque me dirijo á una asamblea de cristianos, en cuya alma la fé no puede estar enteramente apagada.

Vamos á hacer aquí, hermanos mios, el exámen de los actos de nuestra vida, ó, al ménos, de algunos de ellos: tal es el objeto que me propongo en esta familiar y lacónica instruccion. A. M.

1. Hermanos mios, cuando Dios libró á los Israelitas de la cautividad de Egipto, y por un milagro de su poder abrió los mares en su favor, les hizo manifestar su voluntad en estos términos: «Que mi ley esté siempre grabada en vuestro espíritu, que mis instrucciones no se borren jamás de vuestro corazon; meditadlas dia y noche; hablareis de ellas á vuestros hijos, hareis de ellas como un monumento eterno, que tendreis siempre ante vuestros ojos; llevareis ese signo sagrado en vuestras manos, coronareis con él vuestra cabeza, y será el más precioso adorno de ella; en fin, imprimid esta ley santa sobre vuestras puertas, de manera que no podais ni salir, ni entrar sin recordaros plenamente de ella.» ¿Qué significan estas palabras, hermanos mios? Con estas expresiones tan fuertes, ¿no trata de hacernos entender, que cualquiera que desea salvarse, debe tener la fé de Dios; no debe emprender nada sin consultarla; que debe reglar sobre ella todos los designios de su vida como sobre un modelo igualmente invariable; por último, que esta ley debe ser el principio, el medio y fin de todas sus acciones?

Observad bien, que esta proposicion es de tal manera verdadera, que esta fé, sin las obras, es una fé muerta; es la fé del demonio. La fé con sus obras es una fé de tal manera necesaria al cristiano, que sin ella todo está muerto en él; que sin ella nada es completo en el órden de la gracia. Y lo mismo que la fé sin las obras de la fé es una fé inútil y muerta, lo mismo las obras sin la fé son obras inútiles y muertas. Oid al apóstol Santiago: «¿De qué servirá á cualquiera decir que tiene la fé, si no hace las obras de la fé? ¿La fé podria sal-

varle sin las obras? No, sin duda; así, la fé que no está animada con las obras, es una fé muerta é inútil.»

La tradicion conforma plenamente esta verdad.

«La fé cristiana, dice Clemente de Alejandría, es una série contínua de acciones hechas en conformidad con la voluntad de Dios y de Jesucristo; esto es lo que llamamos la fé; sin ellas, el mérito de las obras seria estéril: Abrahan no fué justificado por su fé, sino por las obras de su fé.» Oigamos al sábio san Agustin comentar el texto del Apóstol, que acabamos de nombrar: «La fé, sin las obras, es una fé muerta é inútil; si no hacemos las obras de la fé, nuestra fé es, pues, muerta é inútil.»

San Juan Crisóstomo con una comparacion justa, nos vá á decir lo que son las obras sin la fé: «Las obras sin la fé es una rica pintura, es una rica estátua; no hay vida, no hay ningun movimiento en rededor; se admiran las obras sin fé como ricas pinturas, como bellas estátuas. Hé aquí la vana recompensa de nuestras vanas acciones y de nuestros vanos deseos.»

¿Qué añadiríamos nosotros, hermanos mios, á estas palabras del Apóstol, en quien hablaba el Espíritu Santo? Debemos solamente sacar por consecuencia, y es una verdad triste, que la fé, sin las obras, es una fé muerta, y que compromete el porvenir. No nos vemos ménos obligados á admitir esta verdad, por muy terrible que sea.

2. Esto sentado, examinemos algunas acciones nuestras; pesémoslas en la balanza de esta fé; yo me dirijo á una asamblea cristiana, y, verdaderamente temblando, llego á un exámen semejante.

El Señor dijo á su profeta Jeremías: «Recorre todas las calles de Jerusalen; mira y considera, busca en todas sus plazas, si hallas un solo hombre que obre segun la justicia y que busque la verdad; que si hay alguno que jure por mí, diciendo: *Vivit Dominus*, viva el Señor; él se valdrá de este juramento para afirmar una mentira.»

«Pero, dijo el profeta, no hay quizás más que ignorantes pobres sin sabiduría y sin conocimiento de los preceptos del Señor: Iré á la casa de los ricos, los poderosos del mundo, los inteligentes del siglo; estos conocen sin duda los preceptos de su Dios.» El profeta fué, y esta ha sido su respuesta: «¡Ah, Señor! ¡ah, Señor! he hallado que todos esos han conspirado juntos con más osadía aún, para destruir vuestro yugo y romper sus lazos.»

Tal fué, digo, hermanos mios, la respuesta del profeta de la fé antigua.

Pues bien; yo, profeta de la fé nueva, iré al pueblo de la nueva ley, entraré en el templo, y allí, estoy convencido de ello, hallaré piadosos fieles en rededor del autor y consumador de su fé; veré allí una gran parte de los que pasan los dias y las noches en medio de lágrimas, venir á depositar sus infortunios á los piés del que ha dicho: «Venid á mí vosotros que sufrís.» Yo oigo á esas almas abrasadas de amor decir, como en otro tiempo el profeta: «¿Quién nos dará alas como á la paloma, para ir á abismarnos en vos, Señor?» ¡Sí, sin duda, yo hallaré justos!

¡Ah! El profeta de la ley nueva se presentó en el templo de la nueva ley, y la respuesta que vuelve al Señor, es más triste aún que la que trae el profeta de la ley antigua. El profeta de la ley nueva halló la abominacion de la desolacion hasta en el lugar santo. ¡Ay! hermanos mios, yo he visto con frecuencia una asamblea de llamados cristianos, de cristianos, que apenas creen estar en presencia de Jesucristo. Saben bien, sin embargo, ¡Dios mio! que el dia de vuestra pasion vos tomasteis pan entre vuestras manos santas, y que despues de haberlo bendecido y hecho pedazos, vos le disteis á vuestros discípulos, diciendo: «Tomad y comedle todos, pues este es mi cuerpo.» Saben, sin embargo, que bajo estas especies vos estais presente en el altar santo; bien lo saben, pero no lo creen. No, hermanos mios, no lo creeis. Y si lo creeis, explicadme entónces vuestras distracciones, vuestra disipacion en el lugar santo, vuestra frialdad cerca de la hornera que debe abrasarlo todo; explicádmelo, explicáoslo á vosotros mismos. Si la fé viva de la presencia de Jesucristo os animase, no exclamaríais como el profeta: ¡Oh Señor! Un solo dia, pasado en vuestro templo, vale más que siglos pasados en los palacios de los poderosos!» Pero léjos de eso, se hurtan apenas algunos instantes á las pasiones para venir al templo del Señor. Despues, al entrar en este templo, la mano signa la frente sin pensar en ello; se ponen de rodillas, es una costumbre: ¿por qué no hacerlo? Despues de una primera atencion á todos los objetos que rodean, la boca barbota algunas oraciones, que el corazon no oye. ¿Por qué? Porque á fuerza de decirlas con ligereza, no han llegado á ser más que un vano sonido que el mismo Dios no oye ya. ¿Y qué ha venido á ser ese corazon, hermanos mios, de cuyos latidos el Señor pedirá cuenta? ¡Dios mio! ¡así es como creen! ¿Así es como se hallan en presencia de Aquel que será nuestro juez? ¡Oh! no; vosotros no creeis en la presencia de Jesucristo! Si creyeseis en su presencia, exclamaríais: ¡Oh Dios mio! al entrar en tu tabernáculo yo, quisiera espirar de temor y de amor. Pero léjos de eso, os veis forzados á confesar el estado de vuestro corazon, y decirle: ¡Mi corazon no late ya por vos!... Además, ¿qué habeis, Señor, hecho por el hombre? ¡Vos fuisteis al Calvario!..

¡Oh Dios mio! ¡Qué verdad tan triste! Por una parte, la cruz; por otra, la práctica; por un lado, la inmensidad del beneficio; por otro, la inmensidad de la ingratitud y del olvido.

Examinemos ahora, hermanos mios, otro punto de vista de la pretendida vida cristiana. Por el pecado de Adan el hombre fué entregado á las miserias que esta falta arrastraba; pero Dios, como si se hubiese arrepentido de su severidad hácia su criatura, Dios quiso en estas mismas miserias darle un medio de salud; y hé aquí que trayendo sobre la tierra la paz á los hombres de buena voluntad, Jesucristo les dijo: «Bienaventurados vosotros que llorais; bienaventurados los que padeceis; bienaventurados los que sois pobres; bienaventurados los que sois perseguidos por la justicia.» Habeis oido, hermanos mios, estas palabras; están proclamadas en el santo Evangelio; las habeis probablemente meditado; y, sin embargo, vuestra conducta muestra claramente que, conociéndolas, no creeis en ellas.

En un dia de comunion, por ejemplo, reconociendo hasta el exceso de las bondades que la mano liberal de Dios se digna derramar sobre vosotros, habeis podido decir: ¡Oh! Sí, Dios mio, ¡vuestra bondad ha sido grande! Haced pues que yo la reconozca; si no puedo, como Pablo, glorificaros con mis doctrinas y trabajos, que yo, como Job, esté dispuesto á glorificaros con mi dolor. Enviadme, pues, lo que os agrade. De la mano del Padre bajan las pruebas; pues bien, yo me postraré ante esa mano, yo besaré esa mano que prepara mi corona probándome.

Almas escogidas han hecho oir estas palabras; pero habiendo llegado el dia de las tribulaciones, hemos hallado la carga demasiado pesada y demasiado insoportable; no hemos pensado, como el Apóstol, en glorificarnos de nuestras enfermedades; las hemos hallado todas ellas demasiado duras, y hemos olvidado que el pan de las lágrimas era el primer pan del perdon.

Si los males son la condicion inseparable del humano linaje, los males son, sobre todo, la escolta de la vida del cristiano. Acordaos del Evangelio: «Si alguno quiere ser mi discípulo, que él lleve su cruz y me siga.» Llevar su cruz, es decir, mantenerse en las pruebas, vivir de la vida del Calvario, vivir de la vida de Jesucristo, vivir de todas las condiciones esenciales del cristiano, y sin las que no se puede ser cristiano: para ser digno de su modelo, necesario es, como su modelo, estar atado á la columna de flagelacion.

Pues bien, hermanos mios; volvamos sobre nosotros mismos: ¿somos realmente cristianos? ¿Tenemos la fé cuando tenemos los padecimientos? Y sin embargo, Jesucristo ha dicho: «Bienaventurados los que padecen.» ¿Tenemos la fé los que tememos la pobreza? Y sin embargo él ha dicho: «Bienaventurados los pobres;» ha tambien añadido: «¡Desdichados los ricos!» *Væ divitibus!* ¿Tenemos la fé los que tememos la injusticia de los hombres? Y sin embargo, él ha dicho: «Bienaventurados los que son perseguidos por la justicia!» ¿Tenemos la fé los que tememos las aflicciones de la vida? ¿Tenemos la fé nosotros, que léjos de bendecir la mano paternal que nos prueba corrige, acusamos su providencia?... ¡Y sin embargo, nosotros nos llamamos cristianos!

¡Dios mio! puesto que tenemos todavía este resto de fé, que nos tiene unidos á nuestra religion, aumentad esta fé, á fin de que seamos capaces de cumplir exactamente sus obras.

Sabemos que el hombre no debe siempre vivir sobre la tierra; sabemos que despues de la muerte dos eternidades se abren para el hombre, la una de dicha, la otra de desdicha; sabemos todas esas cosas, hacemos el semblante de creer en ellas, y, sin embargo, la realidad de nuestra conducta nos prueba hasta la última evidencia, que ciertamente no las creemos. Léjos de estar persuadidos que es un bien el morir, *mori lucrum*, tememos el momento de la muerte; no decimos como el Apóstol: «¿Quién me librará de este cuerpo? sino que decimos: ¿Quién me dará el medio de prolongar mi existencia, de prolongarla á toda costa, hasta á costa de mi conciencia? ¿Es así, hermanos mios, como podemos esperar la dicha despues de la muerte? ¿Es así como creemos que una dicha eterna nos estará guardada del otro lado del sepulcro?

Decís cada dia en vuestras oraciones: «Señor, venga á nos el tu reino.» ¿Sabeis lo que quiere decir eso? Pedís con eso despediros de esta vida, de sus distracciones, de sus bienes; pedis con eso á Dios de ir cerca de él. ¿Quién de vosotros ha pensado en eso? ¿Quién de vosotros hará salir del corazon estas palabras: *Adveniat regnum tuum?* «Que yo no viva de la tierra, sino de vuestro reino.» Orais, pero sin pensar en vuestra oracion; y si poneis atencion alguna vez, no temeis más que una cosa, el ser escuchados. Si teneis fé, ¿de dónde puede venir vuestro temor? Jesucristo, decís, vendrá á juzgarnos. ¿Pero no es quien ha venido á ser juzgado, condenado, muerto por vosotros? ¿No os es favorable ese juez, como Dios? Como hombre ¿no se ha declarado en favor de vuestros intereses? Somos pecadores, decís aún. Pues bien; ¿no ha dicho que habia venido por los pecadores? Sin el enfermo ¿de qué sirve el médico? Sin la falta ¿de qué sirve el Redentor? La Iglesia ¿no exclama: *Felix culpa:* oh culpa feliz? En efecto, el hombre, á causa de su falta, ¿no

ha sido feliz en ganar un semejante Redentor? Añadís: Jesucristo no ha pecado. No; pero todo el género humano habia pecado, y sin la bondad de Dios, que lo sostiene, ¿el pobre género humano no caería desmayado sobre el camino? ¿No tendió el Señor la mano al hijo pródigo, que tambien habia pecado? ¿Y qué hizo cuando encontró la oveja extenuada de fatiga? La tomó sobre sus espaldas, para economizarla la fatiga de la vuelta. Pero, añadís aún, ¿mi vida no ha sido un tejido de crímenes? ¡Ah! consolaos: ¡la vida de Jesucristo fué un tejido de misericordias! ¿No dijo á la Magdalena: «¡Oh mujer! os será perdonado mucho, porque habeis amado mucho?» Sabeis bien todas esas cosas; y si temeis morir, es porque no creeis. La fé cristiana, la que obra la justicia, es más fuerte que la muerte.

¡La muerte! ¿Pero cómo se ha presentado la muerte ante vosotros? ¿No la habeis visto jamás sino sacudiendo una sábana, y mostrándoos solamente el olvido de todos en un sepulcro? Pues esa muerte es la muerte del mal cristiano; pero la muerte del cristiano verdadero es el ángel de la perfeccion eterna, es el ángel de la inmortalidad, cerrando con una mano las puertas del destierro, y con la otra abriendo las de la pátria.

Podríamos, hermanos mios, prolongar este exámen, y al lado de cada palabra del Evangelio mostrar nuestra indiferencia ó nuestra locura; pero limitémonos á esta lacónica instruccion, y terminémosla con estas palabras de un Apóstol: «Si teneis fé, que ella se muestre en todos vuestros actos; que haga florecer en vosotros todas las virtudes; una voluntad sincera y sin disfraz, un amor ardiente por la gloria de Jesucristo, vuestro Señor y maestro; un ódio profundo al mal y á cuanto puede llevar á él; una expresion incesante de amor y misericordia; una adhesion inviolable á cuanto concierne la gloria de Jesucristo. Si teneis fé, que ella os haga practicar sin repugnancia y con amor las obras de misericordia; llorando con los que lloran, alegrándoos con los que se alegran, no faltando á nada, en fin, ante Dios ni ante los hombres.»

Obrando así, sereis verdaderamente cristianos, es decir, testigos de vuestra fé, testigos de Jesucristo.

Os pedimos esta fé, Señor. Concedédnosla; á fin de que, viviendo de las obras de la fé sobre la tierra, podamos alcanzar la vida, que nos habeis prometido. Amen.

FÉ.

(PROPAGACION DE LA)

VI.

Deus omnes homines vult salvos fieri.
Dios quiere que todos los hombres se salven.
(I Tim. II, 4.)

La Santa Escritura nos enseña, que en el plan divino de la Providencia no ha habido excepcion alguna, por lo que respecta á la redencion de los hombres; plan no limitado á un tiempo, á una clase, sino extensivo á todos los tiempos, á todos los lugares y condiciones. Y si no todos se han salvado, la culpa no es de Dios, ni de los medios que ha empleado, sino que la tiene la libertad humana, sea de los individuos, sea de las naciones. No quiero examinar en el pasado, esto es, en los escritos anteriores á la venida de Jesucristo, cuales fueron los medios eficaces de que se valió para atraer á todos los hombres á la verdad y á la caridad. Es asunto de alta importancia, mas no el de que me propongo hablaros hoy. Quiero, sí, examinar los medios que en los tiempos posteriores determinó y eligió Jesucristo, para comunicar á todos, sin excepcion, los beneficios de su palabra, de su vida y muerte. Veremos cuál es el medio de que se valió al efecto, y como todos, sin excepcion, debemos y podemos contribuir al mismo. Tales son el objeto y division de este discurso. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. No cabe duda, hermanos mios, que era ya algo grande é inaudito, servirse de algunos hombres para convertir al mundo; porque ¿qué es un puñado de hombres, por más decididos que les supongamos? ¿Qué son algunos hombres á quienes se dice: *Id y enseñad?* Tal vez mañana morirán; pero aún cuando vivan, bastará un déspota para impedir el desarrollo del cristianismo y de la salvacion del linaje humano; pues el Salvador no ha dado á sus apóstoles ninguna arma para defenderse de aquellos á quienes la verdad desagradará.

No todo consiste en enviar; es necesario armar á los enviados. Nada son los hombres sin el poder de que son depositarios. Enviar á alguno, sin darle poder, es un acto inútil, un acto que nada puede producir. ¡Pues bien! ¿qué armas les dió? ¿Las del alma? Por el contrario, á todos les hizo iguales en talento, en ciencia y palabra, con todo el resto del género humano. ¿Les dió las de los guerreros? Por el contrario, en el momento de su pasion, rodeado de enemigos, dijo á uno de sus discípulos, que tiró de la espada por un exceso de lealtad: *Pedro, vuelve la espada á la vaina, pues quien á hierro mata á hierro muere.* Así, ni el poder de las armas, ni el poder de la ciencia, ni el de la palabra, nada de todo eso fué dado á los apóstoles. Se les dijo no más: Id por todo el mundo: predicad el Evangelio á todas las criaturas; pero no olvideis, que os envio como ovejas en medio de lobos. Recataos de cierta clase de hombres; pues os delatarán á los tribunales, y os azotarán en sus sinagogas, y por mi causa sereis conducidos ante los gobernadores y reyes. Grandes serán las tribulaciones que tendreis en el mundo; pero tened confianza, porque yo he vencido el mundo. Y cuando os hagan comparecer en los tribunales, no discurrais de antemano como habeis de responder; pues yo pondré las palabras en vuestra boca, y una sabiduría, á la que no podrán resistir todos vuestros enemigos: *Ego dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri* (Luc. xxi, 15).

A estas promesas Jesucristo añade: «Y todos los dias estaré con vosotros, hasta la consumacion de los siglos.» No me vereis más, ya no me oireis de una manera visible; ya no me encontrareis curando enfermos, resucitando muertos, arrojando á los demonios: pero estaré con vosotros, andaré y llevaré mi cruz delante de vuestra palabra. Hé aquí vuestro poder, apóstoles. Dó quiera que vayais, si teneis la caridad de verdaderos apóstoles, se reconocerá que hay en vosotros alguna cosa sobrenatural, y que Dios está con vosotros y dirige vuestros pasos y vuestras acciones. Y en efecto, amados hermanos mios, yo digo que el apostolado, así abandonado, es el gran milagro perpétuamente visible de la Iglesia.

Pero en este siglo, en el siglo décimonono, en el momento en que os hablo, ¿es el apostolado un sueño en nuestra cabeza? No; por el contrario, jamás ha sido mayor el poder apostólico que en los tiempos actuales. Las vastas regiones de América, no son las únicas que hallan apóstoles y reciben la luz evangélica: hasta en las islas más remotas, hasta en aquellos islotes, ha poco sin nombre, y que apenas lo tienen aún; en aquellas playas, tantas veces asoladas del Japon, de la China y de la Corea; en todos los puntos, en todos los promontorios, en todos los valles, en todas las profundidades del Asia, hay apóstoles en este momento; apóstoles que andan, hablan y padecen, que tienen hambre y sed, que contestan á los magistrados que les interrogan, y mueren en los cadalsos. Sí; el apostolado vive todavía. La Iglesia es apostólica en el siglo décimonono, como lo era en los primeros siglos, y solo ella merece aún en todas las iglesias, en todas las sectas, en todas las religiones, en todos los reinos, solo ella merece el título de apostólica, tan claramente y más claramente aún que el de católica.

2. ¿Estas palabras: *Id y enseñad,* se han dicho á algunos hombres escogidos? ¿Es el apostolado una particularidad en la Iglesia católica, ó es una universalidad? ¿Dijo Jesucristo á sus discípulos solamente: *Id y enseñad?* No; de todo lo que en la Iglesia se hace, la Iglesia entera es solidaria. Su Iglesia es apostólica, y este título, que conviene á la Iglesia, conviene por *solidaridad de comunion*, por valerme de la expresion del símbolo de Nicea, conviene á cada fiel en particular. Sí, pues, somos apostólicos, debemos contribuir al apostolado, y demostrar, que este título no lo hemos llevado ni lo llevamos sin razon. ¿Y cómo?

Podemos tomar parte en el apostolado de muchas maneras: por medio de la oracion, demandando á Dios que se procure apóstoles. Podeis hacerlo con la educacion de vuestros hijos; podeis hacerlo pidiendo á Dios, como en los tiempos de fervor cristiano lo hacian, desde los príncipes á los habitantes de las chozas; pidiéndole, que se procure en vuestra sangre algun apóstol, algun santo sacerdote, que reciba la mision de ir á morir por la propagacion de la fé. Y si este sentimiento se ha vuelto más raro, si en tantas familias no se consiente siquiera en dar un tributo al sacerdocio ordinario, si eso pasa, es porque nuestra fé se ha entibiado, y no comprendemos el principio de apostolicidad que se nos ha dado.

Pero hay una apostolicidad más sencilla, que cuesta mucho ménos que el sacrificio. Debémosla á la admirable institucion de la propagacion de la fé. Esta maravilla, esta bendicion, ha sido reservada á nuestra edad para consolarnos y alentarnos. Hoy, distintamente de los tiempos antiguos, en que todo se hacia por los príncipes y grandes de la tierra, en que eran los príncipes quienes fundaban los monasterios y enviaban misioneros; hoy somos nosotros quienes, dando nuestro óbolo, podemos enviar apóstoles, como los reyes de nuestra España, de Portugal los enviaban á las naciones por sus navíos conquistadas. Nosotros, hoy, depositando nuestra limosna, podemos contribuir á la

regeneracion, al desenvolvimiento del sacerdocio apostólico. Los más humildes, los más pequeños, pueden dar alguna cosa á la sangre de los apóstoles y de los mártires. Y así, este tesoro, cuyos filones no podemos seguir por su oscuridad, porque en la naturaleza todo lo grande es oscuro: este tesoro aumenta sin cesar con las economías y los sudores del pobre de los campos y de las ciudades, del obrero, en una palabra, de cuantos sufren y cumplen en la tierra el gran ministerio y el grande apostolado de la penitencia cristiana. Pero vosotros, que vivís con comodidad, y que haceis tantos gastos inútiles, ¿cuánto podeis contribuir al apostolado? ¿Podriais preciaros de ser buenos cristianos, si no hicieseis cuanto podeis en su favor?

Hermanos mios, sed solícitos de pagar vuestra deuda al apostolado. ¡Cuando pienso en lo que pueden hacer vuestras limosnas! ¡Cuántas almas pueden con ellas rescatarse! ¡Qué dolor, cuando lo veamos mejor en el seno de la luz, qué dolor por haber gastado tanto dinero, no solo inútilmente, sino muchas veces con ligereza, ó de una manera más ó ménos culpable! Si por cada maravedí que, digámoslo así, arrojamos al suelo por capricho, dijéramos: Tal vez con él se podria salvar un alma; ¿qué abundantes limosnas haríamos para sostener á los apóstoles? Contribuyamos, amados oyentes, contribuyamos, segun nuestras fuerzas, á la conversion de los infieles, pagando un tributo para proporcionar lo necesario á los apóstoles de la religion, y de este modo alcanzaremos las más dichosas bendiciones, y mereceremos un premio eterno, que os deseo á todos.

FÉ.

(ASOCIACION PARA LA PROPAGACION DE LA FÉ.)

VII.

Non diligamus verbo, neque linguæ, sed opere et veritate.

No amemos solamente de palabra, y con la lengua, sino con obras y con sinceridad.

(I Joan. III, 18.)

El mundo nos dice que amemos; pero, al imponernos la ley del amor, desnaturaliza este noble sentimiento, aplicándole á objetos indignos de interesar nuestro corazon. Por esto el Evangelio nos dice: *Non diligamus verbo.* Fruto de este precepto evangélico son varios ejemplos, que tenemos á la vista; siendo el más brillante de todos la asociacion para la propagacion de la fé: *Sed opere et veritate.*

Esta admirable institucion es un monumento de nuestro amor y de nuestra fraternidad. Y la razon es, porque nosotros profesamos un amor real y verdadero, puesto que hemos acudido al auxilio de criaturas humanas, en las cuales ni la diferencia de orígen, ni de costumbres, ni de nacionalidad, ni de idioma, nos retrae de reconocer hermanos y amigos en todos los hombres: por esto nos hemos reunido en este dia, para dar gracias á Dios por las bendiciones que ha derramado sobre esta asociacion y avivar nuestro celo, para favorecer la propagacion y las santas conquistas de la fé.

Al efecto me he propuesto en este dia manifestaros: 1.°, que esta asociacion es profundamente cristiana; 2.°, que es fecunda en resultados; 3.°, que todos los fieles estamos en el deber de prestarle apoyo. A. M.

1. La asociacion para la propagacion de la fé es la obra más profundamente cristiana que se ha fundado en nuestros dias, porque es una obra universal, porque no ha comenzado á cobrar fuerza ni á extenderse sino cuando ha tenido la conciencia de su universalidad. Miéntras estuvo circunscrita á algunas diócesis, quedó oscura, débil,

003330

y no dió grandes resultados; y solo desde el instante en que se declaró establecida para todo el mundo, y dispuesta á realizar su conquista, Dios le comunicó toda la vida que necesita, todos los auxilios que le son indispensables. Con efecto, la fé es universal, y no conoce límites, ni en el espacio ni en el tiempo; posee la verdad eterna y permanece eterna; no está sometida á los accidentes ni á las veleidades del mundo; es necesario que vaya á difundir sus resplandores á todos los pueblos; y no habrá terminado su mision en la tierra, hasta que no le quede en el mundo espacio por conquistar, hasta que le habrá recorrido en toda su extension.

La asociacion para la propagacion de la fé se dedica á difundir la vida, la vida eterna, la vida verdadera por medio de los misioneros del Dios vivo, á quienes sostiene y presta todos los auxilios de que han menester. Solo por la palabra de Jesucristo el infiel conoce la verdad, la eterna ley, no esa ley humana, que no expresa más que una parte de la justicia, y que solo representa intereses momentáneos; sino la ley que emana de las relaciones de Dios con su criatura, y que expresa todo el amor de Dios para el hombre. De ahí es, que la verdadera dicha no se encuentra sino en los corazones que se dan sinceramente á Jesucristo, porque solamente en el manantial eterno puede apagarse la sed del hombre, y puede saciarse su hambre.

Jesucristo pide que permanezcamos unidos como él lo está con su Padre, esto es, por el amor más profundo, el más indisoluble; esto es precisamente lo que el cristianismo pretende realizar en toda la tierra. Luego, siendo este el objeto sublime, inmenso, que se propone especialmente la asociacion para la propagacion de la fé, es el propio fin del cristianismo, es la continuacion de la obra que Jesucristo vino á realizar sobre la tierra: *Sint unum, o Pater, sicut nos unum sumus.* Un solo bautismo, una sola fé, un solo Señor, un solo rebaño, un solo pastor.

Esta obra santa lleva tambien á las naciones las luces de la ciencia, las fuerzas y los recursos de la civilizacion, la verdadera ley, la verdadera libertad, la verdadera dicha. Con efecto, ¿en dónde encontramos la civilizacion verdadera? Allí en donde se predica y se cree la palabra de Jesucristo. Solo allí las costumbres se suavizan y mejoran y perfeccionan; solo allí los hombres se aman con sinceridad, no por las simpatías de la carne, sino por vínculos más latos y más íntimos, por los vínculos del amor eterno.

2. Antes de hablar de sus inmensos resultados, fijemos, por un momento, la atencion en la debilidad de sus medios. Todas las obras destinadas á un gran desenvolvimiento, y bendecidas por el cielo, se distinguen en la tierra por su orígen humilde, por su carácter misterioso y por las contrariedades de que son objeto. Tres elementos sumamente sencillos se encuentran en la asociacion para la propagacion de la fé: 1.° la limosna del pobre; 2.° la oracion; 3.° la aprobacion de la Santa Sede. Y sin embargo, ved, amados oyentes, cuales han sido los resultados de esta asociacion. Hace apenas treinta años que esta asociacion envió algunos sacerdotes, los cuales emprendieron el viaje con el báculo del apostolado en la mano, y ya han recorrido los puntos más remotos del África y toda el Ásia. La América ya no tiene desiertos donde la voz de estos apóstoles no haya tenido eco. Todas las islas de la Oceanía han sido visitadas por ellos. Y de todas estas conquistas, de las cuales una sola bastaba para dejar satisfecha la ambicion del hombre, nada se ha perdido, nada se ha abandonado. La propagacion ha salido victoriosa de todos los obstáculos. Toda obra que trae orígen de la Iglesia, encuentra á su paso, como su madre, contradicciones malévolas y cobardes persecuciones. ¿Cuántos esfuerzos se han hecho para destruir esta obra de la propagacion de la fé? La herejía ¿no ha echado en pos de los sacerdotes católicos á sus ministros para paralizar su influencia? La calumnia ¿no ha derramado sobre ellos su hiel y su ponzoña? ¿No se han levantado verdugos en tierras inhospitalarias para derramar la sangre de los mártires? Pero ¿cuál ha sido el resultado? La fé ¿ha corrido por esto sérios peligros? ¿No estais viendo, al contrario, que todos los dias va ganando favor entre la muchedumbre, y que promueve una nueva actividad?

Observad, hermanos mios, el destino de vuestras limosnas y los beneficios que producen. Subid contra la corriente de los rios, pasad los estrechos, salvad los montes. Aquí agranda los templos, cuyo ámbito era reducido para la multitud, que está ansiosa de oir la divina palabra; allí levanta iglesias nuevas. El recinto sagrado se llena de oyentes, y cada reunion se distingue por algun triunfo brillante de la verdad. Además, con vuestras limosnas se reune en las escuelas á los niños, que sin esto hubiesen sido presa de la depravacion y hubieran imitado las costumbres bárbaras de sus padres, miéntras que en las escuelas católicas diariamente reciben lecciones de virtud y piedad filial.

Observad los pasos gloriosos que da el misionero de la propagacion de la fé. No son solamente trasformaciones espirituales las que obra en las almas, no solamente derriba ídolos; trabaja todavía en otro órden de cosas, pues desciende hasta á la civilizacion material; pero siempre trabaja por el bien de la sociedad; y la gloria del Señor

es el objeto de todas sus empresas. Fijando la imágen protectora del Salvador en cada cabaña, enseña á los habitantes de los países salvajes, que no hay verdadera civilizacion sin religion.

Hace más todavía; abre la puerta de los cielos á gran número de niños, arrojados como inmundicia en las plazas y en las calles de los pueblos de la China; y estas inocentes criaturas, regeneradas en las aguas del bautismo, dejan la vida con alegría, y van á reunirse á las legiones de ángeles que pueblan la santa Jerusalen.

Así pues, hermanos mios, siempre que se abra vuestra mano caritativa para prestar un socorro á favor de la asociacion para la propagacion de la fé, bien podeis repetir con humilde confianza estas palabras de Isaías: El Señor me ha enviado para evangelizar á los mansos y humildes, para curar á los de corazon contrito, y predicar la redencion á los esclavos, y la libertad á los presos (Isail. lxi, 1).

Al exponeros, hermanos mios, el cuadro de las ventajas y resultados y el mérito de la asociacion para la propagacion de la fé, no debo pasar desapercibida la responsabilidad que con ella habeis contraido. Vuestra santa asociacion ha dilatado en el mundo el reino de Jesucristo; ha ensanchado los límites de la Iglesia católica; ha hecho considerables conquistas sobre la idolatría, sobre el cisma y sobre la herejía: de suerte, que no es exagerado decir, que tiene en sus manos los destinos de vastas provincias y la suerte eterna de un crecido número de hombres. La asociacion puede dejarlos sumidos en las tinieblas, ó hacer que se levante sobre ellos el sol de justicia. La asociacion es el árbitro de la ruina ó de la resurreccion de una parte del mundo. Ahora bien, suponed que vuestro celo se entibia, y que vuestras limosnas vuelven á ménos, y la asociacion se disuelve. Borrad con el pensamiento esta asociacion del número de las otras asociaciones, que son la gloria de la religion, y al punto resonaría un grito lúgubre, á la vez, en el Oriente y en el Occidente, en las orillas del Ganges y en las del Ohio. Es el grito que arrancaría al humano linaje, al extinguirse la vida que comunicaba vuestra santa asociacion en todos los confines del mundo.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

FÉ.—Las luces de la fé son las luces más brillantes de nuestro entendimiento, miéntras estamos en este mundo.

Las luces de la fé empiezan á descubrirnos en esta vida lo que veremos en la otra.

Las luces de la fé nos ponen en estado de merecer las luces de la gloria.

FÉ.—Se la cree de tanta necesidad, que todos, sin distincion de clases, creemos poseerla.

Es tan corto el número de personas verdaderamente fieles, que bien puede darse como muy rara la verdadera fé.

FÉ DE LOS MUNDANOS.—Se conoce su poca fé, por el poco conocimiento que tienen de nuestros principales misterios.

Se conoce su poca fé, por el poco amor que manifiestan á las verdades que creen.

Se conoce su poca fé, por la poca firmeza que tienen en su creencia.

FÉ DE LOS CATÓLICOS.—Debemos compararla con la fé de los que nos han precedido.

Debe estar animada por las buenas obras.

Debe ser elocuente cuando se trata de dar testimonio de la verdad.

FÉ DE PREDESTINADO.—Tenemos fé de predestinado, cuando nos inspira una perfecta sumision á la autoridad de Jesucristo.

Tenemos fé de predestinado, cuando nos inspira compasion hácia el prójimo.

Tenemos fé de predestinado, cuando nos hace pedir las gracias, inclinándonos á hacer una confesion pública de nuestra indignidad.

FÉ DE PREDESTINADO.—Se conoce que nuestra fé es la de predestinado, cuando la confianza que nos infunde es una confianza respetuosa.

Se conoce que nuestra fé es la de predestinado, cuando nos inspira el deseo de hacer una confesion sincera de nuestras debilidades.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Credite in Domino Deo vestro, et securi eritis; credite prophetis ejus, et cuncta evenient prospera. II Paralip. xx, 20.	Confiad en el Señor Dios vuestro, y estareis seguros: creed á sus profetas, y todo irá felizmente.

Sentite de Domino in bonitate, et in simplicitate cordis quærite illum; quoniam invenitur ab his, qui non tentant illum: apparet autem eis, qui fidem habent in illum. Sap. I, 1, 2.

Sentid bien del Señor, y buscadle con sencillez de corazon; porque los que no le tientan *con sus desconfianzas, esos* le hallan, y se manifiesta á aquellos que en él confian.

Vade, et sicut credidisti, fiat tibi. Matth. VIII, 13.

Vete, y sucédate conforme has creido.

Si habueritis fidem sicut granum sinapis, dicetis monti huic: transi hinc illuc, et transibit, et nihil impossibile erit vobis. Idem XVII, 19.

Si tuviereis fé *tan grande* como un granito de mostaza, podreis decir á ese monte: trasládate de aquí á allá, y se trasladará, y nada os será imposible.

Qui crediderit, et baptizatus fuerit, salvus erit: qui vero non crediderit, condemnabitur. Marc. XVI, 16.

El que creyere y se bautizare, se salvará; pero el que no creyere, será condenado.

Qui verbum meum audit, et credit ei qui misit me, habet vitam æternam. Idem, V, 24.

Quien escucha mi palabra y cree á aquel que me ha enviado, tiene la vida eterna.

Numquid incredulitas illorum fidem Dei evacuabit? Rom. III, 3.

¿Su infidelidad frustrará por ventura la fidelidad de Dios?

Credidit Abraham Deo; et reputatum est illi ad justitiam. Rom. IV, 3.

Creyó Abrahan á Dios; lo cual le fué imputado á justicia.

Corde creditur ad justitiam: ore autem confessio fit ad salutem. Ibid. X, 10.

Es necesario creer de corazon para justificarse, y confesar *la fé* con las palabras *ú obras* para salvarse.

Si habuero omnem fidem, ita ut montes transferam, charitatem autem non habuero, nihil sum. I Corinth. XIII, 2.

Cuando tuviera toda la fé *posible*, de manera que trasladase de una á otra parte los montes, no teniendo caridad, soy un nada.

In captivitatem redigentes omnem intellectum, in obsequium Christi. II Corinth. X, 5.

Cautivando todo entendimiento á la obediencia de Cristo.

Gratia estis salvati per fidem, et hoc non ex vobis: Dei enim donum est, non ex operibus, Ephes. II, 8.

De *pura* gracia habeis sido salvados por medio de la fé, y esto no viene de vosotros: siendo como es un don de Dios, tampoco es virtud de vuestras obras *anteriores.*

Unus Dominus, una fides, unum baptisma. Ibid. IV, 5.

Uno es el Señor, una la fé, uno el bautismo.

Est fides sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium. Hebr. XI, 1.

Es la fé el fundamento *ó firme persuasion* de las cosas que se esperan, y un convencimiento de las cosas que no se ven.

Sine fide impossibile est placere Deo. Credere enim oportet accedentem ad Deum quia est, et inquirentibus se remunerator sit. Idem, ibid, 6.

Sin fé es imposible agradar á Dios. Por cuanto el que se llega á Dios, debe creer que Dios existe, y que es remunerador de los que le buscan.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Léase el capítulo XI de la epístola de S. Pablo dirigida á los Hebreos, en donde el Apóstol hace una reseña de todos los patriarcas y justos del antiguo Testamento, que por su fé, animada de la caridad, alcanzaron de Dios muchos beneficios, y principalmente el mayor de todos, que es la salvacion; y termina con las siguientes palabras: «¿Qué más diré todavía? Tiempo me faltaría si hubiese de hablar de Gedeon, de Barac, de Sanson, de Jefté, de David, de Samuel y de los profetas; los cuales por la fé conquistaron reinos, pusieron en práctica la justicia, alcanzaron el cumplimiento de las promesas.»

Entre estos grandes hombres citaremos algunos, cuya fé les hizo triunfar de todos sus enemigos; á otros, cuya infidelidad les acarreó un sin número de males. Moisés, aunque por conservar pura su fé hubo de verse privado de todos sus bienes y hubo de sufrir las penalidades de un destierro, en premio de su fidelidad, Dios le hizo jefe y guia de su pueblo, y le dió completa victoria sobre Faraon y demás enemigos. Joas, rey de Judá, fué feliz miéntras tuvo fé en Dios y profesó la verdadera religion; pero le ocurrieron mil desgracias, y, por último, murió ignominiosamente, así que se volvió contra los profetas del Señor (II PARAL. 24).

Al contrario Daniel, cuya fé se puso tan á prueba, no solo salió siempre victorioso, sino tambien adquirió gloria delante de Dios y de los hombres (DAN. 6).

La fé elevó á María á la eminentísima dignidad de Madre de Dios,

como se lo significó su inspirada prima Isabel, diciéndole: *Beata quæ credidisti, quoniam perficientur ea quæ dicta sunt tibi à Domino* (Luc. I, 45).

La fé proporcionó á los Magos la envidiable dicha de encontrar y adorar á Jesucristo recien-nacido (Matth. I, 2).

Véase cuán viva fué la fé del Centurion, cuán alabada y premiada por el mismo Jesucristo (Matth. VIII, 8): la de la Cananea (Matth. 15): la de la mujer, que tocó la orla del vestido del Salvador y quedó curada: la de los dos ciegos, que alcanzaron la vista (Idem. 9): la de S. Pedro, cuando confesó á Jesús por verdadero Hijo de Dios (Idem. 16).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Principium vitæ est fides, finis vero ejus dilectio, ambæ enim simul junctæ hominem Dei perficiunt. S. Ignat. ep. ad Philipp.

El principio de la vida espiritual es la fé, su fin es el amor: estas virtudes reunidas perfeccionan al hombre de Dios.

Fides catholica contra omnes morbos animi medelam affert. S. Hilar. lib. 2 de Trinit.

La fé católica es un remedio eficaz contra todas las enfermedades del alma.

Fides virtutum omnium stabile fundamentum est. S. Ambros. in Psal. 40.

La fé es el firme fundamento de todas las virtudes.

Fides principium christiani est, plenitudo autem christiani justitia. Idem in Psalm. 128

La fé es la señal del cristiano; pero su perfeccion consiste en la rectitud de sus obras.

Non capiunt fidei magnitudinem angusta impiorum pectora. Idem lib. 3 de Spiritu S. cap. 18.

El corazon mezquino de los impíos es incapaz para contener en sí la grandeza de la fé.

Quod mens humana rationis investigatione non potest comprehendere, fidei plenitudo complectitur. Idem in Luc. capítulo 3.

La fé perfecta comprende el conocimiento de todas las cosas, que el entendimiento humano no puede entender con auxilio de la razon.

Sicut in mari, nisi anchora jactata figatur navis, ventorum ludibrio exposita hinc inde jactatur, ita nisi intellectus noster per fidem firmetur, ab opinionum variarum fluctibus semper circumfertur instabilis. S. Chrisóst. Hom. 2 in Fpist. Hebr.

Así como la nave en el mar se ve agitada por los vientos en opuestas direcciones, si no se echa el áncora, así nuestro entendimiento, si no está bien arraigado en la fé, se deja arrastrar con increible presteza por la corriente de varias y encontradas opiniones.

Antequam videas quod videre non potes, crede quod nondum vides: ambula per fidem, ut pervenias ad speciem. S. August. serm. 18 de verb. Domin.

Cuando te parezca que comprendes lo que te es imposible, persuádete de que aún no lo comprendes: déjate guiar de la fé para conseguir la comprension.

Noli intelligere ut credas, sed crede ut intelligas: intellectus merus fructus fidei est. Idem in Joann.

No esperes á comprender para creer, sino que debes creer para comprender; pues el conocimiento es el premio de la fé.

Fides attingit inaccessa, deprehendit ignota, comprehendit immensa, ipsam denique æternitatem suo illo vastissimo sinu quodammodo circumducit. S. Bernar. Serm. 76 in Cantic.

La fé alcanza hasta lo inaccesible, encuentra lo desconocido, sondea lo inmenso, y, en cierto modo, abarca en su vastísimo seno á la eternidad misma.

FELICIDAD;

(LA VERDADERA, SOLO PUEDE CONSEGUIRSE EN EL CIELO.)

I.

Assumit Jesus Petrum, est Jacobum, et Joannem et trasfiguratus est ante eos.

Toma Jesús á Pedro, y á Santiago, y á Juan, y se trasfiguró en su presencia.

(Matth. XVII, 1.)

El mundo, con objeto de llamar la atencion de los hombres hácia el teatro, en donde se vale de los espectáculos profanos para infun-

como se lo significó su inspirada prima Isabel, diciéndole: *Beata quæ credidisti, quoniam perficientur ea quæ dicta sunt tibi à Domino* (Luc. I, 45).

La fé proporcionó á los Magos la envidiable dicha de encontrar y adorar á Jesucristo recien-nacido (Matth. I, 2).

Véase cuán viva fué la fé del Centurion, cuán alabada y premiada por el mismo Jesucristo (Matth. VIII, 8): la de la Cananea (Matth. 15): la de la mujer, que tocó la orla del vestido del Salvador y quedó curada: la de los dos ciegos, que alcanzaron la vista (Idem. 9): la de S. Pedro, cuando confesó á Jesús por verdadero Hijo de Dios (Idem. 16).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Principium vitæ est fides, finis vero ejus dilectio, ambæ enim simul junctæ hominem Dei perficiunt. S. Ignat. ep. ad Philipp.

El principio de la vida espiritual es la fé, su fin es el amor: estas virtudes reunidas perfeccionan al hombre de Dios.

Fides catholica contra omnes morbos animi medelam affert. S. Hilar. lib. 2 de Trinit.

La fé católica es un remedio eficaz contra todas las enfermedades del alma.

Fides virtutum omnium stabile fundamentum est. S. Ambros. in Psal. 40.

La fé es el firme fundamento de todas las virtudes.

Fides principium christiani est, plenitudo autem christiani justitia. Idem in Psalm. 128

La fé es la señal del cristiano; pero su perfeccion consiste en la rectitud de sus obras.

Non capiunt fidei magnitudinem angusta impiorum pectora. Idem lib. 3 de Spiritu S. cap. 18.

El corazon mezquino de los impíos es incapaz para contener en sí la grandeza de la fé.

Quod mens humana rationis investigatione non potest comprehendere, fidei plenitudo complectitur. Idem in Luc. capítulo 3.

La fé perfecta comprende el conocimiento de todas las cosas, que el entendimiento humano no puede entender con auxilio de la razon.

Sicut in mari, nisi anchora jactata figatur navis, ventorum ludibrio exposita hinc inde jactatur, ita nisi intellectus noster per fidem firmetur, ab opinionum variarum fluctibus semper circumfertur instabilis. S. Chrisóst. Hom. 2 in Fpist. Hebr.

Así como la nave en el mar se ve agitada por los vientos en opuestas direcciones, si no se echa el áncora, así nuestro entendimiento, si no está bien arraigado en la fé, se deja arrastrar con increible presteza por la corriente de varias y encontradas opiniones.

Antequam videas quod videre non potes, crede quod nondum vides: ambula per fidem, ut pervenias ad speciem. S. August. serm. 18 de verb. Domin.

Cuando te parezca que comprendes lo que te es imposible, persuádete de que aún no lo comprendes: déjate guiar de la fé para conseguir la comprension.

Noli intelligere ut credas, sed crede ut intelligas: intellectus merus fructus fidei est. Idem in Joann.

No esperes á comprender para creer, sino que debes creer para comprender; pues el conocimiento es el premio de la fé.

Fides attingit inaccessa, deprehendit ignota, comprehendit immensa, ipsam denique æternitatem suo illo vastissimo sinu quodammodo circumducit. S. Bernar. Serm. 76 in Cantic.

La fé alcanza hasta lo inaccesible, encuentra lo desconocido, sondea lo inmenso, y, en cierto modo, abarca en su vastísimo seno á la eternidad misma.

FELICIDAD;

(LA VERDADERA, SOLO PUEDE CONSEGUIRSE EN EL CIELO.)

I.

Assumit Jesus Petrum, est Jacobum, et Joannem et trasfiguratus est ante eos.

Toma Jesús á Pedro, y á Santiago, y á Juan, y se trasfiguró en su presencia.

(Matth. XVII, 1.)

El mundo, con objeto de llamar la atencion de los hombres hácia el teatro, en donde se vale de los espectáculos profanos para infun-

dirles sus máximas, ha creido, sin duda, hacerlo más apreciable, condecorándolo con el glorioso título de *escuela práctica de las costumbres*. Tal vez hablaria con más propiedad, si lo llamára escuela práctica del desórden, de la disolucion y del vicio, cuyo nombre le aplican todos ó la mayor parte de aquellos talentos extraordinarios, que el Espíritu santo se ha dignado colocar en su Iglesia por directores y maestros. No es mi objeto resolver esta cuestion, mayormente careciendo de los conocimientos experimentales necesarios al efecto. Quiero suponer que, mediando una prudente y acertada eleccion, pueda mirarse como una recreacion inocente, y que no ocasione otro perjuicio que la pérdida del tiempo, que seguramente es muy precioso. Mas ¿qué comparacion cabe entre los resultados que deben esperarse de los espectáculos profanos, y el imponderable beneficio que nos proporcionan las sagradas escenas que ofrece á nuestra consideracion la Iglesia de Jesucristo? Elíjase entre aquéllos el más completamente acabado, el más notable por todas sus circunstancias, el mejor en todo sentido; ¿podrá jamás compararse con la representacion que hoy se nos hace de la trasfiguracion gloriosa de nuestro divino maestro? En aquéllos, un héroe, muchas veces fingido, que solo existe por lo regular en la imaginacion acalorada de un poeta, y que comunmente ostenta los defectos ó inclinaciones de que adolece su autor, recibe por recompensa de su heroismo una admiracion que no conoce, ó á lo más, unos débiles aplausos, que es imposible lleguen á sus oidos. En esta... ¡oh! qué notable diferencia, qué enorme distancia, qué oposicion tan patente se descubre! En esta, el Santo por esencia, el verdadero Dios, manifiesta una parte de la gloria infinita, que se ha merecido justamente con el heroismo verdadero de sus virtudes, y asegura su posesion á cuantos quieran disfrutarla, dejando abierto y expedito el camino que ha de conducirlos á ella con seguridad. En los primeros, se tributan exclusivamente al héroe los elogios, sin que quepa la menor parte á los espectadores; en la segunda, si bien el héroe principal es el solo acreedor á todos los honores, delicias y bienaventuranza, se comunica, sin embargo, toda entera á cuantos la deseen con sinceridad.

¡Ah! quiera el Señor que yo acierte á delinear siquiera esta escena tan magnífica, que describe de un modo sucinto, pero sublime, el Evangelio de este dia; haciéndoos ver al mismo tiempo, cuán incapaces son todos los placeres de esta vida, aún los más inocentes, de formar nuestra felicidad, y cuán imprudentes somos, por tanto, en esperarla de ellos. Así lo deseo, y así lo suplico humildemente por la intercesion de su santísima Madre. A. M.

1. Oprimido el hombre con el enorme peso de sus culpas, daria tal vez consigo en el abismo de la desesperacion, si aquel Dios, á cuyas gracias tan infielmente ha correspondido, no se dignara ofrecerle con instancias su misericordia infinita, llamarle á grandes voces á su posesion, y dar los primeros pasos para conducirle á ella; y hé aquí por donde da principio el grandioso espectáculo de la trasfiguracion del Señor. Tomó Jesús, dice el Evangelio, á Pedro, á Santiago y á Juan. Aquí tenemos tres apóstoles, que léjos de solicitar semejante felicidad, ni la esperaban, ni tenian la menor idea de ella. Por otra parte, carecian de todo fundamento para suponer, que su Maestro les daria la preferencia entre los demás compañeros. El Señor los llama, movido solamente de su amor y beneficencia: los llama, sin preceder de su parte mérito, peticion ni deseo alguno: los llama, como lo hizo con un David, con una Samaritana, con tantos otros pecadores: los llama... digo muy poco. Las palabras del Evangelio, dictadas por una Sabiduría infinita, expresan con demasiada claridad la intension, la vehemencia de un amor ciego é ilimitado. *Assumit*, nos dicen, *Petrum, et Jacobum, et Joannem..., et ducit illos in montem excelsum seorsum:* toma á los tres discípulos predilectos y los conduce á la cumbre del monte. ¡Bienaventurado el pecador, que recibe con una pronta docilidad las impresiones de la gracia con que Dios le llama! Su felicidad, en tal caso, es infalible; nada tiene que temer. Al beneficio de la vocacion, seguirán indudablemente los más eficaces auxilios, con los que, robustecido el espíritu, podrá superar cuantas dificultades se le presenten en el camino de la felicidad.

Los toma y los lleva á un monte elevado. No quiero decir que el amantísimo Jesús tomára materialmente á los discípulos, los colocára sobre sus hombros amorosos, y sin que ellos de su parte pusieran cosa alguna, los trasladára al lugar destinado para la manifestacion de su gloria; digo, sí, que viendo la pronta y ciega sumision con que siguen el impulso de la vocacion, tomó de su cuenta el remover todos los obstáculos, suavizar todas las asperezas, desvanecer todas las dificultades, como lo hace constantemente con todos y cada uno de los mortales en iguales circunstancias. Ni la distancia, ni la escabrosidad, ni la elevacion del monte, nada los detiene, nada es capaz de hacerles prever la menor molestia; todo está para ellos llano y expedito, todo les parece suave y delicioso. ¡Dichoso, repito, mil veces feliz, el hombre, que sin oponer la más leve resistencia, sin que le ocurra la menor duda, se presta con una completa docilidad á las inspiraciones, por cuyo medio le prepara la divina Providencia la subida al monte santo por la senda de la verdadera y sólida virtud!

Es preciso confesar, que la subida es áspera, sumamente difícil, porque el monte es muy elevado. ¡Qué penosos sacrificios no exige la práctica de una sólida virtud! ¡Romper los fuertes lazos con que el mundo nos tenia aprisionados! declararse á sí mismo la guerra más obstinada y sangrienta! contradecir á todas las inclinaciones que se han recibido con la naturaleza! privarse voluntariamente de todo cuanto deleita al sentido y á la imaginacion, y sujetarse por eleccion propia á lo que más aflige y mortifica! Difícil, escabroso, vuelvo á decir, parece seguramente el ascenso de tan elevado monte. Así, por lo ménos, opina, tal le parece al miserable, que perfectamente hallado con los bienes aparentes del mundo, no se decide á renunciar su posesion para siempre; ó á lo más, resistiendo á la gracia inapreciable de la divina vocacion, comete la imprudencia de retardar esta empresa para el tiempo de su vejez, en que empiecen á entibiarse ó extinguirse del todo sus pasiones. Mas ¡con qué diferente aspecto se manifiesta á las almas felices, que, reconociendo la voz encantadora de su Dios, la siguen sin repugnancia, la obedecen sin detencion, se apresuran á poner por obra cuanto exige de ellas! El Señor, en premio de su obediencia, las toma por la mano, como que marcha delante de ellas, allanando, suavizando, sembrando de flores, de dulzuras, de satisfacciones el camino, y presentándoles á cada paso nuevas delicias, á cuya vista, léjos de sentir el menor cansancio, se reaniman, se enardecen, corren presurosas, llegan con demasiada facilidad á la cumbre, donde consiguen ver la gloria del Señor.

Luego que llegan los tres discípulos al Tabor, los hace Jesucristo espectadores de la escena más encantadora, la más sublime, la más gloriosa que pudieran imaginar. Es cierto que no les descubrió la gloria toda de su alma, porque eran absolutamente incapaces de conocerla por entónces; pero permitió que en su divino rostro y en sus vestiduras se manifestase algun rayo de aquella brillante claridad, semejante en todo á la que por necesidad resultará en los cuerpos de los bienaventurados de la suma é incomprensible gloria del alma, verificada su reunion. Y esta sola vista es á los discípulos tan extraordinariamente deliciosa y satisfactoria, que absorve por de pronto todas sus potencias, sacia todos sus deseos, les hace creer que han llegado al colmo de su felicidad. No es extraño: no siendo capaz el hombre en esta vida de formar idea alguna de aquella gloria inefable, que solo puede conocerse en la otra, el Evangelio, por no dejarnos sin noticia alguna acerca de un negocio tan interesante, elige entre las cosas materiales aquellas cualidades que nos parecen acercarse á lo sumo de la perfeccion, como es, por ejemplo, el brillante resplandor del sol y la sin igual blancura de la nieve; y comparando á Jesús con uno y otra, nos dice, que su rostro nobilísimo resplandecia, despedia rayos tan claros y fulgentes como los de aquél, y sus vestiduras no cedian en albor á ésta. Pero estas comparaciones son demasiadamente débiles: cuanto hay de hermoso, agradable y digno de admiracion en todos los séres materiales, todo es imperfecto, grosero y despreciable, si se compara con el divino resplandor que de la gloria del alma se comunicará á los cuerpos de los bienaventurados. Así es, que acostumbrados los apóstoles á ver el sol en su mayor claridad, y la nieve en su más perfecta blancura, sin experimentar la menor admiracion, al ménos extraordinaria, se sienten enajenados, absortos en una especie de embriaguez la más satisfactoria, considerando el rostro y vestiduras de su maestro trasfigurado.

2. Muy semejante á esta suele ser la situacion de algunas almas, que, vencidas las dificultades que el enemigo les oponia al emprender el camino de la virtud, han conseguido con la gracia del Señor hacer admirables progresos en su ejercicio, de modo que puede decirse, que han arribado á la cumbre. ¡Feliz situacion! Allí es donde se les presenta el Señor gloriosamente trasfigurado: allí experimentan la verdadera fragancia, la exquisita suavidad, la incomparable dulzura, la felicidad dichosa de su estado. Los tesoros, los deleites, los honores, toda la gloria del mundo, es ya para ellas una escoria, una inmundicia, una miseria, un peso insoportable. Todo les es indiferente, despreciable, odioso, en comparacion de las delicias que les proporciona el ejercicio de la virtud. A pesar de eso, no deben confiar en ellas demasiado, puesto que no es esa la gloria á que son llamadas. Aún no han concluido su carrera, no han cesado todos los peligros, los enemigos no han abandonado absolutamente el campo, y es seguro que, por reparar la humillacion de las anteriores derrotas, acometerán de nuevo con un furor desesperado, tomando diversas, pero más exquisitas precauciones. Disfrazado el amor propio con la máscara de la virtud, intentará seducirlas; y cuando el Señor, por medio de sus inspiraciones ó por la voz de sus ministros, les haga conocer la necesidad indispensable de negarse á sí mismas, contradecir con mayor ahinco sus deseos, morir al mundo, conformarse con la conducta de Moisés y Elías, que viendo al Salvador en el acto glorioso de su trasfiguracion, ni pensaban, ni hablaban de otra cosa que de los azotes, de las espinas, de los clavos, de la cruz, de la muerte que debia padecer en Jerusalen; entónces, tal vez, cerrarán los oidos á unas palabras tan melancólicas, como lo hacian en el Tabor los tres discípulos, y ocupadas exclusivamente de la tranquilidad y dulzura de su estado

presente, exclamarán como aquéllos, sin advertir que se oponen á la expresa voluntad de su Dios: *Domine, bonum est nos hic esse:* dejadnos, Señor, en este estado, y libradnos de todos los trabajos, miserias y padecimientos de esta vida; no nos obligueis á abandonar esta venturosa situacion.

Tal era la impresion que en las almas de los privilegiados apóstoles causaba la trasfiguracion del cuerpo de Jesucristo, que esperaban gozar allí un dia eterno, que nada les dejase que desear, y borrára de su memoria hasta la idea de las necesidades más indispensables de la vida. Contémplanse colocados en la cumbre de la felicidad, y solo aspiran á perpetuarla; pero este mismo deseo hace, que por su indiscrecion cambie repentinamente la escena, y desaparezca de su vista el objeto portentoso en que ponian toda su complacencia. Una densa nube, si bien por otra parte luminosa, oculta de improviso á sus ojos aquella vision sorprendente. Á la inefable satisfaccion que los tenia como enajenados, sucede una especie de terror, que los hace caer en el suelo sin sentido; y las amorosísimas expresiones con que el Unigénito de Dios, lleno de dulzura y suavidad, procuraba atraerlos, son reemplazadas por una voz aterradora, que, como un espantoso trueno, sale de los labios del eterno Padre, que lleno de severidad les dice: *hic est Filius meus dilectus... ipsum audite.* Que es como si dijera: imprudentes, ¿tendreis la osadía de oponeros abiertamente á los eternos é infalibles designios de la Providencia? Vuestro sapientísimo Maestro os ha anunciado repetidas veces su pasion y muerte afrentosa, como el único medio de proporcionar la bienaventuranza á todos los hijos del primer pecador; la ley toda de Moisés es una viva y expresa representacion de esto mismo: los profetas lo aseguran con la mayor claridad y frecuencia; y vosotros ¿pretendeis retraer el obedientísimo Jesús de su viaje á Jerusalen, solo por gozar una débil sombra de la felicidad que aquel ha de reportaros? Conoced vuestra indiscrecion, y tened entendido, que vuestro Maestro, á quien veis glorificado, es el Unigénito de Dios, un mismo Dios con el Padre eterno, la verdad por esencia, la sabiduría infinita, el único oráculo que debeis escuchar: *Ipsum audite.* Oid, pues, sus palabras, seguid sus consejos, obedeced sus mandatos, y despreciad con resolucion las sugestiones del amor propio y del interés que promueve Satanás, para convertir en un medio de condenacion la felicidad misma de vuestro estado presente.

Oidle, almas justas, y no creais que vuestra felicidad está vinculada á esas consolaciones transitorias que os suele dispensar el Señor, acaso sin otro objeto, que el de reanimar la tibieza y debilidad que

mostrais en los ejercicios espirituales. Oidle, y recibiendo con humildad esos consuelos, no tratéis de exigir como de derecho su continuacion. Oidle, no sea que envie sobre vosotros la nube de la tribulacion, que convierta vuestro gozo en una amargura insoportable; no sea que, de lo contrario, le pongais en la precision de cambiar en severidad su ternura, y de haceros conocer por experiencia, que es indispensable el viaje á Jerusalen en busca de la cruz. Oidle, puesto que sabeis, que es la sabiduría infinita; y persuadíos á que la verdadera gloria no puede disfrutarse en esta vida mortal: conoced, por último, que el mundo es un campo de batalla, en que nunca debe cesar el combate contra nosotros mismos, que solo perseverando hasta el fin, podemos asegurar la eterna bienaventuranza.

Oigámosle con docilidad. ¡Ay de aquel, que rehuse reconocerle por Unigénito de Dios, Juez y Salvador de los hombres! ¡Desventurado! pues desde aquel momento fulminó contra sí mismo la sentencia de eterna reprobacion. Oigámosle, y dejémonos conducir ciegamente por su mano. El camino, en los principios, es indudablemente áspero, escabroso, molesto; pero siguiendo sin intermision sus inspiraciones y llamamientos, nos tomará él mismo por la mano, caminará delante de nosotros, suavizando la aspereza, allanando la escabrosidad, cambiando en delicias la molestia de las mortificaciones que conducen á la cumbre de la virtud; y nos colocará sin el menor trabajo en el monte del cielo, donde bebiendo á torrentes las dulzuras de su gloria, penetrados de un júbilo inmenso, indecible, infinito, exclamaremos con más sólido fundamento que los discípulos: *Domine, bonum est nos hic esse.* Amen.

FELICIDAD DE LOS JUSTOS

EN ESTE MUNDO.

II.

Non contristabit justum quidquid ei acciderit: impii autem replebuntur malo.

Ningun acontecimiento podrá contristar al justo: los impios, al contrario, estarán llenos de pesadumbres.

(Prov. xii, 21.)

La felicidad es el destino del hombre, pues no hay uno que no desee ser feliz; y la razon nos dice, que Dios no nos ha dado facultades sin objeto, ni deseos que no puedan verse satisfechos. Pero la mayor parte de los hombres buscan la felicidad en los bienes de la tierra, que no pueden llenar el vacío de nuestro corazon; por eso su vida es un contínuo flujo y reflujo de ardientes deseos y de falaces esperanzas, de gustos y de desabrimientos. Pasan los dias en desear lo mismo de que huyen, y en apartarse de lo que han encontrado, en repudiar un proyecto por adoptar otro, y en desposeerse de un bien que conocen, por adquirir otro que no conocen. Dominados siempre por el lisonjero engaño de una felicidad, que se les representa en lontananza, y que huye y se desvanece luego que creen haberla conseguido, laméntanse de su estado miserable; los unos, agobiados bajo el peso de los infortunios y de la pobreza; los otros, oprimidos con los sinsabores y embarazos de la prosperidad.

Solo los justos son felices en la tierra; y ¿sabeis en qué consiste su felicidad? Consiste en la luz de la fé, que suaviza todas las penas del alma fiel, y hace más amargas las del pecador. Consiste en las dulzuras de la gracia, que calman todas las pasiones, y que, negándose al corazon corrompido, le dejan entregado á sí mismo. Voy, pues, á manifestar estas dos verdades tan propias para hacer amable la virtud. Pero ántes de empezar, imploremos los auxilios del Espíritu Santo, por medio de la intercesion de María. A. M.

1. La raiz de todos nuestros pesares regularmente consiste en nuestros errores; y solo somos infelices porque nos equivocamos en

el juicio que hacemos de los bienes y de los verdaderos males. Los justos, que son hijos de la luz, son mucho más felices que los pecadores, porque están más ilustrados. Las mismas luces que corrigen sus juicios, suavizan sus penas; y la fé, que les manifiesta el mundo como es en sí, les muda en motivo de consuelo los mismos sucesos en que las almas, entregadas á sus pasiones, hallan el principio de todas sus inquietudes. Para daros á conocer esta verdad, de la que tanto honor resulta á la virtud, os suplico repareis en que, ya sea que un alma movida de Dios se acuerde de lo pasado, y de aquellos tiempos de disolucion que precedieron á su penitencia; ya sea que considere lo que actualmente pasa en el mundo á su vista; ya, finalmente, se ponga á pensar en lo futuro, todo la consuela; todo la confirma en el partido de la virtud que ha abrazado; todo hace que su estado sea infinitamente más feliz que el del alma que vive entregada al desórden, y que en estos tres estados solo halla amarguras y temores secretos.

Porque, en primer lugar, por más entregado que esté un pecador á todos los desórdenes de su corazon, nunca le arrastran tanto los deleites presentes, que alguna vez no vuelva la vista á aquel cúmulo de años llenos de iniquidad, que se van quedando atrás. Aquellos dias de tinieblas, que consagró á la disolucion, no han perecido tan absolutamente, que no presenten, en ciertos tiempos, á su memoria ideas importunas, que le turban, que le fatigan, que de tiempo en tiempo le despiertan de su letargo, representándole como reunido en un punto el monstruoso cúmulo de delitos, los que no le horrorizaban tanto cuando los cometia, porque entónces solo los veia sucesivamente; se le representan de un golpe las gracias despreciadas, las inspiraciones resistidas, el indigno uso que ha hecho de un natural feliz y formado, segun parece, para la virtud: represéntansele unas flaquezas de que se avergüenza, y unos horribles mónstruos á quienes casi no se atreve á mirar. Esto es lo que detrás de sí deja el pecador; por lo que es infeliz, si mira á lo pasado. Toda su felicidad parece está reducida al momento presente; y para ser dichoso es necesario que no piense, sino que, como los animales mudos, se deje llevar del atractivo de los objetos presentes, y que apague y ofusque su razon si quiere vivir tranquilo.

Pero ¡oh Dios mio! ¡y qué distinta es la suerte de una alma que camina segun vuestras leyes! ¡Y qué digno es de compasion el mundo que no os conoce! A la verdad, los pensamientos más agradables de una alma justa son los que le acuerdan su vida pasada; es cierto que en ellos ve la parte de su vida que entregó al mundo y á sus pasiones: confieso que esta memoria la cubre de vergüenza en presen-

cia de la santidad de su Dios y la hace derramar lágrimas de compuncion y tristeza; pero ¡ qué consuelos no halla en sus lágrimas y en su dolor! Porque una alma que se ha vuelto á Dios, no puede acordarse de sus pasados desvíos, sin descubrir en ellos la conducta que con ella usó la divina misericordia; los caminos singulares por donde su sabiduría la condujo, como por grados, al instante feliz de su conversion. Esto es lo que presenta la memoria de lo pasado á una alma compungida; mira á los cómplices de sus antiguos deleites, entregados aún por la justicia de Dios á los desórdenes del mundo y de las pasiones, y ella escogida, separada, y llamada al conocimiento de la verdad. ¡ Oh, amados oyentes, y cómo llena de paz y de consuelo esta memoria á una alma fiel! Esta es la primera felicidad de las almas justas: aún la memoria de sus pasadas infidelidades las consuela.

Pero, en segundo lugar, si la memoria de lo pasado es para ellas un manantial de sólidos consuelos, no consuela ménos su piedad lo que á su vista pasa en el mundo. ¿ Qué es el mundo, aún para los mismos que le aman, que están embriagados con sus placeres, y que no pueden vivir sin él? El mundo es una eterna servidumbre, en donde ninguno vive para sí, y en donde para ser feliz es necesario besar sus cadenas y amar su cautiverio. El mundo es una diaria revolucion de sucesos que, unos despues de otros, despiertan en el corazon de sus seouaces las más violentas y más funestas pasiones, los rencores crueles, las indiferencias odiosas, los temores amargos, los celos que consumen, y los pesares que molestan. El mundo es una tierra de maldicion, en la que aún los mismos deleites están llenos de espinas y amargura. Finalmente, es el mundo un lugar, en donde aún la misma esperanza, que se mira como una pasion tan halagüeña, hace á todos los hombres desgraciados. No obstante, este es el lugar en que todos los pecadores buscan su felicidad: aquí es donde quisieran eternizarse; este es el mundo que prefieren á los bienes eternos y á todas las promesas de la fé. ¡ Oh gran Dios! ¡ qué justo sois cuando castigais al hombre con sus propias pasiones, permitiendo que ya que no quiere buscar su felicidad en Vos, que sois solo la verdadera paz de su corazon, se forme una felicidad fantástica de sus temores, de sus disgustos, de sus molestias y de sus crueles inquietudes!

Pero lo que más favorece en esto á la virtud es, que este mismo mundo tan molesto y tan insufrible para los pecadores, que buscan en él su felicidad, es un motivo de reflexiones que consuelan á los justos, que le miran como destierro y país extraño. Porque, primeramente, la inconstancia del mundo, tan terrible para los que están entregados á él, ofrece al alma fiel mil motivos de consuelo. Nada la parece

constante ni durable en la tierra; ni las más altas fortunas, ni las más estrechas amistades, ni la más brillante fama, ni los más deseados favores. Ve una soberana sabiduría, que parece se divierte en burlarse de los hombres, levantando á unos sobre las ruinas de otros. Ve á los hombres ocupados siempre, ó en sus temores ó en sus esperanzas; siempre inquietos, ó con lo presente ó con lo que está por venir; nunca tranquilos, trabajando todos por el descanso, y siempre apartándose más de él. ¡ Oh hombre! ¿ por qué discurres tanto para ser infeliz? Esto es lo que entónces piensa una alma fiel. La felicidad que ésta busca es ménos costosa. No es necesario ni atravesar mares, ni conquistar reinos; sin salir de sí misma, halla su felicidad. ¡ Qué suaves le parecen á un hombre virtuoso las amarguras de la virtud, cuando las compara con los crueles pesares y eternas inquietudes de los pecadores!

En segundo lugar. La injusticia del mundo, tan cruel para los que le aman, cuando se ven olvidados, despreciados y sacrificados á indignos competidores, es un principio fecundo de reflexiones de consuelo para un alma que le desprecia, y que solo teme al Señor. Porque ¿ qué consuelo ha de tener un pecador, que despues de haber sacrificado al mundo y á sus señores su reposo, su conciencia, sus bienes, su mocedad y su salud, sin haber tenido más recompensa que desprecios, fatigas, abatimientos y frívolas esperanzas, ve que de repente se le cierran las puertas de la elevacion y de la fortuna, y que le quitan de entre las manos los puestos que habia merecido, y de los que ya se juzgaba en posesion? Amenazado, si se queja, de perder los que posee; obligado á doblar la rodilla delante de sus rivales, más felices que él, y á vivir dependiente de aquellos á quienes ántes aún no los tenia por dignos de que le sirviesen! Pero el justo, en el mismo desprecio que de él hace el mundo, aprende á despreciarle: la injusticia de los hombres le sirve solamente para acordarse de que sirve á un Señor más justo, que no se apasiona, ni se deja engañar; que solo ve en nosotros lo que en la realidad hay; que para decidir de nuestra suerte se gobierna por nuestros corazones. ¡ Qué motivos de consuelos no halla un alma fiel en estas luces de la fé!

Finalmente, los juicios del mundo, que para los mundanos son motivos de tantos pesares, acaban tambien de consolar al alma fiel: porque es un suplicio para los amadores del mundo el estar siempre expuestos á sus juicios; esto es, á la censura, á la befa y á la malicia de todos. Por más que uno desprecie á los hombres, siempre quiere ser estimado de los mismos que desprecia. Por más que se goce de los públicos aplausos, los desprecios son tanto más sensibles, cuanto son

ménos comunes y más raros; por más que uno se vengue de estas censuras con otras más vivas y mordaces, la venganza siempre supone el resentimiento y el dolor; y, por otra parte, es mucho ménos el gusto que se experimenta en despreciar, que el pesar que se recibió en ser despreciado. Pero una alma fiel está libre de todas estas inquietudes. Como no desea la estimacion de los hombres, tampoco teme sus desprecios; como no tiene por fin el agradarlos, tampoco extraña no haberles dado gusto. Dios solo, que es quien ve su corazon, es el único juez á quien teme, y el que al mismo tiempo la consuela en los juicios que de ella hacen los hombres. Su gloria es el testimonio de su conciencia; busca su fama en el cumplimiento de su obligacion; mira los aplausos del mundo como escollo de la virtud, ó como recompensa del vicio; y sin atender á sus juicios, se contenta con darle buen ejemplo. Pero ¡qué es lo que digo! Aún el mismo mundo, estando como está tan lleno de desprecios, de censuras y de malicia para con aquellos que le adoran, se ve obligado á venerar la virtud de los que le desprecian y aborrecen; él mismo parece que imprime en la persona de un verdadero justo, no sé qué dignidad, no sé qué cosa divina, que se granjea la veneracion y casi el culto de las almas mundanas. De este modo, el mismo mundo es motivo de consuelo para una alma cristiana.

2. La gracia dá tambien á las almas justas en la tierra, dos géneros de consuelos; unos, interiores y secretos; otros, exteriores y sensibles, ambos tan esenciales para la felicidad de esta vida, que no hay en la tierra ningun placer que á ellos equivalga. La primera utilidad interior que facilita la gracia á una alma fiel, es el establecer en su corazon una paz sólida, y reconciliarla consigo misma. Todos llevamos dentro de nosotros mismos un juez incorruptible, que sin cesar se pone de parte de la virtud, contra las pasiones que más nos lisonjean; que mezcla con las que más nos arrastran las ideas importunas de nuestra obligacion; y que nos hace infelices en medio de nuestros deleites y de nuestra abundancia. Este es el estado de una conciencia impura y manchada; el pecador es quien se acusa á sí mismo en lo íntimo de su corazon; á todas partes lleva consigo una inquietud que con nada se sosiega; es desgraciado por no poder vencer sus desarregladas inclinaciones; pero aún lo es mucho más por no poder sofocar sus importunos remordimientos.

No quiero decir, que el corazon de los justos goce en esta vida una tranquilidad tan inalterable, que no experimente alguna vez acá en la tierra tribulaciones, disgustos é inquietudes; pero éstas son unas nubes pasajeras, que solo cubren, por decirlo así, la superficie de su

alma. En su interior, reina siempre aquella calma profunda, aquella serenidad de conciencia, aquella sencillez de corazon, aquella igualdad de espíritu, aquella confianza viva, aquella resignacion pacífica, aquella tranquilidad de pasiones y aquella paz universal, que, aún desde esta vida, es ya principio de la felicidad de las almas inocentes. ¡Criaturas vanas! ¿qué poder tendreis sobre un corazon, que no hicisteis vosotras, y que no se hizo para vosotras? La paz del corazon es el primer consuelo de la gracia. El segundo es el amor, que suaviza á los justos los rigores de la ley, y muda, segun la promesa de Jesucristo, su yugo, que parece insoportable á los pecadores, en yugo suave y de consuelo para ellos. Porque una alma fiel ama á su Dios, aún con más viveza, más tiernamente y con más solidez, que habia ántes amado al mundo y á las criaturas. Cuanto intenta por él, aunque sean los mayores trabajos, ó no cuestan nada á su corazon, ó le sirven de deleite. Porque es carácter del amor santo, cuando es dueño del corazon, ó suavizar las penas que causa, ó mudarlas en santos placeres. Y así, una alma enamorada de Dios, quiero explicarme de este modo, perdona con alegría, sufre con confianza, se mortifica con gusto, huye de buena gana del mundo, ora con consuelo, y desempeña sus obligaciones con una santa complacencia. Cuanto más crece su amor, más se suaviza su yugo. Cuanto más ama, tanto es más feliz; porque no hay mayor felicidad que el amar aquello que ya tenemos por necesario. Al contrario el pecador; cuanto más ama al mundo, es tanto más infeliz; porque cuanto más ama al mundo, más se multiplican sus pasiones, más se encienden sus deseos, mayor estorbo halla en sus proyectos, y más se agrian sus inquietudes.

Apelo á vuestro testimonio. Vosotros que tantos años há servís al mundo, ¿cuánto habeis adelantado en vuestra felicidad? Poned en un peso, á un lado, todos los momentos y dias felices que habeis pasado en él, y á otro, todas las amarguras que habeis padecido, y ved cual de los dos pesa más. Acaso habreis dicho en algunos instantes de placer, de exceso y de furor: Aquí estamos bien; pero aquello fué una embriaguez, que duró poco tiempo.

¿Quereis, pues, vivir felices? Vivid cristianamente. La piedad es útil para todo; la inocencia del corazon es la raiz de los verdaderos deleites. Mirad á todas partes, y hallareis que no hay paz para el impío, como dice el Espíritu Santo. Gustad de todos los placeres, y vereis, que no pueden curar aquella raiz de tristeza que en todas partes os acompaña. No mireis la suerte de las almas justas como una suerte triste y desagradable; no juzgueis de su felicidad por las apariencias que os engañan; veis que lloran, pero no veis la mano invisible que

enjuga sus lágrimas; veis que su carne gime bajo el yugo de la penitencia, pero no veis la uncion de la gracia que la suaviza; veis unas costumbres austeras y tristes, pero no veis su conciencia siempre alegre y tranquila. ¡Oh, y cómo os mueve su felicidad á una emulacion santa! En vosotros solos consiste el imitarlos: acaso en otro tiempo fueron cómplices de vuestros placeres; ¿por qué, pues, no podeis vosotros ser imitadores de su penitencia? Estableced, finalmente, una paz sólida en vuestro corazon; empezad á cansaros de vosotros mismos. Hasta aquí, no habeis gozado perfectamente de la vida, pues no es vivir, no pudiendo vivir en paz consigo. Volveos á vuestro Dios, que os llama y os espera; desterrad de vuestra alma la iniquidad, y desterrareis al mismo tiempo la raiz de vuestras penas, gozareis de la paz de la inocencia, vivireis felices en la tierra, y esta felicidad temporal será el principio de la bienaventuranza, que nunca se acabará. Así sea.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

FELICIDAD.—Nacemos para ser felices, aún cuando naciéremos en la mayor miseria.

Renacemos para la felicidad, aún cuando renaciéremos por la penitencia.

Debemos temer que perdamos la felicidad, aún cuando naciéremos y renaciéremos para la felicidad.

FELICIDAD.—El tiempo de nuestra felicidad en este mundo es el tiempo de nuestra infancia luego de haber sido bautizados, porque aún no nos atormentan inclinaciones desordenadas.

El lugar de nuestra felicidad en esta vida es la soledad que nos aparta del tumulto del siglo, porque nos pone á cubierto de la persecucion de nuestros mayores enemigos.

La causa de nuestra felicidad en este lugar de miseria es la rectitud de nuestra conciencia, porque nos libra de las desazones que pueden más fácilmente alterar nuestra tranquilidad.

FELICIDAD DE LOS HOMBRES.—Los hombres que buscan su felicidad en las criaturas, demuestran la obcecacion de su corazon.

Los hombres nunca son más ciegos en procurar su felicidad, que cuando la encuentran en lo que los hace desgraciados.

FELICIDAD DE LOS MUNDANOS.—Los mundanos toman la figura de la felicidad por la felicidad misma.

Los mundanos se figuran que pueden encontrar su felicidad, haciendo desgraciados á los demás.

Los mundanos cifran su supremo bien en dar desahogo libre á sus pasiones.

FELICIDAD; véase: BIENAVENTURANZA;—CIELO;—GLORIA.

FERRO-CARRILES; véase: BENDICION DE UN FERRO-CARRIL.

FERVOR.

Spiritu ferventes: Domino servientes.
Sed fervorosos de espíritu, acordándoos que el Señor es á quien servís.
(Rom. XII, 11.)

El hombre dado al pecado por el desconcierto de la naturaleza, casi no encuentra en sí más que principios de error y causa de corrupcion; la justicia y la verdad que, en un principio, vinieron al mundo con nosotros, nos son ya como ajenas; todas nuestras inclinaciones, rebeldes á la ley de Dios, nos arrastran, como á despecho de nosotros, hácia los objetos ilícitos; de modo, que para ordenarlas, y someter nuestro corazon á la ley, es necesario que contínuamente hagamos resistencia á las impresiones de los sentidos; que violentemos nuestras más vivas inclinaciones, y que estemos siempre alerta contra nosotros mismos. No hay obligacion alguna que no nos cueste trabajo; no hay precepto alguno en la ley que no se oponga á alguna de nuestras inclinaciones; no hay en el camino de Dios paso alguno á que no tenga repugnancia nuestro corazon.

A esta interior corrupcion, que hace tan difícil el cumplimiento de nuestras obligaciones, podeis añadir los lazos que se nos tienden en todas direcciones, los malos ejemplos que nos llevan tras sí, los objetos que nos acobardan, las ocasiones que nos engañan, las complacencias que nos debilitan, las aflicciones que nos desalientan, las prosperidades que nos corrompen, las circunstancias que nos ciegan, las atenciones del mundo que nos molestan, las contradicciones que

enjuga sus lágrimas; veis que su carne gime bajo el yugo de la penitencia, pero no veis la uncion de la gracia que la suaviza; veis unas costumbres austeras y tristes, pero no veis su conciencia siempre alegre y tranquila. ¡Oh, y cómo os mueve su felicidad á una emulacion santa! En vosotros solos consiste el imitarlos: acaso en otro tiempo fueron cómplices de vuestros placeres; ¿por qué, pues, no podeis vosotros ser imitadores de su penitencia? Estableced, finalmente, una paz sólida en vuestro corazon; empezad á cansaros de vosotros mismos. Hasta aquí, no habeis gozado perfectamente de la vida, pues no es vivir, no pudiendo vivir en paz consigo. Volveos á vuestro Dios, que os llama y os espera; desterrad de vuestra alma la iniquidad, y desterrareis al mismo tiempo la raiz de vuestras penas, gozareis de la paz de la inocencia, vivireis felices en la tierra, y esta felicidad temporal será el principio de la bienaventuranza, que nunca se acabará. Así sea.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

FELICIDAD.—Nacemos para ser felices, aún cuando naciéremos en la mayor miseria.

Renacemos para la felicidad, aún cuando renaciéremos por la penitencia.

Debemos temer que perdamos la felicidad, aún cuando naciéremos y renaciéremos para la felicidad.

FELICIDAD.—El tiempo de nuestra felicidad en este mundo es el tiempo de nuestra infancia luego de haber sido bautizados, porque aún no nos atormentan inclinaciones desordenadas.

El lugar de nuestra felicidad en esta vida es la soledad que nos aparta del tumulto del siglo, porque nos pone á cubierto de la persecucion de nuestros mayores enemigos.

La causa de nuestra felicidad en este lugar de miseria es la rectitud de nuestra conciencia, porque nos libra de las desazones que pueden más fácilmente alterar nuestra tranquilidad.

FELICIDAD DE LOS HOMBRES.—Los hombres que buscan su felicidad en las criaturas, demuestran la obcecacion de su corazon.

Los hombres nunca son más ciegos en procurar su felicidad, que cuando la encuentran en lo que los hace desgraciados.

FELICIDAD DE LOS MUNDANOS.—Los mundanos toman la figura de la felicidad por la felicidad misma.

Los mundanos se figuran que pueden encontrar su felicidad, haciendo desgraciados á los demás.

Los mundanos cifran su supremo bien en dar desahogo libre á sus pasiones.

FELICIDAD; véase: BIENAVENTURANZA;—CIELO;—GLORIA.

FERRO-CARRILES; véase: BENDICION DE UN FERRO-CARRIL.

FERVOR.

Spiritu ferventes: Domino servientes.
Sed fervorosos de espíritu, acordándoos que el Señor es á quien servís.
(Rom. XII, 11.)

El hombre dado al pecado por el desconcierto de la naturaleza, casi no encuentra en sí más que principios de error y causa de corrupcion; la justicia y la verdad que, en un principio, vinieron al mundo con nosotros, nos son ya como ajenas; todas nuestras inclinaciones, rebeldes á la ley de Dios, nos arrastran, como á despecho de nosotros, hácia los objetos ilícitos; de modo, que para ordenarlas, y someter nuestro corazon á la ley, es necesario que contínuamente hagamos resistencia á las impresiones de los sentidos; que violentemos nuestras más vivas inclinaciones, y que estemos siempre alerta contra nosotros mismos. No hay obligacion alguna que no nos cueste trabajo; no hay precepto alguno en la ley que no se oponga á alguna de nuestras inclinaciones; no hay en el camino de Dios paso alguno á que no tenga repugnancia nuestro corazon.

A esta interior corrupcion, que hace tan difícil el cumplimiento de nuestras obligaciones, podeis añadir los lazos que se nos tienden en todas direcciones, los malos ejemplos que nos llevan tras sí, los objetos que nos acobardan, las ocasiones que nos engañan, las complacencias que nos debilitan, las aflicciones que nos desalientan, las prosperidades que nos corrompen, las circunstancias que nos ciegan, las atenciones del mundo que nos molestan, las contradicciones que

nos ponen á prueba, y todo cuanto nos rodea nos sirve de una continua tentacion. En un estado tan miserable, ¿qué puede hacer aún el hombre más justo, si se abandona á su propia flaqueza, y á todos los lazos que le rodean, llevando en su corazon la raiz de todos los desórdenes, y en su espíritu el principio de toda ilusion? Solo la gracia divina puede librarnos de tantas miserias. Es preciso, pues, que trabajemos para merecer la conservacion y el aumento de la gracia. Ahora bien; el fervor en el servicio de Dios es uno de los principales medios y de las mejores disposiciones que podemos emplear de nuestra parte, para que Dios nos colme de gracias y dones. Por esto nos dice el Apóstol, que no seamos débiles en cumplir nuestros deberes, sino fervorosos de espíritu; y ved aquí porque me propongo hablaros del fervor en este discurso, demostrándoos, que, por este medio, podemos alcanzar los auxilios especiales que necesitamos para perseverar en la virtud; y que sin el fervor, las pasiones que nos arrastran hácia el vicio, se avivan de tal suerte, que llegan á sernos inútiles hasta los socorros exteriores de la piedad. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Dios, cuyos designios para con nosotros son inspirados por la equidad y la sabiduría, distribuye con órden sus dones y sus gracias; se comunica con más abundancia al alma que con más fidelidad le dispone los caminos en su corazon; dá más contínuas señales de su proteccion y de sus misericordias al justo, que se las está dando contínuas de su amor y de su fidelidad; y recompensa al siervo que sabe negociar con su talento, á proporcion del uso que de él ha hecho. Por el contrario, el alma libre é infiel, que le sirve con negligencia y disgusto, le halla tibio y disgustado; las obras que presenta á su vista le fastidian: por eso la arroja de su boca, segun la expresion del Espíritu Santo, con aquel disgusto y náusea con que se arroja una bebida tibia y fastidiosa; y en pena de su tibieza, la priva de la gracia de proteccion. Si nosotros, por falta de fervor, nos retiramos del Señor, él se retirará de nosotros; nuestro fervor es la medida de lo que él hace para ampararnos. Expliquemos las consecuencias de esta verdad: ellas nos demostrarán la necesidad del fervor en el servicio de Dios.

La primera es, que el estado de tibieza ó falta de fervor aparta del alma las gracias de proteccion, y por consiguiente, el alma que no tiene fervor, queda abandonada á su propia flaqueza. Es verdad, que con los socorros comunes que la quedan, aún puede conservar la fidelidad que debe á su Dios, porque son suficientes para poderla mantener en el bien, pero su tibieza no la permite usar de ellos; es decir, que aún tiene los auxilios suficientes para poder perseverar, pero no aquellos con que infaliblemente se persevera; y así no hay riesgo que no haga una peligrosa impresion en esta alma, y que no la acerque á la caida.

La segunda consecuencia, que tambien se infiere de negársele al alma tibia las gracias de la proteccion, es, que el yugo de Jesucristo viene á ser para ella un yugo duro, pesado é insufrible. Porque, amados oyentes, habiendo perdido por el desórden de nuestra naturaleza el gusto á la justicia y á la verdad, en el que consistian las mayores delicias del hombre inocente, ya no tenemos ansia ni deseo sino de los objetos de los sentidos y de las pasiones. Las obligaciones de la ley, que contínuamente nos están avisando, que nos apartemos de los sentidos por seguir el espíritu, y que nos hacen sacrificar las impresiones de los presentes placeres á la esperanza de las futuras promesas; estas obligaciones, vuelvo á decir, cansan muy presto á nuestra flaqueza, porque son unos esfuerzos contínuos contra nosotros mismos; y así, es preciso, que la suavidad de la gracia aligere este yugo, que derrame secretos consuelos sobre su amargura, y que mude la tristeza de las obligaciones en una alegría santa y sensible.

Pero el alma tibia, privada de esta suavidad, solo siente la pesadez del yugo, sin experimentar los consuelos que le suavizan. No gusta sino la amargura del cáliz de Jesucristo. Por eso, os son insípidas todas las obligaciones de la piedad, y molestos todos sus ejercicios. Sentís todo el peso de aquellas obligaciones, á las que no os permiten que seais infieles las reliquias de fé y de amor al sosiego interior, que aún se hallan en vosotros; y no sentís el secreto testimonio de la conciencia, que le suaviza, y que conforta el alma fervorosa.

Pero este estado de violencia no puede durar; una virtud, que no calma el corazon, que no consuela al entendimiento y que no contenta al amor propio, presto cansa; el yugo, que pesa y que no se lleva con amor sino por algun motivo humano, presto se sacude. Un corazon vivo, fogoso y extremado, como el que tienen la mayor parte de los hombres, no puede fijarse sino con el gusto de los afectos; y el que siempre se siente privado de gusto para la virtud, ya ofrece un corazon dispuesto á rendirse á los atractivos del vicio. Bien sé que hay algunas almas tibias, que, al parecer, se mantienen en este estado de equilibrio y de insensibilidad; que no muestran ansia ni por el mundo ni por la virtud; que en medio de los placeres del mundo conservan una circunspeccion y una regularidad que aún dá señales de virtud; y entre las obligaciones de la religion una pereza y una relajacion, que está respirando el aire de las máximas del mundo; pero tambien

sé, que esta pereza de corazon solamente nos defiende de aquellos delitos que cuestan trabajo; solo nos aparta de ciertos placeres que nos seria preciso comprar á costa de nuestro sosiego, y así basta el amor al descanso para apartarnos de ellos. Esta pereza solamente nos hace virtuosos al parecer de los hombres, porque éstos la confunden con la piedad, que huye del vicio; pero no nos defiende contra nosotros mismos, contra mil deseos ilícitos, contra mil complacencias culpables, contra mil pasiones más secretas y ménos penosas, porque están encerradas en el corazon.

Tambien sé, que el gusto de la piedad y aquel interior consuelo que suaviza la práctica de las obligaciones es un don, que muchas veces se niega aún á las almas más fervorosas; pero hay dos diferencias esenciales, entre el alma fervorosa á quien el Señor niega los consuelos sensibles de la piedad, y el alma tibia que siente la pesadez del yugo y no puede hallar gusto en las cosas de Dios. La primera consiste, en que el alma fervorosa, en medio de sus disgustos, á lo ménos tiene una conciencia que no la arguye de culpa; pero el alma tibia, permitiéndose, aún contra el testimonio de su propio corazon, mil diarias transgresiones, siempre tiene inquieta y dudosa la conciencia, porque no está fortalecida, ni con el gusto de las obligaciones, ni con la paz y testimonio de la conciencia; y este estado de inquietud y de molestia viene muy presto á parar en la funesta paz de la culpa. La otra diferencia consiste, en que no siendo los disgustos del alma fervorosa más que pruebas de que se sirve Dios para purificarla, suple los sensibles consuelos de la piedad, que la niega, con otros mil medios equivalentes, con una proteccion más poderosa, con un misericordioso cuidado de apartar de ella todos los peligros que la pudieran engañar, y con más abundantes socorros de la gracia; porque el Señor no intenta perderla ni desanimarla, solamente quiere probarla; pero los disgustos del alma, que no tiene fervor, no son pruebas, sino castigos; el Señor no es para ella un Dios misericordioso, que suspende los consuelos sin suspender la gracia, sino un Dios severo, que se venga y se retira. El fervor, pues, nos es necesario para que Dios nos conceda las gracias de proteccion, sin las cuales pierde nuestra fé toda su fuerza y el yugo de Jesucristo todos sus consuelos, quedando en un estado de desfallecimiento y de miseria, en el que, para que nuestra inocencia quede vencida, basta que tenga la desgracia de ser tentada. Voy ahora á demostraros, que tambien nos es necesario para que no se fortifiquen nuestras pasiones.

2. El ser tan necesaria la vigilancia para la piedad cristiana consiste, en que todas las pasiones que en nosotros se oponen á la ley de

Dios, solamente mueren con nosotros, por decirlo así; por más que las debilitemos con los socorros de la gracia y de una fé fervorosa, las inclinaciones y la raiz quedan siempre en el corazon: siempre llevamos dentro de nosotros los principios de los mismos desórdenes que borraron nuestras lágrimas. Es verdad, que se nos dá la gracia de Jesucristo para reprimir aquellas corrompidas inclinaciones, que sobreviven á nuestra conversion; pero como en el estado de tibieza, conforme acabais de oir, casi no nos dá la gracia, sino auxilios generales, y como se suspenden, ó á lo ménos, son más raras las gracias de proteccion, por habernos hecho indignos de ellas, necesariamente se ha de seguir, que las pasiones han de adquirir mayor fuerza. Pero no solamente se fortifican las pasiones en el estado de tibieza, porque en él son más raras las gracias de proteccion que las debilitan, sino tambien por razon de este estado, considerado en sí mismo; porque, no siendo la vida tibia más que una contínua condescendencia con todas nuestras pasiones, una cobarde facilidad en concederlas siempre, hasta cierto punto, todo lo que las lisonjea, se sigue, que en este estado cada dia deben adquirir nuevas fuerzas.

Y á la verdad, es locura el persuadirse á que, no condescendiendo con nuestras pasiones más que hasta ciertos límites permitidos, las contentamos, por decirlo así, y las concedemos lo suficiente para satisfacerlas, sin que por esto puedan manchar nuestra alma, ni introducir en nuestras conciencias graves turbaciones y remordimientos. Este es el plan que se forma el alma tibia, favorable á su tibieza, porque procura evitar igualmente todo lo que es penoso en la culpa y en la virtud; niega á las pasiones todo lo que podria turbar su conciencia, y á la virtud, lo que molestaria y mortificaria demasiado al amor propio. Pero este estado de equilibrio é igualdad es quimérico. Las pasiones, que no conocen límites en la culpa, ¿cómo podrán contenerse dentro de la tibieza? Si no pueden satisfacerlas y fijarlas los excesos, ¿cómo podrán las simples condescendencias?

Las pasiones, con quienes se usa de condescendencia, son como aquellos leoncillos, dice un profeta, que se crian domésticamente y sin precaucion, llegan á crecer, y hacen pedazos la indiscreta mano que los ayudó á hacerse fuertes y temibles. ¿No nos estais diciendo contínuamente vosotros mismos, que teneis las mejores intenciones del mundo; que teneis verdaderos deseos de salvaros; pero que se ofrecen mil ocasiones en la vida, en que os olvidais de vuestras buenas resoluciones, y que era menester ser un santo para no dejarse arrastrar de ellas? Pues eso es justamente lo mismo que nosotros os decimos; que no obstante esas buenas resoluciones, que nos ponderais, si no

orais con fervor, habrá mil ocasiones en que no sereis dueños de vuestra flaqueza: os decimos, que solamente una vida fervorosa puede defendernos contra las tentaciones y peligros; en una palabra, que es necesario ser muy fervorosos y santos para vivir libres de culpas graves.

Y no os parezca que es ponderacion el decir, que es necesario ser santos, pues aún las almas más fervorosas se hallan, algunas veces, en circunstancias tan terribles, que su corazon se rebela, y su imaginacion se turba y desordena; se ven entre aquellas tristes inquietudes en que están fluctuando mucho tiempo, entre la vida, la muerte y la victoria; y en las que, semejantes á una nave, que se defiende contra las olas en medio de un mar agitado y borrascoso, solamente esperan su seguridad de aquel que manda á los vientos y á las olas; ¿y quereis vosotros, que con un corazon tibio, y ya medio engañado, con unas inclinaciones muy próximas á la culpa, se defienda vuestra flaqueza contra las ocasiones, y que las tentaciones más violentas os hallen siempre tranquilos é inaccesibles? Desengañémonos: para librarnos de la culpa, tenemos necesidad de más socorros que los que se hallan en el estado de tibieza; y el fervor es el grande medio de conservar la inocencia.

Otra reflexion. Fortificándose más las pasiones cada dia en el estado de tibieza, no solamente halla en nosotros la obligacion dificultades invencibles, sino que tambien se allana el camino para la culpa, por decirlo así, y no sentimos más repugnancia en ella que en una falta leve. Y á la verdad, con estas contínuas infidelidades, inseparables de la tibieza, llega por último el corazon, como por otros tantos grados, é insensiblemente, hasta aquellos peligrosos límites, que solamente separan con un punto la vida de la muerte, la culpa de la inocencia, y se facilita el último paso para la caida, casi sin conocerlo: como le faltaba poco camino que andar, y no tuvo que hacer nuevos esfuerzos para pasar adelante, le parece que no ha traspasado los antiguos límites; tenia en sí unas disposiciones tan próximas á la culpa, que llegó á producir la iniquidad sin dolor, sin repugnancia, sin señal alguna sensible, y aún sin conocerlo él mismo.

Finalmente, la última reflexion que se puede hacer acerca de esta verdad es, que nuestro corazon es de tal naturaleza, que siempre hace mucho ménos de lo que se proponia. ¿Cuántas veces hemos formado resoluciones santas, y hemos determinado llegar hasta tal punto con nuestras obligaciones y modo de vida? Pero nunca ha correspondido la ejecucion al fervor de nuestras promesas, ni hemos llegado á aquel grado que nos habíamos propuesto; y así, una alma tibia, que el más alto punto de virtud que se propone es el evitar la culpa, que pone la

mira precisamente en el precepto, esto es, en el término preciso y riguroso de la ley, fuera del cual se halla inmediatamente la muerte y la prevaricacion, infaliblemente quedará muy atrás, sin llegar á aquel punto esencial que se habia propuesto.

Á estas razones se puede añadir otra, sacada de los socorros exteriores de la religion, necesarios para mantener la piedad, los que son inútiles para el alma tibia. Los sacramentos, no solamente no la son de utilidad alguna, sino que aún le son peligrosos, por la tibieza con que los recibe; no la sirven de socorros, sino que son para ella unos remedios comunes y sin vigor, si es lícito decirlo así, que entretienen su desfallecimiento, pero que no le curan: son la vianda de los fuertes, que acaban de arruinar un estómago flaco, en vez de restablecerle. La oracion, que es el canal de las gracias, alimento de un corazon fiel, dulzura de la piedad, asilo contra todos los combates del enemigo, clamor del alma amorosa, que hace que el Señor atienda á sus necesidades, no es para el alma tibia más que una ocupacion ociosa de un espíritu distraido, de un corazon seco y dividido entre mil extraños afectos: no halla en ella aquel gusto, aquel recogimiento, aquellos consuelos, que son fruto de una vida fervorosa y fiel. Finalmente, todas las obligaciones exteriores de la religion, que sostienen y avivan la piedad, no son para el alma tibia más que obras muertas é inanimadas, en que su corazon no halla consuelo, las que más hace por costumbre que por gusto y espíritu de devocion, y para las que no lleva más disposiciones que el enfado de haber de hacer todos los dias una misma cosa.

Y así, hallándose contínuamente combatida y debilitada la gracia en esta alma, ó por los ejercicios de devocion de que abusa, ó por los objetos de los sentidos, que mantienen su corrupcion, ó por los de la religion, que alimentan sus disgustos, ó por los placeres, que la distraen, ó por las obligaciones, que la cansan, concurriendo todo á su ruina, sin haber nada que la defienda; ¿qué suerte puede prometerse en este estado? Pues este es el estado del alma tibia; se halla entregada absolutamente á sí misma, sin haber cosa alguna que la sostenga; está llena de flaquezas y desmayos, sin tener con que confortarse; rodeada de molestias y disgustos, sin hallar alivio en cosa alguna; lo que para el alma fervorosa sirve de consuelo, no hace más que aumentar su congoja; lo que para otros sirve de aligerar el yugo, hace el suyo más pesado, y los socorros de la piedad no la sirven más que de cansancio ó de culpa. En este estado ¡oh Dios! casi abandonada el alma de vuestra gracia, cansada de vuestro yugo, tan disgustada de sí misma como de la virtud, debilitada con sus males y

con los remedios, y titubeando á cada paso, cualquiera vientecillo la derriba; ella misma se inclina á la caida, sin que la impela movimiento alguno extraño, y para hacerla caer basta el acometerla. Estas son las razones con que se prueba la infalibilidad de la caida en el estado de tibieza.

Levántate, dice un profeta, alma tibia y cobarde, rompe el fatal encanto que te adormece y que te ata á tu propia pereza. El Señor, á quien te parece que sirves, porque no le ultrajas á cara descubierta, no es Dios de los cobardes, sino de los fuertes: no es remunerador de la tibieza, sino del fervor; no corona sino á los que, despreciando las cosas perecederas, tienen un fervoroso deseo de los bienes que nunca se acaban, y que os deseo.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

FERVOR.—El respeto que tenemos cuando nos presentamos á Jesucristo, es un falso respeto cuando no va acompañado del fervor.

El fervor que tenemos cuando nos presentamos á Jesucristo, es más una temeridad que un fervor cuando no va acompañado del respeto.

FERVOR.—Es fervor que tenemos por el bien, el que nos pone en más íntimas relaciones con Jesucristo.

Es fervor que tenemos por el bien, el que nos hace dignos del celo que anima á Jesucristo para salvarnos.

Es fervor que tenemos por el bien, el que nos hace gozar de las delicias de la vida espiritual.

FERVOR.—La gracia difundida en nuestro corazon es el principio del fervor cristiano.

La gracia multiplicada por las buenas obras conserva y acrecienta el fervor cristiano.

La gracia que nos dá la victoria sobre nuestras pasiones es el premio del fervor cristiano.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Factus est in corde meo quasi ignis exæstuans, claususque in ossibus meis. Jerem. xx, 9.

Sentí en mi corazon como un fuego abrasador, encerrado dentro de mis huesos.

Maledictus qui facit opus Dei fraudulenter. Idem, XLVIII, 10.

Maldito aquel que ejecuta de mala fé la obra del Señor.

Maledictus dolosus, qui immolat debile Domino. Malach. I, 14.

Maldito el hombre fraudulento... que inmola al Señor una víctima defectuosa.

Beati qui esuriunt, et sitiunt justitiam. Matth. V, 6.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.

Sollicitudine non pigri, spiritu ferventes, Domino servientes. Rom. XII, 11.

No seais flojos en cumplir vuestro deber: sed fervorosos de espíritu, acordándoos que el Señor es á quien servís.

Hora est jam nos de somno surgere. Rom. XIII, 11.

Ya es hora de dispertarnos de nuestro letargo.

Bonum facientes, non deficiamus. Galat. VI, 9.

No nos cansemos pues de hacer bien.

Quæ retro sunt obliviscens, ad ea vero, quæ sunt priora, extendens meipsum, ad destinatum prosequor, ad bravium supernæ vocationis Dei in Christo Jesu. Philipp. III, 13.

Olvidando las cosas de atrás, y atendiendo solo y mirando á las de delante, ir corriendo hácia el hito, para ganar el premio á que Dios llama desde lo alto por Jesucristo.

Habeo adversum te, quod charitatem tuam primam reliquisti. Apocal. II, 4.

Vengo contra tí que has perdido *el fervor* de tu primera caridad.

Utinam frigidus esses, aut calidus: sed quia tepidus es, incipiam te evomere ex ore meo. Ibid. III, 15, 16.

¡Ojalá fueras frio ó caliente!... mas por cuanto eres tibio, estoy para vomitarte de mi boca.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Refiere la historia sagrada que, cuando los israelitas, de regreso de su cautiverio en Persia, fueron á buscar el fuego sagrado, que los sacerdotes habian escondido en un pozo seco, no encontraron dicho fuego, sino una agua grasienta con la cual rociaron la leña y las víctimas para el sacrificio; y así que el sol dió con sus rayos sobre la leña, se encendió un gran fuego, que consumió la leña y las víctimas (II Machab. I). Ved aquí un símbolo de las almas justas, las cuales, secas y frias, al parecer, en el tiempo de la tentacion, apenas reaparece la calma, cualquier rayo de luz divina, cualquiera movimiento ó

impulso de la gracia basta para excitar en ellas el fervor que les daba animacion y vida.

Cuando el pueblo de Israel volvió á la tierra de promision, despues de un largo cautiverio, al ver que sus enemigos le impedian la reedificacion del templo, resolvieron activar la obra provistos de todos los medios de defensa; y por esto dice el sagrado texto, que: *unusquisque una manu faciebat opus, et altera tenebat gladium* (II Esdr. 4). Viva imágen de lo que debemos á Dios en su santo servicio. Destinados á la posesion de la pátria celestial, y acechados por nuestros enemigos, debemos, por una parte, ejercitarnos en las virtudes, y por otra, defendernos de los ataques del mundo, demonio y carne, que contínuamente se oponen á nuestra salvacion.

La conducta que guardó Jacob con su tio Laban para obtener la mano de Raquel, es un ejemplo del fervor que nosotros debemos mostrar en el servicio de Dios. De aquel patriarca nos dice la Escritura, que todos los trabajos, todo el tiempo, todas las penas, nada le parecian en comparacion de aquella esposa que habia robado su corazon, y hasta le parecieron pocos dias los catorce años que debió servir para obtenerla (Genes. xxix). ¿Cuánto más fervor hemos de tener nosotros en sufrir todos los trabajos de esta vida, al pensar en la felicidad que se nos promete, y que es el mismo Dios?

Véase el fervor de S. Pedro (Matth. xvi, et alibi), el de la Magdalena (Joan. xx), el de Zaqueo (Luc. xxix), el de S. Pablo en su conversion (Actor. ix).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Fervorem esse existimo cupiditatem vehementem, stabilem, constantem, placendi Deo in omnibus. S. Basil. in reg. Minor.

Digo que el fervor consiste en un deseo vehemente, estable y constante de agradar á Dios en todo.

Promptitudine nobis opus est, ardore multo, animo ad mortem exposito, alioquin non licet cruci confixum regem assequi. S, Crys. Hom. 31 ad Pop.

Debemos ser prontos, muy fervorosos y resueltos á arrostrar la misma muerte, si queremos conquistar al Rey crucificado.

Quantumcumque hic vixerimus, quantumcumque hic profecerimus, nemo dicat: sufficit mihi, justus sum; ubi enim dixerit, sufficit, ibi hæsit. S. Aug. in Psalm. 69.

Por años que vivamos, por más que nos elevemos á una perfeccion muy sublime, nadie diga: esto me basta, ya soy bastante perfecto: porque cuando el hombre dice: basta; retrocede.

Magna operatur amor: si renuit operari, amor non est. S. Gregor.

El amor obra grandes cosas; pero no es amor cuando no quiere obrar.

Quo amplius quisque vitæ cœlestis dulcedinem degustat, eo amplius fastidit omnia quæ placebant in infimis. S. Beda, hom. de transf.

Cuanto más prueba el hombre la dulzura de la vida celestial, tanto más fastidio le causan las cosas terrenas que ántes le halagaban.

Non numero, nec laborum magnitudini Deus mercedem reddit, sed alacri proposito, atque ferventissimæ voluntati. S. Joann. Clim. præf. in scal.

Dios no dá el premio segun el número y la importancia de nuestros trabajos, sino segun la buena intencion y fervorosa voluntad con que los hemos hecho.

Ignis et tepiditas non in uno domicilio commorantur, præsertim cum tepiditas ipse Domino soleat vomitum provocare. S. Bernard. serm. 3 de Ascens. Domini.

El fervor y la tibieza no pueden morar juntos en un mismo corazon, principalmente porque la tibieza es en alto grado ofensiva á Dios.

Explevit tempora multa, non quidem annorum numero, sed mentis devotione inextinguibili proficiendi. S. Bern. serm. 3 de Ascens. Domini.

Llenó la carrera de una larga vida (el justo), no por sus muchos años, sino por el constante fervor y deseo de santificarse.

Véase: TIBIEZA y FIDELIDAD.
FESTINES Ó CONVITES, véase: HIDRÓPICO DEL EVANGELIO.

FIDELIDAD.

Qui fidelis est in minimo, et in majori fidelis est.

Quien es fiel en lo poco, tambien lo es en lo mucho.

(Luc. xvi, 10.)

En lo referente á la religion y á la conciencia, no hay cosa alguna tan ténue, que no merezca nuestros cuidados, y no exija una perfecta fidelidad. La fidelidad en cumplir nuestras más leves obligaciones, es la que forma los justos: á esta fidelidad se le ha prometido la perseverancia; y solo á ella deben los santos, que nos han precedido, la corona de inmortalidad de que gozan. Con todo, los fieles consideran las infidelidades diarias y habituales, que parecen inevitables, atendida nuestra corrupcion, como cosas de ninguna importancia y trascendencia en la vida cristiana: nos las permitimos sin escrúpulo: nos conocemos culpables, sin arrepentirnos: nos acusamos de esas faltas, sin ánimo de corregirnos: vivimos, sin valernos de precauciones para evitarlas; y de aquí nacen la negligencia y la pereza en andar por los caminos de la salvacion; negligencia y pereza por las cuales se condenan tantas almas, que, por otra parte, habian nacido con felices disposiciones para el cielo.

Lo que nos engaña en este asunto, es, que no consideramos las infidelidades de que hablo sino con relacion á la ley, cuyos principales puntos no quebrantamos con ellas, y casi nos parecen leves por esta parte; pero esta regla, que forma nuestro juicio, es muy defectuosa, pues la malicia de nuestras obras no se ha de medir solamente por parte de la ley á quien ofenden, sino tambien por parte del corazon que las produce, y de los efectos que de ellas resultan. Hoy, pues, quiero manifestaros, bajo estos dos respectos, las infidelidades leves, y el estado de tibieza y negligencia de que hablo, y me parece que confesareis, que es muy injusta la idea que le atribuís en órden á lo leve de su malicia. Primeramente, examinaré la corrupcion del principio de que nacen estas infidelidades, y conocereis, que, por lo ménos, es muy impuro: primera reflexion. En segundo lugar, descubriré sus efectos,

y no podreis dejar de confesar, que, tarde ó temprano, han de venir á ser funestas para vosotros: última reflexion. Y así, ya las considereis en su principio, ya las contempleis en sus efectos, no las tendreis por leves, y temblareis de hallaros en un estado tan poco seguro para vuestra salvacion. Manifestemos estas dos importantes verdades. A. M.

1. Solamente con que los hombres formáran de la majestad de Dios la idea que les suministra la fé, no tendria yo necesidad de probar, que nada de cuanto la ofende puede ser leve. La santidad y excelencia de su naturaleza, opuesta á la profundidad de nuestra nada, dá á nuestras infidelidades, por leves que nos parezcan, una enormidad que no conocemos, pero que se aumenta siempre á proporcion de nuestra bajeza y de la grandeza del sér á quien ofendemos. Por eso, hermanos mios, cuando un reino era castigado con plagas, cuando la tierra se tragaba á los murmuradores, cuando el fuego del cielo abrasaba á los temerarios, y cuando mil repentinos y ruidosos castigos servian como de aparato á la majestad del Dios de Abrahan para con un pueblo carnal, su ley parecia venerable, aún en sus más leves circunstancias; el recoger ocultamente un poco de leña para el socorro de las propias necesidades, era una transgresion del sábado, y una prevaricacion digna de muerte. Una leve envidia, una sola murmuracion, era castigada con lepra, aún en la misma hermana del conductor de Israel; y un corto botin, reservado de los despojos de Jericó, entregaba al ejército del Señor á las naciones, y le hacia culpado de un delito, que no podia expiar sino con su sangre.

Y á la verdad, si consideramos la grandeza del Sér supremo, ¿podrá nunca parecernos leve lo que le desagrada y ofende? Si Dios atendiera solamente al cuidado de su gloria, y á lo que pide su infinita majestad, ultrajada por la criatura, ¿qué no debiéramos temer, cuando, despreciando sus mandamientos, le desobedecemos, aún en las cosas más leves? No es mi intento confundir aquí las faltas veniales con las mortales; las primeras no hacen más que contristar al Espíritu Santo en nuestras almas; las otras le echan de ellas absolutamente: pero, con todo eso, cualquiera infidelidad, por leve que sea, es, en algun sentido, una injusta preferencia que hacemos de la vil criatura respecto del Criador. Ahora bien; el preferir la criatura á Dios, en cualquiera circunstancia que se halle esta preferencia, y por leve que sea, ¿dejará de ser un ultraje hecho á su Majestad? Y el ultrajar á un sér tan grande, tan santo y tan digno de nuestros respetos, ¿se podrá mirar jamás como cosa de poca importancia, principalmente, si atendemos á que no podemos hallar en nuestro caudal

propio con que expiar ni una sola de estas faltas, que no se pueden lavar sino con la sangre del Hijo de Dios? Pero no es mi intento detenerme hoy en estas consideraciones; quiero considerar estas infidelidades, segun las disposiciones de vuestro mismo corazon en donde nacen. Las reflexiones que me han parecido decisivas acerca de esta tan importante verdad, son las siguientes. Os las pondré con sencillez y sin artificio, y os suplico que las escucheis con atencion.

Primeramente: desde el instante en que no teneis repugnancia á estas infidelidades leves, y cuando de la simple excepcion de la culpa mortal, esto es, de la tibieza y negligencia, formais como un estado de vida, desde entónces renunciais al deseo de vuestra perfeccion; no os contristan las flaquezas y caidas, que retardan vuestro camino; no pensais en llegar á aquel punto de perfeccion, que Dios os pide, y hácia el qúe interiormente os está impeliendo su gracia. No obstante, os está mandado que seais perfectos, porque el Padre celestial, á quien servís, es perfecto.

En segundo lugar; solamente el cuidado que poneis en examinar, si una infidelidad es venial, ó si pasa más adelante; en disputar al Señor todo lo que podeis negarle, sin delito grave, no puede nacer sino de un exceso de amor propio, de un corazon en el que, por lo ménos, están muy entibiadas la fé y la caridad; de un corazon enemigo de la cruz de Jesucristo; de un corazon en el que no parece que reina el espíritu de Dios; porque solamente los hijos pródigos pleitean de este modo con el Padre celestial, queriendo usar con todo rigor de su derecho, y tomar lo que les pertenece.

En tercer lugar; esta disposicion, que hace que nos permitamos todo lo que no nos parece digno de una pena eterna, es disposicion de esclavos y mercenarios. Es decir, que si pudiéramos esperar igual perdon respecto de la transgresion de los puntos esenciales de la ley, los quebrantaríamos con la misma facilidad que quebrantamos los ménos esenciales. Es decir, que somos fieles al precepto, no por amor á la justicia, sino por temor de la pena; no intentamos agradar al Señor, sino á nosotros mismos: porque cuando solamente se trata de los intereses de su gloria, sin que nos pueda resultar daño alguno de nuestras infidelidades, no tememos desagradarle, hallamos excusa para estas faltas leves, diciendo que no dan la muerte al alma; esto es, que no hacen más que desagradar á Dios, sin que por ellas nos hagamos reos de pena eterna: no nos mueve la gloria del Señor, no contamos con su honor en la distincion que hacemos entre las obras permitidas y las prohibidas; solamente nuestro interés sirve de regla á nuestra fidelidad en esta parte. Ahora os pregunto; ¿puede ser este el estado

de una alma que aún ama á su Dios? ¿Qué nombre hemos de dar á una disposicion que es tan injuriosa á su Majestad? ¿No puede temerse que sea culpable? ¡Ah! al que ama de veras, le interesa todo lo que desagrada al objeto amado, no cuida de indagar hasta qué grado podrá ofenderle sin merecer sus castigos, para tomar de este modo sus medidas, cuando de la ofensa no le puede resultar temor de experimentar sus iras. Estas cuentas nacen de un corazon que no ama de veras.

En cuarto lugar; aunque sea cierto, que no todos los pecados dan muerte al alma, como dice S. Juan, y que la moral cristiana reconoce algunas faltas que no hacen más que contristar al Espíritu Santo, y otras que le destierran absolutamente del alma; con todo eso, las reglas que nos dá para distinguirlas, no pueden ser ni seguras, ni universales, cuando se aplican á alguna determinada accion. Siempre se hallan en nosotros algunas circunstancias que las hacen mudar de naturaleza. La disposicion del corazon es quien decide de la medida y cualidad de nuestras faltas; muchas veces, lo que en un justo no es más que fragilidad ó inadvertencia, es malicia y corrupcion en el pecador. ¿Queréis algunos ejemplos de esta verdad? Saul perdona, contra la órden del Señor, al rey de Amalec, y á todas las cosas preciosas que halló entre los despojos de aquel príncipe infiel; esta culpa no parecia muy grave; pero como nacia de un espíritu de soberbia, de desobediencia y de vana complacencia de su victoria, fué este el primer paso de su reprobacion, y se retiró de él el Espíritu de Dios. Al contrario, Josué perdonó á los gabaonitas, que le habia mandado exterminar el Señor; no consulta á su Majestad delante de la arca ántes de hacer alianza con aquellos impostores; pero como esta infidelidad, más fué inadvertencia que desobediencia, y como esta falta nacia de un corazon que aún era humilde, religioso y fiel, la mira Dios como leve, y el perdon sigue inmediatamente á la ofensa. Pues si es indefectible este principio, amados oyentes mios, ¿en qué os fundais para tener por faltas leves vuestras infidelidades? ¿Conoceis bien toda la corrupcion de vuestro corazon de donde nacen? Solo Dios las conoce, que es el escrutador y el juez, cuya vista es muy diferente de la del hombre.

En quinto lugar; lo que debe aún haceros temblar más por vuestro estado de tibieza y negligencia, es el que no se vé en vosotros cosa alguna de que se pueda inferir, que aún permanece en vosotros aquella gracia santificante con que contais, porque os absteneis de los delitos más enormes; pues cuando aún habita la caridad en el corazon, siempre se manifiesta por algunas señales. La caridad es un árbol, cuya

raiz está oculta en el alma, pero se deja conocer por sus frutos. La caridad abulta á nuestra vista nuestras propias faltas, las aumenta y exagera. Hace que miremos como delitos unas acciones que, en la presencia de Dios, no son más que puras flaquezas; estos son unos piadosos engaños de la gracia, que tienen su principio en las mismas luces de la fé; de este modo, los justos se miran como pecadores indignos de la misericordia de Dios, y se tienen por los más infelices de todos los hombres. Y con todo eso, amados oyentes mios, esa falsa caridad, que aún os parece conservar en medio de vuestra tibieza y de todas vuestras infidelidades, es la que hace que éstas os parezcan leves, porque os persuade á que realmente aún amais al Señor, y que no quereis ofenderle en los puntos esenciales, y por eso haceis tan poco caso de esas faltas diarias; por eso decís vosotros mismos, que, aunque es verdad que no sois santos, pero que tampoco sois perversos; vuestra misma caridad es la que os asegura, la que minora á vuestra vista vuestros defectos, la que os tranquiliza y adormece. Pero decidme, ¿no es esto una contradiccion? ¿No se desmiente de ese modo á sí misma la caridad? ¿Podreis fiar mucho de un amor, que tanto se parece al aborrecimiento?

Por otra parte, la caridad es humilde; siempre está inquieta con aquellas piadosas ansiedades que la dejan con duda acerca de su estado; siempre asustada con aquellas delicadezas de la gracia, que la hacen temblar en cada accion; que de la incertidumbre en que la ponen, la forman una especie de martirio, que la purifica; obra su salud con temor y temblor; este ha sido en todos tiempos el camino de los justos; pero la caridad, de que vosotros os fiais, es tranquila, negligente y presuntuosa; sosiega vuestros temores, destierra de vuestro corazon todos aquellos sustos inseparables de la virtud; os pone en un estado de paz y de confianza, que os hace decir, como aquel obispo del Apocalipsis: soy rico y no necesito de nadie. ¡Ah, amados oyentes mios! ¿puede la caridad diferenciarse tanto de sí misma? Una de estas dos caridades es preciso que sea falsa, ó la que creeis tener vosotros, ó aquella con que han sido favorecidos hasta ahora los justos de todos los siglos. Determinad ahora vosotros mismos, sobre cuál de las dos debe caer la sospecha.

Finalmente, la caridad no puede estar ociosa, dicen los santos Padres; es un fuego celestial, cuya actividad no hay cosa que la pueda impedir. Es verdad que, algunas veces, puede estar cubierto y como amortiguado por la multitud de nuestras flaquezas; pero miéntras que no esté apagado del todo, siempre despide algunas centellitas de deseos, de suspiros, de esfuerzos y de buenas obras. Los sacramentos, la

renuevan, los misterios santos la animan, las oraciones la despiertan, la leccion de los libros piadosos, las instrucciones de la eterna salud, los espectáculos de la religion, las santas inspiraciones, todo la aviva, cuando aún no está apagada. A vosotros nada hay que os anime; los sacramentos, que frecuentais, dejan en vosotros toda vuestra tibieza; la palabra del Evangelio, que oís, cae en vuestro corazon como en una tierra árida, en la que produce algunos vanos deseos, pero queda inmediatamente sofocada. ¡Ah, amados oyentes mios! cómo temo que esté apagada, y que vosotros esteis muertos á la vista del Señor! Yo no pretendo turbar vuestras conciencias, pero os digo, que vuestro estado no es seguro; y que si hemos de juzgar por las reglas de la fé, es mucho más verosímil que os hallais en desgracia de Dios y aborrecidos de su Majestad. Veamos, ahora, los defectos, que infaliblemente resultan de la tibieza y del hábito de vivir en las infidelidades leves, y confesareis que, aún cuando fuera dudoso el si aún conservais la caridad ó si la habeis perdido, es cierto que, en este estado, no la podreis conservar por mucho tiempo.

2. El que desprecia las cosas pequeñas, caerá, poco á poco, en las grandes, dice el Espíritu Santo. Esta es una de las más indefectibles máximas de la religion. La fidelidad del justo es efecto de los contínuos auxilios de la gracia; pero tambien es el principio de estos auxilios. La gracia obra la fidelidad del justo; pero la fidelidad del justo atrae la gracia á su alma: si dejais de corresponder, se suspende; si os entibiais, tambien Dios se detiene; si os ceñís á aquellas obligaciones indispensables, que no le podeis negar, sin haceros reos de las eternas penas, tambien el Señor se ciñe para con vosotros á aquellos socorros generales, con los que no adelantareis mucho, y con los que nunca permanecereis fieles en la tentacion. El Señor se retira de vosotros, segun vosotros os vais retirando de él; y vuestra fidelidad en servirle, es la medida de la gracia con que os protege. Pues ¿de qué te quejas, alma infiel, cuando el Señor se porta contigo de este modo? Entra en juicio con tu Señor, y mira si es justo su modo de proceder. Tú no cuidas de agradarle; tampoco el Señor cuida de favorecerte. No solamente nos privan estas infidelidades leves de los auxilios actuales, necesarios para la conservacion de la justicia, sino que, por consecuencia necesaria, amortiguan tambien la caridad, que aún habita dentro de nosotros; van socavando, poco á poco, este hábito de santidad, y, por último, dan en tierra con todo el edificio cristiano, y son unas espinas, que se multiplican, poco á poco, hasta que cubren todo el campo y ahogan la buena semilla.

Habreis oido decir, que estas infidelidades leves, por muchas que

sean, nunca pueden llegar, por sí solas, á aquel fatal punto en que consiste la culpa mortal, que destruye absolutamente la gracia. Pero ¿qué se sigue de ahí? ¿Se sigue, acaso, que no arruinen toda la fuerza del alma, que no debiliten todas sus potencias, que no minoren su fé, que no entibien su esperanza, que no introduzcan, hasta lo más íntimo de ella, una simiente de corrupcion, que, á su tiempo, ha de producir frutos de muerte? ¿Se sigue, acaso, que la caridad, semejante á un sagrado fuego, no se gaste ni consuma por sí misma, cuando no se cuida de mantenerla?

Además; en este estado de infidelidad, todos los dias adquiere nuevas fuerzas la concupiscencia; y á proporcion que favoreceis al amor propio, con no negarle ninguno de aquellos alivios que le podeis permitir sin culpa grave, le acostumbrais, poco á poco, á que no pueda pasarse sin todo aquello que le lisonjea; fortificais todas las corrompidas inclinaciones de vuestra alma, oponeis nuevos obstáculos al cumplimiento de todos los preceptos, os haceis más penosa la ley de Dios, no solamente porque teneis que cumplirla y llevar el yugo, sin aquella gracia que le suaviza y que solamente es recompensa de la fidelidad, sino tambien, porque habeis dejado crecer todas las inclinaciones que se oponen en vosotros á la ley de Dios: de modo que el cumplir el precepto, en la ocasion en que obliga la ley, es para vosotros una montaña inaccesible.

Pero el que siempre está trabajando para minorar los movimientos de la concupiscencia, padece ménos, cuando tiene necesidad de sujetarse á la ley; se halla con un corazon dócil y una voluntad ya dispuesta con el largo ejercicio de la mortificacion; tantas pequeñas victorias como habia conseguido, le facilitan el conseguir otras; el contínuo uso de la abnegacion en las ocasiones más leves, le han familiarizado tan santamente con la mortificacion cristiana, que, cuando se halla en la ocasion de obligarle el precepto, casi le costaria más trabajo el ser infiel, y tendria que hacerse más violencia, que para cumplir con la ley.

No solamente es más difícil el precepto en este estado para el alma tibia, sino que tambien halla más facilidad para la culpa: no halla en ella más dificultad que una ofensa leve; nueva razon con que se prueba, que este estado no tarda mucho en conducir al pecado que mata al alma. Y á la verdad, el corazon, con la repeticion de estas ofensas leves, llegando, como por otros tantos grados insensibles, hasta aquellos peligrosos límites, que no separan más que un punto la vida de la muerte, dá el último paso, casi sin conocerlo; como le quedaba poco camino que andar, y no tuvo necesidad, por decirlo así, de hacer nuevos esfuerzos, le parece, que no ha pasado más adelante que otras

veces; habia puesto en su interior unas disposiciones tan vecinas á la culpa, que ya pare el pecado sin dolor, sin trabajo, sin movimiento alguno notable, y sin conocer él mismo el fruto de muerte que produce. Y lo que aún hace más terrible el estado de que hablo, es, que, regularmente, quedamos en él muertos á la gracia, sin saberlo; somos enemigos de Dios, al mismo tiempo que estamos viviendo con su Majestad como amigos é hijos. ¡Gran Dios! ¡cuántos falsos justos quedarán admirados, cuando vengais á manifestar los secretos de los corazones y los consejos de las conciencias!

Registrad el orígen de vuestros desórdenes, y le hallareis en las culpas leves, en haber despreciado un pensamiento de deleite, en haber frecuentado la ocasion del peligro, en haber usado muchas veces de una libertad dudosa, y en haber omitido los ejercicios de la piedad; la fuente es casi imperceptible, pero el rio, que de ella sale, ha inundado toda la tierra de vuestro corazon. Este es el artificio del demonio, amados oyentes mios; nunca propone la culpa grave al primer golpe. Conoce muy bien los caminos por donde puede entrar en el corazon humano; sabe que es preciso asegurar, poco á poco, la conciencia tímida contra el horror de la iniquidad, y no proponerla, desde luego, sino unos fines honestos, con ciertos límites en el deleite; nunca acomete al principio como leon, sino como serpiente; nunca guia en derechura al vicio, sino que nos lleva á él por rodeos. No: el corazon nunca empieza por las culpas graves. David fué indiscreto y ocioso, ántes de ser adúltero. Salomon se dejó corromper de las delicias de su reino, ántes de presentarse en público en medio de las mujeres extranjeras. Judas fué aficionándose al dinero, ántes de vender á su maestro. Pedro, presumido, ántes de negarle. El vicio tiene sus grados como la virtud; y hay muy corta distancia entre las infidelidades que suspenden la gracia, que fortifican las pasiones, ó que nos inutilizan los socorros de la piedad, y las que nos la hacen perder del todo. Y así, vuelvo á repetir, lo que puede conducir al pecado y á la muerte, ¿cómo puede pasar por leve en el espíritu de un cristiano deseoso de su eterna salud? Pero, sobre todo, amados oyentes, aún cuando se os concediera, que son leves esas infidelidades, ¿qué adelantariais con ellas para vuestra justificacion? Por eso mismo sois ménos dignos de perdon, cuando os las permitís con plena deliberacion. Cuanto más leves son, ménos trabajo debe costaros el evitarlas. ¡Ah! si se os pidieran unas acciones heróicas, seria preciso que os excedieseis á vosotros mismos, y ó morir, ó vencer. Pues ¿qué podreis alegar para no ser fieles en vuestras más leves obligaciones? ¿No os estais condenando por vuestra propia boca? Cuando Naaman, indignado de que el

Profeta no le mandaba dar otro remedio, para sanar de su lepra, que el que se bañase en las aguas del Jordan, se retiraba, despreciando al hombre de Dios, como si su salud no pudiera ser efecto de un remedio tan fácil; le sosegaron los de su comitiva, diciéndole: Señor, si el hombre de Dios os hubiera mandado cosas difíciles, sin duda le hubierais obedecido; pues ¿por qué no os habeis de sujetar á sus órdenes, cuando, para que consigais vuestra salud, no os manda más que una cosa tan fácil, como que vayais á bañaros en las aguas del Jordan?

Y ved aquí, amados oyentes mios, lo mismo que yo os digo para concluir este discurso. Vosotros habeis abandonado el mundo, y los ídolos que en él adorabais en otro tiempo; solamente os falta un paso que dar; no se os pide más que un poco de vigilancia sobre vosotros mismos. Si aún no hubierais hecho los primeros sacrificios de vuestras culpables pasiones, y fuera esto lo que se os pidiese, no os detendriais; los hariais, por mucho que os costase. Y ahora, que solamente se os pide un sacrificio leve, unas simples purificaciones, que casi no se os pide más que lo mismo que haceis, aunque ejecutado con más fervor, con más fe y con más vigilancia, ¿podreis tener excusa en dejarlo de hacer? ¿Por qué habeis de hacer inútiles vuestros primeros esfuerzos con esas leves infidelidades? ¿Por qué habeis de haber renunciado al mundo y á sus culpables deleites, para hallar en la piedad el mismo escollo, que creisteis haber evitado con salir de los caminos de la iniquidad? ¿No sois dignos de lástima, si despues de haber sacrificado á Dios lo principal, os perdeis por disputarle mil cortos sacrificios, mucho ménos penosos al corazon y á la naturaleza? Acabad, Señor, en nosotros la obra que ha empezado vuestra gracia; triunfad de nuestra lentitud y de nuestras flaquezas, ya que habeis triunfado de nuestros delitos; dadnos un corazon fervoroso y fiel, pues nos habeis quitado un corazon culpado y disoluto; inspiradnos aquella buena voluntad, que constituye justos, pues habeis extinguido en nosotros la voluntad rebelde, que constituye á los grandes pecadores. No dejeis, Señor, imperfecta nuestra obra; hacednos dignos de la recompensa y de la vida inmortal, que solamente está prometida á los que perseveraren fieles, tanto en las cosas pequeñas, como en las grandes. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

FIDELIDAD.—Debemos ser fieles á las promesas que hicimos en el bautismo.

Debemos ser fieles á las condiciones bajo las cuales hemos sido absueltos en el tribunal de la penitencia.

Debemos ser fieles á las obligaciones de nuestro estado particular.

FIDELIDAD.—La fidelidad que Dios nos pide, consiste en que hagamos uso de todas las gracias que recibimos.

La fidelidad que Dios nos pide, consiste en que cultivemos el alma que nos ha dado.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Qui timet Deum, nihil negligit. Eccles. VII, 19.	Quien teme á Dios de nada descuida.
In pigritiis humiliabitur contignatio. Id. X, 18.	Por pereza se desplomará la techumbre.
Qui spernit modica, paulatim decidet. Eccli. XIX, 1.	Poco á poco se arruinará el que desprecia las cosas pequeñas.
Lapis qui percusserat statuam, factus est mons magnus. Dan. II, 35.	La piedra que habia herido á la estátua, se hizo una gran montaña.
Decet nos implere omnem justitiam. Matth. III, 15.	Conviene que nosotros cumplamos toda justicia.
Euge serve bone, et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam. Matth. XXV, 21.	Muy bien, siervo bueno, *siervo diligente* y leal; ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho.
Qui fidelis est in minimo, et in majori fidelis est: et qui in modico iniquus est, et in majori iniquus est. Luc. XVI, 10.	Quien es fiel en lo poco, tambien lo es en lo mucho; y quien es injusto en lo poco, tambien lo es en lo mucho.
Id quod in præsenti est momentaneum, et leve tribulationis nostræ, supra modum in sublimitate, æternum gloriæ pondus operatur in nobis. II Cor. IV, 17.	Las aflicciones, tan breves y tan ligeras de la vida presente, nos producen el eterno peso de una sublime é incomparable gloria.
Ecce quantus ignis quam magnam silvam incendit. Jacob. III, 5.	Mirad un poco de fuego cuán grande bosque incendia.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE ESTE ASUNTO.

Desde el principio del mundo, nos enseñó Dios el aprecio que debemos hacer de todo lo que se refiere á él, de todos sus preceptos y consejos, por insignificantes que nos parezcan. ¿Qué cosa más leve, al parecer, que la materia del precepto que Dios impuso al primer hombre, si bien su fin era de inmensa importancia? Pero, observando Adan la materia del precepto, que era la abstinencia, habria salvado tambien el fin altísimo que Dios se propuso al intimárselo, y se hubiera librado de tantas y tan profundas calamidades en que, por su prevaricacion, incurrió todo el género humano.

¿Qué vale un poco de agua fria, por más que sea de una fuente medicinal y apreciadísima? De sí, vale muy poco; pero en el corazon del hombre, que por obsequio á Dios se priva de ella en determinadas circunstancias, vale mucho. La Escritura alaba en gran manera á David, por haber ofrecido al Señor el agua de la cisterna de Belen, que sus fieles soldados habian ido á buscar en medio de mil peligros, para apagar la sed abrasadora de su rey; y considerando David todo esto, se abstuvo de beberla, y la vertió; pero *libavit eam Domino.* (I Reg. 23).

El Espíritu Santo, al hacer un elogio de la mujer fuerte, no cita, como lo esencial de su panegírico, actos heróicos, como los de Judith y Débora, sino las acciones comunes, los quehaceres domésticos, los desvelos por la familia, el amor al trabajo; cosas todas en las cuales consiste la obligacion, primera virtud, que debe llamar nuestra atencion en todos los actos de esta vida: *Digiti ejus apprehenderunt fusum* (Prov. 31): ved qué ocupacion, al parecer, tan ténue! No obstante, es una de las que corresponden á una mujer cabeza de familia, y en su cumplimiento le es más fácil santificarse, que en otras obras de grande importancia, pero impropias de su estado y condicion.

Naaman se enojó contra el profeta Eliseo, que, para curar de la lepra, le habia ordenado lavarse siete veces en el Jordan: y creyó que el profeta se habia burlado de él: de tan poca importancia le parecia aquel remedio. Pero habiéndolo ejecutado por consejo de su criado, experimentó sus efectos, y alcanzó la curacion apetecida (IV Reg. 5). Lo mismo sucede á muchos cristianos orgullosos: desprecian los remedios que les dá un celoso confesor, bajo el pretexto de que son ya sabidos y ordinarios, y no ven curadas sus enfermedades espirituales.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

In minimis probandum est conflictibus, quam viriliter in majori certamine stare possumus. S. Ambros. lib. 1, Offic. cap. 19.

En las pequeñas contradicciones debemos juzgar del valor con que resistiríamos los grandes combates.

Nescio an possimus leve aliquod peccatum dicere, quod in Dei contemptum admittitur. S. Hieron. Epist. ad Cœlant.

No comprendo como podemos llamar leve cualquier pecado que cometemos, en menosprecio de Dios.

Nihil est minutum, quod Dei causa fiat: sed grande, el ejusmodi, quod cœlum nobis et cœlestia dona conciliet. S. Basil. Const. Monast. c. 24.

Lo que se hace por Dios, nunca es cosa pequeña, sino grande, y tan grande, que nos proporciona los dones divinos y despues la gloria.

Parva petens, maxima redditurus. S. Crysost. Serm. 5.

Dios nos pide cosas pequeñas para darnos otras muy grandes.

Mos Dei est dare magna pro parvis; Dominus noster non quantum detur consuevit attendere, sed voluntatis largitatem, et ob hoc etiam parva magni facit. S. Chrysost. Hom. 42 in Genes.

Suele Dios darnos grandes premios por pequeños servicios; pues que nuestro Señor no atiende á lo poco ó mucho que se le dá, sino á la generosidad con que se le dá; y por eso estima en mucho las cosas pequeñas.

Præcavisti magna, de minimis quid agis? An non times minuta? Projecisti molem, vide ne arena obruaris. S. August. in Psalm. 29.

Te has guardado de grandes caidas; ¿cómo te portas con las pequeñas? ¿Acaso no las temes? Mira que despues de haber sacudido una peña no te aplaste la arena.

In minimo fidelem esse maximum est. S. Aug. lib. 4. de Doct. Christ.

Es muy buena señal la fidelidad con las cosas pequeñas.

Justi parvis actionibus magis Deum placant ac flectunt, præ nonnullis qui multa faciunt. S. Ephrem. Serm. de Pœnit.

Los justos aplacan y desarman más á Dios con obras al parecer insignificantes, que muchos otros con sus actos importantes.

Si curare parva negligimus, insensibiliter seducti, etiam ma-

Cuando descuidamos ser fieles en lo poco, preocupados insensi-

Jora audenter pertractamus. S. Gregor. lib. 20 Moral. cap. 9.

Sicut paulatim homo à minimis vitiis in maxima proruit, ita à modicis virtutibus gradatim ad ea, quæ sunt excelsa, contendit. S. Isidor. lib. 2.

Ubi minima districte custodiuntur, ibi vigor ordinis permanet: ubi vero minimi excessus negliguntur, ordo paulatim dissipatur. S. Anselm. lib. 3, epist. 49.

Ne quis parva reputet quamlibet parva, si scienter delinquere convincatur. S. Bernard. Serm. de Convers. S. Pauli.

blemente tambien nos atrevemos á cosas más importantes.

Así como el hombre suele poco á poco caer de los más leves á los más graves pecados, así, al contrario, progresa por grados de los más comunes á los más heróicos actos de virtud.

Cuando se observan puntualmente las cosas mínimas, se vive tambien en mayor órden; pero cuando se descuidan los defectos pequeños, poco á poco va subvirtiéndose el órden.

Ninguno ha de considerar como leve el pecado, aun cuando sea leve, cuando se comete deliberadamente.

Véase: PECADO VENIAL.
FIELES; véase: APOSTOLADO DE LOS FIELES.

FIESTAS.

(SU OBSERVANCIA ES DE PRECEPTO DIVINO.)

Si circumcisionem accipit homo in sabbato, ut non solvatur lex Moysi; mihi indignamini quia totum hominem sanum feci in sabbato?

Si un hombre es circuncidado en sábado, para no quebrantar la ley de Moisés: ¿os habeis de indignar contra mí, porque he curado á un hombre en todo su cuerpo en sábado?

(S. Juan. vii, 23.)

Nosotros debemos á Dios el culto interno y externo, por ser criador de nuestra alma y de nuestro cuerpo; pero ¿en qué consiste la

diferencia de estos cultos? Adoramos á Dios interiormente, si conociendo, que todo lo hemos recibido de su mano, deseamos emplearlo todo pronta y fervorosamente en lo que pertenece á su servicio; y esta es la única y verdadera devocion: y tambien, si persuadidos á que de él solo depende el remedio de nuestras necesidades, se lo pedimos, no con los labios, sino precisamente con el corazon: esto es lo que se llama oracion, y debe ser, en todo caso, humilde, fervorosa, confiada y perseverante. Le adoramos exteriormente, arrodillándonos en su presencia, ó protestando nuestra sumision por medio de alguna de las ceremonias instituidas al efecto: de éstas las principales son el sacrificio, en que se mata la víctima, para significar, que solo Dios es dueño de la vida y de la muerte; la oblacion, en que se ofrece á Dios, sin destruir, lo que de él hemos recibido, como son los frutos de la tierra; el voto, en el que, para significar que todo le es debido, le ofrecemos irrevocablemente hacer alguna cosa que sea más de su agrado; el juramento, en que le ponemos por testigo de lo que decimos, dando á entender, que es la verdad por esencia; la abjuracion, por la que nos valemos de su santo nombre para obligar á otro á que haga ó deje de hacer alguna cosa; el cántico de alabanzas y accion de gracias, en que declaramos, que sus excelsos atributos merecen ser alabados, y que su benéfico poder nos obliga á ser agradecidos.

Los cristianos no estamos obligados á ejercer siempre todos estos actos de religion; pero, sí, algunos de ellos, segun lo exijan las circunstancias, porque debemos adorar á Dios interior y exteriormente; que es en lo que consiste la esencia de nuestra Religion. Hay, por ejemplo, ciertos dias destinados al culto del Señor, y en ellos precisamente debemos ocuparnos en alguna de estas ceremonias: tales son los dias festivos. Es verdad que Dios, como criador que es, no solo de nuestro cuerpo y alma, sino de todos los tiempos y lugares, pudiera exigir justísimamente de nosotros, que todo lo empleáramos en honor suyo; sin embargo, en extremo liberal y condescendiente con el hombre, deja á su disposicion seis dias de la semana, para que en ellos pueda hacer lo que le parezca oportuno en órden á los negocios temporales, reservando para sí uno solo: éste, entre los hebreos, era el sábado; entre nosotros, el domingo. Por desgracia, ni ellos ni nosotros observamos del modo debido este precepto. Los judíos lo tomaban tan á la letra, que viendo que en el sábado se les prohibian las obras serviles, escrupulizaban hasta ocuparse en aquellas, que, con propiedad, pertenecen á la virtud de la Religion. Pero les declara Jesucristo el verdadero sentido, cuando los reprende, porque se escandalizaban de que él hubiera ejecutado una obra de misericordia, cual fué la cura-

Jora audenter pertractamus. S. Gregor. lib. 20 Moral. cap. 9.

Sicut paulatim homo à minimis vitiis in maxima proruit, ita à modicis virtutibus gradatim ad ea, quæ sunt excelsa, contendit. S. Isidor. lib. 2.

Ubi minima districte custodiuntur, ibi vigor ordinis permanet: ubi vero minimi excessus negliguntur, ordo paulatim dissipatur. S. Anselm. lib. 3, epist. 49.

Ne quis parva reputet quamlibet parva, si scienter delinquere convincatur. S. Bernard. Serm. de Convers. S. Pauli.

blemente tambien nos atrevemos á cosas más importantes.

Así como el hombre suele poco á poco caer de los más leves á los más graves pecados, así, al contrario, progresa por grados de los más comunes á los más heróicos actos de virtud.

Cuando se observan puntualmente las cosas mínimas, se vive tambien en mayor órden; pero cuando se descuidan los defectos pequeños, poco á poco va subvirtiéndose el órden.

Ninguno ha de considerar como leve el pecado, aun cuando sea leve, cuando se comete deliberadamente.

Véase: PECADO VENIAL.
FIELES; véase: APOSTOLADO DE LOS FIELES.

FIESTAS.

(SU OBSERVANCIA ES DE PRECEPTO DIVINO.)

Si circumcisionem accipit homo in sabbato, ut non solvatur lex Moysi; mihi indignamini quia totum hominem sanum feci in sabbato?

Si un hombre es circuncidado en sábado, para no quebrantar la ley de Moisés: ¿os habeis de indignar contra mí, porque he curado á un hombre en todo su cuerpo en sábado?

(S. Juan. vii, 23.)

Nosotros debemos á Dios el culto interno y externo, por ser criador de nuestra alma y de nuestro cuerpo; pero ¿en qué consiste la

diferencia de estos cultos? Adoramos á Dios interiormente, si conociendo, que todo lo hemos recibido de su mano, deseamos emplearlo todo pronta y fervorosamente en lo que pertenece á su servicio; y esta es la única y verdadera devocion: y tambien, si persuadidos á que de él solo depende el remedio de nuestras necesidades, se lo pedimos, no con los labios, sino precisamente con el corazon: esto es lo que se llama oracion, y debe ser, en todo caso, humilde, fervorosa, confiada y perseverante. Le adoramos exteriormente, arrodillándonos en su presencia, ó protestando nuestra sumision por medio de alguna de las ceremonias instituidas al efecto: de éstas las principales son el sacrificio, en que se mata la víctima, para significar, que solo Dios es dueño de la vida y de la muerte; la oblacion, en que se ofrece á Dios, sin destruir, lo que de él hemos recibido, como son los frutos de la tierra; el voto, en el que, para significar que todo le es debido, le ofrecemos irrevocablemente hacer alguna cosa que sea más de su agrado; el juramento, en que le ponemos por testigo de lo que decimos, dando á entender, que es la verdad por esencia; la abjuracion, por la que nos valemos de su santo nombre para obligar á otro á que haga ó deje de hacer alguna cosa; el cántico de alabanzas y accion de gracias, en que declaramos, que sus excelsos atributos merecen ser alabados, y que su benéfico poder nos obliga á ser agradecidos.

Los cristianos no estamos obligados á ejercer siempre todos estos actos de religion; pero, sí, algunos de ellos, segun lo exijan las circunstancias, porque debemos adorar á Dios interior y exteriormente; que es en lo que consiste la esencia de nuestra Religion. Hay, por ejemplo, ciertos dias destinados al culto del Señor, y en ellos precisamente debemos ocuparnos en alguna de estas ceremonias: tales son los dias festivos. Es verdad que Dios, como criador que es, no solo de nuestro cuerpo y alma, sino de todos los tiempos y lugares, pudiera exigir justísimamente de nosotros, que todo lo empleáramos en honor suyo; sin embargo, en extremo liberal y condescendiente con el hombre, deja á su disposicion seis dias de la semana, para que en ellos pueda hacer lo que le parezca oportuno en órden á los negocios temporales, reservando para sí uno solo: éste, entre los hebreos, era el sábado; entre nosotros, el domingo. Por desgracia, ni ellos ni nosotros observamos del modo debido este precepto. Los judíos lo tomaban tan á la letra, que viendo que en el sábado se les prohibian las obras serviles, escrupulizaban hasta ocuparse en aquellas, que, con propiedad, pertenecen á la virtud de la Religion. Pero les declara Jesucristo el verdadero sentido, cuando los reprende, porque se escandalizaban de que él hubiera ejecutado una obra de misericordia, cual fué la cura-

cion del paralítico. Nosotros, por el contrario, sin dejar de ser supersticiosos como ellos, nos damos por satisfechos con asistir los dias festivos al augusto sacrificio del altar, ocupando lo restante en operaciones corporales, en negocios mundanos, en pasatiempos y diversiones, y quiera Dios, que no lleguemos á profanarlos con monstruosas abominaciones!

Bien conozco que son muy débiles mis fuerzas, y demasiadamente limitado el tiempo para declamar contra este desórden tan funesto como general; pero en vuestra mano está, Señor, que mis palabras consigan los resultados que deseo. La observancia de las fiestas es cosa que pertenece á vuestro culto, á la gloria de vuestro santo nombre: dispensadme, pues, la gracia que necesito para hacer entender á mis oyentes su obligacion respecto á ella. Así os lo pido por la mediacion de vuestra santísima Madre. A. M.

1. Es ciertamente una fatalidad de la Religion cristiana, que sus adversarios tomen pretexto para perseguirla, para destruir sus sacrosantas máximas, de lo mismo en que ella se apoya y funda su estabilidad. Dios, autor soberano de esta religion y supremo hacedor del universo, prohibe expresamente, que nos dediquemos en los dias festivos al ejercicio de las obras serviles, pues quiere y manda que nos ocupemos en cosas propias de su servicio, que los empleemos en darle el culto debido á su excelsa majestad. La Iglesia nuestra madre impone á todos los cristianos, sus hijos, la más extricta obligacion de asistir en tales dias á la celebracion del augusto y tremendo sacrificio del altar, como la ceremonia principal, la más excelsa, la más grande de nuestra Religion. Y de aquí, precisamente, toman ocasion algunos para enseñar á los fieles, que á nada más están obligados para satisfacer al precepto de la santificacion de las fiestas, que á la asistencia de este sacrificio. Estos, que por su parte están dispuestos á adoptar todo aquello que disminuya sus deberes religiosos, para poder emplear más tiempo en la ejecucion de sus planes, de sus miras de intereses mundanos, han acogido con el mayor gusto tan falsas doctrinas, las cuales han cundido con tal rapidez, han hecho tan grandes progresos entre los cristianos, que es muy raro el que no se dé por satisfecho de haber santificado la fiesta con solo haber asistido al sacrificio de la misa. Siendo tan lamentables los resultados de este error, quiero destruirlo, enseñándoos la verdadera doctrina de la Iglesia.

Apénas hay en las sagradas Escrituras un precepto más expreso y repetido: mil veces exhorta el Señor á su pueblo á su cumplimiento.

El descanso del sábado (que era en la ley antigua el dia festivo) está destinado exclusivamente á Dios: *acordaos de santificar el dia del sabado* (Ibid. xx, 8); ó lo que es lo mismo, os dejo á vosotros los seis dias de la semana, mas el séptimo lo quiero únicamente para mí; emplead aquéllos en los negocios del siglo, en el aumento de vuestros intereses, en todo lo que os pertenece á vosotros; pero reservad éste para mí, ocupándolo en prácticas piadosas, en ejercicios de religion. Esto es lo que exige el Señor, al imponernos este precepto de la santificacion del sábado; y para obligarnos más imperiosamente á su cumplimiento, amenaza á los infractores con las penas más terribles. *El que profane los dias consagrados á mi servicio, morirá*, dice en el mismo lugar (Exod. xxxi, 14): *el que hiciere alguna obra servil, será borrado su nombre de entre su pueblo*. Y á los que lo cumplen con exactitud, les ofrece premios considerables, aún en esta vida. *Guardad mis festividades*, dice en el Levítico (Levit. xxvi, 2), *y os enviaré copiosas lluvias en el tiempo oportuno; la tierra producirá en abundancia sus semillas, y los árboles se llenarán de frutos.*

Fuera de estas poderosas causas hay otras, que dicta la misma razon. Cuando nosotros pagamos con exactitud á los criados ó jornaleros, ¿nos damos por satisfechos con que trabajen solo una ó dos horas? ¿No los obligamos, además, á que se ocupen todo el dia en aquellas labores que están á su cargo? ¿Por qué, pues, hemos de pretender nosotros cumplir con el precepto de santificar el dia, que Dios reserva para sí, con solo emplear en los ejercicios de la Religion un cuarto de hora, ó ménos, si es posible? ¿Será acaso por suponer, que el Señor nada nos paga, que de nada le somos deudores? ¿Y la vida? y el sustento? y la razon? y la gracia? y todos los demás innumerables beneficios que nos dispensa su providencia divina? ¿Todo esto es nada, ó vale ménos que el jornal mezquino, que nosotros pagamos á nuestros criados? ¡Nécios! eso es manifestar, que el demonio es más celoso de su honra, y se merece más que el mismo Dios; eso es decir, que os poneis de parte de aquella criatura indigna, en menosprecio del Criador omnipotente. Reconoced vuestra locura; confesad francamente, que si no conoceis el desengaño, es, no por falta de luz, sino por no querer abrir los ojos; porque os empeñais en resistir á la evidencia. ¡Si supiérais cuán perjudicial es para vosotros ese error! Creyendo que no teneis otra obligacion que la de oir misa y no trabajar en los dias de fiesta, incurrís en una nota demasiadamente fea de ingratitud para con Dios. ¡Ah! este Señor, que crió en seis dias el universo, con todo lo que contiene para beneficio nuestro; este Señor, que

sacó al pueblo de Israel de la penosa esclavitud de Faraon, y á nosotros de la servidumbre funesta del pecado; este Señor, que triunfó tan gloriosamente de la muerte y del infierno, muriendo en medio de los más crueles dolores, de los tormentos más inhumanos, por merecer para nosotros la libertad y la gloria; este Señor ¿no tendrá un verdadero derecho á exigirnos el cumplimiento de una ley tan suave, tan fácil? Si recordamos tan imponderables beneficios, ¿tendremos razon para quejarnos de que es una penosa obligacion dedicar á su culto un solo dia en cada semana, porque es preciso consagrarlo todo entero á este santo fin?

No se me oculta vuestra réplica: el precepto de la Iglesia es oir misa entera y no trabajar sin necesidad. Pero yo respondo á tan nécia objecion, que el precepto de Dios es santificar su dia; y esto no se hace solo con oir misa y abstenerse del trabajo, sino ocupándonos en obras propias de su servicio, por las cuales le demos el culto debido. Y aquí es preciso desengañaros de otro error, no ménos funesto. El precepto de la Iglesia, decís... pero no es propiamente de la Iglesia, sino del fundador de la Iglesia, del autor soberano de la naturaleza. La Iglesia no hace otra cosa, que designar algunas de las obras en que debemos emplearnos esos dias: nos enseña el modo con que debemos conducirnos en ellos, para observar el precepto divino; nos manda oir misa entera; pero esto no es decir, que ocupemos lo restante del dia en asuntos nuestros. En una palabra, Dios es el que nos manda santificar el dia de fiesta; Dios es quien nos prohibe ejecutar en él toda obra servil. Supérfluas son, por tanto, todas vuestras réplicas, todas vuestras objeciones. De nada sirve que digais, que el trabajo corporal no es un delito; que mejor es trabajar, que entregarse al ocio ó á la diversion; que es imposible desagradar á Dios, y mucho ménos ofenderle positivamente, sujetándose á lo que él mismo sujetó al hombre en castigo de su inobediencia, cual fué el trabajo; mayormente desterrando, por ese medio, el juego, orígen funesto de la embriaguez y de la blasfemia; el maldito baile, que fomenta la disolucion y la lujuria; y el ocio, de quien proceden como de una fuente corrompida todos los vicios. Esas y otras semejantes expresiones son dictadas por el espíritu del error, que tiene aprisionado vuestro entendimiento. Es cierto, que así el juego y las demás diversiones, en que, por desgracia, emplean unos los dias consagrados á Dios, como el ocio y la molicie, á que se entregan otros, son cosas malas, muy malas, sumamente ofensivas de la infinita bondad de Dios; pero no lo es, que solo podeis evitarlas con el trabajo corporal. La educacion cristiana de vuestros hijos, la lectura de algun libro devoto, la meditacion de los beneficios que el Señor nos dispensa á cada paso, las prácticas de devocion, la visita de los enfermos, todas las obras de misericordia, todo lo que de algun modo pertenece al servicio de Dios; hé aquí los medios más seguros, los más eficaces, los más oportunos de evitar aquellos peligros. Ya sé que es malo jugar y embriagarse tales dias; pero tambien sé que lo es, aunque no tanto, el arar y cavar la tierra: málo es saltar y bailar en ellos; pero tambien lo es coser é hilar.

Pero, qué! ¿será posible que llegueis á persuadiros con seriedad, á que es meritorio dedicaros en tales dias á semejantes ejercicios? Es decir, que teneis por supérfluo, que considerais enteramente perdido el tiempo que el Señor os manda invertir en el cultivo del alma, en la práctica de las virtudes, en los ejercicios de la Religion. ¡Extraña, imprudente, impía suposicion! Los judíos, en tiempo del célebre Matatías, no se atreven á defender sus vidas, se dejan matar impunemente de sus enemigos, por no tomar las armas en un dia de sábado: el santo sacerdote Nehemías reprende con la mayor severidad á los que exprimian las uvas en los lagares, y compraban peces y otros comestibles en semejante dia, y les advierte, que por ese motivo ha caido sobre ellos la ira del Señor: el mismo Dios decretó, que fuese apedreado por todo el pueblo, hasta morir en el tormento, un pobre que, impelido de la necesidad, habia ido en sábado á cortar un haz de leña, no para vender, sino para consumirlo en su casa. Y, en general, nos prohibe á todos en semejantes dias todo género de obras serviles, para que libres de cuidados terrenos, de negocios seculares, de ocupaciones mundanas, nos dediquemos enteramente á procurar su honra, á cantar sus alabanzas, á promover su gloria, á ofrecerle los más respetuosos cultos, á darle una prueba nada equívoca de que reconocemos su supremo dominio sobre todas las criaturas. La Iglesia, dirigida por su mismo Espíritu, nos obliga, con este objeto, á asistir al sacrificio augusto de la misa, como á la obra más grande de nuestra Religion; y en la que, con la explicacion del Evangelio y exhortacion á la práctica de la virtud, se aviva la fé, se reanima la esperanza, se aumenta la caridad y adquiere la religion un fervor extraordinario. Así lo ha entendido y practicado desde su orígen el cristianismo. En el dia primero de la semana, dice san Lúcas (Act. xx, 7), se reunian todos los discípulos á celebrar los sagrados misterios, y Pablo, animado del espíritu de Dios, les hacia un discurso, que solia durar hasta la media noche. Los historiadores sagrados convienen unánimes, en que todos los cristianos asistian, en aquel tiempo, por obligacion al oficio de laudes, que con la mayor

solemnidad se celebraba al amanecer; á la misa, que entónces era una sola, pero se hacian en ella muchas más oraciones que al presente; se leian y explicaban las profecías y los Evangelios; cada uno por separado iba á presentar su ofrenda, y todos recibian el adorable sacramento en las dos especies, como lo hacen ahora los sacerdotes; y, por último, asistian á las vísperas, en que se empleaba la mayor parte de la tarde. Fácil es inferir el largo tiempo que se invertia en estas prácticas; pudiendo asegurar, que, muchas veces, ni aún les quedaba el preciso para disponer los alimentos; y al concluirse la misa, tomaban, todos juntos, una corta refeccion, para poder continuar los ejercicios de la Religion. No contentos con esto los padres de familia, repetian en casa y en el paseo á sus hijos las instrucciones que habian ellos recibido; leian en su presencia libros devotos, y con especialidad las santas Escrituras; distribuían copiosas limosnas en proporcion á sus facultades; ejercian todas las obras de misericordia, y empleaban el dia entero en el culto del Señor. Y no creais que lo hacian así por gusto, ó por mera devocion; el tercer concilio de Constantinopla prohibe expresamente en los dias de fiesta todo cuanto no sea obra de la Religion; y san Agustin dice, que separados en estos dias de los negocios del siglo, todo lo debemos al culto del Señor. San Juan Crisóstomo asegura, que las festividades no están destinadas al ocio y á la diversion, sino á los ejercicios verdaderamente espirituales. San Juan Damasceno, san Gregorio, todos los Padres, todos los escritores, se expresan del mismo modo. Esta ha sido siempre la doctrina de la Iglesia; esto practicaron los antiguos cristianos; esto enseñaron los apóstoles; esto prescribió Jesucristo: si vosotros teneis otros maestros, si conoceis otros apóstoles, si admitís otro Evangelio, seguidlo en hora buena; yo, por mi parte, os aseguro, que no sé que haya en la Iglesia otra moral; ó para decirlo con exactitud, ni hay ni puede haber otra, porque esta es la única verdadera.

2. Mas han llegado á ponerse en tan lamentable estado los asuntos de la Religion en los tiempos presentes, que casi pudiéramos darnos por contentos los ministros, con que os ocuparais los dias festivos en vuestras obligaciones respectivas, en órden á los negocios temporales. Mas, ay! que cuando Dios quiere ser honrado más particularmente, entónces es cuando parece que, de propósito, os ocupais en despreciarle, en deshonrarle más. El ocio, la profusion, la vanidad, el escándalo, la murmuracion; tales son vuestras ocupaciones en estos dias santos. Este gasta supérfluamente lo que necesita para la sustentacion de su fámilia, y para cumplir otras obligaciones que tiene de justicia, cuales son el salario de sus criados y la solucion de

sus deudas; aquél envilece, ultraja el nombre sacratísimo del Señor con la maldicion y la blasfemia; uno pierde, al mismo tiempo, el juicio y la fama, entregado á los excesos de la bebida, atrayéndose las burlas é irrision de todos, hasta de los niños, el desprecio de sus consortes, los insultos de sus convecinos; turbando la paz de sus familias, y esparciendo el escándalo por el pueblo; otro, esclavo de la más abominable codicia, se ocupa en proyectar ideas y buscar medios para usurpar al dia siguiente los bienes y derechos del prójimo, cometer todos los fraudes posibles en sus tratos, negar ó disminuir el estipendio á sus criados, oprimir al pobre y abandonarse á todo género de injusticias; ésta pone todo su esmero en adornar sus trajes y ataviar excesivamente su cuerpo, para llevarse á primera vista la atencion, y granjearse la voluntad de los que, por desgracia, fijan en ella sus ojos; por cuyo medio roba para sí, con una sacrílega soberbia, la adoracion que solo á Dios se debe en todos tiempos, pero con especialidad en aquel dia; aquélla promueve unas diversiones gentílicas, diabólicas, en las que con la más infame desenvoltura, con unas miradas lascivas, con unas palabras torpes, con acciones indecentes, ajenas de una doncella virtuosa, enciende, abrasa toda la tierra con el fuego de su lujuria. Por aquí, se sienten los violentos efectos de la ira; por allá, los de la intemperancia; ahora atormenta los oídos piadosos una punzante é inhumana murmuracion; luego nos hace huir horrorizados el escándalo; en una parte, se descubre la vanidad; en otra, la impureza; en todas, el vicio: todo es confusion, todo desórden.

¡Gran Dios! qué bello honor, qué adoraciones, qué cultos os tributa vuestro pueblo en sus fiestas! Si, al fin, se contentáran estos malos cristianos, con trabajar en ellas lo mismo que en los otros dias de labor, con pretexto de la necesidad; si las destináran á los viajes, á la ejecucion de los tratos y negociaciones; si las mujeres, pretextando falta de recursos y de tiempo, reserváran para tales dias los ejercicios propios de su sexo, pero prohibidos en ellos como todas las demás obras serviles; si solo infringiéran el precepto de este modo, no seria tan enorme su delito, no seria tan monstruosa su desobediencia é ingratitud; pero ¡emplearse, además, en todo aquello que repugna á vuestra bondad infinita, porque es esencialmente malo, en aquellas obras precisamente que más os ofenden, que más os desagradan, con que tanto os injurian..! ¡Oh! eso es insoportable; pero, teman, teman con fundamento, que se colme la medida de vuestra divina misericordia.

Sí, hombres ingratos; temed no os prive el Señor, en el tiempo oportuno, de las lluvias, que promete á los fieles observadores de sus festividades; en cuyo caso, ni la tierra, ni los árboles, os darán sus fru-

tos. Temed no diga de vuestras fiestas, lo que en otro tiempo decia á su pueblo (Isai. i, 13, 14 et 15): en vano me ofreceis vuestros sacrificios: abomino de vuestros holocaustos y oraciones. No puedo sufrir vuestras fiestas, porque son inicuas vuestras reuniones: aborrezco vuestras solemnidades; excitan mi enojo; ya no puedo soportarlas más tiempo. Y así, cuando os dirigiereis á mí por medio de la oracion, levantando vuestras manos, yo apartaré mis ojos de vosotros, no os oiré, porque vuestro corazon está lleno de maldad y abominaciones. ¡Temed...! Ya me parece ver rasgarse las nubes del cielo, y bajar rodeado de toda su majestad el Hijo de Dios con la cruz en la mano; ya me parece ver caer sobre nosotros el peso enorme de esa cruz, que rindió por tres veces al mismo Dios, y que nos oprime sin remedio.

Templad, ¡oh Juez justísimo! vuestra ira; detened el golpe fatal; sustituidlo con la tribulacion, para que, haciéndonos conocer la causa por que nos la enviais, adoremos humildes vuestra majestad excelsa, temamos vuestra justicia infinitamente poderosa, honremos vuestro santísimo nombre, cantemos á vuestra divinidad los más respetuosos himnos, os dirijamos confiados nuestras súplicas, observemos extrictamente vuestras leyes sacratísimas y las de la Iglesia vuestra esposa; único medio de atraernos ese amor, esa misericordia, esas bendiciones, que han de hacer un dia nuestra felicidad. Amen.

Véase: DOMINGOS.

FILANTROPÍA.

Quia sic est voluntas Dei, ut benefacientes obmutescere faciatis imprudentium hominum ignorantiam.

Esta es la voluntad de Dios, que, obrando bien, tapeis la boca á la ignorancia de los hombres nécios.

(I Petr. ii, 15.)

La caridad evangélica es el orígen de los grandes sacrificios. Prescindir de la caridad cristiana y exigir del hombre que haga sacrificios por sus hermanos, es pedirle milagros. Sin embargo, los filósofos

humanitarios han inventado un nombre pomposo, que disputa el imperio á la caridad, cual si ese nombre fuese el símbolo de la dicha y del porvenir del género humano. Tal es la filantropía, nueva divinidad, con la cual se pretende fascinar las inteligencias. Estos filósofos humanitarios podrán escribir y perorar mucho sobre las miserias del hombre, sobre la pobreza, sobre el infortunio; pero no es probable que abandonen jamás á su familia y sus comodidades para sacrificarse por los desgraciados. La filantropía, evaporándose en palabras, discursos y folletos, malgasta sus fuerzas, y se queda impotente para obrar el bien; y halagando alguna pasion del hombre para que socorra á sus semejantes, como sucede, cuando se le lleva al teatro, desarrolla el instinto egoista del corazon, lo cual equivale á sofocar todos los sentimientos generosos y dignos. No es esa, no, la verdadera caridad, la caridad eficaz y provechosa, la caridad que no se agota, la caridad que levanta monumentos inmortales, la caridad que ha fundado todo lo existente. La caridad católica no es presuntuosa ni gusta de vanas apariencias; va buscando el fondo de las cosas, más bien que las apariencias; no lo cifra todo en inscripciones, programas y reglamentos, sino que procura robustecer los motivos que obligan al hombre á no mirar con indiferencia la miseria de sus hermanos. A esto se debe su fecundidad, tan admirable como estéril es la filantropía. Examinemos, pues, ese nuevo género de beneficencia, ensalzado por algunos hasta las nubes; y puesto que el Príncipe de los apóstoles nos manda, que impongamos silencio y confundamos la ignorancia de los hombres nécios é insensatos, voy á demostraros, que la beneficencia, á la cual se ha impuesto el pomposo nombre de filantropía, por lo mismo que no está fundada en la caridad sobrenatural, no es una virtud, ni una beneficencia eficaz y provechosa. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La filantropía no tiene otro principio que la razon y la sensibilidad del hombre; y siendo el espíritu y corazon de éste esencialmente limitados, no pueden producir un efecto universal é ilimitado. Esta beneficencia, pues, puramente humana, no es universal por su objeto, y, por consiguiente, no es una verdadera virtud. Además, la filantropía es un sentimiento natural, que en el corazon mismo del hombre está combatido por el egoismo, los celos, la venganza, el orgullo, las antipatías, los disgustos, y otros varios sentimientos que seria prolijo enumerar; y este sentimiento, abandonado á sus propias fuerzas, no puede triunfar por sí propio de las humanas pasiones y de las inclinaciones naturales. La beneficencia que no esté fundada en un

tos. Temed no diga de vuestras fiestas, lo que en otro tiempo decia á su pueblo (Isai. i, 13, 14 et 15): en vano me ofreceis vuestros sacrificios: abomino de vuestros holocaustos y oraciones. No puedo sufrir vuestras fiestas, porque son inicuas vuestras reuniones: aborrezco vuestras solemnidades; excitan mi enojo; ya no puedo soportarlas más tiempo. Y así, cuando os dirigiereis á mí por medio de la oracion, levantando vuestras manos, yo apartaré mis ojos de vosotros, no os oiré, porque vuestro corazon está lleno de maldad y abominaciones. ¡Temed...! Ya me parece ver rasgarse las nubes del cielo, y bajar rodeado de toda su majestad el Hijo de Dios con la cruz en la mano; ya me parece ver caer sobre nosotros el peso enorme de esa cruz, que rindió por tres veces al mismo Dios, y que nos oprime sin remedio.

Templad, ¡oh Juez justísimo! vuestra ira; detened el golpe fatal; sustituidlo con la tribulacion, para que, haciéndonos conocer la causa por que nos la enviais, adoremos humildes vuestra majestad excelsa, temamos vuestra justicia infinitamente poderosa, honremos vuestro santísimo nombre, cantemos á vuestra divinidad los más respetuosos himnos, os dirijamos confiados nuestras súplicas, observemos extrictamente vuestras leyes sacratísimas y las de la Iglesia vuestra esposa; único medio de atraernos ese amor, esa misericordia, esas bendiciones, que han de hacer un dia nuestra felicidad. Amen.

Véase: DOMINGOS.

FILANTROPÍA.

Quia sic est voluntas Dei, ut benefacientes obmutescere faciatis imprudentium hominum ignorantiam.

Esta es la voluntad de Dios, que, obrando bien, tapeis la boca á la ignorancia de los hombres nécios.

(I Petr. ii, 15.)

La caridad evangélica es el orígen de los grandes sacrificios. Prescindir de la caridad cristiana y exigir del hombre que haga sacrificios por sus hermanos, es pedirle milagros. Sin embargo, los filósofos

humanitarios han inventado un nombre pomposo, que disputa el imperio á la caridad, cual si ese nombre fuese el símbolo de la dicha y del porvenir del género humano. Tal es la filantropía, nueva divinidad, con la cual se pretende fascinar las inteligencias. Estos filósofos humanitarios podrán escribir y perorar mucho sobre las miserias del hombre, sobre la pobreza, sobre el infortunio; pero no es probable que abandonen jamás á su familia y sus comodidades para sacrificarse por los desgraciados. La filantropía, evaporándose en palabras, discursos y folletos, malgasta sus fuerzas, y se queda impotente para obrar el bien; y halagando alguna pasion del hombre para que socorra á sus semejantes, como sucede, cuando se le lleva al teatro, desarrolla el instinto egoista del corazon, lo cual equivale á sofocar todos los sentimientos generosos y dignos. No es esa, no, la verdadera caridad, la caridad eficaz y provechosa, la caridad que no se agota, la caridad que levanta monumentos inmortales, la caridad que ha fundado todo lo existente. La caridad católica no es presuntuosa ni gusta de vanas apariencias; va buscando el fondo de las cosas, más bien que las apariencias; no lo cifra todo en inscripciones, programas y reglamentos, sino que procura robustecer los motivos que obligan al hombre á no mirar con indiferencia la miseria de sus hermanos. A esto se debe su fecundidad, tan admirable como estéril es la filantropía. Examinemos, pues, ese nuevo género de beneficencia, ensalzado por algunos hasta las nubes; y puesto que el Príncipe de los apóstoles nos manda, que impongamos silencio y confundamos la ignorancia de los hombres nécios é insensatos, voy á demostraros, que la beneficencia, á la cual se ha impuesto el pomposo nombre de filantropía, por lo mismo que no está fundada en la caridad sobrenatural, no es una virtud, ni una beneficencia eficaz y provechosa. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La filantropía no tiene otro principio que la razon y la sensibilidad del hombre; y siendo el espíritu y corazon de éste esencialmente limitados, no pueden producir un efecto universal é ilimitado. Esta beneficencia, pues, puramente humana, no es universal por su objeto, y, por consiguiente, no es una verdadera virtud. Además, la filantropía es un sentimiento natural, que en el corazon mismo del hombre está combatido por el egoismo, los celos, la venganza, el orgullo, las antipatías, los disgustos, y otros varios sentimientos que seria prolijo enumerar; y este sentimiento, abandonado á sus propias fuerzas, no puede triunfar por sí propio de las humanas pasiones y de las inclinaciones naturales. La beneficencia que no esté fundada en un

principio, que sea, por una parte, infinito é ilimitado, y, por otra, superior á todos los sentimientos del corazon, y capaz de dominarlos todos, no será nunca universal ni eficaz.

Por eso vemos, que los hombres que siguen únicamente los principios naturales, léjos de profesar un afecto general á sus semejantes, no saben, en la ocasion oportuna, disimular su aversion hácia aquellos cuyo genio, cuyas pretensiones é intereses no están de acuerdo con los suyos propios; ménos aún hácia los que se les presentan como contrarios ó los miran como enemigos. Es necesario vencer y destruir en nosotros mismos la naturaleza, con sus debilidades y repugnancias, para cobrar inclinacion á lo que nos desagrada ó es naturalmente insoportable, al rival que nos suplanta, al envidioso que nos aborrece, al pérfido que nos vende y hace traicion. Es preciso un esfuerzo extraordinario para privarnos de los goces que nos encantan, solo por socorrer, tal vez á expensas de nuestra propia vida, á hombres indiferentes, ingratos, ó, acaso, á enemigos declarados é irreconciliables. Se necesita una fuerza superior á todos los sentimientos del corazon, para despreciar los peligros, sacrificar su fortuna, exponer su bienestar, sus intereses, su tranquilidad, todo, con el único objeto de salvar á unos séres desgraciados, de quienes ninguna recompensa se espera, y á quienes no estamos unidos más que con los vínculos comunes de la humanidad. Y ¿quién es capaz de comunicarnos esta fuerza? La caridad divina, esencialmente infinita, es la única que puede sojuzgar el corazon del hombre, y dominar todas sus afecciones: la que eleva á las criaturas sobre sí mismas, enaltece su facultad de amar, les comunica los sentimientos del Sér infinitamente perfecto, á quien aman; les hace mirar á todos los hombres con respecto á Dios como sus hijos, imágenes suyas, objetos de su ternura; les inspira hácia ellos un amor sincero y un ardiente deseo de hacer bien á todos, sin excepcion de patricio ó extranjero, conocido ó desconocido, amigo ú enemigo; y, por último, les comunica la fuerza necesaria para sacrificarse por cualquiera de sus semejantes.

Pero suprimid la caridad, derrocad de su radiante solio á esa majestuosa reina de las virtudes; ¿que podreis sustituirla, para que el hombre sea benéfico? ¿Seremos tan menguados de creer, que para inspirar á un sér limitado é imperfecto, á quien tantas pasiones agitan, y á quien intereses tan encontrados separan de sus semejantes, una beneficencia universal y contraria á sus inclinaciones, basta dirigirle algunas pomposas frases filosóficas? ¿Tendremos la candidez ó la locura de persuadirnos, que para volver al hombre humano y compasivo, y para hacerle triunfar de su amor propio, de sus inclinaciones

y de sus caprichos, basta una virtud puramente humana? Si hubiese, entre mis oyentes, alguno que lo creyese, le diria, que examinase, aunque ligeramente, los hechos que nos ofrece la historia de los pueblos que precedieron á la venida de Jesucristo, y mirase si encuentra en ellos, no digo ya la práctica, pero ni aún la idea de esa beneficencia universal y positiva que inspira la caridad evangélica. Millares de filósofos habian aparecido en el mundo en el trascurso de cuatro mil años, cuando el Hijo de Dios vino á enseñar su celestial doctrina; y, sin embargo, los monumentos todos de aquellos siglos no nos ofrecen sino el egoismo en todo su furor, y el olvido de los más sagrados é imprescriptibles derechos de la humanidad.

2. Solo el Hombre Dios pudo inspirar á los hombres esos sentimientos, que estrechan todos los séres racionales con los lazos de un amor comun. La caridad, que habia presidido al gran pensamiento de la venida del Hijo de Dios á este mundo, fué la que el mismo Hijo de Dios, hecho hombre, puso en práctica sobre la tierra. Curar los enfermos, consolar á los afligidos, defender al oprimido, enseñar á los ignorantes, socorrer á los necesitados, hé ahí los ejercicios contínuos de Jesucristo en la tierra. Su vida no fué, segun la expresion del Príncipe de los apóstoles, sino un acto contínuo de caridad y beneficencia: *Pertransit benefaciendo* (Act. x, 38). Y esta misma virtud la exigió de sus discípulos. Este es mi precepto, dijo á los apóstoles; que os ameis mútuamente como yo os he amado á vosotros. Solo posee en toda su extension la caridad; y no puede concebirse otra mayor, el que sabe exponer y sacrificar su vida por sus amigos. Y Jerucristo fué el primero que presentó al mundo el espectáculo de dar su vida para salvar á los hombres. Desde entónces, á imitacion del Redentor, viéronse surgir mil y mil discípulos suyos que le siguieron en este camino, y se hicieron víctimas de la caridad por sus hermanos.

Esta caridad fué, entre todas las demás virtudes que practicaban los primeros fieles, la que llamó sobre manera la atencion de los idólatras, confundió sus preocupaciones; y más de una vez, hizo cambiar en veneracion, la aversion que tenian á los cristianos. Monumentos de todo género atestiguan, que en los tres primeros siglos, en que la persecucion fué más contínua y violenta, la caridad de los fieles excitaba el asombro y la desesperacion de los que no podian saciarse de su sangre. Su elogio está consignado en los escritos de sus propios enemigos y de los magistrados, que con tanta inhumanidad los enviaban al suplicio. ¡Y cuántas veces la fuerza irresistible del ejemplo, hizo caer á los piés de las víctimas á los mismos verdugos que las

atormentaban! Ni era posible presenciar sin admiracion el espectáculo que daban al mundo unos hombres, que, no contentos con sacrificarse por sus hermanos, llevaban el heroismo de su caridad, hasta declararse los bienhechores de los que tenian por sus más encarnizados enemigos, y en realidad lo eran. Su caridad era la apología más sublime de la religion que profesaban, y la respuesta que sellaba los lábios de los que, ignorantes, la blasfemaban.

A esta caridad se debió la construccion de tantos magníficos hospitales y tantos asilos de mendicidad; se debió la institucion de algunas órdenes religiosas de ambos sexos, para servir y consolar en sus necesidades al enfermo y al desvalido; la caridad se propuso abolir la mendicidad, no con leyes severas, sino con socorros abundantes. La caridad inspira á millares de hombres apostólicos suficiente abnegacion, para abandonar su país natal, y para desafiar los peligros de la navegacion, para ir hasta las extremidades del universo en busca de las hordas salvajes, para llevarles, junto con la civilizacion, las leyes, las costumbres y la felicidad verdadera y eficaz. La caridad es la virtud, que comunica al siervo de Dios aliento para penetrar en la cabaña del pobre infestado por el contagio, y en donde la implacable muerte ejerce su terrible imperio. ¡Horrendo espectáculo! El objeto ménos triste que hiere su vista es el mismo moribundo; á su alrededor ve una esposa afligida, hijos inconsolables, que, cual más, cual ménos, llevan impresa la imágen de la muerte en la palidez de sus extenuados semblantes. Si el horror del último momento es tan terrible, aún en medio de la pompa y bajo el techo dó habita la opulencia, ¡qué impresion no ha de causar su vista en unos lugares, donde están reunidas toda clase de miserias y sufrimientos! Pues bien; este es el espectáculo que se presenta á la vista del sacerdote católico en los asilos del dolor y de la mendicidad; y con todo, penetra gustoso en ellos, lánzase al través de cuantos horrores inspira á la débil humanidad, la infeccion, el abandono y la indigencia. Nada le arredra; nada es capaz de hacerle sucumbir. La caridad divina le apremia; por eso prodiga toda clase de consuelos al infeliz, y procura por todos los medios posibles salvar la vida de su hermano. No quiere testigos, no desea espectadores, ninguna debilidad influye en su corazon; la caridad le anima, y la recompensa prometida á la caridad en el cielo, le alienta. Acaso, despues de sus generosos sacrificios, será víctima de su caridad, el mundo ingrato le desconocerá, olvidará su desinterés y su heroismo; pero, no importa; el verdadero católico no vacila en sacrificar su tranquilidad, sus conveniencias, su porvenir, su existencia por la gloria de aquel, que por un exceso de infinita caridad hácia los hombres, vino á derramar con profusion su sangre preciosísima, para salvarlos y hacerlos partícipes de su propia felicidad.

3. ¡Qué contraste tan singular no ofrece la filantropía, comparada con la caridad evangélica! Hagamos un sucinto paralelo entre ambas. La caridad es esencialmente divina; Dios solo es el fin, el objeto, el móvil de todos sus actos; y como nada espera del mundo, ni gratitud ni elogios, poco le importa que los hombres la conozcan y aprecien sus servicios, con tal que éstos cedan en provecho y utilidad de sus prójimos. La filantropía es una simple virtud cívica, que ha menester la publicidad y la apariencia y las consideraciones del siglo para desarrollar su heroismo. Si alguna vez el filántropo parece, estar animado de la compasion hácia sus semejantes, este sentimiento es fruto de las circunstancias, y desaparece tan pronto como deja de existir el motivo que le impelia, á saber: el deseo de la gloria, y de la celebridad humana. La caridad, no satisfecha con derramar á manos llenas toda clase de consuelos y socorros sobre el pobre, el afligido, el huérfano y la viuda, se une con suaves y estrechos lazos al que es su jurado enemigo; ruega por él, por él se sacrifica, por él derrama lágrimas, condoliéndose más del pecado en que incurre, que de la ofensa personal que de él recibe. No se aviene con el encono, ni con la venganza, ni con la resistencia, ni con la rebelion contra los mismos perseguidores; no conoce ninguna de las malas pasiones que abriga con frecuencia el corazon del hombre, y que la corrompida naturaleza se esfuerza inútilmente en justificar; nada de esto tiene cabida en el corazon donde reside la caridad. La filantropía, al contrario, persiguiendo inclemente á todos cuantos disienten de sus ideas ú opiniones, llena el mundo de luto y desconsuelo. So pretexto de abolir la mendicidad, impone silencio al desventurado que pide un pedazo de pan, y prepara á la indigente ancianidad lóbregas prisiones, más que asilos cómodos y aptos para disminuir sus desgracias. Lanza sin pudor el epíteto de intolerante contra la religion, que erigió magníficos edificios en favor de la humanidad afligida; y al grito de progreso y felicidad, se apodera de los bienes que la caridad evangélica habia destinado al socorro de toda clase de necesidades. La caridad, en fin, es sufrida, es dulce; no tiene envidia, no obra precipitada y temerariamente; no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se huelga de la injusticia; y cuando la pesada mano del Dios vengador envia sobre los pueblos alguno de sus terribles azotes, con que suele castigar delitos no expiados por la penitencia, se deja ver en medio del general abatimiento y de la consternacion que ocupa todos los es-

píritus, para socorrer á todos, para consolar á todos y sacrificar su propia existencia, á trueque de salvar la de sus hermanos, á quienes ve sucumbir víctimas del abandono en que yacen. Pero la filantropía, dominada de un torpe y soez exclusivismo, no reconoce otros intereses que los suyos propios; chupa hasta la última gota de sangre del pobre, por medio de un agiotismo impío; despoja á su pátria, en nombre del patriotismo; empobrece los templos y los ministros del Señor al eco de religion y de culto; siembra la miseria y el envilecimiento en todas las clases, al propio tiempo que aturde los oidos con los gritos de prosperidad y progreso; y, reconcentrando dentro de sí misma toda su solicitud y sus cuidados, se presenta en toda su cobardía y fealdad, que le es propia, siempre que se deja ver alguno de estos fenómenos extraordinarios, que, de cuando en cuando, suelen llenar de espanto á la humanidad entera.

En vano, pues, se intenta sustituir la filantropía á la caridad del Evangelio. Los hechos de ambas son bien patentes, y demasiado manifiestos sus resultados, para que los hombres se dejen deslumbrar por los que ensalzan hasta las nubes el nuevo género de beneficencia, al que se ha decorado con el pomposo nombre de filantropía. Toda beneficencia que no esté fundada en un principio divino, y de él se derive como la rama se desprende del tronco, será un sueño, no una verdad ni una virtud positiva. Solo el amor divino puede destruir el egoismo del hombre, y volverle capaz de experimentar las delicias de la verdadera beneficencia, de la beneficencia que, practicada en nombre de Jesucristo, nos hace dignos de una eterna recompensa.

Practiquemos, amados oyentes, la más excelente de las virtudes; corramos con ardor en pos de la caridad divina, de esa caridad ajena de todo punto á los cálculos y sórdidas especulaciones de los hombres, y tan distinta de la filantropía, cuanta es la diferencia que media entre el lenguaje y el espíritu de Dios, y el lenguaje y el espíritu del mundo. No amemos, os diré con el amado discípulo, no amemos solamente de palabra, sino de obra y de verdad: *Non diligamus verbo neque lingua, sed opere et veritate.* Amemos á nuestros semejantes en Dios y por Dios: amémoslos como á nosotros mismos; hagámosles todo el bien que para nosotros desearíamos: sepamos prevenir sus necesidades, anticipémonos á sus súplicas, practiquemos la beneficencia con alegría, con desinterés, con el único deseo de agradar á Dios; de este modo impondremos silencio y confundiremos la ignorancia de los hombres nécios y locos, como nos manda san Pedro, y el Padre celestial recompensará con esplendidez nuestra caridad.

Salvador amabilísimo, que desde la eternidad amasteis á los hombres con una caridad perpétua, inspiradnos á todos los sentimientos generosos, que estrechan todos los séres racionales con los lazos de un amor comun. Vos nos mandais, que nos amemos unos á otros como vos nos habeis amado; haced, pues, que nos sacrifiquemos por nuestros hermanos, y llevemos el heroismo de nuestra caridad hasta declararnos los bienhechores de nuestros enemigos, para que, de este modo, merezcamos que nos reconozcais por verdaderos discípulos vuestros, nos honreis con vuestro amor, y nos hagais partícipes de vuestra felicidad en el cielo.

Véase: FRATERNIDAD.
FIN DEL HOMBRE; véase: HOMBRE.
FLAQUEZA; véase: FRAGILIDAD.

FILIACION DIVINA DEL CRISTIANO.

Ecce ego, et pueri mei, quos dedit mihi Deus.
Hé aquí yo, y mis hijos, que Dios me ha dado.
(HEB. II, 13.)

Una de las verdades incontestables de nuestra fé es, que en el mundo de la naturaleza y de la gracia, todo fué hecho por el Verbo de Dios.

La vida, que *estaba en él*, la comunicó con inmensos tesoros de amor á millones de criaturas. Estas palabras de san Juan nos indican, que el Verbo, hecho hombre, Jesucristo, es el padre eterno de todas las cosas, puesto que á él únicamente deben la vida.

Este modo de hablar, impropio, al parecer, cuando se aplica á la creacion, á la supremacía de Jesucristo, sobre los séres privados de raciocinio, adquiere una extraordinaria fuerza de verdad, cuando expresa las relaciones de filiacion que con él nos unen. Al recitar la oracion dominical, el cristiano se dirige á la Trinidad entera, dándole el título de Padre, título que el Salvador puede reivindicar de

píritus, para socorrer á todos, para consolar á todos y sacrificar su propia existencia, á trueque de salvar la de sus hermanos, á quienes ve sucumbir víctimas del abandono en que yacen. Pero la filantropía, dominada de un torpe y soez exclusivismo, no reconoce otros intereses que los suyos propios; chupa hasta la última gota de sangre del pobre, por medio de un agiotismo impío; despoja á su pátria, en nombre del patriotismo; empobrece los templos y los ministros del Señor al eco de religion y de culto; siembra la miseria y el envilecimiento en todas las clases, al propio tiempo que aturde los oidos con los gritos de prosperidad y progreso; y, reconcentrando dentro de sí misma toda su solicitud y sus cuidados, se presenta en toda su cobardía y fealdad, que le es propia, siempre que se deja ver alguno de estos fenómenos extraordinarios, que, de cuando en cuando, suelen llenar de espanto á la humanidad entera.

En vano, pues, se intenta sustituir la filantropía á la caridad del Evangelio. Los hechos de ambas son bien patentes, y demasiado manifiestos sus resultados, para que los hombres se dejen deslumbrar por los que ensalzan hasta las nubes el nuevo género de beneficencia, al que se ha decorado con el pomposo nombre de filantropía. Toda beneficencia que no esté fundada en un principio divino, y de él se derive como la rama se desprende del tronco, será un sueño, no una verdad ni una virtud positiva. Solo el amor divino puede destruir el egoismo del hombre, y volverle capaz de experimentar las delicias de la verdadera beneficencia, de la beneficencia que, practicada en nombre de Jesucristo, nos hace dignos de una eterna recompensa.

Practiquemos, amados oyentes, la más excelente de las virtudes; corramos con ardor en pos de la caridad divina, de esa caridad ajena de todo punto á los cálculos y sórdidas especulaciones de los hombres, y tan distinta de la filantropía, cuanta es la diferencia que media entre el lenguaje y el espíritu de Dios, y el lenguaje y el espíritu del mundo. No amemos, os diré con el amado discípulo, no amemos solamente de palabra, sino de obra y de verdad: *Non diligamus verbo neque lingua, sed opere et veritate.* Amemos á nuestros semejantes en Dios y por Dios: amémoslos como á nosotros mismos; hagámosles todo el bien que para nosotros desearíamos: sepamos prevenir sus necesidades, anticipémonos á sus súplicas, practiquemos la beneficencia con alegría, con desinterés, con el único deseo de agradar á Dios; de este modo impondremos silencio y confundiremos la ignorancia de los hombres nécios y locos, como nos manda san Pedro, y el Padre celestial recompensará con esplendidez nuestra caridad.

Salvador amabilísimo, que desde la eternidad amasteis á los hombres con una caridad perpétua, inspiradnos á todos los sentimientos generosos, que estrechan todos los séres racionales con los lazos de un amor comun. Vos nos mandais, que nos amemos unos á otros como vos nos habeis amado; haced, pues, que nos sacrifiquemos por nuestros hermanos, y llevemos el heroismo de nuestra caridad hasta declararnos los bienhechores de nuestros enemigos, para que, de este modo, merezcamos que nos reconozcais por verdaderos discípulos vuestros, nos honreis con vuestro amor, y nos hagais partícipes de vuestra felicidad en el cielo.

Véase: FRATERNIDAD.
FIN DEL HOMBRE; véase: HOMBRE.
FLAQUEZA; véase: FRAGILIDAD.

FILIACION DIVINA DEL CRISTIANO.

Ecce ego, et pueri mei, quos dedit mihi Deus.
Hé aquí yo, y mis hijos, que Dios me ha dado.
(HEB. II, 13.)

Una de las verdades incontestables de nuestra fé es, que en el mundo de la naturaleza y de la gracia, todo fué hecho por el Verbo de Dios.

La vida, que *estaba en él*, la comunicó con inmensos tesoros de amor á millones de criaturas. Estas palabras de san Juan nos indican, que el Verbo, hecho hombre, Jesucristo, es el padre eterno de todas las cosas, puesto que á él únicamente deben la vida.

Este modo de hablar, impropio, al parecer, cuando se aplica á la creacion, á la supremacía de Jesucristo, sobre los séres privados de raciocinio, adquiere una extraordinaria fuerza de verdad, cuando expresa las relaciones de filiacion que con él nos unen. Al recitar la oracion dominical, el cristiano se dirige á la Trinidad entera, dándole el título de Padre, título que el Salvador puede reivindicar de

una manera especialísima. Con efecto, por los méritos de su muerte, hemos nosotros recobrado la gracia santificante, que, para sí y sus descendientes, perdieron nuestros primeros padres. Así como la primera mujer salió de la costilla de Adan, sumido en misterioso sueño, del mismo modo, segun los santos Padres, hemos nacido nosotros del costado entreabierto de Jesucristo, espirando amoroso en la cruz. «La sangre y el agua que manaron de esta llaga, dice san Agustin, forman en la Iglesia los hijos de Dios.»

Esta filiacion espiritual se nos comunica por medio de los sacramentos, y, principalmente, por el bautismo; misteriosos canales, que nos traen la santidad, cuyo inagotable manantial es Jesucristo. Por consecuencia de esta generacion sobrenatural, llama el profeta Isaías á Jesucristo, Padre del siglo futuro: *Pater futuri sæculi* (Isaías IX, 6).

Con este motivo, decia san Pablo, que el Salvador, al presentarse á su Padre, con todos los suyos, le habló así: Héme aquí con los hijos que me habeis dado: *Ecce ego, et pueri mei, quos dedit mihi Deus*. Y en el mismo sentido, el divino Maestro, despues de la resurreccion, presentándose á los apóstoles, que en plena noche estaban pescando, les dijo: Hijos mios, ¿tenéis algo que comer? *Pueri, numquid pulmentarium habetis?* (Juan XXI, 5).

No es mi ánimo penetrar más hondamente en el estudio de esta verdad, que todos nosotros creemos con firmeza. Siendo indiscutible nuestra filiacion divina en Jesucristo, quizá redundará en provecho de nuestras almas el averiguar, cómo y porqué el título de hijos del Salvador es tan soberanamente apreciable. Hijos de un siglo, que desprecia lo pasado, ¿acaso no sentimos cierto orgullo muy legítimo, en llamarnos descendientes de una ilustre raza? ¿Es posible comparar á nuestros padres, cualquiera que haya sido su gloria en el pasado, y sea cual fuere su prestigio en el presente, con ese Padre, de quien deriva toda paternidad, toda grandeza; de quien procede el amor, la verdad, la justicia y la santidad? Quisiera rodear de cierta aureola la proposicion siguiente: Nuestra filiacion en Jesucristo es una cualidad excelente en sumo grado, ya se considere el principio y la forma por la cual llegamos á ser hijos del Señor, ya se mediten los deberes que este título nos impone, y las prerogativas que al mismo van unidas. Para el acierto, pidamos la gracia. A. M.

1. La cualidad de hijo de Dios es un título de gloria, una dignidad grandísima. San Agustin nos enseña, que la obra más grande de la sabiduría, del amor y del poder es la encarnacion del Verbo, que,

siendo Hijo de Dios, se hizo Hijo del hombre. La adopcion espiritual y divina del hombre, ántes pecador, hijo de maldicion y de cólera, despues, por un milagro de la gracia, convertido en hijo de amor; esta maravilla es incomparablemente superior á todo cuanto admiramos aquí bajo. La excelencia de nuestra filiacion se deriva de su principio y de la manera como la recibimos. Ahora bien; aquélla no tiene más orígen que el Salvador, Dios y hombre juntamente. Despues de habernos sacado de la nada, se dignó añadir á nuestra vida natural una vida de gracia, vida de rectitud, de perfeccion, vida divina, porque él es quien elevó á nuestros primeros padres al estado de inocencia y de santidad, para que pudieran adquirir la más sublime de las glorias. Esa vida nos fué arrebatada por el pecado de Adan, y el Salvador se encarnó para devolvérnosla. Por cuyo motivo escribió san Juan estas palabras: A todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, dióles poder de llegar á ser hijos de Dios. Lo cual significa formalmente, que Jesucristo es el principio de nuestra filiacion divina: *Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri, his, qui credunt in nomine ejus* (Juan I, 12).

Y ¿cómo se han cumplido estas cosas?

Por el bautismo nos hemos convertido en hijos de Dios.

El pecado, que es una muerte real, en cuanto nos separa de Dios, el pecado queda destruido por el bautismo, y la vida, envuelta en oleadas de gracia, entra en nuestras almas regeneradas. Desde entónces viven, y Dios las ama, porque la gracia de que están adornadas las hace hermosas y agradables á sus ojos. Hállanse revestidas de un expléndido adorno, mucho más encantador que el oro y las piedras preciosas; y en medio de este adorno, como en un templo magnífico, se complace el Señor en habitar.

Las grandezas humanas, si se las compara con el título de hijos de Dios, son vanidad; ellas pasan, caen en el polvo, como los que de ellas se revisten; pero la calidad de hijo de Dios, de hermano de Jesucristo, de heredero del cielo, esa calidad, no pasa, es eterna, y glorifica al que la sostiene con nobleza. «El alma, revestida de la forma divina por el bautismo, dice san Cipriano, es más grande, está más elevada, que todo lo más sublime que encierra el mundo. Asociada y unida á Jesucristo, no formando con él más que un solo hijo de Dios, reina tambien con él. La púrpura, que la cubre, es la sangre del Salvador, en la que se ha bañado; y los ornamentos de su pontificado son los méritos y virtudes del Hombre-Dios.» Hé ahí lo que es nuestra dignidad, comparada con las grandezas de la tierra. ¿Quién

se atreverá á quejarse de haber quedado olvidado en el reparto de los bienes de aquí bajo, cuando tan altos nos encontramos con respecto á las cosas de la salvacion y del cielo?

Pasando de maravilla en maravilla, veamos como el niño bautizado entra en inefable asociacion con las adorabilísimas personas de Trinidad.

El Padre ama al cristiano como á hijo suyo, porque, habiéndose incorporado el cristiano al Salvador, no forma con éste más que un hijo de Dios.

El Hijo nos mira como sus asociados, que con él formamos un cuerpo, porque somos sus miembros; formamos un espíritu, porque nos comunica sus ideas, sus sentimientos, á fin de que pensemos como él, amemos lo que él ama, aborrezcamos lo que él condena; y por último, formamos una masa comun de bienes, porque nos dá sus méritos, su cuerpo, su alma, su divinidad, todo cuanto tiene, todo lo que él es. «Yo estoy en ellos, decia Jesús á su Padre, y vos estais en mí, para que ellos sean una misma cosa.» *Ut omnes unum sint, sicut tu, Pater, in me, et ego in te* (JUAN, XVII, 21).

El Espíritu Santo se une á nuestras almas como el esposo á la esposa, para guiarnos, para ilustrarnos, para aconsejarnos, para sostener nuestra debilidad, para ser, en una palabra, el alma de nuestras almas. El Espíritu Santo reside en nosotros como en un templo, que santifica, que consagra con su augusta presencia.

¡Oh prodigio! El Espíritu Santo desciende en forma de paloma, porque aquel á quien S. Juan bautiza es el Hijo de Dios.

Iguales honores se nos dispensan. El dia en que el agua purifica nuestras frentes, la augusta Trinidad, inclinándose hácia nosotros, nos dirige desde el cielo aquellas palabras que hicieron estremecer las aguas del Jordan: *Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui* (MATEO XVII, 5).

Cuando se tiene la dicha de ser bautizado, se puede ser objeto de los más magníficos favores del cielo; pero por inmensas que sean estas nuevas gracias, son inferiores de mucho á la de la adopcion divina. El don de profecía, el don de milagros, el don de interpretar la Escritura, el don de entender ó hablar idiomas no propios; el don de curar las enfermedades más rebeldes, todos estos dones, que son privilegio de algunos, si se reunen en la cabeza de un solo cristiano, serán ménos que la gloriosa cualidad de Hijo de Dios. Y ¿por qué? Porque muy bien se puede ser enemigo de Dios, y tener poder, ciencia y prerogativas muy por encima de cuanto le es dable poseer naturalmente al genio humano. Los demonios conocen algo de lo porvenir; pueden revelarnoslo, pueden enseñarnos mil secretos de la naturaleza, escapados hasta hoy y ocultos para siempre á las más incansables investigaciones de la ciencia; pueden, en fin, producir acciones prodigiosas, actos tales, que engañen la credulidad de los pueblos, como sucederá al final de los siglos para el establecimiento del reino lamentable, pero efímero, del Anti-Cristo. Pero, con todo su poder, superior al de los hombres, los demonios no son hijos queridos de Dios, y serán en su presencia abominables por toda la eternidad.

2. Un hombre de nuestros dias ha dicho una frase, que pronto ha llegado á ser proverbial: NOBLEZA OBLIGA. La altísima dignidad del Hijo de Dios nos impone necesariamente los más sagrados deberes.

El primero de ellos, consiste en llevar una vida exenta de crímenes.

Aquel que ha nacido de Dios, dice S. Juan, no hace pecado, porque la semilla de Dios, que es la gracia santificante, mora en él: *Quoniam semen ipsius in eo manet, et non potest peccare, quoniam ex Deo natus est* (I, JUAN, III, 9).

Seria un gravísimo error creer, que la gracia no puede perderse. La gracia viene á ser un licor espiritual, contenido en vasos de arcilla, que, al menor choque, se rompen. En tanto que no alcancemos una santidad definitiva, como la de los amigos de Dios que están en el cielo, podremos perder la gracia, abusar de nuestra libertad, ofender gravemente la magestad divina, y, por consecuencia, vernos privados de su amor. Pero la gracia que se nos concede, nos excita de contínuo á la santidad, á la práctica de la virtud, y á apartarnos del mal. Esa gracia nos recuerda que, habiendo llegado á ser nuestra alma hija del Salvador, esposa y morada predilecta del Espíritu Santo, es un crímen mancharla y arrebatarla su pureza y su inocencia. A sus ojos, á los ojos de la misma razon, el pecado es cosa vergonzosa. Para que evitemos esta vergüenza, la gracia levanta su voz dulce y persuasiva; alumbra nuestro camino con los placenteros rayos de su luz purísima, nos tiende la mano como á hijos, cuyo andar es vacilante, y nos confia armas empapadas en sangre del Salvador, para que podamos aterrar al antiguo enemigo. Esta gracia es omnipotente, es la fuerza de Dios, es Dios mismo; y si la tomamos como auxiliar, el éxito de nuestro combate será seguro. En este sentido, dijo san Juan: Todos aquellos que han nacido de Dios, que viven con él, que luchan con él, alcanzan vencer al mundo: *Omne quod natum est ex Deo, vincit mundum* (I, JUAN, V, 4). Esta gracia nos hará condenar lo que pueda envilecernos, y buscar aquello que pueda honrarnos. Sabed, pues, que el pecado, por sí solo, nos hace abominables, miéntras que el hijo de Dios, dichoso en humillarse,

en prestar á sus hermanos los más inferiores servicios, en llenar las ménos envidiables funciones, en callarse cuando se le ultraja con la maledicencia ó la calumnia, se engrandece realmente á los ojos del cielo y de la tierra.

El segundo deber del hijo de Jesucristo es servirle con amor.

Por el bautismo, que nos ha dado tan glorioso título, hemos recibido, dice san Pablo, el espíritu de adopcion, y no el espíritu de servidumbre: *Non enim accepitis spiritum servitutis iterum in timore, sed accepistis spiritum adoptionis filiorum* (Rom, viii, 15).

Los esclavos no aman á sus dueños; les obedecen temblando, con terror; y no les servirian, sin la paga con que son compensadas sus penas. Así son los hombres; es preciso pagar con largueza todo cuanto se obtiene de ellos.

En cuanto á nosotros, hermanos mios, que ya no somos esclavos sino hijos del Salvador, le serviremos con amor, con confianza, sin temer de él otra cosa que el castigo debido á nuestras faltas, y sin otro deseo que el cumplimiento de su misericordiosa voluntad. No esperemos las recompensas pasajeras, deseemos únicamente la recompensa celestial: este es el secreto de merecer la imperecedera corona.

¡Ah! cuando somos culpables es cuando nos importa, sobre todo, dirigirnos á Jesucristo, con el afecto de un hijo que se precipita en los brazos de su padre. No hay duda, que una punzante confusion, un temor exagerado, la grandeza y el número de nuestras ofensas nos detiene: una especie de estupor, de paralisis, nos impide avanzar por el camino de la virtud; una fuerza secreta, casi invencible, nos arrastra hácia nuestros primeros desórdenes. En tal estado, escuchemos al divino Maestro; su voz dulce como la miel, penetrante como la hoja de acero, nos dirá: Hijo mio, ten confianza; ven á mí; hijo mio, dame tu corazon enfermo, que yo lo curaré; entrégame tu corazon triste y lleno de vergüenza, que yo lo consolaré! Hijo pródigo, yo he subido todos los dias á las alturas próximas á mi casa y he dirigido mi mirada á las lejanas comarcas por las cuales andabas perdido. Apresúrate á volver al hogar paterno, en el cual, hasta los criados, gozan en la abundancia y la alegría. ¡Ah! para festejar la vuelta del hijo, que creí perdido, se matará un ternero cebado, se celebrará un banquete, y no solo le regalaré el anillo de la reconciliacion, el anillo de la fidelidad, sino tambien el precioso vestido de la inocencia, el vestido de la filiacion. El amor llama al amor. ¡Pecadores endurecidos! dejaos vencer por la infinita caridad de Jesucristo; limpiaos de la lepra del pecado, que os deshonra, y no olvideis, que, aún en medio de vuestros desórdenes, sois siempre hijos carísimos para el corazon de nuestro padre.

Nuestro último deber hácia Jesucristo, es imitarlo.

El Salvador decia á los Judíos: Mis obras dan testimonio de que Dios es mi padre, porque yo tan solo hago lo que le veo hacer; de manera, que quien me ve á mí, ve tambien al Padre: *Qui videt me, videt et Patrem* (Juan, xiv, 9).

La vida del Salvador fué un reflejo de la vida de su Padre; la nuestra debe ser igualmente una imágen de la de Jesucristo, es decir, debemos copiarle con tal fidelidad en la práctica de todas sus virtudes, que, al vernos, se diga: Ese es cristiano, ese es discípulo del Salvador, ese es otro Cristo. *Alter Christus* (Pablo). ¿No decimos proverbialmente: á tal padre tal hijo? Pues bien, este dicho, aplicado á la mayoría de los cristianos, comparados con su padre Jesucristo, Señor nuestro, este dicho, ¿nó es suficiente para hacernos morir de vergüenza? El Salvador era dulce, humilde, pobre, resignado, obediente, modesto, lleno de compasion y caridad; y nosotros, hijos indignos de ser puestos en parangon con él, nosotros tenemos todos los defectos, todos los vicios opuestos á sus admirables virtudes.

3. La excelencia de nuestra filiacion divina descansa, pues, sobre las prerogativas vinculadas á ella. Y ¿cuáles son estas prerogativas?

Jesús, en su cualidad de Padre de los cristianos, les dá derecho sobre todos sus bienes; y, además, les proteje con la más tierna solicitud.

Todos los bienes de este mundo, todos los bienes del cielo pertenecen á Jesucristo. Como Hombre-Dios, tiene un dominio universal, porque su Padre le instituyó heredero universal de todas las cosas. *Constituit hæredem universorum...* (Heb. i, 2). San Juan nos indica el motivo: el Padre ama á su Hijo, y ha puesto todas las cosas en su mano: *Pater diligit Filium, et omnia dedit in manu ejus* (Juan, iii, 35). Ahora bien; tres son las clases de bienes de que el Salvador es soberano dueño: los bienes temporales, los espirituales y los eternos. Nosotros somos hijos del Redentor, y, por consiguiente, herederos suyos; por manera, que si permanecemos unidos á él, con los sagrados lazos de la adopcion y de la gracia, tenemos un derecho real sobre todos los bienes de nuestro Padre.

Se comprende que el pecador, convertido por sus crímenes en enemigo de Dios, se ha hecho indigno de todo. Ha roto el lazo que le unia con el cuerpo místico de Jesucristo; se ha separado de su sociedad; se ha colocado, pues, voluntariamente fuera de toda participacion á la herencia del Padre de familia.

Los bienes de este mundo han sido malditos. Envueltos en la corrupcion general, son, entre nuestras manos, otras tantas armas peligrosas, con las cuales nos damos la muerte. Por sí mismos, y segun los designios de Dios, son auxiliares para ayudarnos á merecer el cielo; pero, sin la gracia, es imposible que puedan servir para un fin tan sublime y sobrenatural. Por otra parte, el Salvador los tiene en tan poca estima, que nos los distribuye como le place, con justicia siempre, y lo más frecuente, con cólera.

Hé aquí otros bienes más dignos de los hijos de Dios; la palabra, la gracia, el espíritu, los sacramentos, el cuerpo, los misterios y la cruz de Jesucristo.

Jesucristo nos ha dejado su palabra. Padre mio, yo les dí las palabras que tú me diste: *Verba, quæ dedisti mihi, dedi eis* (JUAN, XVII, 8). ¿A quién irémos, exclama San Pedro, á quién nos dirigirémos, Señor? Tú tienes palabras de vida eterna. *Domine, ad quem ibimus? verba vitæ æternæ habes* (JUAN VI, 69). Esta palabra, dice el Profeta, es más preciosa que el oro, más dulce que la miel; es una palabra de bendicion. Como una lámpara de oro, brilla ella sobre nosotros; como un amigo, cuyo corazon se derrama en el nuestro, nos sirve de consuelo, es nuestra vida. ¡Dichosos los hijos que guardan y practican la palabra de su Padre!

Jesús nos dá su gracia como una fuerza que ayuda á nuestra flaqueza, que centuplica nuestra energía, sin destruir nuestra libertad. La gracia de Jesucristo es su amor y su vida; las almas, adornadas con la gracia, son sus verdaderos hijos, en los que derrama sus delicias, en quienes habita. Esta gracia nos eleva por encima de este mundo; le somos deudores de ser imágenes del Salvador, sus hijos, sus hermanos, sus herederos; debémosle el ser casi unos dioses. ¡Dichosos aquellos que viven de esa vida, que no tienen otro adorno!!

Jesús nos comunica su divino espíritu. Lo ha enviado en medio de nosotros para consolarnos de su ausencia, y en prenda del celestial reino que nos tiene prometido. Es un espíritu de verdad, de caridad; un espíritu de santidad, un espíritu de sabiduría, un espíritu de piedad, un espíritu de fuerza, un espíritu de oracion. Se parece á la dulce luz que nos calienta con su fuego sagrado, á un soplo celeste que proporciona alas á nuestros buenos deseos. ¡Bienaventurados aquellos que viven de ese espíritu creador y consolador! Todo lo vén con los ojos de la fé; todo lo aman con el sentimiento del amor divino!

Jesús nos dá sus sacramentos; todo cristiano tiene derecho de beber en tan misteriosas fuentes. Cuanto más deseemos la gracia y más la solicitemos, con más abundancia la obtendrémos. ¡Dichosos aquellos, que han probado esa bebida angelical! ¡Dichosos los que conocen los dones de Dios!!

Jesús nos dá su cuerpo, entregado por nosotros, y clavado en la cruz. Este cuerpo sagrado es el alimento de los hijos del Salvador, es la prenda perpétua de su amor por ellos, la base de sus esperanzas, el principio de su gloriosa resurreccion. ¡Oh! cuán precioso es este bien, este adorabilísimo cuerpo de Jesús!

Jesús nos dá sus misterios; misterios adorables, terribles, impenetrables y consoladores. Son la base y el alimento de nuestra fé, de nuestra esperanza, de nuestra caridad; se parecen á los astros invisibles, que derraman sobre la tierra una luz superior á la de nuestra razon, y de la cual nuestra razon no puede prescindir.

Jesús nos dá las insignias de su reino, los instrumentos de su pasion, su corona de espinas, para que expiemos las criminales locuras de nuestro orgullo; su cetro de caña, para que nos arrojemos en sus brazos como en un asilo que está al abrigo de las tempestades, y tengamos el valor de servirle y adorarle públicamente como nuestro Rey y nuestro Padre; su manto de vieja púrpura, para que nos sonrojemos de nuestros pecados, y aspiremos al único adorno digno de un cristiano, el pudor, la modestia, los perfumes, el resplandor de las buenas obras, las cualidades exquisitas del corazon y del espíritu; su cruz, para que la llevemos y subamos con él al Calvario, muriendo allí; la lanza y los clavos, para que traspasemos en nuestro corazon el amor propio, y derramemos por su gloria toda la sangre de nuestras venas!

Tales son los bienes espirituales que el Salvador pone á disposicion de sus hijos, sin distincion de fortuna, talento, edad y nacionalidad; bienes infinitos, capaces por sí solos de enriquecer y salvar á millones de universos. ¿Se puede esperar semejante herencia de todos los monarcas juntos?

Hay tambien bienes eternos, cuya posesion nos prepara el Salvador en la Corte de su padre. El derecho de entrar en el cielo, adquirido por el Salvador en provecho de toda su familia, no es un derecho absoluto, estricto de recibir la corona eterna, aún cuando la muerte nos cogiera en estado de pecado mortal. El Señor nos ha puesto en camino de merecer esta infinita recompensa, prometida á los buenos servidores, y formalmente negada á los malos. Este derecho, pues, puede perderse por un pecado, lo mismo que Esaú por un plato de lentejas cambió el derecho de su progenitura.

¿Qué es lo que debemos deducir de todo lo expuesto? La antigua sabiduría ha reasumido en dos palabras el más importante de sus

preceptos; conócete á tí mismo: *Nosce te ipum*. Lo repetiré á mi auditorio. Cristianos, conozcámonos á nosotros mismos, acordémonos con frecuencia, que somos hijos de Jesús, que hemos sido investidos de una grandeza superior á todas las dignidades humanas, que nos asocia á la augusta Trinidad. Si á este título van unidas obligaciones sagradas, obligaciones que hemos jurado cumplir, tambien se derivan de él grandes ventajas. Huyamos del pecado, que nos envilece y deshonra á los ojos de nuestro Padre y á nuestros propios ojos. Sirvamos á Jesucristo con libertad, con confianza, con amor; imitemos sus admirables virtudes, y despreciemos las recompensas terrenales, esperémoslo todo de la bondad divina, que acoje generosamente al pecador, que perdona ante el arrepentimiento, y que nos asegura la posesion de imperecederos bienes. En la casa del rico se ve á los hijos orgullosos de su futura herencia. En el torbellino de los negocios, millones de envidiosos aspiran á poseer brillantes fortunas, y desprecian los bienes legados por Jesucristo. Contentémonos nosotros con el pan cuotidiano y con la salud que lo gana; pero arrojémonos sobre los tesoros del Salvador para saciarnos de ellos, embriaguémonos con su palabra, con su espíritu, con su gracia, con la fecundidad de sus sacramentos, la luz bendita de sus misterios y los suaves perfumes que despiden los instrumentos de su martirio. Devolvámosle amor por amor; no imitemos á esos niños perdidos por las locas caricias de sus padres, porque si éstos no tienen la mano bastante enérgica para corregir á su familia emancipada, el Salvador, sin dejar de ser un padre lleno de ternura, nos castigaria rudamente. Evitemos provocarle á tan terribles medidas, y, á este fin, obedezcamos á nuestros pastores, amémosles, porque su palabra y su amor son la palabra y el amor de Jesucristo. Nuestros pastores son guias seguros para llegar al cielo, donde el Padre divino espera á sus hijos para bendecirlos y recompensarlos eternamente. Amen.

FORTALEZA.

Deus dabit virtutem et fortitudinem plebi suæ.
Dios dará virtud y fortaleza á su pueblo.
(PSALM. LXVII, 36.)

La fortaleza es una virtud de que no puede prescindir el buen cristiano. El que está dotado de esta virtud, mira con desprecio todas las cosas terrenas, no suspira por otros bienes que los imperecederos; domina su amor propio, subyuga sus pasiones, tolera y deplora con ánimo tranquilo la adversidad, los trabajos y todo género de infortunios; y sigue con constancia la virtud, venciendo todas las dificultades que se le pueden oponer, para que no alcance lo perfecto que en ella se encuentra. Al contrario, al que no está dotado de esta virtud basta, para desanimarle, una pequeña desgracia, la más insignificante contradiccion, cualquier infortunio. De aquí nacen los pesares, las melancolías y la desesperacion en que se pasa nuestra vida; de aquí el desasosiego que nos agita, que nos desconsuela, que nos impide atender á nuestras más esenciales obligaciones; que nos inspira mortales disgustos para los más santos ejercicios de la piedad, que casi nos imposibilita elevarnos á Dios, que hace titubear hasta los fundamentos de nuestra fé, y que nos induce á creer; no solo que Dios nos abandona, sino tambien hasta dudar si hay una Providencia que todo lo gobierne; no considerando, y por estar ciegos, no viendo, que por este mismo motivo debemos convencernos, de que la divina Providencia vela sobre nosotros, como quiera que las persecuciones y las cruces son el material precioso que debe formar nuestra corona.

El reino de Dios es un reino, que solo puede conseguirse por la violencia propia. Y ¿qué violencia se hacen hoy los cristianos? En los primeros siglos de la Iglesia, la fortaleza cristiana triunfó de la barbarie y de la inhumanidad; y hoy, que los cristianos solo tienen que luchar contra sí mismos, son vencidos todos los dias por la delicadeza y las dulzuras de la vida. La ociosidad los debilita, la prosperidad los relaja, el placer los encanta; no saben resistir al pecado, ni emprender obra alguna buena. Preciso es confesar, por más que nos cause rubor, que, en nuestros dias, se ignora lo que es la fortaleza cris-

preceptos; conócete á tí mismo: *Nosce te ipum*. Lo repetiré á mi auditorio. Cristianos, conozcámonos á nosotros mismos, acordémonos con frecuencia, que somos hijos de Jesús, que hemos sido investidos de una grandeza superior á todas las dignidades humanas, que nos asocia á la augusta Trinidad. Si á este título van unidas obligaciones sagradas, obligaciones que hemos jurado cumplir, tambien se derivan de él grandes ventajas. Huyamos del pecado, que nos envilece y deshonra á los ojos de nuestro Padre y á nuestros propios ojos. Sirvamos á Jesucristo con libertad, con confianza, con amor; imitemos sus admirables virtudes, y despreciemos las recompensas terrenales, esperémoslo todo de la bondad divina, que acoje generosamente al pecador, que perdona ante el arrepentimiento, y que nos asegura la posesion de imperecederos bienes. En la casa del rico se ve á los hijos orgullosos de su futura herencia. En el torbellino de los negocios, millones de envidiosos aspiran á poseer brillantes fortunas, y desprecian los bienes legados por Jesucristo. Contentémonos nosotros con el pan cuotidiano y con la salud que lo gana; pero arrojémonos sobre los tesoros del Salvador para saciarnos de ellos, embriaguémonos con su palabra, con su espíritu, con su gracia, con la fecundidad de sus sacramentos, la luz bendita de sus misterios y los suaves perfumes que despiden los instrumentos de su martirio. Devolvámosle amor por amor; no imitemos á esos niños perdidos por las locas caricias de sus padres, porque si éstos no tienen la mano bastante enérgica para corregir á su familia emancipada, el Salvador, sin dejar de ser un padre lleno de ternura, nos castigaria rudamente. Evitemos provocarle á tan terribles medidas, y, á este fin, obedezcamos á nuestros pastores, amémosles, porque su palabra y su amor son la palabra y el amor de Jesucristo. Nuestros pastores son guias seguros para llegar al cielo, donde el Padre divino espera á sus hijos para bendecirlos y recompensarlos eternamente. Amen.

FORTALEZA.

Deus dabit virtutem et fortitudinem plebi suæ.
Dios dará virtud y fortaleza á su pueblo.
(PSALM. LXVII, 36.)

La fortaleza es una virtud de que no puede prescindir el buen cristiano. El que está dotado de esta virtud, mira con desprecio todas las cosas terrenas, no suspira por otros bienes que los imperecederos; domina su amor propio, subyuga sus pasiones, tolera y deplora con ánimo tranquilo la adversidad, los trabajos y todo género de infortunios; y sigue con constancia la virtud, venciendo todas las dificultades que se le pueden oponer, para que no alcance lo perfecto que en ella se encuentra. Al contrario, al que no está dotado de esta virtud basta, para desanimarle, una pequeña desgracia, la más insignificante contradiccion, cualquier infortunio. De aquí nacen los pesares, las melancolías y la desesperacion en que se pasa nuestra vida; de aquí el desasosiego que nos agita, que nos desconsuela, que nos impide atender á nuestras más esenciales obligaciones; que nos inspira mortales disgustos para los más santos ejercicios de la piedad, que casi nos imposibilita elevarnos á Dios, que hace titubear hasta los fundamentos de nuestra fé, y que nos induce á creer; no solo que Dios nos abandona, sino tambien hasta dudar si hay una Providencia que todo lo gobierne; no considerando, y por estar ciegos, no viendo, que por este mismo motivo debemos convencernos, de que la divina Providencia vela sobre nosotros, como quiera que las persecuciones y las cruces son el material precioso que debe formar nuestra corona.

El reino de Dios es un reino, que solo puede conseguirse por la violencia propia. Y ¿qué violencia se hacen hoy los cristianos? En los primeros siglos de la Iglesia, la fortaleza cristiana triunfó de la barbarie y de la inhumanidad; y hoy, que los cristianos solo tienen que luchar contra sí mismos, son vencidos todos los dias por la delicadeza y las dulzuras de la vida. La ociosidad los debilita, la prosperidad los relaja, el placer los encanta; no saben resistir al pecado, ni emprender obra alguna buena. Preciso es confesar, por más que nos cause rubor, que, en nuestros dias, se ignora lo que es la fortaleza cris-

tiana. De esta virtud, sin la cual no podemos gloriarnos de ser verdaderos cristianos, voy á hablaros, pues, en este discurso. Os explicaré en qué consiste, cuánto la necesitamos para triunfar de nuestros enemigos, y cómo podemos alcanzarla. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La virtud santa de la fortaleza consiste en un medio prudente, entre la temeridad ó la osadía, y el temor ó la cobardía. Por un excesivo temor dejamos de emprender las obras de la virtud y de abandonar el vicio; pues, cediendo á la fuerza del hábito, que hemos contraido, nos parece imposible vencernos, derrotando á los enemigos que nos combaten, y consiguiendo el triunfo sobre su excesiva resistencia. Semejante conducta con razon se califica de tímida y pusilánime con exceso; pues no se nos oculta, que tenemos en nosotros mismos, con los auxilios del cielo, fuerzas sobradas para hacer frente á tan terribles adversarios. Y así como llamaríamos cobarde al soldado, que, sabiendo que sus fuerzas son superiores á las de su contrario, sin embargo, se dejase vencer, así, no ménos debemos tener por tímido al cristiano, que, sabiendo que Dios nó ha de permitir contra nosotros tentaciones superiores á nuestras fuerzas, se deja, sin embargo, vencer vergonzosamente por sus pasiones y el demonio, por no tener ánimo para resistirles. Semejante cobardía se opone á la fortaleza cristiana, con la cual resistimos valerosamente á los enemigos de nuestra salvacion, sin que jamás nos intimiden sus lazos y asechanzas.

No se opone ménos á esta virtud la temeridad ó la osadía, por la cual nos arrojamos á empresas muy peligrosas, sin que para ello tengamos el auxilio necesario. El varon fuerte no teme el peligro cuando está obligado á arrostrarlo; pero se retira siempre que lo exigen las circunstancias y lo ordena la prudencia. San Juan Crisóstomo admirábase de este título, que puso el real Profeta al salmo tercero: *Psalmus David, cum fugeret à facie Absalom filii sui:* Salmo de David, cuando iba huyendo de su hijo Absalon. Se erigen estátuas, dice este santo doctor (In Psalm. III), á los vencedores para inmortalizar la gloria de sus victorias. Se cantan himnos en loor de los grandes capitanes, que murieron en defensa de su pátria; pero ¿cuándo se han entonado cánticos en alabanza del que huye del peligro, y para enaltecer la cobardía? Sin embargo, el mismo santo reconoce aquí uno de los actos más heróicos de la fortaleza de David. Veia cansado y debilitado su ejército; veia lleno de poder y de fuerza irresistible á su hijo; conocia que iba á exponer su vida en el combate, y que, aún cuando saliera victorioso, causaria su victoria la ruina de su hijo, á quien tiernamente amaba; por eso espera oportunidad para traerle á su reconciliacion sin tantos peligros; huye y se retira con prudencia, para acometer en otra ocasion con verdadera y heróica fortaleza.

Así obraron tambien los santos; venciéronse á sí propios, reprimiendo los movimientos de sus pasiones; pero huyeron en tiempo de persecucion, porque así les pareció conveniente para obrar con prudencia. San Atanasio y san Cirilo se ocultaron, é hicieron elocuentes apologías de su fuga. San Jerónimo aprueba la huida de san Pablo, primer ermitaño, en tiempo de persecucion. San Agustin defiende la de san Pablo apóstol, que en Damasco se salvó en una espuerta descolgada por la muralla. Finalmente, el mismo Jesucristo, evitó con la fuga los golpes de sus enemigos, no por temor, dice S. Agustin (Tract. xlix, in Joan), sino para dar ejemplo á sus discípulos, y enseñarles, que no le ofenderian, si, consultando á su debilidad, se librasen con la fuga del furor de sus enemigos.

2. Ya, pues, que la fortaleza destruye estos dos viciosos extremos, resulta que por ella se le quita al temor el que se guarde más de lo que es razon, y á la temeridad, que no se aventure más de lo que debe; entrando en el medio esta admirable virtud, á fin de que el tímido se anime á vencer los peligros sin dificultad, y el osado sufra y tolere hasta que llegue la ocasion oportuna. El ejercicio de esta virtud nos es necesario para sufrir con resignacion los males de esta vida, para reprimir los malos instintos, para perdonar las ofensas, y para emprender lo más árduo y difícil que nos ofrecen las virtudes. Pues no consiste la fortaleza en conquistar ciudades y reinos poderosos, ni en derribar castillos muy fortificados y bien defendidos, ni en echar á pique las más bien ordenadas escuadras; sino en vencerse el hombre á sí mismo, en subyugar sus pasiones, reducir á cautiverio la libertad de sus potencias y sentidos, y emprender el heroismo de las virtudes.

La vida es amargura y lágrimas. Este es nuestro destino en la tierra: trabajos, tribulacion, miserias, dolores, muerte: destino expiatorio, destino terrible, destino perpétuo del linaje humano, de que no puede evadirse en su peregrinacion por la tierra. Para tantos dolores, para tantos trabajos, para tantas tristezas, para tanto sufrimiento, necesitamos fortaleza. A la caña ó al junco, en la corriente de los rios, los sostiene su raiz contra el contínuo movimiento de las aguas: al hombre, colocado en la corriente de las impetuosas aguas de la tribulacion, ha de sostenerle la fortaleza. No hay en nuestra vida un instante siquiera en que podamos decir: no sufro. Ni una sola vez, al

cerrar los ojos para dormirnos, podemos decir: no he sufrido ni temido hoy un nuevo mal. No hay una alegría, un placer, una fiesta, en que podamos decir: mi corazon está satisfecho. Luego, así como necesitamos el sustento para vivir, hemos menester tambien la fortaleza para soportar la vida. Sin el sustento, muere el hombre: sin la fortaleza, no puede el hombre vivir. Por nuestro propio interés, por el interés de pasar una vida ménos desgraciada, debemos adquirir la virtud de la fortaleza, y, conservándola, podemos decir, que, en cierto modo, poseemos todos los bienes.

En efecto, si atentamente consideramos cuál es la causa de nuestras imperfecciones y de nuestros males, hallaremos que, de un modo ó de otro, directa ó indirectamente, lo es nuestro amor propio, que herido y exaltado al vernos nosotros mismos sin salud y sin bienes, hace más amargas nuestras desgracias, y envenena la punta del puñal que introduce la adversidad en nuestro corazon. Si con la fortaleza nos acostumbramos á soportar resignadamente los males y las adversidades, estas mismas adversidades y estos males amortiguan el amor propio, y quitan mucho de su intensidad á los dolores y aflicciones de nuestra vida. Además, refrenado el amor propio, no hay en nosotros ni tanta soberbia, ni tanta susceptibilidad, y, por consiguiente, no hay tanta sensibilidad. Es decir, que con la fortaleza, no solo soportamos más fácilmente los males, sino que los disminuimos, así en número como en intensidad.

De tanta importancia es esta virtud, que sin ella no puede subsistir ninguna otra. La humildad no es verdadera, si no sobrelleva los oprobios y desprecios; y para soportar los desprecios se necesita mucha fortaleza. No puede ser verdadera virtud la pobreza, si no se acomoda con gusto á la miseria, al hambre, á la sed y otras privaciones; y ¿qué caudal de fortaleza no se necesita para tolerar todo esto, no diré con resignacion, sino con gusto? Ni aún puede ser verdadera la caridad, si no tolera las flaquezas del prójimo, y si no ama á los enemigos; y ¿cuánta fortaleza no se necesita para templar la ira, refrenar la lengua, á fin de que no hable mal de quien le ha ofendido, y para hacer bien, y hasta rogar por los que nos persiguen? Job, soportando con paciencia los insultos de los ismaelitas, los de su propia mujer y los de sus amigos, me parece mucho más fuerte que Sanson al vencer á los filisteos. José, sufriendo con resignacion el ódio y desprecios de sus hermanos, y la calumnia de la mujer de Putifar, fué, sin duda, más fuerte que al subyugar con su constancia y sabiduría á Faraon y todo Egipto. David fué más fuerte venciendo la envidia de Saul, que derribando al suelo á Goliat.

Muéstrase lo que es un hombre por la fortaleza en los trabajos que le afligen. Los sábios y los héroes no se darian á conocer como tales, ó dejarian de merecer esos gloriosos nombres, si, en el dia de la prueba, su fortaleza no se mostrase superior á sus propias desgracias. Los mártires y los santos, con la fortaleza que demostraban en medio de los tormentos, dieron á conocer la divinidad de la doctrina que profesaban, y por la cual morian. Viéndolos el mundo alegres y serenos, en medio de los más horribles tormentos á que se les sometia, dedujeron, que no podia ménos de ser divina la fé que les comunicaba tanta fortaleza.

El cristiano debe darse á conocer como tal, por la fortaleza que muestra en los trabajos y adversidades. En la historia romana leemos, que Cayo Mucio fué apresado por los soldados del rey Porsena que sitiaba á Roma. Conducido ante el tribunal que habia de juzgarle, por el delito de haber asesinado al secretario del rey, creyendo que era el rey mismo: «Soy ciudadano romano, fué lo primero que respondió, y es propio de romanos el hacer y sufrir cosas grandes.» *Facere et pati fortia, romanorum est*. Si, pues, era propio de los romanos el hacer cosas grandes, y sufrir grandes conflictos por su pátria, aún es más propio de cristianos el hacer grandes cosas y sufrir mucho por alcanzar la gloria.

No nos empeñemos en huir de los padecimientos y trabajos; ellos vendrán á buscarnos. Padeciendo, hemos de ganar la gloria. Los trabajos y las cruces son el oro con que compramos la eterna dicha; ¿quién, pues, no querrá padecer para sacar del padecimiento tanto provecho? Mas, para sobrellevar con heroismo los padecimientos, necesitamos la virtud de la fortaleza. Trabajemos, pues, para adquirirla ya que la hemos menester en todo tiempo, en toda ocasion, á todas horas y en todo instante; pidámosla con frecuencia al Señor; pidámosla con confianza, con fervor, con humildad y perseverancia, y se nos concederá. Dios no puede ménos de proporcionar grandes auxilios á los que tiene destinados para grandes fines; y pidiendo á nuestra naturaleza flaca y corrompida triunfos contra la corrupcion, y resignacion en los trabajos, no puede ménos de concedernos la fortaleza. Pero quiere que se la pidamos por medio de la oracion; pedídsela, pues, y estad seguros que con los grandes auxilios que se os dispensarán, sufrireis con resignacion las adversidades y tribulaciones, saldreis triunfantes de todo peligro y tentacion, y alcanzareis la eterna dicha, que á todos os deseo.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

FORTALEZA DE LOS CRISTIANOS.—Trae orígen de la debilidad en que nos deja sumidos el vicio.

Aumenta con la violencia que nos hacemos.

Se perfecciona por medio de la resignacion que mostramos en las adversidades.

FORTALEZA DE LOS CRISTIANOS.—Los hace arrojados, sin menoscabo de la circunspeccion que debemos mostrar en los peligros.

Los hace austeros, sin desposeerles de la compasion que deben tener á su prójimo.

Los convierte en defensores incorruptibles de la fé, sin mengua de la sumision que deben tener á sus superiores.

FORTALEZA DE LOS MUNDANOS.—Los vuelve incansables en el ejercicio del pecado.

Les dá ocasion de oprimir á los débiles.

Les hace olvidar la necesidad que tienen de los auxilios de Dios.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Fortitudo mea, et laus mea Dominus. Exod. XV, 2.

El Señor es la fortaleza mia, y el objeto de mis alabanzas.

Oculi Domini contemplantur universam terram, et præbent fortitudinem his, qui corde perfecto credunt in eum. II Paral. XVI, 9.

Los ojos del Señor están contemplando toda la tierra, y dan fortaleza á los que creen en él con perfecto corazon.

Factus es (Domine) fortitudo pauperi, fortitudo egeno in tribulatione sua. Isai. XXV, 4.

Tú has sido (oh Señor) fortaleza para el menesteroso en su tribulacion.

Expecta Dominum, viriliter age: et confortetur cor tuum, et sustine Dominum. Psalm. XXVI, 14.

Aguarda al Señor, y pórtate varonilmente: cobre aliento tu corazon, y espera con paciencia al Señor.

Fortitudinem meam ad te custodiam, quia Deus susceptor meus es. Psalm. LVIII, 10.

En tí he depositado mi fortaleza; pues tú eres, ¡oh Dios! el defensor mio.

Si Deus pro nobis, quis contra nos? Rom. VIII, 31.

Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?

In omnibus tribulationem patimur, sed non angustiamur: aporiamur, sed non destituimur: persecutionem patimur, sed non derelinquimur. II Cor. IV, 8 et 9.

Nos vemos acosados de toda suerte de tribulaciones, pero no por eso perdemos el ánimo: nos hallamos en grandes apuros, mas no desesperados: somos perseguidos, mas no abandonados.

De cœtero, fratres, confortamini in Domino, et in potentia virtutis ejus. Ephes. VI, 10.

Por lo demás, hermanos *mios*, confortaos en el Señor, y en su virtud *todo* poderosa.

Scio... et satiari, et esurire, et abundare, et penuriam pati: omnia possum in eo, qui me confortat. Philip. IV, 12, 13.

Estoy hecho á todo... á tener hartura, y á sufrir hambre, á tener abundancia, y á padecer necesidad: todo lo puedo en aquel que me conforta, *esto es, en Cristo.*

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La fortaleza, propiamente dicha, es una virtud, que nos impele á rechazar con denuedo todo lo que se opone á la recta razon, al cumplimiento de la ley, y, por consiguiente, á la consecucion de nuestra salvacion eterna; despreciando todos los halagos, promesas, amenazas, peligros, y aún la muerte misma. Como tal, la fortaleza es un don de Dios, y nos hace fuertes para el bien. La fortaleza que nos hace arrojados para el mal, debe más bien llamarse osadía y temeridad. En efecto: cuando Cain mató á Abel, suponemos que aquél tuvo más fuerza que éste; pero ¿habrá quien califique este horrible atentado como un acto de virtud, de fortaleza? Cierto que no: y efectivamente, vemos que allí acabó la fortaleza de aquel infeliz, porque, oprimido por el peso de la maldicion divina, anduvo siempre prófugo y pavoroso hasta su muerte.

La verdadera fortaleza la vemos en Abrahan, respecto á la práctica de sus heróicas virtudes. La admiramos en este santo patriarca, cuando al saber que su sobrino Lot habia sido llevado injustamente cautivo con su familia y todos sus bienes por los ejércitos enemigos, reune sus dependientes, marcha contra una fuerza muy superior á la suya, la dispersa, la destruye, y recobra, junto con los prisioneros, todo el botin que el enemigo habia acopiado (GENES. XIV).

El Espíritu Santo alaba la fortaleza ó valor de David, porque en edad temprana despedazaba los leones, jugaba con los osos como si

fueran corderillos, y porque mató al gigante Goliat en el nombre del Señor de los ejércitos (Eccli. xlvii). Pero mucho más le alaba por el temple de su corazon, por sus heróicas virtudes y por la penitencia con que supo humillar su cuerpo y su corazon criminal.

Véase la constancia ó fortaleza que manifestaron, en vista de los mayores peligros, Matatías y sus hijos (I Machab. ii y sig.), Eleázaro (II Machab. vi), y los siete hermanos Macabeos (Ibid, vii).

Véase tambien la fortaleza que los apóstoles tuvieron delante de los tribunales y en medio de los mayores peligros y tormentos. De ellos, dice el sagrado texto, que *ibant gaudentes à conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati* (Actor. v).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Non mediocris animi est fortitudo, quæ sola defendit ornamenta virtutum omnium, et justitiam custodit: quæ inexpiabili prælio adversus omnia vitia decertat, invicta ad labores, fortis ad pericula. S. Ambros. lib. 1 de offic.

Stultus ut luna mutatur. *Sapiens enim non metu frangitur, non potestate mutatur, non attollitur prosperis, non tristibus mergitur. Ubi enim sapientia, ubi virtus est, ibi constantia et fortitudo.* Idem, in Epist. ad Simplic.

Justi et fortis viri est, nec adversis frangi, nec prosperis sublevari; sed in utroque esse moderatus. S. Hieron. super Joel.

Sicut continens vita, labor, perseverantia, et agonum certamina faciunt unumquemque virum virtutis appellari; sic è contrario vita remissa, negligens et ignava, facit virum ignavum judicari. Orig. in lib. Num. com. 25.

Qui vera virtute fortis est, nec temere audet, nec inconsulte timet. S. August. in Epist. ad Hieron.

Fortitudo justorum est, carnem vincere, propriis voluntatibus contraire, delectationem vitæ præsentis extinguere, hujus mundi aspera pro æternis præmiis amare, adversitatis metum in corde superare. S. Greg. lib. 8 Moral.

Non est vir fortis, cui non crescit animus in ipsa rerum difficultate. S. Bern. in Epist.

Es propia de una alma grande la fortaleza, que sirve de escudo á todas las virtudes, y observa rectamente la ley; que por medio de un contínuo combate resiste á todos los vicios, es invencible en los trabajos é imperturbable en los peligros.

El nécio cambia como la luna. El hombre prudente no se acobarda por el temor, no se muda por el influjo del poder, no se exalta en la prosperidad, ni desalienta en la adversidad. Allí pues donde hay la sabiduría y la virtud, hay tambien constancia y fortaleza.

Es propio del varon justo y constante, el no desmayar en la tribulacion, ni enorgullecerse en la prosperidad, sino poseer, en ambos casos, una perfecta igualdad de ánimo.

Así como tenemos por justo y fuerte al hombre, que vive en la continencia, en la perseverancia y en el trabajo, por más que sea tentado; al contrario, miramos como inconstante y perezoso al que lleva una vida ociosa, descuidada y afeminada.

El que está dotado de una fortaleza verdadera, ni es temerariamente osado, ni ridículamente medroso.

La fortaleza de los justos consiste en domar la carne, en contrariar la propia voluntad, en matar la aficion á esta vida caduca, en amar las penas de este mundo como prenda de la eterna gloria, en sobreponerse al miedo de las persecuciones.

No es varon fuerte el que no manifiesta más constancia á proporcion que se aumentan los obstáculos.

FRAGILIDAD.

Fortitudo vestra favilla stuppæ.
Vuestra fortaleza será igual á la pavesa de la estopa arrimada á la lumbre.
(Isai. i, 31)

Basta y sobra, hermanos mios, la propia experiencia, para persuadirnos de la suma debilidad del hombre, y de la gran dificultad que encuentra en conservarse en el estado de la gracia. El gérmen de la concupiscencia nos inclina de contínuo al mal, y tiene á su disposicion otros tantos auxiliares, que trabajan de consuno para perdernos, cuantas son nuestras propias pasiones. No hay un momento siquiera

fueran corderillos, y porque mató al gigante Goliat en el nombre del Señor de los ejércitos (Eccli. xlvii). Pero mucho más le alaba por el temple de su corazon, por sus heróicas virtudes y por la penitencia con que supo humillar su cuerpo y su corazon criminal.

Véase la constancia ó fortaleza que manifestaron, en vista de los mayores peligros, Matatías y sus hijos (I Machab. ii y sig.), Eleázaro (II Machab. vi), y los siete hermanos Macabeos (Ibid, vii).

Véase tambien la fortaleza que los apóstoles tuvieron delante de los tribunales y en medio de los mayores peligros y tormentos. De ellos, dice el sagrado texto, que *ibant gaudentes à conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati* (Actor. v).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Non mediocris animi est fortitudo, quæ sola defendit ornamenta virtutum omnium, et justitiam custodit: quæ inexpiabili prælio adversus omnia vitia decertat, invicta ad labores, fortis ad pericula. S. Ambros. lib. 1 de offic.

Stultus ut luna mutatur. *Sapiens enim non metu frangitur, non potestate mutatur, non attollitur prosperis, non tristibus mergitur. Ubi enim sapientia, ubi virtus est, ibi constantia et fortitudo.* Idem, in Epist. ad Simplic.

Justi et fortis viri est, nec adversis frangi, nec prosperis sublevari; sed in utroque esse moderatus. S. Hieron. super Joel.

Sicut continens vita, labor, perseverantia, et agonum certamina faciunt unumquemque virum virtutis appellari; sic è contrario vita remissa, negligens et ignava, facit virum ignavum judicari. Orig. in lib. Num. com. 25.

Qui vera virtute fortis est, nec temere audet, nec inconsulte timet. S. August. in Epist. ad Hieron.

Fortitudo justorum est, carnem vincere, propriis voluntatibus contraire, delectationem vitæ præsentis extinguere, hujus mundi aspera pro æternis præmiis amare, adversitatis metum in corde superare. S. Greg. lib. 8 Moral.

Non est vir fortis, cui non crescit animus in ipsa rerum difficultate. S. Bern. in Epist.

Es propia de una alma grande la fortaleza, que sirve de escudo á todas las virtudes, y observa rectamente la ley; que por medio de un contínuo combate resiste á todos los vicios, es invencible en los trabajos é imperturbable en los peligros.

El nécio cambia como la luna. El hombre prudente no se acobarda por el temor, no se muda por el influjo del poder, no se exalta en la prosperidad, ni desalienta en la adversidad. Allí pues donde hay la sabiduría y la virtud, hay tambien constancia y fortaleza.

Es propio del varon justo y constante, el no desmayar en la tribulacion, ni enorgullecerse en la prosperidad, sino poseer, en ambos casos, una perfecta igualdad de ánimo.

Así como tenemos por justo y fuerte al hombre, que vive en la continencia, en la perseverancia y en el trabajo, por más que sea tentado; al contrario, miramos como inconstante y perezoso al que lleva una vida ociosa, descuidada y afeminada.

El que está dotado de una fortaleza verdadera, ni es temerariamente osado, ni ridículamente medroso.

La fortaleza de los justos consiste en domar la carne, en contrariar la propia voluntad, en matar la aficion á esta vida caduca, en amar las penas de este mundo como prenda de la eterna gloria, en sobreponerse al miedo de las persecuciones.

No es varon fuerte el que no manifiesta más constancia á proporcion que se aumentan los obstáculos.

FRAGILIDAD.

Fortitudo vestra favilla stuppæ.
Vuestra fortaleza será igual á la pavesa de la estopa arrimada á la lumbre.
(Isai. i, 31)

Basta y sobra, hermanos mios, la propia experiencia, para persuadirnos de la suma debilidad del hombre, y de la gran dificultad que encuentra en conservarse en el estado de la gracia. El gérmen de la concupiscencia nos inclina de contínuo al mal, y tiene á su disposicion otros tantos auxiliares, que trabajan de consuno para perdernos, cuantas son nuestras propias pasiones. No hay un momento siquiera

en que éstas dejen de hacernos la más cruda guerra. A estos enemigos interiores, agréganse los exteriores, enemigos sagacísimos, que expian nuestro flanco débil, y están en contínua vigilancia para ofrecernos ocasiones de pecar.

¿Cómo podremos resistir á tantos y tan formidables adversarios? ¿Cómo nos será dable vencer en tan comprometida lucha? Las armas de Dios, hermanos mios, han de darnos la victoria. *Induite vos armaturam Dei,* nos dice el Apóstol, *ut possitis stare adversus insidias diaboli* (Ephes. vi, 11). Revestíos, pues, de las armas de Dios para resistir á los ataques del diablo. Notad bien esta frase, hermanos mios; no nos dice S. Pablo que tomemos en nuestras manos las armas de Dios, sino que nos revistamos de ellas; es decir, que nos cubramos con ellas, de suerte, que no quede en nuestro cuerpo una sola parte sin cubrir y preservar; porque allí donde el enemigo vea una parte descubierta, allí dirigirá sus tiros. ¡Ay del que no se cubre con estas armas! ¡Ay del que confia en sus propias fuerzas! Esta confianza le arrastrará á una derrota; esta lóca presuncion pondrá sobre la cabeza de su rival la corona de la victoria.

¿Sabeis, hermanos mios, por qué se ven tantas terribles caidas, tantas víctimas del pecado, tantas victorias de Satanás? Porque muchos, olvidando que estamos amasados en la iniquidad, segun la frase de David, confian en sí mismos. Nuestra fortaleza, dice el Espíritu Santo, es como la estopa arrimada al fuego; por consiguiente, el que no desconfia de sí propio está perdido. Permitidme, pues, que os hable de nuestra natural fragilidad; conociéndola, aprendereis á desconfiar de vuestras fuerzas, y os inspirará el deseo de cubriros con las armas, que pueden proporcionaros tantas victorias, cuantos sean los ataques que os dirija el infierno. Invoquemos ántes los divinos auxilios por la mediacion de la Vírgen. A. M.

1. ¡Desgraciado el mortal que confia en sí propio! Su presuncion se verá abatida; y cual frágil caña que el viento troncha, se verá reducido á la más triste impotencia y ruina, tan luego como sople el huracan de la tentacion. ¡Miserable condicion la nuestra! Un ligerísimo soplo basta para derribarnos y perdernos. Una palabra, un pensamiento, un deseo, derrumba lo que parecia sólido fundamento de virtud y perfeccion. Para señalar esta fragilidad, puso Simon Macabeo en torno del sepulcro de sus padres siete magníficas y hermosas columnas, adornadas con los más gloriosos trofeos de guerra, y sobre ellas siete naves muy grandes, que pudieran verse desde el mar, que distaba doce leguas de la ciudad de Modin, en donde edificó tan suntuoso sepulcro (I Mach. xiii, 27 et seq.) Juntó la firmeza y la solidez de la columna á la instabilidad de la nave, para dar esta importante enseñanza á los que la observasen desde el mar. Temed, navegantes, en un mar proceloso é inconstante, no confieis en vuestra fortaleza. Aquí descansan los más generosos defensores de Israel, firmísimas columnas de rectitud y perfeccion; sin embargo, fluctuaron y se vieron en mil peligros, cuando surcaron las engañosas aguas que hoy surcais vosotros. No lo dudeis, el hombre más fuerte es en el mundo una inconstante y frágil navecilla.

Con efecto; ¿qué columnas pueden darse más fuertes, más enriquecidas por la mano del Criador, más favorecidas con su virtud que los ángeles, espejos tersos y brillantes de perfeccion y de hermosura? Sin embargo, un débil soplo de soberbia los derribó hasta un extremo de abatimiento y de oprobio. Como firmes y duraderas columnas fueron criados nuestros primeros padres, y colocados por el Señor en un paraíso de delicias; y, con todo, la débil persuasion del espíritu del error los humilló, los perdió, y con ellos á toda su descendencia. David creia ser una incontrastable peña capaz de resistir los vientos y las tempestades: lleno de confianza y de seguridad en la abundancia de sus tesoros de virtud, dice con ánimo resuelto: *Non movebor in æternum* (Psalm. xxix, 7), no experimentaré nunca mudanza alguna; y, con todo, ofrece á la posteridad un vergonzoso testimonio de su fragilidad, dando al traste con toda su virtud y firmeza al leve impulso de una mirada imprudente.

Y ¿qué diremos de S. Pedro, firme columna de la verdad? Habíale dicho Jesús, y con él á los demás discípulos: «Todos vosotros padecereis escándalo por ocasion de mí esta noche, y me abandonareis; porque escrito está: heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño (Matth. xxvi, 31).» A esta prediccion contestó resuelto el apóstol: «Aún cuando todos se escandalizaren por tu causa, yo nunca me escandalizaré (Matth. xxvi, 33).» ¡Qué dices, hombre miserable! ¿Cómo te atreves á confiar en tí mismo, contra la expresa afirmacion de tu divino Maestro? ¿Ignoras que eres polvo y ceniza, y que, sin el auxilio de su gracia, nada tienes de tuyo sino un fondo de miseria, que puede precipitarte en los más enormes delitos? ¿Acaso te juzgas más fuerte que los demás, porque has sido ascendido al primado del apostolado? ¿No caen tambien los robustos cedros del Líbano? Pues yo te aseguro, respondió Jesús, que esta misma noche me has de negar tres veces (Matth. xxvi, 34). En vano, el Señor recuerda al hombre presuntuoso, que corre gran riesgo su virtud cuando se fia en el débil apoyo de su propia fortaleza. Nada se opone tanto al temor santo

de Dios como ese desórden, que conduce al mortal á creerse capaz de todo. La arrogancia, que le deslumbra, le hace mirar las más justas precauciones como excesos de debilidad, propios únicamente de almas pequeñas y extremadamente meticulosas. Así, por más que Jesucristo dijese á S. Pedro: «Simon, Simon, mira que Satanás va tras de vosotros para zarandearos como el trigo (Luc. xxii, 31).» S. Pedro replicó: «Dígote, Señor, que estoy pronto á ir contigo á la cárcel y aún á la muerte (Luc. xxii, 33).» Pues bien, ese hombre, que se creia capaz de las más árduas y difíciles empresas; ese hombre, que con tanta serenidad aseguraba, que jamás su corazon se intimidaria; ese hombre, que en el huerto de Getsemaní hizo frente con su espada á todo un pueblo amotinado y feroz, para impedir que se apoderase de Jesucristo; ese hombre, repito, sucumbe luego á la débil voz de una criada. ¡Monumento terrible de la humana debilidad!

¡Oh! ¡pudiese yo en este momento abrir las puertas de aquella region desolada, donde sufren incomprensibles tormentos los que tuvieron la desgracia de morir en pecado mortal! ¡Pudiese yo presentar á vuestra vista las almas, que en el infierno experimentan todo el rigor de la divina justicia! ¿Quién, les preguntaria para enseñanza vuestra, quién os ha arrojado á este abismo de tormentos? *Iniquitates nostræ*, responderian todos, *iniquitates nostræ, quasi ventus abstulerunt nos* (Isai. lxiv, 6). Cuando más confiábamos en nuestra fortaleza, fuimos todos derribados por el ligero viento de nuestras pasiones. Pero ¿qué necesidad tenemos de esta leccion? Examinemos un poco nuestra conducta y confesaremos nuestra fragilidad. ¿Cuántas veces hemos prometido al Señor, que jamás volveríamos á ofenderle, y que ántes perderíamos mil vidas, que faltar á sus preceptos? ¿Qué propósitos no hemos hecho de ser virtuosos, siempre que nos hemos acercado al santo tribunal de la reconciliacion? ¿Con qué valor hemos protestado mil veces, no separarnos en tiempo alguno de los principios religiosos? Mas ¡ay! no contamos con nuestra natural fragilidad; no recurrimos al cielo, de donde únicamente podia venirnos el auxilio para no caer; y cuando nos pareció que estábamos firmes y que nada podria movernos, nos encontramos envueltos en una estrepitosa ruina, en el abismo del crímen.

2. Temamos, pues, por nuestra fragilidad. El apóstol S. Pablo, despues de rudos y continuados ayunos y de oraciones fervorosas, despues que pudo decir, que toda su conversacion era del cielo, despues de molestas peregrinaciones por la causa de Jesucristo, despues de singularísimos favores del cielo, cuyas delicias gustó en la tierra, unido ya con Jesucristo, y tan separado del mundo, que decia: «el mundo está muerto y crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo (Gal. vi, 14);» despues de todo esto, repito, temia de su fragilidad.

¿Quién no temerá de su fragilidad al ver que temia ese gran santo? ¿Quién no temerá al considerar nuestra propension al mal? Los israelitas, tan favorecidos por Dios en el desierto, son arrastrados como débil paja por el fuego de la infernal serpiente, que los devora, y consumiendo en sus corazones el celo del verdadero Dios, les induce á adorar una destructible obra de sus manos. Este fué el más horrendo estrago que hizo el pecado en el hombre. Abrasado una vez en el fuego de la concupiscencia y del error, aunque sus fatales llamas se hayan extinguido por la gracia del Redentor, quedó su naturaleza como yesca, que al más suave contacto con el fuego se enciende, abrasa y consume. Una chispa de las riquezas de Naaman, se introduce en el corazon de Giezi, y al punto enciende en él una fatal codicia. De la esencia olorosa que la Magdalena derrama á los piés de su divino Maestro, salta una centella al corazon de Júdas, y levanta las terribles llamas de codicia, de traicion y de abandono. Mas ¿para qué necesitamos testimonios en comprobacion de una verdad de que nos convence la propia experiencia? Consultemos nuestro mismo corazon. ¿Qué violenta agitacion no ha producido en nosotros, más de una vez, una palabra, un movimiento? Pues, ¿quién no temerá?

Desconfiemos, pues, de nosotros mismos, y apoyémonos únicamente en la gracia del Señor. Léjos de nosotros la temeridad y la presuncion, que tantos males acarrean, que á tan funestas caidas han traido á las más fuertes columnas del cristianismo, y condujeron á su ruina á la piedra fundamental del grandioso edificio de la Iglesia. Tengamos siempre presente lo que el mismo apóstol S. Pedro, arrepentido ya, decia á sus discípulos, y con ellos á nosotros: «Los que despues de haberse apartado de los vicios por el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, vuelven á entregarse á ellos, su postrera condicion viene á ser peor que la primera. Mejor les fuera no haber conocido el camino de la justicia, que, despues de conocido, volver atrás y abandonar la ley santa del Señor (II Petr. ii, 20 et 21).» Solo Dios puede sostener nuestra debilidad en medio de los contínuos peligros que nos cercan; pongamos, pues, en él, nuestra confianza; pidámosle con fervor su gracia, y de este modo haremos frente á la seduccion, y nos libertaremos del funesto ascendiente de las pasiones, que tantas veces nos han conducido al pecado.

¡Redentor amabilísimo! no permitais que nosotros desmintamos jamás el carácter de discípulos vuestros con nuestras palabras y obras.

Mil veces hemos infringido vuestros santos preceptos, porque, olvidando nuestra miseria, nos precipitamos en las ocasiones peligrosas, y arrostramos temerariamente unos riesgos, en que era difícil sostenerse aún la más sólida virtud. Haced, pues, que en adelante desconfiemos de nosotros mismos, huyamos de los peligros de ofenderos, vivamos siempre en vuestro santo temor, y con este temor triunfemos de nuestros enemigos, alcancemos los efectos de vuestra misericordia, y la gloria eterna, que á todos deseo. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

FRAGILIDAD.—Cualesquiera que sean los triunfos que hubiéremos obtenido, nunca debemos olvidarnos de nuestra fragilidad.

Cualquiera que sea la experiencia que tuviéremos de nuestra fragilidad, nunca hemos de desconfiar.

FRAGILIDAD.—Siendo una enfermedad difundida en todo nuestro sér, nos obliga á velar minuciosamente sobre todas nuestras facultades, potencias y sentidos.

Siendo la fragilidad nuestra compañera inseparable en este mundo, debe hacernos desear el paraiso.

Siendo la fragilidad comun á los buenos y á los malos, debe considerársela como un obstáculo para nuestra salvacion.

FRAGILIDAD.—La de los justos alienta á los malos para pedir su cooperacion con objeto de obrar el mal.

La fragilidad de los malos obliga á los justos á retraerse de su compañía.

FRATERNIDAD.

Charitas fraternitatis maneat in vobis.
Conservad siempre la caridad para con vuestros hermanos.
(HEBR. XIII, 1.)

Si hay una idea que conmueva la opinion, que inspire bellas páginas y fomente las grandes obras, es seguramente la idea de la fraternidad. Miéntras el mundo mira con desden ciertas virtudes evangélicas, la fraternidad cuenta con amigos entusiastas y generosos, que exageran hasta sus derechos, que están equivocados sobre los medios de establecerla, pero que la proclaman como el fin último de toda la historia y de toda la actividad humana. Sin embargo, vemos por dó quiera familias, que se retraen cuanto pueden unas de otras por el rango y la influencia; hombres de corazon duro, que tratan á la tierra, no como patrimonio de todos, sino como patrimonio privilegiado de los más fuertes, de los más astutos, de los más felices; vemos por todas partes la elevacion del menor número y la miseria de la mayor parte de los hombres. ¿Cómo se explica esto? La palabra fraternidad está constantemente en los lábios, y, sin embargo, la verdadera fraternidad no reina en el mundo. ¿Por qué esta contradiccion entre las palabras y los hechos? La doctrina católica es la única que ha producido y produce la caridad de fraternidad; y como los que más hablan de fraternidad son, de ordinario, los que más atacan la doctrina católica, por eso los hechos están en contradiccion con las palabras. No nos forjemos ilusiones; el verdadero amor, la caridad de fraternidad solo se encuentra en las almas que están animadas de la virtud de Jesucristo, en pechos verdaderamente católicos; por consiguiente, no habrá en el mundo verdadera fraternidad, miéntras deje de practicarse la doctrina católica. Esto es lo que me propongo demostraros. Imploremos ántes los auxilios necesarios. A. M.

1. Parece que la fraternidad deberia manifestarse en nosotros é inoculársenos por un medio tan sencillo y tan natural como nuestra vida. Y á la verdad, ¿qué somos nosotros? ¿No somos individuos de una misma familia é hijos de un mismo padre? En vano intentaríamos borrar las páginas de nuestra genealogía; todos, sin excepcion,

Mil veces hemos infringido vuestros santos preceptos, porque, olvidando nuestra miseria, nos precipitamos en las ocasiones peligrosas, y arrostramos temerariamente unos riesgos, en que era difícil sostenerse aún la más sólida virtud. Haced, pues, que en adelante desconfiemos de nosotros mismos, huyamos de los peligros de ofenderos, vivamos siempre en vuestro santo temor, y con este temor triunfemos de nuestros enemigos, alcancemos los efectos de vuestra misericordia, y la gloria eterna, que á todos deseo. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

FRAGILIDAD.—Cualesquiera que sean los triunfos que hubiéremos obtenido, nunca debemos olvidarnos de nuestra fragilidad.

Cualquiera que sea la experiencia que tuviéremos de nuestra fragilidad, nunca hemos de desconfiar.

FRAGILIDAD.—Siendo una enfermedad difundida en todo nuestro sér, nos obliga á velar minuciosamente sobre todas nuestras facultades, potencias y sentidos.

Siendo la fragilidad nuestra compañera inseparable en este mundo, debe hacernos desear el paraiso.

Siendo la fragilidad comun á los buenos y á los malos, debe considerársela como un obstáculo para nuestra salvacion.

FRAGILIDAD.—La de los justos alienta á los malos para pedir su cooperacion con objeto de obrar el mal.

La fragilidad de los malos obliga á los justos á retraerse de su compañía.

FRATERNIDAD.

Charitas fraternitatis maneat in vobis.
Conservad siempre la caridad para con vuestros hermanos.
(HEBR. XIII, 1.)

Si hay una idea que conmueva la opinion, que inspire bellas páginas y fomente las grandes obras, es seguramente la idea de la fraternidad. Miéntras el mundo mira con desden ciertas virtudes evangélicas, la fraternidad cuenta con amigos entusiastas y generosos, que exageran hasta sus derechos, que están equivocados sobre los medios de establecerla, pero que la proclaman como el fin último de toda la historia y de toda la actividad humana. Sin embargo, vemos por dó quiera familias, que se retraen cuanto pueden unas de otras por el rango y la influencia; hombres de corazon duro, que tratan á la tierra, no como patrimonio de todos, sino como patrimonio privilegiado de los más fuertes, de los más astutos, de los más felices; vemos por todas partes la elevacion del menor número y la miseria de la mayor parte de los hombres. ¿Cómo se explica esto? La palabra fraternidad está constantemente en los lábios, y, sin embargo, la verdadera fraternidad no reina en el mundo. ¿Por qué esta contradiccion entre las palabras y los hechos? La doctrina católica es la única que ha producido y produce la caridad de fraternidad; y como los que más hablan de fraternidad son, de ordinario, los que más atacan la doctrina católica, por eso los hechos están en contradiccion con las palabras. No nos forjemos ilusiones; el verdadero amor, la caridad de fraternidad solo se encuentra en las almas que están animadas de la virtud de Jesucristo, en pechos verdaderamente católicos; por consiguiente, no habrá en el mundo verdadera fraternidad, miéntras deje de practicarse la doctrina católica. Esto es lo que me propongo demostraros. Imploremos ántes los auxilios necesarios. A. M.

1. Parece que la fraternidad deberia manifestarse en nosotros é inoculársenos por un medio tan sencillo y tan natural como nuestra vida. Y á la verdad, ¿qué somos nosotros? ¿No somos individuos de una misma familia é hijos de un mismo padre? En vano intentaríamos borrar las páginas de nuestra genealogía; todos, sin excepcion,

procedemos de un mismo lugar; y miéntras el orgullo se crea, fuera del género humano, ilustres y especiales antigüedades, la sangre de Adan habla más alto que todos los títulos, y nos humilla á los piés de nuestro patriarca, como á los piés de nuestro Dios. Con todo, á pesar de esta evidente comunidad de orígen y esta fraternidad, que ha establecido la naturaleza entre nosotros, ¡ qué espectáculo nos presenta la historia, si la consideramos fuera de la doctrina católica! Algunos años ántes de la venida de Jesucristo, una gran parte de la humanidad no tenia pátria, ni familia, ni derechos; estaba inscrita en la ley como si se tratase de una cosa cualquiera y no de los hombres. Tratábasela como una raza de animales más inteligentes, más fuertes que los irracionales; pero que no tenian otra distincion sobre ellos, que el ser más aptos para prestar una servidumbre más provechosa. Hé aquí lo que el hombre hizo del hombre en cuatro mil años; hé aquí á lo que estaba reducida ántes de Jesucristo la fraternidad.

Examinemos, amados oyentes, la causa de este hecho, para comprender la grandeza y la dificultad de la revolucion realizada bajo este concepto por la doctrina católica. La causa de aquel desórden es que el hombre no ama al hombre, porque el hombre no ama el trabajo, porque el hombre no ama la reparticion de sus bienes, porque el hombre, en fin, no ama naturalmente nada de lo que constituye la fraternidad.

El hombre no ama al hombre, porque el amor, este encanto inexplicable, que nos inclina hácia un objeto y nos empele, ménos que á entregarnos á él, á refundirnos en él; el amor, esta maravilla la más incomprensible de nuestra naturaleza, no reconoce sino una causa rara y pasajera en el género humano. Quisiera omitir su nombre, y tengo, hasta cierto punto, algun reparo en nombrarlo en esta cátedra; pero me es imposible prescindir de mencionarlo. El amor no tiene más que una causa, y esta causa es la belleza. Colóquese el hombre en presencia de una naturaleza en que se descubra este don terrible, y como no le preserve un auxilio especial, experimentará sus efectos. Por rebelde, por orgulloso que sea, se inclinará á los piés de lo que ha visto y que le ha subyugado con una mirada. Pero esta belleza, causa del amor, es rara y transitoria en el humano linaje. Solo pertenece á un reducido número; y los séres que están dotados especialmente de esta cualidad, solo gozan un momento de los triunfos que les proporciona. Adorados un dia de su vida, conocen en breve la fragilidad del don que se les ha hecho; los aduladores se apartan á proporcion que van en aumento los años, y algunas veces no se necesita siquiera la cooperacion de los años. El corazon, cautivado á viva fuerza, se desprende con rapidez, y de experiencia en experiencia, llegan estos séres, á quienes se ha querido tanto, á no conservar de sí mismos y de los obsequios de los demás nada sino el recuerdo. La belleza, que es el orígen del amor, lo es tambien de las mayores desolaciones que hay en el mundo, como si la Providencia y la naturaleza se arrepintiesen de haber hecho á algunos tan singular obsequio.

Si esta es la causa del amor, ¿cómo será amado el linaje humano? Prescindiendo del corto número que posee esta cualidad, y aún con tantas imperfecciones, ¿qué es todo lo demás? ¿Qué ve el hombre á su alrededor? Hombres, no solamente desprovistos de la gracia y de la majestad de su naturaleza, ya que no desfigurados por el trabajo, envilecidos por males sin cuento; hombres en quienes nada se descubre, sino una especie de máquina en movimiento. Y si prescindiendo del cuerpo fijamos la atencion en el alma, se revelan en ella la miseria y la vergüenza bajo aspectos más tristes, que ni aún inspiran la compasion suficiente para no despreciárselos. ¿Qué resta, pues, del amor? ¿En qué resto ó resabio de belleza se fijará el hombre para amar al hombre, y compartir fraternalmente con él las penalidades del trabajo y el goce de sus bienes?

El hombre no ama el trabajo. Ama solamente una actividad que lisonjee el orgullo é ilusione al tedio; una actividad que presta interés al descanso, y nos proporciona sin fatiga la satisfaccion de gozar de este mundo. Esta es la actividad desidiosa del mando que nos seduce; pero desde que media cansancio real del espíritu ó del cuerpo, tratamos de echarlo sobre los otros, en cuanto nos es posible: el trabajo es una pena. Fué impuesta al hombre cuando Dios le arrojó del paraiso terrenal. Al rechazar el trabajo, no hacemos más que rechazar un castigo; y para aceptarlo, cuando no le tenemos aficion, necesitamos toda la fuerza de la necesidad. Ahora bien; el hombre no tiene amor al hombre; y el horror del trabajo, combinado con su necesidad, le inspira sin cesar la idea y la tentacion de la servidumbre en los otros. ¡Cuán ajenas son estas ideas á la fraternidad, que consiste en la reparticion recíproca de los afectos, del trabajo y de los bienes!

Creerán tal vez algunos, que en llegando el hombre á cierto grado de riqueza, y miéntras se vea saciado con lo supérfluo, no experimentará pena alguna en dar lo que es inútil, aún para el lujo más exigente; pero esto es un error. El hombre no dá cosa alguna voluntariamente. Cuando no sabe qué hacer de su dinero, compra tierras que le producen; y si con esto no se satisface, sepulta en profundas arcas este oro inútil bajo todos conceptos, dándose algunas veces el placer de contemplarlo, de contarlo, y de saber cuantos escudos ha

tenido de aumento su felicidad. La intensidad del gozo que con esto experimenta, lo ignoramos, porque nadie aprecia bien otras pasiones que las de que uno mismo ha sido víctima.

Si el hombre no ama al hombre, si odia el trabajo y aborrece toda reparticion de sus bienes, ¿quién no ve al fin de estas disposiciones de su alma, como una consecuencia inevitable, la realidad de la servidumbre? ¿Por qué no he de abusar de la fuerza contra el hombre á quien desprecio, para sujetarle á un trabajo de que yo me libro, y que satisface á un tiempo mi fortuna y mi orgullo? ¿Por qué no he reunir el mayor número posible de hombres, á la satisfaccion de todos mis sentidos? ¿Por qué no he de tener, si puedo, criados que esquiven de mi rostro los insectos importunos, otros que me lleven en palanquines, otros que me tengan dispuesto un vaso de agua cuando yo tenga sed, y otros que me hagan compañía y que me obsequien? Tal vez no se me presente la ocasion de sujetar á mis semejantes; pero ¿cuándo han faltado ocasiones en el mundo á los opresores? Una vez introducidas en el corazon del hombre las causas de la servidumbre, ¿quién se opondrá á ellas? ¿Dónde se apoyarán los débiles contra los fuertes? ¿Quién hablará al hombre, si el hombre le desprecia? Por un efecto de falta de amor y de pasion para engrandecerse, se formarán necesariamente generaciones desheredadas; estas generaciones se agitarán, impondrán temor á los dichosos del mundo; será preciso crear una fuerza que quite á los oprimidos toda idea de rebelarse, y que permita al egoismo vivir con tranquilidad. ¡Qué medio más natural de reducirles á una servidumbre que les envilezca á sus propios ojos, y no les permita ni aún soñar en revindicar su dignidad!

No son estas, amados oyentes, quiméricas interpretaciones de los sentimientos del hombre. Dios permitió que subsistiese la servidumbre hasta ahora, para revelaros sin cesar, aún á vosotros, lo que sois, sin la caridad, que de él procede. Hubierais podido creer, que amais á los hombres por vosotros mismos, y que basta la filantropía para hacer general la fraternidad. Dios ha cuidado de desengañaros. Haced que los europeos pasen á otro grado de latitud, y se trasladen á otro clima más ardiente, y vereis como entienden la filantropía en los ingenios y fábricas de azúcar. Luego que se hayan proporcionado algunos esclavos, sabrán encontrar las razones más poderosas en favor de la servidumbre. Hé aquí al hombre, hé aquí los obstáculos que debia hallar en él la doctrina católica para el establecimiento de la fraternidad. Veamos como lo ha hecho para triunfar.

2. Cuando Jesucristo quiso fundar el apostolado, pronunció estas palabras: *Id y enseñad á todas las naciones.* Pero le costó más fundar la fraternidad. Refirióse á ella muchas veces, y le dedicó varios consejos y preceptos. «Os doy, dijo una vez, un mandamiento nuevo; que os ameis los unos á los otros, así como yo os he amado; en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si teneis caridad entre vosotros (JOAN. XIII, 34 et 35).» Observad en primer lugar, oyentes, estas expresiones: «Os doy un mandamiento nuevo.» Jesucristo no las empleó más que en esta ocasion, á lo ménos de una manera tan explícita. Y Jesucristo añade, que este será el signo por el que se conocerán sus discípulos; no porque la humildad, la castidad y las demás virtudes, no sean tambien signos muy evidentes y muy ciertos de la profesion cristiana, sino porque la caridad es el océano donde comienzan y donde terminan todas las virtudes.

Haced otra observacion, oyentes: al publicarse la doctrina católica en el mundo, no dice: Levantaos, armaos, revindicad vuestros derechos; sino que dice con calma y sencillez: *Amaos unos á otros;* si hay alguno de vosotros que se queje de no ser amado, sea el primero en amar; el amor produce el amor. Cuando se amen dos, y se haya notado la tranquilidad y alegría de su corazon, otro deseará ser amado tambien, dando su amor, y á este seguirán muchos otros. Lo que os falta no es un derecho, sino una virtud. Ahora bien, la ley es ineficaz para infundiros una virtud, para proporcionaros una de esas victorias. No se adquiere una virtud en los campos de batalla; el alma es la única tierra donde la siembra y la recoge Dios. ¿Qué haceis cuando os hace falta una planta que necesitais ó apeteceis? La buscais léjos, bajo el sol que le dá vida; la sembrais y la cultivais con tanto más cuidado, en cuanto está fuera de su clima natal. ¡Ah! oyentes, la regeneracion de la virtud no se diferencia de la de esa planta; no se diferencia de ella, sino en que es ocioso ir tan léjos á buscarla; el reino de Dios está dentro de vosotros: la tierra es vuestra alma, y la semilla acabais de recibirla en estas palabras: *Amaos unos á otros.*

Si alguno de vosotros quiere ser el primero, dijo en otra ocasion Jesucristo, que sea el último: y quien quiera ser el mayor, que sea vuestro siervo; así como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir. (MATTH. XX, 26 ET SEQ.)» Os quejais de ser esclavos; no sabeis lo que decís: esclavo es quien sirve á pesar suyo: servid de propia voluntad, y desaparecerá la esclavitud. Se os ha dicho, que la mayor desgracia y el mayor oprobio es la esclavitud; y yo os digo: haced de la servidumbre un acto de amor; y entónces lo que era ignominia, será gloria; lo que era esclavitud, llegará á ser adhesion; lo que era lo último, llegará á ser lo primero, lo que era el colmo

del infortunio llegará á ser el éxtasis. ¿No sabeis que nada hay más dulce que el amor? Y cuando se ama, se dá; cuando se dá, se sirve; y cuando se sirve por amor, se goza de la felicidad. Servid, pues, amando, y nada os faltará! Amad á vuestros señores, y los desarmareis, y los persuadireis á que os amen tambien, y que se amen mútuamente. Nada es tan comunicativo como la virtud que llega al grado de amor. Vuestros dueños os tenian por enemigos; os tenian más temor que ódio; cuando vean, pues, que los amais, y que los servís espontáneamente, se abrirán sus ojos, y nacerá vuestra libertad por sí misma, como brota un fruto del árbol, y cae por sí, cuando está en sazon.

«Bienaventurados los pobres de espíritu, dijo tambien Jesucristo, porque de ellos es el reino de los cielos.» Os quejais de la insensibilidad del rico; no hagais caso de él: amad la pobreza, y dad lo poco que teneis á los que tienen ménos que vosotros. No digais que no podeis privaros de vuestros bienes si otros no hacen lo mismo; dad los vuestros, desde luego, otros os darán tambien los suyos.

Toda esta doctrina es, sin disputa, tan sencilla como profunda; y no obstante, nadie habia sabido encontrarla. Pero esta doctrina es aún poca cosa; es necesario que se haga eficaz por sí misma, sin auxilio de ninguna victoria y de ninguna legislacion. Es necesario que sea aceptada libremente, es necesario que se la ponga en práctica, y esto sin contrariedad, con todos los instintos de la humanidad. Se ha dicho al hombre, que ame al hombre, á él, que no le amaba; se le ha dicho, que le sirva, á él, que solo quiere ser servido; se le ha dicho, que dé sus bienes, á él, que se horrorizaba de desprenderse de ellos. Y no obstante, ¿cuál ha sido su éxito? Volvamos algunas páginas del Evangelio, y leeremos lo siguiente: «La muchedumbre de los creyentes no tenia más que un corazon y un alma, y ninguno de ellos decia ser suyo propio nada de lo que poseia, sino que todas las cosas les eran comunes; y no habia ningun necesitado entre ellos, porque cuantos poseian campos ó casas, las vendian y traian el precio de lo que vendian, y lo ponian á los piés de los apóstoles, y repartian á cada uno lo que habian menester. (Act. iv, 32 et seq.)» La república cristiana estaba formada; república nueva; república desconocida, en que todo el mundo no tenia más que un nombre, el de hermano.

Pero esta república no debia limitarse á una region del mundo, ni constituir en él una clase dichosa, dando de léjos á los hombres el ejemplo de la fraternidad. Tenia delante de sí toda la tierra como único límite de su realizacion, y estaba destinada á establecer en todas partes la reparticion recíproca del amor, del trabajo y de los bienes. Para esta grandiosa obra necesitaba un sacerdocio fundado en el principio de la fraternidad; y lo creó. Destinó para los cargos del gobierno y de la propagacion, no á los príncipes y sábios, sino á aquellos hermanos suyos, en quienes, sin distincion de cuna, fuese mayor la caridad; eligió al hijo del pastor y al hijo del esclavo; puso en su cabeza la corona del sacerdote, la mitra del obispo, la tiara del pontífice; y dijo en alta voz á los príncipes del mundo: Mirad aquel á cuyas plantas ireis á buscar la luz y la bendicion: vosotros, césares, os despojareis un dia de vuestro orgullo, y os inclinareis ante el hijo de vuestro siervo, oculto en otro tiempo en los subterráneos de vuestros palacios: á él confesareis vuestras culpas, y él, tendiendo la mano sobre vosotros os dirá: en el nombre de Dios ¡césar! se te perdonan tus pecados: vete, y no hagas más lo que has hecho. Fácil era de prever el resultado de esto. En cuanto el pobre y el pequeño, eran elevados por el mérito de la humildad al trono de la predicacion y al tribunal de la conciencia, tomaba la naturaleza humana una dignidad sacada de su fondo y de una virtud accesible á todos; no era ya el nacimiento y la guerra, la casualidad ó la habilidad, orígenes distintos de exclusion y de opresion; no era ya el egoismo, sino la caridad, la que tenia el cetro de los destinos del género humano: la esclavitud perdia toda su significacion; y esto, sin mediar luchas entre los señores y los esclavos, sin revoluciones súbitas y sangrientas, sucedia por el órden natural de los acontecimientos.

Pero el trabajo de la fraternidad no se reducia á destruir la esclavitud; debia tambien proveer al servicio de las miserias humanas. La doctrina católica creó para ellas el servicio gratuito, es decir, el servicio de adhesion, sin otra recompensa que la estrictamente necesaria. Este servicio llevaba consigo indispensablemente la castidad absoluta; sustituia á la familia todo el género humano. No os recordaré su historia, porque todos la sabeis. ¡Quién ignora la ingeniosa fecundidad con que proveyó la doctrina católica de padres y de madres á todos los desgraciados! Vigilando en cada siglo sus propias miserias, ha suscitado cada vez nuevos servidores. Ha hecho surgir á la hermana de la caridad, con la misma facilidad con que formó al caballero de Malta; al hermano de la Merced, lo propio que al amigo del loco y al amigo del leproso. A la vista teneis contínuos ejemplos de estas creaciones, en que la fuerza de la caridad alcanza á remediar todas las miserias. Así se ha establecido el reino de la fraternidad entre los hombres, obra increible aún para el que la ve, si bien debemos explicárnosla. Decidme, hermanos mios; ¿cuál es la causa de tan extraño fenómeno? ¿Por qué y cómo ha sido eficaz solo la doctrina catóo-

lica para abolir la servidumbre, para trasformar el corazon del rico y del pobre, para organizar este servicio voluntario y gratuito, que se extiende aún por todo el Universo, á pesar de la conspiracion de tantos hombres, que se esfuerzan en aniquilarla? ¿Cómo sucede esto? ¿cómo la doctrina católica es la única que produce la fraternidad? Es preciso confesar, que esta eficacia de la doctrina católica es divina, porque, si fuese humana, cualquiera otra doctrina le quitaria tarde ó temprano este secreto.

¿Por qué ama hoy el hombre al hombre, si ha dejado al hombre la doctrina católica tal cual era, con su sola naturaleza y su solo atractivo? La belleza, decíamos, es la causa única del amor; es preciso, por lo tanto, que la religion católica háya dado al hombre una belleza, que no tenia anteriormente. Pero ¿cuál? Jesucristo ha puesto en vosotros su propia figura; ha tocado vuestra alma con la suya; ha hecho de él y de vosotros un solo sér moral. No sois vosotros, es él quien vive en vosotros. Una santa decia: si se pudiera ver la belleza de una alma, ya no se podria mirar nada más! Esta belleza, que no ve el mundo, la entrevemos nosotros los cristianos: ella penetra al través de la humanidad deshonrada, nosotros la sentimos, la buscamos: ella nos seduce, no por un dia, como la hermosura humana, sino con la indeleble magia de la eternidad.

Ya teneis alguna experiencia de la vida; pues bien, decidme: ¿no habeis notado la diferencia entre el hombre que os acoge como hombre, y el hombre que os recibe como cristiano? Dejando aparte á vuestros padres, á vuestros hermanos, y á un corto número de amigos, ¿qué hombre indiferente, por filantrópico que sea, os ha estrechado contra su corazon? ¿En quién habeis reconocido el pecho de la fraternidad? Por mi parte, exceptuando á los que acabo de nombrar, no la he encontrado más que en cristianos, en almas animadas de la virtud de Cristo, almas fraternales, unidas ya íntimamente por la comunion de los santos, y que me revelaban de léjos el éxtasis eterno de la unidad.

Y desde que la razon humana ha combatido y debilitado, bajo diversos aspectos, la doctrina católica en el mundo, ¿qué progresos hace la fraternidad? Su nombre está en todos los lábios, constituye el fondo de los sistemas y de los deseos; no se oye hablar de otra cosa que de asociacion y de comunidad; se tienden las manos por todas partes; y, no obstante, un gemido sordo, una queja unánime denuncia á toda la tierra la frialdad de los corazones. El militar, el magistrado, que se dedica al desempeño de sus cargos; el profesor, que examina y dirige las inclinaciones de un jóven; el hombre político, que estudia de cerca

los grandes resortes del mundo; y, en fin, la sociedad entera, se queja de la frialdad y del vacío que se notan en todas partes. Se nota, hasta en el entusiasmo político, un soplo triste, una respiracion fatigosa, que anuncia al exterior la miseria del interior. Así, cuando declina el sol hácia el horizonte, se detiene y se hiela la savia de la naturaleza: la naturaleza moriria si no confiase siempre en la resurreccion.

La resurreccion vendrá, amados oyentes, y vendrá para nosotros; puesto que el mundo, que rechaza algunas virtudes evangélicas, quiere fraternidad; puesto que está obligado á quererla, y todos los dias se ingenia en formarla: hé ahí el terreno comun en que nos encontraremos. Aprovechémosle. Entre el mundo y nosotros ha de haber competencia en comunicar más amor verdadero, en dar más, recibiendo ménos. Nadie podrá en este conflicto acriminarnos. Lancémonos á él de todo corazon; hemos recibido tanto amor, que nos cuesta poco darlo. Ganemos á nuestros hermanos á fuerza de beneficios.

¡Dios mio! no permitais que sucumba la sociedad por falta de amor fraternal. Haced, por el contrario, que todos nos amemos recíprocamente, que nos socorramos en las necesidades, que nos edifiquemos con saludables ejemplos, y que la caridad de fraternidad nos haga felices en la tierra, y bienaventurados en el cielo.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

FRATERNIDAD ESPIRITUAL.—El bautismo da principio á nuestra fraternidad espiritual, porque nos hace á todos hijos de Dios y de la Iglesia.

La Eucaristía perfecciona nuestra fraternidad espiritual, porque bebemos en ella la sangre de Jesucristo, la cual nos une y debe infundirnos las mismas inclinaciones.

FRATERNIDAD ESPIRITUAL.—La fraternidad espiritual debe triunfar de la envidia.

La fraternidad espiritual debe infundir un santo estímulo.

La fraternidad espiritual se acrecienta por la fecundidad de la Iglesia.

FRUGALIDAD; véase: SOBRIEDAD.
FUGA DE LAS OCASIONES; véase: OCASIONES.
FUROR; véase: CÓLERA, y DULZURA CRISTIANA, II.

GENEROSIDAD DE LA IGLESIA.

Vis sanus fieri?... Surge, tolle grabatum tuum, et ambula.

¿Quieres ser curado?... Levántate, coge tu camilla, y anda.

(JOANN. V. 6 et 8.)

¡Qué débiles son los esfuerzos del hombre, cuando los emplea contra los designios de la Omnipotencia! ¿Qué ha conseguido la impiedad, desde el orígen ó establecimiento de la religion, con poner en ejercicio todos sus ardides, y en movimiento todos sus resortes, para arrancarla del corazon de los discípulos del Crucificado? ¿Qué ha adelantado, con esparcir por todas partes multitud de libros seductores, de folletos adornados, con una excesiva profusion de las envenenadas flores de una falsa elocuencia, de escenas escandalosas, de dicterios picantes, todo con el depravado fin de retraer de la fé á los verdaderos creyentes? Apenas el cristiano empieza á sentir que ceden, en parte, estas traidoras sugestiones, cuando se dispone á rómper las cadenas de su opresion, declama contra el estado de violencia en que se le ha tenido; y como la inclinacion natural redobla sus esfuerzos, en razon de la resistencia que se le opone, no para hasta recobrar plenamente su libertad, y poder ostentar con orgullo sus religiosos sentimientos.

Así es, á la verdad, cristianos; pero ¿me permitireis que descubra el fondo de mi corazon? ¿Llevareis á mal, que con mi acostumbrada sinceridad, os diga, que la alegría que me ocasionan semejantes escenas, no es pura, porque vuestro desengaño no es completo? Decidme, si no, ¿quién se esmera en reformar sus costumbres? ¿quién ha dicho un eterno adios á sus desórdenes? ¿quién se ha desnudado de sus funestas preocupaciones? ¡Ay! en vez de la moral sublime de Jesucristo, yo veo pupular entre los cristianos máximas carnales y groseras. Yo os veo inclinados á esas absurdas creencias, de que la religion cristiana se vale de horribles calabozos, de extraordinarios é insufribles tormentos, para castigar las culpas, y aún las debilidades de los hombres. ¡Funesto engaño! No negaré que, alguna vez, use de

rigor, pero esto lo hace tan solo, cuando la pertinacia de sus pérfidos hijos la pone el azote en la mano.

Si quereis persuadiros de esta verdad, leed el Evangelio de este dia. En él vereis que, en vez de hogueras encendidas, tiene deliciosos baños de aguas salutíferas, destinados á purificaros de los fétidos humores del vicio, á lavar el alma de la fea mancha de las culpas y asegurar así la verdadera felicidad á los que, de otra suerte, perecerian sin remedio. Acercaos al sagrado tribunal de la penitencia, y vereis una copiosa multitud de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, no ya esperando á que baje el ángel del Señor á mover sus aguas, para conseguir la salud de sus dolencias, como los que esperaban en la piscina de Jerusalen, sino llamados, atraidos, arrastrados por las amorosas voces de la Iglesia y de sus ministros, á participar todos, todos, sin excluir á uno solo, de las infinitas misericordias del Señor.

No espereis que venga á divertiros con frases pomposas; pero tampoco debeis temer que haya de aterraros con los espantosos juicios del Señor. Haceros creible y amable nuestra divina religion, exponiendo á vuestra consideracion la dulzura y suavidad de su carácter, por el anhelo con que busca, y por la generosidad con que ofrece perdonar aún á sus mayores enemigos, hé aquí mi principal, mi único objeto. Pidamos la gracia. A. M.

1. Es muy natural al delincuente el deseo de que queden impunes sus delitos. Pasados los momentos en que satisfizo los deseos de su pasion, y restituidos á su alma el conocimiento y tranquilidad de que en todo ó en parte le habian privado, luego se le representa el austero semblante de la justicia, que, inflexible, le amenaza con el castigo, proporcionado al número y gravedad de sus crímenes. Esta idea le incomoda, le asusta, le hace odiosa la justicia divina, y le estimula á poner en ejecucion todos los medios de huir ó evadirse de su dominio; y si se le presentase un poder, que le asegurara el perdon de todos sus crímenes, se someteria gustoso á su imperio, aunque fuera el más detestable, y se viera precisado á renunciar la fé del verdadero Dios. ¡Qué ceguedad tan funesta! ¡Qué inmensa desventura la del pecador que se halla en semejante situacion! Esto mismo que con tan vivas ansias desea, y más aún de lo que él ni se atreveria á desear, se lo ofrece la religion; y él, ó no lo vé, ó tiene la insensatez de despreciarlo. Yo no sé por qué se imagina el impío tan terrible y espantosa la religion de Jesucristo y sus santos sacramentos. Figúrasele ver, sin duda, en el Dios de los cristianos un enemigo implacable de la especie humana: Infinitamente ofensiva es, por cier-

GENEROSIDAD DE LA IGLESIA.

Vis sanus fieri?... Surge, tolle grabatum tuum, et ambula.

¿Quieres ser curado?... Levántate, coge tu camilla, y anda.

(JOANN. V. 6 et 8.)

¡Qué débiles son los esfuerzos del hombre, cuando los emplea contra los designios de la Omnipotencia! ¿Qué ha conseguido la impiedad, desde el orígen ó establecimiento de la religion, con poner en ejercicio todos sus ardides, y en movimiento todos sus resortes, para arrancarla del corazon de los discípulos del Crucificado? ¿Qué ha adelantado, con esparcir por todas partes multitud de libros seductores, de folletos adornados, con una excesiva profusion de las envenenadas flores de una falsa elocuencia, de escenas escandalosas, de dicterios picantes, todo con el depravado fin de retraer de la fé á los verdaderos creyentes? Apenas el cristiano empieza á sentir que ceden, en parte, estas traidoras sugestiones, cuando se dispone á rómper las cadenas de su opresion, declama contra el estado de violencia en que se le ha tenido; y como la inclinacion natural redobla sus esfuerzos, en razon de la resistencia que se le opone, no para hasta recobrar plenamente su libertad, y poder ostentar con orgullo sus religiosos sentimientos.

Así es, á la verdad, cristianos; pero ¿me permitireis que descubra el fondo de mi corazon? ¿Llevareis á mal, que con mi acostumbrada sinceridad, os diga, que la alegría que me ocasionan semejantes escenas, no es pura, porque vuestro desengaño no es completo? Decidme, si no, ¿quién se esmera en reformar sus costumbres? ¿quién ha dicho un eterno adios á sus desórdenes? ¿quién se ha desnudado de sus funestas preocupaciones? ¡Ay! en vez de la moral sublime de Jesucristo, yo veo pupular entre los cristianos máximas carnales y groseras. Yo os veo inclinados á esas absurdas creencias, de que la religion cristiana se vale de horribles calabozos, de extraordinarios é insufribles tormentos, para castigar las culpas, y aún las debilidades de los hombres. ¡Funesto engaño! No negaré que, alguna vez, use de

rigor, pero esto lo hace tan solo, cuando la pertinacia de sus pérfidos hijos la pone el azote en la mano.

Si quereis persuadiros de esta verdad, leed el Evangelio de este dia. En él vereis que, en vez de hogueras encendidas, tiene deliciosos baños de aguas salutíferas, destinados á purificaros de los fétidos humores del vicio, á lavar el alma de la fea mancha de las culpas y asegurar así la verdadera felicidad á los que, de otra suerte, perecerian sin remedio. Acercaos al sagrado tribunal de la penitencia, y vereis una copiosa multitud de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, no ya esperando á que baje el ángel del Señor á mover sus aguas, para conseguir la salud de sus dolencias, como los que esperaban en la piscina de Jerusalen, sino llamados, atraidos, arrastrados por las amorosas voces de la Iglesia y de sus ministros, á participar todos, todos, sin excluir á uno solo, de las infinitas misericordias del Señor.

No espereis que venga á divertiros con frases pomposas; pero tampoco debeis temer que haya de aterraros con los espantosos juicios del Señor. Haceros creible y amable nuestra divina religion, exponiendo á vuestra consideracion la dulzura y suavidad de su carácter, por el anhelo con que busca, y por la generosidad con que ofrece perdonar aún á sus mayores enemigos, hé aquí mi principal, mi único objeto. Pidamos la gracia. A. M.

1. Es muy natural al delincuente el deseo de que queden impunes sus delitos. Pasados los momentos en que satisfizo los deseos de su pasion, y restituidos á su alma el conocimiento y tranquilidad de que en todo ó en parte le habian privado, luego se le representa el austero semblante de la justicia, que, inflexible, le amenaza con el castigo, proporcionado al número y gravedad de sus crímenes. Esta idea le incomoda, le asusta, le hace odiosa la justicia divina, y le estimula á poner en ejecucion todos los medios de huir ó evadirse de su dominio; y si se le presentase un poder, que le asegurara el perdon de todos sus crímenes, se someteria gustoso á su imperio, aunque fuera el más detestable, y se viera precisado á renunciar la fé del verdadero Dios. ¡Qué ceguedad tan funesta! ¡Qué inmensa desventura la del pecador que se halla en semejante situacion! Esto mismo que con tan vivas ansias desea, y más aún de lo que él ni se atreveria á desear, se lo ofrece la religion; y él, ó no lo vé, ó tiene la insensatez de despreciarlo. Yo no sé por qué se imagina el impío tan terrible y espantosa la religion de Jesucristo y sus santos sacramentos. Figúrasele ver, sin duda, en el Dios de los cristianos un enemigo implacable de la especie humana: Infinitamente ofensiva es, por cier-

to, semejante idea respecto á un Dios, cuya misericordia y amor al hombre no tienen límites! Subid hasta el orígen de la religion divina, y por su carácter os convencereis de tan horrenda falsedad.

Adan, el primero, el mayor, en cierto sentido, de los pecadores, es amorosamente buscado y dichosamente conducido á la bienaventuranza en las alas de esta religion. Continuando despues la admirable historia de sus progresos y vicisitudes, consultad á tantos pecadores, á tantos incrédulos, que por la clemencia infinita de Dios han abjurado sus errores, y abandonado la senda del vicio; consultadlos, y les oireis decir, que son innumerables las misericordias del Señor. Preguntad á los fratricidas hijos de Jacob, á los extremadamente criminales ninivitas, al rey adúltero y asesino, á los más famosos pecadores, cuál es la conducta que observó con ellos la Providencia, luego que se determinaron á reconocerla. Pero nosotros estamos mucho más adelante: Nazaret, Belen, Samaría, Betania, Jerusalen, el Cenáculo, el Huerto de las Olivas, el monte Calvario..... ¡Ah! ¡cuántos y cuán elocuentes panegiristas tiene la misericordia ilimitada del Señor! ¡Cuántos y cuán irrecusables son los testimonios que nos ofrece de un amor extremado, de un amor divino, de un amor infinito!

Pero aún es poco todo esto: ya debemos considerar como poco expresivas las consoladoras y enérgicas parábolas de la mujer, que halla la dracma perdida; del pescador, que indistintamente reune en su red todo género de peces; del pastor, que lleva sobre sus hombros la oveja extraviada; del padre, que hace los mayores extremos de amor con el hijo rebelde....: todas estas figuras deben huir á presencia de la realidad; todos estos y los demás símbolos de nada pueden servir á quien ha visto un Dios hecho hombre, cargado de todas las miserias, marcado con el sello de la culpa acercarse á la piscina, en que solo podia sanar ántes el que llegaba primero al movimiento de las aguas, y convidar al paralítico, que no tenia quien le condujera, instarle, darle, en fin, la salud que tanto anhelaba.

¡Oh amorosísimo Redentor! ¿y se gloria de su saber el incrédulo? ¿Será racional el hombre, que acusa de severa é intolerante la religion que vos mismo fundasteis? ¿Será posible, que cuando todos los séres irracionales y aún sin vida publican vuestra divinidad, vuestro poder, y le excitan al conocimiento y amor de vuestras bondades, solo él se obstine en desacreditar é impugnar la religion que les predica?

Deponed, pecadores, deponed el vano y pueril terror que os aleja de la religion, que os la hace despreciable y odiosa. No creais que para vosotros está interceptado el camino de la salud; todos los pecadores son acogidos con clemencia, cuando vuelven reconocidos al seno de la religion cristiana. Desengañaos; ésta nada tiene de terrible y austero; su carácter es muy diferente, es diametralmente opuesto á la idea que os ha hecho formar un enemigo, que os aborrece á vosotros, tanto como á ella: es su carácter de paz, de dulzura, de amor. Conociendo la miseria del hombre, su objeto principal es aliviarle, ponerle á salvo de sus desgracias á que ésta le conduce.

2. El divino Fundador de esta religion desplegó, en el tiempo de su carrera mortal, el mismo carácter de tolerancia y benignidad. Despreciando los insultos de los groseros judíos, se familiariza, se acompaña públicamente con los pecadores; y cuando el hipócrita fariseo murmura acerca de esta conducta, le responde amoroso, que el fin de su venida á la tierra ha sido precisamente sacar á los pecadores del abismo de su miseria, salvarlos de su perdicion (Luc. XIX, 10). Y por si acaso sus promesas no han logrado desengañarlos completamente, recurre á hechos positivos: permite que uno de sus amigos, un apóstol, un Pedro, dé una lastimosa caida, en el tiempo mismo que está palpando el cumplimiento de las profecías, que desmuestran, hasta la evidencia, la divinidad de su persona; y léjos de abandonarle en justo castigo de su enorme crímen, parece como que se olvida de los tormentos que está padeciendo, por atender á la urgente necesidad de su apóstol. No solo santifica su alma, haciéndole participar el copioso fruto de la redencion, sino que le hace acreedor al honor más elevado, á la más excelsa dignidad que vió jamás el mundo, al cargo de administrador supremo de todas sus gracias, pastor de los mismos apóstoles, su vicario, ó lugarteniente en la tierra, sumo sacerdote de su Iglesia, centro y cabeza de su divina religion.

Detengámonos un momento á ponderar semejante conducta. ¿Qué os parece más digno de admiracion en Jesucristo, la generosa clemencia con que perdonó el pecado de Pedro, ó la sábia economía con que, por su medio, quiere facilitar á todos la remision de los nuestros? En el momento en que el imprudente discípulo consuma su enorme crímen, es completamente perdonado, buscado, engrandecido por aquel Señor á quien acaba de ofender: él es precisamente elegido para dispensador de todas las gracias; en él se deposita la potestad suprema para perdonar á los pecadores; él es el sacerdote superior, el maestro universal de la religion cristiana; á él se le confiere la facultad de enviar por todo el universo ministros inferiores; se le autoriza para dictar leyes á la Iglesia, y prescribir las reglas que debe observar en la augusta ceremonia de perdonar los pecados.

Hé ahí, oyentes, los que, movidos de un celo indiscreto, censurais

tan ágriamente los desórdenes del clero; los que, miserablemente seducidos, juzgais desacreditar la religion, ponderando los excesos de sus ministros; hé ahí uno de los designios que emplea la Providencia, para proporcionaros á vosotros el perdon y la misericordia! Cierto es; los sacerdotes sucumbimos tambien á la tentacion; pecamos; pero lo permite un Dios infinitamente bueno para que sepamos por experiencia propia, cuánta es la debilidad de nuestra naturaleza, cuánta la violencia de nuestras pasiones, y cuán tristes los resultados de la culpa. Permite que tengan necesidad de ser perdonados los que tienen la comision de perdonar á los otros, para que aprendan en sí mismos la conducta que deben observar con sus hermanos, para que los traten del modo que ellos desean ser tratados. Permite que Pedro caiga en la tentacion, para que pueda dirigir sábiamente á todos los ministros de la Iglesia, exhortándolos á que imiten con sus penitentes la conducta que Jesucristo observó con él, llamándolos con instancias, buscándolos con esmero, atrayéndolos con agrado, concediéndoles la absolucion de todas sus culpas, por más graves y numerosas que sean, en el momento que las detesten con sinceridad, y franqueándoles todos los tesoros de su Iglesia.

Acudamos, pues, todos á este puerto de salvacion. Lleguemos presurosos; no queramos perder esta oportunidad tan ventajosa que nos presenta, abriéndonos las puertas de la misericordia. Escuchemos sus voces amorosas: *Vis sanus fieri?* nos dice, como Jesucristo al paralítico: ¿quereis conseguir una remision completa de todas vuestras culpas? ¿quereis purificar vuestras almas en la sagrada piscina? Venid á mí; acogeos á mi piedad, que á todos alcanza; pedidme el perdon, y aún sin pedirlo, con solo desearlo, lo conseguireis. Venid; que para los que llegan contritos y confiados, no tengo esas hogueras, esos horribles tormentos, con que procuran intimidaros algunos poco instruidos en la verdad, ó demasiado adelantados en la malicia; tengo, sí, dispuestos unos deliciosos baños, una saludable piscina, cuyas aguas refrigerarán el fuego de vuestra concupiscencia, mitigarán el volcan de vuestras pasiones, os limpiarán completamente de la lepra más inveterada, desarraigarán las enfermedades más envejecidas, cicatrizarán las llagas más profundas y cancerosas, y asegurarán vuestra salud eterna. Venid confiados; yo os ofreceré los medios más oportunos y seguros para evadiros de todos vuestros compromisos, para superar tantas dificultades. Venid; no temais la indignacion de una madre á quien habeis injuriado, causado tantos perjuicios, robado tantos hijos, deshonrado con tantas blasfemias, manchado con tan abominables torpezas, y herido en lo íntimo de su corazon con tan

enormes sacrilegios: yo doy al olvido todo esto en el momento que volveis á mí, y solamente tomaré las saludables precauciones que juzge necesarias, para evitar la recaida, y haceros caminar sin intermision por el camino, que solo puede conduciros á la mansion de los bienaventurados.

¿Qué hacemos en este estado de inaccion, pecadores? Resolvámonos de una vez; marchemos presurosos á ese puerto de salvacion; corramos á ampararnos de él, ántes que se nos cierren las puertas. Y pues él solo es capaz de asegurar nuestra libertad, nuestra independencia, nuestra eterna dicha, acojámonos á su amparo y aseguremos para siempre tan preciosos objetos. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

GENEROSIDAD CRISTIANA.—La generosidad cristiana exige, que tengamos esperanza, aún en medio de nuestra mayor debilidad.

La generosidad cristiana exige, que nos preparemos, aún cuando nos reconozcamos fuertes.

La generosidad cristiana exige, que nos humillemos, aún despues de obtener grandes victorias.

GENEROSIDAD CRISTIANA.—La generosidad cristiana exige, que no vivamos descuidados, y que no nos fiemos de nuestros más insignificantes enemigos.

La generosidad cristiana exige, que no transijamos jamás con los enemigos de nuestra salvacion.

La generosidad cristiana exige, que miremos á los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia como enemigos nuestros.

GENIO.

(NECESIDAD DE REPRIMIRLO.)

Si quis vult post me venire, abneget semetipsum.

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo.

(MATTH. XVI, 24.)

Ved, cristianos oyentes mios, en solo una máxima del Evangelio, todas las máximas evangélicas; en solo un precepto, todos los preceptos; en sola una virtud, la abundancia y el lleno de todas las virtudes: ved igualmente el único medio de santificarse, y la perfeccion de la santidad: de suerte, que esta abnegacion es, á un tiempo mismo, el principio y el colmo de la virtud cristiana: el primer paso y el último en los caminos de la salvacion; lo que la gracia pide á los que empiezan, y el último esfuerzo de la gracia en los más perfectos, camino y término de la virtud, preparacion y fruto de todas las virtudes.

Pero ¿qué es renunciarse á sí mismo, y en qué consiste esta abnegacion interior, que en la ley nueva se nos manda con precepto, y los Padres y doctores nos enseñan, que consiste en levantar el edificio de la gracia sobre las ruinas de la naturaleza, en formar el hombre nuevo de los despojos del hombre viejo, en arrancar de nuestro corazon hasta las últimas raices de la concupiscencia, para que, no quedando en él nada nuestro, sea todo de Dios? Consiste, pues, en vivir con las armas en la mano contra todos los deseos, en resistir á todas las inclinaciones, en traer sujetos todos los apetitos.

Mas ¿cómo será posible reprimir tantos deseos, contener tantas inclinaciones, y degollar tantos apetitos? Esforcémonos á conseguir una sola victoria, y habremos vencido á todos nuestros enemigos. La naturaleza se ha complacido en variar sus obras; todas tienen, empero, alguna semejanza que las conforma, alguna diferencia que las distingue; puede decirse, que cuantos hombres hay en el mundo, otros tantos mundos hay en este vasto universo movidos con otras máquinas, gobernados por otras leyes, sujetos á otras revoluciones: cada uno tiene su carácter, su natural, su temperamento, lo que se llama su flaco, su humor; todas las demás propensiones, como sujetas, como

rendidas á esta inclinacion dominante, nacen y mueren con ella. De donde se sigue, que la abnegacion evangélica consiste especialmente en una continua vigilancia en dominar el genio.

Repito, pues, y digo con Jesucristo: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum.* Almas cristianas, que quereis conservaros en los caminos de la virtud; almas fervorosas, que aspirais á las sendas de la perfeccion, poned vuestro principal esmero en reprimir vuestro genio. ¿Por qué así? Porque el genio, no resistido, arrastra y precipita en los mayores vicios; porque el genio, no dominado, estraga y vicia las mayores virtudes. Esto es lo que me propongo demostraros. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Sin una atencion y vigilancia contínua en dominar el genio, en contradecir el genio, en reprimir los ímpetus del genio, es difícil, es moralmente imposible, que el hombre se contenga en los límites de la religion, y que cumpla con toda su extension las obligaciones que ella le impone. Nuestra religion es religion de virtud y de inocencia; religion de paz y de caridad; religion de órden y de equidad. Religion de virtud y de inocencia, para defender el corazon humano de la corrupcion del vicio: religion de paz y de caridad, para conservar entre los hombres la union y la concordia: religion de órden y de equidad, para hacer á los hombres útiles mútuamente en la diferencia de estados y condiciones. Obligaciones de virtud y de inocencia respecto de Dios: obligaciones de paz y de caridad respecto de los hombres: obligaciones de órden y de equidad respecto de su estado y de su condicion: ó por mejor decir, obligaciones de virtud y de inocencia respecto de un Dios de pureza y de santidad; obligaciones de paz y de caridad respecto de un Dios de paz y de concordia; obligaciones del estado y condicion respecto de un Dios de órden y de equidad: tres géneros de obligaciones, que no cumplirá de ningun modo el hombre, que obra segun los impulsos de su genio.

Tal es la abundancia de las misericordias de nuestro Dios, que, para atraernos á sí, parece se pone á estudiar el carácter, el temple, el humor de nuestro corazon. Conoce el barro de que nos formó: escoge, entre todos, el movimiento más idóneo para conmover nuestra alma: sabe, entre todas las gracias, la que experimentará ménos resistencias. Franquéase, entónces, nuestro corazon como espontáneamente á una gracia, que solo hace sentir lo que tiene de aliciente. Préstase, cede gustoso á una impresion, que no halla oposicion, ni en el genio, ni en las circunstancias. Cualquiera otra gracia hubiera encontrado mayores obstáculos.

Lo que hace Dios para reducirnos al verdadero camino, para salvarnos, eso mismo ejecuta el demonio para extraviarnos, para perdernos, imitando con sus misterios de mentira los misterios de la gracia. Atento á descubrir las sendas de nuestra alma, estudia sus inclinaciones, sus propensiones: conoce en ella, muchas veces, lo que nosotros no llegamos á conocer: sírvese de nosotros contra nosotros, y toma de nuestro corazon las armas con que nos hiere. A una alma envidiosa la representa con los más vivos colores la pompa, el lucimiento de la prosperidad ajena: hácela infeliz con la dicha de otro; y del deseo de la opulencia, que no posee, la conduce al odio de los que la gozan. A una alma puntillosa y resentida la prepara una afrenta, una zumba, un insulto: aviva su memoria, perpetúala, vuelve á abrir la llaga luego que empieza á cerrarse; irritala, encrudécela, inflámala, hácela más profunda, y dispónela, que solamente vea la satisfaccion de su agravio en las dulzuras de la venganza. A una alma interesada muéstrala una gran fortuna, que solo pide una gran maldad. En una palabra, luego que el demonio nos averigua algun flaco, por él nos acomete, y por una infeliz experiencia está segurísimo de lograr sus tiros.

Revolved los fastos del mundo, y hallareis, que el genio causa casi todos los desórdenes que han contaminado la tierra: vereis el genio, hermanado con la envidia, abortar el furor de Cain contra Abel: las persecuciones de Saul contra David: la conjuracion de los hijos de Jacob contra Josué: notareis el genio, con su imprudencia y curiosidad, ocasionar las desgracias de Dina: los oráculos falsos de los profetas de la mentira: las supersticiones de los agoreros é impostores en Israel y en Judá: veréisle, con sus tímidas desconfianzas, causar las infidelidades de Moisés y de Aaron, y juntamente las murmuraciones del pueblo en el desierto. Vereis por todas partes el genio vivo, ardiente en sus deseos, violento, impetuoso en sus arrebatos, que, tarde ó temprano, cae en los mayores excesos; veréisle convertirse repentinamente en una pasion impetuosa, que, á manera de un torrente precipitado, rompe los diques que le contenian: vereis una centella hacerse un incendio, que, despues de haberlo abrasado y consumido todo, no se apaga, alguna vez, sino con la vecindad del sepulcro: vereis hombres cuerdos en todo lo demás, que ni guardan moderacion, ni leyes, ni atenciones en lo que toca á su genio: hombres de una singular circunspeccion, que faltan á su carácter, que se olvidan enteramente de sí, en ciertas ocasiones, que no se les conoce, ni se conocen á sí mismos. ¿A dónde llega, pues, nuestra ceguedad? ¿Qué encanto es el nuestro, amados oyentes mios, cuando dejamos para los solitarios

que habitan los claustros el ejercicio de la renuncia y abnegacion del Evangelio? Convengo que, por razon de la santidad de su vocacion, por la perfeccion de sus leyes, el precepto de renunciarse á sí mismo, de morir para sí mismo, es de más estrecha obligacion y más indispensable para las almas religiosas; pero yo os digo, que lo que la santidad del estado pide de estas almas retiradas del mundo, los peligros del mundo lo exigen de los hombres que viven en el mundo. El genio es el que enciende esas impaciencias vivas y arrebatadas, tan prontas en prorumpir en repentinos y precipitados furores: los tiros, que no penetran hasta lo más vivo del corazon, son tiros sin fuerza, que fácilmente se perdonan; porque no hay necesidad de perdonar lo que no injuria al genio. Pero el genio ofendido é irritado no disimula nada.

El genio es el que, en el retrete silencioso y retirado del alma, engendra el misterio de nuestras antipatías y aversiones: un aire muy libre ó muy encogido, muy rústico ó muy risueño, muy desembarazado ó muy reservado, muy resuelto ó muy atado; un gesto, los modales, el metal de la voz, una nonada, nos desazona, nos encoleriza. No conocemos todavía al que aborrecemos, no le conocemos ciertamente, ni tenemos motivo de aborrecerle; y ya huimos, ya nos desviamos de él, no perdemos ocasion de exasperarle, de contradecirle; tenemos gran complacencia en desagradarle cuanto él nos desagrada; no queremos amarle ni ser amados de él.

El genio es el que rompe los vínculos más sagrados de la sangre y de la naturaleza. Padres caprichosos é hijos indóciles, un marido celoso y una mujer demasiadamente risueña, amos descontentadizos y criados perezosos, superiores, altivos y soberbios, y súbditos de dura é intratable condicion, amigos burladores y amigos puntillosos, genios contrarios á otros genios, irritados por otros genios, alterados con la oposicion de otros genios; de ahí proceden los divorcios, que separan lo que Dios habia juntado; de ahí las invectivas, las quejas, el estrépito, el tumulto, que turban el sosiego y union de las familias; de ahí todas las calamidades cuya víctima somos, y todas las discordias cuyos autores somos nosotros: de ahí todo lo que tenemos que sufrir de los demás, y todo lo que los demás sufren de nosotros. Con que, es indispensable hacer guerra al propio genio; porque, sin esta precaucion, no se puede cumplir con los deberes de paz y de caridad, que tienen por objeto al Dios de union y de concordia; ni se puede cumplir con las obligaciones del estado y de la condicion, que miran al Dios de órden y de equidad. El buen órden, la felicidad, la tranquilidad pública, dependen del esmero con que cada uno sepa conte-

nerse en los límites de su estado, sujetarse á las leyes de su estado, cumplir segun su estado con las obligaciones de padre, de magistrado, de superior, de inferior: yo intento, pues, haceros ver, que de un hombre, que no reprime su genio, nunca se hará un buen padre, un buen amo, un buen hijo, un buen doméstico, un buen juez, un buen ciudadano. ¿Cómo así? Porque no hay estado alguno de los referidos, que no os ponga en la necesidad de tener relacion con los demás hombres, y, por consiguiente, que no os ponga en la necesidad de acomodaros al genio de los demás hombres; porque todos estos estados piden atenciones, contemplaciones, condescendencias, que ninguno practicará, sino en cuanto se domine á sí y á su genio; porque en cada uno de estos estados el genio encuentra obstáculos que le irritan, contradicciones que le exasperan penalidades y cuidados que le arredran: porque, en todo estado, el mérito principal, el mérito grande, el mérito más necesario, es saber ceder á todos los genios, acomodarse á todos los caracteres; vestirse, desnudarse sucesivamente de todas las formas y figuras; ceder y resistir, reprender y disimular, ofrecer y rehusar. Es necesario revestirse de tantas diferencias de condicion, cuantos son los hombres con quien se há de tratar: sin esto nada se hace, nada se consigue, y esto es puntualmente lo que nunca supo hacer el genio, que de nada entiende ménos que de ceder y hacerse fuerza. Y ¿por qué más? Porque todos los estados piden una igualdad de ánimo, una continuacion de acciones y procederes, una série de proyectos y designios, un fondo de atencion, de puntualidad, de cordura, de razon, que es incompatible con el genio.

Y este es, aunque lo digamos de paso, este es, cristianos mios, el gran desórden de nuestro siglo. Para resolverse á tomar un estado, consúltase el genio, determínase por el genio, y esto no para abrazar (como debiera ser) un estado, en que el genio ocasionase ménos peligros, sino para elegir el estado que se conforma más con la inclinacion, con los caprichos del genio. Un genio ardiente y bullicioso llama á éste al tumulto de las armas: un genio pacífico y sosegado inclina á aquel á la magistratura ó al santuario. De donde sucede, que como el genio influye en la eleccion del estado, influye enteramente en la conducta que se guarda en él. Y ¿qué proviene de aquí? Que si un hombre está colocado en un cargo principal, para gobernarse á sí y gobernar á los demás, no sigue otro norte que su genio. Si es un genio entero y riguroso, para contener los progresos de la disolucion, quita la libertad, infunde el temor, destruye la confianza: cédese á su autoridad, pero queda aborrecido el que la ejerce: mucha

obediencia en las acciones; pero hierve en el corazon el ódio y la rebelion. Si es de genio indulgente y blando, otorga, porque no tiene ánimo para negar; hace bien, sin ser benéfico; ama la virtud, y tolera y permite el vicio: todo lo sabe, pero nada remedia. Miéntras tanto, todo es desórden, todo confusion en una familia, en una ciudad, en una provincia: así se ocupa un grande empleo sin cumplir sus obligaciones. Concedo, desde luego, que acompañe un mérito sobresaliente; pero ¿qué mérito? mérito que el genio hace inútil, y, muchas veces, dañoso. Pongamos, pues, contínua vigilancia en reprimir, en señorear el genio, porque cuando no se le hace guerra, precipita y arrastra á los mayores vicios; y añado tambien, que el genio, no mortificado, destruye y corrompe las mayores virtudes.

2. Poco importa haber sabido evitar los vicios y los escándalos del genio, si uno se deja gobernar por el genio en la práctica de la virtud; pues el genio, no domado, prontamente se desliza y se introduce en el ejercicio de la virtud, resultando de aquí una virtud vana y falsa, una virtud genial. Y ¿qué viene á ser la virtud genial? Es una virtud que mezcla con las virtudes, que ejercita, no pocos defectos, que no pueden dejar de desagradar á Dios: virtud, que despoja á las virtudes, que practica, del único mérito capaz de agradar á Dios. Virtud genial, virtud defectuosísima, virtud desnuda de todo mérito.

Piedad de genio, si me es lícito explicarme así, piedad llena de defectos. Porque ¿hasta dónde llega la fragilidad y miseria del hombre? Si hace esfuerzos por elevarse sobre sí mismo, cae y vuelve á su centro como agravado de su propio peso: huye, por un lado, de sí mismo, y encuéntrase por otro: si el genio no puede precipitarle en el desenfreno de grandes pasiones, hácese árbitro de sus virtudes, influye principalmente en su fervor, arregla su piedad: bien presto le comunica sus defectos é imperfecciones: forma una piedad reducida y muy limitada: una piedad soberbia y crítica: una piedad mudable é inconstante: una piedad ciega é ilusa: piedad, que léjos de edificar al mundo, le ofende, le escandaliza. Volvamos á tomar el hilo, y entended el pormenor de esta instruccion.

Piedad muy reducida, muy limitada en su extension. No siendo el genio otra cosa que una inclinacion particular, que domina y sujeta las demás inclinaciones, no se extiende á todo, no lo abraza todo: de donde nace, que el hombre se ciñe á la práctica de las virtudes que son propias de su carácter y temperamento. Y así se ejercitará en las obras penosas de penitencia, y huirá los abatimientos de la humildad: se dará todo al bullicio, á la agitacion del celo, y se negará al silencio de la oracion: tendrá amor al retiro y á la soledad, y perderá el

mérito del trabajo y de la caridad: activo y laborioso, sin moderacion, sin tranquilidad: solitario y retirado, sin movimiento y sin accion: afable y pacífico, sin autoridad y sin valor: entero é intrépido, sin afabilidad y condescendencia: prudente, sin sencillez: sencillo é ingénuo, sin prudencia y sin discrecion. Vendrá dia en que oiga esta reprension: *Hæc opoptuit facere, et illa non omittere* (MATTH. XXIII, 23). Verá que las virtudes que practicó, no suplieron la falta de las virtudes que no procuró adquirir: que faltar en algo, es lo mismo, en la presencia de Dios, que faltar en todo. La piedad cristiana es la piedad que obedece á una parte del Evangelio, sin negarse á la otra: piedad tan solícita en no omitir nada de lo mandado, como en no concederse nada de lo que se prohibe.

Piedad de genio: piedad orgullosa y crítica. Como el genio solamente ejercita las virtudes que son de su gusto, no estima sino las virtudes que él practica. ¿Qué cosa hay más comun en el mundo, que oir á almas pacíficas y sosegadas declamar contra al celo y la inflexibilidad? á almas activas y laboriosas, hacer invectivas contra la paz y la quietud de la soledad? ¿Qué cosa más frecuente, que ver almas amigas de la oracion y del silencio, prorumpir contra la piadosa agitacion y santos apresuramientos de la caridad? almas, á quien un respeto verdadero ó fingido mantiene apartadas de la participacion de los misterios más augustos, reprobar el amor y confianza de los que vienen á buscar en ellos fuerzas y consuelos? Así elogia cada uno su conducta, satirizando la agena; así se desahoga la malignidad, que se recrea diciendo mal de los otros, y la vanidad que induce á pensar bien de sí mismo.

Piedad de genio: piedad inconstante y mudable. Pero ¿qué hay que admirar, no habiendo cosa tan mudable ni de tanta veleidad como el genio, y gobernándose los hombres solamente por él? Acostumbrados á tomarlo todo con viveza, á dejarlo todo aún con más facilidad, encantados siempre con lo que se proponen hacer, se les ve pasar de un sistema de devocion á otro sistema; de un proyecto á otro proyecto; empezarlo todo, no acabar nada; intentar todas las virtudes, no fijarse en ninguna: y lo que es más lastimoso, que esa inconstancia, esa piedad debilita, poco á poco, el amor de la virtud: contráese la costumbre de mudar: la costumbre de dejar, muchas veces, un bien por otro bien; una funesta facilidad de dejar el bien por el mal; y á fuerza de pasar de una virtud á otra virtud, se llega, frecuentísimamente, á pasar de la virtud al vicio.

Piedad de genio: piedad ciega é ilusa. Nuestro corazon, dice san Agustin, engaña á nuestra razon; y nuestras inclinaciones son, por lo

comun, la regla de nuestros juicios: *Omne quod volumus, sanctum est*. ¿Hállase, uno, constituido en algun cargo principal? juzga, pues, que merece con su aspereza, y ofrece á Dios todo lo que hace padecer á los demás. ¿Hállase súbdito? murmura, se rebela, y vive satisfecho de que obedece á Dios, desobedeciendo á los hombres, que están en su lugar. ¿Gusta de oracion? no halla lágrimas suficientes con que llorar una distraccion; pero no pensará en llorar la inaccion de su ociosidad, los pasatiempos del juego, el fausto de su profanidad, las delicadezas y sutilezas de su amor propio. ¿Es de genio pronto y colérico? se reprenderá la menor condescendencia; pero se perdonará la crueldad de su odio, la vehemencia de sus invectivas, la libertad de sus murmuraciones, lo pesado de sus zumbas. El genio es de esta condicion: las virtudes, que le contradicen, le parecen defectos; los vicios, que él produce, le parecen virtudes.

Piedad de genio; piedad que léjos de edificar al mundo, le ofende, le escandaliza, desacreditando la verdadera piedad. ¿De dónde nace, como sabeis muy bien vosotros, ese modo de pensar del mundo, tan injurioso á la devocion, sino de que se ven devotos tercos y pagados de su dictámen, devotos extravagantes y caprichosos, devotos críticos y maldicientes, devotos indigestos y tétricos, devotos duros é inflexibles, devotos envidiosos y vengativos, devotos ociosos é inútiles, devotos curiosos y bulliciosos, devotos prontos y arrebatados; esto es, devotos dominados por el genio y gobernados por él?

Comprended ya, pues, amados oyentes, hasta qué término os debeis olvidar de vosotros, y renunciaros para vivir cristianamente. Ofreced á Dios el sacrificio de vuestro genio, porque, sin este sacrificio, nada hay en nuestra conducta que sea digno de él; y, al contrario, negarse á sí mismo por Dios, es el medio de alcanzar sus gracias en este mundo, y la felicidad eterna en el otro, felicidad que os deseo á todos.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

GENIO Ó ÍNDOLE.—Los hombres no dominan el genio como debieran, cuando les inclina al mal.

Los hombres son demasiado deferentes con el genio, cuando les conduce al bien.

GENIO Ó ÍNDOLE.—Los que tienen una buena índole, deben considerarla como una gracia particular que Dios les concede.

Los que tienen una buena índole, no deben servirse de ella para disculpar sus pecados.

Los que están dotados de una buena índole, no deben descuidarla.

GENIO Ó ÍNDOLE.—Los pecadores que tienen una mala índole, deben desconfiar de todo cuanto puede inducirles al mal.

Los pecadores que tienen una mala índole, deben pedir gracia sin cesar.

Los pecadores que tienen una mala índole, deben combatir sin tregua contra sí mismos.

GLORIA.

Venite, benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum.

Venid, benditos de mi Padre, á tomar posesion del reino, que os está preparado.

(MATTH. XXV, 34.)

Ensanchad hoy el corazon, amadísimos oyentes, y dad entrada en él á una santa alegría, pues no he de hablaros más que de felicidad, contento, bienaventuranza y gloria. Bien es verdad que, acaso, me es mucho más difícil de lo que pensais, hablar de tal asunto; y ¿quién podrá tratarlo dignamente? El apóstol S. Pablo, que fué elevado por Dios al tercer cielo, y vió y oyó cosas que no es lícito á ningun hombre explicar, afirmó, que los bienes que nuestro benignísimo Criador tiene preparados en su paraíso, para quien le sirva fielmente aquí en la tierra, son tales, que ningunos ojos los vieron, ningunos oidos los oyeron, ni ningun entendimiento humano pudo concebirlos jamás (I COR II, 9). Y, en efecto, los santos, que saben algo más que nosotros acerca del paraíso, poniéndose á hablar de él, apenas comenzaban á decir, paraíso, paraíso, cuando acababan inmediatamente, principiando un dulce llanto, y quedando arrebatados con un bienaventurado éxtasis de alegría. No obstante, yo, con la gracia del Señor, quiero hacer una prueba de mí mismo, y para consuelo de vuestras almas, procuraré hacer, á lo ménos, un bosquejo de la entrada de una alma en el paraíso, y de la posesion que toma de este bello reino, cuyas

dos cosas hallo justamente bien expresadas en las palabras de mi tema, con las cuales convidará Dios para el cielo á los escogidos: *Venid, benditos de mi Padre:* hé aquí la entrada de un alma en el paraíso; *venid á tomar posesion del reino que os está preparado;* hé aquí la posesion que toma un alma de la gloria. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Desde dos diversos términos puede el alma dichosa de un predestinado, encaminar su vuelo hácia el paraíso; desde el aposento ó lugar mismo en que se apartó del cuerpo, y se libertó de esta cárcel mortal, aunque rara vez acontece; y desde la otra cárcel, más dolorosa, á donde la ha desterrado Dios para que satisfaga sus deudas á la divina justicia; quiero decir: desde el purgatorio, como sucede comunmente. Pero de cualquiera parte que se encamine, segun sea del agrado del Señor, siempre es cierto, que de un país de tinieblas, de melancolía, de afliccion, de penas y fatigas, se traslada á un país de luz, de gozo, de alegría y de descanso. ¡Qué inefable consuelo para un alma, que en el duro lecho, por ejemplo, que fué el lecho de su muerte, y puede llamarse la liza de su última y más terrible batalla, tuvo que luchar con los demonios y con sus agonías, verse de improviso victoriosa y alegre fuera del peligro, rodeada de gloria y dichosa con una sobrenatural y celestial bienaventuranza!

Pero vosotros direis, amados mios, que tan venturosa suerte está reservada para poquísimos, que mira Dios con singular predileccion, y que vosotros, miserables, habeis de estar, despues de la muerte, penando largo tiempo en las llamas del purgatorio, cuando no sea mayor vuestra desgracia. Decis bien; mas yo replico, en primer lugar, ¿por qué no hacemos, á lo ménos, lo que esté de nuestra parte, para abreviar, cuanto sea posible, esta dolorosa residencia del purgatorio? ¿por qué no procuramos acortar el tiempo de ella con muchas buenas obras, con oraciones, con limosnas, con ayunos, con mortificaciones é indulgencias? En segundo lugar, replico, que cualquiera que sea el tiempo en que esto haya de suceder, ha de llegar ciertamente la hora, en que, satisfecha la divina justicia, se os caerán las pesadas cadenas de hierro, y saldreis de vuestra dolorosa prision, logrando una plenísima libertad. ¡Qué mudanza! Poco há, con prisiones, y, ahora, en posesion de un reino; poco há, abrasados, y, ahora, refrigerados; poco há, en las tinieblas y en el horror, y, ahora, en la claridad de una bellísima luz; poco há, léjos de Dios, anegados en llanto y llenos de dolor, y, ahora, cerca de Dios, sumergidos en Dios y gozando de la verdadera felicidad! ¿Qué contento no es el de un

Los que están dotados de una buena índole, no deben descuidarla.

GENIO Ó ÍNDOLE.—Los pecadores que tienen una mala índole, deben desconfiar de todo cuanto puede inducirles al mal.

Los pecadores que tienen una mala índole, deben pedir gracia sin cesar.

Los pecadores que tienen una mala índole, deben combatir sin tregua contra sí mismos.

GLORIA.

Venite, benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum.

Venid, benditos de mi Padre, á tomar posesion del reino, que os está preparado.

(MATTH. XXV, 34.)

Ensanchad hoy el corazon, amadísimos oyentes, y dad entrada en él á una santa alegría, pues no he de hablaros más que de felicidad, contento, bienaventuranza y gloria. Bien es verdad que, acaso, me es mucho más difícil de lo que pensais, hablar de tal asunto; y ¿quién podrá tratarlo dignamente? El apóstol S. Pablo, que fué elevado por Dios al tercer cielo, y vió y oyó cosas que no es lícito á ningun hombre explicar, afirmó, que los bienes que nuestro benignísimo Criador tiene preparados en su paraíso, para quien le sirva fielmente aquí en la tierra, son tales, que ningunos ojos los vieron, ningunos oidos los oyeron, ni ningun entendimiento humano pudo concebirlos jamás (I COR II, 9). Y, en efecto, los santos, que saben algo más que nosotros acerca del paraíso, poniéndose á hablar de él, apenas comenzaban á decir, paraíso, paraíso, cuando acababan inmediatamente, principiando un dulce llanto, y quedando arrebatados con un bienaventurado éxtasis de alegría. No obstante, yo, con la gracia del Señor, quiero hacer una prueba de mí mismo, y para consuelo de vuestras almas, procuraré hacer, á lo ménos, un bosquejo de la entrada de una alma en el paraíso, y de la posesion que toma de este bello reino, cuyas

dos cosas hallo justamente bien expresadas en las palabras de mi tema, con las cuales convidará Dios para el cielo á los escogidos: *Venid, benditos de mi Padre:* hé aquí la entrada de un alma en el paraíso; *venid á tomar posesion del reino que os está preparado;* hé aquí la posesion que toma un alma de la gloria. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Desde dos diversos términos puede el alma dichosa de un predestinado, encaminar su vuelo hácia el paraíso; desde el aposento ó lugar mismo en que se apartó del cuerpo, y se libertó de esta cárcel mortal, aunque rara vez acontece; y desde la otra cárcel, más dolorosa, á donde la ha desterrado Dios para que satisfaga sus deudas á la divina justicia; quiero decir: desde el purgatorio, como sucede comunmente. Pero de cualquiera parte que se encamine, segun sea del agrado del Señor, siempre es cierto, que de un país de tinieblas, de melancolía, de afliccion, de penas y fatigas, se traslada á un país de luz, de gozo, de alegría y de descanso. ¡Qué inefable consuelo para un alma, que en el duro lecho, por ejemplo, que fué el lecho de su muerte, y puede llamarse la liza de su última y más terrible batalla, tuvo que luchar con los demonios y con sus agonías, verse de improviso victoriosa y alegre fuera del peligro, rodeada de gloria y dichosa con una sobrenatural y celestial bienaventuranza!

Pero vosotros direis, amados mios, que tan venturosa suerte está reservada para poquísimos, que mira Dios con singular predileccion, y que vosotros, miserables, habeis de estar, despues de la muerte, penando largo tiempo en las llamas del purgatorio, cuando no sea mayor vuestra desgracia. Decis bien; mas yo replico, en primer lugar, ¿por qué no hacemos, á lo ménos, lo que esté de nuestra parte, para abreviar, cuanto sea posible, esta dolorosa residencia del purgatorio? ¿por qué no procuramos acortar el tiempo de ella con muchas buenas obras, con oraciones, con limosnas, con ayunos, con mortificaciones é indulgencias? En segundo lugar, replico, que cualquiera que sea el tiempo en que esto haya de suceder, ha de llegar ciertamente la hora, en que, satisfecha la divina justicia, se os caerán las pesadas cadenas de hierro, y saldreis de vuestra dolorosa prision, logrando una plenísima libertad. ¡Qué mudanza! Poco há, con prisiones, y, ahora, en posesion de un reino; poco há, abrasados, y, ahora, refrigerados; poco há, en las tinieblas y en el horror, y, ahora, en la claridad de una bellísima luz; poco há, léjos de Dios, anegados en llanto y llenos de dolor, y, ahora, cerca de Dios, sumergidos en Dios y gozando de la verdadera felicidad! ¿Qué contento no es el de un

preso, el dia que sale de su cárcel y recupera su antigua libertad, por la que habia suspirado tanto tiempo? Y ¿qué seria, si saliese de la prision para sentarse en un trono, ó para ocupar una de las más brillantes y honoríficas dignidades? Traed á la memoria á José, á aquel José, digo, de quien se refiere en el capítulo 41 del *Génesis*, que habiendo estado encerrado muchos años en lo profundo de una torre, fué sacado, al fin, de ella, para explicar cierto sueño, que inquietaba sobremanera al rey Faraon; y el sacarlo de allí, y el condecorarlo con la real púrpura y la cadena de oro, haciéndole superior á todos con el gobierno y vireinato de Egipto, fué una misma cosa. ¡Qué alborozo, segun yo me figuro, no le sorprenderia con el imprevisto tránsito de la prision á la corte, y de preso á monarca! Sin embargo, esta es una imágen muerta del tránsito que hace una alma, desde lo profundo del purgatorio, á lo más elevado de todos los cielos.

Yo quisiera, mis amados oyentes, explicaros ahora el grandísimo asombro y el felicísimo éxtasis que os sorprenderán, cuando se os abran las puertas del cielo, y os dé improvisamente en los ojos la inmensa luz que brilla en aquella dichosa habitacion. De la reina Sabá cuenta la Escritura, que, habiendo llegado de lejanos países á la presencia del rey Salomon, de quien habia oido grandes elogios, al ver la magnificencia de este monarca, las soberbias columnatas de su palacio, los jardines, las galerías, la magestuosa silla en que estaba sentado, el bellísimo órden de los criados que le asistian, y el oro y la plata que brillaban por todas partes; se turbó de repente, y parecia que habia enmudecido y que estaba fuera de sí: *Non habebat ultra spiritum* (III Reg. x, 5). Mas considerad, si con las cosas terrenas pueden figurarse las cosas celestiales, y si la gloria de cualquiera monarca, por grande y poderoso que sea, puede asemejarse, ni aún remotamente, á la gloria del gran Rey de los siglos, Dios. No puede haber en aquella region de paz y tranquilidad desmayos ni deliquios; pero si pudiese haberlos, creo ciertamente que, en parte, por el asombro, y en parte, por el júbilo, caeriais aturdidos en aquellas bienaventuradas puertas.

Hé aquí, en efecto, que ya se adelanta aquella bendita alma, que ya pisa los preciosos umbrales, que ya entra, que la pierdo de vista.

El ángel custodio le sale al encuentro, la toma de la mano y la dice: Ya se han acabado para tí los trabajos, han cesado los peligros y han tenido fin las contiendas. Ya has llorado y suspirado bastante, y, así, ensancha tu corazon y dá entrada á un gozo, que no finalizará jamás. É introduciéndola entónces en el paraíso, volarán inmediatamente de todas partes para acompañarla numerosos escuadrones de

aquellos bellísimos ciudadanos. Y ¿qué júbilo no será el suyo al reconocer, entre ellos, tantos de sus compañeros, amigos y parientes, que la han precedido, y al conocer de vista á sus santos abogados, que ha honrado y reverenciado aquí en la tierra? Hé aquí, este es Antonio de Padua, este es Francisco Javier, este Francisco de Paula y este el amabilísimo Luis Gonzaga. ¿Nos reconoces, dirán ellos, nos reconoces? Nosotros somos aquellos por quienes ejercitaste tantas obras virtuosas y tantas devociones. Bien nos acordamos de esto, y así como entonces lo agradecimos, así ahora te damos las gracias. Nosotros estaremos siempre juntos, y, de aquí en adelante, seremos en esta bienaventurada habitacion inseparables amigos y compañeros.

Con tan notable acompañamiento será presentada al trono de la bienaventurada vírgen María, abogada de pecadores y madre nuestra. ¡Oh, á cuánta distancia se extiende el esplendor de su belleza! ¡cuánta es su gloria! ¡cuán bella es! ¡Oh vosotros, que andais miserablemente perdidos en esta tierra por una belleza caduca, á la cual habeis sacrificado ignominiosamente todos vuestros afectos! alzad un poco los ojos, mirad: esta es belleza, esta es hermosura. Y ¿no temeis exponeros al riesgo de perder eternamente tan bello objeto, por una criatura defectuosa y vil?

Desde el trono de la Madre, pasaré al del Hijo, en donde veré, como es en sí misma, viva y gloriosa la sacratísima Humanidad de Jesucristo. ¡Cuántas serán sus reverencias, cuántas sus humildes demostraciones en presencia suya! ¡cuáles las acciones de gracias, cuando conozca lo que he merecido por medio de ella y de su pasion!

2. Finalmente, será conducida al solio mismo de la Divinidad, y podrá fijar la vista en quien es centro de todos los bienes, abismo de una inaccesible luz, fuente de toda bienaventuranza, de la cual, como de un inmenso piélago, parten rios de placer, para inundar y alegrar tada la ciudad de Dios. Y aquí será verdaderamente donde resonarán en sus oidos aquellas gratas palabras, con que se la pondrá en posesion del paraíso: ¡oh fiel y buen siervo! poco fué, á la verdad, lo que hiciste por obtener tan gran premio, pues que fué poco lo que te mandé, y fué poco mortificar tus pasiones, refrenar tus apetitos, frecuentar mis sacramentos, ser constante en tus ejercicios de verdadera devocion, y vivir con pureza y castidad; pero, no obstante, alégrate, que, en recompensa, te doy ahora la posesion de todo mi paraíso y de todo este bello reino. Es muy grande y muy bello; pero, no obstante, es tuyo; esta amenidad y fragancia, estas riquezas y estas delicias son infinitas; pero no obstante tuyas son. Ven á participar y á embriagarte en el gozo mismo de tu Señor. ¡Qué consuelo será, amados mios,

poder proferir esta dulce palabra de paraíso, diciendo, paraíso! paraíso mio! ¿Qué punzadas no dá ahora en este profundo valle de lágrimas al corazon, de quien aprecia su alma, este pensamiento: ¡puedo condenarme! Pero, entónces no habrá ningun peligro de esto, y estaremos seguros de no ofender más á Dios y de no perderle nunca. Y ¿no deberá bastar para excitar tambien en nosotros un vehemente deseo de ir al paraíso, y para hacer cuanto podamos por lograrlo, el poder decir: si fuere al paraíso, no tendré más tentaciones, no ofenderé más á Dios ni podré ofenderle, originándose de esto, que no podré perderle jamás? El cántico, pues, y la suavísima música, que se oirán resonar siempre en aquella bienaventurada corte, será: así estaremos para siempre con el Señor, así estaremos con el Señor eternamente: *Sic semper cum Domino erimus* (I Thess. iv, 16). Al presente, somos felices con Dios, y lo seremos siempre; vemos á Dios, y le veremos eternamente; le amamos, y le amaremos siempre; gozamos de él, y gozaremos siempre de él, siendo eternamente bienaventurados con él; no se interrumpirá, ni por un solo momento, nuestra bienaventuranza, y siempre durará invariablemente.

Vosotras, pues, almas santas, vereis á Dios, y siempre le vereis; amareis á Dios, y siempre le amareis. Este es el último pensamiento, amados oyentes, que quisiera, de algun modo, exponeros; pero me faltan palabras y no sé que deciros. Ven á Dios y aman á Dios los bienaventurados. Hé aquí lo esencial, el colmo y el todo de su paraíso y felicidad. Nosotros no lo comprendemos en este mundo, porque es demasiado tibio nuestro amor á Dios, y porque no podemos verle con estos ojos, ni puede tampoco pintarse su imágen, como se hace con la de los santos. Lo comprenderemos en el cielo, donde hemos de verle, no como por espejo en oscuridad, ni con el velo de la fé: *Nunc per speculum in ænigmate*, sino con su rostro descubierto: *Facie ad faciem* (I Cor. xiii, 12). Viéndole, le amaremos con tan dulce, tan intenso é indispensable amor, que nos trasformaremos en él por amor, y llegaremos por amor á ser una cosa muy semejante á él: *Similes ei erimus: quoniam videbimus eum sicuti est* (I Joan. iii, 2). Diré más, diré que el bienaventurado se hace otro Dios. Y si esto os parece demasiado, decid, á lo ménos, que es bienaventurado con aquella misma bienaventuranza con que Dios es bienaventurado.

Exclame, pues, vuelto á Dios, el real profeta, exclame; que razon tiene: Me saciaré, cuando apareciere tu gloria: *Saliabor, cuæ apparuerit gloria tua* (Psalm. xvi, 15). Y ¿cómo no podrá saciarse un alma, que tendrá todas sus potencias sumergidas en una superabundante y particularísima bienaventuranza? ¡Qué bienaventuranza para la memoria, recordar contínuamente, entre otras bellas y agradables cosas, los beneficios recibidos de Dios, y observar los medios de que se valió su misericordia para salvarla! ¡Qué bienaventuranza para el entendimiento, contemplar siempre á Dios, y descubrir en él innumerables perfecciones é infinitos tesoros de sabiduría, de bondad, de liberalidad, de omnipotencia, de santidad y clemencia, é igualmente descubrir y comprender los más recónditos secretos de la naturaleza, y el órden y la disposicion de todas las cosas, con sus causas y efectos, por impenetrables que sean para nosotros al presente! ¡Qué bienaventuranza para la voluntad, ocuparse siempre en amar á un objeto infinitamente amable, y que, comunicándose todo á ella, satisface plenísimamente por sí solo todos sus deseos, por grandes é ilimitados que sean! Nuestro cuerpo mismo ¿qué más podrá desear, que el que se le haya hecho conforme al cuerpo glorioso de Jesucristo: *Configuratum corpori claritatis suæ* (Philip. iii, 21), y el verse adornado de aquellos dotes propios de los espíritus puros, claridad, impasibilidad, agilidad y sutileza, y aún estaba por decir, el parecer un ángel? Me saciaré, pues, cuando apareciere tu gloria. Pero ¿cuándo será, que pueda yo experimentar tan deseable saciedad? ¿cuándo se romperán las prisiones de este miserable cuerpo, para que yo me traslade á la presencia de mi Señor? ¿cuándo se abrirán las bienaventuradas puertas del cielo, para que yo entre á gozarle?

Decidme, amadísimos oyentes, ¿qué os parece lo que hasta ahora os he dicho? Os he hablado del paraíso; pero os aseguro que, entre lo que he dicho y puede decir cualquier hombre, y lo que es, en efecto, el paraíso, no hay semejanza ni comparacion, siendo, á la verdad, cosa muy diversa de lo que podemos concebir y explicar. Sin embargo, aún cuando no fuera el paraíso nada mejor de lo que os he manifestado, ¿no os parece que es digno, de que tomeis algun empeño por adquirirlo? Escuchadme. En los tiempos de S. Agustin, una dama de las más principales de Roma, llamada Melania, se puso, por fortuna suya, á pensar sériamente un dia sobre el paraíso, y estimulada de este pensamiento, no solo abandonó sus galas y delicadezas, sino que se dedicó á mortificar cuanto podia su cuerpo, de suerte, que, descolorida y extenuada en breve, no parecia la que era. Un tio suyo, llamado Volusiano, hombre de poca conciencia y poco temor de Dios, estaba ausente al tiempo de esta admirable conversion; y habiendo visto, mucho despues, á su sobrina, sin ninguna vanidad ni ningun color en el rostro, dijo sorprendido: ¿qué se ha hecho de la bella Melania? Pero inmediatamente la dama le dió esta excelente respuesta: «la ha deshecho el amor del paraíso, el amor del paraíso la ha des-

hecho.» Profirió estas palabras con tal energía y ternura, que convirtieron á su tio, aunque estaba tan duro y obstinado, que se habia resistido á infinitas amonestaciones que le habia hecho el mismo san Agustin. ¡Cuán feliz me consideraria yo, si pudiera tambien lisonjearme de haber causado en vosotros semejante efecto, con haberos hoy hablado del paraíso! ¿Qué se ha hecho, quisiera preguntar, de aquel pecador disoluto, libre y caprichoso? ¿qué se ha hecho de él? El amor del paraíso le ha deshecho. Hélo aquí modesto, humilde y devoto, frecuentando los sacramentos. Y ¿qué se ha hecho de aquel otro desobediente, pertinaz y siempre amante de juegos, de pasatiempos y recreaciones? El amor del paraíso le ha deshecho. Hélo aquí obediente, dócil y manso, y mírale en las iglesias y al pié de los altares contínuamente.

¡Oh santo paraíso! ¡quiera Dios, que el haber hablado hoy de tí á estos católicos, sea causa de que alguno de ellos, por lo ménos, te desee con ánsia, y haga todos sus esfuerzos por ganarte y conquistarte!

Véase: BIENAVENTURANZA, y CIELO.

GLORIA HUMANA.

(SU INCONSTANCIA Y SUS PELIGROS.)

I.

Non glorietur sapiens in sapientia sua, et fortis in fortitudine sua, et dives in divitiis suis.
No se glorie el sábio en su saber, ni el valeroso en su valentía, ni el rico en sus riquezas.
(JER. IX, 23.)

La fortuna y la miseria, la gloria y la ignominia, la riqueza y la pobreza, la honra y la afrenta, están en este valle de lágrimas tan íntimamente relacionadas entre sí, que nadie deja de conocerlo, nadie deja de confesar la inconstancia de las glorias y felicidades con que el mundo brinda á los que le siguen. Tan general es esta verdad, que, hasta los gentiles, no pudieron ménos de conocerla y confesarla; y por esto, en los ídolos de la fortuna, á quien adoraban, simbolizaron su volubilidad en la rueda que los representaba. Sin embargo, son muy pocos los que creen, que esta inconstancia podrán experimentarla en sí mismos ó en sus cosas. El Espíritu Santo nos dice, que el hombre jamás persevera en un mismo estado; que la vida y la prosperidad son como las flores del campo, que amanecen odoríferas, tiernas y lozanas, y á la noche están ya marchitas; como el humo, que se desvanece con un soplo de viento; como la sombra, que se mueve segun la direccion de los rayos del sol. Además, la experiencia nos lo demuestra con ejemplos de todo género; y, con todo, casi nadie llega á persuadirse, de que podrá experimentar en sí la inconstancia de la fortuna. El rico nunca piensa que ha de ser pobre: ni el poderoso cree que pueda verse abatido; ni al que está en plena salud le parece que haya de caer enfermo. ¡Qué ilusion! Nos despojamos del temor de la desgracia, que puede sobrevenirnos, y nos dejamos engañar por la inconstancia del mundo. Así, pues, para que vosotros no pongais vuestro amor y confianza en la prosperidad, gloria y bienes de la tierra, voy á exponeros el cuadro de la inconstancia de la gloria mundana, y los peligros que trae consigo. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El honor, la estimacion y la gloria que el mundo, pareciéndose en esto á la prostituta de Babilonia, ofrece á los que le siguen, no tienen estabilidad. El vaso en que ofrece sus honras á los que las apetecen, es dorado en apariencia, pero, en realidad, está lleno de hiel. Y en verdad ¿cuántas fatigas cuesta al hombre la posesion de esta gloria? Por conseguirla, no se repara, de ordinario, en infringir la santa ley del Señor, y, por consiguiente, se tiene que gravar la conciencia con el mortal tedio del pecado, que, en ciertos momentos, envenena todas las satisfacciones de la vida. Y cuando el mundano haya alcanzado, á fuerza de bajezas, de disgustos y sinsabores, el honor tras el el cual andaba; cuando vea que grandes y pequeños le llaman Rabbi, ¿gozará, por ventura, de la felicidad, que, en su delirio, creyó incomparable? Locura fuera pensarlo. En el mundo todo es inseguro é inquieto: á la luz suceden las tinieblas; en pos del tiempo sereno viene la borrasca; el luto y la alegría, el miedo y la esperanza, las risas y las lágrimas, los lamentos y el júbilo, el amor y el odio, van sucediéndose y alternando de contínuo en nuestra vida. Pues bien, esta ley, que todas las cosas del mundo rige, esta ley, por la cual se suceden y alternan entre sí las cosas más opuestas, no exceptúa en manera al-

guna á los honores y dignidades; al contrario, todavía es más notable en los favores de la fortuna.

Tal fué lo que quiso significar el Señor cuando, para la eleccion de sumo sacerdote, mandó se pusiesen doce varas en el tabernáculo con los nombres de las doce tribus. «Habla con los hijos de Israel, dijo Dios á Moisés, y mándales, que te entreguen una vara por cada tribu, doce varas por los doce caudillos de las doce tribus, y escribirás el nombre de cada caudillo sobre su vara. El nombre de Aaron estará escrito en la vara de la tribu de Leví, y cada una de las otras tribus tendrá su vara peculiar. Pondrás estas varas en el tabernáculo de la alianza, delante del arca del testimonio, en donde te hablaré: la vara de aquel que yo eligiere entre ellos, florecerá. Esto previno, pues, Moisés á los hijos de Israel, y todos los caudillos dieron las varas, que fueron colocadas ante el Señor en el tabernáculo, y al dia siguiente se encontró que habia florecido la vara de Aaron (Núm. xvii, 1 et seq.) Podia el Señor elegir á Aaron por sí ó por suertes; pero lo hizo de este modo, dice S. Ambrosio, para que no se envaneciese, considerando la facilidad con que podia perderse ó desvanecerse una dignidad que estaba representada en una flor; *Ut summam haberet humilitatem, sciens commisam sibi florem potestatis* (Epist. ad. Curtia). No lo olviden los que ambicionan honores y dignidades. La honra mundana no es más que una flor; una flor que el sol, quizá, no saludará dos veces; una flor que, tal vez, solo se verá favorecida en el ocaso por el sol, á cuyos primeros resplandores se ha abierto.

¿Cuántos ejemplos nos ofrece de esto la historia? Adonibezec venció setenta reyes, á quienes hacia comer bajo su mesa, como si fuesen perros, despues de haberles cortado los dedos de las manos y de los piés; pero, poco despues, fué hecho prisionero en Bezec, metrópoli de su reino, y tuvo que sufrir el mismo cruel castigo que impuso á sus vencidos (Judic. i, 5 et seq.) Paseábase Nabucodonosor por el palacio de Babilonia, y, en su orgullo, decia: «¿No es esta la gran Babilonia, que yo he levantado para capital de mi reino con la fuerza de mi poderío, y el esplendor de mi gloria?» Pero apenas habia dicho esto, oyóse una voz del cielo, que exclamó: «Cuanto ántes perderás tu reino (Dan. v, 27 et 28).» Léjos estaba Aman de figurarse, que el patíbulo, que levantaba, no habia de servir para Mardoqueo, á quien tanto odiaba, sino para sí mismo! El mismo Jesucristo fué recibido en Jerusalen con ramos, palmas, aclamaciones y triunfos, y los mismos que le dispensaban este obsequio, le crucificaron muy pocos dias despues. Sus aclamaciones se convertieron en vituperios; las bendiciones en maldiciones; y en vez de quitarse las vestiduras para alfombrar los sitios

por donde habia de pasar, el pueblo despojó á Jesucristo de sus vestidos para burlarse de su sacratísima persona; ya no le recibieron para conferirle su reino, sino que le sacaron de la ciudad para crucificarle.

El mundo levanta al hombre como el águila á la tortuga; no para ensalzarla, sino para que, dejándola caer súbitamente, se rompa su concha y se estrelle contra las piedras. Andrónico, despues de regir algunos años el imperio, fué preso por sus vasallos, escarnecido, burlado, colmado de injurias, y colgado de los piés entre dos columnas. Augusto Vitelio, despues de haber sido aclamado en Roma, fué sacado á la pública vergüenza, atadas las manos á la espalda, y condenado á muerte en medio de una plaza. Belisario, venciendo á los godos y á los vándalos, se hizo señor del Africa y de Sicilia; pero su elevacion y su gloria no le privaron de volverse ciego, y pedir como un mendigo una limosna á la puerta del templo de santa Sofía. ¡Oh mundo traidor! exclamó S. Agustin, tú nos prometes todos los bienes, y nos das todos los males; prometes una flor, que pronto se marchita: *Cuncta bona promittis, et cuncta mala profers; promittis florem, sed cito evanecit* (Serm. xxxi).

2. Pero aún cuando no fueran tan inconstantes las honras mundanas, nadie debiera ambicionarlas; porque son tantos los peligros que las acompañan, que el poseerlas, más equivale á un tormento que á una satisfaccion. Saul, en un estado humilde, era bueno, y elevado á la dignidad real, fué infelicísimo. David, que siendo pobre y perseguido practicaba todas las virtudes y era amigo de Dios, cuando llegó á poderoso y grande, fué adúltero y homicida. Lo propio sucedió á Salomon. Cuando Nabucodonosor se apoderó de Jerusalen, se llevó presos á los poderosos y magnates; pero á los pequeños los dejó tranquilos en la ciudad. El rayo toca primero á la cima de los montes y á las altas torres; cuanto es más elevada nuestra posicion, mayor peligro corremos. Los peces grandes quedan presos en las redes de los pescadores, al paso que los pequeños se deslizan y escapan entre las mallas.

Cuando el Salvador se trasfiguró en el Tabor, S. Pedro creia que allí seria feliz, y por eso pidió á Cristo que permaneciesen en aquel monte; pero S. Marcos nos dice, que el príncipe de los apóstoles no sabia entónces lo que decia, pues no reflexionaba, que las más amargas desdichas van siempre al lado de las glorias y felicidades humanas. Leed la historia, hermanos mios, y hallareis, que cuantos han obtenido ilustres honras las han alcanzado con grandes amarguras, las han disfrutado con muchos tormentos, y las han perdido con honda

pena. Un antiguo monarca de España decia, poco ántes de morir: lo que he conseguido con haber obtenido un trono es el remordimiento y el dolor. A un sábio, favorecido por la fortuna, le preguntaron algunos amigos: ¿qué puedes ya desear ahora? y contestó: no ser lo que soy. A otro le preguntaban los admiradores de su suerte: ¿A dónde vas á llegar en alas de la fortuna, que te es tan próspera? Al precipicio, les respondió.

No nos cansemos, pues, en ir tras peligrosas ilusiones. Las honras mundanas no se obtienen sino sufriendo, no se disfrutan sino sufriendo, no se pierden sino sufriendo. Y aún cuando no fuese así, no olvidemos, que todo lo habremos de dejar cuanto ántes. Al salir del mundo no nos llevaremos al tribunal de Dios las honras y felicidades mundanas, sino las buenas obras que háyamos practicado: *Opera illorum sequuntur illos,* dice S. Juan (Apoc. xiv, 13). En vez de suspirar por el honor, la estimacion y la gloria, procuremos practicar el bien, y amontonar tesoros para el otro mundo. Las buenas obras nos proporcionarán en la tierra la tranquilidad y paz de los justos, y nos asegurarán en el cielo la gloria eterna, que os deseo. Amen.

GLORIA HUMANA.

(SU FALSEDAD.)

II.

In hoc glorietur, qui gloriatur, scire et nosce me, quia ego sum Dominus.

El que quiera gloriarse, gloríese en conocerme y saber que yo soy el Señor.

(Jerem. ix, 24.)

Si la gloria del mundo pudiera ser verdadera sin el temor de Dios, ningun hombre hubiera habido hasta ahora en la tierra, que pudiese glorificarse á sí mismo como Jesucristo, pues, además de la gloria de descender de una estirpe real, y de contar á un David y á Salomon

entre sus progenitores, ¿con qué resplandor no se manifestó él al mundo?

Registrad toda la carrera de su vida, y vereis, que toda la naturaleza le obedece: las aguas se consolidan para que camine sobre ellas; los muertos oyen su voz; los demonios, atemorizados con su poder, huyen de su presencia; los cielos se abren sobre su cabeza, y anuncian á los hombres su magnificencia y su gloria; el lodo, entre sus manos, dá vista á los ciegos; todos los lugares por donde pasa quedan señalados con sus prodigios; lee los secretos de los corazones; ve lo futuro del mismo modo que lo presente; se lleva tras sí las ciudades y los pueblos; en los tiempos anteriores nadie habia hablado como él; y admiradas las mujeres de Judá de su celestial elocuencia, llaman feliz á la Madre que le dió á luz.

¿Qué hombre se vió jamás en la tierra rodeado de tanta gloria? Y con todo eso, nos dice, que si se la atribuyera á sí mismo, y no fuera más que una gloria humana, nada seria su gloria: *Si ego glorifico me ipsum, gloria mea nihil est* (Joan. viii, 54). La probidad mundana, los grandes talentos, y las mayores felicidades nada son, si son puramente virtudes del hombre. ¿Cuál es, pues, la verdadera gloria? La que se funda en conocer y amar á Dios; pues, sin este conocimiento y amor, no hay ni puede haber gloria verdadera. Esto es lo que me propongo demostraros. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Los hombres, siempre vanos, miran su gloria como su ídolo: los más de ellos la pierden, al mismo tiempo que la buscan: y luego que ven tributar á su vanidad las alabanzas, que solamente son debidas á la virtud, ya les parece que la han hallado. No hay grande, por más indignas y desarregladas que sean sus inclinaciones y costumbres, á quien la vana adulacion no prometa la gloria y la inmortalidad, y que no cuente con los votos de la posteridad, cuando, acaso, su nombre no llegará á ella, ó cuando solamente será conocido por sus vicios. El mismo mundo, que levanta estos ídolos de barro, los derriba al dia siguiente, y se venga á su gusto en las posteriores edades de la impericia de sus elogios con la abundancia de sus censuras. Y aún no suele esperar tanto tiempo: los públicos aplausos que se dan á la mayor parte de los grandes, miéntras viven, casi siempre se hallan desmentidos inmediatamente en las conversaciones privadas y juicios que de ellos se hacen.

Siendo, pues, cierto, que la gloria humana, casi siempre queda degradada, aún en el mismo tribunal del mundo, ¿qué puede tener que

sea real y verdadero en la presencia de Dios, á cuya vista solamente son grandes los que le temen? Reparad, oyentes, en que los hombres siempre han fundado su gloria en el honor y rectitud; en lo elevado y distinguido de los talentos; y, finalmente, en los sucesos famosos. Pero, sin el temor de Dios, toda la probidad humana, ó es falsa, ó, á lo ménos, no es segura: los mayores talentos son peligrosos ó para el que se gloría de ellos, ó para aquellos en quienes se emplean; y, finalmente, las más extraordinarias felicidades, ó nacen de la culpa, ó, en la realidad, no son más que delitos.

Dije, en primer lugar, que la probidad humana, sin el temor de Dios, casi siempre es falsa, ó que, á lo ménos, nunca es segura. Bien sé que el mundo se precia de una fantasma de honor y rectitud, independiente de la religion, y que está persuadido á que puede uno muy bien ser fiel á los hombres, sin serlo á Dios; estar adornado de todas las virtudes que pide la sociedad, sin tener las que manda el Evangelio; y, en una palabra, ser hombre honrado, sin ser buen cristiano. Pero ¿qué cosa tan fácil seria vengar el honor de Dios, contra el culto vano y presuntuoso que el mundo tributa á su ídolo? Un soplo bastaria para derribar aquel edificio de vanidad y soberbia, sin que apenas quedasen de él más que confusos vestigios.

Aquellos hombres virtuosos, de que tanto se precia el mundo, no tienen, en la realidad, á su favor, mas que el error público: quiero conceder, que sean amigos fieles, pero el vínculo que los une es el gusto, la vanidad ó el interés, y en sus amigos se aman á sí mismos: son buenos ciudadanos, pero la gloria y el honor que les resulta de servir á la pátria, son el único lazo y la única obligacion que los une á ella: son amantes de la verdad, pero no es la verdad lo que buscan, sino la estimacion y confianza que por su medio adquieren entre los hombres: son fieles en sus palabras, pero es porque miran como inconstancia y cobardía el faltar á ella, y, en la realidad, no es en ellos virtud el ser fieles en sus promesas: son protectores de los flacos, pero quieren tener panegiristas de su generosidad; y el motivo más poderoso que los obliga á aliviar la opresion y la miseria, son los elogios que les tributan los oprimidos. En una palabra, son llamados misericordiosos y tienen todas las virtudes para el público, pero, no siendo fieles á Dios, ninguna tienen para sí mismos.

Y aún cuando la probidad del mundo no fuera casi siempre falsa, á lo ménos, es preciso confesar, que nunca es segura: solamente la religion asegura la virtud, porque siempre son unos mismos los motivos que hallamos en ella: de suerte, que si ésta no mereciera delante de los hombres más que la vergüenza y el oprobio, no por eso dejaria de parecer más hermosa y apreciable en la estimacion del justo; aún cuando peligrára su vida por aspirar á ella, no pretenderia libertarla á costa de la virtud: aún cuando el vicio se presente al justo con los atractivos de la impunidad y del secreto, no por eso le parece más amable, porque no teme á otro testigo mas que al mismo Dios, y ningun castigo le detiene tanto como la reprension de su conciencia, aún cuando la misma fama y las públicas aclamaciones le solicitáran á seguirle. Ningun caso hace de los hombres, porque solo Dios, que es quien la está mirando, ha de ser su juez.

Mirad si podeis hallar la misma seguridad en las virtudes humanas: como las más veces tienen su orígen en la vanidad y en la vanagloria, inmediatamente encuentran con su ocaso: como solamente se forman de la apariencia, se desvanecen luego, como aquellos fuegos fátuos de las exhalaciones, en la oscuridad y en las tinieblas; como solamente estriban en las circunstancias, en las ocasiones y en los juicios de los hombres, contínuamente se están arruinando con estos débiles apoyos: siempre tienen bajo la inconstancia de su imperio los tristes frutos del amor propio: finalmente, como son obra flaca del hombre, no tienen más resistencia que él. Si á uno de estos virtuosos del siglo, se le presenta una ocasion segura de desacreditar á un enemigo, ó de perder á su competidor, con tal, que conserve la reputacion y la fama de la moderacion mundana, ningun caso haria de si tiene el mérito para ella: con tal, que su venganza no se oponga á su honor, no la juzgará indigna de su virtud: ponedle en unas circunstancias en que pueda conciliar su pasion con la estimacion pública, y no se detendrá en acomodarla á su conciencia: en una palabra, para él, es lo mismo ser tenido por justo, que serlo en la realidad. Y así, es inútil querer hallar la verdadera gloria en el honor y probidad mundana: el principio de la verdadera grandeza se halla en el corazon; y en el que está vacío de Dios, no se halla mas que las bajezas y miserias del hombre.

2. Acaso, dirá alguno, que las virtudes civiles, por sí solas, son demasiado oscuras, y que la distincion y superioridad de los grandes talentos nos dará más derecho á la fama. Pero, ¡oh Señor! ¿qué son los grandes talentos más que grandes vicios, si habiéndolos recibido de Dios, no los empleamos más que para nosotros mismos? Estos talentos, en nuestras manos, las más veces son instrumentos de las públicas desgracias, y siempre vienen á parar en ser la causa de nuestra perdicion y condenacion eterna. ¿Qué cosa es un hombre de gobierno, cuyos rayos resplandecen por todas partes, si no le guia y contiene el temor de Dios? Es un astro maléfico, que no anuncia más

que calamidades á la tierra: cuanto más crezca en esta funesta ciencia, más crecerán con él las miserias públicas: sus más temerarias empresas hallarán muy débil resistencia en el ímpetu de su carrera: todo lo que le parezca famoso, le parecerá tambien legítimo. Se hará célebre, haciendo á muchos infelices: ¡qué azote este para un pueblo! Examinad todos los grandes talentos que hacen ilustres á los hombres, y vereis, que cuando estos se han hallado en sugetos impíos, ha sido siempre para desgracia de una nacion y de su siglo. No hay nacion que no haya tenido lecciones y ejemplos domésticos de estas desgracias.

Y, finalmente, cuando no sean perjudiciales para su siglo, á lo ménos lo son para sí mismos: son semejantes á un navío sin timon, llevado con todo ímpetu de vientos favorables; cuanto más rápida es su carrera, más inevitable es el naufragio: no hay cosa más peligrosa para estos hombres que los grandes talentos, cuando su uso no es arreglado por la fé: las vanas alabanzas, que les granjean estas brillantes prendas, corrompen su corazon; y cuanto más extraordinarias son sus cualidades, más profunda é irremediable es su perversidad. Dios abandona al soberbio á sí mismo: estos hombres, tan famosos, muchas veces expian con la infamia de una caida pública la injusticia de los públicos aplausos. Los sucesos extraordinarios y las felicidades que á ellos se siguen, no merecen alabanza alguna en los enemigos de Dios, ni les dan más derecho á la verdadera fama que sus talentos. Bien sé, que el mundo suele aplaudir estos sucesos, y que en él, regularmente, no son las virtudes, sino las felicidades las que hacen los grandes hombres. No es mi intento persuadir á que se arruinen estas demostraciones del público agradecimiento: todo lo que es útil á los hombres, es digno, en algun modo, de que éstos lo agradezcan: la emulacion dá sugetos ilustres á las naciones, y así, es necesario que las recompensas exciten la emulacion, y que el mérito vea que siempre le sigue el premio. El gobierno político no se mete en sondear los corazones, y solamente examina los actos exteriores. Pero si le es lícito al mundo ensalzar la gloria de sus héroes, ¿por qué se le ha de prohibir á la verdad que hable en distinto estilo que el mundo? ¡Ah! el mundo apenas perdona á nadie: únicamente están libres de sus dardos aquellos, que viven léjos de él por razon de los tiempos ó de los lugares; los que están á su vista, no están libres de sus censuras: luego que los conoce, deja de admirarlos, sin que en esto le podamos acusar de malicia ó injusticia; y es preciso creerle, pues habla contra sí mismo.

Y á la verdad, examinad los motivos de las acciones más famosas

y de los más extraordinarios sucesos: en lo exterior todo admira, y no se vé más que el héroe: pero entrad más adentro, buscad al hombre, y vereis que, como dice el Sábio, no hallais más que lodo y ceniza: *Cinis est enim cor ejus, et terra supervacua spes illius.* La ambicion, la envidia, la temeridad, el acaso, y aún, muchas veces, el miedo y la desesperacion, han sido causa de los mayores espectáculos y de los más ruidosos sucesos de la tierra. Consultad á los que han tratado á aquellos hombres á quienes, en otro tiempo, hicieron famosos sus felices sucesos, y os dirán, que, muchas veces, no hallaban en ellos otra cosa grande más que el nombre: el hombre desacredita al héroe; su fama se avergonzaba de lo indigno de sus costumbres é inclinaciones: la familiaridad hacia traicion á la gloria de sus sucesos: era preciso acordarse de la época de sus grandes acciones, para persuadirse á que eran ellos los que las habian ejecutado; y así, las magníficas decoraciones que nos deslumbran y que sirven de tanto adorno á nuestras historias, ocultan, frecuentemente, los personajes más viles y despreciables. Amados oyentes, en los hombres no hay cosa alguna grande sino lo que proviene de Dios: la rectitud del corazon, la verdad, la inocencia, y la regla de las costumbres, y el imperio sobre las pasiones, son la verdadera grandeza, y la única y legítima gloria que nadie nos puede disputar: todo cuanto hay en los hombres, que proviene de ellos mismos, está manchado, por decirlo así, con el mismo barro de que están formados: solamente la sabiduría, dice Salomon, está en posesion de la verdadera gloria, pues la gloria del pecador no es más que oprobio é ignominia: *Gloriam sapientes possidebunt; stultorum exaltatio ignominia* (Prov. III, 35).

Si amamos, pues, la gloria, amados oyentes, busquemos la verdadera. El que desea la única y legítima gloria, que no se puede disputar, no cuida ni hace caso de la del mundo, que es falsa, mentirosa y breve, y que va siempre acompañada de tristeza, melancolía y desventura. Temamos á Dios, observemos sus preceptos, practiquemos las virtudes, y seremos grandes en su divina presencia: nuestra gloria será eterna.

Dios mio, no os pedimos, ni deseamos la gloria humana; lo que os pedimos, lo que deseamos es la gloria que dimana de vos. Haced que os temamos, que os amemos, que hagamos siempre vuestra voluntad santísima, pues, practicando lo que nos hace agradables á vuestra vista, alcanzaremos la verdadera y eterna gloria, que os deseo.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

GLORIA.—Los cristianos cifran su mayor gloria en las mayores humillaciones que sufren por Jesucristo.

Los hipócritas cifran su mayor gloria en las más grandes apariencias de la virtud.

Los libertinos cifran su mayor gloria en la reputacion de haber cometido los más atroces crímenes.

GLORIA.—La sabiduría del cristianismo consiste en huir de la gloria, mereciéndola.

La locura del mundo consiste en solicitar ó en procurar la gloria, sin merecerla.

GLORIA PELIGROSA.—El amor á la gloria conduce á los hombres á los mayores precipicios.

El amor á la gloria les derriba.

El amor á la gloria les impide levantarse.

GLORIA DELEZNABLE.—Los que la desean, manifiestan no conocerla.

Los que la gozan, deben hacérnosla despreciar.

PASAJES Y FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA Y AUTORIDADES DE LOS SANTOS PADRES, sobre la GLORIA HUMANA; véase: GRANDEZA HUMANA (SU VANIDAD).

GLORIA HUMANA; véase: HONOR y GRANDEZA VERDADERA.

GLOTON; véase: GULA.

GRACIA.

I.

Respondit Jesus et dixit ei; Si scires donum Dei!

Jesus le respondió: ¡Si tú conocieras el don de Dios!

(JOANN. IV, 10.)

Segun todos los Santos Padres de la Iglesia y todos los intérpretes de la Sagrada Escritura, el don de Dios, que no conocia la Samaritana, y que le hizo conocer el Salvador de los hombres, es la gracia misma de Jesucristo. Esta gracia, sin la que no podemos nada, y con la cual lo podemos todo; esta gracia, por la que somos todo lo que somos, si somos algo delante de Dios; esta gracia, que nos ilumina, nos atrae, nos persuade, nos convierte, nos inclina al bien y nos aparta del pecado; esta gracia, que nos pone en estado de ganar el cielo; esta gracia, que obra en nosotros y con nosotros todo cuanto hacemos por Dios, y que en el órden de la salvacion nos da por su eficacia, no solamente el poder, sino el querer y el hacer; ese es, mis amados oyentes, el excelente don, que tanto nos importa á nosotros mismos conocer; don perfecto, que viene de arriba y desciende del Padre de las luces; don superior á todos los dones de la naturaleza, y en comparacion del cual miraba san Pablo como barro todos los dones de la fortuna; don de los dones, que Jesucristo solo pudo merecernos, y que recibimos de la misericordia infinita de Dios.

Sin embargo, por una crasa ignorancia, no le conocemos, y por una ingratitud todavía más criminal, no cuidamos de conocerle: de donde proviene que tantas veces le recibimos en vano, y que, léjos de usarle para glorifiar á Dios y santificarnos, abusamos de él, hasta el punto de pervertirnos y despreciar al Señor. Por eso nos dice Jesucristo, como á la Samaritana: *Si scires donum Dei!* ¡Si tú conocieras el don de Dios! Tratemos pues, cristianos, de formar una idea exacta de él: entremos en el tesoro inmenso de las divinas misericordias: midamos, si es posible, su altura y profundidad; y pues María recibió la pleni-

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

GLORIA.—Los cristianos cifran su mayor gloria en las mayores humillaciones que sufren por Jesucristo.

Los hipócritas cifran su mayor gloria en las más grandes apariencias de la virtud.

Los libertinos cifran su mayor gloria en la reputacion de haber cometido los más atroces crímenes.

GLORIA.—La sabiduría del cristianismo consiste en huir de la gloria, mereciéndola.

La locura del mundo consiste en solicitar ó en procurar la gloria, sin merecerla.

GLORIA PELIGROSA.—El amor á la gloria conduce á los hombres á los mayores precipicios.

El amor á la gloria les derriba.

El amor á la gloria les impide levantarse.

GLORIA DELEZNABLE.—Los que la desean, manifiestan no conocerla.

Los que la gozan, deben hacérnosla despreciar.

PASAJES Y FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA Y AUTORIDADES DE LOS SANTOS PADRES, sobre la GLORIA HUMANA; véase: GRANDEZA HUMANA (SU VANIDAD).

GLORIA HUMANA; véase: HONOR y GRANDEZA VERDADERA.

GLOTON; véase: GULA.

GRACIA.

I.

Respondit Jesus et dixit ei; Si scires donum Dei!

Jesus le respondió: ¡Si tú conocieras el don de Dios!

(JOANN. IV, 10.)

Segun todos los Santos Padres de la Iglesia y todos los intérpretes de la Sagrada Escritura, el don de Dios, que no conocia la Samaritana, y que le hizo conocer el Salvador de los hombres, es la gracia misma de Jesucristo. Esta gracia, sin la que no podemos nada, y con la cual lo podemos todo; esta gracia, por la que somos todo lo que somos, si somos algo delante de Dios; esta gracia, que nos ilumina, nos atrae, nos persuade, nos convierte, nos inclina al bien y nos aparta del pecado; esta gracia, que nos pone en estado de ganar el cielo; esta gracia, que obra en nosotros y con nosotros todo cuanto hacemos por Dios, y que en el órden de la salvacion nos da por su eficacia, no solamente el poder, sino el querer y el hacer; ese es, mis amados oyentes, el excelente don, que tanto nos importa á nosotros mismos conocer; don perfecto, que viene de arriba y desciende del Padre de las luces; don superior á todos los dones de la naturaleza, y en comparacion del cual miraba san Pablo como barro todos los dones de la fortuna; don de los dones, que Jesucristo solo pudo merecernos, y que recibimos de la misericordia infinita de Dios.

Sin embargo, por una crasa ignorancia, no le conocemos, y por una ingratitud todavía más criminal, no cuidamos de conocerle: de donde proviene que tantas veces le recibimos en vano, y que, léjos de usarle para glorifiar á Dios y santificarnos, abusamos de él, hasta el punto de pervertirnos y despreciar al Señor. Por eso nos dice Jesucristo, como á la Samaritana: *Si scires donum Dei!* ¡Si tú conocieras el don de Dios! Tratemos pues, cristianos, de formar una idea exacta de él: entremos en el tesoro inmenso de las divinas misericordias: midamos, si es posible, su altura y profundidad; y pues María recibió la pleni-

tud de la gracia, imploremos por su intercesion la asistencia del Espíritu Santo, diciendo con el ángel: A. M.

1. Las excelentes propiedades que atribuye á la sabiduría la Sagrada Escritura, son; disponerlo todo con suavidad y ejecutarlo todo con eficacia. Lo que nos dice la Escritura de la sabiduría de Dios, puedo yo decirlo igualmente de la gracia, que no obra en nosotros sino como instrumento de aquella sabiduría soberana, que es en Dios la causa principal de nuestra salvacion. Ved aquí, cristianos, la idea más exacta que puedo daros de la gracia de Jesucristo. Sus dos caracteres son; suavidad y fuerza. Suavidad, en la manera persuasiva con que dispone el pecador á la conversion: fuerza, en las asombrosas victorias que alcanza del pecador en el instante de su conversion.

No hay que extrañar, que la gracia tenga por primer carácter la suavidad; pues procede inmediatamente del corazon de Dios, y es el término de su amor más puro hácia nosotros. Pero nos importa saber bien en qué consiste esta suavidad de la gracia, cuáles sus los caracteres más insinuantes, lo que debe obrar en nosotros, y de qué manera quiere Dios que correspondamos á ella. Esto es lo que visiblemente intentó el Espíritu Santo darnos á conocer en la conversion de la Samaritana, cuyo ejemplo debemos aplicarnos; porque ¿qué hace la gracia para triunfar completamente de un corazon rebelde y someterle á Dios? Para triunfar de nosotros, parece, en cierto modo, sujetarse á nosotros. ¿Y cómo? Porque nos aguarda hasta sufrirnos años enteros, toma el tiempo favorable; y por una condescendencia, que nunca agradeceremos lo bastante, proporciona las ocasiones para ganarnos: por más interés que tengamos en burlarla, siempre es ella la primera á prevenirnos. En lugar de arrancarnos á la fuerza, lo que quiere obtener de nosotros, nos lo pide; y en vez de pedírnoslo con imperio, lo obtiene solamente por via de solicitacion y exhortacion. Ella se acomoda á nuestras inclinaciones, á nuestra inteligencia, á las calidades de nuestro espíritu; y aún, muchas veces, á nuestras imperfecciones y flaquezas del modo que explicaré. No nos obliga á nada difícil, en que no nos haga hallar atractivo, y cuyo deseo no excite en nosotros, á pesar de nuestra repugnancia: no nos obliga á despreciar los bienes terrenos, sino á medida que nos pone de manifiesto la nada de ellos: no nos hace emprender grandes cosas por Dios; sino imprimiendo en nosotros una idea elevada de sus perfecciones y de los premios que nos promete: no nos inclina á la negacion y al aborrecimiento de nosotros mismos, sino haciéndonos convenir, por la confesion de nuestros propios desórdenes, en que aquella negacion es, á lo

ménos, justa, y aquel aborrecimiento bien fundado. Tal es, cristianos, la conducta de la gracia, tal es su suavidad; y bien claramente lo vemos en los pasos que da el Salvador del mundo para convertir á la Samaritana.

Digo, que, á veces, la gracia aguarda á los pecadores, hasta cansar la paciencia de Dios. Ved á Jesucristo, la fuerza y la virtud de Dios mismo, fatigado, no obstante, extenuado, sentado á la márgen de un pozo. ¿Qué espera? Una alma infiel, á quien quiere salvar; una pecadora, que ha escogido. ¿Y de qué está cansado? Si nos atenemos á la letra, de lo largo del camino: *fatigatus ex itinere* (Joan iv, 6); pero como el hombre Dios decia en el mismo Evangelio á sus apóstoles, que tenia que comer un manjar más exquisito que el que le presentaban ellos, un manjar misterioso y divino que no conocian: *Ego cibum habeo manducare quem vos nescitis* (Joan iv, 32); por eso experimentaba entónces otro cansancio que el que aparentaba; y este cansancio le venia, sin duda, de haber sufrido tanto tiempo á aquella pecadora en el desórden de su vida y en la costumbre de su pecado. Esto es lo que debia haberle cansado con ser Dios, y lo que debia casi haber apurado su paciencia. Sin embargo, no se desalienta y está resuelto á esperar á aquella mujer, por más apartada que esté de Dios, y por más empedernida que se halle en el pecado. Por eso está sentado y descansa. Pues este descanso de Dios, en los arrebatos y rebeldías de su criatura, es lo que yo llamo la suavidad de la gracia. ¡Ah! cristianos, ¡cuántos pecadores en el mundo, y tal vez entre los que me escuchan, se hallan actualmente en el mismo estado que aquella mujer obstinada y criminal! Es decir ¡cuántos pecadores pertinaces han cansado á Dios, han ultrajado la bondad de Dios, han provocado la ira de Dios, y, á fuerza de acumular pecado sobre pecado, y recaida sobre recaida, aumentando así diariamente el peso de su iniquidad, han llegado á ser como pesadas cargas para Dios! Y no obstante, por un efecto de su inagotable misericordia, quiere esperar su conversion. Solo la paciencia de un Dios puede llegar hasta ese punto. La de los hombres, que no se extiende más allá de la pequeñez de su corazon, se cansa pronto; pero la medida de la paciencia de Dios es la grandeza de Dios mismo.

En efecto, Dios es paciente porque es eterno, es paciente porque es fuerte, es paciente porque es Dios. Y considerándolo bien, nada nos manifiesta mejor su divinidad, ni hay un testimonio más ineluctable de ella, que la sorprendente tranquilidad con que disimula y tolera las ofensas de los hombres. Pero ¿qué consecuencia debemos de sácar de este principio, amados oyentes mios? ¿Se sigue de ahí, que el

pecador tenga derecho de diferir su conversion, y hacer esperar á Dios, porque Dios quiere esperarle? Así han discurrido siempre y discurren aún los mundanos; y este falso razonamiento y esta condenable presuncion es la que, en todo tiempo, los ha confirmado y los confirma diariamente en sus desórdenes. Mas no permita Dios, cristianos, que abusemos de tal manera de sus misericordias; y cuando se trata de penitencia, el error más pernicioso en que podemos caer, es esperar que Dios nos aguardará. ¿Por qué? En primer lugar, porque si Dios nos espera, lo debemos únicamente á su gracia: ahora bien; no hay cosa más impía é insensata, que contar con esta gracia, hasta el punto de prevalerse de ella, contra Dios mismo. En segundo lugar, porque hay muchos á quienes no espera Dios, y en quienes se complace de ejercitar su justa ira para escarmiento de los demás, dejándolos morir en el pecado. En tercero; porque, aún respecto de aquellos á quienes no espera Dios, hay un término, pasado el cual, no los espera más. En cuarto; porque no podemos saber hasta cuándo nos esperará Dios, ni aún si nos esperará; y este es el secreto más impenetrable para nosotros y más oculto. En quinto; porque basta nuestra sola presuncion, asegurándonos que nos esperará Dios, para moverle á que no nos espere; no sea, que sirva su paciencia, que es uno de sus más santos atributos, para autorizar y fomentar nuestros pecados.

No solamente espera el Salvador del mundo á la Samaritana, sino que, por un nuevo carácter de suavidad, que descubro en su gracia, busca una ocasion cómoda para tratar con aquella pecadora, un sitio apartado del bullicio y tráfago, á donde sabe que ella ha de acudir; un tiempo conveniente á su intento, cuando ella va á sacar agua, y no podrán interrumpirse por nada las lecciones divinas que se prepara á darle. Esto no es porque Dios necesite de tales temperamentos para comunicarnos su gracia, ni ésta depende absolutamente de los tiempos y ocasiones para producir en nosotros su efecto; pues, por el contrario, la gracia es más bien la que hace estos tiempos preciosos para la salvacion, y estas ocasiones, á que va aparejada nuestra conversion. Pero en esto mismo ¿no debemos de admirar la inefable bondad de nuestro Dios, qué, para atraernos á sí y salvarnos, se sirve proporcionar de este modo las ocasiones, que con esta mira se vale ventajosamente de las que le presentamos nosotros, que el mismo produce otras en que no pensamos, que de los acontecimientos ménos premeditados hace para nosotros sucesos providenciales, y, que mereciendo ser igualmente servido en todos tiempos y lugares, no se desdeña de aparejar su gracia á ciertos lugares y tiempos? Cuando leemos en el *Génesis*, que yendo Rebecca á dar de beber á sus rebaños, encontró junto al pozo al

criado que Abraham, que le anunció su honra y la eleccion que hacia Dios de ella para mujer de Isaac; cuando en el libro de los Reyes se nos dice, que, buscando Saul las borricas de su padre, encontró al Profeta, quien le declaró los designios de Dios sobre él, y le manifestó que el Señor le habia destinado para ser el caudillo de su pueblo y rey de Israel; bendecimos la amable conducta de la Providencia. Pero esta conducta, cristianos, no era más que una figura de lo que Dios queria hacer y hace todos los dias en favor de sus escogidos. Porque ¿no es así como ofrece su gracia en conyunturas favorables? ¿No les arma así (si puedo expresarme de esta suerte) santas emboscadas en las ocasiones, que ha dispuesto su sabiduría para su conversion y santificacion? De aquí es, que algunos sábios teólogos, entre quienes se cuenta el incomparable doctor de la Iglesia san Agustin, han hecho consistir una parte del misterio de la gracia, que llamamos eficaz, en que es dada en la ocasion que ha previsto Dios seria saludable; en vez de que las gracias comunes las da indistintamente, es decir, prescindiendo de aquellas ocasiones y de las disposiciones particulares en que podemos encontrarnos al recibirlas. Lo vemos en la Samaritana; pero si reparamos bien, lo que vemos en ella es lo que pasa diariamente en nosotros. Porque ¿hay una persona á quien haya tocado Dios y convertido de sus extravíos, que no atribuya, en parte, su conversion á ciertas ocasiones, y no se acuerde que entonces fué cuando le abrió Dios los ojos y le habló al corazon?

¿Cuál es, pues, para nosotros el punto capital y la gran máxima de la sabiduría cristiana? Retenedla bien, mis amados oyentes, y no la olvideis jamás: es observar con cuidado estas ocasiones y no frustrarlas. Porque ¡cuántas cosas, cuyas consecuencias no veis y que os parecen dimanar de la casualidad, son otros tantos medios que ha escogido Dios para apartaros del mundo, queriendo, tal vez, hacer depender de ellas vuestra misma predestinacion! Por ejemplo, el trato que manteneis con ese siervo de Dios, ese libro de piedad que os gusta, ese sermon edificante y convincente que oís, esa muerte súbita que os espanta, esa pérdida de bienes que os aflige, esa desgracia que os humilla, esa enfermedad que, contra vuestra voluntad, os obliga á hacer una vida más regular, y os impide caer en los mismos desórdenes. Si os fueran completamente conocidos los designios de Dios, y supierais con certeza, que á esto ha querido aparejar vuestra salvacion; ¿no aprovecharíais esas ocasiones tan importantes? Pues sabeis demasiado para adorar, al ménos, en ellas, los consejos secretos de esa Providencia enteramente paternal que os gobierna; y si no sabeis más, eso os obliga á vivir en una dependencia más absoluta de la gracia

en que confiais. Pero si esta es una ocasion de salvacion, me direis, y Dios ha aparejado á ella la gracia de mi conversion, es seguro que me convertiré. Concedo; pero no es ménos seguro, que no os convertiréis jamás, sin hacer buen uso de esa gracia y de la ocasion en que se os ha preparado. Porque cualquiera que sea la naturaleza de esta gracia, es de fé, que su efecto no puede ir separado de vuestra fidelidad; y de cualquier modo que obre, siempre hay que venir á parar á esta expresion del Salvador: *Vigilate et orate* (MATTH. XXVI): velad y orad. Orad, porque nada podeis sin la gracia; velad, para qué no se os escape este dia de salvacion. Ved aquí, en dos palabras, los dos puntos fijos y todo el resúmen de la teología de un cristiano. Continuemos.

Añado, que la gracia, que obra nuestra conversion, por muy interesados que estemos en buscarla, es siempre la primera á prevenirnos; y esto es lo que tiene de más esencial en la doctrina de los Padres. En efecto, si yo pudiera prevenirla, ya no seria gracia, porque supondria en nosotros el mérito de haberla prevenido. Sé que, aunque pecadores, podemos buscar á Dios por la gracia y hallarle; pero no buscaríamos jamás á Dios por la gracia, si Dios mismo, por otra gracia, no nos hubiera buscado á nosotros. Así aparece visiblemente en la conversion de la Samaritana. El hijo de Dios no aguarda á que ella dé algun paso para ir á él, sino que se acerca á la pecadora, la habla, y entabla una conversacion, que debe ser el principio de su salvacion. Tal es el misterio y el prodigio juntamente de la caridad de mi Dios; querer prevenir él mismo á unos pecadores, es decir, querer buscar él mismo á unas viles criaturas, querer llamar él mismo á unas almas ingratas y rebeldes, unas almas criminales y dignas de todas sus venganzas, unas almas flacas é inconstantes, cuyas infidelidades y recaidas tal vez prevé; buscarlas y salir á recibirlas en un tiempo en que no piensan en él; digo más, en un tiempo en que se alejan de él, se levantan contra él, y aún, en cierto modo, tienen horror de él. ¡Ah! Señor, puedo exclamar aquí movido del sentimiento de san Bernardo; ¡ah! Señor, ¿con qué es verdad, que siendo vos tan amable, no puedo yo de mi propio impulso amaros, y que mi miseria llega al punto de no poder desear ser amado de vos, si no excitais en mí este deseo? ¿Con que es verdad, que con ser vos un Dios, os veis en la necesidad de dar los primeros pasos para mi reconciliacion con vos, ó tenerme eternamente por enemigo? ¿No era bastante, que estuvieseis dispuesto á recibirme? Pero, á lo ménos, Dios mio, ya que os dignais de comenzar, ¿no corresponderé á vuestro amor? ¿Añadiré á la fatal imposibilidad de preveniros, el crímen imperdonable de no cooperar á vuestra gracia? No,

Señor; vos me haceis conocer demasiado lo que os debo, para que mi corazon persevere en una tan mortal indiferencia. Pues que es honra de vuestra gracia venir ella á buscarme, quiero someterme á esta ley. Sí, Dios mio, quiero humillarme con este fin: quiero confesar en vuestra presencia mi flaqueza, y confundirme con el pensamiento, de que por mí no puedo dar un paso para ir á vos; y que con todas vuestras perfecciones, no puedo amaros si vos no me amais, y si no me amais ántes que yo os ame.

Mas ¿cómo nos previene la gracia? Pidiéndonos lo que quiere conseguir; y en esto consiste la diferencia de la gracia y de la ley: la ley manda, y la gracia convida: la ley amenaza, y la gracia atrae: la ley constriñe, y la gracia persuade. Pues esta mezcla de la ley y de la gracia es la que hace todo el misterio de la amable y suprema dominacion de Dios en nuestros corazones. En la mano del Salvador estaba usar de todo su poder, y obligar á la Samaritana á rendirle, desde luego y sin réplica una obediencia forzosa; pero porque obra en ella su gracia, quiere el Señor que obedezca aquella mujer, no solo sin repugnancia, sino con gozo y amor. Y ¿por dónde empieza? Diciendo que le crea: *Mulier, crede mihi* (JOANN. IV, 21). Porque, aunque Dios sea dueño de nuestras voluntades por la eficacia de su gracia, y pueda disponer de nosotros como guste; no obstante, no dispone sino con reserva y con respeto, es decir, inspirándonos, persuadiéndonos, pidiéndonos lo que él quiere hacernos querer. Digo más: aunque dueño absoluto, nos pide poco para darnos mucho. ¿Qué pide Jesucristo á la Samaritana? Un poco de agua: *Da mihi bibere*. ¿Y para qué es pedirle agua? Para excitar en ella el deseo de otra agua mucho más excelente que él quiere darle, de aquella agua que debe apagar para siempre nuestra sed y establecernos en una perfecta paz y felicidad. Excelente idea, amados oyentes mios, de lo que experimentamos cada dia en la conducta de la gracia. ¿Qué pide al principio? Casi nada. Un poco de atencion sobre nosotros mismos, un poco de regularidad en nuestras acciones, un poco de discrecion en nuestras palabras, un poco de sujecion á nuestros deberes. Dadme eso, nos dice Dios, que bien poco es; pero de ese poco dependen las gracias más abundantes. Y en efecto, muchas veces por ese poco, quiero decir, por esa pequeña victoria alcanzada de la pasion, por esa pequeña violencia hecha al genio, por ese leve sacrificio del interés, por ese corto esfuerzo de la caridad, por esa pequeña dejacion de una vanidad mundana; nos ponemos en estado de recibir la plenitud de los dones celestiales y de las misericordias del Señor. Por ahí empiezan las grandes mudanzas y conversiones; y ¿no somos muy culpables, si negamos á Dios lo que

nos pide, cuando el beneficio que nos promete es tan superior á lo que espera?

Sin embargo, aún queda algo más interesante que decir. La gracia, para obrar con más suavidad, se acomoda á nuestras inclinaciones, á nuestros gustos, á nuestros talentos, y aún, en cierto modo, á nuestras flaquezas, imperfecciones y defectos. La prueba la tengo en la Samaritana. Otro que el hijo de Dios, oyéndola disputar y discurrir sobre los puntos más importantes de la religion, la hubiera echado de sí: otro le hubiera dicho, que no le tocaba á ella entrar en tales materias: que no eran de su cargo aquellas cuestiones espinosas y sútiles; y que la gran ciencia de una mujer debia de ser, ó no saber demasiado acerca de ellas, ó no aparentar que sabe demasiado; porque esta es la respuesta comun que se ha dado en todo tiempo á las mujeres curiosas. Pero nuestro divino Maestro no ignoraba que así no se las convierte, y que esta respuesta, que las mortifica, léjos de corregirlas, sirve solamente para irritarlas. Pues, ¿qué hace? Observa una conducta enteramente opuesta. Aquella mujer era vana y curiosa, y la atrae por su misma curiosidad: se preciaba de instruida, y él no tiene á ménos discurrir con ella sobre las materias más profundas y sublimes de la religion. Jesucristo, cuando instruia á los pueblos, se valia de parábolas, es decir, de comparaciones sencillas y familiares, para acomodarse á la rudeza de los entendimientos vulgares; pero á aquella pecadora, solo le habla de asuntos elevados y en términos adecuados á la grandeza de ellos, de la naturaleza de Dios, de la perfeccion de su esencia, de la pureza de su culto y de la adoracion en espíritu; y por este medio la desengaña, sin ofenderla de las falsas ideas con que estaba preocupada tocante á la divinidad, y los homenajes que le debemos. Y ¿no es así como obra la gracia en nuestros entendimientos y corazones? ¿No es así como se conforma á nosotros, no santificándonos casi nunca (notadlo bien) de una manera contraria á nuestras inclinaciones naturales, sino perfeccionándolas, segun Dios, para santificarnos? Si somos ardientes y activos, nos anima de un santo celo, y nos inclina á la práctica de las buenas obras. Si somos tiernos y afectuosos, nos inspira una ternura de amor, que nos hace derramar, á veces, torrentes de lágrimas á sus piés. Si somos de blanda y apacible condicion, la rectifica y la convierte en caridad para con el prójimo. Si somos de un carácter rígido y severo, transforma esta severidad en fervor de penitencia. Así no nos queda ningun pretexto para dejar de seguir al Señor, pues que la gracia se vale de nuestra índole, de nuestra complexion, de nuestros talentos, de nuestras facultades para hacer de nosotros lo que Dios quiere que seamos.

Es verdad, cristianos, que Dios nos obliga por su gracia á despreciar todo lo que estima el mundo, á renunciar de corazon los honores, los placeres y las riquezas del mundo; pero, aún en esto, ved y gustad cuán suave es el Señor: *Gustate et videte quoniam suavis est Dominus* (Salmo xxxiii, 9). No nos obliga á despreciar el mundo, hasta despues de habernos dado á conocer por su gracia la ilusion de él, y convencídonos de que el mundo no puede hacernos jamás felices. No nos obliga á dar de mano al mundo, hasta despues de habernos quitado por su gracia la estima y el amor del mundo. Mas, es fácil abandonar y despreciar aquello que ya no se estima ni se áma. Esta es la santa leccion que da el Salvador á la Samaritana: *Omnis qui bibit ex aquâ hac, sitiet iterum* (Joann. iv, 13). Todo el que bebiere de esta agua, tendrá otra vez sed; es decir, todo el que tenga ambicion en el mundo, no estará jamás contento con lo que tiene, por más grandezas que acumule: todo el que quiera enriquecerse en el mundo, no allegará jamás bastantes riquezas para satisfacerle, por más tesoros que amontone: todo el que sea esclavo de sus sentidos, no los satisfará nunca, aunque no les niegue ninguna satisfaccion. Cuando yo me llego á persuadir de este principio, me desprendo de todo sin dificultad; y ¿no estamos invenciblemente persuadidos de él por la divina impresion y las santas ilustraciones de la gracia? Es verdad, que ésta me obliga, á veces, á hacer cosas difíciles y costosas por Dios; pero, al mismo tiempo, me hace encontrar aficion en ellas por la grandeza de los motivos que me propone, y por la esperanza de los bienes inestimables que me promete: ¡Si supieras tú, dice Jesús á la Samaritana, quién habla contigo! Es decir, si supierais, cristianos, quién es Dios, lo que ha hecho por vosotros, y lo que merece de vosotros; si supierais lo que teneis que esperar de Dios, el magnífico galardon que guarda para los humildes, para los pobres, para los que padecen y se mortifican por él. ¡Ah! Si lo supierais, os determinariais á todo, y la cruz más pesada no solo se os haria soportable, sino amable, con la idea sola de agradarle. Mas ¿quién nos enseña todo esto? La gracia de Jesucristo. Es verdad, que esta gracia llega, segun el Evangelio, hasta infundirnos el odio de nosotros mismos; pero para infundirnos este odio evangélico, nos hace convenir en nuestra bajeza, nuestra indignidad, nuestra corrupcion y nuestros desórdenes. De donde inferimos fácilmente nosotros mismos, que nuestro verdadero interés consiste en aborrecernos en esta vida, si queremos amarnos para la eterna. Así es, que el hijo de Dios; para facilitar la penitencia á la pecadora de Samaria, la hace confesar su pecado; y por la saludable vergüenza que de aquí concibe, la reduce (casi sin echarlo ella

de ver) á la necesidad de acusarse, condenarse, y, por consiguiente, convertirse; pues, la verdadera conversion consiste en una acusacion sincera, y en una completa condenacion de sí mismo.

Tal es, cristianos, la conducta de la gracia: ved aquí como Dios se hace dueño de nuestros corazones, no por la supremacía de su imperio, no por las luces sublimes de su entendimiento divino, sino por la suavidad de su gracia y de su espíritu. Réstame mostraros, que esta gracia, aunque suave en el modo con que atrae al pecador, no tiene ménos fortaleza y virtud en su accion.

2. Por oscura que sea nuestra fé, si la consideramos en sí y en sus misterios, tiene, segun el pensamiento de todos los teólogos, una evidencia en sus motivos; quiero decir, que lo que nos revela es, á lo ménos, evidentemente creible, por la calidad de los motivos que nos obligan á creerlo. Pues á mí me ha parecido siempre, y me parece aún, que otro de los motivos más poderosos y convincentes es, ver que la gracia obra á veces en ciertas almas, que ha predestinado Dios para hacerlas vasos de misericordia, como dice el Apóstol. Esto, mis amados oyentes, os edificará y consolará. Cuando los mágicos de Faraon vieron los asombrosos prodigios que obraba Moisés en todo Egipto, con solo el contacto de aquella varita misteriosa, que tanto terror les causó; confesaron, al fin, que allí estaba el dedo de Dios, es decir, que reconocieron el carácter de una virtud divina, cuyo instrumento era aquel legislador y profeta. Y yo, cristianos, aún cuando no considerára más que la conversion de la Samaritana, segun se nos refiere en el Evangelio, inferiria, sin vacilar, que hay un principio sobrenatural que obra en nosotros: que Dios tiene resortes ocultos para mover nuestros corazones y volverlos como quiere: que nosotros recibimos del cielo ciertas impresiones, que no pueden venir más que de la gracia; y que por las divinas operaciones de ésta, queda completamente sometida al imperio de Dios nuestra libertad, sin perder nada de su indiferencia y sus derechos.

Mas ¿en qué consiste el milagro de esta conversion? Vedlo aquí, con respecto al entendimiento y la voluntad, las dos potencias del alma á quienes se comunica inmediatamente la gracia interior. Milagro de la gracia, en la victoria que alcanza del espíritu de la Samaritana; milagro de la gracia, en la mudanza que obra en el corazon de la Samaritana; milagro obrado de una manera enteramente milagrosa y con circunstancias que no dejan duda, de que es obra de la mano omnipotente de Dios. Escuchadme, cristianos, y suplid con vuestra atencion la necesidad en que me veo de reducir á pocas palabras lo que requeria un discurso entero.

Milagro de la gracia y de su virtud es la victoria que alcanza del espíritu de la Samaritana. Meditemos el texto sagrado y convendremos en ello. Aquella mujer era, á un mismo tiempo, infiel y hereje, porque los samaritanos eran, en el fondo, idólatras, y adoraban las falsas deidades de sus antepasados; y, no obstante, no dejaban de practicar una especie de judaismo, pero corrompido por sus opiniones particulares; lo cual los dividia y separaba de los demás judíos por un cisma declarado. Era una hereje vana y presumida, obstinada é indócil, preocupada con su error y determinada á sostenerle, que se preciaba de discurrir y sutilizar en materia de religion, porque todo esto aparece en la plática que tuvo Jesucristo con ella. Ahora bien; vosotros sabeis la suma dificultad, por no decir imposibilidad moral, de reducir un entendimiento, y más el de una mujer, cuando es de tal carácter. Sabeis cuán raro es, que una mujer, aferrada en una herejía (porque persuadida por la razon apenas la ha habido jamás), se ponga en estado de averiguar la verdad, buscarla de buena fé y someterse á ella. Sea que, por una terrible fatalidad, tenga la herejía la propiedad de hacer inflexibles y empedernidos los corazones; sea que Dios, por un castigo merecido de este pecado, que en mi sentido es el más grave de todos y más digno de castigarse, acostumbre sembrar densas tinieblas en los entendimientos, que los van cegando cada vez más, y por eso las llama san Agustin *pœnales cœcitates*; sabeis cuántos esfuerzos requiere esta conversion de la herejía á la fé, de la soberbia de la una á la humildad de la otra, y cuánto tiene de milagroso, aún en el órden de la gracia. Sin embargo, la gracia lo obra hoy; pero, por una virtud, que no puede ser sino la virtud del Altísimo. Jesucristo convierte á esta mujer, y de samaritana, que era, la vuelve, primero, á la pureza del culto judáico, y luego la hace una perfecta cristiana. Despues de hacerla abandonar las supersticiones de sus padres y el cisma en que habia nacido, despues de hacerla condenar los errores, que defendia con tanto calor y obstinacion, le manifiesta quién es él, y á qué ha venido, el objeto y fin de su mision, su calidad de Cristo y Salvador, su misma divinidad; misterios naturalmente increibles, y que no podia descubrir ella, sino mediante las luces más puras de la gracia que le comunica el Señor. Y no solamente le revela estos puntos tan importantes y sublimes, sino que se los persuade y se los hace gustar. Aunque al pronto se resistió la Samaritana á tratar con Jesús, al fin le escucha con docilidad y respeto: aunque le era odioso todo lo que venia de los judíos, condesciende en reconocerle y adorarle como autor de su salud con ser judío: aunque ella no veia en él más que las apariencias de un hombre, protesta y cree

firmemente que es Cristo, verdadero hijo de Dios. ¿No debemos confesar que esta conversion fué obra del Señor?

Con no ménos eficacia obra la gracia en el corazon de la Samaritana, porque á más de hereje obstinada en su falsa creencia, era aquella mujer deshonesta y libre en sus costumbres; pecados que no dejan de tener alguna afinidad, á pesar de su oposicion, pues la herejía, hablando con propiedad, no es otra cosa que una corrupcion del entendimiento, como la deshonestidad es una rebeldía de la carne. Pues Dios, vengador del uno y del otro, suele castigar y confundir el uno por el otro, permitiendo que estas rebeldías del entendimiento contra la verdad, vayan comunmente acompañadas de los más torpes desórdenes de la sensualidad. Y en efecto, vemos que esas almas tan presuntuosas y altivas en lo que toca á la religion, no son, de ordinario, las más firmes en su deber, ni las más incontrastables en la tentacion. Tal era la pecadora Samaritana con su presumida ciencia y su vana sutileza. Vivia en público concubinato, y aún habia contraido la costumbre de tan criminal estado: *Quinque enim viros habuisti, et nunc quem habes, non est tuus vir* (JOANN., IV, 18). Pues si hay una enfermedad difícil de curar es ésta: si hay un demonio capaz de resistir á Dios y á su gracia, evidentemente es este espíritu impuro. Pero en eso mismo halla la gracia de Jesucristo materia de su triunfo. Aquella pecadora, aquella prostituta, aquella mujer esclava de las pasiones más torpes, queda, por fin, purificada y santificada. Parece que Jesucristo le ha dado otro corazon, y que despues de arrancarle el carnal y corrompido, de donde procedian tantos desórdenes, ha criado en ella otro nuevo, purificado, no solo de todas las manchas del pecado, sino de todos los afectos terrenos. Ya no es aquella Samaritana escandalosa, descarada para el crímen, y que servia de demonio para perder á las almas. Es una criatura enteramente nueva en Jesucristo, una alma transformada en Dios, y que no respira más que el amor de su Dios, casta en sus pensamientos, modesta en sus palabras, arreglada en sus obras; que por su conducta ejemplar es, de aquí adelante, un modelo de virtud, y va á difundir por todas partes el olor de su santidad. ¡Qué prodigio, hermanos mios!

Mas todavía tenemos que admirar otra cosa, y es, el modo milagroso con que obra la gracia la conversion de esta mujer. En efecto, ¿no es extraño que dos mudanzas tan prodigiosas no cuesten más que un instante al Salvador del mundo? Cuando Dios obra, segun las leyes y el curso ordinario de su Providencia, guarda, ó á lo ménos parece guardar, ciertas medidas; y en el órden sobrenatural, lo mismo que en el natural, se acomoda á nuestra debilidad, porque no hace los santos

en un instante, sino que los santifica poco á poco, y con pasos, á veces insensibles, los conduce de grado en grado hasta el término de una santidad consumada. Pero cuando obra soberanamente y como Dios, no se sujeta de esta suerte, y no prepara el alma en quien debe de obrar. Con una palabra saca de la nada millones de séres, despliega los cielos, consolida la tierra, y dá á este vasto universo toda su perfeccion. Así el hijo de Dios no dice más que una palabra á la Samaritana: yo soy el Mesías que esperais; y de repente queda convertida, movida y penetrada de los sentimientos más santos, más vivos y más tiernos. Palabra más eficaz que aquella con que Dios crió el mundo; palabra que, por una segunda creacion, pero mucho más admirable que la primera, reformó en el corazon de aquella mujer la obra de Dios, destruida por el pecado. Digo, creacion más admirable que la primera, porque en la primera, la nada en quien obra Dios, obedece sin contradiccion á su palabra; en vez que en la segunda, obra Dios sobre la nada del pecado, que, con ser pecado, es capaz de resistir, como, tal á Dios. Pero ¿con qué señal sensible quiso el hijo de Dios darse á conocer y ser creido de la Samaritana? ¿Acaso imperó entónces al mar y á las tempestades, curó los ciegos de nacimiento, y resucitó los muertos de cuatro dias? ¡Ah! cristianos, esa es la maravilla que sobrepuja todas las demás. Si se quisiera suponer, que el mundo se convirtió y se hizo cristiano sin milagros, ese seria el mayor milagro de todos. Pues así lo vemos cumplido en la conversion de la Samaritana. Los fariseos y los doctores de la ley eran diariamente testigos oculares de las maravillas de Jesucristo: hablaban á Lázaro resucitado públicamente por él, y á los enfermos curados por su virtud; y, sin embargo, persistian en su incredulidad por una obstinacion inflexible. Pero esta mujer, sin milagros, no solamente cree en él, sino que se adhiere á él, se da á él y lo abandona todo por él. ¿De dónde proviene esto? De la omnipotencia de la gracia, que no necesita más que de su propia virtud para triunfar del corazon del hombre. Aún hay más. Cuando el hijo de Dios convertia á los otros pecadores, era despues de infundirles confianza y amor á su persona por algun señalado beneficio. Para salvar las almas, empezaba curando los cuerpos, y, por condescendencia con su flaqueza, los persuadia á creer quién era, haciéndoles experimentar en sus necesidades lo que podia. Pero habiendo resuelto, que en la Samaritana resplandezca toda la virtud y eficacia de la gracia, la convierte, sin otro aliciente, sin otro motivo de interés que el de su misma conversion.

Por último, el milagro de la gracia es, que, santificando á esta mujer, santificó todo el país de Samaria, y la hizo capaz de comunicar á los

samaritanos el don de la fé. De pecadora que era, se encuentra milagrosamente transformada en apóstol. Antes que se presenten los apóstoles, vá ella á anunciar Jesucristo á los que no le conocen, y sin rebajar la dignidad de san Pedro ni de los otros apóstoles, puede decirse, que el primer apóstol del cristianismo es la Samaritana. En efecto, de tal suerte la aguijonea su celo, que no puede detenerse un instante: deja el cántaro, no piensa en sacar agua, y se separa de Jesucristo por Jesucristo mismo: entra en la ciudad, y convida á todos á que vayan á verle, queriendo más ir á trabajar por su gloria, que gustar más largo tiempo las dulzuras de su conversion; y sintiendo ya aquel santo ardimiento y aquel divino anhelo del espíritu de fé, que nunca está contento de conocer á Dios, si no le dá tambien á conocer cuanto puede y debe.

De todo esto ¿qué debemos inferir? ¡Ah! cristianos, no digamos ya en el estado de nuestro pecado que somos flacos, y que nuestra flaqueza es un obstáculo insuperable á nuestra conversion; sino digamos, con el Apóstol, que todo lo podemos con la gracia y por la gracia: *Omnia possum in eo qui me confortat* (Ad Philip., iv, 13). Desconfiemos de nosotros; pero espéremoslo todo de Dios. Bien sé, que es menester hacer grandes esfuerzos para desprenderos de la esclavitud en que os tiene el pecado, para apartaros de ese trato, para abandonar esa amistad, para sofocar esa inclinacion, para vencer el mundo: sé que hay que pelear, y pelear recia y valerosamente; pero tened confianza, pues Dios os responde de su gracia, en cuanto se la pidais de buena fé, y os asegura que os basta su gracia: *Sufficit tibi gratia mea* (II ad Cor., xii, 19). En nuestra misma debilidad es donde hace resplandecer toda su virtud; y vuestra conversion á Dios, una conversion pronta y perfecta, no será mayor milagro para ella que la maravillosa conversion de la pecadora del Evangelio. No basta esto, y ved aquí, mis amados oyentes, el punto de moral, por donde concluyo. Si Dios, por su misericordia, os ha sacado del abismo, y si os ha hecho sentir la impresion de su gracia, imitad el celo de la Samaritana. No era ella más capaz que vosotros de anunciar el Evangelio del hombre Dios: no tenia un carácter particular que la obligase á ello más que vosotros; pues ¿por qué no lo habeis de hacer como ella? En calidad de cristianos, debemos todos, por una obligacion indispensable, participar del ministerio apostólico, cada uno dentro de los límites de nuestra condicion; y no hay un fiel, cualquiera que sea su profesion, que no deba predicar á Jesucristo, á lo ménos por sus obras, sus ejemplos, la edificacion de su vida, y sus caritativos consejos. Pero los pecadores convertidos son los que más penetrados deben de estar de esta importante obligacion. Y ¿por qué? Porque están obligados por título de justicia y de gratitud, por caridad para con el prójimo, y por interés de sí mismos; porque no pueden de otro modo reparar el escándalo de su vida pasada, ni restituir á Dios lo que le deben por tributo de su conversion. Si, pues, entre mis oyentes hubiese alguno de este carácter, es decir, ántes libertino y desordenado en su conducta, ahora mudado por la gracia, le diré: Hermano mio, ahí tienes el modelo que Dios te pone delante; el celo de la Samaritana convertida. Atrae como ella hácia Jesucristo á tantos pecadores, como tu ejemplo es capaz de atraer; pero, en especial, á aquellos que fueron cómplices de tus desórdenes. Diles con el penitente rey David: *Venite, audite, et narrabo, omnes qui timetis Deum, quanta fecit animæ meæ* (Salmo lxv, 16). Vosotros todos, que temeis á Dios, ó más bien, que por su ley habeis aprendido á temerle, venid, escuchad, y yo os contaré lo que puede hacer la misericordia del Señor, y lo que hace: no necesitareis más pruebas que mi ejemplo, y yo os diré lo que ha hecho por mí esta infinita misericordia. Yo vivia en los mismos errores y desórdenes que vosotros; pero la gracia de mi Dios ha disipado las tinieblas que me cegaban, y ha sofocado las pasiones que me arrebataban. Yo tenia tambien por una locura todo cuanto me decian de las verdades eternas; pero la gracia de mi Dios me ha desengañado, y me ha convencido de mi propia locura. Yo creia, como vosotros, que era imposible esta mudanza: que nunca podria resolverme á abandonar mis hábitos criminales: que nunca podria hacer una vida más regular y retirada; pero por la gracia de mi Dios se han allanado todas las dificultades, he triunfado de la naturaleza y la costumbre, y me he desprendido del mundo y de sus hechizos. ¡Que no pueda yo abriros mi corazon! ¡Que no pueda haceros conocer y sentir lo que él siente, desde que no está dominado por el pecado, y empieza á gozar de una santa libertad!

Infundidnos, Señor, á todos el celo de la Samaritana: derramad sobre mis oyentes vuestro espíritu, y haced que, sostenidos de este espíritu de suavidad y de fortaleza, vuelvan á vuestros caminos, y atraigan á ellos con sus ejemplos los que los abandonaron por sus escándalos; de suerte, que todos puedan alcanzar un dia la felicidad eterna, que os deseo.

GRACIA.

II.

Gratia Dei sum id quod sum.
Por la gracia de Dios soy lo que soy.
(I Cor. xv, 10.)

Como el hombre fué criado para un fin sobrenatural, esto es, la felicidad eterna, se requiere que, para conseguir este fin, le conceda el Señor fuerzas ó medios proporcionados, con los cuales le sea posible hacer lo que con sus solos naturales recursos nunca podria realizar. La eterna felicidad, ó la posesion de Dios, que es nuestro último fin, no podemos alcanzarla; más aún, no podemos hacérnosla accesible sino por medio de la gracia; auxilio sobrenatural, que Dios gratuitamente nos concede, para que podamos practicar obras meritorias en órden á la vida eterna.

Esto basta para persuadirnos, que la gracia es el mayor don que Dios puede concedernos, como quiera que es el único camino para alcanzar el primer bien, el eterno, el bien único. Sin embargo, pocos cristianos aprecian, como habrian de apreciar, estos auxilios, que nos concede el cielo para que podamos conseguir la eterna felicidad, huyendo del pecado, y practicando obras buenas. Confiados, la mayor parte, en sus propias fuerzas, por más que en todas ocasiones hayan de convencerse de su natural debilidad, no se cuidan de pedir á Dios la gracia, sin la cual nada meritorio pueden hacer en órden á la salvacion eterna; resultando de esto, que su vida no es sino una série de obras estériles, ó más bien, una série interminable de mortales prevaricaciones.

Miéntras el hombre no se acostumbre á pedir y apreciar en su justo valor los auxilios sobrenaturales, que á nadie niega el Señor, por lo mismo que nada agradable á Dios podemos hacer sin ellos, debe temer mucho por su salvacion, pues, en vez de encontrarse al fin de su vida con un cúmulo de méritos, fruto de la gracia, se encontrará con la esterilidad y perversidad de todas sus obras. Los goces materiales hacen olvidar á los cristianos la vida sobrenatural, cuyo

principio es la gracia; ved aquí de donde proceden tantos excesos, tantas prevaricaciones, tanta ruina, tanta muerte. Deseando apartaros de este mal, y animaros á que en todo tiempo os mostreis fieles á los divinos auxilios, voy á demostraros: que la gracia es el don más precioso que Dios puede dispensarnos, y, por consiguiente, nada debemos omitir para conservarla.

Jesús amabilísimo, autor de la gracia, dignaos concederme vuestros auxilios, para hablar dignamente de este tesoro escondido á la inteligencia de los ciegos mortales. A. M.

1. Lo más grandioso y sorprendente que puede encontrarse en el cielo, las más inestimables riquezas ocultas en las entrañas de la tierra, todo es inferior é incomparablemente inferior á la gracia. El delicado movimiento de los astros, la combinacion inimitable de los planetas, el exquisito matiz del firmamento, la variedad y hermosura de las flores que alfombran el suelo, la rareza de las plantas que brotan en él, el prodigioso número de piedras que le enriquecen, todo esto es nada, comparado con la gracia, por medio de la cual hacemos obras meritorias en órden á la vida eterna. La admirable estructura del cuerpo humano, que nos representa en pequeño la grandeza del mundo, nuestra alma hecha á imágen del Altísimo, si se comparan con la gracia, son ménos que un poco de plomo, comparado con el oro más fino. No solo aventaja la gracia á la grandeza de las cosas naturales, sino á muchas que están fuera de este órden. Los milagros, las profecías, el don de la fé, el don de ciencia, el don de lenguas, el criterio, la inteligencia de los divinos arcanos, los éxtasis, en una palabra, cuantas gracias *gratis datas* admiramos en los santos, no son sino imágenes ó destellos de la gracia que constituye la santidad misma, une las almas con Dios, justifica al pecador, y le hace digno del cielo. El príncipe de los apóstoles ha reasumido cuanto puede decirse de la gracia, diciendo, que nos hace partícipes de la naturaleza divina. Todas las cosas criadas participan de alguna perfeccion de Dios: las unas del sér, como los elementos; las otras del sér y de la vida, como las plantas; algunas, además del sér y de la vida, gozan del sentimiento; las hay tambien que á todas estas cualidades reunen la inteligencia; pero estas perfecciones de que participan los séres criados, solo virtualmente se encuentran en Dios, siendo así que los justos, por la gracia, participan de las perfecciones que residen en Dios de un modo formal, deificándose, en cierta manera, si se permite la expresion; de suerte, que, como no duda asegurar Sto. Tomás, todo cuanto hay en Dios sustancialmente en virtud de su divinidad, encuéntrase acciden-

talmente en el alma en virtud de la gracia: *Id quod est substantialiter in Deo, fit accidentaliter in anima participante divinam bonitatem* (1, 2, Q. CXIII, 9).

El que pretendiese dar toda la extension posible á esta grandiosa idea, y desenvolver toda la excelencia que supone en el alma, que está en gracia, la participacion de la divinidad, tendria que remontarse á una esfera superior á nuestra inteligencia, y considerar todos los atributos que residen formalmente en Dios: el sér esencial, su bondad, su poder, su eternidad, su inmensidad, su beatitud. Me limitaré, pues, á deciros, que con la gracia, y por la gracia, Dios habita sustancialmente en el alma del justo, como en su templo, y la une á sí, y, en cierto modo, la deifica. El que permanece en la caridad, ó en la gracia, permanece en Dios, y Dios permanece en él, dice S. Juan: *Qui manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo* (I Joann. IV, 16).

Sabido esto, no deben sorprendernos esas trasformaciones producidas por la gracia en ciertas almas, que tienen la dicha de recibirla y saben conservarla. Inspira el Espíritu Santo á un jóven que pulsa la cítara, y le convierte en sublime cantor ó salmista; anima á un pastor, y le hace profeta; á un pescador le trasforma en príncipe de los apóstoles; á un perseguidor, en doctor de las gentes; á un publicano, en evangelista. Y ¿es posible que este don, el más precioso que Dios puede concedernos, sea tan poco apreciado? ¿Puede darse ingratitud más incomprensible, que la de mirar con indiferencia la participacion de la divina naturaleza? Inconcebible parece que haya tantos hombres, que prefieren á la divina gracia una sombra de gloria, una gota de placer momentáneo, un lucro despreciable, una amistad corruptible, una complacencia, un deseo, una pasion degradante. Desórden lamentable, y, sin embargo, muy comun, por desgracia, entre los cristianos. No es fácil encontrar hoy Esaús, que vendan los derechos de primogenitura por un plato de lentejas; ni Lisímacos, que enajenen un grande imperio por un sorbo de agua; pero se encuentran en todas partes millares de hombres, que anteponen los bienes materiales y los goces pecaminosos de este mundo á un bien superior á toda la naturaleza, superior á los milagros, que se remonta hasta Dios y participa de sus perfecciones. El Apóstol de las gentes, que conocia muy bien el valor inestimable de la gracia, no vacilaba en renunciar todas las dulzuras de la vida, en ofrecerse con gusto á todos los horrores de la muerte, en sufrir todo género de angustias, en tolerar el hambre, en correr tras los peligros, y aún, en provocar el furor de los tiranos, á trueque de conservar ese bien incomparable; pero nosotros somos tan locos, que, al menor impulso de una pasion lisonjera, á la más insignificante promesa de un amigo, á una simple mirada de un objeto agradable, nos despojamos de lo que nos hace partícipes de la naturaleza divina.

Amados oyentes, apreciemos todo el valor de un bien, que, como habeis oido, excede en preciosidad al cielo, á la tierra y á todas las criaturas. No olvidemos, que sin la gracia no podemos vencer las tentaciones graves; no podemos amar á Dios como autor de los dones sobrenaturales; no podemos creer, esperar, amar ni arrepentirnos, cual conviene que lo hagamos para alcanzar la gloria eterna: no podemos hacer obra alguna que merezca recompensa en el cielo; y, al contrario, con la gracia, lo podemos todo; la gracia lleva consigo todas las virtudes teologales y morales sobrenaturales, como la prudencia, la justicia, la fortaleza, la templanza, y otras, y los dones del Espíritu Santo; la gracia nos hace hijos de Dios, y nos dá derecho á un bien infinito; la gracia, en fin, hace que habiten en nosotros el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y nos comuniquen, del único modo posible, un atributo, que nos asemeje ó aproxime á las tres divinas personas. Poder, luz, amor, ved aquí las cualidades reunidas en el alma, cuando está poseida de la divina gracia; porque del Padre recibe el poder; del Hijo recibe la luz del entendimiento, y del Espíritu Santo recibe el fuego del amor.

Y al propio tiempo que todo se sacrifica por obtener la amistad de un grande ó poderoso, y se apela á todos los recursos y ardides para captarse la benevolencia de un amigo, y nada se perdona para lograr el afecto de una beldad terrena; ¿aún nos negaremos á hacer sacrificios para conseguir la gracia de Dios, que es la belleza por esencia, el amigo más sincero, el manantial de la felicidad y el orígen de una vida divina? Todos los dias se ofrecen á Dios oraciones, lágrimas y votos para obtener bienes temporales; la salud, los bienes materiales y otros análogos, que tal vez deben contribuir á nuestra eterna desdicha; y ¿nos olvidaremos de pedir á Dios la gracia, que es la semilla de la gloria? Hermanos mios, pidamos con fervor este auxilio sobrenatural, sin el cual nuestra alma está muerta para la vida eterna. Todas nuestras acciones, que no están animadas por la gracia, son incapaces de merecer cosa alguna en órden á la salvacion. La oracion más fervorosa, las mayores austeridades, las vigilias, las limosnas, los ayunos, las obras inspiradas por la más heróica beneficencia, serian insuficientes para conseguir la eterna recompensa de los justos, sin la gracia que nos hace amigos de Dios. Podrán estas obras mover el corazon de Dios, é inclinar su bondad á dar al hombre ciertos auxilios que le dispongan para la gracia, haciéndole conocer el

triste estado de su alma, excitándole al arrepentimiento de sus culpas, y moviéndole á penitencia; pero jamás podrán de suyo justificarle, ni darle derecho á esperar la corona de la justicia, que el justo juez tiene destinada para premiar á los suyos en el dia de la recompensa. ¡Tan indispensable es este auxilio divino para vivir y para obrar con fruto en órden á la bienaventuranza! El infeliz que no la posee, en apariencia, está vivo; pero, en la realidad, está muerto. Al contrario, el alma que está animada por la gracia es rica en merecimientos. La gracia dá impulso á sus obras, la hace mover en el círculo de los divinos mandamientos, la eleva sobre todas las cosas criadas; la trasforma, la diviniza; de suerte, que puede decir sin temor: yo vivo una vida, en cierto modo, divina, y mis obras, dignas del cielo, merecen eterna recompensa.

2. Y siendo así, hermanos mios, ¿será necesario inculcaros la obligacion de guardar con todo esmero este don divino? Lo es sin duda. Lo que puede afectar á la salud del cuerpo, se procura evitar con ahinco. Sobre todo, despues de haber experimentado en tiempo de enfermedades la necesidad de obrar y ejercer las funciones propias del hombre, hacemos cuanto está de nuestra parte por conservar la salud ilesa; pero como si la vida de la gracia fuese ménos apreciable que la del cuerpo, no nos cuidamos de conservarla. La juventud se precipita á los asilos de la inmoralidad, donde irremisiblemente pierde la gracia. Hombres de edad madura, y aún ancianos, frecuentan diariamente esos círculos, en los que la maledicencia, el odio, el interés, los vicios todos reunidos, conspiran contra la gracia y la atacan de muerte. El pecado lo inficiona todo: lo corrompe todo; el grande y el pequeño, el rico y el pobre, el sábio y el ignorante, no hay clase que no esté contaminada. Podemos decir con un profeta, que, desde la planta del pié, hasta la coronilla de la cabeza, todo el cristianismo no ofrece sino una úlcera gangrenada y corrompida. ¡Lágrimas de sangre debiéramos verter, á vista de tan desconsolador espectáculo! Muchos son los que diariamente reciben la gracia, y se reconcilian con Dios; pero como nada hacen para fomentarla en sus almas, vuelven al instante á perderla. Observadlos, y los vereis, que no bien se han levantado de los piés del sacerdote, por cuyo ministerio han sido justificados, acuden otra vez á los mismos placeres, á los mismos sitios donde perdieron el más precioso de los dones del cielo. Y ¿no es esto exponer la gracia á los tiros del enemigo comun, que siempre está en acecho para privarnos de ella? ¿No es abandonarla á un nuevo é inevitable naufragio?

¡Plegue á Dios, que vosotros no pertenezcais al número de estos

desventurados! No hacer caso de la gracia, es sepultarse en la oscuridad y la degradacion, y hacerse indigno de que el Señor nos dispense de nuevo aquel celestial auxilio. Sin mérito alguno por parte nuestra, nos ofrece este don tan rico, para que podamos practicar obras meritorias en órden á la salvacion; si nosotros no cooperamos con él, detestando el pecado y aproximándonos á Dios, le obligaremos á que nada nos dé. Aunque el Señor no se cansa tan pronto como el hombre de dispensar beneficios á ingratos, tambien, por último, llega á cansarse, y entónces maldice á las higueras que no dan fruto, y maldice la viña que en vez de uvas dá espinas. Ya que la gracia nos es absolutamente necesaria para vivir en el órden espiritual, y obrar, y merecer en órden á Dios, busquémosla con avidez, y no omitamos desvelos por conservarla, cuando la hubiéremos recibido. Así como para custodiar el estandarte militar, que representa la persona del monarca, se le tiene rodeado de soldados que están en contínua vigilancia, se aumenta el número de las centinelas, y se multiplican las armas y todo género de pertrechos de guerra; así debemos nosotros velar para conservar la gracia divina, y preservarla de los ataques del enemigo con todos nuestros pensamientos, afectos, potencias y sentidos. Defendámosla á todo trance, y estemos dispuestos á sacrificar la salud, los bienes materiales, y aún la vida, á perderlo todo, ántes que perder la gracia. De este modo, el Señor derramará á manos llenas sus finezas sobre nosotros. La buena correspondencia obliga á Dios á no reconocer límite en su generosidad.

¡Jesús, santísimo, autor de la gracia y fuente inagotable de todo don perfecto! á vos recurrimos, sedientos de estos sobrenaturales auxilios, cuyos efectos son la vida y la inmortalidad. Concedédnoslos por vuestra infinita misericordia, y haced que nuestra divisa sea siempre: ántes morir, que perder el preciosísimo tesoro de la divina gracia. De este modo perseveraremos constantes en vuestra amistad, seremos en esta vida objeto de vuestro amor y de vuestra benevolencia, para ser despues en el cielo partícipes de vuestra eterna bienaventuranza, que os deseo á todos.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

GRACIA.—La gracia del Salvador exige paciencia al esperarla.

La gracia del Salvador exige sumision al recibirla.

La gracia del Salvador exige reconocimiento despues de haberla recibido.

GRACIA.—La gracia de Jesucristo debe infundirnos, al propio tiempo, una idea grande y otra idea baja de nosotros mismos.

La gracia de Jesucristo nos debe inspirar ó infundir, á un mismo tiempo, esperanza y temor.

GRACIA.—No hay accion meritoria delante de Dios, por pequeña que sea, de la cual seamos capaces sin el auxilio de la gracia.

No hay accion buena, por grande que sea, de que no seamos capaces con el auxilio de la gracia.

GRACIA.—Es necesario pedirla con modestia.

Es necesario pedirla, sometiéndose al que la otorga.

Es necesario pedirla para sí, al pedirla para los demás.

GRACIA.—El anhelo que tiene Jesucristo para dispensarnos gracias, condena la indiferencia que manifestamos por tan grandes beneficios.

La preferencia que damos á las riquezas de este mundo sobre los bienes espirituales, manifiesta la ceguedad de nuestra codicia.

GRACIA.—Cuando Jesucristo nos ofrece su gracia, quiere que la conozcamos.

Cuando Jesucristo nos ofrece su gracia, quiere que la deseemos.

Cuando Jesucristo nos ofrece su gracia, quiere que la pidamos.

GRACIA RECIBIDA.—Cuando estamos en posesion de la gracia, las leyes que se nos imponen no se nos hacen difíciles.

Cuando hemos recibido la gracia, las reprensiones que se nos dirigen no nos afectan.

GRACIA.—Nos hace sensibles á los males de nuestra alma.

Extingue el fuego de las pasiones que nos consume.

GRACIA.—La primera victoria (ó triunfo de la gracia) consiste en detenernos, cuando corremos hácia el mal.

La segunda victoria de la gracia consiste en desengañarnos, cuando estamos fascinados por las cosas del mundo.

La tercera victoria de la gracia consiste en despojarnos de nuestro amor propio.

GRACIA.—Triunfa de nuestro entendimiento, disipando las preocupaciones.

Triunfa de nuestro corazon, refrenando la concupiscencia.

Triunfa de nuestro cuerpo, sujetándolo á la ley del espíritu.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Gratiam et gloriam dabit Dominus. Ps. LXXXIII, 12.

Dará el Señor la gracia y la gloria.

Quis potest dicere: Mundum est cor meum, purus sum à peccato? Prov. XX, 9.

¿Quién es el que decir pueda: Mi corazon está limpio, puro soy de *todo* pecado?

Quoties volui congregare filios tuos, quemadmodum gallina congregat pullos suos sub alas, et noluisti? Matth. XXIII, 37.

¿Cuántas veces quise recoger á tus hijos, como la gallina recoge á sus pollitos bajo las alas, y tú no lo has querido?

Tolite itaque ab eo talentum, et date ei qui habet decem talenta: omni enim habenti dabitur, et abundabit. Idem XXV, 28.

Ea pues, quitadle aquel talento, y dádselo al que tiene diez talentos; porque á quien tiene, dársele há, y estará abundante *ó sobrado.*

Si cognovisses et tu, et quidem in hac die tua, quæ ad pacem tibi: nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis. Luc. XIX, 42.

Si conocieses tambien tú, por lo ménos en este dia que se te ha dado, lo que puede atraerte la paz *ó felicidad:* mas ahora está todo ello oculto á tus ojos.

Si scires donum Dei. Joann. IV, 10

Si tú conocieras el don de Dios.

Ignoras quoniam benignitas Dei ad pœnitentiam te adducit? Rom. II, 4.

¿No reparas que la bondad de Dios te está llamando á la penitencia?

Gratia autem Dei sum id quod sum, et gratia ejus in me vacua non fuit, sed abundantius illis omnibus laboravi: non ego autem, sed gratia Dei mecum. I Corinth. XV, 10.

Mas por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido estéril en mí, ántes he trabajado más copiosamente que todos: pero no yo, sino *mas bien* la gracia de Dios *que está* conmigo.

Non quód sufficientes simus cogitare aliquid à nobis, quasi ex nobis: sed sufficientia nostra ex Deo est. II Cor. III, 5.

No porque seamos suficientes *ó capaces* por nosotros mismos para concebir algun *buen* pensamiento, como de nosotros mismos: sino

	que nuestra suficiencia ó *capacidad* viene de Dios.
Unicuique autem nostrum data est gratia secundum mensuram donationis Christi. Ephes. IV, 7.	A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia á medida de la donacion *gratuita* de Cristo.
Adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ: ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno. Hebr. IV, 16.	Lleguémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia: á fin de alcanzar misericordia, y hallar *el auxilio de* la gracia para ser socorridos á tiempo oportuno.
Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam. I Petr. V, 5.	Dios resiste á los soberbios, pero á los humildes les dá su gracia.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE EL MISMO ASUNTO.

Esaú es un verdadero retrato de los desgraciados que desprecian el don preciosísimo de la gracia. Así como aquél vendió su primogenitura por un plato de legumbres, importándole muy poco la pérdida que acababa de hacer: *Parvipendens quod primogenita vendidisset* (GENES. XXV, 34): así muchos pecadores, venden esta herencia celestial de la gracia por cosas mucho más ínfimas que un plato de lentejas: *Propter pugillum hordei, et fragmen panis*, dice Dios por el profeta Ezequiel (XIII, 19).

Faraon es el verdadero tipo de las almas obstinadas, que al verse vivamente solicitadas por los estímulos de la divina gracia, contestan enfurecidas con las mismas palabras de aquel rey impío: *Nescio Dominum* (EXOD. V, 2).

En Saul vemos las fatales consecuencias que trae consigo una contínua resistencia á la gracia. El profeta Samuel le declara, de parte de Dios, que la sumision á sus órdenes y la obediencia á su voluntad soberana valen más que todos los sacrificios que el hombre puede hacer. Esta voluntad divina habia sido desoida y despreciada ya, desde algunos años, por aquel príncipe orgulloso y envidioso, y por esto el Profeta le dijo: *Pro eo ergo quod abjecisti sermonem Domini, abjecit te Dominus* (I REG. XV, 23).

El desprecio de las gracias, así temporales, como espirituales que Dios nos dispensa, nos acarrea, con frecuencia, la pérdida de los bienes, aún temporales. Así sucedió á Salomon, el cual pervertido por sus amores nocivos; y convertido en un verdadero idólatra, fué causa

de que Dios dividiera su reino: *Quia non custodisti pactum meum et præcepta mea, quæ mandavi tibi, disrumpans scindam regnum tuum* (III REG. XI, 11).

Veamos ahora los bienes incomparables que trae consigo la fidelidad á la gracia, la sumision y obediencia á la voz de Dios. Abrahan es constituido padre de los creyentes y cabeza de un pueblo inmenso, por haber sido fiel á la gracia: *Quia obedisti voci meæ* (GEN. XXII). Moisés, por haber sido obediente á Dios, que le llama desde la zarza, se convierte en amigo suyo, intérprete de su voluntad y depositario de su poder. David, por haber confesado su pecado con corazon contrito al oir la voz del Profeta, que se lo reprendia de parte de Dios, al pronunciar las palabras: *Peccavi Domino:* mereció oir de boca del mismo el perdon de la pena capital en que habia incurrido: *Dominus quoque transtulit peccatum tuum* (III REG. XII, 13).

Comparando S. Agustin la maternidad de María con su fidelidad á la gracia, dice: *Materna propinquitas nihil Mariæ profuisset, nisi felicius Christum corde, quam carne gestasset* (IN EPIST. AD ROM).

Si el Hijo pródigo recobró su felicidad perdida, debido fué á la prontitud con que puso en práctica la buena inspiracion que tuvo de regresar á la casa paterna: *Surgam, et ibo ad patrem meum* (LUC. XV, 18). Véase tambien la conversion de la mujer Samaritana (JOANN. IV, 15); y la de Saulo (ACTOR. IX).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Si Dei gratiam nacti fuerimus, nullus nobis prævalebit, sed potentiores omnibus erimus. S. Chrysost. Hom. 46 in Genes.	Si podemos poseer la gracia de Dios, no habrá quien prevalezca contra nosotros, ántes bien seremos más poderosos que todos los demás.
Omnia dona excedit hoc donum, ut Deus hominem vocet filium, et homo Deum nominet Patrem. S. Leo, Serm. de Nativ.	La gracia de ser el hombre llamado hijo por el mismo Dios, y de poder llamarle su padre, es superior á todas las gracias.
Cui redderet coronam justus judex, si non donasset gratiam misericors pater? S. Aug. de Grat. et Arbitr.	¿Cómo habria podido (Dios) darle la corona (á Pablo) como juez justísimo, si ántes no le hubiera dispensado la gracia como Padre misericordioso?
Nolentem prævenit ut velit,	(La gracia) previene al que no

volentem subsequitur ut frustra non velit. Idem, in Enchir. cap. 32.

Quid potest esse meritum hominis ante gratiam, cum omne bonum meritum, bonum nostrum non in nobis faciat, nisi gratia? Idem, Epis. 17.

Vita hominis probi non est opus hominis, sed Dei; imo Dei et hominis, Dei propter operantem gratiam, hominis propter cooperantem obedientiam. Id., Serm. 15 de Verb. Apost.

Gratia Dei donum Dei est, donum autem maximum Spiritus Sanctus est, et ideo gratia Dei dicitur. Idem, Serm. 61 de Verb. Dom.

Quotidiana præstat Deus præsidia, quibus, nisi freti confisique nitamur, nequicquam humanos vincere poterimus errores. P. III. Epist. ad Conc.

Necesse est ut, quo adjuvante vincimus, eo iterum non adjuvante vincamur. S. Cœlest. P. Epist. 1, cap. 6.

Magnam gratiam homines apud Deum haberent, si medietatem eorum, quæ pro gratia mundi expendunt, pro gratia Dei expenderent. S. Thom. Opusc. 38.

la quiere para que la quiera, y cuando quiere, la gracia le inspira una voluntad eficaz.

¿Qué mérito puede tener el hombre ántes de poseer la gracia, si solo la gracia es el orígen de todo mérito y la que en nosotros obra todo lo bueno?

La vida de un hombre justo no es obra suya, sino de Dios; mejor diremos, de Dios y del hombre; obra de Dios por la gracia con que le auxilia, obra del hombre por su sumision y correspondencia.

Es la gracia un don de Dios, este don sobre todo don es el Espíritu Santo; por esto la gracia se llama *de Dios ó divina.*

Dios nos dispensa todos los dias sus gracias, con las cuales, á no ser que en ellas confiemos y nos apoyemos, ni aún podríamos librarnos de todos los errores de los hombres.

Si cuando Dios nos asiste vencemos al enemigo, cuando él no nos asiste irremisiblemente, somos vencidos.

Los hombres tendrian mucha privanza con Dios, si para poseer su gracia hicieran solo la mitad de los sacrificios que hacen para captarse la amistad del mundo.

GRACIA; véase: ESTADO EN GRACIA Y EN CULPA, DISCULPAS Y SAMARITANA.
GRACIAS (ABUSO DE LAS); véase: INSPIRACIONES.
GRANDEZA DE DIOS; véase: DIOS.
GRANDEZA DEL HOMBRE; véase: HOMBRE.

GRANDEZA.

(LA VERDADERA)

Domine... qui timent te, magni erunt apud te per omnia.

Señor... aquellos que te temen, serán grandes delante de ti en todas las cosas.

(JUDITH. XVI, 16 et 19.)

El hombre está soñando siempre en su propio engrandecimiento. Felices eran nuestros primeros padres en el paraíso, y al decirles el enemigo tentador, que, infringiendo el precepto que el Señor les habia impuesto, serian como dioses, desobedecieron á su Criador, y se vieron arrastrados á una comun ruina. A esta desgracia lamentable subsiguieron males sin cuento; pero el hombre, en el desórden de su apetito, no ha dejado por eso de aspirar á la grandeza, por los mismos caminos extraviados que arrastraron á sus padres al precipicio. Despues de heredar el pecado, tenemos siempre abiertos los oidos para escuchar y seguir al que nos diga: *sereis como dioses.* Este es el pecado original; este es el hombre, tal como le ha dejado la culpa.

Nada puede, por lo tanto, sernos más provechoso, que conocer los caminos por donde podemos llegar á la verdadera grandeza. Ya que nos mueven siempre los deseos de engrandecimiento, procuremos conocer la senda que nos conduzca á realizar nuestro destino, y á ver cumplidas nuestras esperanzas. Pero, encuéntranse aquí en oposicion el mundo y la fé, como casi siempre sucede. El mundo, dice á los suyos: buscad la grandeza: imitad á esos hombres, que, en cien combates, dejaron atónito al mundo al contemplar sus rápidas conquistas: imitad á esos genios sublimes, cuyas elocuentes producciones les valieron las ovaciones más brillantes: de este modo sereis verdaderamente grandes, y seré el primero en prestaros homenajes casi divinos, en erigiros estátuas, y grabar vuestros nombres en suntuosos obeliscos. La fé, al contrario, nos dice: buscad la grandeza; pero la grandeza sólida y verdadera. No os dejeis deslumbrar por un brillo fascinador. Fijad la vista en los sitios que sirvieron de teatro á los ruidosos hechos de los que el mundo llama grandes; y solo encontra-

volentem subsequitur ut frustra non velit. Idem, in Enchir. cap. 32.

Quid potest esse meritum hominis ante gratiam, cum omne bonum meritum, bonum nostrum non in nobis faciat, nisi gratia? Idem, Epis. 17.

Vita hominis probi non est opus hominis, sed Dei; imo Dei et hominis, Dei propter operantem gratiam, hominis propter cooperantem obedientiam. Id., Serm. 15 de Verb. Apost.

Gratia Dei donum Dei est, donum autem maximum Spiritus Sanctus est, et ideo gratia Dei dicitur. Idem, Serm. 61 de Verb. Dom.

Quotidiana præstat Deus præsidia, quibus, nisi freti confisique nitamur, nequicquam humanos vincere poterimus errores. P. III. Epist. ad Conc.

Necesse est ut, quo adjuvante vincimus, eo iterum non adjuvante vincamur. S. Cœlest. P. Epist. 1, cap. 6.

Magnam gratiam homines apud Deum haberent, si medietatem eorum, quæ pro gratia mundi expendunt, pro gratia Dei expenderent. S. Thom. Opusc. 38.

la quiere para que la quiera, y cuando quiere, la gracia le inspira una voluntad eficaz.

¿Qué mérito puede tener el hombre ántes de poseer la gracia, si solo la gracia es el orígen de todo mérito y la que en nosotros obra todo lo bueno?

La vida de un hombre justo no es obra suya, sino de Dios; mejor diremos, de Dios y del hombre; obra de Dios por la gracia con que le auxilia, obra del hombre por su sumision y correspondencia.

Es la gracia un don de Dios, este don sobre todo don es el Espíritu Santo; por esto la gracia se llama *de Dios ó divina.*

Dios nos dispensa todos los dias sus gracias, con las cuales, á no ser que en ellas confiemos y nos apoyemos, ni aún podríamos librarnos de todos los errores de los hombres.

Si cuando Dios nos asiste vencemos al enemigo, cuando él no nos asiste irremisiblemente, somos vencidos.

Los hombres tendrian mucha privanza con Dios, si para poseer su gracia hicieran solo la mitad de los sacrificios que hacen para captarse la amistad del mundo.

GRACIA; véase: ESTADO EN GRACIA Y EN CULPA, DISCULPAS Y SAMARITANA.
GRACIAS (ABUSO DE LAS); véase: INSPIRACIONES.
GRANDEZA DE DIOS; véase: DIOS.
GRANDEZA DEL HOMBRE; véase: HOMBRE.

GRANDEZA.

(LA VERDADERA)

Domine... qui timent te, magni erunt apud te per omnia.

Señor... aquellos que te temen, serán grandes delante de ti en todas las cosas.

(JUDITH. XVI, 16 et 19.)

El hombre está soñando siempre en su propio engrandecimiento. Felices eran nuestros primeros padres en el paraíso, y al decirles el enemigo tentador, que, infringiendo el precepto que el Señor les habia impuesto, serian como dioses, desobedecieron á su Criador, y se vieron arrastrados á una comun ruina. A esta desgracia lamentable subsiguieron males sin cuento; pero el hombre, en el desórden de su apetito, no ha dejado por eso de aspirar á la grandeza, por los mismos caminos extraviados que arrastraron á sus padres al precipicio. Despues de heredar el pecado, tenemos siempre abiertos los oidos para escuchar y seguir al que nos diga: *sereis como dioses.* Este es el pecado original; este es el hombre, tal como le ha dejado la culpa.

Nada puede, por lo tanto, sernos más provechoso, que conocer los caminos por donde podemos llegar á la verdadera grandeza. Ya que nos mueven siempre los deseos de engrandecimiento, procuremos conocer la senda que nos conduzca á realizar nuestro destino, y á ver cumplidas nuestras esperanzas. Pero, encuéntranse aquí en oposicion el mundo y la fé, como casi siempre sucede. El mundo, dice á los suyos: buscad la grandeza: imitad á esos hombres, que, en cien combates, dejaron atónito al mundo al contemplar sus rápidas conquistas: imitad á esos genios sublimes, cuyas elocuentes producciones les valieron las ovaciones más brillantes: de este modo sereis verdaderamente grandes, y seré el primero en prestaros homenajes casi divinos, en erigiros estátuas, y grabar vuestros nombres en suntuosos obeliscos. La fé, al contrario, nos dice: buscad la grandeza; pero la grandeza sólida y verdadera. No os dejeis deslumbrar por un brillo fascinador. Fijad la vista en los sitios que sirvieron de teatro á los ruidosos hechos de los que el mundo llama grandes; y solo encontra-

reis huellas sangrientas, lamentos inconsolables, ruinas, y, cuando más, una efímera sombra de la ciencia. ¿Y esto es suficiente para dar el título de verdadera grandeza? La verdadera grandeza tiene por fundamento la virtud, y en los héroes del mundo no vemos más que un frio y glacial egoismo.

¿Quién tiene razon, la fé ó el mundo? Ved ahí, hermanos, lo que voy á proponer á vuestra consideracion, demostrándoos, que solo el hombre que se deja guiar por los principios de la religion, puede conseguir la verdadera grandeza. Para que sean eficaces mis palabras, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Pensamientos elevados, sentimientos y afectos nobles, conducta irreprensible, hé aquí las cualidades que constituyen al hombre grande y verdaderamente digno de este nombre. Pues bien; no hay hombre que tenga pensamientos elevados, que esté dotado de afectos y sentimientos nobles, que observe una conducta irreprensible, sino el hombre formado segun el espíritu de la religion. De aquí se infiere, que solo el que se deja guiar por los principios religiosos, puede llegar á la posesion de la verdadera y sólida grandeza. Veámoslo.

Ante todo, no cabe concebirse más elevados pensamientos que los inspirados por la religion. ¿A qué aspira el guerrero, el filósofo, el orador, el político, y todos esos genios, que el mundo enaltece y pretende inmortalizar? ¿Cuál es el objeto de sus trabajos, toda vez que no los ennoblece la religion? Los unos, abandonándose al azar, viven en contínua alarma, prodigan los tesoros y la sangre de sus semejantes, y llevan á todas partes el espanto y la desolacion por conquistar algunos palmos de terreno, y rodearse de un fantasma de poderío, que la muerte desvanecerá bien presto. Otros consumen su vida en prolongadas vigilias, por adquirirse un nombre en la carrera de las ciencias humanas; carrera inmensa, cuyos límites no alcanzarán por más esfuerzos que hagan. Todos, en fin, miran como una suprema felicidad el conservar, despues de la muerte, una especie de vida imaginaria en la memoria de los hombres, legando á la posteridad el recuerdo de sus actos. Tal es la elevacion de pensamientos de esas almas, que el mundo llama grandes.

Veamos, ahora, si los pensamientos del verdadero cristiano son más sublimes. El cristiano abarca en una mirada toda la extension de la tierra, y comparándola con la inmensidad de su corazon, la encuentra pequeña y limitada. Sus pensamientos se extienden más allá del tiempo y del espacio; sus pretensiones se conforman con sus derechos, y su ambicion es proporcionada á su dignidad. Para describir los

grandes designios del más célebre de los conquistadores, se ha dicho, que lloraba al ver que sus victorias no podrian extenderse más allá de los límites de la tierra. ¿Cuán mezquinos eran, sin embargo, sus pensamientos! ¡Qué reducidas sus miras! A este conquistador le parecia como que estuviera reducido al mundo creado; siendo así, que el hombre virtuoso, más allá de este valle de lágrimas y de quebranto, de este teatro de miserias y de crímenes, ve el reino de la santidad y de la paz, y su alma se lanza hácia aquella mansion de inalterable y permanente felicidad. Viéndose superior á los objetos presentes, aspira á los eternos. Tiende la vista sobre la tierra, la despoja de las preocupaciones que la trasforman, y ve eclipsarse el esplendor de la reputacion, desaparecer el brillo del honor, marchitarse lo florido de la belleza, desvanecerse la celebridad del nombre, desaparecer la gloria de los imperios, y hundirse todo. Ve las vicisitudes de los hombres, la esterilidad de sus proyectos, la instabilidad de su fortuna y la brevedad de su vida, que termina con dolor. Ve en los dichosos del mundo una secreta amargura, que turba su tranquilidad; una rivalidad envidiosa, que causa su desdicha; y una triste perspectiva de un fin real y cierto, que los llena de terror. Se examina á sí mismo, y, en medio de las sombras de una mortalidad, que le humilla, siente el inmenso deseo de una alma, que con nada se satisface en la tierra; que cree no poseer nada, sino posee todo cuanto hay que poseer; oye la voz de la inmortalidad, que le destina á una felicidad interminable; ve el vacío y la nada de los bienes que, alguna vez, habia deseado; y en vista de esto dice en su interior: entre lo que yo veo y lo que soy, no hay relacion recíproca; solo mi Criador puede ser mi único fin: soy obra suya, y debo poseerle; es infinito, y de lo infinito necesito para ser dichoso; esta felicidad se me ha prometido; trabajaré por obtenerla.

Ahora bien, ¿es posible concebir pensamientos más elevados que los de un hombre, que, ambicionando nada ménos que la posesion de lo eterno, ni aún se digna dirigir una mirada á todo cuanto dice relacion con el tiempo; que, aspirando á una gloria indefinida, considera la gloria de este mundo como sombra fugaz; que, optando al imperio del cielo, califica de vanidad todos los reinos de la tierra? ¡Ciegos, que pensais siempre en los bienes mezquinos de la tierra y suspirais por ellos! ¿dónde está la elevacion de vuestros pensamientos y de vuestras miras, ya que Dios no es su objeto? Ese cristiano humilde y fiel, cuya poca importancia despreciais; ese hombre vigilante, cuya vida es un contínuo preparativo para el instante en que deba terminarse; ese héroe, cuyas acciones no tienen otro fin sino la feliz

inmortalidad; hé aquí las almas verdaderamente ilustradas; hé aquí los verdaderos sábios; hé aquí los que merecen ser llamados grandes. Vosotros los mirais con desprecio como á unos ignorantes; pero si dirigieseis siquiera una mirada á vuestro sepulcro, entre las flores que le cubren; si midieseis con la corta duracion de vuestros dias la brevedad de los placeres en que los ocupais; si formaseis juicio del camino que seguis por el término á que os conduce; si no apartaseis la vista de la claridad de una vida futura; admirariais la elevacion de sus pensamientos, y no ceñiriais vuestras miras al espacio de esta vida, limitada á la duracion de un dia. Quereis ser grandes, y careceis del primer carácter de grandeza, que es la elevacion de pensamientos, como quiera que los vuestros los fijais en la tierra.

Si tan admirable aparece el hombre que se deja guiar por los principios de la religion, en cuanto á la sublimidad de miras y de pensamientos, no lo es ménos en cuanto á la nobleza de afectos y de sentimientos, que constituye la segunda cualidad de los hombres verdaderamente grandes. De contínuo oimos hablar en el mundo de nobleza, delicadeza y generosidad de sentimientos y afectos. Este lenguaje es magnífico. Vemos tambien, que la parte sensata y juiciosa de este mismo mundo, mira con desprecio los sentimientos y afectos de una ambicion violenta, que se descubre por los esfuerzos que hace; de un orgullo enojoso, que arma contra sí á los que procura humillar; de un ódio ciego, cuya bajeza se compensa con la execracion pública; de una grande injusticia, que produce amargas quejas; de una codicia sórdida, que no se avergüenza de sus despreciables artificios; de una pasion desenfrenada, cuyos desórdenes se convierten en oprobio. Para que el mundo no reclamase abiertamente contra semejantes excesos, seria menester que desapareciese de la tierra todo sentimiento humano. Sin embargo, decidme, hermanos; el hombre que no se deja guiar por la religion ¿posee una pureza de sentimientos y afectos capaz de conservar en el alma el imperio, que debe tener siempre sobre los sentidos, hasta el punto de considerar como una bajeza la debilidad de obedecerlos, hasta el grado de hacer el debido aprecio de la vigilancia secreta que los cautiva, hasta el de preservar el entendimiento y el corazon del nublado que procura oscurecerlos? Decidme; la equidad del mundo ¿llega hasta el punto de no invertir en el juego, en los adornos, en las diversiones, y en las prodigalidades de toda especie, el dinero que se debe á los acreedores legítimos? La nobleza de los sentimientos y afectos del mundo, ¿llega al punto de honrar á la virtud más que á la riqueza, de no lograr la fortuna con el sacrificio de la virtud, de creer la virtud preferible á todos los bienes de la tierra, y de estar pronto á sacrificarlos todos, ántes que dejar de ser virtuosos? ¿Llega la nobleza de los afectos y sentimientos, hasta el punto de persuadirse el que tiene autoridad, que ésta se le ha conferido para proteger la justicia? ¿Cree el poderoso, que se le ha dado el poder para inspirar amor á la beneficencia y ponerla en práctica, y no para hacer temible un poder independiente y despótico? El hombre, colocado en un puesto superior ¿cree que ha conseguido esto, con el fin de hacerse respetable por su bondad y amable por su condescendencia? El hombre dichoso cree, que lo es para socorrer á los que no lo son, para condolerse de los males ajenos, y no para excitar la envidia? La nobleza de afectos y sentimientos ¿llega al punto de renunciar una colocacion, que la vanidad solicita, y que la incapacidad desmerece; de juzgar de sí propio por las reglas de una modestia ilustrada, más bien que por el testimonio de una confianza presuntuosa; de no captar con bajas lisonjas y adulaciones, con viles complacencias, con aplausos criminales, la benevolencia de un protector? ¿Llega esta nobleza de afectos y sentimientos, hasta el punto de respetar sinceramente la reputacion del prójimo, de defenderla contra la malicia de los recelos, contra la imprudencia de las conversaciones, y contra la temeridad de los juicios? Pues bien, estos son los sentimientos y afectos que inspira la religion; estos son los sentimientos y afectos del hombre formado segun los principios religiosos.

Permítaseme ahora apelar al testimonio de la experiencia. ¿Cuáles son los sentimientos y afectos de los mismos secuaces del mundo, de cuya boca oimos contínuamente el ostentoso alarde de nobles sentimientos? Enaltecen la moderacion, pero se dejan dominar de una ambicion excesiva; elogian la suavidad y dulzura de carácter, al mismo tiempo que nada quieren sufrir y tolerar; repiten por todas partes, que el hombre debe ser dueño de sí mismo, y, á la vez, se hacen esclavos de las más viles y vergonzosas pasiones. ¡Cuántas veces, bajo la falaz apariencia de generosidad, se sacrifica la justicia para hacer gastos exorbitantes, que solo sirven para fomentar el orgullo y la vanidad! ¡Cuántas veces se nos enseña á no perdonar las injurias, y á dar públicamente pruebas de una funesta venganza, so pretexto de pundonor! ¿No es lo más comun, confundir con las grandes pasiones, los afectos y sentimientos más nobles y generosos? ¡Cuántas veces la amistad, la fidelidad, la justicia, y hasta los derechos de la naturaleza, se sacrifican á un atractivo exterior, á un interés momentáneo! Un corazon que se nutre de los afectos y sentimientos inspirados por la religion, no se deshonra con estos defectos. No hay gloria más pura, ni reputacion más bien sentada, ni alma más hermosa que la del hombre, que por los buenos

sentimientos dirige su conducta. Hé aquí la tercera cualidad de los hombres verdaderamente grandes. En la conducta del hombre formado por la religion, todo es grande y magnánimo; porque en sus operaciones no reconoce otro fin que la belleza de la virtud, ni otro término más glorioso que la victoria de sí mismo y de sus pasiones. Ajeno á la veleidad mundana, en todos tiempos y en todas ocasiones se manifiesta el mismo. Su firmeza de carácter no dá oidos á otra voz que la del deber: su integridad no admite más solicitud que la de la buena causa: su rectitud solo se deja guiar por el interés de la verdad: su fortaleza solo escucha la voz de la conciencia: su valor no teme arrostrar los esfuerzos de los hombres, siempre que están en oposicion con la voluntad de Dios; y su prudencia solo le hace temer lo que puede perder el cuerpo y el alma por toda la eternidad.

2. Colocad al verdadero cristiano en la casa de Dios, y le vereis que defiende su gloria, porque conoce su santidad. Enviadle á pelear en los ejércitos de su monarca, y admirareis su valor, porque sabe que debe ser fiel. Colocadle en el santuario de la justicia, y le vereis inalterable y lleno de valor, porque es justo. Confiadle la administracion más importante, y vereis que sus manos son siempre puras, porque debe ser puntual en el cumplimiento de su deber. Guardaos, empero, de proponerle proyectos injustos, ni maquinaciones odiosas, ni tramas artificiosas, porque las rechazará con desden; nada hay que pueda empeñarle en ellas, ni la esperanza de grandes ventajas, ni el aliciente de una fortuna brillante, ni los seductores embelesos de la gloria. Las miras políticas no le arrastran, el torrente del ejemplo no le inspira, el miedo de caer en desgracia no influye en él; porque Dios es el único dueño y señor á quien desea complacer; su voluntad, la única que ha adoptado por regla de su conducta; el grito de su conciencia, la ley que obédece; y la salvacion de su alma, la fortuna á que aspira. Fundado en los principios de una religion, en la cual no pueden causar mudanza alguna ni el tiempo, ni las ocasiones, ni los intereses, ni las circunstancias, le oireis repetir en su conducta el lenguaje generoso del Apóstol: que sostenido por la gracia, tiene resolucion bastante para no temer, que ni las criaturas, con toda su perversidad, ni el mundo, con todos sus contratiempos, le separen de Jesucristo. Hé aquí la verdadera grandeza en todo su esplendor; tal es la admirable conducta del hombre, que se nutre de los afectos y sentimientos inspirados por la religion.

Tal vez á algunos les parecerá exagerado el cuadro que acabo de trazar; pero apelo al testimonio de vosotros mismos para que decidais, si es, ó no, exacto. Cotejad esta descripcion tan lisonjera, no con

lo que veis en los cristianos, que solo lo son de puro nombre, y que lo deshonran con sus obras; no con lo que observais en los que, hallándose en el seno mismo de la religion, apartan los ojos de su luz, se hacen sordos á sus máximas, y cierran el corazon á sus consejos; sino con lo que veis en los que dejan dirigir su conducta por los principios religiosos, y á quienes mirais como perfectos cristianos, y confesareis, que nada tiene de exagerado la descripcion.

Tambien se dirá, que aún esos mismos cristianos tienen sus debilidades. No lo niego; y los mundanos, embriagados con un amor profano, arrebatados de cólera, carcomidos del odio, hinchados de orgullo, roidos por la envidia y entregados á todas las pasiones, saben observarlas cuidadosamente, exagerarlas con artificio, y ponerlas de manifiesto, por tener el gusto de criticarlos severamente; pero ¿por qué notan estas imperfecciones en los mismos fieles con tanta escrupulosidad, sino porque se sabe que hacen profesion pública de triunfar de ellas? ¿Por qué se les critica tan agriamente, sino porque, teniéndose en gran opinion á su virtud, el menor extravío, causa una gran sorpresa? La perfeccion que estos rígidos censores de las faltas ajenas exigen de los cristianos fieles, ¿qué prueba, sino la idea de perfeccion que forman del cristianismo? Por otra parte; ¿cuántos hay en quienes apenas se descubre la menor mancha, y que, si alguna vez incurren en culpas leves, las examinan con el mayor cuidado, se acusan de ellas con dolor, las purgan con empeño y buena fé, y, con la mayor precaucion, se apartan de las ocasiones de cometerlas?

Concluyamos, hermanos mios, diciendo, que los cristianos fieles son evidentemente superiores á los demás hombres; porque si bien traen en sí mismos el principio de las debilidades comunes á todos, se distinguen por la magnanimidad con que se acostumbran á preservarse de ellas. La elevacion de sus pensamientos, la nobleza de sus afectos y aspiraciones, la pureza de sus costumbres, les aclaman verdaderamente grandes. La impiedad misma les ha dispensado, en mil ocasiones, los mayores elogios; y si algunas veces los critica, es porque el hombre vicioso no puede sufrir las tácitas reconvenciones que con su conducta le hacen. Todos nos sentimos agitados por los deseos de elevacion: acordándonos de que somos reyes destronados, suspiramos todos por la grandeza. Despreciemos, pues, los juicios de los mundanos; y convencidos de la grandeza del hombre formado por el espíritu de la religion, hagamos todo lo posible por conseguirla, siguiendo constantemente sus máximas, adoptando sus pensamientos, nutriéndonos de sus sentimientos y afectos, y obrando en todo conforme á los altos destinos á que nos llama. De este modo seremos el

objeto de la admiracion de los hombres, brillará en nosotros la verdadera grandeza, y llegado el tiempo de la recompensa, seremos coronados en la interminable bienaventuranza de la gloria, que os deseo á todos.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE LA VERDADERA Y FALSA GRANDEZA.

Quicumque glorificaverit me, glorificabo eum; qui autem contemnunt me, erunt ignobiles. I Reg. II, 30.

Yo honraré á todo el que me glorificáre; pero los que me menosprecíaren, serán deshonrados.

Vanitas vanitatum, et omnia vanitas. Eccle, I, 2.

Vanidad de vanidades, y todo *lo de acá bajo no es mas que* vanidad.

Ecce magnus effectus sum, et præcessi omnes sapientia... Dedique cor meum ut scirem prudentiam, atque doctrinam, erroresque et stultitiam; et agnovi quòd in his quoque esset labor et afflictio spiritus. Idem, ibid. 16, 17.

Yo he llegado á ser grande *ó poderoso*, y he aventajado en sabiduría á todos: y he aplicado mi corazon al conocimiento de la prudencia y de la doctrina, y de los errores y desaciertos: mas he visto que aún esto mismo era *todo* trabájo y afliccion de espíritu.

Dixi ego in corde meo: Vadam, et affluam deliciis, et fruar bonis. Et vidi quòd hoc quoque esset vanitas. Idem, II, 1.

Entonces dije yo en mi corazon: Iré á bañarme en delicias, y á gozar de los bienes *presentes*. Mas luego eché de ver que tambien esto es vanidad.

Coacervavi mihi argentum, et aurum, et substantias regum, ac provinciarum: et supergressus sum opibus omnes qui ante me fuerunt in Jerusalem omnia, quæ desideraverunt oculi mei, non negavi eis: nec prohibui cor meum quin omne voluptate frueretur... vidi in omnibus vanitatem et afflictionem animi, et nihil permanere sub sole. Idem, ibid. 8, 9, 10, 11.

Amontoné plata y oro, y los tesoros de los reyes y de las provincias... y sobrepujé en riquezas á todos los que vivieron ántes de mí en Jerusalen... nunca negué á mis ojos nada de cuanto desearon; ni vedé á mi corazon el que gozase de todo género de deleites... ví que todo era vanidad y afliccion de espíritu, y que nada hay estable en este mundo.

Quid nobis profuit superbia? aut divitiarum jactantia quid contulit nobis? Transierunt omnia illa tanquam umbra. Sap. V, 8, 9.

¿De qué nos ha servido la soberbia? Ó ¿qué provecho nos ha traido la vana ostentacion de nuestras riquezas? Pasaron como sombra todas aquellas cosas.

Semen hominum honorabitur hoc, quod timet Deum; semen autem hoc exhonorbiatur, quod præterit mandata Domini. Eccli. X, 23.

Honrada será la descendencia del que teme á Dios; mas será deshonrada la del que traspasa los mandamientos del Señor.

Gloria divitum, honoratorum, et pauperum, timor Dei est. Eccli. X, 25.

La gloria de los ricos, la de los hombres constituidos en dignidad, y la de los pobres, es el temor de Dios.

Non glorietur sapiens in sapientia sua, et non glorietur fortis in fortitudine sua, et non glorietur dives in divitiis suis; sed in hoc glorietur, qui gloriatur, scire et nosse me. Jerem. IX, 23.

No se glorie el sábio en su saber (dice el Señor), ni se glorie el valeroso en su valentía, ni el rico se glorie en sus riquezas: mas el que quiera gloriarse, gloríese en conocerme.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Resipiscat unusquisque à furore sæcularium dignitatum, quæ mentem animamque perturbant, ut compos sui esse non possit. S. Ambros. lib. 3 in Luc.

Reprima en sí cada uno de vosotros esa ambicion de dignidades temporales, que perturban al alma y al corazon de modo, que le traen fuera de sí.

Nonne dementia est, cum habeas theatrum in cœlo constitutum, spectatores tamen in terra tibi deligere? S. Chrys. Hom. 17 in epist. ad Rom.

¿No es una locura el procurarte espectadores en este mundo, teniendo en el cielo el lugar destinado donde debes figurar?

Fugiendo gloriam Paula merebatur, quæ virtutem quasi umbra sequitur, et appetitores sui fugiens, sequitur contemp-

Paula merecia la gloria apartándose de ella, porque la gloria va en pos de la virtud como la sombra tras el cuerpo; y al paso

tores. S. Hieron. in vita S. Paulæ.

Blandum nomen honos, mala servitus, exitus æger. S. Paulin. epist. 36 ad August.

que huye de los que la buscan, va tras los que la desprecian.

El honor lleva un nombre muy halagüeño, importa un servicio muy duro, y aspira á un fin no muy feliz.

Véase: AMBICION.
GRANDEZA DE CARÁCTER, véase: CARÁCTER.
GRANDEZA DEL ALMA, véase: ALMA.
GRANDEZAS DE DIOS; véase: DIOS (GRANDEZAS DE).
GRATITUD, véase: AGRADECIMIENTO.

GULA.

I.

Attendite vobis, ne forte graventur corda vestra in crapula.

Guardaos, no cargueis vuestro estómago de manjares.

(Luc. XXI, 34.)

El apetito desordenado de comer es un vicio, tanto más temible, en cuanto se introduce á la sombra de una necesidad, que con frecuencia experimentamos, y cuya precisa satisfaccion no es fácil discernir de un modo conveniente. Cada vez que nos vemos precisados á tomar alimento, debemos considerarnos en peligro, porque tras la necesidad puede venir el exceso, y son muchas las personas que se pierden por los excesos cometidos á la sombra de esta natural necesidad. La gula, en nuestra madre Eva, dió ocasion á todos nuestros males; y grandes son las ofensas que hacen á Dios los que viven entregados á este vicio, del cual quiere retraernos Jesucristo con estas palabras: «Guardaos, no cargueis vuestro estómago de manjares.»

Como, al parecer, las gentes no se arredran de este vicio horrible, aún cuando sea uno de los más perniciosos para las costumbres, voy ahora á describiros los estragos y las consecuencias de este vicio. No dudo que, al conocer su trascendencia en el cuerpo y en el alma, en lo temporal y en lo eterno, en el hombre y en el cristiano, le aborrecereis cual conviene. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Muchos, dice el Eclesiástico (ECCLI. XXXVII. 34), han muerto de un exceso de comida, al paso, que la sobriedad alarga la vida. No hay en la medicina remedio más eficaz, ni medio más seguro para conservar la salud y alargar la vida, que la templanza; y, al contrario, la gula es el mayor enemigo de la salud y de la vida. Hambre canina, sed rabiosa y mil enfermedades, padecen con frecuencia los que se entregan á sus excesos. Tal vez vosotros, dejándoos llevar de la corriente, atribuís las enfermedades á la intemperie, al decaimiento de la naturaleza, ó á otras causas muy distintas de la gula; pero los médicos declaran, que la gula es el mayor enemigo de nuestro cuerpo, y el orígen de muchísimas enfermedades; y el Espíritu Santo atribuye las enfermedades al exceso de la comida, añadiendo, que la glotonería viene á parar en cólicos y malos humores: *In multis escis infirmitas* (ECCLI. XXXVII. 33). Adan, y en él todos los hombres, fueron condenados á buscar el pan con el trabajo y sudor de su frente, porque comió la fruta del árbol á que se le habia prohibido tocar; y muchos de sus hijos, con sus contínuos excesos, multiplican sus males, y hacen á su naturaleza bastante industriosa ó bastante bárbara para castigarlos con la muerte.

Es triste tener que valernos de una razon tan humana, como es la conservacion de la salud, para hacer parcos y moderados en la comida á los cristianos, y vernos precisados á servirnos de la medicina, para apartar de los excesos de la gula á los que hacen profesion de seguir las máximas del Evangelio, y de obedecer los preceptos del Salvador. Repetidas veces el Señor nos prescribe la templanza, y nos prohibe el apetito desordenado de comer. Procurad, hermanos, que no os engañe en esto el amor propio; consultad vuestra conciencia; tal vez os recordará que, más de una vez, por vuestros excesos en comer, habeis caido enfermos, ú os habeis expuesto á peligro de caer enfermos.

Si no bastase este peligro para cambiar el corazon de los que se entregan á la gula, algun terror deberá inspirarles la ofensa que con ella infieren á su razon. El hombre que, por su templanza, puede aspirar al inefable honor de ser superior á los celestiales espíritus, por su gula, hácese, muchas veces, inferior á los irracionales. ¿Qué heróicos

tores. S. Hieron. in vita S. Paulæ.

Blandum nomen honos, mala servitus, exitus æger. S. Paulin. epist. 36 ad August.

que huye de los que la buscan, va tras los que la desprecian.

El honor lleva un nombre muy halagüeño, importa un servicio muy duro, y aspira á un fin no muy feliz.

Véase: AMBICION.
GRANDEZA DE CARÁCTER, véase: CARÁCTER.
GRANDEZA DEL ALMA, véase: ALMA.
GRANDEZAS DE DIOS; véase: DIOS (GRANDEZAS DE).
GRATITUD, véase: AGRADECIMIENTO.

GULA.

I.

Attendite vobis, ne forte graventur corda vestra in crapula.

Guardaos, no cargueis vuestro estómago de manjares.

(Luc. XXI, 34.)

El apetito desordenado de comer es un vicio, tanto más temible, en cuanto se introduce á la sombra de una necesidad, que con frecuencia experimentamos, y cuya precisa satisfaccion no es fácil discernir de un modo conveniente. Cada vez que nos vemos precisados á tomar alimento, debemos considerarnos en peligro, porque tras la necesidad puede venir el exceso, y son muchas las personas que se pierden por los excesos cometidos á la sombra de esta natural necesidad. La gula, en nuestra madre Eva, dió ocasion á todos nuestros males; y grandes son las ofensas que hacen á Dios los que viven entregados á este vicio, del cual quiere retraernos Jesucristo con estas palabras: «Guardaos, no cargueis vuestro estómago de manjares.»

Como, al parecer, las gentes no se arredran de este vicio horrible, aún cuando sea uno de los más perniciosos para las costumbres, voy ahora á describiros los estragos y las consecuencias de este vicio. No dudo que, al conocer su trascendencia en el cuerpo y en el alma, en lo temporal y en lo eterno, en el hombre y en el cristiano, le aborrecereis cual conviene. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Muchos, dice el Eclesiástico (ECCLI. XXXVII. 34), han muerto de un exceso de comida, al paso, que la sobriedad alarga la vida. No hay en la medicina remedio más eficaz, ni medio más seguro para conservar la salud y alargar la vida, que la templanza; y, al contrario, la gula es el mayor enemigo de la salud y de la vida. Hambre canina, sed rabiosa y mil enfermedades, padecen con frecuencia los que se entregan á sus excesos. Tal vez vosotros, dejándoos llevar de la corriente, atribuís las enfermedades á la intemperie, al decaimiento de la naturaleza, ó á otras causas muy distintas de la gula; pero los médicos declaran, que la gula es el mayor enemigo de nuestro cuerpo, y el orígen de muchísimas enfermedades; y el Espíritu Santo atribuye las enfermedades al exceso de la comida, añadiendo, que la glotonería viene á parar en cólicos y malos humores: *In multis escis infirmitas* (ECCLI. XXXVII. 33). Adan, y en él todos los hombres, fueron condenados á buscar el pan con el trabajo y sudor de su frente, porque comió la fruta del árbol á que se le habia prohibido tocar; y muchos de sus hijos, con sus contínuos excesos, multiplican sus males, y hacen á su naturaleza bastante industriosa ó bastante bárbara para castigarlos con la muerte.

Es triste tener que valernos de una razon tan humana, como es la conservacion de la salud, para hacer parcos y moderados en la comida á los cristianos, y vernos precisados á servirnos de la medicina, para apartar de los excesos de la gula á los que hacen profesion de seguir las máximas del Evangelio, y de obedecer los preceptos del Salvador. Repetidas veces el Señor nos prescribe la templanza, y nos prohibe el apetito desordenado de comer. Procurad, hermanos, que no os engañe en esto el amor propio; consultad vuestra conciencia; tal vez os recordará que, más de una vez, por vuestros excesos en comer, habeis caido enfermos, ú os habeis expuesto á peligro de caer enfermos.

Si no bastase este peligro para cambiar el corazon de los que se entregan á la gula, algun terror deberá inspirarles la ofensa que con ella infieren á su razon. El hombre que, por su templanza, puede aspirar al inefable honor de ser superior á los celestiales espíritus, por su gula, hácese, muchas veces, inferior á los irracionales. ¿Qué heróicos

designios puede realizar el hombre en su carne, que no pueden efectuarlos las celestiales inteligencias? Los ángeles son puros; pero su pureza ¿iguala á la virginidad de las almas escogidas, que renuncian á los placeres del cuerpo? El celo por el honor de Dios en que se abrasan los ángeles, es grande; pero ¿pueden, como los mártires, darle la vida por la vida, la sangre por la sangre? Los ángeles no comen; pero los hombres, que saben reducirse á una justa templanza en el comer, ¿no tienen por mérito y por virtud lo que aquellos espíritus tienen por una feliz necesidad? ¿No tienen la ventaja de vivir tan desprendidos de los deleites del cuerpo, como si no le tuvieran, y de triunfar con su precaucion y vigilancia de un enemigo pérfido, encerrado dentro de sí mismos? Sea, en buena hora, más dichosa la virtud de los ángeles; la de los hombres será más fuerte, y, por consiguiente, más admirable. Pero, desde que el hombre se entrega á la gula, se hace inferior á los mismos irracionales. Estos, en virtud de una natural templanza, se contentan con la comida precisa, siendo así que los glotones no conocen la superfluidad. Aquéllos, por lo regular, no se dejan coger por segunda vez en un mismo lazo; pero los glotones cada dia se exponen á los mismos peligros.

Pero, lo que hace más horrible el vicio de la gula, son las gravísimas ofensas que contra Dios y contra el prójimo induce á cometer. Así como la templanza multiplica y conserva las virtudes, así la gula engendra y perpetúa los vicios. ¡Con cuánta facilidad pasan los glotones á ser lascivos, idólatras, crueles! Los israelitas, despues de un exceso en comer, adoraron el becerro, y merecieron que sobre ellos descargase el Señor su ira. Herodes, entre el sabor de los platos que cubrian la mesa, pronunció la injusta sentencia de la muerte del Bautista, á quien creia profeta. Faraon, en un convite, decretó la muerte del panadero mayor. Si vosotros os horrorizais de semejantes excesos, es porque teneis cuidado de refrenar vuestra gula; si os abandonaseis á ella, tal vez seriais peores que los israelitas.

Los golosos quitan á Dios las adoraciones que se le deben, para fijar toda la atencion en su propio apetito, que es su único ídolo; y esta idolatría es, en cierto modo, más abominable que la de los paganos, por cuanto éstos tributaban honores divinos al oro, á la plata ó á los mármoles, y los golosos se lo tributan á la más hedionda materia de nuestro cuerpo: *Quorum Deus venter est* (Philip. xix, 3). El Dios de los golosos es su propio vientre. Hartáronse, dice Dios por boca de Oseas, y levantaron su corazon, y hánse olvidado de mí, que con mano generosa les suministro esos mismos manjares de que abusan: *Saturati sunt, et levaverunt cor suum, et obliti sunt mei* (Ose. xiii, 6). Por esto decia el Señor al pueblo de Israel: «Cuando comieres y te hartares, cuida sobremanera de no olvidar á tu Dios, que te sacó de la tierra de Egipto, y de una casa de esclavitud (Deut. vi, 12 et 13).» Y no solo olvidan á Dios los golosos, sino que le desprecian. ¿De qué me sirve mi primogenitura? exclaman como Esaú. Demos satisfaccion completa á nuestro apetito, cubramos nuestras mesas con los más delicados manjares; ¿qué nos importa perder á Dios? *¿Quid mihi proderunt primogenita?* (Gen. xxv, 32).

Añadid á esto, las grandes ofensas que hacen á su prójimo, los que se entregan al vicio de la gula. Prescindamos del escándalo que dan á sus semejantes. ¿Quién ignora, que con los gastos de un solo banquete, pudiera proporcionarse el sustento á muchos pobres, y por mucho tiempo? Todos los fieles y todos los hombres son hermanos nuestros, y no debemos considerar como puramente gratuito el socorro que les damos; pues, aún á despecho nuestro, les somos deudores de ello, y no podemos disipar lo que les pertenece. Lo que se malgasta en la mesa de los ricos epulones, pertenece á los pobres Lázaros; por consiguiente, satisfaciendo su gula, gastan lo que no es suyo, desperdician lo que es de sus hermanos los necesitados, y consumen la legítima de los hijos de Jesucristo, que es padre de todos.

Admirable en esto, como en todo, se muestra la religion, pues prohibe al pobre usurpar los bienes del rico, y prohibe al rico usurpar al pobre lo que de sus superfluidades le pertenece. De este modo se conserva el maravilloso equilibrio entre fuerzas, al parecer, tan opuestas; hay respeto mútuo para la respectiva propiedad, y hay órden en las sociedades, donde por necesidad tiene que haber categorías. Dejen á Dios la venganza los pobres hambrientos; ya llegará el dia en que los epulones pedirán desde el infierno una gota de agua á los pobres Lázaros, que estarán entonces saciados, y no habrá quien con la punta de su dedo vaya á humedecer la lengua abrasada del réprobo. Jesucristo nos dice, que cuando demos un convite, llamemos á los pobres (Luc. xiv, 13); y con esto nos da claramente á entender, que á los pobres pertenece lo que otros van á comer.

Hermanos mios, si quereis ser buenos cristianos, reprimid el apetito desordenado de comer; no convirtais en vuestro dios ese cuerpo, que bien pronto ha de ser pasto de gusanos. Considerad la pobreza de Jesucristo en sí y en sus miembros, y no malgasteis en inmoderadas comidas lo que debe servir para socorrerla. Contentaos con lo preciso; detestad lo supérfluo; porque la templanza y la sobriedad son indispensables á todo cristiano.

San Agustin decia en el libro de las Confesiones: ¿Quién no se ex-

cede en la comida ó en la bebida? El que en esto no comete ningun exceso, es el más feliz y el más perfecto de los hombres. Por lo que toca á mí, infeliz pecador, no me atrevo á lisonjearme de semejante felicidad; y temo tanto, que el deleite me haga exceder en lo que basta para mi alimento, que me veo obligado, Dios mio, á implorar todos los dias vuestro socorro, á fin de contenerme dentro los límites de la sobriedad, que vos me prescribís: *Certo adhuc adversus concupiscentiam manducandi.* Pues si de esta suerte se explicaba un S. Agustin, ¿cómo podemos nosotros usar otro lenguaje? ¿Cómo podemos dejar de confesar los excesos de nuestra gula? Pues entónces, ¿cómo son tan pocos los que se acusan de este exceso en el tribunal de la penitencia? El tener un apetito desordenado de la comida, que por satisfacerle esteis dispuestos á quebrantar los preceptos de la ley de Dios, ¿no es acaso un pecado mortal? ¿No pecan mortalmente los que pierden la salud por exceso en el comer? ¿No pecan gravemente los que consumen su patrimonio, y empobrecen á sus hijos, por no querer sujetarse á una justa y regular templanza? ¿No pecan venialmente los que comen más de lo que han menester, ó comen, hasta saciarse, por mero deleite? Dios puso en la operacion de comer el deleite, para que no la descuidemos; no para que comamos por deleite.

2. Amados oyentes, la naturaleza se contenta con lo necesario, y no desea precisamente sino lo que le basta; contengámonos, pues, en los límites de la necesidad. Vivamos frugalmente, como nos manda el Apóstol: *Sobrie vivamus in hoc sæculo* (Rom. XIII, 14). Consideremos cuán indigno es, que una carne perecedera se lleve toda la atencion de una alma criada para Dios, y para ser dichosa con la posesion misma de Dios; y cuán vergonzoso es para un cristiano, olvidar el carácter de su grandeza, y degradarse á sí propio, hasta hacerse semejante á los irracionales. En las acciones animales, como la de comer y sustentarse con los alimentos materiales, el hombre se asemeja á los brutos, si bien con la diferencia, de que puede elevar estos actos, bajos en sí, y hacer que, en cierto modo, sean espirituales, segun los respetos y miras que el hombre se proponga, y segun la regla que en ello observe; pero cuando no guarda en esto consideracion alguna, y no quiere ceñirse á los justos límites de una discrecion prudente, entónces, nada tiene que le haga superior á los animales.

¡Dios mio! no permitais que ninguno de mis oyentes se entregue á los excesos de la gula. Haced que al tomar alimento eleven su corazon á vos, que se acuerden de vos, y tengan siempre ideas dignas de vos, para que, triunfando de su más peligroso enemigo, vivan estrechamente unidos á vos, y alcancen el premio que nos teneis preparado en el cielo.

GULA.

II.

Jesus ductus est in desertum à Spiritu, ut tentaretur à diabolo.

Jesús fué conducido del Espíritu *de Dios* al desierto, para que fuese tentado *allí* por el diablo.

(Matth. IV, 1.)

Llevado Cristo, señor nuestro, por el divino Espíritu á un desierto, para que fuese tentado allí por el diablo, en aquel sagrado retiro, propio teatro de la mortificacion, ayunó, por su voluntad, cuarenta dias continuados. Con este sagrado ejemplo, nos intima la santa Iglesia el ayuno de la cuaresma, para que con él veneremos la memoria del que sufrió por nosotros el divino Redentor: quiere tambien, que con esta, como décima parte de los dias del año, consagremos á Dios el diezmo de nuestra vida; que nos preparemos para celebrar dignamente la Pascua; y que celebremos los misterios de la pasion de Cristo, no solo con pias meditaciones, sino tambien con la imitacion, padeciendo con el Señor en este mundo, para gozarnos con el mismo en el cielo.

Estos y otros graves motivos, que declaran los santos Padres, debieran cerrar la boca á ciertos espíritus, que, con sacrílego atrevimiento, declaman contra la ley del ayuno cuaresmal. Vosotros, amados oyentes, que os preciais de hijos humildes de la Iglesia, sin duda estais muy léjos de semejante arrogancia. Para reconocer la obligacion del ayuno y sujetaros á ella, os basta saber, que la Iglesia lo ha mandado. A los Recabitas les bastó el precepto de su padre Jonadab (Jer. XXXV, 6), para que se abstuvieran perpétuamente del vino; ¿cuánto más debe bastar á los fieles el precepto de la Iglesia nuestra madre, de aquella madre tan ilustrada, que sabe bien lo que nos conviene; de aquella madre tan discreta, tan compasiva, tan amante de sus hijos,

que no es capaz de mortificarlos sin justos y graves motivos dirigidos á su mayor bien? A cada uno de los fieles está clamando Dios en los Proverbios de Salomon (Prov. I, 8): *Escucha, hijo mio, la instruccion de tu padre, y guarda inviolablemente la ley de tu madre.* Nuestro padre principal es Dios; nuestra madre amantísima es la Iglesia. Escuchemos con sumo respeto la voz del Padre celestial, y guardemos con profunda sumision la ley de nuestra buena madre, que, instruida del mismo Dios, nos gobierna con la mayor discrecion y prudencia. Una de sus leyes más graves y antiguas, es la del ayuno de la santa cuaresma. Recibamos, pues, y observemos con ciega obediencia tan sagrada y venerable ley: *Ne dimittas legem matris tuæ.* Su exacta observancia, tan propia de los verdaderos hijos de la Iglesia, es la que debo promover con todo mi conato como su ministro; pero, asegurado de que la falta de tan justa observancia en ninguno de vosotros es por desprecio de la santa ley de la Iglesia, sino por la fuerza de la gula, que miserablemente vence á muchos; contra este vicio, tanto más temible, cuanto más lisonjero, se han de dirigir hoy mis declamaciones; y para excitar en vuestros pechos el horror y abominacion que se merece, os haré ver, que *el vicio de la gula, de que suele hacerse tan poco caso, es uno de los más perniciosos al hombre y de los más indignos de un cristiano.* Saludemos ántes á la Vírgen santísima: A. M.

1. Si os digo, amados oyentes, que la gula es el enemigo irreconciliable del ayuno; que se le opone con los mayores esfuerzos para exterminarlo, si pudiera, del mundo; nada diré que no lo sepa el más rudo, y no lo califique la experiencia. Pero, si, digo, que es uno de los más formidables enemigos, y acaso el más formidable del linaje humano, con gran dificultad podré lograr vuestro comun asenso. Con todo, ello es así: no hay fiera tan cruel, no hay contagio tan maligno, que haga tantos estragos en los hombres, como la gula desenfrenada. Ella es la que causa insufribles dolores, gravísimas enfermedades, frecuentes muertes, muchas de ellas repentinas ó desgraciadas; ella la que empobrece ricas familias, la que arruina casas ilustres, la que hace abandonar el pudor y la honra, para satisfacer su insaciable deseo. ¿Cuántos, por este motivo, enagenaron sus patrimonios? ¿Cuántos, á imitacion de Adan, se tragaron la muerte con un bocado? ¿á cuántos fueron los banquetes, poco ménos funestos, que al infeliz rey Baltasar, el cual (Dan. v) perdió en la mesa la vida y la sucesion de su familia en el trono de Babilonia? Aquel rico, que, segun refiere san Lúcas (Luc. xii. 19), se decia á sí mismo, come, bebe, regálate cuanto puedas; murió en la misma noche; y ¿quién sabe, si los mismos excesos de la gula, á que se abandonó, fueron los verdugos que tan prontamente le quitaron la vida?

A la gula podemos llamar la madre fecunda de vicios y el fomento de las pasiones: aviva el fuego de la deshonestidad, suministrando pábulo á su torpe llama; enciende ó aumenta la sed insaciable de la codicia, precisando á buscar por todos medios lo que se necesita para complacer á su apetito; cierra las entrañas á los afectos de misericordia, porque mal podrá socorrer á los pobres el que nunca tiene bastante para su regalo; causa una vil desidia; embota el juicio y el discurso; quita el gusto de los bienes eternos y la contemplacion de las verdades más importantes, teniendo el alma sumerjida en los deleites carnales; y, por decirlo en una palabra, suelta las riendas á la disolucion y al libertinaje. ¿Dónde se oyen más las detracciones, las sátiras, las palabras indecentes; dónde se frecuentan con más desahogo las diversiones escandalosas, que en los banquetes? Hasta las injusticias y robos son efectos muy ordinarios de la gula, porque para satisfacer á esta voraz pasion, cuando no bastan los propios caudales, es preciso echar mano de los ajenos. ¿Cuántos, efectivamente, se regalan con lo que usurparon á otros? ¿cuántos, por no cercenar su mesa, niegan el justo estipendio de sus trabajos al pobre labrador, al artesano y al jornalero? Ah! fieles carísimos: no tendríamos el dolor de ver tantos pobres, ni tanta miseria, que justamente nos penetra el corazon, si los banquetes fuesen más raros ó más moderados; si no se gastase para pocos en una hora, lo que pudiera mantener á muchos gran parte del año.

Esos banquetes tan frecuentes y profusos; esas mesas espléndidas, donde se alimenta con el apetito la vanidad, son lazo fatal de las conciencias y público escándalo de los pueblos. ¿Qué lazo más fatal para las propias conciencias, que éste, fomentado por las más viles pasiones, y que produce ó aviva casi todos los vicios? ¿Qué mayor escándalo para los pueblos, que ver cuán vanamente se gasta y se derrama en los banquetes, aún en tiempos muy calamitosos, lo que bastaria para socorrer las necesidades de innumerables míseros, que lloran sin consuelo, por no poder tal vez lograr con todo el esfuerzo de sus clamores, ni aún el sustento preciso para su vida? ¿Qué indignacion, qué sentidas quejas, qué imprecaciones no saldrán de los afligidos pechos de tantos infelices en tales circunstancias? Y siendo cierto por el infalible testimonio de los divinos oráculos, que oye Dios las voces y lamentos de los pobres, como puestos especialmente bajo su amparo; ¿qué terribles rayos de la divina justicia no harán caer sus

altos gritos, sobre las cabezas de los que dieron motivo á ellos con sus locas profusiones?

¡Tantos y tan graves son los males que causa con sus excesos la gula! Y con todo, ¿habrá cristianos, que se abandonen á esos excesos; que se dejen dominar de ese brutal apetito? Por afrenta de la naturaleza humana, hubo en la ciega gentilidad hombres tan carnales, que tomaron por empresa de su vida este vergonzoso lema: come, bebe, diviértete, porque, despues de la muerte, no hay más gusto. Aquellos infelices, y los que á título de filósofos han querido seguirles en nuestro siglo, con su mismo error, daban alguna disculpa de su brutalidad. No reconocian más vida que la presente; por esto se procuraban en ella todos los placeres: pensaban, que con la muerte habian de perecer del todo como los brutos; y con este vil pensamiento, querian pasar como los mismos brutos toda su vida, buscando únicamente los gustos del apetito. Pero el cristiano, que, despues de esta vida mortal, espera la eterna; que cree firmemente la inmortalidad de su alma, y que algun dia se ha de reunir con el propio cuerpo, para gozar en el cielo eterna gloria, ó padecer eternos tormentos en el infierno; el cristiano, á quien consta por la infalible doctrina del santo Evangelio, que el único camino de su verdadera dicha es el de la mortificacion, y el de la infelicidad eterna el de los gustos carnales; el cristiano, digo, con el cierto conocimiento de estas verdades, ¿ha de imitar la vida sensual de aquellos, no sé si diga hombres ó brutos, que tomaron la brutal resolucion de pasarla solo en comer, beber y divertirse? ¿Qué cosa más digna, ó de lástima ó de admiracion?

Aumenta el motivo de asombro la satisfaccion con que viven algunos de éstos, como si su vida fuera inocente, fundados en aquel decantado aforismo: *Comamos bien, y seamos santos.* Mas ¿qué entenderán por *comer bien?* Segun las reglas de la moral cristiana, *comer bien*, es comer lo preciso, es tomar el alimento como medicina, esto es, ni más ni ménos de lo que se necesita para conservar la salud y la vida; un una palabra, es comer por pura necesidad, no por deleite. Si esto se entiende por comer bien, desde luego digo, que los que así comen, pueden ser santos. Pero si entienden por *comer bien*, saciar su apetito, serán santos como los infelices israelitas en el desierto, que con las ansias de saciar su voraz apetito (Num. xi, Psalm. 77), provocaron contra sí la divina ira, y merecieron horribles castigos. Si entienden por *comer bien*, regalarse como aquel gloton del Evangelio, que cada dia ponia una mesa espléndida, serán tan santos como él, que, luego de muerto, fué sepultado en el infierno (Luc. xvi, 22). ¿Qué santos comieron con abundancia ó con

regalo? Una abstinencia rigidísima, unos ayunos largos y frecuentes, es lo que leemos de los santos; pero mucha comida y mucho regalo, de ninguno. ¿Qué digo de los santos? Preguntad á todos los escritores antiguos de la Iglesia; ¿cuáles eran las mesas de los cristianos en aquellos felices tiempos, en que la doctrina del santo Evangelio estaba profundamente grabada en sus pechos? Os dirán, que sus mesas eran como las del santo Job, donde resplandecia siempre, no el lujo, como ahora, sino la caridad, partiendo el rico su pan con el pobre, y manteniéndose éste de lo que aquél negaba á su apetito: os dirán, que presidia en aquellas mesas la templanza, siempre acompañada de la circunspeccion y modestia; que aquélla señalaba lo que se debia comer; y esto, con tal parsimonia, que su comida, con ser ordinariamente muy tarde, nunca les impedia las vigilias y devotas oraciones en que pasaban gran parte de la noche: finalmente, os dirán, que para comer cristianamente, se preparaban con la oracion, meditacion ó sagrada lectura, disponiendo así el ánimo para reprimir su apetito. Tales eran las mesas, tales los banquetes de los antiguos cristianos; y si alguno se desviaba de este arreglado método, léjos de tenerle por santo, no le juzgaban digno del nombre cristiano. Y ¿querrán ahora ser santos con un método directamente opuesto, con un continuado regalo, con magnífico aparato y vanísimo lujo en los banquetes, con unas mesas tan escandalosas como profusas, donde nada se vé ménos que la caridad, la templanza, la moderacion, la cristiana modestia? ¡Oh tiempos infelices! ¡oh costumbres! y ¡á cuánto extremo llegó vuestra relajacion!

Hasta aquí solo he ponderado los daños de la gula con los excesos de la comida. Y ¿quién será capaz de ponderar sus estragos con los del vino? La gula es un apetito desordenado de comer y beber: con este duplicado desórden, se me figura como una serpiente de dos cabezas y dos bocas, que si con la una daña, mucho más inficiona con la otra. El veneno mortal de esta serpiente es el vino, tanto más temible, cuanto suele ser más agradable. ¿Qué daños, qué graves males, qué funestos efectos no causa en sus apasionados? Con decir, que uno de sus efectos es la embriaguez, está dicho cuanto se puede ponderar de funesto y horrendo; porque ¿qué otra cosa es la embriaguez, sino una fuente perenne de torpezas, una madre fecunda de maldades, el enemigo capital de las virtudes, el oprobio del género humano, el colmo de sus miserias?

Por última ponderacion de la miseria humana, dijo el real Profeta (Psalm. xlviii, 12), que, olvidado el hombre de su alta dignidad, se abatió tanto, que se hizo semejante á los brutos. Y ¿cuándo más pun-

tualmente se verifica este vil abatimiento que en la embriaguez? ¿cuándo más, pues entónces vemos al hombre del todo semejante al bruto más estólido? Eclipsada la luz de la razon, absortos los sentidos, entorpecida la lengua, y todas las potencias casi sin uso como muertas, ¿quién dirá, que dentro de aquel cuerpo hay un alma racional? ¿quién dirá, que conserva la preciosa imágen de Dios el que, á la vista, solo presenta un vivo retrato del irracional más torpe y despreciable? ¿Tan poco estimas, hombre ingrato, el carácter nobilísimo de tu naturaleza, que más te ilustra, que te hace superior á los demás vivientes y semejante á los ángeles? ¿Y tendrás aún valor de blasonar de sábio, de noble, de tus circunstancias, como sueles exagerar, distinguidas, cuando te hiciste la irrision del pueblo, el juguete de los niños, la abominacion de los juiciosos, el escándalo general de todos? David, para ser desconocido en la corte del rey Áquis (I Reg. xxiv, 13), no halló mejor medio, que dejarse llevar en manos de otros, arrojar espuma por la boca, tocar las puertas de las casas, y hacer otros ademanes de insensato. Logró, en efecto, su intento: le desconocieron todos, porque, ¿quién pudiera pensar, que un hombre de unas acciones tan descompasadas, tan ridículas, tan viles, fuese David, el sábio, el generoso, el valiente? Desengáñate, hombre, si acaso te hallas en mi auditorio; por más noble que sea tu cuna, por más brillante que sea tu carrera, por más grande que sea tu ingenio y tu erudicion, todo se desconoce, todo se borra, todo se pierde miserablemente con este torpísimo vicio. Dominado del vino, ya en tí nada más aparece que un funesto espectáculo, solo digno del desprecio y abominacion; una triste imágen de la más lastimosa miseria. Esto es lo que ofreces á la vista; pero si los ojos pudieran penetrar tu interior, ¡ah, cuánto es de temer que verian dentro de tí un cenagal de torpezas, una sentina de los vicios los más feos y horrendos! Quien así tan voluntariamente se trasforma en bruto, ¿qué sentimientos, qué inclinaciones, qué afectos puede alimentar en su pecho, sino brutales?

Infeliz mil veces el que se deja dominar de este vicio, porque tiene ya el paso franco y abierta la puerta para todos los vicios y maldades, por más enormes que sean. Lo peor es, que suele tenerla cerrada para el verdadero arrepentimiento, porque, ¿quién es el que se arrepiente de veras, el que sale jamás de esta profunda miseria? Moisés llamó al vino (Deut. xxxii, 33) *hiel de dragones y veneno de áspides incurable*. El vino es realmente un veneno para las almas, y su exceso un veneno incurable, porque si de otros géneros de veneno sanan muchas veces los hombres, de éste, rara ó ninguna vez.

Infeliz, pues, vuelvo á decir, el que se deja inficionar de este veneno; ya trae consigo el instrumento y el principio fatal de la más horrible muerte; ya su desgraciada alma se debe reputar por muerta y sepultada; porque, aquel fétido abominable cuerpo, no tanto es órgano vital del alma, como su hediondo sepulcro.

2. Visteis, amados oyentes, los horribles efectos de la gula; por donde fácilmente podeis conocer, cuan terrible sea este enemigo, que tan poco temor suele causarnos. Pues abramos los ojos y armémonos con el mayor esfuerzo, para pelear constantes contra un enemigo tan cruel y pernicioso. La vida del hombre, dijo el santo Job (Job. vii. 1), es una contínua guerra: tenemos que luchar siempre, miéntras dura nuestra vida mortal, con muchos y fuertes enemigos de nuestra alma, que por todas partes la rodean para perderla; pero, si no sujetamos al enemigo doméstico, si no reprimimos nuestro apetito con el rigor del ayuno y mortificacion, en vano pretenderemos, no digo vencer, mas ni aún combatir los enemigos externos. ¿Qué general acomete los enemigos de fuera, sin sujetar, primero, á los que se levantan dentro de la ciudad, ó de su propio ejército? Sigamos el ejemplo de Cristo señor nuestro, que para entrar en batalla con el demonio, se previno con el rigurosísimo ayuno de cuarenta dias; no porque necesitase de aquella prevencion el que podia vencer con su poderosa voz á todo el infierno junto, sino para nuestra instruccion. Hizo el Salvador lo que debemos hacer nosotros: quiso enseñarnos, no solo con su doctrina, sino tambien con sus obras, como debemos entrar en batalla contra el demonio y el mundo: quiso mostrarnos, que para entrar confiados en esta peligrosa batalla, hemos de luchar, primero, contra nuestro apetito, reprimiéndolo y sujetándolo con el rigor de la abstinencia.

Esta sagrada doctrina siguieron inviolablemente, todos los que de veras emprendieron el camino de la virtud. Pelearon con varonil esfuerzo contra los enemigos del alma; les declararon guerra perpétua; pero ¿por dónde empezaron? ¿cuáles fueron sus primeros y más fuertes combates? Contra el apetito de la gula, reprimiéndolo con la severa mortificacion de frecuentes y rigurosos ayunos. Hablen aquellos verdaderos héroes de la Religion cristiana, que, retirados en la soledad, hicieron de las oscuras cuevas ilustres palestras de su heróico valor: hablen aquellos dignos monges, ermitaños y penitentes, que tan gloriosamente triunfaron del mundo, demonio y carne: hablen todos los que abrazaron de veras la cristiana virtud, que la defendieron en esta vida con invencible fortaleza, y merecieron coronarla con el premio celestial: hablen todos éstos, y digan,

¿por dónde principiaron sus fuertes combates? Os responderán todos: por la mortificacion de la carne, con largos, frecuentes rigidísimos ayunos; porque sabian bien, que, sin reprimir con ellos el apetito, serían vanos todos sus esfuerzos contra los demás enemigos, á quienes el mismo apetito, si lo dejaban desenfrenado, daria las armas para triunfar con facilidad. Pero hable por todos el apóstol san Pablo: nadie ponderó, ni más á menudo, ni con más vehemencia, la guerra que los cristianos han de sufrir en esta vida de los enemigos del alma; nadie tampoco peleó en ella, ni con más valor, ni con más gloria. ¿Y por dónde empezó sus combates? ¿cuáles fueron los primeros pasos que dió aquel invicto campeon de la cristiana milicia? Combatir la gula con la más rígida abstinencia. Luego de convertido y consagrado al servicio de Jesucristo, la primera demostracion que leemos de su vida (Act. ix. 9), fué un ayuno de tres dias continuos, tan riguroso, que absolutamente se abstuvo en todos ellos de comer y beber. Ilustrado ya entónces del cielo, conoció que, sin reprimir el apetito, no podria pelear con el debido esfuerzo contra los demás enemigos, y mucho ménos vencerlos. Con el ayuno, pues, con la mortificacion del apetito debemos prevenirnos todos los cristianos, para entrar confiados en la palestra, para servir constantes y valerosos en la cristiana milicia, para rebatir los insultos de los enemigos de nuestras almas, y no quedar miserablemente vencidos.

Pero no penseis, amados oyentes, que yo quiera en vosotros unos ayunos y una abstinencia tan estrecha, que os priveis enteramente de los alimentos criados para nuestro uso. Este seria un intento tan nécio, como es imposible su ejecucion. Lo que pretendo es, que se tome el alimento por necesidad, no por deleite ó para saciar nuestro apetito. Esto es lo que manda el Señor en el antiguo y nuevo testamento. Como benignísimo padre, nos ha concedido Dios el uso de los alimentos; pero no el deleite; no la inmoderada solicitud con que los deseamos y buscamos, poniendo en ellos casi todo el afecto; no los excesos á que nos abandonamos para saciar el apetito; excesos, que, léjos de subvenir á las necesidades de la vida, la dañan notablemente, y no pocas veces la consumen.

Se lisonjean muchos, de que observan rigurosa templanza, porque, ó por su pobreza, ó por su profesion, ó por otros motivos, dictados acaso por la codicia, se privan de manjares exquisitos y bebidas delicadas, aunque se sacian de otros alimentos groseros y ménos costosos. ¡Vana ilusion! las leyes de la templanza prohiben todo exceso en comer y beber, tanto en la cantidad, como en la calidad. ¿Qué importará negar al apetito manjares preciosos y bebidas regaladas, si se le concede cuanto desea en otros manjares y bebidas, por más desordenado que sea su deseo? En los israelitas (Num. v, 4 et 5), que solo suspiraban por las ollas de Egipto, ¿se condenó por ventura el gusto de exquisitos regalos? El apetito de Esaú (Gen. xxv, 34), que le obligó á vender su mayorazgo, ¿dejó de ser desordenado y digno de reprobacion, porque solo solicitó un potage muy ordinario? A nuestros primeros padres los tentó la serpiente (Gen. iii) con la fruta de un árbol; y á Cristo señor nuestro le tentó el demonio con el pan, que es el alimento más comun. Sean las comidas y bebidas las que fueren, siempre que haya en ellas exceso, serán contrarias á la cristiana templanza, serán sin duda viciosas, reprobadas como tales, y condenadas en el severísimo tribunal de Dios.

No nos alucinemos, oyentes carísimos; la pasion de la gula es la que nos incita ciertamente á tales excesos, y ella es la que hemos de refrenar, si no queremos dejarnos dominar del vicio de la destemplanza, y de otros muchos que le siguen. Peleemos, pues, fuertemente contra esta pasion; procuremos refrenarla con la mortificacion del ayuno y abstinencia. Tengamos presente la gravísima sentencia del apóstol san Pablo: los luchadores, dice (I Cor. ix, 25), guardan inviolable abstinencia, reprimiendo su apetito, solo por la vana honra de una corona de laurel ó de olivo, que se ha de marchitar luego; ¿con cuánta más razon debemos nosotros refrenar nuestro apetito, y observar la posible abstinencia, por una corona inmarcesible, por el premio inmenso de la gloria eterna? Este premio, esta corona ofrece Dios á los que triunfen de los enemigos del alma en esta vida; pero no conseguirán jamás tan glorioso triunfo sin vencer al apetito de la gula, que es el que da más fuerza á los demás enemigos, y debilita más la de nuestros corazones para poder vencerlos. Peleemos, pues, vuelvo á decir, con fortaleza y constancia contra la gula, mortificando el cuerpo con abstinencia y con ayunos, en cuanto lo permita la condicion de nuestra naturaleza. Esto debemos practicar en todos tiempos; pero nunca más que en la santa Cuaresma, instituida para la mortificacion del apetito. Cuando la Iglesia nos intima la observancia de la Cuaresma, es lo mismo que tocar al arma, convocar al pueblo cristiano, para que se prepare, se arme y emprenda con valor la guerra contra sus pasiones, especialmente contra la gula, que es el fomento casi de todas. A este fin, nos propone el ayuno de Cristo señor nuestro, para que con tan sagrado ejemplo á la vista, entremos confiados en la batalla, siguiendo los pasos del Señor, que habiéndonos dado el ejemplo, nos concederá tambien los auxilios de

su gracia, para conseguir en tan dura pelea la victoria, y con ella la preciosísima corona de gloria inmortal y eterna en el cielo.

Así os lo suplicamos, oh Redentor clementísimo, y así lo esperamos de vuestra bondad inefable. Ya qué os dignasteis, no solo de observar para nuestra instruccion el más riguroso ayuno, sino tambien de sentir con el hambre y sed sus penalidades por nuestro amor, excitad en nuestros corazones un vivo deseo de seguir tan sagrado ejemplo, de mortificar nuestros cuerpos con el rigor de la abstinencia, de padecer con vos y por vos en esta vida, para participar de vuestra gloria en la otra. Sea vuestro ayuno el remedio eficaz contra nuestros excesos; vuestra hambre y sed, el freno que reprima nuestro apetito y lo sujete á vuestra santa ley. ¿Quién se dejará llevar de los impulsos de la gula, considerando la abstinencia, el hambre y la sed, que vos quisisteis padecer por nosotros? ¿Quién resistirá á la observancia de las leyes del ayuno, sabiendo que vos, no por la fuerza de la ley, sino para nuestro ejemplo y á puros impulsos de vuestro excesivo amor, os sujetasteis á su rigurosísima observancia? Con todo, ha sido tanta nuestra flaqueza ó nuestra ingratitud, que, despreciando vuestras leyes y las de vuestra santa Iglesia, prefiriendo los gustos momentáneos del cuerpo á las verdaderas delicias del alma, y á las dulzuras eternas con que nos convida nuestra liberalidad inmensa, nos hemos abandonado, ciegos, á los excesos de la gula. Pero profundamente arrepentidos de tan lastimosa ceguedad, acudimos á vuestra clemencia, para el perdon, diciendo con todo el afecto: Señor mio Jesucristo, etc.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

GULA.—Es un vicio que hace encontrar al hombre amargura en todas las cosas espirituales.

Es un vicio que hace al hombre indigno de la intimidad que Dios quiere tener con él.

Es un vicio que, despues de ofender á Dios en un tiempo en que los placeres eran inocentes, atrae toda su indignacion en un tiempo en que los placeres están reprobados.

GULA.—Este pecado nos hace gravosa una carga que Dios nos ha impuesto.

Este pecado nos hace gravosos á nuestro prójimo.

Este pecado nos hace gravosos á nosotros mismos.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Filius noster iste protervus et contumax est, monita nostra audire contemnit, comessationibus vacat, et luxuriæ, atque conviviis: lapidibus eum obruet populus civitatis. Deuter. XXI, 20.

Este hijo nuestro es protervo y rebelde: hace befa de nuestras reprensiones: pasa la vida en merendonas y en disoluciones y convites. Entónces, *dada la sentencia*, morirá apedreado por el pueblo de la ciudad.

Justus comedit, et replet animam suam: venter autem impiorum insaturabilis. Prov. XIII, 25.

Come el justo, y satisface su apetito; pero el vientre de los impíos no se saciará.

Qui diligit epulas, in egestate erit: qui amat vinum, et pinguia, non ditabitur. Idem, XXI, 17.

Quien gusta de dar banquetes, parará en mendigo: no será *jamás* rico el aficionado al vino y á los manjares regalados.

Cui væ? cui rixæ? cui foveæ? cui sine causa vulnera? cui suffusio oculorum? Nonne his, qui commorantur in vino, et student calicibus epotandis? Idem, XXIII, 29 et 30.

¿Para quién son los ayes? ¿contra quién serán las riñas? ¿para quién los precipicios? ¿para quién las heridas sin motivo alguno? ¿quién trae los ojos encendidos? ¿No son estos los dados al vino, y los que hallan sus delicias en apurar copas?

Vinum et mulieres apostatare faciunt sapientes. Eccle. XIX, 2.

El vino y las mujeres hacen apostatar á los sábios.

Vinum in jucunditatem creatum est, et non ab ebrietatem, ab initio. Idem, XXXI, 35.

El vino, desde el principio, fué criado para alegría, no para embriaguez.

Sanitas est animæ et corpori sobrius potus. Idem, XXXI, 37.

El beber con templanza es salud para el alma y para el cuerpo.

Vinum multum potatum, irritationem, et iram, et ruinas multas facit. Idem, XXXI, 38.

El demasiado vino causa contiendas, iras y muchos estragos.

Propter crapulam multi obierunt: qui autem abstinens est, adjiciet vitam. Idem, XXXVII, 34.

De un hartazgo han muerto muchos; mas el hombre sóbrio alargará la vida.

Vœ qui consurgitis mane ad ebrietatem sectandam, et potandum usque ad vesperam. Isai. v, 11.

¡Ay de vosotros los que os levanteis de mañana á emborracharos, y á beber *con exceso* hasta la noche!

Attendite autem vobis, ne fortè graventur corda vestra in crapula, et ebrietate. Luc. xxi, 34.

Velad pues sobre vosotros mismos, no suceda que se ofusquen vuestros corazones *ó entendimiento* con la glotonería y embriaguez.

Operamini non cibum qui perit, sed qui permanet in vitam æternam. Joann. vi, 27.

Trabajad para tener no *tanto* el manjar que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna.

Sicut in die honestè ambulemus: non in comessationibus et ebrietatibus. Rom. xiii, 13.

Andemos con decencia *y honestidad*, como se suele andar durante el dia; no en comilonas y borracheras.

Christo Domino nostro non serviunt, sed suo ventri. Idem, xvi, 18.

No sirven (los golosos) á Cristo Señor nuestro, sino á su propia sensualidad.

Ebrietates, comessationes et his similia: quæ prædico vobis, sicut prædixi, quoniam qui talia agunt, regnum Dei non consequentur. Galat. v, 21.

Embriagueces, glotonerías y cosas semejantes; sobre las cuales os prevengo, como ya tengo dicho, que los que tales cosas hacen, no alcanzarán el reino de Dios.

Nolite inebriari vino, in quo est luxuria. Ephes. v, 18.

No os entregueis con exceso al vino, fomento de la lujuria.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE EL MISMO ASUNTO.

La gula causó la ruina de Sodoma y demás ciudades, como nos lo dice claramente el Señor por el profeta Ezequiel: «Hé aquí cual fué la maldad de Sodoma... la soberbia, la destemplanza *ó gula*, y la abundancia *ó lujo*, y la ociosidad de sus habitantes.» (Ezech. xvi, 49).

Véase tambien lo que costó á Esaú un acto de gula. Por un plato de legumbres vendió su primogenitura, que entónces, no solo llevaba consigo el mayorazgo de los bienes, sino tambien el gobierno de toda la descendencia y la alta dignidad de sacerdote (Genes. xx), Por esto dijo S. Basilio: *Quid Esau inquinavit? Nonne esca una?* (Hom. 1 de jejun.)

Cuando el pueblo de Israel, cansado del maná, se sublevó contra

Moisés, pidiendo carnes como las que comia en Egipto, las obtuvo en abundancia; pero ¿qué sucedió? Oigamos lo que dice el sagrado texto: «Todavía tenian las carnes en la boca, y no se habia acabado aún la vianda, cuando de repente, irritado el furor del Señor contra el pueblo, le castigó con una plaga terrible. Por cuyo motivo se llamó aquel lugar Sepulcro de concupiscencia, porque allí quedó sepultada la gente que tuvo aquel antojo.» (Numer. xi, 33, 34).

Holofernes fué decapitado (Judith. xiii), Baltasar asesinado en su misma mesa, en medio de la destemplanza de los manjares y bebidas (Daniel v); y muchos otros pasaron del lecho de su embriaguez á la region espantosa de las tinieblas eternas. Véase, entre otros, al rico Epulon del Evangelio. (Luc. xvi, 19.)

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Quid infelicius ebrietate dominari, ventri ultra capacitatem infundere, sensui rationem adimere, non loqui, non meminisse, non stare, et mortem quamdam naturæ incolumi imperare? S. Hilar. in Psalm. 125.

¿Qué hay más feo, que el dejarse dominar de la embriaguez, hartarse, quitar al entendimiento su razon, no poder hablar, ni estar de pié, sometiendo la naturaleza sana á una muerte degradante?

Malæ dominæ servitur gulæ, quæ semper expetit, numquam expletur. S. Ambros. Serm. de jejun.

A mala señora sirve quien se sujeta á la gula, porque siempre pide y nunca dice basta.

Plurimos gula occidit, nullum frugalitas; innumeris vina nocuerunt, nulli parcimonia; plerique inter epulas fudere animas, et mensas proprio repleverunt sanguine. S. Ambros. lib. 6 de Cain et Abel.

Muchos perecieron por la glotonería, pero nadie por la frugalidad: á innumerables ha dañado el vino, pero á ninguno la parsimonia: muchos perdieron sus vidas en un banquete, corriendo su sangre sobre la misma mesa.

Semper saturitati juncta est lascivia. S. Hieron. in serm.

La lascivia siempre va unida á la destemplanza.

Et ex vilissimis vitanda est satietas, nihil enim ita obruit animam, ut plenus venter. Idem, ibid.

Debemos huir de hartarnos, aún de manjares frugales, porque nada ofusca más al alma, que el estómago lleno.

Temperantia est animæ affectio, coercens et cohibens appetitum ab iis quæ turpiter appetuntur. S. August. lib. 1 de liber Arbitr.

La templanza es un sentimiento del alma, que sujeta y refrena los apetitos ilícitos.

Nihil est gula perniciosius, nihil ignominiosius: hæc obtussum et crassum ingenium, hæc carnalem animum reddit, hæc cæcat intellectum, nec sinit ut quicquam perspiciat. Idem, Hom. 44 in Joann.

No hay cosa más perniciosa ni ignominiosa que el vicio de la gula: porque entorpece el ingenio y vuelve al alma carnal, ciega el entendimiento, sin permitirle ver los objetos con claridad.

Ebriosus confundit naturam, amittit gratiam, perdit gloriam, invenit damnationem æternam. Idem, ad Sacras Virgin.

El ébrio degrada su naturaleza, se priva de la gracia, pierde la gloria y encuentra la condenacion eterna.

Fieri potest, ut sapiens pretiosissimo utatur cibo sine vitio voluptatis, insipiens autem fœdissima gulæ flamma in vilissimum exardescat. Idem, lib. 3 de Doctr. Christ.

Es muy posible, que el hombre prudente tome un manjar muy delicado sin pecar de góloso, y que un nécio se entregue á un exceso de gula con manjares groseros.

Véase: TEMPLANZA;—EMBRIAGUEZ.

HÁBITO MALO.

I.

Miserere mei, Domine, fili David: filia mea malé á dæmonio vexatur.

Señor, hijo de David, ten lástima de mí: mi hija es cruelmente atormentada del demonio.

(MATTH. XV, 22.)

En estos términos, hermanos mios, una mujer Cananea pedia á Jesucristo la curacion de su hija, poseida del demonio; siendo tan viva la fé y tan constante la confianza de que acompañaba su súplica, que obtuvo lo que deseaba; y su hija, libre del demonio obsesor, fué devuelta á su cariño. Deplorable era sin duda aquel estado; pero más lo es todavía el de aquel hombre, en quien el demonio tomó asiento por la culpa, y más aún, cuando reina en él despóticamente por un pecado habitual. Cuando se empieza á delinquir, el demonio hace su entrada en el alma y es fácil desalojarle; pero cuando se tiene la habitud del mal, y el vicio está arraigado por efecto de la reiteracion del pecado, el demonio permanece en esa alma con tal insistencia, y la sujeta con tan fuertes vínculos, que es muy difícil sacudir su yugo, y es casi necesario un milagro de la gracia, para librar al infeliz de la vil servidumbre en que yace. ¡Ah! entónces es cuando el pecador debe recurrir á Jesucristo, y pedirle con ahinco que le liberte: Señor, diga, elevando la voz como la Cananea del Evangelio, esta alma, hija vuestra, que habeis criado á vuestra imágen y semejanza, á la que disteis nueva vida, muriendo por ella en la cruz, se ha hecho mansion del demonio, esclava de una mala costumbre, que le causa heridas mortales: *male a dæmonio vexatur*; compadeceos pues de su miseria, romped sus ataduras, y lanzad al demonio, que se ha enseñoreado de ella. Hé ahí, pecadores, lo que debeis hacer para dejar vuestras malas costumbres; y los que todavía no las hubiereis contraido, temed sus funestos resultados; y unos y otros aprended hoy, la conducta, que os cumple observar, ya para corregiros, ya para preservaros.

Temperantia est animæ affectio, coercens et cohibens appetitum ab iis quæ turpiter appetuntur. S. August. lib. 1 de liber Arbitr.

La templanza es un sentimiento del alma, que sujeta y refrena los apetitos ilícitos.

Nihil est gula perniciosius, nihil ignominiosius: hæc obtussum et crassum ingenium, hæc carnalem animum reddit, hæc cæcat intellectum, nec sinit ut quicquam perspiciat. Idem, Hom. 44 in Joann.

No hay cosa más perniciosa ni ignominiosa que el vicio de la gula: porque entorpece el ingenio y vuelve al alma carnal, ciega el entendimiento, sin permitirle ver los objetos con claridad.

Ebriosus confundit naturam, amittit gratiam, perdit gloriam, invenit damnationem æternam. Idem, ad Sacras Virgin.

El ébrio degrada su naturaleza, se priva de la gracia, pierde la gloria y encuentra la condenacion eterna.

Fieri potest, ut sapiens pretiosissimo utatur cibo sine vitio voluptatis, insipiens autem fœdissima gulæ flamma in vilissimum exardescat. Idem, lib. 3 de Doctr. Christ.

Es muy posible, que el hombre prudente tome un manjar muy delicado sin pecar de góloso, y que un nécio se entregue á un exceso de gula con manjares groseros.

Véase: TEMPLANZA;—EMBRIAGUEZ.

HÁBITO MALO.

I.

Miserere mei, Domine, fili David: filia mea malé á dæmonio vexatur.

Señor, hijo de David, ten lástima de mí: mi hija es cruelmente atormentada del demonio.

(MATTH. XV, 22.)

En estos términos, hermanos mios, una mujer Cananea pedia á Jesucristo la curacion de su hija, poseida del demonio; siendo tan viva la fé y tan constante la confianza de que acompañaba su súplica, que obtuvo lo que deseaba; y su hija, libre del demonio obsesor, fué devuelta á su cariño. Deplorable era sin duda aquel estado; pero más lo es todavía el de aquel hombre, en quien el demonio tomó asiento por la culpa, y más aún, cuando reina en él despóticamente por un pecado habitual. Cuando se empieza á delinquir, el demonio hace su entrada en el alma y es fácil desalojarle; pero cuando se tiene la habitud del mal, y el vicio está arraigado por efecto de la reiteracion del pecado, el demonio permanece en esa alma con tal insistencia, y la sujeta con tan fuertes vínculos, que es muy difícil sacudir su yugo, y es casi necesario un milagro de la gracia, para librar al infeliz de la vil servidumbre en que yace. ¡Ah! entónces es cuando el pecador debe recurrir á Jesucristo, y pedirle con ahinco que le liberte: Señor, diga, elevando la voz como la Cananea del Evangelio, esta alma, hija vuestra, que habeis criado á vuestra imágen y semejanza, á la que disteis nueva vida, muriendo por ella en la cruz, se ha hecho mansion del demonio, esclava de una mala costumbre, que le causa heridas mortales: *male a dæmonio vexatur*; compadeceos pues de su miseria, romped sus ataduras, y lanzad al demonio, que se ha enseñoreado de ella. Hé ahí, pecadores, lo que debeis hacer para dejar vuestras malas costumbres; y los que todavía no las hubiereis contraido, temed sus funestos resultados; y unos y otros aprended hoy, la conducta, que os cumple observar, ya para corregiros, ya para preservaros.

Si deseais no contraer nunca malas costumbres, conoced sus efectos perniciosos: punto primero.

Si deseais sinceramente corregiros de todo vicioso hábito, aplicaos á conocer los medios á ello más conducentes: punto segundo. A. M.

1. La costumbre del pecado es una facilidad que se tiene en cometerlo, y que se contrae con la reiteracion de él. Puede tambien contraerse por un solo pecado nacido de una pasion vehemente, que deje en el espíritu fuertes impresiones del mal. No es, pues, siempre necesario, para juzgar si está formada la costumbre, que medie la reiteracion de actos, y es más fácil conocerla por la aficion que se tiene á ciertos pecados, cuando hay ocasion de cometerlos. Así diremos, que un impúdico, un incontinente, que se abandonase á su apetito en ocasiones las ménos adecuadas, son pecadores de costumbre, porque, no es por falta de inclinacion, sino de oportunidad, que no pecan con más frecuencia. Sea, empero, cual fuere la costumbre, sea cual fuere la manera de contraerla, siempre es perniciosísima en sus efectos, pues hace al pecador más criminal, su conversion más difícil, y más segura su muerte en el pecado.

Cuanto más determinada es la voluntad hácia el mal, y más repetidas sus faltas, más criminosa es á los ojos de Dios. Siendo, pues, la costumbre, el efecto de una voluntad tenazmente adherida al mal, y un gérmen fecundo de pecados, preciso es convenir, que ella hace más criminoso al pecador. La ignorancia, la fragilidad, la sorpresa, una tentacion violenta, una ocasion imprevista, todo eso, atenúa la enormidad del pecado, porque supone ménos deliberacion en el pecador; pero nada puede excusar al que peca por hábito, pues lo hace con conocimiento de causa; y léjos de resistir á la tentacion, se entrega de buen grado á su enemigo; léjos de evitar las ocasiones, las busca de intento, se gloría y honra con ello, y peca con desprecio de la ley de Dios, lo que es el colmo de la malicia. Llega á delinquir, sin apenas resistirlo; porque la costumbre, una vez formada, viene á ser causa de infinitos pecados, ya de una misma especie, ya de especies diferentes; y ¿cuál es el que no comete un consuetudinario? El hábito es un tallo venenoso, de donde brotan mil funestas ramas: un pecado atrae á otro: hacínanse, acumúlanse pecados sobre pecados, deseos sobre deseos, acciones sobre acciones; de este modo la pasion se fortifica, y la pasion fortificada, domina á la razon y la conduce á donde quiere; trágase la iniquidad como un sorbo de agua, sin casi pararse en ello, de suerte, que el pecador, viene á quedar atado y como envuelto en las cadenas del pecado, para dar tantas caidas

como pasos. ¡Oh! ¡quién es capaz de considerar los excesos á que una mala costumbre conduce al pecador!

La costumbre es tambien causa de muchos pecados de diferentes especies. El hombre, dominado por una pasion, pone en juego todas las demás para satisfacer aquélla; así, por ejemplo, un rencoroso se vale de la maledicencia, de la calumnia, de la tropelía y del atentado, para llenar sus perversas miras. ¿Cuántos desórdenes no engendran la impureza y la intemperancia, y cuántas otras pasiones no excitan para llegar al logro de su objeto? ¿No es tambien la costumbre causa de los sacrilegios, de que se hacen reos muchos pecadores? sino, ¿cómo es, que á pesar de repetidas confesiones y comuniones, es tan poco el cambio que se observa entre gran parte de los que se llegan á recibir los sacramentos? ¿No es prueba de que van sin las necesarias disposiciones, recibiendo aquéllos sin dolor de lo pasado, y sin buenos propósitos para lo venidero, por manera, que el uso de las cosas santas, en vez de santificarles, los hace más reos? Hé ahí, hermanos mios, cual es el desórden y el resultado de la costumbre; hé ahí de donde procede, que la vida de gran número de pecadores sea un puro tejido de sacrilegios; y hé ahí, tal vez, el triste estado de los que me escuchan. No conviene forjaros ilusiones: si quereis recibir dignamente los sacramentos, es preciso que renuncieis del todo á vuestras malas costumbres, de otra suerte los profanareis, y lo que deberia conducir á santificaros, conducirá solo á condenaros más. Ea, abrid los ojos, y remediad tan grave daño, mediante una buena confesion que enmiende todo lo pasado, y que os libre para siempre del peso de vuestras malas costumbres; y esto debeis hacerlo con tanta mayor razon, cuanto, si tardais más, más difícil será corregiros.

No os daré otra prueba, hermanos mios, que el testimonio de un pecador consuetudinario, para haceros ver todo lo difícil de su conversion: él mismo se lamenta cada dia de tamaña dificultad: bien quisiera, dice el blasfemo, corregirme de esos juramentos, que ofenden á Dios y escandalizan á mi prójimo; pero, no puedo remediarlo: bien quisiera, exclama el impúdico, romper esas relaciones criminales, que me ligan á otra persona; pero, la pasion se ha enseñoreado tanto de mí, que no acierto á abandonarla. No nos extrañe esta dificultad, carísimos oyentes: la costumbre del pecado es como todas las otras; la costumbre viene á ser una segunda naturaleza, y lo que se hace por hábito, se hace con gusto y por una especie de necesidad.

¡Oh hermanos mios! si tan árduo es vencer las malas inclinaciones de la naturaleza, cuando no hay formada costumbre, dificultad

que han sentido hasta los grandes santos; ¿qué será, cuando el hábito reuna sus esfuerzos á los de la naturaleza, y se acostumbre hacer lo que se deseaba por inclinacion? Hé aquí por qué son tan pocos los pecadores que se convierten: ensayad dispertarles de su letargo, haciendo retumbar el trueno sobre su cabeza, anunciándoles el terror de los juicios de Dios; se aturdirán bajo tales amenazas; cual otro Jonás, quedarán sumidos en profundo sueño, en medio de la tempestad que zumba; y si se conmueven, será solo por un momento, semejantes, en decir de S. Agustin, á un hombre que dispierta y vuelve luego á entregarse al sueño. No ménos inútilmente procurareis atraérosles con el halago de las recompensas que el Señor promete á la virtud, porque son insensibles á toda promesa. Si les exhortais á frecuentar los sacramentos, huirán de ellos; y caso que se acerquen á las fuentes de gracia, sus malas disposiciones atajarán todo el efecto de las mismas. No apeleis á amonestaciones, á reflexiones de personas amigas, que les afeen sus desórdenes y traten de cogerles por la honrilla; nada querrán oir, su pasion sobrepujará á todo, porque su costumbre es como un torrente, que arrebata cuanto se le opone.

Hé aquí lo que Jesucristo nos quiso representar en la resurreccion de Lázaro: cuatro dias hacia, estaba sepultado, ligado de piés y manos, cubierto por una gran losa, que cerraba el sepulcro, y su cuerpo empezaba á corromperse, despidiendo una hediondez insoportable. Tal es el estado del pecador de costumbre: hállase muerto y enterrado en el sepulcro del pecado, unido á mil objetos con vínculos criminales, abrumado bajo el peso de sus ruines inclinaciones: tiene ojos y no ve, pierde de vista á Dios, la salvacion y la eternidad; tiene orejas y no oye; tiene gusto solo para lo que le place, mas no para lo que le puede trocar: en vano llamará á la puerta de su corazon, para excitarle y atraérsele una gracia poderosa; el peso de su costumbre le detiene é impide elevarse á Dios. Verdaderamente, para salir de tan aflictivo estado, se necesita un milagro tan grande, como el que Jesucristo hizo para resucitar á Lázaro. Nuestro buen Salvador, que con una sola palabra habia vuelto la vida á muchos muertos, podia hacer lo mismo con éste; pero aquí emplea más rodeos; túrbase, se conmueve, llora y dá una gran voz. ¿Para qué esto? para enseñarnos cuán difícil es, sacar del sepulcro del pecado á un delincuente habitual, cuyas disposiciones para volver á la vida son quizá peores que las de Lázaro. Este no opuso resistencia al llamamiento de Jesucristo, y empezó por salir del sepulcro; pero el pecador, de quien hablo, y que debe hacer esfuerzos para resucitar, en su misma resistencia opone obstáculo á su resurreccion, haciéndose,

no solo indigno de un milagro de la gracia, sino, hasta de las gracias comunes que el Señor concede á los hombres, y su estado viene á conducirle á las puertas de la muerte eterna.

Hé ahí, oh pecadores, el tercero y el más triste efecto de vuestra costumbre: ella hace más segura vuestra muerte en el pecado; y lo hace por dos razones, de que deseo os penetreis bien, porque han de ejercer en vosotros una impresion saludable. 1.ª La costumbre viciosa os expone á que la muerte sobrevenga en estado de culpa. 2.ª Aunque no sobrevenga la muerte y tengais tiempo de reconciliaros, no os convertireis y morireis en vuestro pecado. Casos vemos de muertes subitáneas, ya causadas por un accidente fortuito, ya por una enfermedad oculta, que no puede remediarse; pero la muerte, aunque subitánea, no siempre es imprevista: un hombre puede morir repentinamente, hallándose en aquel feliz estado de gracia, que habrá procurado conservar, despues de recobrarlo por medio de la penitencia; y en este caso, la muerte, aunque repentina, no es imprevista. Así, el que peca pocas veces y se enmienda prontamente, perseverando en la gracia, no ha de temer tanto que le sorprenda la muerte en estado de culpa, como el pecador habitual, que casi nunca se halla en gracia de Dios. Tal es, en efecto, oh pecadores, la triste situacion á que vuestra costumbre os reduce, que no acertais á hallar en la vida un solo dia libre de pecado; y si por un llamamiento prodigioso de la gracia, ó por algun extraordinario esfuerzo vuestro, alcanzais á levantaros, ¿cuánto tiempo tardais en recaer? ¡Ah! tal vez el dia de vuestra enmienda lo es de nueva reincidencia! vuestros dias, pues, son una série de crímenes, sin que aparezca casi interrupcion: ahora bien; supuesto que debais morir de muerte repentina, ¿no es verosímil que os sorprenda en pecado, ya que la costumbre os tiene siempre sumidos en él?

Pero demos que no os sorprenda la muerte, y que tengais el tiempo que os parece necesario para convertiros; yo repito, que no os convertireis, ni en edad avanzada, ni en la hora de la muerte. Fácil es de penetrar el motivo, y vosotros mismos os convencereis de ello. Ahora, segun decís, no podeis vencer la mala costumbre, á causa del imperio que ha tomado sobre vosotros; pero ¿rompereis vuestras ataduras cuando se habrán estrechado más? Actualmente no podeis lanzaros de encima el peso que os abruma; y ¿podreis lanzarlo cuando se hubiere hecho más pesado? No creais que la edad provecta ó la caducidad del temperamento enerven la fuerza de la mala costumbre, porque, cuando viejos, sereis los mismos que cuando jóvenes; y en un cuerpo caduco y moribundo sentireis toda la vehemencia de

vuestras pasiones; á la hora de la muerte tendreis las mismas inclinaciones que durante la vida. Tales son, hermanos mios, las funestas consecuencias del hábito vicioso. ¿Quién no ha de temerlas? Si, por fortuna, estais libres de pecado habitual, temed caer en él, y este temor os haga más vigilantes; pero si sois víctimas del mismo, temed no os coja la muerte, y este miedo os induzca á corregiros; mas no permita Dios, que desesperemos de la salvacion de tales pecadores: aunque su conversion es difícil, no es imposible; sin embargo, para lograrlo, es preciso que empleen los medios que voy á señalar.

2. El primer requisito para corregirse de la mala costumbre, es tener una buena voluntad: no hay cosa que no se logre, cuando de veras se quiere, y cuando el éxito depende de nosotros. Dios, cuya misericordia es inagotable, invita á que vuelvan á él, lo mismo á unos pecadores, que á otros: á todos ofrece sus auxilios, no queriendo que sigan esclavizados; por consiguiente, en mano de ellos está eximirse. ¿No se vió, y no se vé todavía, á personas esclavas de las pasiones más violentas, y sujetas á los hábitos más inveterados, sacudir de sí tan ominoso yugo, y trocarse en modelos de conversion para los grandes pecadores? Ningun ejemplo mejor que S. Agustin, verdadero modelo de penitencia; ¿quién más que él, ántes de su conversion, estuvo sujeto al imperio de la costumbre? pero por récias que fuesen sus cadenas, él consiguió romperlas; y por inflexible que fuese la inclinacion que le dominaba, logró triunfar de ella. ¿Por qué, pues, vosotros, pecadores, no triunfareis, como este gran santo, de vuestras malas usanzas? ¿por qué no podreis, como él, romper las cadenas que os tienen aprisionados? Queredlo con la misma eficacia, y, en breve tiempo, lo vereis conseguido. Conviene, empero, atacar el mal en su raiz; y la raiz de la mala costumbre es, ó la ocasion, ó el resultado de perversas inclinaciones. Si es la ocasion, se ha de apartar, de otro modo ella mantendría la costumbre; y si son las perversas inclinaciones, se han de escogitar remedios de eficaz curacion, como la penitencia, la oracion, los sacramentos, y combatir semejantes inclinaciones con la práctica de las virtudes contrarias.

Siempre que para vencer una mala costumbre, se requieran gracias poderosas y vehementes, la oracion os las hará conseguir: Dios no las debe, de consiguiente, es preciso merecerlas, pidiéndolas. La Cananea de nuestro Evangelio nos ofrece una prueba de la virtud de este medio: dirígese á Jesucristo, implorando la curacion de su hija; y aunque desatendida al principio, no cesa de rogar: clama siempre, y su perseverancia le granjea, al cabo, la merced que apetece. Rogando, es como las hermanas de Lázaro alcanzaron la resurreccion de éste. Dirigíos, pues, al Señor con fervidez y confianza, porque solo él os puede curar y resucitar; y él nunca desoye la oracion nacida de un espíritu humillado.

Sin embargo, la oracion, por sí sola, no os curará, ni sacará de los lazos de la muerte, si no añadís otro medio, que es la penitencia. Entre la resurreccion de los muertos y la del pecador, hay una diferencia, y es, que la primera se verifica sin cooperacion; al paso que, en la segunda, Dios exige la cooperacion del pecador. Tambien en las circunstancias de la resurreccion de Lázaro nos lo dá así á comprender Jesucristo: ¿por qué, pensais, que nuestro divino Salvador vertió lágrimas, y se estremeció ántes de obrar el milagro, sino para enseñar al pecador, que ha de llorar y gemir, quebrantando su corazon de dolor por sus pecados? ¿Por qué mandó se quitasen al resucitado las vendas que le envolvian, sino para enseñar al pecador, que ha de romper los vínculos que le enlazan á las criaturas? Observemos, además, que Jesucristo quiso, que los apóstoles quitasen las ataduras de Lázaro, para enseñar á los pecadores á dirigirse á los ministros de la penitencia, que recibieron el poder de desatar en el sacramento á este objeto instituido: *Solvite eum.*

El frecuentar, pues, el sacramento de la penitencia, es un medio excelente para curar la mala costumbre, ya en virtud de las gracias que comunica; ya en virtud de las saludables amonestaciones que un sábio director profiere. Ea, enfermos, venid á bañaros en esta piscina saludable que os hará recobrar la salud. Hé ahí el primer paso que debeis dar hácia Dios.

El medio eficaz para destruir los hábitos viciosos es la práctica de las virtudes contrarias. Considerad, por lo tanto, cuales son las plagas de vuestra alma, cuales vuestras malas inclinaciones, y oponedles, en seguida, las virtudes que las combaten; al orgullo, que os eleva, oponed la humildad, que os abate; á la avaricia, que os hace egoistas, la liberalidad, que se derrama y comunica; á la envidia, que os entristece por el bien del prójimo, la caridad, que os alegra por el mismo; á la ira, que os arrebata, la paciencia, que os contiene; á la destemplanza, que os descompone y embrutece, la sobriedad, el ayuno y la abstinencia, que os mortifican; á la pereza, que os enerva, el fervor, que os anima á llenar todos vuestros deberes de cristiano; pues, si hay hábitos que conducen al mal, hay otros que desvian del bien, naciendo de los primeros los pecados de comision, y de los segundos los de omision. Combátense aquéllos, reprimiéndolos, quitándoles todo incentivo; y éstos, violentándose para obrar y practicar el bien, que Dios exige de nosotros. Si sois negligentes en la oracion, en frecuen-

tar los sacramentos, en asistir á los divinos oficios, y en cumplir las obligaciones de vuestro estado; para vencer esta negligencia, debereis emplear la mayor actividad y puntualidad en cumplir lo que teneis obligacion. Respecto á ciertos hábitos muy difíciles de vencer, como son imprecaciones, iras, y violencias, deberán hacerse grandes esfuerzos; mas todo se logra, cuando hay buena voluntad y deseo de la salvacion.

¿Quereis corregiros de toda mala costumbre, cualquiera que ella sea? Imponeos alguna penitencia cada vez que cayereis en pecado, como dar una limosna á los pobres, practicar algunas mortificaciones, etc., y al conocer que delinquisteis, doleos ante Dios y haced un acto de contricion, emanado de un corazon sinceramente deseoso de convertirse: por la mañana, retractaos de vuestra costumbre, y formad el propósito de pasar el dia sin pecar; el dia siguiente, haced lo mismo, y vendreis á corregiros del todo; por la noche, examinad vuestra conciencia, y si os reconoceis reos de alguna fragilidad, castigaos severamente por las menores faltas. ¿Quisierais, por ventura, en la hora de la muerte, ir cargados con la mala costumbre, que os arrastraria á un abismo, llevándola al juicio de Dios? No espereis la muerte para enmendaros; procurad que medie un intérvalo entre vuestro desarreglo y la hora postrera, á fin de poder decir: desde tal tiempo, desde hace tantos años, me corregí, y empecé á vivir mejor: este será para vosotros un gran consuelo.

Sin embargo, el medio más seguro para evitar las resultas de una mala costumbre, es no contraerla, ahogándola en su gérmen, y reprimiendo sus primeros impulsos. No deis acceso en vuestro corazon al pecado; por el contrario, franqueadlo á la virtud; acostumbraos, desde jóvenes, á la práctica del bien; ejerced con ahinco las virtudes cristianas, y formaos en ellas un santo hábito, lo que lograreis fácilmente con el auxilio de la gracia. A veces, una buena costumbre estriba en un acto heróico que, en determinadas circunstancias, se hace, venciendo una vehemente tentacion. Así, siendo fieles en las cosas pequeñas, se logra llevar á cabo grandes virtudes. Toda la dificultad está en violentarse un tanto, y el reino de los cielos, segun dice Jesucristo, no se gana sino con la violencia. Esa gracia es la que os deseo. Amen.

HÁBITO MALO.

II.

Simile factum est regnum cœlorum homini, qui seminavit bonum semen in agro suo.

El reino de los cielos es semejante á un hombre, que sembró buena simiente en su campo.

(MATTH. XIII, 24.)

El reino de los cielos, ó la Iglesia, es semejante á un hombre que ha sembrado buena simiente en sus campos, pero miéntras dormian los criados, vino cierto enemigo suyo, sembró zizaña en medio del trigo, y marchó. Creció el trigo hasta apuntar la espiga, y entónces comenzó á descubrirse la zizaña. Los criados, que lo advierten, acuden al padre de familias, y le dicen: señor, habiendo sembrado buena simiente en tus tierras ¿cómo es que tienen zizaña? Algun enemigo mio la habrá sembrado, respondió el padre de familias. Replicaron los criados: ¿quieres que vayamos á cogerla? No, les respondió, no suceda que, arrancando la zizaña, arranqueis juntamente con ella el trigo. Dejad crecer uno y otro hasta el tiempo de la siega, que, entónces, yo diré á los segadores: coged primero la zizaña, y haced gavillas de ella para el fuego, y despues meted el trigo en mi granero.

Habiéndose dignado Jesucristo interpretar esta parábola del Evangelio, no necesitamos buscar otra explicacion que la que él mismo nos ha dado. El que sembró la buena semilla es el hijo del hombre, es decir, el mismo Jesucristo, que esparció la doctrina de salud por el mundo, como en un campo que le pertenecia por todo derecho. Por el buen grano se entienden los hijos del reino de Dios; y por la zizaña, los malos y los hijos de iniquidad. El enemigo, que sembró esta zizaña, es el diablo, quien hizo este daño miéntras los criados dormian; como si dijera, miéntras los pastores faltaban á la vigilancia pastoral, y los particulares se descuidaban en el negocio de su salvacion. La paciencia del padre de familias, que espera al tiempo de la siega para arrancar la zizaña, nos representa la misericordia de Dios, que espera al pecador á penitencia. Pero, guárdese el pecador de abusar del tiempo que Dios le dá para que se convierta, porque al

fin del mundo tendrá igual suerte que la zizaña cogida al tiempo de la cosecha para ser arrojada al fuego. El Hijo de Dios enviará sus ángeles, que separarán los buenos de los malos. Los buenos entrarán en el reino de su Padre, y los malos serán precipitados en el horno del fuego. ¡Oh, cuán terrible será esta separacion! ¿Qué será entónces de nosotros si no hubiéremos sido otra cosa que zizaña? Pensemos sériamente en llegar á ser buen grano. Pecadores, vosotros los que, hasta el presente, habeis sido zizaña, ya es tiempo que trateis de convertiros en buen grano por la mudanza de vida. Es verdad, yo lo confieso, esta mudanza es difícil, porque una voluntad acostumbrada al mal, con dificultad se inclina al bien, y se deja difícilmente un hábito que ha llegado á dominar por mucho tiempo; no obstante, con el auxilio de la gracia, podeis lograrlo, y á esto es á lo que os exhorto; para esto os haré conocer la fuerza de la mala costumbre, y despues os propondré los remedios para vencerla. Primero, *qué cosa sea la mala costumbre*. Segundo, *qué se debe hacer para corregirla*. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La mala costumbre es una cualidad que se muda difícilmente y que se ha adquirido por actos repetidos con alguna frecuencia. El justo se acostumbra á obrar bien, y corre con esfuerzo y alegría el camino de la virtud; el pecador se acostumbra al mal, y con dificultad lo dejará. Os habeis acostumbrado á jurar, á mentir, etc.: pues ved ahí, como habeis contraido una cualidad viciosa de que con dificultad os corregireis.

Tres perniciosos efectos causa la mala costumbre. Primero: ella resiste á todo buen movimiento de conversion. Segundo: ella nos cautiva bajo la ley del pecado. Tercera: ella nos hace gemir bajo el peso de nuestras pasiones, de modo, que casi no podemos hacerlas oposicion. Digo, primero: que la mala costumbre se opone á todo pensamiento de conversion. No hay persona alguna, por desarreglada que sea, que no conserve alguna reliquia de buenos sentimientos, que se le ocurren de cuando en cuando; no hay pecador alguno, por más apego que tenga á sus desórdenes, que, en medio de ellos, no levante de tiempo en tiempo los ojos al cielo, y parezca, alguna que otra vez, que quiere romper sus lazos. Estos sentimientos son buenos y producirían algun fruto, si ese pecador no tuviera dentro de sí mismo la mala costumbre, que disputa con su espíritu, y que se opone al bien que piensa hacer; mas ¡ay! esta costumbre resiste siempre, siempre se opone, y hace se desee lo que convendría evitar ó desechar.

El que ha llegado á este estado, ¿cómo hará aquellas sérias reflexiones sobre sí mismo, que son, no obstante, tan necesarias á la conversion? Cuando quiera acercarse á Dios, entónces mismo hará la mala costumbre para apartarle. ¿Qué combates no hay que sufrir en esta contrariedad de movimientos? La gracia insta á que se libre del pecado; la costumbre detiene en él: la gracia esfuerza; la costumbre le hace desmayar: la gracia excita y anima; la costumbre retrae y debilita. ¡Oh, y qué estado tan lastimoso! quien se halla en él se mueve mucho y nada adelanta: dá mil vueltas para salir, y siempre se halla enredado. Repréndese á sí mismo sus extravíos: ve buenos ejemplos: oye sermones que le condenan, y llega, tal vez, á formar la resolucion de convertirse; pero viene la costumbre y trastorna todos estos buenos deseos. No solamente nos detiene, sino tambien nos endurece en el mal, nos cautiva, nos sujeta con cadenas al pecado. Y este es su segundo efecto.

Oid como prosigue. Yo estaba sujetado, dice San Agustin, no con hierro extraño, sí con mi voluntad dura é inflexible como el propio hierro. Mi enemigo la tenia en esclavitud, y habia hecho una como cadena para sujetarme á su dominacion tiránica. En la hora en que mi voluntad empezó á corromperse, el falso atractivo de los placeres la dejó encantada; encantada, los amaba con exceso; amándolos, llegó á hacer mala costumbre; y ésta me impuso una especie de necesidad, que no me permitia salir de este estado. Pecadores, que me escuchais, yo me remito á vuestra propia experiencia: ¿me negareis, que no hay cosa que debilite tanto la voluntad, que la cautive tanto y la ligue al mal con tantos lazos, como una costumbre inveterada? Sí; el impío, dice el Sábio, se hace de sus pecados una cadena con que él mismo se sujeta, para quitarse enteramente la libertad de dejarlos: *Funibus peccatorum suorum constringitur* (Prov. v. 22). Consultaos á vosotros mismos, y mirad, qué mudanza ha causado en vosotros la costumbre. Al principio, solo se trataba de haceros consentir en este latrocinio, en la otra impureza, etc.; entónces un sermon, un buen ejemplo, el temor de los juicios de Dios y de las penas eternas os contenia; pero despues que habeis consentido varias veces, os acostumbrasteis á ello; dejasteis se envejeciese el mal, y ya estais muy de otro modo que ántes. ¡Ay pobres de vosotros, adonde habeis venido á parar y caer tan peligrosamente, que casi no podeis levantaros! Habeis formado un cúmulo de vicios, que se sostienen y fortifican los unos á los otros: un cuerpo de pecados, que os ponen en aquella necesidad casi insuperable de obrar mal, que os conducen frecuentemente á la desesperacion é impenitencia, último grado de una mala costumbre.

Con efecto, el pecador, llegando á este estado, desprecia todos los medios que se le ofrecen para convertirse. Cierra sus oidos á los consejos más saludables; resiste con una frente como de bronce á las más sábias correcciones: nada le hace fuerza, ni las penas del infierno, ni las delicias del paraiso, ni el temor de una muerte repentina y desgraciada; ó si alguna que otra vez parece que le mueven estas cosas, es solo con una mocion ligera y superficial. Decidle cuanto quisiereis, y no hará caso. Cual otro Lázaro en su sepulcro, está envuelto en una sábana y ligado con ciertas fajas, de que jamás se desenvolverá, y en las que llegará á corromperse, á no ser que la voz del Todopoderoso le resucite. Mas, ¡oh Dios mio! ¿no habrá ahora lugar á algun prodigio á favor de estos difuntos? ¿no habrá ya médico que les pueda curar? Sí, hermanos mios, aún hay algunos remedios para el pecador consuetudinario. Jesucristo murió por todos nosotros, y nos mereció remedios eficaces para nuestros males: os voy á proponer algunos de ellos, que, con el socorro de la gracia, podrán contribuir á vuestra conversion.

2. El primer medio de que debe usar el pecador para corregir su mala costumbre, consiste en tener una sincera voluntad de convertirse. Cuéntase, que una hermana del angélico doctor Sto. Tomás dijo cierto dia á su hermano: tú, que estás tenido por hombre sábio, ¿no me dirás qué debo hacer para salvarme? Hermana, le respondió el santo doctor, para salvarse es necesario quererlo.

El segundo medio que os propongo, consiste en que busqueis un director sábio é instruido, que os dé saludables consejos, los que debereis seguir con fidelidad. Cuando Jesucristo resucitó á Lázaro, ordenó dos cosas, que los confesores deben practicar con los pecadores de costumbre, de quienes Lázaro era figura, como enseñan los santos Padres. En primer lugar, mandó quitar la piedra que impedia la salida al muerto. Despues dispuso, romper las ligaduras que no le dejaban andar. La piedra en que consiste el mayor obstáculo á la conversion del pecador, es la ocasion, que le hace recaer. Quitad esa ocasion, os dice el ministro del Señor, es necesario obedecer: salid de esa casa, dejad esa compañía, esos juegos, esos lugares, en que acostumbrais jurar y blasfemar; esas conversaciones peligrosas, que os hacen ofender á Dios; esas familiaridades con personas del otro sexo. Pero esto no basta: es necesario romper los lazos que os tienen atados á vuestra mala costumbre, y que os impiden caminar por el camino de la salvacion. Siempre que cometiereis algun pecado de impureza, ayunareis y mortificareis esa pasion; mortificando, por ejemplo, los ojos, las manos, la lengua. Por cada juramento que echareis, dareis una limosna. Para cada pecado de costumbre hay una cierta penitencia: esto se os ha dicho cien veces; con todo eso, no haceis penitencia alguna: pues ¿cómo quereis aparentar que os convertireis?

El tercero y último medio que os aconsejo, es la oracion. Escuchad lo que el Espíritu Santo os dice en el libro del Eclesiástico: *Fili, peccasti, non adjicias iterum, sed et de pristinis deprecare, ut tibi dimittantur* (Eccli. xxi, 1). Hijo mio, has ofendido al Señor; guárdate, pues, de añadir pecado sobre pecado, dejando se lleguen á envejecer por una perniciosa costumbre: ántes, al contrario, procura salir inmediatamente de ese estado, implorando la divina misericordia para alcanzar perdon de la ofensa. Pero no os contenteis, amados hermanos, con pedir á Dios, de tiempo en tiempo, vuestra conversion: gemid continuamente bajo el peso de vuestros pecados: juntad vuestras lágrimas á las que Jesucristo derramó por los pecadores. Solo Jesucristo puede resucitar á una alma muerta por el pecado de costumbre: solo su omnipotente voz puede hacer salir al pecador de su sepulcro.

¡Ay! hermanos mios, ya es tiempo de cesar de hacer mal y empezar á hacer bien. Pues habeis oido cuán peligrosa es la mala costumbre, oponeos á ella desde luego. Padres y madres de familia, cuidad de reprimir las malas inclinaciones de vuestros hijos: si os descuidais en reprimir esa inclinacion que les lleva al mal, vereis, dentro de poco, engendrada una mala costumbre, que ya no podreis corregir; pues será una segunda naturaleza. Y vosotros los que os hallais ya en este triste estado, considerad las funestas consecuencias que trae consigo, y abrazad con ánimo varonil los medios que acabo de proponeros para salir de él. Si teneis en ello algun trabajo, acordaos, hermanos mios, que, por último, conviene salvarse, y nadie puede llegar al cielo sin hacerse violencia. Decid á Dios con el Rey penitente: *De necessitatibus meis erue me* (Psalm. xxiv, 7). Apartadme, Señor, de mis malas costumbres: curad mis llagas: ellas están inveteradas, yo lo confieso y me avergüenzo de haberlas dejado envejecer hasta el presente. ¡Habed misericordia de mí, Dios mio! y resucitadme; porque yo ¡ay de mí! estoy como muerto á vuestros ojos: resucitadme ántes que me entierren en el sepulcro. Haced que me convierta, y que viva tan santamente en adelante, que merezca alabar vuestra infinita misericordia por toda la eternidad. Así sea.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

HÁBITO MALO Ó MALA COSTUMBRE.—En el cristianismo no ha de darse poca importancia á un hábito malo ó mala costumbre.

Los hábitos santos ó las santas costumbres no deben suprimirse ni variarse, sino para conseguirse un bien mayor.

HÁBITOS BUENOS.—Debemos habituarnos al bien; pero no debemos obrarlo por hábito.

Debemos habituarnos al bien, para encontrar fácil el camino de la virtud.

HÁBITOS BUENOS.—Los hábitos buenos nos hacen triunfar de la flaqueza de nuestro cuerpo.

Los hábitos buenos hacen que obremos el bien con alegría.

Los hábitos buenos nos hacen aprovechar las buenas ocasiones.

HÁBITOS BUENOS.—Los hábitos buenos nos hacen experimentar la suavidad del yugo de Jesucristo.

Los hábitos buenos se adquieren con la multiplicacion de las buenas obras.

Los hábitos buenos nos habilitan para ocuparnos en las obras más santas.

HÁBITOS MALOS.—Los malos hábitos son cadenas por medio de las cuales el demonio nos retiene en el pecado.

Los malos hábitos son presagios de nuestra impenitencia.

HÁBITOS MALOS.—Los malos hábitos, peculiares á cada condicion, hacen peligrosas todas las condiciones.

Los malos hábitos, en cualquier estado, hacen nuestra conversion sospechosa, en el concepto de las personas á quienes manifestamos nuestro deseo de cambiar de vida.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Ossa ejus implebuntur vitiis adolescentiæ ejus, et cum eo in pulvere dormient. Job. xx, 11.

Sus huesos estarán impregnados de los vicios de su mocedad; los cuales yacerán con él en el polvo *del sepulcro.*

Iniquitates meæ supergressæ sunt caput meum: et sicut onus grave gravatæ sunt super me. Psalm. xxxvii, 5.

Mis maldades sobrepujan por encima de mi cabeza; y como una carga pesada me tienen agobiado.

Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea. Prov. xxii, 6.

La senda por la cual comenzó el jóven á andar desde el principio, esa misma seguirá tambien cuando viejo.

Impius, cum in profundum venerit peccatorum, contemnit. Idem, xviii, 3.

De nada hace ya caso el impío cuando ha caido en el abismo de los pecados.

Væ qui trahitis iniquitatem in funiculis vanitatis, et quasi vinculum plaustri peccatum. Isai. v, 18.

¡Ay de vosotros que arrastrais la iniquidad con las cuerdas de la vanidad, y al pecado á manera de carro del cual tirais *como bestias!*

Confusi sunt, qui abominationem fecerunt: quinimò confusione non sunt confusi, et erubescere nescierunt. Jerem. viii, 12.

¿Están acaso corridos de haber hecho cosas abominables? Ni aún ligeramente han llegado á avergonzarse, ni saben qué cosa es tener vergüenza.

Video autem alim legem in membris meis, repugnantem legi mentis meæ, et captivantem me in lege peccati, quæ est in membris meis. Rom. vii, 23.

Mas *al mismo tiempo* echo de ver otra ley en mis miembros, la cual resiste á la ley de mi espíritu, y me sojuzga á la ley del pecado, que está en los miembros de mi cuerpo.

State, et nolite iterum jugo servitutis contineri. Galat. v, 1.

Manteneos firmes, y no dejeis que os opriman de nuevo con el yugo de la servidumbre *de la ley antigua.*

A quo quis superatus est, hujus et servus est. II Petri, ii, 19.

Quien de otro es vencido, por lo mismo, queda esclavo del que le venció.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

El cuadro que más perfectamente nos presenta la diferencia entre los pecadores, que lo son por fragilidad, y los que lo son por hábito, es el que nos ofrecen los egipcios y los israelitas: los primeros, acos-

tumbrados ya á un gobierno tiránico, sufrian sin queja la opresion y la esclavitud, miéntras los segundos, acostumbrados á la libertad, suspiraban por la misma, y sólo esperaban una ocasion oportuna para sacudir el yugo de Faraon.

Al mal hábito en el obrar, sigue comunmente la obstinacion. Así lo vemos en Faraon, que, á pesar de tantos avisos, de tantos prodigios y terribles plagas, se perdió tras los ensueños de su corazon obstinado (Exod. xiv).

El infeliz Sanson, preso por los filisteos, privado de la vista y condenado á dar movimiento á una rueda de molino, es una imágen muy viva del pecador que lo es por hábito (Judic. xvi).

No es ménos saludable para el pecador, que lo es por hábito, la vergonzosa degradacion en que cayó Salomon, á pesar de su gran sabiduría, adorando tantos ídolos vanos por complacer á sus concubinas extranjeras (III Reg. xi).

Ténganse presentes para este asunto, el paralítico de treinta y ocho años (Joann. v); el jóven endemoniado y lunático *ab infantia* (Marc. ix); Lázaro resucitado por Jesucristo con tantas lágrimas y gemidos, por haber ya entrado su cuerpo en el estado de putrefaccion (Joann. xi); y el infeliz Judas, llevado de la avaricia y acostumbrado á defraudar las limosnas piadosas: *Fur erat, et loculos habens* (Joann. xii).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Permolestum est, et vix toleratu possibile vel ipsis brutis amovere à consuetudine. S. Basil. Hom. 5.

Es cosa muy repugnante y casi imposible, aún en los mismos irracionales, corregir un hábito contraido.

An ignoratis quantam vim habeat consuetudo peccandi, ut excludat naturam? S. Ambros. in Psalm. 1.

¿Ignorais, acaso, que la costumbre de pecar tiene tanta fuerza, que sojuzga á la misma naturaleza?

Magna est consuetudinis tyrannis, adeoque magna, ut perinde cogat ac natura, S. Chrysost. Hom. 7 in cap. 4 ep. 1 ad Cor.

Grande es la tiranía de la costumbre, y tan grande, que hace al hombre tanta violencia como la naturaleza.

Malum non natura, sed nimia consuetudine, et amore peccati firmatur, sic ut in naturam conversum videatur. S. Hierom. in Jerem. 13.

No se arraiga en nosotros el mal por obra de la naturaleza, sino por un hábito contraido y por la inclinacion al pecado, convirtiéndose al parecer en una necesidad natural.

Ex voluntate perversa facta est libido, et dum servitur libidini, facta est consuetudo, et dum consuetudini non resistitur, facta est necessitas. S. August. lib. 8 Confess. cap. 5.

De una voluntad perversa se origina la lujuria, tras la lujuria se contrae la costumbre, y una vez admitida la costumbre, el hábito se convierte en necesidad.

Reformidabam quasi mortem consuetudinis mutationem. Id., ibid. cap. 7.

Yo temia como á la muerte el cambiar de hábitos.

Tanto amplius in voluptate superanda voluntas laborat, quanto ei majores vires consuetudo dedit. Id., lib. 6 contr. Julian.

Es tanto más difícil á la voluntad vencer los ímpetus de la lujuria, cuanto mayores son las fuerzas que tiene la costumbre.

Primo tibi videbitur aliquid impossibile, processu temporis non judicabis adeo grave, paulo post et leve senties. S. Bernard. lib. 1 de Considerat.

La primera vez (el pecado) te parecerá un hecho imposible; con el tiempo, ya no lo tendrás por tan grave; y por último, te parecerá un leve desliz.

Véase: LÁZARO.

HEMORROISA.

(LA)

Mulier, quæ sanguinis fluxum patiebatur... tetigit fimbriam vestimenti ejus.

Una mujer, que padecia un flujo de sangre... tocó el ruedo de su vestido. *

(MATTH. IX, 20.)

A la sazon en que Jesucristo estaba junto al mar de Tiberiades, enseñando al pueblo, rogóle Jairo, príncipe de la sinagoga de Cafarnaum, que fuese á curar á su hija única; entónces el Salvador se dirigió á este pueblo, y en el camino obró el milagro, de que voy á hablaros. Vivia en la comarca de Cafarnaum una infeliz mujer, que habia padecido por espacio de doce años, y padecia todavía, un obstinado flujo de sangre. Para colmo de desventura, habia gastado toda su hacienda. Una multitud de médicos, llamados á curarla, habíanla sometido, como sucede generalmente, á medicamentos más incómodos y más dolorosos que la misma enfermedad, y la habian reducido á la miseria. ¡Si á lo ménos hubiera alcanzado algun alivio! Pero le habia acontecido todo lo contrario. Los médicos que se habian sucedido en esta curacion, en un principio, se la habian dado por cosa fácil; mas, al fin, ninguno de ellos habia podido curarla; y léjos de haber experimentado la paciente el menor alivio, despues de una cura tan larga, lo pasaba peor. Abandonada, pues, como incurable, porque no tenia ya que gastar, y privada de todos los remedios humanos, pensó recurrir á los divinos; y habiendo oido hablar mucho de Jesucristo y de sus milagros, creyó firmemente que solo él podia curarla. Acercóse pues á él, tocó el ruedo de su vestido, y al instante recobró una salud perfecta. Meditemos hoy, hermanos mios, este prodigio, á fin de que, aprendiendo como se llega al corazon de Jesucristo, se digne él derramar en el nuestro las riquezas de su amor, que ha prometido á las almas rectas y sinceras. Pidámosle ántes el auxilio de la gracia por la intercesion de la Vírgen Santísima. A. M.

1. La ley prohibia, bajo penas muy severas, á las mujeres acometidas de la enfermedad que padecia la hemorroisa, entrar en las

ciudades ó dejarse ver en poblado, y por eso esta infeliz habitaba en campo raso. Pero cuando se hallaba doblemente afligida por la enfermedad, de cuya curacion le habian hecho los médicos desesperar, y por la imposibilidad de acercarse al Médico divino, qúe era el único que podia curarla, ve un dia, desde léjos, venir una gran multitud de gente, y oye que entre ellos venia Jesucristo. A esta noticia deja su habitacion, se presenta en el camino, y espera á que pase el Señor por allí. Entre tanto, mirando atentamente á lo léjos, lo distingue entre la turba por su estatura esbelta, por su frente majestuosa, por su mirada divina, y por su semblante divino, miéntras que una voz secreta le dice en lo íntimo del alma: «Ese es Dios.» A esta vista y á esta voz, siente palpitar su corazon de esperanza en el divino Médico, y solo piensa en el modo de pedir la gracia, no dudando un momento de obtenerla. Agitada y afligida, audaz y tímida, humilde y franca á un tiempo mismo, se adelanta unas veces, y otras retrocede: penetra por medio de la turba que sigue al Señor, hace poderosos esfuerzos por acercarse á Jesús; pero se avergüenza de sí misma, como inmunda, y se cree indigna de presentarse cara á cara. ¿Qué hará pues? ¿Qué es lo que espera? Oidlo. Ella ha dicho entre sí: Con que pueda solamente tocar su vestido, me veré curada. ¡Oh feliz pensamiento de esta mujer afortunada! No se sabe que admirar más, si la humildad ó la fé de esta mujer. Su humildad es verdaderamente profunda y heróica. Ella ha resuelto tocar el vestido del Salvador, porque se cree indigna de tocar tan siquiera los piés de Jesucristo. Y notad, que aún del vestido mismo del Señor no se atreve á tocar la parte superior, sino solamente la orla exterior: ¡tan humilde es el concepto que tiene formado de sí misma!

Y ¿qué diremos de su fé? Ella es el contraste y la censura de la fé de los judíos. Jairo cree que Jesucristo no puede curar su hija si no va á su casa y la toma por la mano. Esta mujer, al contrario, piensa que solo con tocar el vestido de Jesucristo, sin que Jesucristo haga ni diga nada, y aún sin que lo advierta, quedará al instante curada; y no solo lo piensa, sinó que lo cree; no solo lo espera, sinó que está segura de ello. Una confianza tan viva no podia engañarla; como lo creyó, así aconteció. Apenas, inclinándose y extendiendo el brazo al través de la multitud, logró tocar la extremidad de los vestidos del Salvador, el manantial de sangre se le secó; y como tocada por una mano invisible, percibió en su cuerpo que ya estaba curada de su enfermedad.

¡Cuán magnífico y cuán bello es este portento del Señor! ¡Cuán espléndida es esta prueba de su divinidad! Y ¿quién otro, sino Dios,

HEMORROISA.

(LA)

Mulier, quæ sanguinis fluxum patiebatur... tetigit fimbriam vestimenti ejus.

Una mujer, que padecia un flujo de sangre... tocó el ruedo de su vestido. *

(MATTH. IX, 20.)

A la sazon en que Jesucristo estaba junto al mar de Tiberiades, enseñando al pueblo, rogóle Jairo, príncipe de la sinagoga de Cafarnaum, que fuese á curar á su hija única; entónces el Salvador se dirigió á este pueblo, y en el camino obró el milagro, de que voy á hablaros. Vivia en la comarca de Cafarnaum una infeliz mujer, que habia padecido por espacio de doce años, y padecia todavía, un obstinado flujo de sangre. Para colmo de desventura, habia gastado toda su hacienda. Una multitud de médicos, llamados á curarla, habíanla sometido, como sucede generalmente, á medicamentos más incómodos y más dolorosos que la misma enfermedad, y la habian reducido á la miseria. ¡Si á lo ménos hubiera alcanzado algun alivio! Pero le habia acontecido todo lo contrario. Los médicos que se habian sucedido en esta curacion, en un principio, se la habian dado por cosa fácil; mas, al fin, ninguno de ellos habia podido curarla; y léjos de haber experimentado la paciente el menor alivio, despues de una cura tan larga, lo pasaba peor. Abandonada, pues, como incurable, porque no tenia ya que gastar, y privada de todos los remedios humanos, pensó recurrir á los divinos; y habiendo oido hablar mucho de Jesucristo y de sus milagros, creyó firmemente que solo él podia curarla. Acercóse pues á él, tocó el ruedo de su vestido, y al instante recobró una salud perfecta. Meditemos hoy, hermanos mios, este prodigio, á fin de que, aprendiendo como se llega al corazon de Jesucristo, se digne él derramar en el nuestro las riquezas de su amor, que ha prometido á las almas rectas y sinceras. Pidámosle ántes el auxilio de la gracia por la intercesion de la Vírgen Santísima. A. M.

1. La ley prohibia, bajo penas muy severas, á las mujeres acometidas de la enfermedad que padecia la hemorroisa, entrar en las

ciudades ó dejarse ver en poblado, y por eso esta infeliz habitaba en campo raso. Pero cuando se hallaba doblemente afligida por la enfermedad, de cuya curacion le habian hecho los médicos desesperar, y por la imposibilidad de acercarse al Médico divino, qúe era el único que podia curarla, ve un dia, desde léjos, venir una gran multitud de gente, y oye que entre ellos venia Jesucristo. A esta noticia deja su habitacion, se presenta en el camino, y espera á que pase el Señor por allí. Entre tanto, mirando atentamente á lo léjos, lo distingue entre la turba por su estatura esbelta, por su frente majestuosa, por su mirada divina, y por su semblante divino, miéntras que una voz secreta le dice en lo íntimo del alma: «Ese es Dios.» A esta vista y á esta voz, siente palpitar su corazon de esperanza en el divino Médico, y solo piensa en el modo de pedir la gracia, no dudando un momento de obtenerla. Agitada y afligida, audaz y tímida, humilde y franca á un tiempo mismo, se adelanta unas veces, y otras retrocede: penetra por medio de la turba que sigue al Señor, hace poderosos esfuerzos por acercarse á Jesús; pero se avergüenza de sí misma, como inmunda, y se cree indigna de presentarse cara á cara. ¿Qué hará pues? ¿Qué es lo que espera? Oidlo. Ella ha dicho entre sí: Con que pueda solamente tocar su vestido, me veré curada. ¡Oh feliz pensamiento de esta mujer afortunada! No se sabe que admirar más, si la humildad ó la fé de esta mujer. Su humildad es verdaderamente profunda y heróica. Ella ha resuelto tocar el vestido del Salvador, porque se cree indigna de tocar tan siquiera los piés de Jesucristo. Y notad, que aún del vestido mismo del Señor no se atreve á tocar la parte superior, sino solamente la orla exterior: ¡tan humilde es el concepto que tiene formado de sí misma!

Y ¿qué diremos de su fé? Ella es el contraste y la censura de la fé de los judíos. Jairo cree que Jesucristo no puede curar su hija si no va á su casa y la toma por la mano. Esta mujer, al contrario, piensa que solo con tocar el vestido de Jesucristo, sin que Jesucristo haga ni diga nada, y aún sin que lo advierta, quedará al instante curada; y no solo lo piensa, sinó que lo cree; no solo lo espera, sinó que está segura de ello. Una confianza tan viva no podia engañarla; como lo creyó, así aconteció. Apenas, inclinándose y extendiendo el brazo al través de la multitud, logró tocar la extremidad de los vestidos del Salvador, el manantial de sangre se le secó; y como tocada por una mano invisible, percibió en su cuerpo que ya estaba curada de su enfermedad.

¡Cuán magnífico y cuán bello es este portento del Señor! ¡Cuán espléndida es esta prueba de su divinidad! Y ¿quién otro, sino Dios,

podia tener misericordia de esta mujer, que no se habia dejado ver, oirla, sin que hubiese hablado, y curarla secretamente? Al tomar el Verbo eterno la fragilidad de nuestra carne para cumplir en ella nuestra redencion, no desvirtuó la eficacia de su divino poder; así como el Dios Criador comunicó al iman la virtud de atraer el hierro, así el Dios Redentor dió á sus vestidos la virtud de ahuyentar todas las enfermedades, y de curar á aquellos que con una fé viva los tocaban.

Calvino, poseido de odio contra la adorable persona de Jesucristo, y deseoso siempre de envilecer sus misterios y oscurecer su divinidad, pronunció la blasfemia, de que la hemorroisa se mostró una mujer supersticiosa, atribuyendo una virtud divina á los vestidos del Hijo de Dios. ¿No es necesario haber perdido, con la fé de cristiano, el uso de la razon, para acusar como supersticioso un acto sublime de religion, que el mismo Jesucristo confirmó con un milagro, y ensalzó con un gran panegírico? Pero ¿quereis saber por qué la fé de esta mujer disgustó tanto á Calvino? Porque ella suministró á la Iglesia católica un magnífico argumento en favor de la virtud y de la eficacia de las sagradas reliquias, y del culto que les es debido, supuesto que los vestidos de Jesucristo eran una santa y augusta reliquia. ¡Oh vosotros, católicos, que sólo teneis el nombre de tales! Aprended de aquí, que cuando os levantais en orgullosos censores, para condenar la veneracion que las almas piadosas manifiestan á las sagradas reliquias, y la confianza que tienen en los santos, sois, sin saberlo, el eco de los heresiarcas, que desprecian y escarnecen los cuerpos de los santos, que fué habitacion de almas excelsas y divinas, purificadas por el martirio ó por la penitencia. Pero dejemos á estos censores que nos acusen de supersticiosos, porque veneramos los preciosos restos de los grandes amigos de Dios. ¡Feliz supersticion, sin duda, que obtiene milagros, que confirma en la fé, y que alimenta á la piedad!

Mas este acto de fé y de religion de la hemorroisa, coronado con tan magnífico milagro, no debia permanecer oculto. Y ved aquí que, para confusion de los judíos presentes y para enseñanza de nosotros los cristianos, el mismo Jesucristo lo hace publicar por la misma mujer que lo habia practicado. Porque, tan luego como la virtud divina de sus vestidos curó á la enferma, con un semblante sério y apacible á un tiempo mismo, comenzó á decir á la turba que lo rodeaba: «Alguno de vosotros se me ha acercado, y ha tocado mi vestido. Yo quiero saber por él mismo quién ha sido.» Pero, como todos los circunstantes se excusasen de haber hecho tal cosa, Pedro se acerca, y con su natural sencillez y franqueza, responde: Maestro,

¿qué estás diciendo? Un tropel de gentes te comprime y sofoca, ¿y preguntas quién te ha tocado? Te digo, Pedro, replica el Señor, alguno me ha tocado de propósito, pues yo he sentido salir de mí cierta virtud, y te repito, que quiero saber quién ha sido. Y diciendo esto, andaba buscando con la vista á su alrededor la mujer que habia tocado su vestido. Entónces la mujer, que sabia que se habia obrado en ella el milagro, dijo entre sí: «¡Pobre de mí, me ha descubierto!» Y se puso á temblar de miedo. Mas, viendo que era inútil ocultarse ó negar, se acerca á Jesucristo, y postrándose á sus piés, le dice: Señor, supuesto que quieres saberlo, yo he sido quien ha tocado la orla de tu vestido. Y no se avergonzó de confesar, en presencia de todo el pueblo, la degradante enfermedad que por tantos años la habia afligido, la confianza que tuvo de curar con solo tocar el vestido del Señor, y como habia curado al momento. Mas ¿por qué quiso el Señor obligar á esta piadosa mujer á que publicase, con tanta confusion suya y con tanto temor, su enfermedad, y la curacion que habia recibido? El piadoso Jesús no quiso con esto humillarla, sino consolarla, librándola del temor que la agitaba por haberle robado, por decirlo así, el milagro. Además, exigió de ella una confesion pública, para que fuese una prueba de que Jesucristo todo lo conoce y todo lo puede, y para que por esta admirable confesion se hiciese pública la fé humilde y confiada de esta mujer, á fin de que los apóstoles y todos los cristianos pudiesen imitarla. Y cuando consiguió estos efectos preciosos, á los que habia ordenado su sabiduría tan bello prodigio, se volvió el Señor á la hemorroisa, que estaba á sus piés medrosa y temblando, y con el acento de la bondad y de la dulzura, le dijo: Hija, no temas que yo te reconvenga por una fé que he recompensado con un milagro. Vete pues en paz, queda libre para siempre de tu mal. ¡Oh palabras! ¡Oh promesas! ¡Cuán dulces, cuán tiernas y cuán amorosas sois! ¡Oh cuán bueno y cuán dulce es el Señor para las almas rectas y sinceras! Jesucristo no solo confirmó á la hemorroisa la gracia de la curacion, sino que elogió su fé, la ensalzó ante el mismo pueblo que la habia visto humillada, y le dió la paz del corazon consigo misma y con Dios.

2. Mas, del sentido literal de esta tierna historia, levantemos nuestro pensamiento á su sentido alegórico y moral, detengámonos á considerar los sublimes misterios y las sólidas enseñanzas que en ella se contienen. La hemorroisa, padeciendo el flujo de sangre, enfermedad impura, significa la idolatría, con sus ritos sanguinarios é impuros y con la corrupcion de los vicios carnales. Esta es la razon porque el evangelista S. Juan, á los que no son hijos de Dios, los

llama hijos de la carne y de la sangre: *Et sanguinibus et ex voluntate carnis* (Joann. I). Y como por la impureza de su enfermedad estaba excluida esta mujer de poblado y de toda humana sociedad, hasta el punto de verse obligada á recurrir á Jesucristo, en medio del camino, expresó enérgicamente la miserable condicion de los gentiles, que, por su antigua inclinacion á los deleites carnales, eran excluidos, como inmundos, de la congregacion de los fieles adoradores de Dios, y que, habiendo oido que el Verbo eterno de Dios habia venido á salvar la Judea, se le acercaron y tocaron su vestido, como para arrebatarle de las manos la salvacion.

Los médicos ignorantes ó impostores, por cuyos consejos habia consumido la hemorroisa toda su hacienda, significan los falsos teólogos, los embaucadores astutos, y los filósofos orgullosos del paganismo, por cuyos consejos la pobre gentilidad habia consumido todo su ingenio, sin haber podido la desventurada conseguir la salud de su alma que buscaba. Las lecciones que los filósofos daban como remedios infalibles, no eran, en realidad, mas que ciencias vanas y ridículas poesías; y los gentiles perdieron todo su estudio y todo su trabajo en escucharlos. ¡Oh, y cuántas disputas suscitaron los filósofos respecto al alma! Pero así como las discusiones de los médicos matan el cuerpo, en vez de curarlo, de la misma manera las discusiones de los filósofos no hacian otra cosa, que agravar la triste condicion de las almas, en vez de curarlas de todos sus vicios. La hemorroisa no se presentó ante el Señor, sino que se acercó á él, y le siguió. Ahora bien, acercarse de esta suerte á Jesucristo, significa imitarlo, acompañarlo, y seguirlo: retrata á los gentiles, que despues que Jesucristo subió al cielo le siguieron, creyendo en él, y dedicándose á él.

La hemorroisa fué curada con el sólo contacto, no de las carnes, sino de la orla del vestido del Señor. Pues así como los vestidos de Jesucristo son la Encarnacion, por la cual la persona divina del Verbo se vistió de nuestra humanidad; así tambien la orla de sus vestidos indica los dogmas de la fé, que dependen de su Encarnacion. Esta mujer, pues, que toca solo la extremidad del vestido del Salvador, es la Iglesia de los gentiles, que, sin haber visto al Salvador en su carne mortal, sino escuchando á sus apóstoles, tocó, por decirlo así, el misterio de la Encarnacion, creyéndolo, bajo la palabra de los apóstoles. Observad cuán significativa es tambien la circunstancia de que la hemorroisa, sin ser vista de Jesucristo, fué curada por él; y que buscada por él de léjos, fué curada como presente: no vió al Señor, y, sin embargo, experimentó su virtud divina: de la propia manera, nosotros los gentiles, buscados de léjos de Jesucristo, por medio de

sus apóstoles, hemos sido curados como si el Señor hubiese estado entre nosotros.

Finalmente, Jesucristo, que se vuelve á mirar á la hemorroisa con ojos de piedad, es Jesucristo que, desde entónces, quiso darnos una muestra de la ternura con que habia de mirar á la Iglesia y á las almas verdaderamente fieles, que son el ornamento y la gloria de la Iglesia. Jesucristo, al mirar á aquella mujer con tanta bondad, le dá el amoroso título de hija, porque la fé viva en su divinidad la habia hecho verdaderamente hija de Dios. Y la Iglesia de los gentiles, por el mérito de su fé, es tambien llamada hija, que con la belleza de su virtud embelesa y recrea la vista y el corazon del Rey de los cielos.

La Iglesia es la muchedumbre de los fieles unidos por la profesion de una misma fé, y por la participacion de unos mismos sacramentos, bajo la direccion de los legítimos pastores que la gobiernan. Así, pues, al honor y á la dicha que le cupo hoy á la hemorroisa de ser llamada por Jesucristo *hija*, y de ser curada por él con unas señales tan expresivas de ternura y de bondad, podemos aspirar tambien nosotros, supuesto que hemos sido representados en ella. Mas ¿con qué condiciones podremos alcanzar semejante gloria? Con las condiciones mismas con que ella la alcanzó. De ella dice el Evangelio que *creyó, dijo* y *tocó*. Ved aquí, pues, lo que debemos practicar tambien nosotros. El verdadero cristiano es aquel que *cree* con el corazon, *confiesa* con la boca, y *cumple* con las obras la fé y la ley de Jesucristo. Por consiguiente, á estas tres palabras, *creer, decir,* y *obrar,* está vinculada la curacion del alma y la consecucion de la salvacion eterna. Y así como la fé no nos salva sin las obras, así tampoco las obras exteriores y la profesion externa del cristianismo no nos salvan, sin el espíritu interior de una fé humilde, sincera y fervorosa. ¡Oh magnífico misterio! dice S. Agustin (Serm. VI de Verb. Dom.); miéntras que tanta gente tocaba corporalmente al Señor, sólo la hemorroisa lo tocó espiritualmente con su fé. Jesucristo era comprimido y estrechado por la turba; muchos tocaban, no solo sus vestidos, sino tambien su sagrada persona. Sin embargo, el Señor no dijo de ninguno de ellos que lo hubiese tocado, y pasó por medio de los que le comprimian como si ninguno se le hubiera acercado. Mas apenas aquella tocó la orla de su vestido, lo advierte al instante, y exclama: «¿Quién me ha tocado?» Como si dijera: «Estas turbas me comprimen, mas no me tocan. Yo busco á la persona que con su fé ha tocado mi corazon, y no á la que con su cuerpo ha tocado el mio; porque la carne no hace más que oprimir; solo la fé toca mi persona.»

Lo mismo acontece al presente á Jesucristo; la turba de muchos

lo comprime; pero solo lo toca la fé de algunos pocos. Son turbas que, sin tocar al Señor, lo comprimen, y, segun la expresion de S. Lúcas, lo afligen y lo molestan: *Turbæ te opprimunt et affligunt*; los conventículos de los judíos, las reuniones de los herejes, que se llaman cristianos, y que no quieren saber nada de la verdadera fé y de la verdadera ley de Jesucristo.

Son turbas que, sin tocar al Señor, lo comprimen y lo molestan, mucho más que los mismos herejes, la multitud de malos católicos, que dicen creer en la verdadera fé de Jesucristo, y que, entre tanto, ni con sus palabras ni con su conducta dan señales de ser cristianos.

Finalmente, son turbas que comprimen y afligen á Jesucristo, esas turbas de cristianos, que, atraidas por la novedad, por la melodía de la música ó por el atractivo de torpes pasiones, entran alguna vez en los sagrados templos, sin saludar siquiera á Dios. ¡Ay! Son pocas las almas que, como la hemorroisa, tocan y honran con su fé el cuerpo del Señor, siendo hoy mucho más numerosas que nunca las turbas de los que lo comprimen y afligen. ¡Oh turbas desdichadas! las cuales, así como al presente son un peso á la misericordia del Señor, así tambien sufrirán un dia todo el peso de su justicia; y si ahora son molestas y enojosas para Jesucristo, serán un dia arrojadas, oprimidas y afligidas por él.

Procuremos nosotros, hermanos mios, no ser del número de esos desdichados. Coloquémonos al lado de esas almas verdaderamente piadosas y fieles, que no por ser desconocidas, dejan de existir en número considerable, y que, á imitacion de la hemorroisa, caminan siempre en pos de Jesucristo, y miéntras tocan exteriormente sus vestidos, con su ejemplar conducta, penetran hasta su alma con la sinceridad de su fé, con la humildad de su espíritu y con la pureza de su corazon. Nosotros tambien curaremos de nuestras enfermedades, y á la hora de la muerte se dirá á nuestra alma, como á aquella heróica mujer: Hija mia, nada tienes que temer. Grande, sincera y eficaz ha sido tu fé; ella te ha salvado en el tiempo, y ahora te salva en la eternidad. Así sea.

HEREJES, véase: IGLESIA (SUS CARACTÉRES).

HERMOSURA.

Non concupiscat pulchritudinem ejus cor tuum.

No codicie tu corazon la hermosura de la mujer.

(PROV. VI, 25.)

El principal empeño del cristiano debe consistir en amar á su Criador. Amar á Dios, es el colmo de la sabiduría, la obra maestra de la gracia, el principio y fin de toda la ley, el gran negocio del tiempo y de la eternidad, la felicidad de los santos en el cielo, y la grandeza y la dicha del hombre sobre la tierra. Por el precepto del amor, empezó Dios á darse á conocer á las criaturas; y no contento con haberle grabado en el fondo de nuestros corazones por la naturaleza, le grabó con su dedo en las tablas de la ley, y quiso, que todas sus obras cooperasen á inspirarnos el amor. Nosotros no amamos sino tomando por objeto la belleza y la bondad de las cosas; desde el momento que estamos en relacion con un objeto, le amamos indispensablemente, si en el objeto se encuentra la hermosura y la bondad. Queriendo, pues, el Señor, que le rindamos constantemente el tributo de nuestro amor, nos ha puesto á la vista algunos rasgos de su hermosura y bondad, en la magnificencia y en los atractivos de que ha dotado á las criaturas. En los cielos, ha extendido la inmensa bóveda de azul que encanta nuestros ojos, y ha suspendido esos globos de fuego que giran sobre nuestras cabezas; para que, calculando por su hermosura la del Criador, nuestra alma se elevase constantemente hácia él. Por igual motivo cubre los campos de doradas mieses, matiza los prados de flores, puebla el aire de encantadoras avecillas. Todo, en el vasto cuadro de la naturaleza, nos obliga á exclamar: Dios mio, si tan bellas son vuestras obras, si tan persuasivos son los atractivos que habeis dado á las criaturas para conmover nuestro corazon, ¿podríamos ménos de admirar y amar vuestra hermosura, orígen de toda belleza, y única que puede dejar satisfechos los deseos de nuestro corazon, y hacernos eternamente felices?

Hermanos mios, ya sabeis que este mundo no es nuestra verdadera pátria, sino un lugar de destierro. A pesar de todas las maravillas

lo comprime; pero solo lo toca la fé de algunos pocos. Son turbas que, sin tocar al Señor, lo comprimen, y, segun la expresion de S. Lúcas, lo afligen y lo molestan: *Turbæ te opprimunt et affligunt*; los conventículos de los judíos, las reuniones de los herejes, que se llaman cristianos, y que no quieren saber nada de la verdadera fé y de la verdadera ley de Jesucristo.

Son turbas que, sin tocar al Señor, lo comprimen y lo molestan, mucho más que los mismos herejes, la multitud de malos católicos, que dicen creer en la verdadera fé de Jesucristo, y que, entre tanto, ni con sus palabras ni con su conducta dan señales de ser cristianos.

Finalmente, son turbas que comprimen y afligen á Jesucristo, esas turbas de cristianos, que, atraidas por la novedad, por la melodía de la música ó por el atractivo de torpes pasiones, entran alguna vez en los sagrados templos, sin saludar siquiera á Dios. ¡Ay! Son pocas las almas que, como la hemorroisa, tocan y honran con su fé el cuerpo del Señor, siendo hoy mucho más numerosas que nunca las turbas de los que lo comprimen y afligen. ¡Oh turbas desdichadas! las cuales, así como al presente son un peso á la misericordia del Señor, así tambien sufrirán un dia todo el peso de su justicia; y si ahora son molestas y enojosas para Jesucristo, serán un dia arrojadas, oprimidas y afligidas por él.

Procuremos nosotros, hermanos mios, no ser del número de esos desdichados. Coloquémonos al lado de esas almas verdaderamente piadosas y fieles, que no por ser desconocidas, dejan de existir en número considerable, y que, á imitacion de la hemorroisa, caminan siempre en pos de Jesucristo, y miéntras tocan exteriormente sus vestidos, con su ejemplar conducta, penetran hasta su alma con la sinceridad de su fé, con la humildad de su espíritu y con la pureza de su corazon. Nosotros tambien curaremos de nuestras enfermedades, y á la hora de la muerte se dirá á nuestra alma, como á aquella heróica mujer: Hija mia, nada tienes que temer. Grande, sincera y eficaz ha sido tu fé; ella te ha salvado en el tiempo, y ahora te salva en la eternidad. Así sea.

HEREJES, véase: IGLESIA (SUS CARACTÉRES).

HERMOSURA.

Non concupiscat pulchritudinem ejus cor tuum.

No codicie tu corazon la hermosura de la mujer.

(PROV. VI, 25.)

El principal empeño del cristiano debe consistir en amar á su Criador. Amar á Dios, es el colmo de la sabiduría, la obra maestra de la gracia, el principio y fin de toda la ley, el gran negocio del tiempo y de la eternidad, la felicidad de los santos en el cielo, y la grandeza y la dicha del hombre sobre la tierra. Por el precepto del amor, empezó Dios á darse á conocer á las criaturas; y no contento con haberle grabado en el fondo de nuestros corazones por la naturaleza, le grabó con su dedo en las tablas de la ley, y quiso, que todas sus obras cooperasen á inspirarnos el amor. Nosotros no amamos sino tomando por objeto la belleza y la bondad de las cosas; desde el momento que estamos en relacion con un objeto, le amamos indispensablemente, si en el objeto se encuentra la hermosura y la bondad. Queriendo, pues, el Señor, que le rindamos constantemente el tributo de nuestro amor, nos ha puesto á la vista algunos rasgos de su hermosura y bondad, en la magnificencia y en los atractivos de que ha dotado á las criaturas. En los cielos, ha extendido la inmensa bóveda de azul que encanta nuestros ojos, y ha suspendido esos globos de fuego que giran sobre nuestras cabezas; para que, calculando por su hermosura la del Criador, nuestra alma se elevase constantemente hácia él. Por igual motivo cubre los campos de doradas mieses, matiza los prados de flores, puebla el aire de encantadoras avecillas. Todo, en el vasto cuadro de la naturaleza, nos obliga á exclamar: Dios mio, si tan bellas son vuestras obras, si tan persuasivos son los atractivos que habeis dado á las criaturas para conmover nuestro corazon, ¿podríamos ménos de admirar y amar vuestra hermosura, orígen de toda belleza, y única que puede dejar satisfechos los deseos de nuestro corazon, y hacernos eternamente felices?

Hermanos mios, ya sabeis que este mundo no es nuestra verdadera pátria, sino un lugar de destierro. A pesar de todas las maravillas

que comprende, no es sino un bosquejo de otro mundo más perfecto, en donde se contempla la infinita hermosura del Criador. Más allá de este pequeño teatro lleno de hermosuras mezquinas y transitorias, hay el reino de la belleza increada y de la felicidad perfecta. Aspiremos, pues, á la posesion de este reino por medio del amor divino. La belleza es el orígen del amor; contemplemos, pues, esas bellezas mezquinas, que nos rodean, para elevarnos á la contemplacion y al amor de lo Bello absoluto, el único que puede proporcionaros complacencias eternas. Pero, entre las bellezas criadas, hay algunas, que cautivan fuertemente el corazon, é impiden al alma elevarse hácia su Criador; hay algunas, que si son orígen de amor, lo son tambien de las mayores desolaciones que hay en el mundo. Apartemos la vista de estas hermosuras, que nos arrastran al mal. No codicie tu corazon, nos dice el Señor, la hermosura de la mujer. Ved ahí cuál debe ser nuestra conducta con respecto á los objetos bellos. Contemplar la belleza de los unos, para elevarnos á la contemplacion y al amor de Dios; precavernos de los otros, para que no nos pongan en peligro de ofender á Dios; ved aquí lo que me propongo demostraros. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Nuestra naturaleza está constituida de modo que, á la vista de lo bello, se admira, y en su deseo se goza, y en su posesion se satisface. Y cuanto más deslumbrante es la belleza, cuanto más se armonizan en ella la variedad y la unidad, tanto es más viva la admiracion, más íntimo y entusiasta el deseo, y mayor la complacencia. El universo es un admirable cuadro de bellezas, que ni se presentan todas á nuestra vista, ni se revelan todas á un tiempo. Vemos bellezas en la naturaleza cuando, encapotado el horizonte, nos oculta gran parte de la magnífica obra de la creacion; bellezas vemos en la naturaleza cuando, á favor de un dia sereno y de una luz brillante, nos descubre todo el grandioso panorama del universo. Y sin embargo, de que todas estas bellezas parciales, que nos seducen y encantan, nos inculcan la existencia de lo Bello absoluto, con todo, pocos saben elevar su espíritu á la contemplacion de esa belleza superior y absoluta, que por tan variados modos nos descubre la naturaleza creada.

Y estas bellezas parciales absorven la atencion del hombre, elevan su corazon y su espíritu, abren un vastísimo campo á su fantasía, y le hacen remontar sobre gran número de pequeñeces. ¿Qué sería, pues, si el hombre pudiese centralizar todas estas bellezas en un punto comun, que fuese la síntesis de lo bello? ¡Oh! ¿cuánto se hubiera de gozar el hombre en semejante contemplacion? Pues bien, hermanos

mios, este espectáculo, esta complacencia, está al alcance de todos los que comprenden, que la vision de Dios es la suprema belleza, el orígen y la fuente de todo lo bello, el colmo de la hermosura y la felicidad sin límites. Allí, en la vision de Dios, están reunidas todas las excelencias y perfecciones, todas las luces, todas las armonías, todas las virtudes y cualidades; la eternidad, la inmensidad, el sér, la necesidad de la bienaventuranza, y el risueño aspecto del universo. Para expresar tanta grandeza, fáltanle palabras y símiles á la elocuencia del hombre, y aún la imaginacion cede á la importancia de la gloria que admira. Fijemos pues la atencion, como nos dice el Apóstol, en los objetos visibles, para elevarnos al conocimiento de las cosas invisibles; y escogiendo las bellezas más exquisitas y primorosas de la naturaleza, y formando con ellas un grupo, acostumbrémonos á elevar nuestro espíritu á la region superior de la belleza increada.

Levantad, pues, los ojos hácia el cielo: ¿y quien podrá contemplar, sin admiracion y asombro, la inmensa bóveda del firmamento, y el número sin cuento de radiantes astros, que parecen otras tantas piedras preciosas que tachonan el azul de los espacios? ¿Quién podrá ménos de admirarse, al contemplar la majestad con que asoma en el horizonte la aurora, el dorado tinte que dá á las plantas y á los montes y á las aguas la luz del astro del dia, el movimiento de las nubes en el espacio, y los cambiantes que en ellas producen el reflejo y la direccion de la luz? Y si á este grandioso espectáculo añadís el murmullo de las aguas, el canto de las aves, que trinan en las frondosas arboledas, ¿podreis ménos de unir vuestra voz al expresivo concierto con que las criaturas todas ensalzan el poder y la grandeza de Dios?

Y cuando las sombras de la noche se desprenden de las cimas de los montes sobre las llanuras, cuando la luna platea los rios y los mares, y cubre con una delicada gasa á la naturaleza dormida, ¿dejareis de apercibiros de las bellezas sin cuento que el mundo encierra? Y estas maravillas se reproducen con una regularidad constante, sin perder jamás un punto de su grandeza, de su magnificencia y de su belleza. Bien podremos pues exclamar con el Profeta rey, que los cielos pregonan la gloria de Dios, y que el firmamento anuncia las obras de sus manos; y que sucediéndose el dia á la noche, y la noche al dia, elevan constantemente un coro de alabanzas que tiene eco en todos los confines del universo, coro de alabanzas á que no hay lengua ni pueblo que permanezcan mudos.

Y si tan extraordinaria y sorprendente es la belleza de los objetos corpóreos, calculad cual será la hermosura del Sol de justicia, que

ilumina los montes eternos de la celestial Jerusalen. No pueden compararse ciertamente con los primores de su hermosura, ni la majestad del océano, ora presente tranquila su superficie, ora levante sus entumecidas olas sobre montes de blanca y agitada espuma; ni la frescura de la brisa, ni el variado matiz de los campos y de los prados, ni todos los rasgos de belleza que pudiéramos encontrar en el mundo, ora fijemos la vista en el reino vegetal, ora en el mineral, ora en el animal, donde la ciencia y la imaginacion humana se pierden entre la fecunda y portentosa variedad de peces, cuadrúpedos, aves y reptiles. Si tantas son las bellezas de las criaturas, ¿cuánto mayor habrá de ser la hermosura de su Hacedor supremo?

Por lo demás, el movimiento y la quietud, la luz y las tinieblas, el curso de los astros, y la alternativa de las estaciones, no son bellezas pasajeras y fugaces, sino bellezas estables y permanentes. La luz, que velan á nuestra vista las sombras de la noche, pasa á iluminar á otros; y miéntras el otoño nos arrebata las últimas hojas de los árboles, simultáneamente reproduce la primavera sus primores en otras comarcas. Y esta constante alternativa parcial, que se armoniza con la unidad constante de tan grandioso espectáculo, produce la variedad en medio de la unidad. Sin la variedad, la monotonía contribuyéra, tal vez, á hacer ménos notable la belleza; sin la unidad, faltaría la grandeza del espectáculo. Figuraos, por un momento, que podeis trasladaros rápidamente de unas comarcas á otras, y presenciareis la uniformidad del espectáculo que nos ofrece la naturaleza, sin perjuicio de su variedad; y os convencereis de que todas las bellezas mencionadas, y que el decurso de las estaciones y de las vicisitudes atmosféricas ponen á nuestra vista en todas las comarcas, se realizan, á la vez, y á todas horas, por la fecunda virtud del Omnipotente.

De aquí debemos colegir, que el universo es como una vasta pirámide, en la cual están eslabonadas todas las bellezas, hasta terminar en la cúspide, donde tiene su asiento la belleza suprema, la belleza infinita, la belleza que reside en los cielos, Dios, nuestro Hacedor. El mundo es como una cadena, cuyos eslabones se enlazan mútuamente, hasta llegar al último, que está pendiente del dedo de Dios como lo está toda la creacion. El mundo es una circunferencia, cuyos radios se encuentran en el centro comun, que es Dios. El mundo es un precioso tejido, cuya urdidumbre es obra exclusiva de Dios, y revela la omnipotencia y el talento de su Hacedor. El mundo es un armónico conjunto de voces, que aspiran á enaltecer la unidad del Dios de la creacion.

Pues bien, en vista de todas estas bellezas fugaces y pasajeras que

nos revelan la existencia de otra belleza infinitamente superior y eterna, ¿podremos ménos de elevar á ella nuestra consideracion? ¿podremos ménos de recordar, que las admirables obras de este mundo solo deben hacernos concebir la grandeza de su Hacedor, que nos las facilita para que le amemos y le agradezcamos tantas finezas, prestándole el justo tributo de respeto y gratitud á que tiene derecho, y que promete recompensarnos con premios infinitos en la otra vida? Acostumbrémonos, pues, á contemplar la belleza de los objetos de la creacion, para elevarnos cada vez más al amor y á la contemplacion del Señor, en quien está nuestra felicidad en esta vida y en la futura.

2. Mas apartemos la vista de cierta hermosura terrible, que alimenta y atiza el fuego de las pasiones. Colóquese el hombre en vista de una persona en quien se descubra este don terrible, y si no le preserva la égida de Dios, experimentará sus terribles efectos. Por rebelde, por orgulloso que sea, cederá como un niño á los piés del objeto que le ha subyugado con una mirada. Esta belleza es orígen de las mayores desolaciones que se experimentan en el mundo, como si la Providencia y la naturaleza se arrepintiesen de haber hecho á algunos tan raro presente. Apartémonos, pues, de ella, tomemos precauciones contra sus engaños, y no olvidemos, que es una flor que se deshoja con los años, y que, al fin, se pierde entre el polvo de una tumba.

Las personas á quienes la naturaleza ha dotado de sus gracias, deben recatarse de la vista de los hombres. Hay algunas que, confiando excesivamente en sí mismas, no temen dejarse ver con frecuencia en reuniones, en que se corren graves peligros de perderse. Creen que la modestia es bastante para poner coto al atrevimiento, y para contener el ímpetu fogoso de la juventud. Pero ¡ay! ¡cuán á pesar suyo conocen á veces prácticamente la insuficiencia de este medio, para precaverse de una funesta caida! La incauta hija de Jacob, por exponerse á la vista de los hombres, fué víctima de su propia hermosura, dejándose coger en los lazos de Sichem, que se apoderó de ella á viva fuerza. Lo repetimos, la belleza es un enemigo doméstico, más terrible de lo que se cree; es un combustible, que enciende y alimenta el fuego de las pasiones, y una vez excitadas las pasiones, se necesita todo el poder de la gracia para apagarlas.

¿Qué diremos, pues, de las personas que hacen gala de ostentar su belleza, aún cuando no sea con mala intencion, y sí únicamente por efecto de su frivolidad? No seré yo quien me atreva á decir, que las jóvenes cristianas hayan de sepultarse en vida, absteniéndose de toda comunicacion con el siglo; sé bien, que hay ocasiones en que no es

posible desentenderse de ciertas atenciones fundadas en la urbanidad, y en los principios de una sociabilidad bien entendida; la religion no reprueba estos principios; pero reprueba y condena en alta voz, los excesos que con ellos se pretenden cohonestar, en detrimento de la virtud y con mengua de la moralidad. El recogimiento, el retiro doméstico, son dotes que deben brillar en las jóvenes cristianas, si no quieren exponerse á ser vencidas por el mundo, en vez de vencerle á él.

Dios de toda hermosura, haced que luchemos contra los peligros de cierta hermosura, que es uno de los más terribles enemigos de la virtud; y que contemplemos aquellas bellezas inocentes, que elevan nuestra alma á vuestro amor, y al deseo de veros cara á cara en la pátria celestial, que os deseo á todos.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

HERMOSURA.—Como Dios nos ha dado la hermosura para realce de nuestra inocencia, la hermosura de los hombres no es una verdadera hermosura, cuando no la acompaña la inocencia.

Como Dios ha embellecido el alma, haciéndola á su imágen, los hombres y las mujeres deben cuidar más de la hermosura del alma que de la hermosura del cuerpo.

HERMOSURA DE LOS MUNDANOS.—Infunde orgullo en las personas que la cultivan con afectacion.

Pone en riesgo á las personas que satisfacen su curiosidad contemplándola.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Speculatores facti illius magnitudinis. II Petr. I, 16.

Hemos sido testigos oculares de su grandeza.

Quorum si specie delectati, deos putaverunt, sciant quanto his dominator eorum speciosior est: speciei enim generator hæc omnia constituit. Sap. XIII, 3.

Los que encantados de la belleza de tales cosas (las cosas creadas) las imaginaron dioses, debieron conocer cuanto más hermoso es el dueño de ellas; pues el que crió todas estas cosas es el Autor de la hermosura.

A magnitudine enim speciei et creaturæ, cognoscibiliter poterit creator horum videri. Idem, ibid. 5.

Pues de la grandeza y hermosura de las criaturas, se puede á las claras venir en conocimiento de su Criador.

Virginem ne conspicias, ne forte scandalizeris in decore illius. Eccli. IX, 5.

No pongas tus ojos en la doncella, para que su belleza no sea ocasion de tu ruina.

A verte faciem tuam à muliere compta, et ne circumspicias speciem alienam; propter speciem mulieris multi perierunt. Idem, ibid. 8 et 9.

Aparta tus ojos de la mujer lujosamente ataviada, y no mires estudiosamente una hermosura ajena; por la hermosura de la mujer muchos se han perdido.

Speciem mulieris alienæ multi admirati, reprobi facti sunt. Idem, ibid. 11.

Muchos, embelesados de la belleza de la mujer ajena, se hicieron réprobos.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La hermosura, cuando va acompañada de la virtud, es como un vestido precioso que completa la belleza del alma: pero cuando va separada de toda virtud, y muy principalmente de la modestia, suele ser una piedra de escándalo en que tropiezan innumerables incautos. Así lo vemos en varios ejemplos de la historia sagrada. En ella se nos hace un bello elogio de la hermosura de Rebeca; pero, al propio tiempo, se le dan los preciosos títulos de muy casta y muy humilde. Estas virtudes fueron el alma de su hermosura, y contribuyeron á hacerla una heroina, una hermosa madre de familia (GEN. XXIV).

La hermosura de la virtuosa Judit, cautivando, contra su intencion, los ojos del obsceno y orgulloso Holofernes, fué el arma más poderosa de que la revistió el Señor, para decapitar á aquel tirano, librando así de un vergonzoso cautiverio al pueblo de Betulia (JUDIT, X Y SIG.)

En el libro de Ester vemos lo que sufre una hermosura vana, y lo que puede una hermosura modesta y humilde. Llamada por Asuero la reina Vasthi á su convite con las damas de su corte, con el fin de poder celebrar la hermosura de su esposa, ésta rehusó presentarse, desobedeciendo con orgullo el mandato del rey; por cuyo motivo fué repudiada y degradada de su dignidad (CAP. I). Por el contrario, la hermosa Ester, por su humildad, modestia y continencia llegó á cautivar á Asuero, obteniendo su mano, y salvando su vida y la de todo su pueblo judío (CAP. II HASTA EL IX).

No debemos omitir aquí la realizacion de la sentencia del Espíritu Santo: *Multi propter speciem mulieris perierunt* (Eccli. ix) en el incauto Sanson; quien, enamorado de la hermosura de Dalila, y vendido traidoramente por ella, cayó bajo el pesado y vergonzoso cautiverio de los filisteos (Judic. xvi).

Absalon era el más hermoso de todo el pueblo de Israel, (II Regem xiv); pero especialmente se gloriaba de su hermosa cabellera. Mas ¿de qué le sirvió? La hermosura, haciéndole osado, le convirtió en rebelde y parricida. La hermosa cabellera fué el dogal que le dejó pendiente de una encina (Ibid. cap. xviii).

Pasajes de los santos padres; véase: MODESTIA.

HIDRÓPICO DEL EVANGELIO.

(EL)

Homo quidam hydropicus erat ante illum.
Se puso delante de él un hombre hidrópico.
(Luc. xiv, 2.)

El Hijo de Dios, movido de su gran compasion hácia los hombres, que gemian bajo la esclavitud del pecado y del demonio, vino á la tierra para redimirlos y salvarlos de la muerte eterna, á costa de su sangre y de su muerte. Jesucristo anduvo siempre en pos de los pecadores para convertirlos; pero, como habia venido principalmente para salvar á los judíos, les manifestó de un modo especial los rasgos de su infinita bondad. Los fariseos, los escribas y doctores de la ley, eran, entre los judíos, los más retraidos de Dios por sus vicios; por esto Jesucristo se mostró más solícito de su conversion, y anduvo en busca de ellos, valiéndose de todos los ardides del más tierno amor y de la caridad más generosa. En vano, rebeldes siempre y desagradecidos á la voz de su amor, trataron de perderle; ántes se cansarán de perseguirle, que la misericordia de Jesús se canse de ir en busca de ellos. Con efecto, no contento el Señor con predicarles las más importantes verdades en la Sinagoga y en el templo, no se desdeñó

de sentarse á comer con ellos, no abandonando el pensamiento de procurar su salvacion, hasta que consumaron ellos el horrible misterio de su reprobacion.

Pero, no nos contentemos con esta doctrina general; veámosla practicada de una manera especial en la curacion maravillosa del hidrópico, obrada por Jesucristo en el convite y en la casa de uno de los principales fariseos. Asistamos tambien nosotros, con el pensamiento y con un espíritu de verdadera fé, á este convite, santificado por la presencia de Jesucristo; veamos lo que en él obra y lo que en él predica, y procuremos alimentar hoy nuestras almas con el manjar espiritual de su sabiduría y de su amor. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El evangelista S. Lúcas nos dice, que habiendo sido convidado Jesús á comer en casa de uno de los principales fariseos, fué á ella sin dificultad en un dia festivo, es decir, en un sábado. ¡Cómo pues! el Salvador del mundo, venido al mundo para enseñar con sus palabras y con su ejemplo la mortificacion, el ayuno y la penitencia, ¿se deja ver en un dia de fiesta sentado en un espléndido banquete? Además, ¿no conocia él la intencion venenosa y maligna de aquella raza de víboras, que contínuamente le estaban asechando? ¿Ignoraba, por ventura, que aquel príncipe no lo habia convidado por afecto ni por amor á su persona, sino por darse honor á sí mismo; es decir, para manifestar que recibia en su casa á un personaje tan distinguido, y venerado por los pueblos como un gran profeta? El Salvador conocia muy bien la profunda maldad que se abrigaba en el corazon de los fariseos; pero no se desdeñaba de comer con ellos, para atraerlos con su predicacion y con sus milagros á la penitencia y al perdon.

Puede decirse tambien, que, como en los convites era especialmente donde los fariseos, aquellos hombres tan indulgentes consigo mismos como severos con los demás, se olvidaban de Dios y de su ley, sepultando en la crápula y en la embriaguez todo remordimiento, todo resto de probidad, todo principio de religion; por eso el Señor asistia á ellos sin dificultad, para mezclar con su severa doctrina, en medio de las venenosas dulzuras de la carne, la amargura saludable que cura las almas. De la misma suerte esta misericordia divina viene á sorprendernos frecuentemente en nuestras criminales alegrías, siembra de espinas los caminos de nuestros desórdenes, adornados con rosas homicidas, nos acibara nuestros deleites, y del pecado mismo hace nacer el remordimiento, que destruye el pecado y salva al pecador.

Además, aceptaba Jesucristo los convites que le hacian los grandes, para que los siervos, que, ocupados contínuamente en el servicio de sus señores, no podian, como el resto del pueblo, seguir al Señor y oirle en las calles ni en el templo, oyesen sus palabras de vida en su propia casa, y reconociesen en él el autor de su salvacion; manifestando de este modo, que su misericordia no desprecia ninguna condicion, y que aún los siervos interesan su corazon y participan de su bondad. De esta manera cumplia á la letra la profecía, de que, siendo todo misericordia, no habia de olvidar á la clase más humilde del pueblo, los siervos; y que habia de ir en busca de aquellos que no podian ir en busca suya, para atraerlos á su conocimiento y á su amor.

Prueba evidente de esto es, que todos los convites á que asistia el Salvador, concluian siempre con grandes revelaciones, con ruidosas conversiones, ó con magníficos milagros. Con efecto, el convite de Caná de Galilea, se hizo célebre con el milagro de la trasformacion del agua en vino; el convite en casa de Zaqueo, fué seguido de la conversion del mismo dueño de la casa y de toda su familia; el convite en casa de Simon el fariseo, terminó con la santificacion de la Magdalena, y con la revelacion del misterio de la bondad de Dios para con los pecadores; y, finalmente, el convite de que ahora tratamos, fué ilustrado con dos actos importantes; es decir, obró un grande milagro y dió lecciones sumamente útiles.

2. El salon del banquete estaba lleno de fariseos, de escribas y de doctores de la ley. Y desde el instante en que cada uno de ellos ocupó su asiento, todos principiaron á mirarlo con una curiosidad maliciosa, con un ánimo perverso, impacientes de oir alguna palabra de su boca, ó de observar en él algun acto, para tomar ocasion de calumniarlo y acusarlo. Pues bien, esta ocasion no tardó en presentarse á su odio y á su furor. Porque, al principiar la comida, un miserable hidrópico, sabiendo que Jesucristo se hallaba en aquella casa, se introdujo en ella con mucho trabajo; y en el estado lastimoso en que se hallaba, con el rostro macilento, con los ojos hundidos, con los labios secos, con la respiracion dificultosa, con el vientre horriblemente hinchado, y todo su cuerpo cubierto de una palidez mortal, se puso en su presencia sin decir una palabra. Y ¿quién pudiera expresar la pérfida alegría de los fariseos por este acontecimiento? O él lo cura, dijeron para consigo, y tendremos motivo para condenarlo como infractor de la ley y profanador del sábado; ó no lo cura, y tendremos razon para llamarlo un hombre desapiadado, ó sin poder para hacer milagros.

Jesús, que conocia la maldad de sus designios, volviéndose á ellos, les dice: ¿Qué os parece? ¿Es lícito curar á un enfermo en dia de sábado, ó no? ¡Oh sabiduría divina! ¡cómo desconciertas y confundes la astucia humana! Con esta inesperada pregunta, deja confundidos el Señor á aquellos malévolos, que se gloriaban interiormente de haberlo confundido: porque si responden: *Es lícito*, el milagro se hará con su aprobacion: si dicen: *No es lícito*, saben que el Señor está dispuesto á reconvenirles, como poco despues les reconvino en efecto, diciéndoles: «Y ¿cómo no teneis escrúpulo de cuidar de vuestros animales en dia de sábado?» Conociendo, pues, que no podian contestar á la pregunta del Salvador sin condenarse á sí mismos, tomaron el partido de no responder. Entónces el Señor, á pesar de ser dia de sábado, y de prever el escándalo de los fariseos, como si les dijese: «Yo no necesito de vuestra aprobacion ni de vuestro permiso para obrar milagros; todos los dias son buenos para dispensar beneficios,» extendiendo su mano omnipotente sobre el enfermo, disipó en un momento sus malos humores, y restituyéndole las fuerzas, lo despidió perfectamente curado y alegre; enseñándonos con este hecho, que los dias festivos se santifican perfectamente ejerciendo la caridad con los enfermos; que es un buen modo de honrar á Dios socorrer al prójimo, formado á su imágen; y que no se debe temer el escándalo de los nécios ni las hablillas de los maliciosos, cuando se trata de practicar obras de caridad.

Despues de haber dado el Señor una prueba de su infinito poder con un milagro tan extraordinario, quiso manifestar igualmente su sabiduría infinita, que todo lo penetra y todo lo conoce. Con efecto, aun cuando los fariseos, asombrados y confusos en vista del portento que acababan de ver, no articularon una sola palabra, principiaron, no obstante, á murmurar interiormente, y á hacerle en secreto la misma acusacion que le hicieron despues en presencia del pueblo, diciendo: «Este hombre no es santo, supuesto que no respeta la ley que prohibe trabajar en dia festivo.» Por esta razon, el Señor, con un ademan compasivo y severo á la vez, les dijo: «¿Quién de vosotros, si su asno ó su buey cae en algun pantano, no le sacará luego, aunque sea dia de sábado?» Debemos observar, que el evangelista, al referir estas palabras del Salvador, dice que las pronunció, contestando á los fariseos. Pero ¿cómo puede decirse que el Señor respondiese, cuando sabemos de cierto, que los fariseos nada le habian preguntado? Porque respondió, no á las palabras, puesto que no las habian articulado, sino á los pensamientos maliciosos que revolvian en su imaginacion. ¡Oh prueba admirable de la sabiduría divina, que penetra los corazones, y descubre hasta lo más recóndito que hay en ellos! Considerad

cuán clara, cuán precisa y cuán victoriosa fué esta respuesta. Fué lo mismo que decirles: «En vano os callais, miserables; con el silencio de vuestros labios no podeis ocultar á mis miradas divinas lo que pasa en vuestro corazon. Yo lo penetro con mi luz, y descubro en él los pensamientos maliciosos y los afectos torpes que lo agitan; leo la acusacion que me haceis, de haber quebrantado el dia de sábado, porque he curado un enfermo.»

No sin un poderoso motivo y un grande misterio, al citar el Señor dos animales, para refutar la acusacion injusta de los fariseos, eligió el buey y el asno. Isaías habia hablado de estos dos animales, diciendo, que reconocerian al Mesías, para confusion de la Sinagoga, que lo despreciaria: *Cognovit bos possessorem suum, et asinus præsepe domini sui, Israel autem me non cognovit* (Isai. i). Pues bien, segun la doctrina unánime de los Padres, citados por el venerable Beda, el profeta, bajo el emblema del buey, aludió al pueblo judío, cuya cerviz encallecida estaba oprimida por el yugo de la ley; y bajo el símbolo del asno, quiso significar el pueblo gentil, á quien tantos fabricadores de religiones humanas y tantos filósofos impostores habian subyugado, como un vil jumento, á innumerables errores y supersticiones. Ahora bien: el Señor, hablando de estos dos animales proféticos, recordó á los fariseos la profecía, dándoles su interpretacion; y en este hombre compasivo é interesado, á la vez, que viene en el último dia de la semana, en el sábado, á sacar al buey y al asno del pantano en que habian caido, se retrató á sí mismo, que vino al mundo en el último dia, ó en la última edad del mundo, para sacar á los dos pueblos, judío y gentil, del pantano de la concupiscencia en que se hallaban sumergidos. Fué, pues, como si dijera á los fariseos: «En un órden más noble y más importante he venido yo al mundo, para hacer, por caridad, lo que vosotros haceis por avaricia. Así como vosotros os dais prisa para sacar del pantano al buey y al asno, así yo he venido apresuradamente, para sacar al judío y al gentil de la profunda oscuridad de los errores y de los vicios en que habia caido. Este el fin de mi venida del cielo. ¡ Cuán grato me seria comenzar por hacer que esta mision, que he venido á cumplir sobre la tierra, fuese útil á vosotros especialmente ! Tened, pues, confianza en mí.

Por la misma razon obró el Señor á su presencia el milagro de la curacion del hidrópico. La hidropesía expresa perfectamente la avaricia de los bienes visibles y de los deleites temporales. De esta avaricia se hallaban poseidos los escribas y fariseos que estaban allí reunidos. Perteneciendo ellos, por lo general, á la secta de los saduceos, que

no creian en la espiritualidad del alma ni en la vida futura, sumerjidos en el más nécio materialismo, se daban prisa á gozar de las delicias fugitivas de la vida presente, y solo aspiraban á las dignidades y á las riquezas, porque con el oro y la autoridad se alcanza todo.

3. En vista de esto, el Señor, al curar al hidrópico del cuerpo, trató de curar estos miserables hidrópicos del espíritu; quiso sacar, con un milagro tan extraordinario, á estos estúpidos jumentos, á estos bueyes obstinados y duros, del abismo de la desesperacion en que estaban sumergidos, é inspirarles confianza en su misericordia y en su perdon; quiso decirles con el lenguaje, no de las palabras, sino de los hechos: «Considerad, desdichados, que así como con la virtud de mi divinidad restituyo á este enfermo la salud del cuerpo, puedo tambien perdonaros á vosotros y borrar los pecados de vuestra alma, si escuchais mis invitaciones.» Mas todo fué en vano. Aquellos enfermos frenéticos, léjos de aprovecharse de tan prodigiosa medicina, principiaron á detestar aún al mismo médico que se la ofrecia. Las palabras del Señor los humillaron, mas no los hizo arrepentirse; los confundió, mas no los convirtió. Luego que la ambicion ó la avaricia se apodera de un corazon, lo hincha, lo endurece y lo hace inaccesible á la accion de la gracia de Dios, y al espectáculo de las miserias de los hombres. La prosperidad lo embriaga, la tribulacion lo desespera, los castigos de Dios no lo quebrantan, la religion no lo conmueve, los buenos ejemplos no lo edifican, la gracia celestial no lo ablanda, la edad decrépita no lo desengaña, ni la misma muerte cercana lo hace despertar.

Tres son los caractéres principales que dan á conocer la hidropesía: primero, el hidrópico, devorado por una sed ardiente, que se aumenta en proporcion de lo que bebe; segundo, teniendo horriblemente hinchado el vientre ó el pecho, donde se reconcentran los humores, está árido y flaco en lo demás del cuerpo; finalmente, tiene débil é incierto el paso, la respiracion trabajosa y el aliento fétido. Pues ved aquí retratado el estado de nuestra alma, cuando estamos dominados por el amor de las cosas terrenas. En tal estado, verdaderos hidrópicos nosotros en el espíritu, impotentes para respirar con libertad en la pura atmósfera de las cosas divinas, imposibilitados de dar un solo paso en el camino de la salvacion eterna, dando á conocer con nuestros discursos profanos, terrenos y licenciosos la corrupcion de nuestras pasiones; somos torpes de corazon y pobres de espíritu, hinchados de apetitos torpes, y flacos de pensamientos y de sentimientos virtuosos. Somos devorados por una sed ardiente é inextinguible de riquezas, de honores, de deleites y de comodidades ter-

renas, que se enciende á medida que procuramos apagarla. Estamos deseosos de todo, y no estamos contentos con nada; somos viles en nuestro mismo orgullo, pobres en nuestra misma abundancia, é infelices en nuestra misma felicidad. Y ¿qué haremos para sanar de esta funesta enfermedad del espíritu, si por desgracia nos vemos acometidos de ella? Lo mismo que hizo el hidrópico del Evangelio para sanar de la enfermedad que afligia su cuerpo.

Él, desechando todos los remedios humanos, recurrió á los divinos; despidiendo á los médicos, fué en busca de Jesucristo. Ved ahí, pues, el remedio eficaz y el médico poderoso á quien debemos nosotros recurrir, y el único que puede curarnos. Con las lecturas perniciosas, con la asistencia á las representaciones dramáticas, no se curan las enfermedades del alma. Una curacion semejante es obra de la santa ley de Dios, que convierte las almas por la gracia que está unida á ella. Debemos, por lo tanto, ir en busca de Jesucristo.

En segundo lugar, el hidrópico buscó á Jesucristo, cuando éste se hallaba sentado á la mesa; y nosotros igualmente debemos ir en busca de él á los sagrados templos, donde él, en la sagrada Eucaristía, se halla como sentado á la mesa de su amor, no solo como Dios clementísimo, deseoso de perdonar todas nuestras culpas, sino tambien como médico compasivo, dispuesto á curar todas nuestras enfermedades. Si nos dirigimos con frecuencia á buscarle á este sagrado convite, la curacion de nosotros, desgraciados hidrópicos, es segura.

En tercer lugar, el hidrópico se presentó delante de Jesucristo sin decir una sola palabra. Pero si callaba su lengua, no callaba su corazon, lleno de fé en el poder del Señor y de confianza en su bondad. Del mismo modo nosotros no necesitamos hacer en presencia de Jesucristo grandes discursos con la lengua, habiéndonos dicho él mismo, que la eficacia de la oracion no depende de hablar mucho, sino de sentir mucho: *Orantes, nolite multum loqui* (MATTH. VI). Se necesita gritar delante de Dios, pero más bien con el corazon, que con la lengua, porque la gracia no se concede al gran clamor, sino al grande amor.

En cuarto lugar, las palabras del evangelista: *Erat ante illum*, indican, que el hidrópico, sin dirigir á Jesús una palabra, tenia fija la vista en él, esperando que sus miradas se encontrasen para hacer que, por medio de los ojos, pasase al corazon de Jesucristo el grito de su propio corazon. Ved aquí el retrato fiel de nuestra pobre humanidad, enferma, acongojada, abatida é impotente aún para expresar su propia enfermedad y su propio dolor; y ved aquí tambien el medio que nos queda para atraer sobre nosotros la piedad divina. Así como los pobres permanecen muchas veces en las calles en presencia de los ricos, sin decir una palabra, pero dirigiéndoles de vez en cuando una mirada triste, mostrándoles de cuando en cuando su miseria y su desnudez, lanzando una humilde queja ó un sordo suspiro, que dice mucho más que cualquier largo discurso; de la misma manera nosotros debemos permanecer en presencia de Jesucristo, fijando en él una mirada de respeto y de confianza, de humildad y de amor; una mirada, expresion sincera de la confusion, del dolor de nuestras enfermedades espirituales y del deseo de ser curados; una mirada, que, callando la lengua, explique toda nuestra miseria y mueva á compasion.

Finalmente, no diciendo el evangelista, que el hidrópico *estuvo*, sino que se *puso* delante de Jesucristo: *Erat ante illum*, expresa la perseverancia de la oracion, tanto más elocuente, cuanto es más silenciosa. Él no se ruboriza de permanecer allí, siendo el espectáculo y la burla de tantas personas: sufre con paciencia la mirada desdeñosa de los fariseos, los sarcasmos de los convidados y los insultos de los criados. Nadie lo compadece, nadie se interesa por él, nadie lo atiende. El mismo Jesucristo, que habia formado ya sus designios de piedad sobre él, para poner á prueba su fé, y acrecentar su mérito, al principio, aparenta que no lo ve, ni se cuida de él, no le dirige una palabra, ni una mirada. ¡Oh modelo! ¡Oh maestro de la oracion! El hidrópico no se desamina ni se acobarda por esto, sino que, permaneciendo en la misma actitud lastimera, fijo é inmóvil delante de Jesús, sin dirigirle ninguna queja secreta, espera con paciencia y resignacion el momento en que se digne el Salvador curarlo; y cuanto más desatendido se ve, tanta mayor es su esperanza. Ved aquí, pues, lo que debemos hacer tambien nosotros, si tarda el Médico celestial en concedernos el remedio que debe curarnos: debemos, no desmayar ni desconfiar, sino tener siempre fijas las miradas de nuestra esperanza y de nuestra oracion en nuestro Dios y Señor, hasta tanto que se digne compadecerse de nosotros.

No cabe la menor duda: el corazon amoroso de Jesucristo no resiste por mucho tiempo al espectáculo de nuestra miseria, ni al grito de una humildad fiel. La vista de nuestras enfermedades lo aplaca, lo enternece y lo mueve á piedad. Él nos volverá mirada por mirada y amor por amor; él extenderá sobre nosotros una mano piadosa, y nos curará de todas nuestras enfermedades, renovando en nuestra alma el prodigio que obró con el hidrópico en el cuerpo; y de esta manera

se dirá tambien de nosotros: *Et apprehensum sanavit eum, et dimisit*. Así sea.

HIJA DE JAIRO.

(LA)

Domine, filia mea modò defuncta est: sed veni, impone manum tuam super eam, et vivet
Señor, una hija mia acaba de morir: pero ven, impon tu mano sobre ella, y vivirá.
(MATTH. IX, 18.)

El texto evangélico nos refiere, que al hablar de Jesús, en cierta ocasion, el viejo Jairo, príncipe y cabeza de la Sinagoga, se acercó á él, y adorándole humildemente, le dijo: Señor, una hija mia acaba de morir; pero ven á imponer tu mano sobre ella, y recobrará la vida. Levantándose el Salvador, se fué tras él, llevando consigo á los apóstoles y á una multitud inmensa del pueblo, que casi siempre lo acompañaba, y le rodeaba tan estrechamente, que se hallaba como oprimido por ella. Vivia entónces una infeliz mujer que habia sufrido por espacio de doce años, y sufria aún un obstinado flujo de sangre, tocó el vestido de Jesús, y quedó al punto curada. El Salvador, dirigiéndole una mirada afectuosa, la dijo: Hija mia, tu fé te ha curado. Luego que el Salvador estuvo en la casa de Jairo, y viendo ya reunidos á los que debian formar el fúnebre cortejo, les dijo: Retiraos; la jóven á quien llorais, no ha muerto, solo está dormida. No habló así el Señor porque no estuviese la jóven verdaderamente muerta, sino porque lo estaba de un modo temporal y condicional, de suerte, que debia volver en sí dentro de poco. Sin embargo, como no comprendieron este lenguaje espiritual y divino, se rieron del Salvador, quien en justo castigo los echó de la casa: entrando luego en la estancia, donde yacia el frio cadáver de la jóven, la tomó por la mano; en señal de su supremo poder la levantó, y con aquella voz que impone respeto á la muerte, y la aleja, con su voz, que llama á la vida y en el mismo instante la hace comparecer, exclamó: Jóven, levántate; yo

te lo mando. Y al punto, el alma, ya separada, volvió á unirse al cuerpo de la doncella, y la hija de Jairo abrió los ojos, se levantó alegre, y echó á andar, llena de salud y de vida.

Esta es la historia literal; elevemos ahora la consideracion al gran misterio que está oculto en ella, y que los padres más doctos han reconocido unánimemente. Para interpretarlo con acierto, imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El padre de la jóven se llamaba *Jairo*, y esta palabra hebrea significa *iluminado* ó *iluminante*. El archisinagogo es, dice san Hilario, la figura de Moisés, cuyo rostro fué *iluminado* por Dios en el Sinaí, de suerte, que los hebreos no podian mirarle cara á cara; y despues de recibir la ley y la doctrina de salvacion y de vida, que nos comunicó en el sublime libro del *Pentateuco*, de *iluminado* por el Espíritu Santo, se convirtió en *iluminador* del mundo.

Postróse Jairo á los piés de Jesucristo para adorarle, en cuyo acto representó á Moisés, quien, al revelársele el gran misterio del Hijo de Dios, que habia de venir al mundo, naciendo de una vírgen, creyó en él, como enseña san Pablo, le tributó el homenaje de su adoracion cuando le vió en espíritu sobre el Sinaí; y despues, en realidad, en el Tabor, reconoció su poder divino y se sometió á su imperio. La hija de Jairo es el símbolo de la Sinagoga de los judíos, obra de Moisés, porque Moisés la constituyó. Esta obra de Moisés habia degenerado, hasta el extremo de que, á la venida de Jesucristo, los judíos habian olvidado casi del todo las tradiciones, la observancia de la ley de Dios, la fé de Abrahan y los verdaderos caractéres del Mesías; por esto, cuando apareció en medio de ellos, no le conocieron. ¡Mísera condicion de la Sinagoga! Cuando acudió á ella Jesucristo, el médico celestial, el que es la salud y la vida, entónces estaba muerta, en vez de presentarse sana y robusta. Ved ahí porque Jairo, al rogar á Jesucristo, que resucite su hija única, representa á Moisés, que tantas veces pidió al Señor la resurreccion espiritual de la Sinagoga, su hija única, á quien amó más que á sí propio.

Notad tambien, que el Salvador habia obrado, hasta entónces, siete milagros; y por lo tanto, el prodigio de la resurreccion de la hija del príncipe debia ser el octavo; mas, habiendo la hemorroisa salido al encuentro del Señor en el camino, donde la curó, esta curacion fué el octavo milagro de Jesucristo. Y por lo mismo, el milagro octavo, el milagro perfecto, destinado para la hija de Jairo, lo obtuvo la hemorroisa. Así tambien, la Iglesia de los gentiles ha pasado á ocupar el puesto destinado directamente á la Sinagoga de los judíos. Fué la

última en pedir su curacion, y ha sido la primera en conseguirla, segun la profecía de David, de que la Etiopía, ó sea, el gentilismo, maleado y desfigurado por sus vicios, habia de anticipar á Israel al tocar los vestidos del Hijo de Dios; habia de levantar la primera sus manos, tendiéndolas hácia él, en ademan de súplica, y habia de conseguir su curacion. Mas, al curar el Salvador á la hemorroisa, no dió al olvido á la difunta hija de Jairo, significando con esto, como dice san Pablo, que despues de convertidos los gentiles, se salvará tambien Israel: *Donec intraret plenitudo gentium; tunc salvus fieret omnis Israel* (Rom. xi). Así pues, Jesucristo, que, despues de curar á la hemorroisa, continúa su camino para resucitar á la hija de Jairo, nos manifiesta, que cada dia es más próxima la conversion de los judíos, ya que se van convirtiendo los gentiles.

En tanto que el Señor se dirigía á la casa de la jóven difunta, habian acudido á ella, segun costumbre, una turba numerosa y un gran número de tocadores de flauta, para acompañarla en el entierro. Con esto se nos significa lo que sucede en la actualidad; es decir, la turba de rabinos que rodean al pueblo judío, que se titulan maestros y directores de la Sinagoga viva, y no son sino los tristes cantores que deploran su muerte, la extincion de su reino, la abolicion de su sacerdocio y la destruccion de su templo. Estos cánticos son inútiles y estériles: en vano se repiten todos los sábados; serán impotentes para resucitar á la Sinagoga, hasta que Jesucristo la vuelva á la vida. La flauta, dice un docto expositor, produce un sonido suave al oido, pero incomprensible para el espíritu. Esos tocadores de flauta representan pues á los fariseos, que explican la Escritura al estúpido judío en el sentido literal, que, prescindiendo del espíritu, nada enseña. Por lo tanto, Jesucristo que luego de entrar en casa de la jóven difunta impuso silencio y mandó arrojar de ella á los músicos importunos, nos recuerda que, un dia, arrojará de entre los judíos á los impostores que los engañan, y dará vida á la letra muerta de la Escritura, que los adormece, sin instruirlos.

Encontró igualmente el Señor en casa de la difunta una multitud afligida y ruidosa. Esta circunstancia es tambien muy significativa; pues nos indica, que los judíos son un pueblo que alborota en el mundo, y no un pueblo creyente. Esta turba insolente, cuando el Señor le encargó que no llorase, diciéndole: «La jóven no ha muerto, sino que duerme,» tomó á burla sus palabras; por esto el Señor la arrojó de la casa, y, por consiguiente, la privó de presenciar el milagro de la resurreccion de la doncella. Esta turba es símbolo de los judíos, á quienes el Señor ha deseado siempre salvar; pero á quienes, en vista

de su obstinacion en no creerle, y de sus sacrilegios en no hacer caso de sus doctrinas y de sus milagros, los aparta de sí, y los priva de ver la milagrosa resurreccion de la Sinagoga. Jesucristo solo permite que presencien el milagro el padre y la madre de la difunta y sus tres apóstoles, porque la conversion de los judíos se realizará en virtud de la promesa hecha á Moisés, y conservada en la Iglesia; y porque la multitud de Israel recibirá entónces de la doctrina de los apóstoles la fé de Jesucristo. Jesucristo tomó de la mano á la jóven, ántes de resucitarla, porque la Sinagoga muerta no podrá resucitar, si Jesucristo no purifica con el contacto de su mano las manos de los judíos, que están manchadas con su preciosísima sangre. Por último, á la voz todopoderosa de Jesucristo resucita la jóven, echa á andar, y Jesucristo manda que le den de comer. Así tambien, la predicacion de Jesucristo, hecha por sus ministros, reanimará á la nacion judía, que está como muerta por atenerse á la letra de la Escritura; se sentará entónces á la mesa comun de la Iglesia, para alimentarse con la carne del Salvador, y andará con fervor y con celo por el camino de la salvacion eterna. Dignaos, Señor, en vuestra misericordia, activar este grande acontecimiento: reunid cuanto ántes á Ismael é Isaac, á Esaú y Jacob, á los hijos de Abrahan, segun la carne, y los hijos de éste patriarca, segun la fé; los judíos y los gentiles; Jerusalen y Roma; á fin de que, formando todos un solo pueblo, una ciudad, una familia, un redil vigilado por un mismo pastor, podamos todos alabar vuestro santísimo nombre, rendiros el mismo culto, ser partícipes de los mismos sacramentos, y conseguir la misma herencia y la recompensa eterna.

2. Los padres y los intérpretes están acordes en opinar, que la afortunada hija de Jairo representa tambien otro tierno y halagüeño misterio, en el cual todos debemos tener un grande interés: el misterio de la muerte de los justos. La sagrada Escritura, hablando de los pecadores, dice, que por el olvido en que tienen á Dios, al alma y la eternidad, por la seguridad funesta en que, néciamente tranquilos, viven en el pecado, son como hombres que pasan en el sueño su vida. Al contrario, dice, que los justos, dedicados á expiar, á corregir y á santificar todos sus pensamientos, todos sus afectos y todas sus obras, son como criados fieles, que velan constantemente, esperando la llegada de su señor: *Beati servi illi quos, cum venerit Dominus, invenerit vigilantes.* Mas, en la hora de la muerte, la suerte se cambia. El pecador, que ha pasado la vida durmiendo, en aquel terrible momento, despierta; y entónces se perturba su entendimiento, se desazona su corazon, se agita en busca del tiempo, que se le escapa,

de la gracia que le falta, y de la esperanza que le abandona. El justo, al contrario, que ha velado constantemente, en la hora de la muerte, sin remordimiento de lo pasado, sin afan por lo presente, sin temor de lo futuro, firme é inmóvil en su esperanza, empieza á descansar y á dormir en el seno de Dios.

Así, lo que Jesucristo dice de la jóven difunta: «No está muerta, sino que duerme;» debe entenderse como una exhortacion dirigida al cristiano fiel para que no tema la muerte, no solo porque el Salvador la ha santificado y la ha dulcificado, sujetándose á ella, sino tambien, porque la muerte, en la cual nos asiste con la gracia de los sacramentos, con el don de la perseverancia, con el libro de la predestinacion y con el beso de su amor, se trueca en un apacible sueño. Y ¿cómo es posible, en verdad, leer estas dulces palabras de Jesucristo: «No está muerta la jóven, sino que duerme;» sin acordarse de las consoladoras palabras de la Escritura sobre la muerte del justo? Los justos, dice el Sábio, en concepto de los nécios del siglo, parece que mueren tambien como los demás; pero no mueren, sino que pasan á descansar en un sueño tranquilo: *Visi sunt oculis insipientium mori; illi autem sunt in pace.* Ved como el niño, sin temor alguno, se duerme en los brazos de su madre; así los justos descansan en los brazos de Dios cuando mueren, y no experimentan las angustias de la muerte. El niño, que se duerme en el regazo de su madre, conserva y manifiesta con la sonrisa de sus lábios la tranquilidad de su corazon; así tambien el justo, que descansa en el seno de Dios, se sonrie en sus últimos momentos. Por esto, aunque nada hay más horrible y funesto que la muerte del pecador, así tampoco hay nada más precioso, más suave ni alegre delante de Dios que la muerte de los santos. ¡Calculad cuál sería el gozo de la jóven difunta, cuando, al llamarla Jesucristo á la vida, al abrir los ojos, se vió rodeada de los apóstoles, en brazos de Jesucristo, que la tenia todavía de la mano, y vuelta á la vida y al amor de sus padres! Y con todo, esta alegría no es sino una imágen imperfecta de la admiracion y del gozo inmenso, que experimentará el alma del justo, cuando, elevada por Jesucristo, despues del sueño de la muerte, á la vida inmortal, se encuentre en la celestial Jerusalen entre los coros de los ángeles, en compañía de los santos y de los apóstoles, en brazos de Jesucristo, y será presentada á su eterno Padre y á su amorosa madre María. ¡Oh, la alegría de una muerte como ésta basta para recompensar al cristiano humilde, mortificado, caritativo y piadoso, de todas las privaciones y de todos sacrificios aceptados para conservarse fiel á Dios, para observar sus leyes y para practicar la virtud! ¡Oh, cuánto bendecirá entónces una vida, que le ha proporcionado tan dichosa muerte! Con mucha razon la Escritura califica á los pecadores de nécios é insensatos, supuesto que tan mal comprenden sus intereses eternos. Los justos, los sencillos, los hombres recogidos, que se dedican al retiro, á la oracion, al celo y á la caridad: ved aquí los verdaderos sábios, los verdaderos filósofos, que conocen su bien y aciertan en sus cálculos. Pasan tranquilos y contentos su vida, y lo están tambien á la hora de la muerte.

¡Dios bondadoso y clemente! concedednos la gracia de acabar nuestra vida con la muerte santa, apacible y preciosa de los justos. Haced que nuestra muerte sea un sueño en la tierra, para que despertemos en el cielo; un tránsito de vuestra gracia, para descansar luego en vuestra gloria. Así sea.

HIJO PRÓDIGO.

(EL)

Homo quidam habuit duos filios.
Un hombre tenia dos hijos.
(LUCAS, XV, 11.)

Hace mucho tiempo, hermanos mios, que sale de mis lábios un lenguaje triste y severo; paréceme que os veo inclinados á quejaros y á decirme: «ministro del Señor, nos estais haciendo beber el amargo vino del temor y de la amenaza: *Potasti nos vino compunctionis* (PSALM. LIX, 5). Solo nos hablais del pecado y de los castigos que merece; solo desplegais á nuestra vista las terroríficas imágenes del juicio final y del infierno. En tanto que la tempestad de la justicia divina retumba sin cesar á nuestros oidos, nuestros temblorosos y consternados corazones se parecen á un terreno, que, herido por el rayo, se conmueve hasta sus entrañas y se abre por todas partes: *Conmovisti terram, et conturbasti eam* (PSALM. LIX, 4). ¿Para cuándo dejais el consolarnos y cicatrizar las profundas heridas que nos habeis inferido? *Sana contritiones ejus, quia commota est* (PSALM. LIX, 4). Pues bien, hermanos mios; ya que nos hemos ocupado de la justicia infinita, hablémos hoy de la infinita misericordia. No nos toca á nosotros describirla; y ¿pudiéramos, acaso, dar de ella una

de la gracia que le falta, y de la esperanza que le abandona. El justo, al contrario, que ha velado constantemente, en la hora de la muerte, sin remordimiento de lo pasado, sin afan por lo presente, sin temor de lo futuro, firme é inmóvil en su esperanza, empieza á descansar y á dormir en el seno de Dios.

Así, lo que Jesucristo dice de la jóven difunta: «No está muerta, sino que duerme;» debe entenderse como una exhortacion dirigida al cristiano fiel para que no tema la muerte, no solo porque el Salvador la ha santificado y la ha dulcificado, sujetándose á ella, sino tambien, porque la muerte, en la cual nos asiste con la gracia de los sacramentos, con el don de la perseverancia, con el libro de la predestinacion y con el beso de su amor, se trueca en un apacible sueño. Y ¿cómo es posible, en verdad, leer estas dulces palabras de Jesucristo: «No está muerta la jóven, sino que duerme;» sin acordarse de las consoladoras palabras de la Escritura sobre la muerte del justo? Los justos, dice el Sábio, en concepto de los nécios del siglo, parece que mueren tambien como los demás; pero no mueren, sino que pasan á descansar en un sueño tranquilo: *Visi sunt oculis insipientium mori; illi autem sunt in pace.* Ved como el niño, sin temor alguno, se duerme en los brazos de su madre; así los justos descansan en los brazos de Dios cuando mueren, y no experimentan las angustias de la muerte. El niño, que se duerme en el regazo de su madre, conserva y manifiesta con la sonrisa de sus lábios la tranquilidad de su corazon; así tambien el justo, que descansa en el seno de Dios, se sonrie en sus últimos momentos. Por esto, aunque nada hay más horrible y funesto que la muerte del pecador, así tampoco hay nada más precioso, más suave ni alegre delante de Dios que la muerte de los santos. ¡Calculad cuál sería el gozo de la jóven difunta, cuando, al llamarla Jesucristo á la vida, al abrir los ojos, se vió rodeada de los apóstoles, en brazos de Jesucristo, que la tenia todavía de la mano, y vuelta á la vida y al amor de sus padres! Y con todo, esta alegría no es sino una imágen imperfecta de la admiracion y del gozo inmenso, que experimentará el alma del justo, cuando, elevada por Jesucristo, despues del sueño de la muerte, á la vida inmortal, se encuentre en la celestial Jerusalen entre los coros de los ángeles, en compañía de los santos y de los apóstoles, en brazos de Jesucristo, y será presentada á su eterno Padre y á su amorosa madre María. ¡Oh, la alegría de una muerte como ésta basta para recompensar al cristiano humilde, mortificado, caritativo y piadoso, de todas las privaciones y de todos sacrificios aceptados para conservarse fiel á Dios, para observar sus leyes y para practicar la virtud! ¡Oh, cuánto bendecirá entónces una vida, que le ha proporcionado tan dichosa muerte! Con mucha razon la Escritura califica á los pecadores de nécios é insensatos, supuesto que tan mal comprenden sus intereses eternos. Los justos, los sencillos, los hombres recogidos, que se dedican al retiro, á la oracion, al celo y á la caridad: ved aquí los verdaderos sábios, los verdaderos filósofos, que conocen su bien y aciertan en sus cálculos. Pasan tranquilos y contentos su vida, y lo están tambien á la hora de la muerte.

¡Dios bondadoso y clemente! concedednos la gracia de acabar nuestra vida con la muerte santa, apacible y preciosa de los justos. Haced que nuestra muerte sea un sueño en la tierra, para que despertemos en el cielo; un tránsito de vuestra gracia, para descansar luego en vuestra gloria. Así sea.

HIJO PRÓDIGO.

(EL)

Homo quidam habuit duos filios.
Un hombre tenia dos hijos.
(LUCAS, XV, 11.)

Hace mucho tiempo, hermanos mios, que sale de mis lábios un lenguaje triste y severo; paréceme que os veo inclinados á quejaros y á decirme: «ministro del Señor, nos estais haciendo beber el amargo vino del temor y de la amenaza: *Potasti nos vino compunctionis* (PSALM. LIX, 5). Solo nos hablais del pecado y de los castigos que merece; solo desplegais á nuestra vista las terroríficas imágenes del juicio final y del infierno. En tanto que la tempestad de la justicia divina retumba sin cesar á nuestros oidos, nuestros temblorosos y consternados corazones se parecen á un terreno, que, herido por el rayo, se conmueve hasta sus entrañas y se abre por todas partes: *Conmovisti terram, et conturbasti eam* (PSALM. LIX, 4). ¿Para cuándo dejais el consolarnos y cicatrizar las profundas heridas que nos habeis inferido? *Sana contritiones ejus, quia commota est* (PSALM. LIX, 4). Pues bien, hermanos mios; ya que nos hemos ocupado de la justicia infinita, hablémos hoy de la infinita misericordia. No nos toca á nosotros describirla; y ¿pudiéramos, acaso, dar de ella una

idea exacta? Mas ella ha tenido á bien describirse por sí misma, y vosotros vais á reconocerla en los rasgos que la caracterizan. Ora se nos presenta como un pastor que posee cien ovejas, que le son queridas: habiéndose extraviado una de ellas, abandona las noventa y y nueve restantes, para correr trás la que se ha perdido; persíguela á través de espinas y abrojos; de torrentes y precipicios; y cuando, al fin, la alcanza, se la pone sobre los hombros, la vuelve al redil, é invita á todos sus amigos á regocijarse con él, diciéndoles: «Regocijaos conmigo, porque he hallado la oveja mia que se habia perdido.» Ora, como ya sabeis, es una viuda, que ha perdido una perla preciosa, y que se vuelve loca buscándola, y que se regocija igualmente con sus amigas de que su diligencia no haya sido inútil. Pero, entre las tiernas parábolas del Evangelio, ninguna hay que esté tan profundamente grabada en la memoria y en el corazon de los hombres como la del Hijo pródigo. Al oir esta expresion, no hay entrañas que no se conmuevan, no hay pecador que no conciba esperanzas, sean cuales fueren los desórdenes y extravíos de su vida. Así, pues, invito hoy á los pecadores á escucharme con toda atencion, los exhorto á que no se entreguen á un temor y abatimiento, que tambien puede ser peligroso; á levantar al cielo sus almas confiados, y á esperarlo todo, no solo de la clemencia, sino de un amor y de una ternura, que no tienen límites. El objeto especial del amor de Dios son los pecadores, y vá á probarlo por sí mismo, descubriéndose en los rasgos del incomparable Padre del Hijo pródigo. Voy, pues, oh pecadores, á demostraros: primero, que vuestros extravíos, por grandes que hayan sido, no han sobrepujado á los del Hijo pródigo; segundo, que estos extravíos, por excesivos que hayan sido, se os perdonarán como los del Pródigo, si le imitais en su arrepentimiento.

En una palabra: el primer punto abraza los extravíos del Hijo pródigo, que es la historia de los vuestros; y el segundo, la vuelta del Hijo pródigo á la casa paterna, modelo de vuestra reconciliacion con Dios.

¡Señor! ya sabeis que la mayor parte de los pecadores perecen, ménos por el apego á sus pasiones, y por su endurecimiento, que por la desconfianza en vuestra misericordia y el temor de la enormidad de sus pecados, creyendo no poder encontrar perdon ante vos. Dignaos, pues, hablar hoy por mi boca, y hacerles comprender, que no hay castigo irremisible aquí bajo; y que, por grandes que sean los crímenes que hayan cometido los que se llaman vuestros hijos, estais siempre dispuesto á devolverles la gracia, con solo que renuncien completamente á su iniquidad, y vengan de todo corazon á deponer su ingratitud á vuestros piés.

¡Oh Vírgen santísima, Madre de misericordia! Ayudadme para que pueda dar una idea justa de ella á cuantos me escuchan en este momento; que el Espíritu santo, con la uncion de su gracia, les haga sentir vivamente, oh Dios mio, hasta donde llega la extension, la inmensidad de vuestra clemencia y de vuestra misericordia, para que aquellos, á quienes el temor impide tomar el buen camino, se vuelvan hácia el más tierno de los padres, conducidos por el amor y el arrepentimiento. A. M.

1. *Un hombre tenia dos hijos.* Admirémos aquí, en primer lugar, hermanos mios, la condescendencia é infinita caridad de nuestro Dios, porque, hablando, como habla, de sí mismo, tenia derecho á denominarse Sér soberano Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, Rey de reyes, pues todos esos títulos y otros muchos le convienen; pero, sabe que la grandeza y la elevacion asustan, que ántes imprimen temor que confianza, y quiere atraernos por el amor; y por eso, se presenta á nosotros en figura de hombre, para que sepamos, que son nuestros su corazon y sus entrañas: *homo.*

Tambien quiere confundirse entre la multitud de los hombres, y dice: *Un hombre,* cierto hombre; *homo quidam.* ¡Oh! cuán propio de Dios es ese lenguaje, ya que para acercarse á nosotros, para sacarnos del abismo, se revistió de nuestra naturaleza, haciéndose verdaderamente hombre; y no queriendo distinguirse de los demás hombres, sino por una bondad y un amor de los que no hay ejemplo en la tierra: *homo quidam!* Todo cuanto aquí distingue á este hombre, que es vuestro Dios, consiste en ser padre: *Un hombre tenia dos hijos.* Y ¿por qué solo tenia dos, hermanos mios? porque los hijos de Dios, los verdaderos herederos de su reino, se dividen en dos clases; compuestas, una, de los justos, que han perseverado en la inocencia bautismal; y otra, de los pecadores, que la recobraron por la penitencia. Todos los demás serán excluidos de la herencia de Dios, y no deben contarse entre sus hijos: *homo quidam habuit duos filios.* El más mozo de éstos, *adolescentior ex illis,* es el que se extravía, porque la juventud es la edad de las pasiones ardientes y de los grandes descarrios. ¿Qué hace ese jóven? se presenta á su padre, y le dice: *Padre, dame la parte de la hacienda que me toca: Da mihi portionem substantiæ quæ me contingit* (Luc. xv, 12). No perdais de vista ni un instante, que ese jóven, hijo del padre de familia, es el pecador; y notad cuán indecorosas é injustas son, á la vez, las pocas palabras que pronuncia. Desde luego, indecorosas, porque, en lugar de hablar á su padre con respeto, lo hace con altanería;

no le dirige una súplica, ántes bien le manda: *Da mihi*: Despues, injustas: pretende heredar á su padre en vida, considera ya abierta la sucesion, y le dice: *Dame* la parte que *me toca*. *Da mihi portionem substantiæ quæ me contingit*. Entiendo, hermanos mios, que esta irreverencia y esta injusticia son rasgos, en los cuales todo pecador debe reconocerse á sí mismo. En efecto, ¿conoceis alguno de esos pecadores, que ruegue al Señor, que le pida con sumision, lo que conviene á sus necesidades, ó lo que sea capaz de contener el exceso de sus deseos? No; nunca: el pecador pretende arrebatar por fuerza y contra la voluntad de Dios, cuanto pueda satisfacer sus caprichos; desea llegar á igual altura que éste, gozar de las mismas riquezas que aquél; y si Dios no le proporciona los medios, estalla en murmuraciones contra él: ¿Por qué no me ha tratado Dios tan favorablemente como á los demás? ¿por qué no poseo un talento igual al de otros muchos? ¿por qué me niega iguales recursos, iguales resultados? ¿por qué no me dá mi parte de bienes? *Da mihi portionem*. Ni aun siquiera dice: Padre mio; sino: Dame: *Da mihi*.

No es ménos notable la injusticia en las disposiciones de su alma, que en el lenguaje de su boca. Olvida que el Padre celestial está siempre vivo; que sus derechos subsisten eternamente; que á él mismo le es imposible desposeerse de ellos; que todo lo que dá, continúa perteneciéndole; que él solo es el verdadero propietario, y no concede á las criaturas más que el goce de las cosas, con las condiciones que son de su agrado, y que nadie puede traspasar el límite que señala. Léjos de esto, el pecador considera todo cuanto ha recibido de su Dios como un bien propio, y del cual puede disponer con entera independencia: *Da mihi*. Gran Dios, dice en su interior, si es que alguna vez se digna hablarle; estoy dotado de inteligencia, y puedo servirme de ella para pensar en lo que guste; en adelante, creeré cuanto sea verosímil y cierto, ó me parezca tal. Fuera el yugo de la fé, que pesa sobre mi inteligencia; debo ser libre de creer y pensar lo que quiera: *Da mihi*. Tengo un corazon sensible; mi bienestar depende de los deseos, sentimientos y sensaciones que me procura; este corazon es mio, yo le daré la libertad que vuestra ley le niega; fuera esa ley; quiero gozar de mi independencia: *Da mihi*. Tengo sentidos, que contribuirán de distintas maneras á mi felicidad, con tal, que pueda usar de ellos á mi capricho. Y ¿por qué no he de tener yo ese derecho? *Da mihi*. Estoy rodeado de objetos, que pueden satisfacerme de mil modos diversos, si me sirvo de ellos segun mi voluntad. Y ¿por qué no hacerlo, ya que mi felicidad depende de ello? *Da mihi*. Ese es el lenguaje de los que se rebelan contra la

ley del Señor; por lo ménos, es el de su corazon, y á cada instante oimos, que el hombre nace libre é independiente, que es dueño de su propia inteligencia, y que con tal que no haga daño á sus semejantes, puede obrar como le plazca: *Da mihi*. Y ¿qué responde ese buen padre á una peticion tan injusta y audaz? ¿acaso se irrita, ó contesta con reconvenciones? No, hermanos mios; condesciende al deseo de un hijo, tan ingrato y rebelde, dividiendo los bienes entre sus dos hijos: *et divisit illis substantiam*. El uno tiene en patrimonio las delicias de la casa paterna, y goza de la presencia y beneficios de un padre tiernamente amado; habla con él, y se sienta á su mesa, lo cual basta para su felicidad. El otro desea bienes que puedan ser transportados á otro lugar; el oro y la plata serán su patrimonio. Cada uno recibe lo que ha deseado: *divisit illis substantiam*. Ahora bien, hermanos mios; ese reparto, más aterrador de lo que se crée, se verifica todos los dias entre nosotros, sin que nos demos cuenta de ello. Dios posee bienes de dos clases, temporales y eternos, los de la naturaleza y los de la gracia, los que satisfacen nuestras inclinaciones por una temporada, y los que nos procuran la felicidad eterna. Unos son santos, y otros profanos; cada uno es libre de escoger, y, con frecuencia, obtiene lo que pide. Estriba la felicidad de unos, en habitar la casa de su Dios, rodear sus altares, entonar en su honor cánticas piadosas, alimentarse de la divina palabra y de la substancia misma de su Dios; éstos obtienen lo que solicitan. Otros desean las riquezas de la tierra, los honores y dignidades, los talentos que brillan á los ojos de los hombres, la belleza y fuerza corporales, una larga vida; y, á menudo, Dios, en su cólera, atiende sus votos: *divisit illis substantiam*. Apenas el jóven obtiene lo que pide, se ocupa únicamente en reunir con avidez y codicia todo lo que su padre le dá. Pocos dias emplea en esta tarea: *Non post multos dies, congregatis omnibus* (Luc. xv, 13). Precipítase sobre los efectos de la liberalidad paterna, como sobre una presa; se lo apropia todo; ni aún siquiera da gracias á ese padre, que tan generoso ha sido con él; no le da ni la más mínima prueba de reconocimiento; no ofrece el menor regalo á ese hermano, á quien debia tanta estimacion y cariño; tampoco remunera á los servidores de su padre, que le prodigaron atenciones y servicios; no, todo es para él, amontona cuanto acaba de recibir de la bondad paternal: *congregatis omnibus*. Hé ahí, vuestro retrato, jóvenes, que, siguiendo las huellas del siglo, habeis olvidado á vuestro Dios. Quizá éste os haya concedido grandes talentos; quizá esteis adornados de más clara inteligencia que los demás, de un corazon más sensible, más generoso, más inclinado á la vir-

tud; quizá teneis mil ocasiones de fortuna en el mundo, y todos los dias os aprovechais de ellas: pero, aún no habeis demostrado el menor reconocimiento hácia Dios; cada dia veis brillar el sol sobre el horizonte, sin darle gracias por hacerle lucir para vosotros; os entregais al reposo de la noche, sin bendecirle por haberse dignado protejeros miéntras estais entregados al sueño; todos esos talentos, los acumulais, os los atribuis á vosotros mismos, los contemplais con orgullosa satisfaccion, creyéndoos su autor, y no los haceis servir en nada para la gloria de aquél que os los ha dado; hasta es muy posible, que os sirvan de arma contra él: *congregatis omnibus*. Satisfecha así su avaricia, el Hijo pródigo parte sin despedirse de su padre, sin dirigirle el último adios; quiere perder de vista esa casa, que se le hace odiosa, por más que en ella haya pasado sus primeros años de una manera tan dulce; aléjase tanto como le es posible, yéndose á una apartada region en busca de la felicidad á que aspira: *Peregrè profectus est in regionem* (Luc. xv, 13). ¡Ah! cuán perfectamente representa esta imágen al alma infiel á su Dios; esa alma, que gozaba de las delicias de la virtud en la verdadera casa paterna, en la Iglesia del Señor! Ha huido, alejándose, sin pedir á su Dios que le protegiera en las nuevas sendas en que iba á comprometerse. No se trata aquí de una distancia, que pueda medirse con la vista, sino de una distancia que separa á las almas unas de otras. Dos hermanos, que habitan bajo el mismo techo, hállanse, tal vez, separados por un inmenso espacio. El uno, mora en el cielo por sus pensamientos y deseos; el otro, se arrastra por la tierra, y puede considerársele como sumido en lo profundo de los infiernos. El primero, es morador de la Jerusalen santa; el segundo, de la Babilonia profana. Aquél, vive bajo el imperio de Dios; éste, bajo el de Satanás, su enemigo. Lo que éste ama, aquél lo aborrece. No puede haber entre ellos distancia, ni separacion más marcada: *Peregrè profectus est in regionem longimquam*. Pero ¿cuál es esa region lejana á donde se retira el pecador? Para uno, es la heregía, esa falsa iglesia, en cuyos brazos se arroja al salir de la casa de la verdadera Iglesia del Salvador, que es su madre. Para otro, es la incredulidad, la impiedad declarada, que profesa hoy, despues de haber confesado, en otro tiempo, las verdades de nuestra fé. Para todos, es el mundo. Hé ahí esa region tan apartada de Dios; region, que la gracia no ilumina, ó que raramente visita; donde se encuentran aún algunas almas justas, que conservan la union con el cielo; pero, donde la multitud se pierde: *Profectus est*. Allí, disipa en desórdenes y excesos todos los bienes que ha recibido de la generosidad de su padre: *Et ibi dissipavit substantiam suam*. ¡Oh! conoceis todo el valor de esos bienes que disipa el pecador, cuando, entregado á las máximas del mundo, se desentiende de la enseñanza que recibió en la casa paterna. El primer tesoro que pierde, es el de la inocencia bautismal, tesoro mucho más precioso que todos los demás; todas las virtudes infundidas, todas las virtudes adquiridas, todo queda disipado en un instante. Pierde el amor á Dios, la esperanza de los bienes eternos, y la misma fé; ya no conoce las verdades positivas, é ignórase á donde se encamina; ya no le queda consuelo en las desgracias de la vida, ya no tiene ni guia, ni regla en el camino del extravío: *Dissipavit*. Ha perdido los bienes de la naturaleza: muy á menudo, en el seno de la ociosidad y de la molicie, la inteligencia se apaga, debilítase el carácter, y se pierde todo sentimiento noble y generoso, convirtiéndose en un sér degradado é inútil. Ha perdido los bienes de fortuna: ¡cuántos pródigos, á imitacion de aquél que nos describe el Evangelio, destruyen su propia herencia, y para satisfacer sus apetitos desordenados, quedan reducidos á una extrema miseria! *Dissipavit*.

¿Qué es lo que le sucedió entónces al Hijo pródigo? *Postquam omnia consummasset* (Luc. xv, 14); cuando yá no le quedó recurso alguno, sobrevino en aquella region un hambre espantosa: *Facta est fames valida*. ¡Oh! qué palabra tan profunda! y ¡cómo se conoce que ha sido pronunciada por Dios! porque solo á él le es dado expresar pensamientos tan grandes con tan pocas palabras. Aquella region, segun hemos dicho, es el mundo, y allí es donde, hermanos mios, reina un hambre eterna: *Facta est fames valida*. Allí es donde están hambrientos todos los espíritus, todas las inteligencias, y todos los corazones, sin que encuentren recurso alguno para saciarse. Doy en el mundo con uno de esos hombres, que marchan apresurados por la senda de las riquezas; no tiene tiempo para detenerse. Le interrogo, no obstante, y le digo: «¿Hácia adonde correis? —Corro á la fortuna. —Pero ¡que! ¿Acaso os falta algo para satisfacer vuestras necesidades? por ventura no sois ya más rico que vuestros padres?—Ah! lo que poseo no es nada: contemplad á esos opulentos, que me superan con sus brillantes trenes, magníficos palacios é innumerables criados. ¿Por qué no he de gozar yo de lo que ellos gozan?» Este es un hambriento. Veo á aquel otro, que se precipita por distinto camino, con mayor ardor, si cabe; un fuego abrasador brilla en sus ojos; paréceme afanoso, consumido por la vehemencia del deseo: «¿Qué teneis, le digo, y adonde vais?—Voy á los honores, á las dignidades, á la gloria.—Pero si ya ocupais un rango distinguido entre vuestros se-

mejantes; ¿ y todavía no estais contento?—¡ Ah! puedo, sin avergonzarme, sin desesperarme, permanecer en el rango que ocupo? ¿puedo ver con indiferencia á tantos hombres que me son superiores? ¿Por qué no he de dar leyes á mis semejantes? ¿Por qué no he de ocupar el primero ó el segundo puesto del Estado?» Es un hambriento tambien. Detengo á un tercero, y le digo: «¿Por qué ese extravío que noto en vuestros ojos? ¿qué quereis?—Los placeres.—Pero ¿si habeis gozado de ellos hasta la saciedad?—¡ Ah! nada son en mi concepto los que he gozado.—Mas si ya experimentais el hastío por el abuso de esos placeres disfrutados?—Indudablemente; pero, es preciso que despierte esa saciedad por medio de otros nuevos: dejadme, la voluptuosidad me llama, y yo la sigo.» Es un hambriento. El sábio tambien tiene un hambre insaciable de ciencia: aquel, que quiere se hable de él en el mundo, que está ávido de fama, se entrega sin descanso á nuevos trabajos, para tener fija siempre sobre sí la atencion del público, es un hambriento. Todos los hombres están hambrientos en este mundo... y ¿pudieran dejar de estarlo? nada de lo que se nos ofrece para nutrir el alma, satisface nuestro insaciable apetito. Sí, hermanos mios; el mundo es un campo cubierto siempre de mieses, cuya apariencia es magnífica; pero desgranad una espiga, y solo encontrareis en ella pólvo y ceniza. Es una mesa eternamente cargada de manjares y frutos que seducen la vista. Precipítase uno con ardor, toma algunos de esos engañosos manjares: son aire, humo, y, con frecuencia, lodo: *Facta est fames valida in regione illa, et ipse cœpit egere.* ¡Ay! desgraciado Hijo pródigo! estaba satisfecho, nada faltaba á sus legítimos deseos, cuando habitaba bajo el techo de su padre; y hélo ahora reducido á toda clase de necesidades: *Et ipse cœpit egere.* ¡Oh! qué gran verdad, y cómo desearia hacérosla tangible en este acto! No solo es nuestro cuerpo el que tiene necesidad de ser alimentado; nuestra alma necesita tambien de ciertos alimentos que le son propios, y muere si se los niegan. Y, en efecto, déjanla morir la mayor parte de los hombres, privándola de su adecuado alimento. ¿Cuál es este alimento, hermanos mios? Nuestra alma, esa substancia espiritual y casi divina, se alimenta de verdad, de esperanza y de amor. Miéntras habitamos la casa de nuestro Padre celestial, la necesidad que sentimos de la verdad, se satisface con la fé; la que tenemos de esperar, por la confianza firme de que llegaremos á la dicha eterna; la que experimentamos de amar, se satisface uniendo nuestro corazon á un Dios infinitamente grande, y que se dá á sí mismo como objeto de todo legítimo amor. El hombre no vive tan solo de pan material, vive tam-

bien de la palabra divina; no tan solo de alimentos terrenales, sino tambien del cuerpo y sangre del Salvador del mundo, que se digna dársenos para alimentar nuestras almas. Cuando el pecador se aleja de esos manantiales de vida, y pretende alimentar su espíritu con toda clase de fantásticas ilusiones, que siempre son vanas é impuras; cuando intenta nutrir su corazon con todos esos vagos, insensatos y criminales deseos, que renacen incesantemente; cuando está sediento de toda clase de espectáculos, de todo cuanto puede degradarle y corromperle, de todo cuanto le sume en el vacío; siente ese apetito imposible de satisfacer, y que crece incesantemente: *Et ipse cœpit egere.* ¿Qué hará ese jóven, que ya no tiene padre, y que busca ahora los medios de subsistencia? Es menester que busque un amo que le dé con qué alimentarse. ¿Qué hace, pues, el Hijo pródigo? *Et abiit, et adhœsit uni civium regionis illius.* (Luc. xv, 15). Se adhiere, se dá, se vende á un habitante de esa region, á uno de los hombres ricos y poderosos del lugar. Pues bien, hermanos mios; ya lo hemos dicho: esa region es el mundo; sus príncipes son los príncipes de las tinieblas: *Princeps mundi hujus, tenebrarum harum.* Por consiguiente, ese jóven se hace esclavo de alguna pasion, que, en su loca esperanza, ha de indemnizarle de todo cuanto ha perdido. Cada una de esas pasiones tiene su demonio peculiar. Existe el demonio de la ambicion, el demonio de la avaricia, el demonio del placer y de la voluptuosidad. Hácese, pues, esclavo de uno de estos príncipes; y como de todos esos mónstruos del infierno, el que con más frecuencia esclaviza á la juventud es el de la voluptuosidad; como cada uno de esos demonios tiene sus agentes, sus seductores, y sus seductoras en la tierra, se forman lazos funestos, se toma por amo á uno de esos génios, que el infierno envia, y se hace esclavo suyo: *Et adhœsit*, etc. Este nuevo amo, le envia á su quinta de recreo: *Et misit illum in villam suam.* ¡Ah! contempla aquí tu retrato, jóven desventurado: en esto consisten los placeres que, en el primer momento, te procura el nuevo tirano á quien te has entregado; llena tu imaginacion de descripciones, y te promete deliciosos goces; te diriges á esa vengonzosa mansion, que se te abre como eden de placeres ó palacio encantado; piensas encontrar allí mil seductores objetos, que te colmen de dicha, y satisfagan todos los deseos de tu corazon. ¡Oh! ¡cuán deliciosos momentos te prometes! vas á contar las horas por nuevos placeres! Pero, apenas el infortunado Pródigo ha puesto el pié en el dintel de esa casa, donde fué enviado, cuando se le desnuda de los honrosos vestidos con que se adornara en la casa de su padre; vése cubierto de harapos, encer-

rado en una asquerosa pocilga, y rodeado por multitud de inmundos animales, de los cuales ha de ser pastor en adelante: *Et misit illum in villam, ut pasceret porcos* (Luc. xv, 15). ¿Cuál es ese rebaño inmundo, de que ha de ser pastor? ¿Me lo preguntais, pecadores? ¡Ah! ese rebaño es la imaginacion, insaciable de imágenes y de fantasmas impuros; es ese corazon do nacen sin cesar apetitos desordenados, y cuyas bajas inclinaciones quereis satisfacer; son esos sentidos, que os son comunes con los animales; esos sentidos, de que os haceis esclavos, que alimentais y halagais sin descanso; rebaño, verdaderamente inmundo, y del cual no sois más que pastores: *Ut pascere porcos*. Hé aquí pintada en este rasgo la eterna sabiduría de ese Dios, profundo conocedor del corazon del hombre, que ha creado. El Pródigo, léjos de sentir asco y horror hácia los groseros alimentos, que dá á esos animales, muy al contrario, los deseaba; querria, dice el Evangelio, henchir su vientre de los restos impuros, pero, nadie le proporciona los medios de hacerlo. *Cupiebat implere ventrem suum de siliquis, quas porci manducabant: et nemo illi dabat* (Luc. xv, 16).

¡Qué profundo sentido tiene esta expresion! Vais á verlo, hermanos miós: no quiero que tan solo atendais á la aspiracion ignominiosa para el hombre, de asimilarse al bruto, á esa envidia, que tiene al sér desprovisto de razon, destinado á pasto de podredumbre; no es eso, repito, lo que deseo que noteis en esas palabras, cuyo cumplimiento, sin embargo, vemos diariamente, puesto que ni un solo incrédulo ó moralista de esos que han usurpado el nombre de filósofos y sábios, ha dejado de manifestar alguna vez el deseo, de que el hombre tuviera la dicha de no pensar nunca en su último fin, de no sentir los importunos vituperios de su conciencia; y hasta muchos han sostenido y sostienen, que no existe diferencia positiva entre el hombre y el más vil de los animales. Estas palabras: Deseaba saciarse con el alimento de los cerdos, y nadie le proporcionaba los medios de hacerlo: *Et nemo illi dabat*, me llenan de admiracion. Meditadlas. ¿Acaso le es imposible al hombre sumirse, cuando quiere, en los excesos más vergonzosos é infames? ¿Por ventura, no puede imitar á los séres más abyectos que le rodean? Sí, no hay que dudarlo, está en su mano hacerlo; pero no es este el sentido de aquellas palabras.

Ese hombre corrompido querria, dice el Evangelio, henchir su vientre del alimento de aquel inmundo rebaño. El vientre representa aquí lo que hay de más íntimo en el hombre, es decir, su alma; esa alma, noble por su orígen y su naturaleza, se degrada, hasta ambicionar el

estado de los irracionales; quisiera, no solo participar de sus placeres, sino hallar en ellos su suprema felicidad, y esto no le es posible. Esa alma se envilece lo suficiente, para desear asemejarse á los brutos; pero su naturaleza espiritual, se opone á estos deseos, y nunca podrá persuadirse, que su fin sea semejante al de los brutos. Cuanto más busque su dicha en las voluptuosidades vergonzozas, mayor será el disgusto que experimentará, y el sinsabor y asco con que tendrá que arrojar aquello de que quisiera saciarse: *cupiebat implere*. Como el animal, que le sirve, quisiera encontrar su dicha en los placeres carnales: ¡vanos esfuerzos! El animal queda satisfecho realmente, cuando ha seguido su instinto; pero al hombre, le es imposible. No contento con descender al nivel del bruto, va con frecuencia más allá que éste, por el desarreglo, porque tiene un espíritu capaz de pensar en todo, y un alma, que vá más léjos que el placer. Siempre imagina, inventa algo más que aquello de que goza; despues de haber cometido desconciertos ordinarios, necesita cometerlos extraordinarios, monstruosos, y, por último, absurdos; pero no llegará nunca á poder hacer todo lo que desea, ni á ejecutar todo lo que invente: *cupiebat implere*. Héle ahí, pues, llegado á la cima de la degradacion; degradacion ¡ay! sobrado comun. Detengámonos, hermanos mios, ya que nada más hay que añadir á sus desórdenes; y despues de haber visto, que el Pródigo ha seguido la torcida senda de sus inclinaciones hasta el último término, despues de haber considerado la manera en que ha sido víctima, demostremos ahora, que no hay pecador alguno que pueda desesperar de su conversion, viendo de qué modo ha obtenido su perdon, y cómo ha verificado su vuelta. Aprendamos á imitarle, para reconciliarnos con nuestro Padre celestial.

2. Si el Pródigo, reducido á ese estado de envilecimiento y de miseria, se hubiera rebelado contra su suerte, y, ahogando la voz de su conciencia, se hubiese dicho á sí propio: «Es cierto, que por mi culpa he descendido al fondo del abismo y de la desgracia; pero, no quiero salir de él, sino que estoy resuelto á no retroceder; beberé la copa hasta las heces, buscaré mi alegría en mi oprobio, mi consuelo en la esperanza de que arrastraré á otros infortunados como yo á la misma profundidad de miseria;» si hubiese hablado y obrado de este modo, estaba perdido, como todos los pecadores endurecidos y rebelados contra el cielo. Pero léjos de obrar así, se reconcentró en sí mismo, dice el Evangelio: *In se reversus*. Aquí empieza su consuelo, porque esta primera palabra me parece que ya le ofrece uno. Hay en nosotros, hermanos mios, ó sea, en nuestras almas, un profundo retiro á manera de santuario, en el cual pronuncia Dios sus

oráculos, difunde su luz y su uncion. Siempre que nos retiramos á ese lugar profundo y sagrado, y hablamos con Dios, conservamos el gusto por la verdad, por el conocimiento y amor de la virtud; la dignidad de nuestro sér, el horror al pecado, y todo cuanto nos dá derecho á la felicidad eterna; mas, si nuestra alma sale de allí, si se difunde por los sentidos, primero, y luego, por los objetos exteriores, se olvida de sí misma, como se olvida de su Dios; se extravía léjos de sí, y, por lo tanto, se pierde; entónces no tiene otro recurso que reconcentrarse, en cierta manera, en su propio seno, refugiarse en sí mismo, y buscar al Dios, que en otro tiempo encontraba. Esto es lo que nosotros llamamos reconcentrarse en sí mismo: *In se reversus*. Hé ahí el grande efecto de la predicacion evangélica, hacer que esos infortunados pecadores, que corren trás los errores del siglo, se reconcentren en sí mismos, y disipar de este modo las tinieblas que los rodean: es el primer paso de su vuelta. El segundo, que hace en esta afortunada senda, es reconocer su miseria, y, recordando la dulce, tranquila y feliz existencia que llevaba en la casa paterna, compararla con el horroroso estado á que se vé reducido; y acordándose tambien de los esclavos que servian á su padre, exclama: ¡cuántos jornaleros en casa de mi padre, tan grande y tan bueno, tienen pan en abundancia, miéntras que yo estoy aquí pereciendo de hambre! *Quanti mercenarii in domo patris mei abundant panibus, ego autem hic fame pereo* (Luc. xv, 17)! Atreveos á decir, oh pecadores, quien quiera que seais, que no moris de hambre; venid á decirnos, que vuestra alma encuentra un verdadero alimento en todas las ilusiones, vanidades y falsos placeres con que tratais de nutrirla. No; vosotros estais hambrientos, y vuestra miseria no conoce límites. Acordaos de las dulzuras que probabais, del pan que os alimentaba en la casa paterna. Pensad en ello, jóvenes, á quienes Dios ha favorecido de un modo especial, que poseeis un talento cultivado, enriquecido por mil conocimientos, que quizá sois aplaudidos por vuestro ingenio: considerad cuán negros pesares os roen con frecuencia, cuántas penas son fruto de vuestros desórdenes, en qué abyeccion habeis caido bajo el imperio de vergonzosas inclinaciones; ved como todo le falta á vuestra alma, y comparad vuestro destino con el del sin número de pobres, de ignorantes, de hombres incultos, y que, sin embargo, tienen el pan en abundancia, el pan de la divina palabra, que la escuchan con consuelo y fruto, en tanto, que vosotros solo conoceis la duda y la incertidumbre, y, por consiguiente, os hallais sumidos en la ignorancia de lo más esencial: *Quanti mercenarii*. Pero el Hijo pródigo no se limita á reconocer su miseria; y este es el tercer paso de su vuelta. Toma la resolucion de salir de la abyecta y criminal situacion á que ha descendido: *surgam*. Yo me levantaré, dice mirando en derredor suyo. ¡Qué situacion horrorosa es esta en que me veo! ¡Qué viles animales me rodean! ¡Qué infecto alimento me es preciso compartir con ellos! Y ¡estos harapos que me cubren! Y ¡ese tirano que me tiene aquí cautivo en tal estado de degradacion! ¡Yo no le debo más que las cadenas de que estoy cargado, y las privaciones á que me condena! ¡Ah! yo me sustraeré á su imperio, romperé mis hierros, y saldré de un lugar tan indigno de mi nacimiento, y de la educacion que me dió mi buen y generoso padre: *surgam*. Y eso es lo que debeis hacer, oh pecadores, esa es la resolucion que debeis tomar. ¿De qué sirven las resoluciones vagas é inciertas, que, por decirlo así, se pierden en los aires? ¿Qué significa ese lenguaje, que usais á menudo: «Tengo pasiones que me subyugan y arrastran; es una desgracia: pero ¿qué puedo hacer?» ¿Qué podeis hacer? arrancaros al estado de molicie, romper los indignos lazos que os unen al crímen, salir de en medio de ese infame rebaño que os rodea, renunciar á ese alimento degradante con el que os nutrís, como indigno de un sér razonable; sacudir el yugo de vuestro tirano, é ir á vuestro padre: *surgam, et ibo ad patrem* (Luc. xv, 18). Se acuerda el Pródigo de ese tierno padre, experimentando un sentimiento de viva confianza: *ibo ad patrem meum*. No negaré, que he sido ingrato; pero él será siempre bueno: he sido un hijo desnaturalizado; pero él siempre es un padre tierno: he faltado, no amándole como debia; pero su amor hácia mí forma parte de sus entrañas y no temo que se debilite nunca: *surgam, et ibo ad patrem meum*. Anímete esa confianza, mi querido oyente, quien quiera que seas, aunque fueras un blasfemador, un enemigo de tu Dios; por más que hayas formado parte de las ligas del infierno, dí, que quieres romper tus cadenas: *surgam;* que estás resuelto á volver á tu padre celestial, que te ama siempre, y que no comenzará á aborrecerte, hasta el momento en que hubieras caido en los infiernos: *surgam, et ibo*. No se contenta el Pródigo con la resolucion, no se detiene en ella, sino que ejecuta al instante lo que le dicta su conciencia, lo que el espíritu de Dios le inspira: *surgam*. En este punto, sobre todo, es preciso imitarle, sin tardar ni un solo instante, porque los momentos de la gracia son decisivos.

En el momento en que la voz de Dios habla á un corazon, puede hacerlo todo; al siguiente dia, quizá, no podria ya hacer nada. Cuando san Pedro, cargado de cadenas, fué visitado en la cárcel por el Angel, que le dijo: «Levántate y sígueme;» si hubiera querido de-

jarlo para despues, el Angel habria desaparecido, y su cautividad hubiera continuado. Emancipaos, pues, carísimos oyentes, desde este mismo instante. En cuanto lo querais, todo quedará hecho. No os dejeis detener por obstáculos quiméricos. El Pródigo estaba encerrado en una pocilga; las puertas se abren, las dificultades cesan, en cuanto dá el primer paso, el primer movimiento para libertarse. Hélo ya en la senda que conduce á su padre. Pero ¿qué le dirá á ese padre? Consideradlo bien, hermanos mios, porque nada falta al ejemplo que él debe daros.

Confesará: este es el cuarto paso de su vuelta; confesará sus pecados: *et dicam ei*: *Pater, peccavi*: ¡Oh padre mio! he pecado contra el cielo, contra esa divina luz, que alumbra á todos los hombres; contra todos los habitantes de tu reino, que se han indignado de mis excesos. He pecado contra tí, de quien no he podido separarme, por más ardor que pusiera en la fuga; contra tí, cuyo ojo lo ve todo, que estás presente en todas partes, y lees lo que pasa en mi alma y en mi corazon, como lees lo que pasa en el universo: *peccavi in cœlum, et coram te* (Luc. xv, 18). ¿No confesaréis, vosotros tambien, vuestros pecados, oh hermanos mios? ¡Oh pecadores! ¿Continuaréis diciendo, que no haceis nada que no sea justo? ¿Preguntaréis cuáles son vuestras faltas, y qué imputaciones se os pueden dirigir? ¿Diréis, aún, que sois buenos hijos, buenos padres, buenos esposos, hombres honrados, y que no teneis que acusaros de nada? Abandonad tan insensato lenguaje, que no puede engañar á nadie. Aún cuando los hombres no tengan inculpacion alguna que haceros; ¿cuántas no habeis merecido por parte de Dios? El Pródigo no dice que haya pecado contra los hombres, sino que ha pecado contra el cielo.

Y vosotros, los que habeis blasfemado, los que habeis renunciado á toda práctica religiosa, que quizá habeis abusado de las cosas santas; vosotros, los que ya no reconoceis á Dios sobre la tierra, que habeis pecado contra el Cielo y en presencia de Aquél, que conoce todas vuestras obras, que oye todas vuestras palabras, y ve todos los movimientos de vuestra alma; ¡ah! decid tambien; *Pater, peccavi in cœlum, et coram te.*

El quinto paso de su vuelta es la humillacion sincera, verdadero sentimiento de humildad á la vista de sus extravíos. ¡Oh! padre mio! ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo: *Jam non sum dignus vocari filius tuus* (Luc. xv, 19). ¡Ah! yo renuncio á cuanto hacia mi felicidad en los dias de mi inocencia: sentarme á tu mesa, gozar de tu presencia, recibir de tí aquellas caricias que regocijaban mi corazon, habitar contigo bajo el mismo techo: soy indigno de todo

eso, he perdido todos los derechos que concedias á tu hijo: *Jam non sum dignus vocari filius tuus*. Humillaos, pues, oh pecadores, y acordaos de que el orgullo es el crímen de los crímenes, el crímen de los demonios; y aquel que en su pecado se atreva á aplaudirse á sí mismo, y llegue á querer justificar sus propios desórdenes, está, por lo mismo, tan distante de la justicia y de la virtud, como el cielo lo está del infierno.

El Hijo pródigo no se contenta con humillarse, quiere además hacer penitencia: Trátame, padre, como á uno de tus jornaleros: *Fac me sicut unum de mercenariis tuis* (Luc. xv, 19). ¡Ah! que yo no habite tu querida casa, sino una de las cabañas que hay en tus tierras! ¡Que no vuelva á llevar aquel honroso vestido que cubría á tu hijo, ni estos asquerosos harapos que ahora traigo; sino que se me vista como á tus esclavos y criados! ¡Que coma, no los manjares de tu mesa, sino el negro pan que los alimenta! ¡Que en vez de partir contigo los cuidados del gobierno de la casa, no tenga otro lecho que la dura tierra, y mi sudor riegue vuestra heredad, y tenga el consuelo de cultivar alguno de vuestros campos: *Fac me sicut unum de mercenaris tuis*! Hé ahí las disposiciones del Hijo pródigo; y ya se ha puesto en camino para la casa de su padre. Y su padre ¿qué hace? Cuando su hijo estaba todavía léjos: *Cùm adhuc longè esset;* cuando apenas habia dado los primeros pasos hácia él, le ha visto. Tenía siempre la vista fija en el camino por donde se habia alejado el hijo ingrato, y esperaba su vuelta: *Cùm adhuc longè esset, vidit illum pater ipsius* (Luc. xv, 20). Del mismo modo, Dios está atento á todos los movimientos de vuestra alma. Aún no habeis concebido la idea de volver á él, cuando ya os mira, sonriendo á tan santa y feliz resolucion. Os mira, y espera el fruto de los santos deseos que os habia inspirado: *Vidit illum pater ipsius.* Y ese padre, ¿qué dirá á la vista del hijo rebelde? ¿Dirá, acaso: «Hé aquí ese hijo desnaturalizado, que salió de la casa de su padre, ultrajándolo audaz é infamemente? Él mismo ha labrado su ruina; ¿y ahora vuelve á mí, cubierto de harapos y en tal estado, que podria creerme deshonrado con solo verle? ¿Le recibiré en mi casa? Nó: que se retire, y vuelva con aquellos que le han seducido á tan lamentable situacion.» ¡Ah! no este su lenguaje! Su padre le ve, y enternécensele las entrañas: *Vidit illum pater ipsius, et misericordia motu est.* ¿Esperará, á lo ménos, que llegue á su casa? ¿Se gozará en su primera confusion, en su natural temor? Nó, nó; quizá al infortunado jóven le faltaria valor para entrar en aquella casa, cuyas mismas paredes parecen acusarle; tal vez retrocedería, asustado, no atreviéndose á comparecer ante un padre,

que tiene contra él tantos motivos de queja. El padre, pues, baja y corre á su encuentro, ántes que haya tenido tiempo de articular una sola palabra, ni de hacer reflexion alguna, ni de experimentar ese temor, que naturalmente debia nacer en su alma. Ya le ha echado los brazos al cuello, y le ha dado el beso de paz y de amor: *Et acurrens cecidit super collum ejus, et osculatus est eum.*

Lo mismo hace Dios con vosotros, pecadores! En el momento en que formais la resolucion de presentaros al tribunal sagrado, para confesar vuestras culpas, se anticipa á vosotros; visita en secreto vuestras almas, y derrama en ellas su divina uncion; abre vuestro corazon á esos nuevos sentimientos, que lo conmueven hasta en sus más delicadas fibras. De ahí esas dulces lágrimas que, á pesar vuestro, derraman vuestros ojos: es que habeis ya recibido la primera prenda de reconciliacion, ese primer beso de paz, que debe haceros esperar, que se os concederá la divina gracia: *Et osculatus est eum.* Solo entónces, solo despues de haber recibido ese testimonio de ternura, es cuando el Hijo, penetrado de vivo arrepentimiento, tiene fuerza para pronunciar algunas palabras: «Padre mio, he pecado contra el cielo y contra tí; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.» Iba á añadir: «*Trátame como á uno de tus jornaleros;*» pero no tuvo tiempo. Su padre le interrumpe; le bastaba con haber visto el pesar y las lágrimas de su hijo. Vuélvese hácia sus criados, y les dice: «Presto, traed aquí luego el vestido más precioso con que me gustaba verle adornado en su infancia!» Pero ¿por qué motivo estas ropas han de traerse al momento? ¿Acaso para humillarle y cubrirle de vergüenza, por el contraste de la nítida blancura de ese vestido con los mugrientos harapos que le cubren? Nó: Traed su primitivo traje y ponédselo: *Cito proferte stolam primam* (Luc. xv, 22). Ponedle en el dedo este anillo, prenda preciosa de su alianza, y de la íntima union que tuvo la desgracia de romper: *Et date annulum in manum ejus.* No puedo verle de tal modo desnudo y harapiento; ponedle tambien ese honroso calzado que llevaba en mi casa: *Et calceamenta in pedes ejus.* ¿Lo habeis oido, hermanos mios? ¿Habeis reconocido ese sacramento de la penitencia, del cual nosotros, los sacerdotes de Jesucristo, tenemos la alta honra de ser ministros y dispensadores? ¿Habeis notado que el padre de familia, que aquí representa á Dios, no estaba solo cuando recibia la confesion del pecador; que al propio tiempo que el Hijo pródigo se acusaba, no fué él quien le puso la vestidura de la inocencia, sino que ordenó á sus ministros que lo hicieran: *Proferte et induite.* El primer efecto de la absolucion que el sacerdote pronuncia, es restablecer el alma en su

primitivo estado de inocencia. El segundo, reanudar la alianza rota con el Señor: ese el anillo devuelto á tantos otros pródigos por los ministros del padre de familia. El tercer efecto del sacramento, por la virtud y la gracia que van unidas á él, es, fortificar al penitente en la práctica de sus deberes, poniéndole, por decirlo así, ese calzado, con el cual marchará, en adelante, con paso firme y seguro por la senda del Señor, sin temor á la mordedura de la serpiente, ni á las espinas y abrojos que ántes le herian: *Et calceamenta in pedes ejus.* ¿Son estos todos los efectos de la bondad del padre, que tan bien representa al Dios de las misericordias? Nó, hermanos mios; el padre añade en seguida: Traed un ternero cebado: *Et adducite vitulum saginatum;* matadle, poned la mesa, y celebremos un banquete, y no tenga límites nuestra alegría: *Manducemus et epulemur;* puesto que este hijo mio estaba muerto, y ha resucitado; habíase perdido, y ha sido hallado; *Quia hic filius meus mortuus erat, et revixit; perierat, et inventus est.*

¿Será preciso, hermanos mios, que os hable ahora del otro sacramento que sigue al de la reconciliacion? ¿Os costará trabajo reconocer en la nueva gracia concedida al pecador resucitado, por virtud de la Penitencia, la mayor que puede alcanzar un cristiano, un hijo de la Iglesia, y, sobre todo, un pecador arrepentido? ¡Oh sacerdotes! subid al altar, id, y con la palabra omnipotente, que tantas veces pronuncian vuestros lábios, haced descender del cielo la inmaculada, el Cordero que fué sacrificado: *Et adducite vitulum saginatum.* Inmoladle de nuevo de una manera mística sobre el altar: *Occidite.* Poned la santa mesa; y que Dios, el ministro, y el convidado, es decir, el penitente, que ha obtenido su perdon, celebren juntos un festin, que llene de alegría á los mismos ángeles del cielo: *Occidite, manducemus et epulemur.*

¡Dios mio! cerca está la gran solemnidad de la Pascua, en la cual los justos y los pecadores arrepentidos se estrecharán en derredor de vuestro altar, y participarán de la alegría completamente divina que aquí se me representa. ¡Oh, Dios mio! que el dia en que ese banquete se celebre, lo sea de alegría para el mismo cielo! que los ángeles hagan resonar sus cánticos! que sea un dia de triunfo para el divino Redentor, para el Pastor de las ovejas descarriadas! que sea un dia de regocijo para los mismos pecadores! *Manducemus et epulemur.* ¡Que vuelvan, Dios mio, esos nuevos pródigos, que vuelvan confiados! ¡que no teman que los hijos mayores se sientan movidos á envidia, por la abundancia de gracias que se les concederán! ¡Sed, Señor, pródigo de mercedes para con ellos! olvidad á vuestros

primogénitos, disminuid los favores que acostumbrais concedernos! ¡Sea todo para esas almas, que han entrado de nuevo en el camino de la Cruz! Aún están débiles y flacas, tienen necesidad de consuelo y de que las fortifique vuestra divina uncion. Dádselo todo, y solo quede para nosotros lo necesario. ¡Oh, Dios mio! y ¡cuánto me complazco en representarme la alegría de esa solemnidad! ¡cuán grande es mi esperanza de que sea celebrada, aún en estos tiempos de infortunio, por un gran número de cristianos, que siempre han permanecido fieles ó que se han convertido! Si el cielo hace fiesta por un solo pecador que haga penitencia, ¿cuáles serán los transportes de júbilo que retumbarán en las bóvedas celestiales, cuando tengamos la dicha de ver, que los noventa y nueve pecadores se acercan al altar, se presentan todos á vuestra mesa para recibir el alimento divino, y podamos decir de cada uno de ellos: «Mi hijo estaba muerto, y ha resucitado: estaba perdido, y se ha hallado?» ¡Dios mio! para consuelo de vuestros ministros y de vuestra Santa Iglesia, esa casta esposa, que tan tiernamente amais, concedednos la gracia que os pedimos; y desciendan vuestras bendiciones con tanta abundancia sobre este auditorio, que produzcan frutos duraderos de conversion y santificacion para la felicidad eterna. Amen.

HIJO DE LA VIUDA DE NAIM.

(EL)

Ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suæ.

Hé aquí que sacaban á enterrar á un difunto hijo único de su madre.

(Luc. VII, 12.)

Luego que el Salvador hubo curado al siervo del Centurion, se dirigió en compañía de sus discípulos á la ciudad de Naim, á cuyas puertas se le ofreció un espectáculo que excitó su compasion. Iba á ser enterrado un jóven, hijo único, única esperanza, único apoyo y delicia única de una madre viuda, arrebatado por la muerte en la flor de sus años; y la desgraciada madre, pálida, desconsolada y llorosa, acompañaba el féretro, resuelta á sepultarse con su hijo, porque no se reconocia con fuerzas para vivir sin él.

El infortunio de esta jóven mujer, viuda y sin hijos, habia excitado en el público una compasion general. Pintada estaba la tristeza en todos los semblantes, la amargura hacía latir todos los corazones, y una inmensa multitud acompañaba á la infeliz madre, llorando con ella y doliéndose de su desgracia. Absorta la desconsolada madre en su acerbo dolor, no desplega sus lábios, ni dirige súplica alguna al Salvador. Mas no importa, el espectáculo de su dolor es una elocuente plegaria, que conmueve el corazon de Jesucristo. ¡Oh Señor! Vos no podeis presenciar las miserias del hombre sin compadeceros de él. Por esto el Salvador, acercándose á la afligida mujer, con enternecido acento le dijo: Tienes razon, desgraciada: pero no llores; yo estoy aquí para devolverte tu hijo: se acercó al féretro en que yacía el frio cadáver del jóven, tocóle, y con voz omnipotente, exclamó: Jóven, yo te lo mando: levántate. ¡Admirable poder de Dios! Apenas el Hijo de Dios acababa de pronunciar estas palabras, cuando, levantándose el difunto y sentándose, rebosando salud y vida, en el mismo féretro, comenzó á conversar alegremente con los que estaban en su inmediacion. Entónces, tomándolo el amoroso Salvador de la mano, y haciéndole bajar del féretro, lo presentó á su madre, diciéndole: Véte en paz, mujer venturosa; ya tienes vivo á tu hijo.

Tan extraordinario prodigio excitó en todos los circunstantes un sentimiento de temor reverencial, mezclado de admiracion y de asombro; mas, despues, dando todos libre rienda á la gratitud, comenzaron á gritar con el mayor entusiasmo: Alabado y glorificado sea Dios: porque el gran Profeta está ya entre nosotros, y porque este Dios piadoso ha venido ya en persona á visitar á su pueblo.

Ved aquí el tierno é interesante suceso que nos refiere san Lucas: una historia sencilla y clara en su sentido literal; pero que, en su sentido espiritual, envuelve profundos misterios, y se presta para deducir de ella lecciones importantes.

Hagamos algunas reflexiones sobre ella, y no podreis ménos de admirar, por una parte, la profunda miseria de los pecadores; y por otra, la misericordia de Jesucristo, que los llama á la vida de la gracia por las oraciones de su Iglesia. Esto es lo que formará el objeto del presente discurso: en él encontrareis motivos para consolaros y edificaros. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El cadáver del hijo, cuya pérdida lloraba la desconsolada viuda de Naim, habia sido ya sacado de la ciudad para ser enterrado.

primogénitos, disminuid los favores que acostumbrais concedernos! ¡Sea todo para esas almas, que han entrado de nuevo en el camino de la Cruz! Aún están débiles y flacas, tienen necesidad de consuelo y de que las fortifique vuestra divina uncion. Dádselo todo, y solo quede para nosotros lo necesario. ¡Oh, Dios mio! y ¡cuánto me complazco en representarme la alegría de esa solemnidad! ¡cuán grande es mi esperanza de que sea celebrada, aún en estos tiempos de infortunio, por un gran número de cristianos, que siempre han permanecido fieles ó que se han convertido! Si el cielo hace fiesta por un solo pecador que haga penitencia, ¿cuáles serán los transportes de júbilo que retumbarán en las bóvedas celestiales, cuando tengamos la dicha de ver, que los noventa y nueve pecadores se acercan al altar, se presentan todos á vuestra mesa para recibir el alimento divino, y podamos decir de cada uno de ellos: «Mi hijo estaba muerto, y ha resucitado: estaba perdido, y se ha hallado?» ¡Dios mio! para consuelo de vuestros ministros y de vuestra Santa Iglesia, esa casta esposa, que tan tiernamente amais, concedednos la gracia que os pedimos; y desciendan vuestras bendiciones con tanta abundancia sobre este auditorio, que produzcan frutos duraderos de conversion y santificacion para la felicidad eterna. Amen.

HIJO DE LA VIUDA DE NAIM.

(EL)

Ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suæ.

Hé aquí que sacaban á enterrar á un difunto hijo único de su madre.

(Luc. VII, 12.)

Luego que el Salvador hubo curado al siervo del Centurion, se dirigió en compañía de sus discípulos á la ciudad de Naim, á cuyas puertas se le ofreció un espectáculo que excitó su compasion. Iba á ser enterrado un jóven, hijo único, única esperanza, único apoyo y delicia única de una madre viuda, arrebatado por la muerte en la flor de sus años; y la desgraciada madre, pálida, desconsolada y llorosa, acompañaba el féretro, resuelta á sepultarse con su hijo, porque no se reconocia con fuerzas para vivir sin él.

El infortunio de esta jóven mujer, viuda y sin hijos, habia excitado en el público una compasion general. Pintada estaba la tristeza en todos los semblantes, la amargura hacía latir todos los corazones, y una inmensa multitud acompañaba á la infeliz madre, llorando con ella y doliéndose de su desgracia. Absorta la desconsolada madre en su acerbo dolor, no desplega sus lábios, ni dirige súplica alguna al Salvador. Mas no importa, el espectáculo de su dolor es una elocuente plegaria, que conmueve el corazon de Jesucristo. ¡Oh Señor! Vos no podeis presenciar las miserias del hombre sin compadeceros de él. Por esto el Salvador, acercándose á la afligida mujer, con enternecido acento le dijo: Tienes razon, desgraciada: pero no llores; yo estoy aquí para devolverte tu hijo: se acercó al féretro en que yacía el frio cadáver del jóven, tocóle, y con voz omnipotente, exclamó: Jóven, yo te lo mando: levántate. ¡Admirable poder de Dios! Apenas el Hijo de Dios acababa de pronunciar estas palabras, cuando, levantándose el difunto y sentándose, rebosando salud y vida, en el mismo féretro, comenzó á conversar alegremente con los que estaban en su inmediacion. Entónces, tomándolo el amoroso Salvador de la mano, y haciéndole bajar del féretro, lo presentó á su madre, diciéndole: Véte en paz, mujer venturosa; ya tienes vivo á tu hijo.

Tan extraordinario prodigio excitó en todos los circunstantes un sentimiento de temor reverencial, mezclado de admiracion y de asombro; mas, despues, dando todos libre rienda á la gratitud, comenzaron á gritar con el mayor entusiasmo: Alabado y glorificado sea Dios: porque el gran Profeta está ya entre nosotros, y porque este Dios piadoso ha venido ya en persona á visitar á su pueblo.

Ved aquí el tierno é interesante suceso que nos refiere san Lucas: una historia sencilla y clara en su sentido literal; pero que, en su sentido espiritual, envuelve profundos misterios, y se presta para deducir de ella lecciones importantes.

Hagamos algunas reflexiones sobre ella, y no podreis ménos de admirar, por una parte, la profunda miseria de los pecadores; y por otra, la misericordia de Jesucristo, que los llama á la vida de la gracia por las oraciones de su Iglesia. Esto es lo que formará el objeto del presente discurso: en él encontrareis motivos para consolaros y edificaros. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El cadáver del hijo, cuya pérdida lloraba la desconsolada viuda de Naim, habia sido ya sacado de la ciudad para ser enterrado.

La ciudad, segun algunos intérpretes, significa el cuerpo humano, en que está el alma encerrada como en su propia ciudad. Esta simbólica ciudad del cuerpo humano tiene sus puertas en los cinco sentidos. Así, pues, las puertas de la ciudad de Naim, de que hace mérito el evangelista, pueden indicar los sentidos corpóreos. En tanto que el hombre se sirve de sus sentidos para servir y alabar á Dios, para socorrer al prójimo y santificarse á sí mismo, estas puertas misteriosas son *puertas de gloria y de vida*, puertas embellecidas con el augusto blason de la gracia y de la santidad; porque el resplandor de la santidad y de la gracia que adornan interiormente al alma fiel, se trasluce al través de los sentidos corpóreos, y, por lo tanto, son puertas donde resuenan las alabanzas y las bendiciones de Dios, y que cooperan á la edificacion del prójimo. Mas, cuando estos sentidos, que Dios nos ha dado para nuestra verdadera utilidad y para su gloria, se prestan al desórden de las pasiones, entónces se trueçan en puertas *de la muerte*. En el jóven difunto, que era conducido fuera de la ciudad, vemos figurado el hombre pecador, que, por medio de un acto cualquiera de su cuerpo, manifiesta la muerte de su alma, é indica la perversidad de su corazon. Del cadáver de Naim dice explícitamente el historiador sagrado, que yacía sobre el féretro mortuorio, y era conducido por los ancianos al sepulcro. ¡Oh qué gran misterio envuelven estas circunstancias! Nos manifiestan claramente el estado funesto del pecador *fuera de la ciudad*, ó sea, que ha revelado ya á su familia, á sus compañeros, á sus amigos, á sus vecinos y al público el secreto de su pecado. El féretro mortuorio representa la conciencia endurecida ó indiferente, en la que este pecador descansa tranquilo. El hijo de la viuda de Naim, tendido en el féretro, es insensible al destino que se prepara á su cadáver, próximo á ser sepultado, y á lás lágrimas que su madre y todo el pueblo vierten por su muerte prematura. Así tambien el pecador, miéntras sobre el féretro funesto de su conciencia cauterizada é insensible es llevado al infierno; miéntras todos se afligen y deploran sus desórdenes presentes y su próxima sepultura en el infierno, solo él parece no sentir su propia desgracia ni el daño de otros, su estado propio ni el dolor ajeno; y nada le importa la salud que degenera, ni el patrimonio que vuelve á ménos, ni la vida que se acorta, ni la reputacion que pierde, ni la familia á la que aflige, ni los amigos á quienes esconsuela, ni el público al que escandaliza, ni la religion que deshonra, ni su propia alma que impele á la condenacion eterna; y en medio del sentimiento general, el pecador es el único que no se disgusta; y en medio del llanto comun, el pecador es el único que no se aflige, no se desazona ni se inmuta; sino que, desenvuelto, tranquilo, alegre y satisfecho de su suerte, se deja conducir al abismo, para ser sepultado en él cuando ménos lo espere, como el nécio y lascivo carnero, que, coronado de flores y brincando por el campo, es conducido al sacrificio.

En los ancianos que llevaban á sepultar al jóven difunto, vemos representadas las inmundas afecciones y las torpes pasiones, que conducen invisiblemente al hombre á la muerte, y los falsos amigos, que con seductores halagos y con adulaciones perversas, miéntras excusan, aprueban y aplauden los pecados de los jóvenes, acrecientan su número y llevan su medida al colmo. Estos son los hombres de corazon duro, de quienes Jesucristo dice en el Evangelio: «Dejad á los muertos que entierren sus muertos;» significando con estas palabras á los pecadores, verdaderos muertos en el órden de la gracia, que, animándose mútuamente con el favor, con las adulaciones y los consejos, para darse al pecado, ejercen recíprocamente el terrible oficio de sepultarse unos á otros bajo la lápida pesada del mútuo respeto humano, para que ni aún siquiera les quede la esperanza de la resurreccion.

La madre viuda, que con su dolor consigue la gracia de ver resucitado á su hijo único, haciéndole renacer con su llanto, representa á nuestra santa y augusta madre la Iglesia, la cual, despues que su divino Esposo subió á los cielos, no lo ve corporalmente á su lado, y está como viuda en el mundo. ¡Grande y profundo es el misterio de la Iglesia! Todos los verdaderos fieles de Jesucristo, como que están unidos entre sí por la profesion de una misma fé y por el vínculo de una misma caridad divina, forman *una* Iglesia, la esposa amada del Dios Salvador. Pero en cuanto cada uno recibe la doctrina y la gracia, como dones de Dios concedidos en propiedad á todo el cuerpo de la Iglesia, se convierte en verdadero hijo de esta sociedad, y la sociedad se convierte en su verdadera madre. La Iglesia es nuestra verdadera madre, porque nos engendra realmente para Jesucristo, y nos hace verdaderos hijos de Dios. Esta sociedad divina devuelve á cada uno de los individuos que la constituyen, el amor que los une á todos ellos, y, por lo tanto, puede decirse con verdad, que la Iglesia nos profesa un amor y una ternura de madre; y que si incurrimos en pecado, nos llora como se llora la muerte de un hijo. La viuda de Naim, al llorar amargamente los frios restos de su hijo único, difunto, representa la comunion de los verdaderos fieles, que, unidos por la fé y animados por la gracia, forman la Iglesia viva, la Iglesia madre, y no cesan de orar y de llorar en la presencia de Dios la

muerte espiritual de los pecadores. Vosotros, que censurais, que os reís y haceis burla de las mortificaciones, del recogimiento, de los sacrificios y oraciones de las almas justas, ved cual es vuestra locura! Estas oraciones, estos sacrificios, este recogimiento, esta penitencia de tantas almas puras y fervorosas, son el escudo que os preserva, son las recomendaciones, merced á las cuales Dios os tolera en el mundo, y se os prepara el camino de la gracia y del perdon. ¡Oh, cuánto mayor seria aún en este mundo el castigo de los pecadores, si no fuese por las oraciones de los justos!

La viuda de Naim, con su afliccion y su dolor, enterneció y conmovió profundamente el corazon de Jesucristo. Con la compasion que el Salvador experimentó al ver el desconsuelo de esta viuda, que lloraba la muerte corporal de su hijo, quiso manifestarnos, que se enternece y se conmueve á la vista de las lágrimas contínuas que derrama la Iglesia, su esposa, por la muerte espiritual de sus hijos. Así, pues, Jesucristo, al decir á la viuda de Naim, «no llores,» promete, desde entónces, oir las oraciones de la Iglesia en favor de la resurreccion espiritual de los pecadores, y darle el medio de que los pecadores puedan resucitar; es decir, el poder sacramental de absolver todos los pecados. El Salvador previó, que ciertos hombres, animados por un terrible odio contra el pobre género humano, propio de Lucifer, negarian el dogma de la *remision de los pecados*, sin reparar, que de esta suerte quitan al cristiano caido hasta la esperanza, le sumergen, ya en esta vida, en el abismo de la desesperacion, y le impelen á que se abandone á todos los vicios! Imposible pareceria, que hubiese hombres capaces de enseñar unas doctrinas tan fatales, si no supiésemos por el mismo Salvador, que hay ciertos hombres, á quienes el demonio inspira los instintos homicidas que ha tenido siempre contra el hombre, que les infunde su espíritu, les pone en boca su propio lenguaje, los hace sus hijos, su descendencia, sus cooperadores y los ciegos ejecutores de sus infernales deseos. Ved aquí á los heresiarcas, y, por lo tanto, la herejía es esencialmente cruel y enemiga del hombre; procura viciarle, convertirle en bruto, y hacerle infeliz en esta vida y en la futura.

Sin embargo, no se concretó el Señor á confirmar en este tierno pasaje el dogma *del perdon*, sino que declaró tambien su razon y su mérito, su principio y su fundamento. El féretro en que yacía el jóven de Naim, por su forma y su uso, significaba, como hemos visto, el triste misterio de una conciencia endurecida, que permite al hombre estar tranquilo en su pecado; mas, por la materia de que estaba formado, es decir, de madera, indicó el leño de la prevaricacion primitiva, el árbol fatal por el que todos tuvimos muerte en Adan, y éramos conducidos al abismo, como los muertos al sepulcro. ¡Oh, leño funesto para nosotros! Pero luego que el Hijo de Dios se acercó á tocarlo; es decir, cuando hubo extendido sus brazos divinos sobre el *leño* de la cruz; cuando se hubo colocado en este féretro de dolor, sufriendo en él la muerte que el primer hombre habia merecido para sí y para los demás hombres; con este divino contacto, con este sueño misterioso, trocó el féretro de muerte en carro triunfal de vida. ¡Dichoso, pues, el jóven de Naim, conducido sobre el *leño*, que es el símbolo y la esperanza de la resurreccion! Jesucristo, que al tocar el fúnebre leño volvió á la vida al difunto jóven, nos indicó, á la vez, que los hombres, por el mérito de su cruz, habian de conseguir el perdon, la salud y la vida espiritual.

Consigna al propio tiempo el evangelista, que, al tocar el Señor el féretro del jóven difunto, se detuvieron los ancianos que lo conducian. Ved aquí la figura de un gran misterio: cuando Jesucristo tocó con su cuerpo el leño de la cruz, todas las concupiscencias, todas las pasiones, todos los malos deseos que inducen al hombre al abismo, perdieron sus brios, vieron contenidos sus fatales progresos. Ved aquí lo que hizo clavado en cruz el Salvador del mundo por el género humano entero, que, habiendo muerto en Adan y siendo crucificado en Jesucristo, resucitó espiritualmente en Jesucristo y con Jesucristo por medio de la cruz. Esto mismo reproduce á cada instante el Salvador con los cristianos, á quienes aplica el valor y el mérito de su cruz. En efecto, apenas el Señor, cediendo á las súplicas de la Iglesia, se acerca al cristiano pecador, y con su gracia toca su conciencia, le pone en vacilacion y despierta en ella los remordimientos; luego que le hace saborear las delicias de uno de los más bellos frutos del árbol de la cruz, que es la contricion, los deseos impuros desaparecen, pónese coto á las pasiones, porque no tienen fuerza para continuar arrastrando al hombre hácia el abismo; y las mismas tentaciones exteriores, ó las pasiones personificadas en los aduladores de los vicios, en los maestros de la iniquidad, al verse olvidadas y despreciadas, se retiran y desaparecen.

2. El jóven difunto, que luego de oir la voz de Jesucristo, como un hombre que despierta de un sueño, abrió los ojos y se sentó sobre el lecho de muerte, fué una figura de tantas almas muertas por el pecado, á quienes el Señor, con la voz misteriosa de sus llamamientos internos, resucita todos los dias á la gracia. Jesucristo entregó á la desconsolada madre el hijo resucitado; así tambien el pecador, resucitado á la gracia por la palabra omnipotente de Jesucristo, *Ego te*

absolvo, que el sacerdote pronuncia en su nombre, es entregado realmente á su madre, porque se le hace entrar de nuevo en la comunion espiritual de la Iglesia.

Mas ¿quién podrá expresar dignamente la sorpresa, la admiracion y la alegría de la madre viuda, al ver vivo, sano y rebosando juventud y gracia á su hijo único, á quien lloraba muerto? Ved aquí una figura y una muestra de la alegría que experimenta la Iglesia, cuando ve á los pecadores resucitados espiritualmente á la gracia. Y ¿quién pudiera expresar, en verdad, la alegría que las almas, verdaderamente santas y piadosas, que son, en cierto modo, el alma y el espíritu de la verdadera Iglesia, experimentan á la vista de los pecadores convertidos? ¡Ah! no hay placer, por vivo é intenso que sea, producido en los hombres por causas humanas, que pueda compararse al sentimiento delicioso é inefable de esta alegría pura y espiritual. Solo el de una madre, que ve súbitamente devolverle vivo su hijo difunto, puede representarlo en algun modo. Mas esta santa é inefable alegría no se concreta á la tierra, sino que, como dice el mismo Jesucristo, se eleva y se difunde en el cielo. Al resucitar un pecador á la gracia, por medio del arrepentimiento, la Iglesia triunfante se alegra como la Iglesia militante; los ángeles lo celebran, lo propio que los santos; los justos, que están en este mundo, y los bienaventurados, á coro bendicen y alaban por semejante gracia la divina misericordia.

En vista del portento de la resurreccion del jóven, el pueblo de Naim exclamó: El gran Profeta se ha presentado ya entre nosotros, y Dios ha venido á visitar á su pueblo. Este grito, dicen los Padres, es misterioso y profético, é inspirado por el Espíritu Santo; pues *profeta*, entre los hebreos, significaba *doctor*, y el acto de visitar es peculiar del médico que va á ver un enfermo. Hé aquí como el pueblo de Naim, al llamar á Jesucristo doctor y médico, consigna y vaticina los dos principales caracteres del Mesías, los dos objetos de la mision del Hijo de Dios entre los hombres: el de desvanecer las tinieblas de sus entendimientos *con su doctrina*, y curar *con su gracia* la corrupcion de sus corazones; el de iluminarlos con su luz, y lavarlos con su propia sangre. ¡Oh, cuán bello es oir al Señor, entre las humillaciones de su vida, entre las calumnias y las blasfemias de que sus enemigos hicieron objeto á su persona y su nombre, proclamado verdadero Hijo de Dios, verdadero Mesías y Salvador, por la confesion libre y espontánea del pueblo, que es la voz de Dios, y por el testimonio público, ajeno del todo á la influencia de la envidia y de las pasiones bastardas y bajas!

La visita á que se refiere el pueblo de Naim, es la misma visita de

que treinta años ántes, realizado apenas el misterio de la Encarnacion del Verbo, habló Zacarías, padre del Precursor, diciendo: El verdadero Oriente ha venido de los cielos á *visitarnos*, para darnos á conocer toda la ternura de la misericordia de nuestro Dios: *Per viscera misericordiæ Dei nostri: in quibus visitavit nos oriens ex alto* (Luc. I, 78). Así como el médico compasivo acude á visitar al enfermo, y le indica las medicinas que pueden devolverle la perdida salud del cuerpo, así nuestro piadosísimo Dios, por medio de la Encarnacion de su eterno Hijo, ha visitado al género humano, y le ha proporcionado el remedio para recobrar la perdida salud del alma, diciendo: «Haced penitencia.» Esta es sin duda la medicina más eficaz.

Esta amorosa visita del médico celestial no terminó, sin embargo, con la vida mortal del Hombre Dios sobre la tierra. Entónces nos visitó, haciendo que el eterno Verbo tomara nuestra carne; y, ahora, todos los dias nos visita, enviando este mismo Verbo á nuestros corazones. Todos los dias, á todas horas y á cada instante, nos visita este Dios de misericordia. Las visitas amorosas que nos hace por medio de su divino Verbo, son esas voces ocultas, esas inspiraciones secretas, con que nos sentimos movidos de contínuo á corregir nuestras pasiones, á despojarnos de nuestros vicios, á enmendar nuestras faltas, á entregarnos á la práctica de las virtudes cristianas, á despedirnos para siempre del mundo, á renunciar á los vanos atractivos de la felicidad temporal y de los deleites mundanos, y procurar los gozos celestiales y la dicha eterna.

¡Ah! cristiano; ¿cuánto tiempo há, que estas voces divinas resuenan en tu corazon? ¿Cuánto tiempo há, que el Señor repite en tu corazon aquella frase imperiosa: Jóven, yo te digo que te levantes? ¿No ves, miserable, la degradacion y el envilecimiento á que te ha conducido el espíritu de ambicion, de interés, de lascivia y de odio, que te domina, te tiraniza, te envilece y te oprime? ¡Vanidad y torpeza respiran tus pensamientos! ¡A locuras é injusticias se reducen tus designios! ¡Desórden, bajeza y corrupcion se notan en tus afectos! ¡Intrigas, mentiras y supercherías forman tus obras! Eres un foco de vicios y de pecados. ¡Cuánta sería tu confusion, si se descorriese el velo que cubre los desórdenes de tu vida y la perversidad de tu corazon, y aparecieses ante los hombres tal como eres á los ojos de Dios! Y ¿por qué te obstinas en estar echado? ¿Por qué no te levantas? ¡Ay de tí, si, como Jerusalen, no comprendes el gran valor de esta voz y de esta visita, y no te apresuras á aprovecharte de ella! Lo propio que Jerusalen, serás abandonado á tu obstinacion y á tu

endurecimiento. Procura, pues, cuanto ántes, responder á esta voz de misericordia, que hoy resuena en tu corazon, quizá por última vez, y que te llama para que te arrepientas y te brinda con el perdon: *Surge*; no sea, que llegue el dia en que vuelvas á oir esta misma voz, para imponerte con tono amenazador y severo la condenacion y el castigo. Apresúrate á responder á esta voz de misericordia, para que se te perdonen tus pecados, y alcances despues la gloria eterna, que os deseo á todos. Amen.

HIJOS.

(DEBERES PARA CON SUS PADRES.)

I.

Honora patrem tuum et matrem tuam.
Honra á tu padre y á tu madre.
(Exod. xx, 12.)

Entre las estupendas maravillas y asombrosos prodigios que, desde la creacion del mundo, ha obrado Dios nuestro Señor á beneficio de sus criaturas, uno de los mayores, fué haberles dado su santísima y divina ley, escrita de propia mano en dos tablas de piedra, que el gran Moisés bajó del monte, lleno de gloria y resplandor. Contenianse en ella los diez preceptos del decálogo, tan maravillosamente dispuestos, que los que miraban inmediatamente á Dios, estaban escritos en la primera tabla, y los que decian relacion á sus criaturas, se hallaban puestos en la segunda; y en ambas, resplandeciendo admirable la bondad y sabiduría de Dios, que con singular órden, suavidad y armonía dispuso todas las cosas, se compendiaba toda la felicidad de la presente y futura vida de los hombres; porque, intentando su Majestad instruirlos en el modo con que le habian de adorar y servir á él solo como á su verdadero Dios, y vivir en paz, concordia y caridad con sus prójimos, les mandó en el primer precepto, que le amasen con todo el corazon y todas sus fuerzas; en el segundo, que alabasen su santo nombre y le dedicasen sus palabras; señalándoles en el tercero, las obras en que se debian ejercitar para su agrado; en-

señándoles como han de tener cierto y determinado culto, con el cual, en la Iglesia ó congregacion de los fieles, manifestasen con señales exteriores visibles, la invisible fé que tienen en su corazon; mandándoles que en estos dias, dedicados al divino culto, se abstengan de obras serviles y gocen el dulce descanso, para que en cada fiesta se viese un bosquejo del descanso interminable de la bienaventuranza, en cuya contemplacion nos debíamos ocupar. Y despues de haber establecido así la religion del hombre para con Dios, encaminando rectamente su corazon, sus palabras y sus obras á la consecucion de la vida eterna, que es el fin para que su Majestad le crió, pasa á establecer como la segunda religion del hombre para con sus semejantes, mandándoles honrar el padre y la madre: *Honora patrem tuum et matrem tuam.* Este el primer mandamiento de la segunda tabla, al que el apóstol S. Pablo llama el primero de los mandamientos, por el que Dios ha prometido recompensa: *Quod est mandatum primum in promissione* (Ephes. vi, 2); porque, efectivamente, cuando el Señor manda honrar al padre y á la madre, añade inmediatamente la promesa de que los que así lo ejecutasen, tendrán una larga vida en la tierra y un premio eterno en el cielo. Habla, primero, de los padres, porque entre todos los prójimos son los más cercanos á nosotros, pues recibimos de ellos el sér y la vida natural, y si no fuera por ellos, no existiríamos. Todos saben que por nombre de padres, no solo se entienden los que nos dieron el sér, despues de Dios, sino todos los mayores en edad, dignidad y gobierno. Hay padres políticos, que son todos los jueces y magistrados, que con legítima autoridad gobiernan; hay padres legales, que son aquellos que establecen las leyes, como los tutores y curadores; y hay padres espirituales, cuales son los obispos, párrocos y demás sacerdotes. Hoy nos ceñiremos solamente á explicaros las obligaciones de los hijos para con sus padres naturales: diremos cuántos y cuáles sean, qué hijos las cumplen y quienes no; y, por último, tocaremos algunos castigos que Dios fulmina contra los malos hijos, y algunos premios que el Señor ofrece á los buenos. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. En tres palabras nos compendia el catecismo cuanto podemos apetecer sobre el asunto. Pregunta, pues de esta manera: ¿quién se dice con verdad que honra á los padres? Y responde: el que los obedece, socorre y reverencia. Ved aquí ya patente la obligacion de que al presente tratamos; y aunque en estas palabras no hace clara y expresa mencion del amor que los hijos deben á sus padres, es sin duda porque lo supone embebido en las otras obligaciones. Cosa bien clara

endurecimiento. Procura, pues, cuanto ántes, responder á esta voz de misericordia, que hoy resuena en tu corazon, quizá por última vez, y que te llama para que te arrepientas y te brinda con el perdon: *Surge*; no sea, que llegue el dia en que vuelvas á oir esta misma voz, para imponerte con tono amenazador y severo la condenacion y el castigo. Apresúrate á responder á esta voz de misericordia, para que se te perdonen tus pecados, y alcances despues la gloria eterna, que os deseo á todos. Amen.

HIJOS.

(DEBERES PARA CON SUS PADRES.)

I.

Honora patrem tuum et matrem tuam.
Honra á tu padre y á tu madre.
(Exod. xx, 12.)

Entre las estupendas maravillas y asombrosos prodigios que, desde la creacion del mundo, ha obrado Dios nuestro Señor á beneficio de sus criaturas, uno de los mayores, fué haberles dado su santísima y divina ley, escrita de propia mano en dos tablas de piedra, que el gran Moisés bajó del monte, lleno de gloria y resplandor. Contenianse en ella los diez preceptos del decálogo, tan maravillosamente dispuestos, que los que miraban inmediatamente á Dios, estaban escritos en la primera tabla, y los que decian relacion á sus criaturas, se hallaban puestos en la segunda; y en ambas, resplandeciendo admirable la bondad y sabiduría de Dios, que con singular órden, suavidad y armonía dispuso todas las cosas, se compendiaba toda la felicidad de la presente y futura vida de los hombres; porque, intentando su Majestad instruirlos en el modo con que le habian de adorar y servir á él solo como á su verdadero Dios, y vivir en paz, concordia y caridad con sus prójimos, les mandó en el primer precepto, que le amasen con todo el corazon y todas sus fuerzas; en el segundo, que alabasen su santo nombre y le dedicasen sus palabras; señalándoles en el tercero, las obras en que se debian ejercitar para su agrado; en-

señándoles como han de tener cierto y determinado culto, con el cual, en la Iglesia ó congregacion de los fieles, manifestasen con señales exteriores visibles, la invisible fé que tienen en su corazon; mandándoles que en estos dias, dedicados al divino culto, se abstengan de obras serviles y gocen el dulce descanso, para que en cada fiesta se viese un bosquejo del descanso interminable de la bienaventuranza, en cuya contemplacion nos debíamos ocupar. Y despues de haber establecido así la religion del hombre para con Dios, encaminando rectamente su corazon, sus palabras y sus obras á la consecucion de la vida eterna, que es el fin para que su Majestad le crió, pasa á establecer como la segunda religion del hombre para con sus semejantes, mandándoles honrar el padre y la madre: *Honora patrem tuum et matrem tuam.* Este el primer mandamiento de la segunda tabla, al que el apóstol S. Pablo llama el primero de los mandamientos, por el que Dios ha prometido recompensa: *Quod est mandatum primum in promissione* (Ephes. vi, 2); porque, efectivamente, cuando el Señor manda honrar al padre y á la madre, añade inmediatamente la promesa de que los que así lo ejecutasen, tendrán una larga vida en la tierra y un premio eterno en el cielo. Habla, primero, de los padres, porque entre todos los prójimos son los más cercanos á nosotros, pues recibimos de ellos el sér y la vida natural, y si no fuera por ellos, no existiríamos. Todos saben que por nombre de padres, no solo se entienden los que nos dieron el sér, despues de Dios, sino todos los mayores en edad, dignidad y gobierno. Hay padres políticos, que son todos los jueces y magistrados, que con legítima autoridad gobiernan; hay padres legales, que son aquellos que establecen las leyes, como los tutores y curadores; y hay padres espirituales, cuales son los obispos, párrocos y demás sacerdotes. Hoy nos ceñiremos solamente á explicaros las obligaciones de los hijos para con sus padres naturales: diremos cuántos y cuáles sean, qué hijos las cumplen y quienes no; y, por último, tocaremos algunos castigos que Dios fulmina contra los malos hijos, y algunos premios que el Señor ofrece á los buenos. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. En tres palabras nos compendia el catecismo cuanto podemos apetecer sobre el asunto. Pregunta, pues de esta manera: ¿quién se dice con verdad que honra á los padres? Y responde: el que los obedece, socorre y reverencia. Ved aquí ya patente la obligacion de que al presente tratamos; y aunque en estas palabras no hace clara y expresa mencion del amor que los hijos deben á sus padres, es sin duda porque lo supone embebido en las otras obligaciones. Cosa bien clara

es, que el buen hijo obedece á sus padres, porque los ama; socorre á sus padres, porque los ama; y reverencia á sus padres, porque los ama. Un mal hijo, que aborreciese á sus padres, no los honraria, ni socorreria, ni obedeceria. Los preceptos de la divina ley son muchos, y son uno: muchos, por la diversidad de obras que exigen; uno, porque se reunen todos en la raiz de que dimanan, que es la caridad. Muchos son los ramos que tiene un árbol, pero aunque unos están altos y otros bajos, unos sean delgados y otros gruesos, todos éstos y aquéllos viven y se alimentan de una misma sustancia, que por la raiz se les comunica; y así como el ramo del árbol se secaría, inmediatamente que le faltase el suco ó sustancia de la raiz, que lo alimenta y mantiene en su verdor, así toda virtud perderia su lustre y hermosura faltándole la caridad, que es el alma de la divina ley. Ved ahí por qué no fué menester nombrar explícitamente el amor entre las obligaciones de los hijos para con sus padres; ni añadir el que no se cumple con esta obligacion con un amor natural, con un amor de parentesco ó carnal; porque aunque este amor natural no se prohibe entre padres é hijos, hermanos y hermanas, parientes y demás personas, una cosa es lo que se hace, siguiendo el instinto de la naturaleza, y otra lo que se ejecuta, obedeciendo los preceptos del Señor.

Por tanto, debo advertiros, que si, lo que Dios no permita, se hallase algun hijo que aborreciese á su padre ó á su madre, el tal hijo pisaria las leyes más santas de la Religion, resistiria las luces de la razon, ahogaria el clamor de la naturaleza, violaria los derechos más sagrados, y se haria peor que las bestias, que, á lo ménos por algun tiempo, muestran, segun su instinto, las más tiernas señales de amor para con sus padres. Este tal hijo no deberia llamarse ingrato, sino fiero mónstruo de ingratitud, pues olvidaba los cuidados, las penas y desasosiegos que padeció su madre ántes de darle á luz, los intolerables dolores de su parto y las innumerables impertinencias de su crianza. Olvidaba los grandes afanes de su padre para alimentarle, vestirle, educarle y darle estado: olvidaba las señales de ternura y cariño que recibió de ambos en su infancia, cuando le arrimaban á su pecho, cuando le llevaban en sus brazos, cuando le reclinaban en su regazo, cuando perdian el sueño por acallarle, la quietud para contentarle, y sacaban el pan de su misma boca para alimentarle. Cada vez que un hijo tan malo cometiese un acto de odio, de mala voluntad ó de algun otro afecto grave contra sus padres, cometeria, á lo ménos, dos pecados mortales; el uno contra la caridad, por aborrecer al prójimo; y el otro contra la piedad, por ser su padre ó madre el prójimo á quien aborrecia; y dije con advertencia, *á lo ménos*,

porque si demostraba con ademanes airados, ó palabras de desprecio delante de las gentes, el odio interior que á sus padres tenia, serian otros tantos más pecados de escándalo, cuantas fuesen las personas á quienes diese ocasion de ofender á Dios. Este precepto divino-natural de honrar á los padres pertenece á varias virtudes, conforme á la cualidad con que se les mira. Si se consideran como superiores, pertenece á la virtud de la obediencia; si como bienhechores, á la gratitud; y si como causas de nuestro sér, despues de Dios, pertenece á la virtud de la piedad; y ved ahí la razon por que dice el Catecismo, que cumplen este mandamiento aquellos hijos, que como á superiores obedecen á sus padres, como á bienhechores los socorren, y como á padres los reverencian. Vamos dando razon de todo esto.

Toda persona debe estar obediente á sus legítimos superiores, dice el apóstol san Pablo (Rom. xiii, 1), porque no hay potestad alguna que no venga de Dios; y cualquiera que resista á esta potestad, resiste á la ordenacion de Dios; y los que tal hacen, se adquieren su eterna condenacion. No se exceptúan de esta regla los superiores que son malos ó díscolos, pues hasta á estos mismos manda el santo Apóstol que obedezcamos, siempre que no manden cosas contrarias á la ley santa del Señor. De esta verdad de fé se sigue, que, siendo nuestros más inmediatos superiores los Padres naturales, estamos muy estrechamente obligados á obedecerlos en todas las cosas no contrarias á la ordenacion divina. Así nos lo dice con terminantes palabras el mismo Apóstol: *Filii, obedite parentibus vestris in Domino, hoc enim justum est* (Ephes. vi, 1): hijos, obedeced á vuestros padres en el Señor; esto es, en todo lo que sea conforme á la voluntad del Señor, porque cosa bien manifiesta es, que si los padres mandasen á sus hijos hurtar, embriagarse, jurar en falso, herir á su prójimo, ó cosas de este modo; si las madres mandasen á sus hijas frecuentar algunas amistades peligrosas, acercarse á las ruinas de su honestidad, vestir con indecencia y cosas semejantes; no estarian obligados á obedecerlos, porque Dios manda lo contrario, y solamente tienen obligacion de obedecerlos, cuando mandan cosas conformes á la voluntad de Dios. Pero, en todo lo demás que pertenece á las buenas costumbres, al cultivo de la hacienda y al cuidado de la casa, están gravemente obligados á obedecerlos. Pecaria mortalmente el hijo, que, mandándole su padre no asistir á las casas de juego, no concurrir á los bailes, no frecuentar los teatros, abstenerse de malas compañías y de salir por la noche de casa, no le obedeciese. Gravemente ofenderia tambien á Dios el hijo, que no se aplicase á su taller,

al cultivo del campo ó algun otro oficio honrado, si se lo mandase su padre, quedándose por su desobediencia hecho un haragan, un ocioso, un miembro podrido en el estado, y un hijo perjudicial á su madre la santa Iglesia. Lo mismo que acabamos de decir de los hijos respecto de sus padres, decimos de las hijas respecto de sus madres, por todo lo perteneciente á las buenas costumbres, á las labores que debe saber una mujer, y á la aplicacion y cuidado de la casa.

Por lo perteneciente á tomar estado, debemos decir, en obsequio de la verdad, que son libres los hijos; esto es, que no pueden los padres compelerlos á que se anumeren al sagrado clericato, entren en religion ó tomen estado de matrimonio; sino que los hijos é hijas deben tomarlo segun sientan en su corazon la vocacion de Dios, y conforme hallen sus fuerzas para cumplir las obligaciones de aquel estado que elijan. Sin embargo, no equivoquéis las cosas; aunque los hijos tengan esta libertad, deben, en virtud de la obediencia á sus padres, darles parte y hacerlos sabedores de su determinacion ántes de abrazar semejantes estados; y pecarian gravemente en contraer esponsales ó casarse sin este requisito, porque seria faltar notablemente á su obediencia, sustrayéndose de ella para un estado perpétuo de vida. Este es el comun sentir de los teólogos; y, además, tenemos varias determinaciones de nuestro soberano, que se deberán observar para impedir tantos desgraciados matrimonios, que muchos jóvenes y doncellas contraen atropelladamente sin noticia de sus padres, conducidos más del furor de sus pasiones, que de su obligacion y de la vocacion del cielo.

El socorrer las necesidades de los padres, es tambien obligacion de los hijos. Los inmutables principios de la naturaleza, las demostraciones de la razon, y los preceptos santos de la divina ley, se reunen para establecerla. Clama la razon, y está recibido como inalterable principio entre las gentes, que todo el que se halla verdaderamente necesitado, debe ser socorrido por aquel que tiene proporcion para socorrerle, haciendo con él todos aquellos buenos oficios que nosotros desearíamos en semejonte necesidad. ¿Serán los padres naturales excepcion de esta regla universal? Nada ménos, responde la razon. Para con ellos es más estrecha esta obligacion, pues con solo atender á los beneficios que nos han hecho en nuestra niñez, y á los trabajos que por nosotros han pasado en toda la vida, nos veremos precisados á confesarnos mónstruos de ingratitud, ó socorrerlos con toda piedad en sus respectivas necesidades. Pero cuando nos desentendamos de los clamores de la naturaleza y de la razon, no podemos, sin exponernos á un castigo eterno, dejar de oir á Dios, que nos dice

de esta manera: hijo, sufre con paciencia la ancianidad de tu padre, y no le contristes, miéntras viva, pues te aseguro tener siempre muy presente la limosna que le hicieres *(Fili, suscipe senectam patris tui, et non contristes eum in vita illius.* Eccli. III, 14). Cuando la naturaleza, la razon y la Religion concurren á formar este mandamiento, deben los hijos mirarlo como importantísimo é inviolable, y persuadirse, que pecarian gravísimamente, si no socorriesen á sus padres en las necesidades de la vida, teniendo medios para socorrerles. Pecarian tambien los hijos, si no consolasen á sus padres en los trabajos, si no los asistiesen en las cárceles, si no los defendiesen en las persecuciones y destierros, y no los curasen en sus enfermedades; y es tan grande esta obligacion, que si se hallasen en extrema necesidad, han de ser socorridos con preferencia á los mismos hijos. De suerte, que, si en una parte tuviese un hombre á su hijo pereciendo de hambre, y en otra, á su padre en la misma necesidad, y no pudiese remediar más que á uno, deberia primero acudir á su padre que á su hijo, pues le tiene mayor obligacion por haber recibido de él el sér, y habérselo dado él al hijo. Pecaria asimismo gravemente el hijo, que no visitase á su padre ó madre estando enfermos; que no procurase llamar al cirujano ó médico, y trajese las convenientes medicinas; que no le hablase de recibir los santos sacramentos, ó le impidiese hacer libremente su testamento; que, pudiendo, no pagase sus deudas, ni diese decente sepultura, ni cumpliese las misas, legados pios y demás determinaciones de su última voluntad. ¡Oh, qué reprensibles serian aquellos hijos, que por hallarse colocados en algun empleo superior á la humildad de su cuna, se avergonzasen de sus padres por su pobreza, no los quisiesen recibir en su casa, ni ver delante de sí, ni aún socorrerlos! ¡Cuánto ofenderian á Dios los hijos, que moviesen pleitos injustos á sus padres, ó les causasen graves extorsiones por apoderarse de sus haciendas! ¡Qué perjudicial seria la omision de los hijos, si viendo á sus padres encenagados en alguna pasion, no procurasen su reforma por aquellos medios que dicta la caridad, y la piedad inspira! En suma, los hijos deben socorrer á sus padres en las necesidades espirituales y corporales; y será más ó ménos grave su pecado, segun que fuere mayor ó menor su omision en esta parte.

El respeto es la última de las obligaciones de los hijos para con sus padres; pero en las santas Escrituras es, sin duda, la primera, y de las más recomendadas por el Señor. El que teme á Dios, nos dice su Majestad (Eccli. III, 8), honrará á su padre y á su madre; y servirá como á sus señores á los que le han dado la vida. Con obras, con

palabras y con toda paciencia, reverencia á tus padres, para que venga sobre tí la bendicion de Dios, y con ella perseveres hasta la muerte. El que maldijere al padre ó á la madre, muera mala muerte. (*Qui maledixerit patri suo vel matri, morte moriatur.* Exod. xxi, 17). Y así esta maldicion, como la bendicion antecedente, la repite su Majestad muchas veces, para que reconozcan su grave pecado aquellos malos hijos, que pierden el respeto á sus padres, que los maldicen ó injurian con risas, mofas, gestos y otros ademanes de desprecio, ó les dicen palabras desabridas, desatentas é injuriosas; aquellos malos hijos, que descubren los defectos graves de sus padres; los que murmuran de su conducta; los que los amenazan ó levantan la mano, aunque sea sin intencion de descargar el golpe; los que entrando su padre ó madre en casa, no se ponen en pié estando sentados, ni los saludan, ni descubren la cabeza, ni demuestran con sus acciones y palabras aquel respeto, aquella reverencia que Dios les manda, y á que por tantos títulos están obligados. Y si estas acciones descompuestas y estas palabras atrevidas é injuriosas se dijesen delante de algunas gentes, cometerán los hijos tantos pecados de escándalo, cuantas fueren las personas á quien escandalizaron con su mal porte.

Debemos, pues, si queremos guardar el cuarto mandamiento de la ley de Dios, amar á nuestros padres con un amor apreciativo y sobrenatural, por Dios, y para Dios; debemos obedecerlos en cuanto nos manden que no sea opuesto á la voluntad del Señor; debemos socorrerlos en sus apuros y necesidades, ya sean las del cuerpo, ó ya las que pertenecen al alma. Últimamente, debemos reverenciarlos como á que nos dieron el sér, se desvelaron en nuestra educacion, nos sustentaron con su trabajo, y nos sufrieron tantas ignorancias, porfías y travesuras de nuestra primera edad; lo que jamás podremos pagar á nuestros padres, aunque ahora nos desvelemos en su amor y obediencia, socorro y reverencia.

Hemos procurado explicar del mejor modo que nos ha sido posible, el cuarto mandamiento de la ley santa de Dios en lo perteneciente á los hijos para con sus padres naturales. Aquí en breve, para consuelo de los buenos, diremos algunos premios que Dios les tiene ofrecidos en sus santas Escrituras, y referiremos, para confusion y enmienda de los malos, varios castigos que el Señor les tiene fulminados.

2. El primer premio que Dios tiene ofrecido á los buenos hijos es, concederles larga vida. Estas son sus palabras: *Honora patrem tuum et matren tuam, ut sis longævus super terram.* El angélico doctor santo Tomás da la razon de este premio, con una hermosa similitud. Reciben los hijos la vida de sus padres, dice el santo, á la manera que los soldados reciben de su rey las posesiones y heredades, con el gravámen de haberles de pagar algun feudo: miéntras éstos fielmente lo pagaren, y fueren fieles á su señor, merecen que el rey los conserve en sus posesiones y heredades. De la misma suerte merecen los hijos la conservacion de la vida, cuando honran á los padres, pagándoles el feudo que la naturaleza dicta y Dios les manda. Pero así como á los rebeldes vasallos los privan de las heredades, tambien á los hijos rebeldes é inobedientes se les despoja de la vida. Vióse esto con evidencia en Sem, pues por haber tributado á su padre el santo Noé el debido honor y respeto, le concedió Dios seiscientos años de vida despues del diluvio: vióse esto mismo en Isaac, que por obedecer á su padre, sacrificaba humilde su vida, y mereció que Dios le dilatase la vida hasta morir en la más avanzada ancianidad: vióse en Jacob, que por obedecer á sus padres, en cuanto le mandaron, consiguió no solo larga vida, sino ser colmado de felicidades y lleno de bendiciones. Acontece, sin embargo, algunas veces, que un buen hijo acaba la vida en su mocedad; pero entónces advertid, que *Raptus est ne malitia mutaret intellectum ejus, aut ne fictio deciperet animam illius:* le sacó Dios de este mundo, para que no se pervirtiese con los malos, sirviéndole de senectud su vida irreprensible: *Ætas senectutis vita inmaculata.* Así le sucedió al hijo de Joroboan, que murió mozo, porque entónces sus obras fueron agradables á Dios, y si hubiera vivido más tiempo, se pervertiría con la idolatría de su padre.

El segundo premio es la bendicion en los bienes temporales. La santa Escritura dice: la bendicion del padre da firmeza á las casas de los hijos: *Benedictio patris firmat domos filiorun.* (Eccli. iii, 11). Por eso es una costumbre muy loable la de bendecir los padres á los hijos en su última enfermedad, á lo ménos; y así lo practicaron aquellos antiguos patriarcas Isaac, Jacob, José y otros.

El tercer premio es darles auxilios y repetidos favores espirituales. Así lo dice la santa Escritura: la piedad que tuvieres con tu padre, no se olvidará, y en el tiempo de la tribulacion se acordará Dios de tí; y como en el dia claro y sereno se deshace el hielo, así tus pecados serán deshechos.

El cuarto y más principal premio es la vida eterna que Dios tiene prometida á los hijos obedientes, como lo dice san Pablo: esta obediencia y piedad tienen segura la promesa de la vida ahora y para siempre. Consideren los buenos hijos, si con premios tan admirables pueden muy bien animarse á cumplir su obligacion.

Pero los hijos rebeldes y desobedientes tiemblen, cuando oyen decir al mismo Dios en sus santas Escrituras: al hijo rebelde y que maldijese á sus padres, quítesele la vida, y fáltele la luz en la hora tenebrosa de su muerte. Verificóse esto en Absalon, que por haberse rebelado contra su buen padre David, le quitaron la vida en lo más floreciente de su edad, traspasándole el corazon con tres lanzas, colgado por los cabellos en una encina. Sea maldito el hombre que no honrase á su padre y á su madre, dice tambien el Señor, y á esta maldicion diga todo el pueblo, *amen*. Pero oid con atencion lo que mandaba su Majestad en el capítulo séptimo del Deuteronomio: «si algun hombre,» dice, «tuviere algun hijo cotumaz y protervo, que no se sujetase al imperio de sus padres, llévenle éstos á los ancianos y jueces, diciéndoles como aquel mal hijo no quiere oir sus consejos, dándose todo á vicios y embriagueces; y entónces todo el pueblo déle la muerte á pedradas, para que se quite aquel ramo escandaloso del pueblo, y todo Israel tema los castigos de su Dios.» Hasta aquí el sagrado texto, en que aparece bien clara la justa ira de Dios contra los malos hijos, que son apóstatas de la misma naturaleza, que dicta hasta á los mismos irracionales la piedad para con sus ancianos padres. Nada puedo añadir á las verdades eternas que Dios se ha dignado mostrarnos en sus santas Escrituras, para que los malos hijos conozcan sus descaminos, teman á Dios, honren á sus padres, y enmienden su vida. Así lo deseo con todo mi corazon, en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu santo. Amen.

HIJOS.

(DEBERES DE LOS HIJOS PARA CON SUS PADRES.)

II.

Erat subditus illis.
Jesús estaba sujeto á María y á José.
(Luc. II, 51.)

Todo lo que el Evangelio nos dice de la vida de Jesucristo, desde la edad de doce años, hasta la de treinta, es, que pasó á Nazareth, á la casa de sus padres, y que les estaba sujeto: *Erat subditis illis.* ¡Cuánto misterio é instruccion encierran esas pocas palabras! ¡Cuán digno de nuestra admiracion es el amor que Jesucristo nos manifiesta profesar á la vida retirada! ¿No os parece que habria hecho un gran bien, si, desde luego, se hubiese consagrado al ministerio público? ¿Qué bien no habria hecho en una vida pública? ¿Qué gloria no habria procurado á su Padre celestial? ¡Qué de pecadores no hubiera convertido con sus predicaciones y milagros! ¿Por qué, pues, vivió tanto tiempo retirado y desconocido de los hombres? ¿Necesitaba ese tiempo para prepararse á la predicacion de su Evangelio, en la que no empleó mas que tres años de su vida? No, sin duda: él podia desde luego anunciar el Evangelio, porque nada podia faltarle para cumplir su mision. Pero el divino Salvador quiso practicar ántes lo que debia enseñar despues; quiso guardar silencio ántes de hablar, obedecer ántes de mandar. Nos dió el ejemplo de la humildad y de la obediencia, ántes de enseñárnoslas con sus palabras.

Ejemplo admirable, hermanos mios, que nos persuade de una manera muy elocuente, de la sumision y obediencia que debemos á los que han recibido de Dios la autoridad para conducirnos y mandarnos. Un Dios de una majestad suprema, se somete á unas criaturas: y ¡la criatura se negará á someterse á Dios, obedeciendo á los que ocupan su puesto! A vosotros, hijos, dirijo hoy particularmente la palabra; venid á la escuela de Jesús sujeto á sus padres; venid á aprender el respeto, la obediencia que debeis á los vuestros. ¿Cuáles son los deberes de los hijos para con sus padres? Este será el asunto de mi discurso. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Los hijos están obligados á amar á sus padres. Este es un deber que la naturaleza, de acuerdo con la religion, inspira á cada uno de nosotros; pues si estamos obligados á amar á nuestro prójimo, no solo porque Dios nos lo manda, sino tambien por las relaciones y la conformidad de la naturaleza que tenemos unos con otros, ¿cuál debe ser nuestro amor á los padres, con quienes tenemos tan particulares relaciones? Si disfrutamos de la vida, á ellos se la debemos, despues de Dios: la existencia que nos han dado, ¿no les dá el derecho de decir que somos una parte de ellos mismos, la carne de su carne, la sangre de su sangre, los huesos de sus huesos? ¿Qué amor no debemos profesar á unos padres, que se han tomado tanto cuidado para conservarnos la vida, que han experimentado tantos trabajos y fatigas, expuéstose á tantos peligros, y privádose de lo que podia complacerles, y aún de lo más preciso, para subvenir á nuestras necesidades? ¡Cuántas atenciones, cuántas penas, cuánta inquietud no tuvo esa tierna madre cuando llevaba á su hijo en su seno! ¡Qué de dolores no sufrió al darle á luz! Y despues ¡qué vigilancia para atender á sus necesidades! ¡Qué de insomnios ha padecido! ¡qué caricias para enjugar sus lágrimas! ¡qué precauciones para preservarle de las incomodidades de las estaciones, para apartarle de los peligros de la muerte! ¡Qué de alarmas al menor síntoma de dolor y de enfermedad que aquel hijo sentía! ¡qué de angustias, qué de penas de ánimo, qué de trabajos corporales no ha tenido ese padre para ganar la subsistencia de sus hijos! ¡qué de pasos para procurarles alguna buena posicion! ¿No son estos muchos motivos para amar á un padre y á una madre, y estarles justamente agradecidos? Dios, por estas mismas razones, en el mandamiento que nos da de amar al prójimo, propone á nuestros padres por primer objeto de nuestro amor, porque nos tocan de más cerca, y les debemos más que á otra cualquier persona.

¡De qué dureza, de qué ingratitud no se hacen pues culpables esos hijos desnaturalizados, que, muy ajenos de profesar á sus padres el amor y agradecimiento que les deben, les odian, les desprecian, no pueden verles ni sufrirles, hasta llegar al cruel estremo de darles malos tratamientos, cuando esos pobres padres no tienen bastante fuerza para castigarles ó resistirles! ¡Que son tan bárbaros, que desean la muerte á los que les han dado la vida, para poseer sus bienes y vivir al arbitrio de sus pasiones, sin penas ni cuidados! Hijos ingratos, que no mereceis ver la luz, vosotros sois parricidas, mereceis que la tierra abra sus abismos bajo vuestros piés para tragaros; que las fieras os devoren, y que los cuervos, por servirme de la expresion de la Escritura, os arranquen los ojos, os despedacen el corazon y os roan las entrañas. Pero, tarde ó temprano, sentireis la maldicion del Señor; las amenazas que os hace en sus divinas Escrituras, y los terribles castigos que ha impuesto á los hijos de vuestra índole, son pruebas convincentes de ello. Tenemos un ejemplo evidente en la persona del pérfido Absalon, á quien el odio y la ambicion hicieron tomar las armas contra su padre David, para quitarle á un tiempo la corona y la vida. Pero ¿cuál fué su triste suerte? El Señor frustró sus ambiciosos designios, su ejército fué derrotado por el de David; y miéntras Absalon huia, para evitar la muerte que merecia, quedó suspendido por los cabellos de un árbol por debajo del cual pasaba, recibiendo en este estado el golpe mortal de manos del general del ejército de David, que le atravesó de tres lanzadas.

Hijos, amad pues á vuestros padres; es un deber de que no podeis dispensaros. ¿Y en qué conocereis que les profesais el amor que Dios reclama de vosotros? Será, cuando les querais tanto bien como á vosotros mismos, cuando les deseeis una salud tan perfecta, una vida tan larga, una suerte tan favorable como á vosotros mismos; será, cuando ameis su compañía, pues al hombre le gusta permanecer al lado de las personas que ama; y cuando se huye de ellos, como hacen un gran número de hijos, que nunca creen estar peor que cuando se hallan en compañía de sus padres, es una prueba de que no se les ama mucho. En fin, conocereis si amais á vuestros padres, cuando les manifesteis el respeto que les debeis.

Honra á tu padre y á tu madre, dice el Señor: *Honora patrem tuum et matrem tuam* (Exod., x). No os contenteis con abrigar por ellos sentimientos de ternura y de amistad; dadles tambien pruebas exteriores del respeto que les profesais. Ved que vuestros padres ocupan, respecto á vosotros, el lugar de Dios, que son sus imágenes, y que, despues de Dios, son los primeros objetos de vuestro amor y respeto. Todo lo debeis á Dios, como á la causa primera que os ha dado el sér; todo lo debeis á vuestros padres, como á las causas segundas á quienes Dios ha dado la fecundidad para vuestra produccion. Honrar á los autores de vuestros dias, es honrar á Dios mismo, cuya paternidad representan: por el contrario, despreciarles, es despreciar á Dios mismo, que les ha comunicado su poder; es faltar al respeto á Dios, el no respetar á los padres. Para induciros á este respeto, ved las recompensas que el Señor promete á los hijos que cumplen este deber. Observad una prerogativa inherente solo á este mandamiento. En efecto, entre todos los mandamientos del Decálogo, no hay ninguno á cuya observancia haya Dios señalado una recompensa temporal, co-

mo al de honrar á los padres: honra á tu padre y á tu madre, á fin de gozar larga vida en la tierra, *ut sis longævus super terram*; es decir, una vida llena de bendiciones del Señor, espirituales y temporales; una vida cuyos dolores y penas serán suavizados por dulzuras interiores: la obediencia y el respeto que tributais á vuestros padres os merecerán el consuelo de ser vosotros obedecidos y respetados de vuestros hijos.

Esto sentado, ¿en qué consiste la honra y el respeto que los hijos deben á sus padres? Ellos deben manifestarlo en sus palabras y con su obediencia. Los hijos deben hablar siempre á sus padres con modestia y humildad, darles en cuantas ocasiones se presenten pruebas de la profunda veneracion de que por ellos están penetrados, ya saludándoles, ya levantándose cuando entran ó salen, cediéndoles el primer paso y todo el honor que un amo puede exigir de un criado. Este respeto consiste, así mismo, en sufrir sus defectos, en escuchar con sumision sus reconvenciones, sus reprimendas, en pedir y en seguir sus buenos consejos.

¿Qué diremos, pues, de esos hijos insolentes, que se muestran altaneros con sus padres, les contristan con palabras injuriosas y despreciativas, les tratan con desden, les menosprecian por sus defectos, les insultan, les dirigen amargos reproches sobre sus debilidades é imperfecciones, y tienen, á veces, ménos deferencia á su persona que á la de un criado ó de un extraño? ¡Ah! ¿de qué crímenes no se hacen culpables unos hijos que así tratan á sus padres, y qué diluvio de males no atraen sobre sus cabezas? Maldito es el hijo, dice el Espíritu Santo, que no honra á sus padres; maldito en sí mismo por los males que le agobiarán; maldito en sus bienes, que perecerán; maldito en sus hijos, que le harán gemir, y le darán dias de afliccion y de tristeza. De ello nos ofrece la Sagrada Escritura un ejemplo memorable en un hijo de Noé, que, por haberse burlado de su padre, fué maldecido con toda su posteridad.

Aprended, pues, hijos, á honrar á vuestros padres en cualquier posicion en que os veais, pobres ó ricos: si vuestra fortuna es superior á la suya, no debeis despreciarles, como ciertos hijos, que afectan desconocer á sus padres pobres; que se creerian deshonrados con darles testimonios públicos de respeto, y, al parecer, sienten ser hijos suyos. Cualquier que sea la posicion de vuestros padres, pobres ó ricos, sanos ó enfermos, siempre son las imágenes de Dios, y, por consiguiente, siempre dignos de vuestro respeto; que os sean útiles, ó no, aunque sean para vosotros una carga por su enfermedad, por su caducidad, por su debilidad; aunque sean enfadosos, y estén de mal humor; aunque por nada se irriten, y todo lo tachen; aunque se necesite gran paciencia para sufrirles, no importa, me atengo á mi principio; ellos están para vosotros en lugar de Dios, y siempre debeis honrarles.

Debeis tambien obedecerlos. El apóstol san Pablo encomienda la obediencia á los hijos, como un deber esencial á su estado: *Filii, obedite parentibus per omnia* (Col., III). ¿Qué obediencia debe ser ésta? Debe ser pronta y universal; pronta, para evitar las dilaciones de los hijos en cumplir las órdenes de sus padres, á quienes no obedecen sino despues de muchos mandatos repetidos, murmurando, á fuerza de rigor y de castigos, lo que les hace perder el mérito de la obediencia. La obediencia forzosa se parece á la de los demonios, que ejecutan mal de su grado las órdenes de Dios. Es preciso, pues, que para ser grata á Dios, sea voluntaria, pronta, sin murmuracion ni demora. La obediencia debe tambien ser universal en los hijos, para obedecer en cuanto se les manda, sea en cuanto á lo temporal, sea á lo espiritual; en cuanto á lo temporal, trabajando, prestando á los padres todos los servicios que piden para el buen órden y para el bien de la familia; respecto á lo espiritual, ya evitando las malas compañías, los juegos, las personas cuya sociedad es peligrosa para la salud; ya llenando los deberes de cristiano, como la oracion, la frecuentacion de los sacramentos, la asiduidad á la santa misa, á los divinos oficios, á los sermones y á las demás buenas obras.

Pero ¿es así como obedecen la mayor parte de los hijos, que solo quieren hacer lo que más les cuadra; que con su conducta desordenada les dan mil motivos de pesadumbre? pues, tarde ó temprano, el Señor, cuya autoridad despreçian en la de sus padres, les trata con todo el rigor de su justicia.

Hijos, obedeced pues á vuestros padres en cuanto os manden, segun el Señor; pues si os mandan alguna cosa contra la santa ley de Dios, como la injusticia, la venganza y otras acciones prohibidas, entónces habeis de responderles, si bien con dulzura, que á Dios, y no á los hombres, debeis obedecer.

No debo omitir aquí un punto esencial, sobre el cual han de consultar los hijos á sus padres, y aún obedecerles; me refiero á la eleccion para tomar estado. Ya sé, que los padres no deben violentar vuestra libertad; pero Dios os les ha dado por guias y maestros: ellos tienen más luces y experiencia que vosotros; saben más lo que os conviene; y, por lo tanto, debeis seguir sus consejos, ántes de dejaros arrastrar por una pasion ciega que, por lo comun, siempre os extravía.

2. Acabemos, hermanos mios, de explicar los deberes de los hijos para con sus padres, que consisten en prestarles cuanto sea preciso to-

dos los servicios de que sean capaces. No, no os basta, hijos, que me escuchais, amar á vuestros padres con un amor tierno y filial; no basta profesarles respeto; sino que tambien debeis asistirles en todas sus necesidades físicas y morales: los mismos motivos que os inducen á amarles, os inducen tambien á socorrerles. Recordad, por un momento, los motivos que os he propuesto al principiar este discurso. Los beneficios que debeis á vuestros padres os harán comprender, que, al prestarles auxilio, les devolveis lo que os han dado, y aún no hareis jamás lo que por vosotros han hecho: vuestros servicios valdrán siempre ménos que lo que les debeis. Cesad pues de decir, que no les debeis nada de lo que poseeis, que eso es el fruto de vuestro trabajo, de vuestra industria; convengo en ello: pero, ¿no les debeis la vida, la fuerza, la salud de gozais?

¿Y en qué están obligados los hijos á socorrer á sus padres? Ya lo he dicho, hermanos mios: en las necesidades del cuerpo y las del alma. En las necesidades del cuerpo, asistiéndoles en su pobreza, compartiendo con ellos vuestro pan, suministrándoles lo necesario para su sustento. Si necesitan vuestros servicios, debeis prestárselos preferentemente á otro cualquiera; ó si servís á algun otro amo, debeis emplear lo que ganais en su asistencia. Si están enfermos, entónces debeis redoblar vuestros cuidados para procurarles todos los remedios necesarios y una buena manutencion. ¡Ah! si alguno de vuestros animales de carga cae enfermo, nada perdonais para curarlo, y, á menudo, se deja morir á un padre, á una madre, por falta de algunos auxilios, que se podria y se debería prestarles: ¡plegue al cielo que no se les niegue esos auxilios para acelerar su muerte! Por último, debeis proveer á las necesidades de vuestros padres, ora consolándoles en sus aflicciones, ora haciéndoles administrar los sacramentos cuando están enfermos, lo más pronto posible; pues basta una enfermedad de algunos dias, y hasta de algunas horas, para llevar al sepulcro unos cuerpos achacosos, á quienes la muerte ha herido ya con el peso de los años que les agobian.

En esos críticos momentos se debe tambien rogar mucho y hacer rogar por ellos: dirigirse al cielo para implorar fervorosamente todo lo que necesitan para su salvacion, es darles la prueba más evidente de un amor verdaderamente filial. Hijos bien nacidos, amad á vuestros padres; y á medida que aumente el peligro de la enfermedad, redoblad vuestro fervor: pedid por ellos una muerte preciosa á los ojos del Señor, si no podeis obtener una vida más larga: ya que ellos os dejan lo que han poseido en la tierra, obtenedles el cielo, pues vuestro amor debe tambien ir más allá de la tumba, rogando por el descanso de sus almas, cumpliendo cuanto ántes los piadosos deseos que

os han manifestado en sus testamentos, y haciendo las restituciones que os han encomendado. Mas ¡ay! ¿cuántos hijos vemos hoy fieles en el cumplimiento de esos deberes respecto á sus difuntos padres? ávidos, afanosos de apoderarse de los bienes que ellos les han dejado, solo piensan en repartir sus despojos, en aprovecharse de su herencia, sin curarse del triste estado á que sus padres están reducidos, quizás á causa de la excesiva ternura que abrigaron por ellos, semejantes en esto á los crueles hermanos de José, que despues de encerrarle en una cisterna, se divertian en el sitio mismo que servia de teatro á su crueldad.

¡Cuántos hijos ingratos vemos tambien, que, perdiendo hasta la memoria de sus padres, hacen de las sucesiones que han recibido la materia de sus querellas, de las divisiones, de los pleitos que entablan unos contra otros! divisiones, pleitos que se perpetúan de generacion en generacion, sin que puedan alcanzar término. ¡Cuántos otros, que hacen de esas sucesiones la materia de sus desórdenes, y solo se sirven de ellas para satisfacer pasiones criminales, sin reservar una sola porcion de los bienes que han recibido para aliviar á los padres que sufren crueles tormentos en el Purgatorio! Hé aquí, pobres padres, el fruto de vuestros trabajos y fatigas. ¡Ah! hijos ingratos, vosotros sereis medidos con el mismo rasero con que hayais medido á vuestros padres; se os tratará con el mismo rigor con que les hayais tratado: y si continuais haciendo mal uso de los bienes que habeis adquirido, morireis en el pecado, y sereis víctimas, no de las llamas del Purgatorio, sino de las del Infierno.

Precaved esa desgracia, instruidos como ya estais de vuestros deberes para con vuestros padres; cumplidlos con fidelidad; amadles, respetadles; habladles, respondedles con respeto; amad su compañía; nada hagais sin consultarles; obedecedles como á Dios, cuando os manden; rogad por ellos, prestadles todos los servicios que podais, y Dios os galardonará, no solo con una vida dilatada en la tierra, sino tambien con una vida eterna en el cielo. Amen.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE LOS DEBERES DE LOS HIJOS.

Honora patrem tuum et matrem tuam, ut sis longævus super terram. Exod. xx, 12.

Honra á tu padre y á tu madre, para que vivas largos años sobre la tierra.

Qui percusserit patrem suum

Quien hiriere á su padre, ó ma-

aut matrem, morte moriatur. Idem, XXI, 15.

Maledictus qui non honorat patrem suum, et matrem. Deuter. XXVII, 16.

Cum acceperit Deus animam meam, corpus meum sepeli; et honorem habebis matri tuæ: memor enim esse debes, quæ et quanta pericula passa sit propter te in utero suo. Tob. IV, 3.

Qui affligit patrem, et fugat matrem, ignominiosus est, et infelix. Prov. XIX, 26.

Qui maledicit patri suo, et matri, extinguetur lucerna ejus in mediis tenebris. Ibidem, XX, 20.

Qui subtrahit aliquid à patre suo, et à matre, et dicit hoc non esse peccatum, particeps homicidæ est. Ibid. XXVIII, 24.

Oculum, qui subsanat patrem, et qui despicit partum matris suæ, effodiant eum corvi de torrentibus, et comedant eum filii aquilæ. Ibid. XXX, 17.

Qui timet Dominum, honorat parentes, et quasi dominis serviet his, qui se genuerunt. Eccli. III, 8.

Fili, suscipe senectam patris tui, et non contristes eum in vita illius; et si defecerit sensu, veniam da, et ne spernas eum in virtute tua. Ibid. ibid. 14.

Benedictio patris firmat domos filiorum: maledictio autem matris eradicat fundamenta. Eccli. III, 11.

dre, muera sin remedio.

Maldito *sea* el que no honra á su padre y á su madre.

Luego que Dios recibiere mi alma, entierra mi cuerpo: y honrarás á tu madre... porque debes tener presente lo que padeció, y á cuántos peligros se expuso por tí llevándote en su vientre.

Infame es y desventurado aquel que dá pesadumbres á su padre, y echa de sí *ó de casa* á la madre.

A aquel que maldice á su padre y á su madre, apagársele há la candela en medio de las tinieblas.

El que hurta algo á su padre y á su madre, y dice no ser eso pecado, es semejante en el crímen al homicida.

A quien hace mofa de su propio padre, y desprecia los dolores que al parirle padeció su madre, sáquenle los ojos los cuervos que viven á lo largo de los torrentes, y cómanselos los aguiluchos.

Quien teme al Señor, honra á los padres; y sirve, como á sus señores, á los que le dieron el sér.

Hijo, alivia la vejez de tu padre, y no le dés pesadumbre en su vida; y si llegare á volverse como un niño, compadécele, y jamás le desprecies por tener tú más vigor que él.

La bendicion del padre afirma las casas de los hijos; pero la mal-

In toto corde tuo, honora patrem tuum, et gemitus matris tuæ ne obliviscaris: memento quoniam nisi per illos natus non fuisses; et retribue illis, quomodo et illi tibi. Ibidem, VII, 29, 30.

Et descendit cum eis et venit Nazareth; et erat subditus illis. Luc. II, 51.

Filii, obedite parentibus vestris in Domino: hoc enim justum est. Ephes. VI, 1.

Honora patrem tuum, et matrem tuam, quod est mandatum primum in promissione: ut bene sit tibi, ut sis longævus super terram. Ibid. ibid. 2.

Filii, obedite parentibus vestris per omnia: hoc enim placitum est in Domino. Coloss. III, 20.

dicion de la madre las arruina *hasta* los cimientos.

Honra á tu padre con todo tu corazon, y no te olvides de los gemidos de tu madre: acuérdate que si no por ellos no hubieras nacido; y correspóndeles segun lo *mucho* que han hecho por tí.

En seguida se fué con ellos, y vino á Nazareth; y les estaba sujeto.

Hijos, vosotros obedeced á vuestros padres *con la mira puesta* en el Señor: porque es esta una cosa justa.

Honra á tu padre y á tu madre, que es el primer mandamiento que va acompañado con recompensa: para que te vaya bien, y tengas larga vida sobre la tierra.

Hijos, obedeced á vuestros padres en todo, porque esto es agradable al Señor.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE EL MISMO ASUNTO.

El principal motivo por el cual los hijos deben amar, respetar y obedecer á sus padres, es el de reconocer en ellos los inmediatos representantes de la divinidad. Esta sola consideracion les hará agradable la obediencia, aún en los preceptos más árduos. Así lo vemos en el piadoso hijo Isaac, el cual, viendo á su padre dispuesto á inmolarle por voluntad divina, se dejó atar con heróica docilidad, y, como dice S. Jerónimo, siguiendo la antiquísima tradicion del pueblo hebreo, él mismo se vendó los ojos y se colocó perfectamente sobre el altar (GENES. XXII).

José fué modelo de un hijo amante durante toda su vida, pero, en especial, cuando vió venir á su padre de la tierra de Canaan, y cuando le vió espirar (GENES. XLVI): despues de asistirle con el mayor esmero en su última enfermedad, apenas observó que acababa de es-

pirar, *ruit super faciem patris flens et deosculans eum* (Ibid. L).

Un acto muy notable de respeto filial ejerció Salomon con su madre Bethsabee, cuando al verla entrar en ademan suplicante, no solo se levantó de su trono para recibirla y saludarla con profunda reverencia, sino que mandó colocar otro trono á su derecha, y en él hizo sentar á su madre. (III Reg. II).

Léanse los capítulos V y siguientes del libro de Tobías, en donde debemos admirar, y los hijos imitar, la respetuosa conducta del jóven Tobías, que, acostumbrado á la obediencia desde niño, al primer precepto de su padre, contestó: *Omnia quæcunque præcepisti mihi faciam, pater* (Cap. V).

Jesucristo, modelo de todas las virtudes, se nos presenta principalmente como tipo de hijos sumisos; pues el evangelista, al hacernos el elogio de su infancia y juventud, lo expresa en estos concisos términos: *Erat subditus illis* (Luc. II, 51).

Todos los modelos de amor y respeto filial que acabamos de citar, experimentaron, durante su vida, las copiosas bendiciones prometidas por Dios á los buenos hijos: así como, por el contrario, vemos las maldiciones fulminadas por Dios contra los hijos malos, cumplidas en aquellos que en los libros santos se nos presentan como modelos de hijos perversos é inobedientes. Véase la infeliz suerte de Cam, hijo de Noé, víctima de la maldicion de su padre, porque le habia insultado y se habia burlado de su desnudez (Gen. IX).

Trágico fué el fin de los dos hijos de Heli, Ofni y Finees, que murieron al filo de la espada en un combate de los filisteos contra los israelitas (I Reg. IV),

En el perverso Absalon tienen tambien los malos hijos otro escarmiento, para evitar el rigor con que Dios castiga á semejantes mónstruos. Este infeliz, primero traidor, despues rebelde, y últimamente parricida, á lo ménos en su intencion, quedó pendiente de un árbol, donde le dejaron cadáver tres botes de lanza (II Reg. XVIII).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Ornamenta juvenilis ætatis, et adolescentium honor sunt, timorem Domini habere, parentibus deferre. S. Ambr. offic. lib. 8.

La principal gloria de la edad juvenil, el mayor honor de los jóvenes, consiste en temer á Dios, y en obedecer á los padres.

Pasce, ò fili, parentes: illi debes quod habes, cui debes quod es. Idem, ibid.

Sustenta, oh hijo, á tus padres: ya que todo cuanto tienes se lo debes, puesto que les debes tu propio sér.

Ideo improbum habere meruit filium (Cham), qui improbus fuerat patri. Idem de Noe et arca.

Por lo mismo que fué un mal hijo (Cam) para con su padre, mereció por castigo tener tambien un hijo depravado.

Utrum admirer et obstupescam justius? Fortem ne spiritum patriarchæ (Abrahæ), an pueri Isaac obedientiam? Quod nec reluctatus est, nec factum ægre tulit, sed cessit et obtemperavit. S. Chrysost. in Genes.

¿Qué admiraré con preferencia? ¿La fortaleza de espíritu del patriarca (Abrahan), ó la obediencia de su hijo Isaac? puesto que ni repugnó, ni llevó á mal la determinacion de su padre, sino que se sometió y obedeció sin hacer la menor réplica.

Nihil charius filiis debet esse quam pater. S. August. serm. Domini in monte.

Los hijos en este mundo nada deben tener más apreciable que sus padres.

In ea re sola filius non debet obedire patri suo, si aliquid pater ipsius jusserit contra Dominum Deum ipsius. Idem, in Psalm. 70, Serm. 1.

El hijo en un solo caso debe desobedecer á su padre, á saber, cuando éste le mande algo contrario á su Dios y Señor.

Qui patribus non obsequitur, Deo non obsequitur. Idem de Obed.

El que no honra á sus padres, tampoco honra á Dios.

Perpende quantæ crudelitatis sit, illos despiciendo contemnere, per quos habes et ipsum esse. S. Petr. Dam. Epist. ad Albert.

Considera la crueldad de despreciar y olvidar á los mismos de quienes recibiste tu propio sér.

Filii obtinent vitam à parentibus, sicut militis obtinent feudum à rege: sicut ergo merentur hi conservationem quamdiu homagium regi præstant, et fideles sunt; ita et filii merentur vitæ conservationem, quamdiu parentes honorant: è contra sicut rebelles spoliantur

Los hijos reciben la vida de sus padres del modo que los militares reciben el feudo de su rey: así como éstos merecen la posesion del feudo, miéntras son fieles y prestan homenaje al monarca, así los hijos merecen conservar la vida, miéntras honran á sus padres: al contrario, así como los rebeldes

feudo, ita et filii rebelles vita. S. Thom. Opusc. 4.

son desposeidos del feudo, así los hijos rebeldes merecen ser privados de la vida.

HIJOS (EDUCACION Ó CRIANZA DE LOS), véase: PADRES (DEBERES DE LOS).

HIPOCRESÍA.

I.

Nisi abundaverit justitia vestra plusquam Scribarum et Pharisæorum, non intrabitis in regnum cœlorum.

Si vuestra justicia no es más llena y mayor que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

(MATTH. V, 20.)

Lloremos y temblemos, hermanos mios, al meditar atentamente estas palabras de Jesucristo. Dios, que es la misma justicia por esencia, y que no admite en su naturaleza ninguna mezcla de debilidad ni de imperfeccion, tampoco la consiente en aquellos que hacen profesion de honrarle y de servirle. No solo juzgará al impío, que se obstina y se fortalece en su pecado, y al hipócrita, que procura engañar con su exterior devoto y modesto, sino tambien al justo, el cual, aunque parece que procura buscar la justicia en la simplicidad de su corazon, no se verá libre de cargos en el dia de sus venganzas.

Para que entremos en la posesion del reino de Dios, necesitamos justicia más llena y mayor que la de los Escribas y Fariseos. No pretendo, hermanos mios, sacar de estas palabras para las almas fieles un motivo de desaliento, sino un motivo de vigilancia y de reforma; ni quiero, tampoco, caer en el desgraciado exceso de los libertinos de nuestros dias, los cuales, porque algunas veces se deslizan los justos, ya se creen autorizados para sospechar de todo lo que lleva el carácter de la devocion y la piedad. Sepan, pues, éstos, que aunque la hipocresía sea infinitamente odiosa á los ojos de un Dios, que solo quiere ser servido en espíritu y en verdad, los malos juicios, las burlas y las sátiras que se permiten sobre cualquier acto de devocion, no son ménos criminales, porque Dios no ha querido sujetar á sus juicios las acciones de sus criaturas.

Cristianos, que solo teneis las apariencias de la justicia, ó porque no la conoceis en toda su extension, ó porque no sentís las consecuencias y los peligros de esta disposicion, estad atentos á mis palabras. ¿Pensais por ventura honrar á Dios, porque afectais devocion y piedad? Pues voy á probaros, que en esto le haceis una de las mayores injurias. ¿Pensais edificar al prójimo? Pues voy á demostraros, que si en algun tiempo llega á conocer que vuestra virtud no es cierta, le dais un grande escándalo. ¿Pensais obrar vuestra propia santificacion? Pues sabed, que oponeis á ella un obstáculo sumamente invencible. Imploremos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

1. Dije, que la falsa justicia es una gravísima ofensa á los ojos de Dios; y, en efecto, el Espíritu santo nos advierte, que el hipócrita atrae sobre sí toda la abominacion del Señor. En este lugar de la Escritura, no solo se habla de la hipocresía, sino de toda mentira meditada y reflexionada sobre cualquiera materia; pero, cuando tiene por objeto los más santos misterios ó la moral de la Religion; cuando no se limita á un suceso ó á una circunstancia, sino que se extiende á todas las de la vida, y se forma un hábito de mentir y de engañar, ¿qué impresion no deberán hacer estos disfraces sobre aquel que se llama la misma verdad por esencia? Hermanos mios, la falsa justicia ¿no reune estos diferentes grados de enormidad? Esos justos de sola apariencia ¿no se mofan de lo más santo y temible de la Religion? Sí, ellos se burlan de nuestros misterios; el hipócrita parece que está lleno de la fé más ardiente, cuando le acomoda manifestarla, y su corazon se ve agitado de mil incertidumbres, y de una multitud de dudas que le van acercando insensiblemente á la incredulidad. Se burlan de los sacramentos: el hipócrita los recibe con frecuencia, y, al mismo tiempo, abusa de ellos. Se burlan de la palabra santa: el hipócrita se manifiesta muy solícito de oir nuestras instrucciones, aplaude exteriormente las verdades evangélicas, y las contradice y detesta dentro de su corazon. Se burlan de la oracion: el hipócrita se familiariza, al parecer, con este santo ejercicio; pero más bien son en su boca las oraciones de la Iglesia una ofensa de la divinidad, que un acto de religion. Se burlan de las buenas obras: el hipócrita manifiesta mucha exactitud en su práctica; pero solo para excitar las alabanzas y las recompensas.

feudo, ita et filii rebelles vita. S. Thom. Opusc. 4.

son desposeidos del feudo, así los hijos rebeldes merecen ser privados de la vida.

HIJOS (EDUCACION Ó CRIANZA DE LOS), véase: PADRES (DEBERES DE LOS).

HIPOCRESÍA.

I.

Nisi abundaverit justitia vestra plusquam Scribarum et Pharisæorum, non intrabitis in regnum cœlorum.

Si vuestra justicia no es más llena y mayor que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

(MATTH. V, 20.)

Lloremos y temblemos, hermanos mios, al meditar atentamente estas palabras de Jesucristo. Dios, que es la misma justicia por esencia, y que no admite en su naturaleza ninguna mezcla de debilidad ni de imperfeccion, tampoco la consiente en aquellos que hacen profesion de honrarle y de servirle. No solo juzgará al impío, que se obstina y se fortalece en su pecado, y al hipócrita, que procura engañar con su exterior devoto y modesto, sino tambien al justo, el cual, aunque parece que procura buscar la justicia en la simplicidad de su corazon, no se verá libre de cargos en el dia de sus venganzas.

Para que entremos en la posesion del reino de Dios, necesitamos justicia más llena y mayor que la de los Escribas y Fariseos. No pretendo, hermanos mios, sacar de estas palabras para las almas fieles un motivo de desaliento, sino un motivo de vigilancia y de reforma; ni quiero, tampoco, caer en el desgraciado exceso de los libertinos de nuestros dias, los cuales, porque algunas veces se deslizan los justos, ya se creen autorizados para sospechar de todo lo que lleva el carácter de la devocion y la piedad. Sepan, pues, éstos, que aunque la hipocresía sea infinitamente odiosa á los ojos de un Dios, que solo quiere ser servido en espíritu y en verdad, los malos juicios, las burlas y las sátiras que se permiten sobre cualquier acto de devocion, no son ménos criminales, porque Dios no ha querido sujetar á sus juicios las acciones de sus criaturas.

Cristianos, que solo teneis las apariencias de la justicia, ó porque no la conoceis en toda su extension, ó porque no sentís las consecuencias y los peligros de esta disposicion, estad atentos á mis palabras. ¿Pensais por ventura honrar á Dios, porque afectais devocion y piedad? Pues voy á probaros, que en esto le haceis una de las mayores injurias. ¿Pensais edificar al prójimo? Pues voy á demostraros, que si en algun tiempo llega á conocer que vuestra virtud no es cierta, le dais un grande escándalo. ¿Pensais obrar vuestra propia santificacion? Pues sabed, que oponeis á ella un obstáculo sumamente invencible. Imploremos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

1. Dije, que la falsa justicia es una gravísima ofensa á los ojos de Dios; y, en efecto, el Espíritu santo nos advierte, que el hipócrita atrae sobre sí toda la abominacion del Señor. En este lugar de la Escritura, no solo se habla de la hipocresía, sino de toda mentira meditada y reflexionada sobre cualquiera materia; pero, cuando tiene por objeto los más santos misterios ó la moral de la Religion; cuando no se limita á un suceso ó á una circunstancia, sino que se extiende á todas las de la vida, y se forma un hábito de mentir y de engañar, ¿qué impresion no deberán hacer estos disfraces sobre aquel que se llama la misma verdad por esencia? Hermanos mios, la falsa justicia ¿no reune estos diferentes grados de enormidad? Esos justos de sola apariencia ¿no se mofan de lo más santo y temible de la Religion? Sí, ellos se burlan de nuestros misterios; el hipócrita parece que está lleno de la fé más ardiente, cuando le acomoda manifestarla, y su corazon se ve agitado de mil incertidumbres, y de una multitud de dudas que le van acercando insensiblemente á la incredulidad. Se burlan de los sacramentos: el hipócrita los recibe con frecuencia, y, al mismo tiempo, abusa de ellos. Se burlan de la palabra santa: el hipócrita se manifiesta muy solícito de oir nuestras instrucciones, aplaude exteriormente las verdades evangélicas, y las contradice y detesta dentro de su corazon. Se burlan de la oracion: el hipócrita se familiariza, al parecer, con este santo ejercicio; pero más bien son en su boca las oraciones de la Iglesia una ofensa de la divinidad, que un acto de religion. Se burlan de las buenas obras: el hipócrita manifiesta mucha exactitud en su práctica; pero solo para excitar las alabanzas y las recompensas.

¡Oh, qué bien conocia Job los caracteres de la falsa justicia, cuando compara la confianza del hipócrita en sus obras á la tela de las arañas! ¿Qué pensará, pues, de tan detestables disposiciones aquel Dios, á quien nada se le oculta, que no puede ser engañado ni engañarse, y que no conoce otro bien perfecto, sino aquel de que él mismo es el principio y el fin? ¿Qué pensará, decidme, del hipócrita, que no conoce otras virtudes que las que lisonjean su amor propio; que se entrega con tanta facilidad á los pecados más vergonzosos, cuando puede cometerlos en secreto, y considerarse libre de la censura de los hombres, como á las acciones loables, luego que pueden procurarle alguna satisfaccion, algun elogio? ¿Qué pensará, repito, el Señor de los cielos y la tierra? No podemos, hermanos mios, dudar sobre esta pregunta. Este Dios, tan tierno, tan compásivo con todos los pecadores, tan tardo para castigarlos, tan paciente para darles espera, tan solícito para recibirlos, y aún para salirles al encuentro, y tan indulgente para perdonarlos, parece que se despoja para los hipócritas de las entrañas de su misericordia, y no habla para ellos sino con anatemas y desgracias. ¡Ay de vosotros! dice. ¿Quereis saber la causa de tanta severidad? Pues tened entendido, dice san Agustin, que el falso justo, bajo la apariencia de la justicia, encierra la iniquidad más criminal, á saber, un corazon entregado todo á la malicia y á la mentira.

Cristianos, que desde la infancia vivís quizá en este triste y miserable estado, ¿no os dice alguna vez vuestra conciencia, que vuestro Dios es muy justo y muy santo, para contentarse con semejante disposicion? ¿Que le ultrajais notablemente, cuando le adorais y le servís con exterioridades, miéntras que dais los afectos del corazon al orgullo, al respeto humano y á mil otros objetos, indignos de su grandeza y majestad? Tened entendido, que por esta justicia hipócrita mereció Israel, en otro tiempo, su reprobacion, y atrajo sobre sí tantas y tan grandes desgracias. Si este pueblo hubiera tenido más sinceridad en los homenajes públicos que tributaba al Señor; si sus labios hubieran estado de inteligencia con su corazon en el culto que le ofrecia, hubiera experimentado siempre la proteccion sensible, de que ya Dios le habia dado anuncios desde el principio de los tiempos; pero el Señor se queja por la boca de su profeta, de que el lenguaje de sus labios no estaba de acuerdo con las disposiciones de su corazon.

Estas disposiciones, hermanos mios, son muy criminales á los ojos de Dios; pero no son ménos escandalosas con relacion al prójimo. Ved el pretexto más plausible que toma por lo regular el hipócrita, para excusar su hipocresía. A nadie, dice, escandalizo; si me pierdo, á nadie culparé de mi pérdida: quizá por medio de una justicia aparente, y cumpliendo exteriormente con exactitud la ley, podré traer muchos pecadores á verdadero reconocimiento; y si no me deben su conversion, no me atribuirán á lo ménos sus caidas. Así habla el hipócrita, es decir, el hombre de la mentira. Pero ¿lo creeriais? Más han contribuido los hipócritas á extender el reino del pecado, que los pecadores aún los más escandalosos. San Pedro Crisólogo llama á la hipocresía un recurso infernal que emplea el enemigo de todo bien, el cual, por medio de los artificios más crueles y sutiles, se vale de la virtud misma, para destruir hasta las raíces de ella.

En efecto; un solo ejemplo del hipócrita basta para que se disguste de la virtud el alma más fiel, para que se separe de ella el pecador que empieza á conmoverse, y que se vé tocado por los atractivos de la piedad, y para que se afirme y fortalezca en la iniquidad el impío más osado.

Cuando las almas virtuosas ven la monstruosa alianza de una vida, al parecer edificante, con un corazon que está encenagado y metido en los pecados más detestables y groseros; cuando ven un exterior muy moderado y compuesto, y una lengua maldiciente y desenfrenada, temen que se tengan por vicios sus virtudes, y que se sospeche tambien de hipocresía el cumplimiento exacto de sus obligaciones. ¿Qué atractivo tendrán la justicia y la piedad para un pecador, si las vé deshonradas por aquellos mismos que hacen profesion de practicarlas? ¿No tendrá motivos para pensar, que la hipocresía ofende más á Dios y causa mayores perjuicios á la Religion que todos sus pecados por enormes que sean? ¿No podrá preguntar con san Bernardo, quién es más culpable, aquél que comete abiertamente el pecado, ó el que profesa exteriormente la piedad y la desmiente en el fondo de su alma?

De aquí provienen, hermanos mios, esas burlas y sátiras temerarias y sacrílegas que los impíos arrojan sobre la Religion, y que, por desgracia, se propagan demasiadamente: ellas son tales, que nos avergonzamos de que nos tengan por devotos, porque este título se ha hecho un género de ignominia; y así, para libertarnos de tal censura, afectamos muchas veces una cierta libertad de hablar y de obrar, que la conciencia misma está resistiendo; pero que, sin embargo, nos pone al abrigo de sátiras tan horrendas.

Es necesario distinguir entre la verdadera y la falsa devocion. En efecto; ¿qué cosa es un devoto, segun la idea que hoy se forma? Es una persona, cuya vida es un círculo de oraciones, de lecturas, de ejercicios y de buenas obras; pero que, no obstante, conserva dentro

de su corazon sus malos hábitos; una alma muy escrupulosa para echar de sí cualquiera cosa que pueda turbar el órden que se ha establecido, y que, al mismo tiempo, adopta sin escrúpulo los refinamientos y las delicadezas de la sensualidad y del lujo, y todos los artificios del amor propio y del orgullo; una persona, que nos admirará y edificará á los piés de los altares; pero que en el interior de su casa se entregará á la disipacion y desplegará la ira y el rencor que abriga su corazon; una persona, que será muy sensible á todos los objetos de piedad y de devocion; pero muy indiferente y dura para todos los de la caridad; una persona, cuya lengua, á un mismo tiempo, será religiosa y mordaz, y que por principios de conciencia llorará los abusos de su siglo, porque tomará de aquí motivo para censurar los desórdenes de su prójimo; en una palabra, una persona muy á propósito, en la apariencia, para todo bien, pero interiormente muy dispuesta para todo género de iniquidad y de injusticia.

Esto es lo que, segun la opinion más comun, quiere decir el nombre de devoto, tomado en toda su extension; pero lo más lastimoso, hermanos mios, es la originalidad de este retrato; y lo más deplorable todavía es, que aquellos á quienes más se parece, son los que más lo aplican á los otros. Decidme, ahora, si el hipócrita no será responsable delante de Dios de todas las sátiras que los pecadores inventan y propagan sobre la verdadera devocion, de todos los escándalos que causan, y de los movimientos de la gracia que sofocan; pero á pesar de que los libertinos y los impíos se desaten universalmente á perseguir la virtud, ¿no triunfaria al cabo ella de sus desórdenes y sus escándalos, si no la vendiesen los que toman su máscara, y los que hacen profesion de practicarla?

¿Cuál será, pregunto con san Bernardo, más culpable en el tribunal de la suprema verdad, aquel que sin disfraz hace profesion de la impiedad, ó el que estando lleno de vicios afecta la santidad y las virtudes? Y ¿qué efecto produce con relacion al hipócrita mismo una disposicion, tan criminal para con Dios y tan escandalosa para con el prójimo? Ella le cierra el camino de la penitencia y le ensancha el de la perdicion.

2. En efecto; ¿se convierten acaso muchos hipócritas? Nó, hermanos mios; la conversion supone un conocimiento muy claro del estado infeliz en que se halla el alma, un deseo muy sincero de salir de este estado, un estudio no interrumpido de los medios más eficaces para esta mudanza, y, sobre todo, las gracias que pueden obrarla. En esto consisten las verdaderas conversiones. ¿Dónde está el falso justo que dice con sinceridad: yo engaño á mi prójimo; me engaño á mí mismo; pero no engañaré á mi Dios, que penetra los senos más ocultos del corazon: todo el bien que hago es perdido para mí; un pecador que llora sobre su estado, y que pone sinceramente los medios para salir de él, es ménos criminal que yo, y mucho más digno de indulgencia y de misericordia? Hay alguno que hable de esta manera? No, hermanos mios, no es este el lenguaje del hipócrita. Toda su atencion la dirige á indagar las faltas del prójimo para censurarlas, y á ponderar y á aplaudir los pequeños bienes que él hace. Si á la vez manifiesta algun dolor sobre sus faltas, no es por las que ha cometido en secreto, sino por las que han llegado á publicarse. Siempre vigilante y atento sobre sus acciones, procura que sean tales, que no le defrauden del concepto que se ha adquirido entre los hombres; pero este infeliz, á pesar de todo su cuidado, padece, por un secreto juicio de Dios, las aflicciones de los justos y las amarguras de los pecadores; es decir, experimenta, como éstos, la agitacion, los temores y los remordimientos de su conciencia; y si una alma pecadora tiene en sí misma su suplicio, el corazon del hipócrita tiene en sí propio su tormento. Así es tan desgraciado como el pecador; pero á todos estos remordimientos que le despedazan, junta la opresion que padece por la virtud que afecta. Él no conoce como el justo los placeres del siglo, y se priva muchas veces aún de los más moderados para parecer devoto; se mortifica como el justo con ejercicios de penitencia, y aunque siente el dolor que causan, no conoce el consuelo que producen: la misma limosna, este recurso tan eficaz en las manos de los demás pecadores, para él es del todo estéril; miéntras que los otros rescatan sus pecados con sus limosnas, el hipócrita pierde su dinero y su alma por su ostentacion y su orgullo. Si hace penitencias, no por esto se mudan sus afectos ni los deseos de su corazon: bajo un exterior mortificado y penitente, conserva toda la injusticia de sus pasiones; de manera, que atormenta inútilmente su alma en este mundo, sin que le traiga la más mínima felicidad y satisfaccion para el otro.

¿No es este, hermanos mios, un estado digno de llorarse? Por un prodigio, el más incomprensible, el falso justo no conoce el peligro en que se halla y vive muy distante de sentirlo, á la manera de los enfermos, á quienes una extenuacion habitual conduce insensiblemente á la muerte; pero que, sin embargo, en los últimos momentos de su enfermedad, forman todavía proyectos, que suponen una larga vida y una salud muy robusta. ¿De dónde proviene pues esa insensibilidad del hipócrita sobre su estado? Si bien lo consideramos, hermanos mios, podemos atribuirla, con uno de los Padres de la Iglesia, á los secretos juicios del Señor, el cual permite que el demonio en-

gañe y seduzca siempre á todos los que aman sus engaños. Ellos quieren parecer justos; pero por su desgracia no lo son sino á sus propios ojos; y, desde este momento triste, ya no lloran sobre el estado miserable de su alma; ya no tienen deseos, ni hacen esfuerzos para levantarse; ya no ruegan para conseguir los medios necesarios; ya, por consecuencia, carecen de todos los auxilios de la gracia. Pero la conciencia, este juez tan severo y equitativo, que habla tan alto y que á nadie perdona, ¿qué hace en esta ocasion? Ella guarda un profundo silencio en los falsos devotos, de manera, que pueden aplicárseles aquellas palabras del Apóstol: *tienen su conciencia cicatrizada;* como si dijese, tan acostumbrada á no juzgar del bien y del mal sino con relacion á sus intereses propios, que ya no son sensibles ni á los de Dios, ni á los de la Religion, ni á los del prójimo.

Dije, hermanos mios, que este estado ensancha el camino de la perdicion, porque ¿quien será capaz de detener una alma hipócrita en medio de las tentaciones y de los escollos? Sólo el temor del juicio de los hombres: quitádselo, y los vereis arrostrar todos los desórdenes. ¿No vemos todos los dias, con vergüenza del cristianismo, que muchas personas, que se han granjeado la estimacion y el respeto de los demás por su buen porte, vienen á ser el escándalo de todo un pueblo, porque la casualidad ha descubierto las gravísimas faltas que procuraban esconder? ¿No se verifica, con demasiada frecuencia, aquel oráculo de Jesucristo: *son semejantes á los sepulcros blanqueados por de fuera*? Aquellos hombres adornados de una falsa justicia, que engañan con su brillante exterior á todos los que se dejan deslumbrar por exterioridades, ¿no se ven detestados y aborrecidos, luego que se sondea su corazon? ¿no ven sus alabanzas convertidas en vituperios? ¿no arrojan de sí el hedor más insufrible?

Ah! hermanos mios, vivamos siempre como hijos de Dios, manifestándolo así en todas nuestras obras. La verdadera justicia consiste, en amar todo lo que Dios aprueba, y en detestar lo que condena. Enemigo declarado del disfraz y de la mentira, exige, que el primer homenaje de nuestro corazon sea dictado por un espíritu de sencillez y de rectitud.

Edifiquemos siempre al prójimo, y aunque sus conocimientos sean muy limitados, no le engañemos con un exterior de moderacion y de virtud. Temamos, si somos falsos justos, que se nos caiga la máscara, y que nuestra hipocresía sea para ellos un objeto de escándalo, que nos haga responsables, ó de sus blasfemias contra la virtud, ó de los pecados que cometen por causa de nuestros engaños.

Sobre todo, mis hermanos, nunca olvidemos la necesidad en que estamos de mantener una vigilancia escrupulosa que prevenga nuestras caidas, y de tener una contricion verdadera que expíe nuestros pecados, y una humildad sincera que nos consiga la misericordia y la gracia. La falsa devocion es enemiga de todas estas disposiciones; y así, seamos verdaderos en nuestros homenajes, si queremos agradar á Dios y atraer sus auxilios.

No espereis, Dios mio, para descubrirnos el secreto de nuestras conciencias, ese dia, que teneis destinado para ponerlas á los ojos de todos, y que ha de ser tan terrible para el alma hipócrita. La imaginacion me trasporta hoy á los piés de ese tribunal, para representarme la confusion del falso devoto, cuando se vea despojado de su falsa justicia. Entónces será, cuando ejerciteis sobre él aquella amenaza terrible: *vendrá un dia en que os despojaré de todos los vestidos que llevais y que os disfrazan, para reduciros á los ojos del universo al estado de desnudez en que salisteis á ver la primera luz.* ¡Oh! qué mudanza para el pecador hipócrita, cuando se quede solo con la injusticia de sus pensamientos, con la corrupcion de sus deseos; cuando vea que cada una de sus buenas obras tiene el primer lugar entre sus iniquidades, porque han sido corrompidas por el amor propio y el respeto humano! ¡Dios mio! si yo tuviese delante de mí este juicio, siempre obraria conforme á vuestra voluntad; infundidle, pues, en mi corazon, y haced que el miedo de este juicio sea para mí el principio de la sabiduría y de la justicia, y la prenda de la felicidad verdadera. Así sea.

HIPOCRESÍA.

II.

Attendite à falsis prophetis, qui veniunt ad vos in vestimentis ovium, intrinsecus autem sunt lupi rapaces.

Guardaos de los falsos profetas, que se llegan á vosotros disfrazados con piel de ovejas, mas por dentro son lobos voraces.

(MATTH. VII, 15.)

Nada hay más santo que la piedad, nada más excelente ni divino; pero puedo decir con el mayor dolor, que nada hay tampoco más expuesto á las profanaciones y á los abusos, ni nada más peligroso que aquellas almas engañosas y sagaces, que con el velo de una devocion aparente ocultan, ó el veneno de una doctrina corrompida, ó el desórden de una conducta culpable. Esto me obligaria en el dia á hablar contra la hipocresía, si Dios no me hubiera inspirado otro designio, que, aunque distinto de éste, no deja, en algun modo, de referirse á él, y del cual aún me prometo coger más fruto para la reformacion de vuestras costumbres. La hipocresía, dice ingeniosamente san Agustin, es aquella zizaña del Evangelio, que no se puede arrancar sin desarraigar al mismo tiempo la buena semilla. Dejémosla crecer hasta el tiempo de la siega, segun el consejo del Padre de familias, para no exponernos á confundir con ella los frutos de la gracia y las santas semillas de una piedad sincera y verdadera. En lugar, pues, de emplear mi celo en declamar contra la hipocresía, intento combatir á los que discurren mal en el asunto de la hipocresía, sacando de él perversas consecuencias, ó que por ella se dejan impresionar mal, ó, finalmente, porque forman por esto falsas ideas contra la verdadera piedad. Yo no quiero considerar la hipocresía en sí misma, sino fuera de sí; no en su principio, sino en sus consecuencias; y no en la persona de los hipócritas, sino en la de los que no lo son. Hay tres clases de personas, que sin ser hipócritas, ni quererlo ser, se forman de la hipocresía de los demás un obstáculo esencial á su salvacion. Observad bien sus distintos caracteres. Los primeros son los mundanos, que se valen, ó quieren valerse de la hipocresía de otros para

autorizar su libertinaje y levantarse contra la verdadera piedad. Los segundos son los cristianos pusilánimes, á quienes la hipocresía de los demás sirve de escándalo y de turbacion, hasta llegar á disgustarlos y fastidiarles la verdadera piedad. Y los últimos son los ignorantes y simples, que no consultando su fé, ni su razon, se dejan engañar con la hipocresía de algunos, y la tienen por verdadera piedad. Por estos medios piensan los mundanos hallar en la hipocresía de los demás justificada su impiedad: los pusilánimes pretexto de su cobardía; y los simples excusa de su imprudencia y temeridad; pero yo intento manifestarles á todos, que no tienen fundamento alguno para proceder de este modo, y hacerles ver cuán frívolas son sus razones. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El mundano que vive en una deplorable corrupcion de costumbres, quisiera que todos los demás hombres se asemejasen á él en esto mismo; y aunque se conozca él como pecador, y haga profesion de serlo, seria su gusto poderse lisonjear, de que era tan hombre de bien como todos los demás, ó por mejor decir, que todos los otros no eran mejores que él. Este es un pensamiento caprichoso, aunque, no obstante, muy natural: pero sea como fuere, de este pensamiento se forma él una opinion, y se convence, poco á poco, de que la cosa es, con efecto, del modo que se le figura y como él quisiera que fuese; y como el ejemplo de los hipócritas dá á su error algun colorido de verosimilitud, se detiene en esta apariencia, en perjuicio de todas la razones opuestas. Porque hay devotos hipócritas, infiere luego, que todos pueden serlo; y de aquí, pasando más adelante, se asegura á sí mismo, que la mayor parte, y aún por lo comun, todos los son: se obstina en sus desórdenes con la vana persuasion, de que aquéllos que en el mundo se cree llevan una vida más regular, y que tienen más integridad, considerándolo todo bien, no son mejores que él: que la diferencia que hay entre él y los demás es, que aquéllos son, por los comun, más disimulados y más diestros en ocultar su conducta, pero que en cuanto á lo demás, tienen sus desórdenes, como él los suyos. Que en lugar de ciertos vicios groseros y sensuales, que el respeto humano les hace evitar, tienen otros que, en la verdad, son más espirituales, pero que no son ménos culpables delante de Dios.

Y aunque despues se halle precisado el licencioso á convenir, en que no es toda falsa la piedad, á lo ménos intenta persuadirse á que es sospechosa y que siempre se puede desconfiar de ella. Esto solo le basta: y para él no hay piedad que no sea despreciable, haciéndola dudosa. Convengamos con él, por un momento, en que no hay en el

mundo verdadera piedad, ó que solo hay una piedad dudosa; ¿puede inferir de aquí, como infiere, que ya no hay mas sino permanecer en su vida mundana y desarreglada, y que la conducta de los demás es una justificacion de la suya? Falsa y perniciosa consecuencia; pues aunque toda piedad esté desterrada de la cristiandad, ó la que aparece esté sujeta á legítimas sospechas, hay siempre un Dios que debe ser adorado en espíritu y en verdad; y cuando todos los hombres le rehusáran los justos honores que se le deben, no le serán éstos ménos debidos por cada uno de los hombres, y ninguno de ellos dejaria de ser ménos culpable si se los negase. Cuando Dios se dió á conocer á nosotros, no nos dijo: *Vosotros me honrareis segun los demás hombres me honraren, y porque ellos me veneran*; sino, *vosotros me honrareis, porque merezco ser honrado, pues soy vuestro Señor y vuestro Dios: Ego Dominus, et extrame non est Deus* (Isai. xlv, 5). Cuando nos impuso su ley, no nos dijo: *Hareis ésto, y os abstendreis de aquéllo, segun viereis á los demás hacerlo ó abstenerse;* sino, *lo hareis porque yo lo mando, y os abstendreis porque yo lo prohibo, porque tengo poder para mandar lo uno y prohibir lo otro; porque es razon mandar lo uno y prohibir lo otro, y porque es justo que ejecuteis lo uno y que os abstengais de lo otro: Mandatum quod præcipio tibi* (Deut. viii, 1). Luego, independientemente de la conducta de todos los hombres, Dios es siempre Dios, y por consecuencia, siempre Señor, siempre digno de ser adorado, y siempre digno de nuestro culto y de nuestra obediencia, y la ley es siempre ley, y el Evangelio siempre Evangelio; la razon siempre razon, la justicia siempre justicia, el bien siempre es bien, y el pecado siempre es pecado; de lo que se sigue, que debeis observar siempre la ley, siempre seguir el Evangelio, escuchar siempre la razon, guardar siempre la justicia, practicar siempre lo bueno, y preservaros siempre del pecado.

Esto es lo que el mundano deberia decirse á sí mismo para discurrir juiciosamente. ¿Qué me importa observar lo que ejecutan aquellos y los otros, ni saber si la piedad que profesan es sincera ó afectada? Su vida no es regla para mí. Si son devotos falsos, su falsa devocion no me autoriza para ser mal cristiano. Cada uno responderá por sí, dejémosles vivir como quieran, pero nosotros vivamos como debemos.

Pero ¿es verdad que en el mundo todo es hipocresía, y que no hay almas verdaderamente virtuosas? No, hermanos mios. Nosotros aún vemos hombres segun pide la religion, y cuya vida ejemplar nos puede servir de modelo. Vemos casadas y doncellas, cuyo fervor nos

edifica, y cuya devocion ardiente, caritativa, humilde y desinteresada, tiene todos los caracteres de la santidad evangélica. Además de aquellos y aquellas que la Providencia, por una vocacion particular, ha puesto en las soledades y en los claustros, hay tambien otros en todos los estados; y aunque el mundano los desconoce, no tendrán menor influjo en su condenacion delante de Dios.

2. Hablemos ahora de estos espíritus pusilánimes, que, disgustados por la hipocresía de los demás, se alejan de los caminos de Dios. Ellos quisieran ocuparse en servirle; pero temen ser tenidos por hipócritas, y este temor los detiene. Esto es lo que nosotros vemos todos los dias nosotros, que, como ministros de Jesucristo, somos secretos confidentes de las almas y depositarios de sus sentimientos. Esto es lo que hace perder á nuestras exhortaciones más fervorosas toda su eficacia, y lo que hace inútil nuestro ministerio para con tantos cristianos pusilánimes. Ellos tienen inclinacion á la piedad, conocen en este punto sus obligaciones, y estarian muy dispuestos á cumplirlas. Nosotros procuramos guiarlos á este fin, y les representamos la importancia y la necesidad de ello. Nos escuchan, gustan de todo lo que les decimos, parece que están edificados y determinados á ponerlo por obra; pero, cuando es menester dar el primer paso, les ocurre una reflexion desgraciada que basta á contenerlos. ¿Qué se dirá de mí, dicen, y á qué hablillas no voy á exponerme? ¿Se creerá que solo la piedad es la que me hace obrar? Por estos temores permanecen en un estado de vida del cual querrian salir; y por evitar una hipocresía, ó á lo ménos la reputacion y crédito de ella, se cae, por decirlo así, en otra Si es hipocresía tener los exteriores de la piedad, sin tenerla en la realidad, ¿no lo es tambien tener en el corazon estimacion de la piedad, deseo de ella y sus sentimientos, y afectar exterioridades del todo opuestas? ¿No lo es tambien condenar en la apariencia lo que interiormente se aprueba, y aprobar lo que interiormente se condena? ¿No lo es declararse por el mundo, y seguir sus caminos corrompidos, cuando se conoce su corrupcion, y cuando, al mismo tiempo, se tiene á ellos un secreto horror, y se gime al verse empeñado en seguirlos? ¿No lo es alejarse de Dios, y dejar sus caminos, cuando se cree que son estos los más rectos y seguros, y cuando una inclinacion feliz nos conduce á ellos? En lugar de decir, como S. Pablo: *Mihi autem pro minimo est, ut á vobis judicer, aut ab humano die* (I Cor. iv, 3); no me dá cuidado alguno cuanto de mí hablareis, seais quien fuereis; cuando se trata de hacer lo que debo á mi Dios; se dejan preocupar de las falsas ideas de una prudencia enteramente carnal, y viven en una servi-

dumbre mil veces más vergonzosa que todos los temidos desprecios de que se forman unas fantasmas vanas. Un cristiano nunca tiene motivo legítimo para temer, que le cuenten en el número de los hipócritas y falsos devotos; porque sabe muy bien, que puede servir á Dios de un modo, que todo el mundo mismo quede convencido de su rectitud. La verdadera virtud tiene ciertos brillos, por lo que se dá bien presto á conocer. Estemos en el estado que Dios nos ha puesto con una santa sumision á sus mandatos, y no nos confundirán con los que falsifican ó alteran su culto. Hagamos resplandecer la luz de nuestra fé con la edificacion de nuestras obras, y los hombres, dando gloria á Dios en nosotros, serán los primeros en darnos de ello testimonio. Un vano temor de ser tenidos por lo que no somos, esto es, por hipócritas, no nos impida jamás ser constantemente lo que debemos ser, esto es, cristianos.

No olvidemos estas palabras del Salvador: *Qui me erubuerit, et meos sermones, hunc filius hominis erubescet cum venerit in majestate sua* (Luc. IX, 26). Si alguno se avergüenza de mí delante de los hombres, yo me avergonzaré de conocerle delante de mi Padre. Si esta sentencia inspiró tanto denuedo y valor á los confesores de la fé, ¿no bastará, á lo ménos, para destruir en vuestro espíritu el escándalo de vuestra propia pusilanimidad y cobardía? Y si os dejais vencer de él ¿qué podreis responder á Jesucristo, no digo en el juicio exacto y riguroso que tendreis algun dia que sufrir, sino ahora y en lo interior de vuestra conciencia? ¿Sereis bien recibidos, ó dignos de serlo, porque digais, que no habeis podido sufrir que se os tuviese por hipócritas, y que esto solo ha entibiado vuestro fervor, y os ha impedido emprender cosa alguna por Dios? ¿Qué hubieras hecho, amado oyente mio, si hubieras sido combatido con tanta aspereza y rigor como los mártires? Ved lo que pudiera responderos; pero no tengo necesidad de hacerlo, pues estais en error, creyendo que el mundo persigue la verdadera piedad, teniéndola por hipocresía. Os engañais, cristianos: el mundo no persigue enteramente la verdadera piedad; le cuesta trabajo y pena el tenerla por verdadera; pero la respeta y venera luego que llega á creerla. Ejercitad, pues, la piedad, y el mundo, á quien temeis, os dará los elogios que os son debidos. De este modo no tendreis pretexto alguno para escandalizaros por pusilanimidad de la hipocresía de otros, y nada os quedará que hacer, sino es dejaros sorprender en este punto por ignorancia y simplicidad.

3. Es observacion de S. Juan Crisóstomo, que si no hubiera en el mundo ignorancia, tampoco hubiera disimulacion ni hipocresía; y

la prueba es convincente: porque la hipocresía (dice el santo) no se funda sino sobre la presuncion de la ignorancia y simplicidad de los hombres; y así, el hipócrita dejaria de serlo, si no se fiara en que habria siempre espíritus fáciles de ser engañados con sus artificios. Nada nos encomendó tanto el Salvador en su Evangelio, como que no creamos ligeramente á toda clase de espíritus; que desconfiemos particularmente de aquellos que se trasforman en ángeles de luz; y, en una palabra, que nos cautelemos y usemos de precaucion contra el fermento peligroso de los fariseos, que es la hipocresía: *Attendite á fermento Pharisæorum quod est hypocrisis* (Luc. XII, 1). Poned atencion, dice, cautelaos de ella: *Attendite*. Pero nunca pensamos en esto, y vivimos en este punto con una negligencia, ó por mejor decir, con una indiferencia suma, entregándonos á todo sin distincion, y portándonos en todas nuestras ocupaciones sin temor ninguno de ser sorprendidos, y aún, como si quisiéramos serlo. ¿Y no lo queremos, con efecto, principalmente, cuando la ilusion satisface nuestra vanidad, ó nuestra curiosidad? De esto infiero yo, que si en este punto vemos desórdenes, que es decir, si nuestra fé ó nuestra caridad llegan á alterarse, bien léjos de merecer perdon, somos mucho más reos delante de Dios: lo uno, por el desórden que causa nuestro error; y lo otro, por nuestro error mismo, porque lo uno y lo otro procede de que no obedecemos este precepto del Salvador: *Attendite á fermento Pharisæorum.*

Pero, por más precauciones que en este punto se tomen, es difícil no ser engañados por la hipocresía, decís vosotros; y yo digo, que con las reglas admirables que Jesucristo nos dió, nada es más fácil de evitar que este engaño en las cosas de que hablamos, que son las de la conciencia y las de la salvacion eterna. En materia de religion, la prueba infalible de la verdad es la sumision á su Iglesia; fuera de ella, todas las virtudes que se practican, no son más que hipocresía y engaño; cualquiera que no oye á la Iglesia, aunque él fuera un ángel bajado del cielo, debe ser mirado como un pagano, ó como un publicano. Si sucede, pues, que sin respetar ni atender á esto seguimos un partido, en el cual no se encuentra ese espíritu de sumision, desde luego, somos culpables, aunque seamos seducidos por la hipocresía, y nuestro error es una infidelidad.

Hermanos mios, no nos dejemos sorprender por la ignorancia y simplicidad. Valgámonos de toda nuestra vigilancia para estar alerta contra los hipócritas, que se trasforman en ángeles de luz. Si no lo hiciéremos, nos amenaza Dios, de que seremos comprendidos en el anatema que fulminará contra ellos: *Partemque ejus ponet cum*

hypocritis (MATTH. XXIV, 51). Y porque el Salvador de los hombres nos advierte, que juntemos siempre la oracion con la vigilancia, estamos tambien en la obligacion de clamar á Dios, y decirle continuamente con su Profeta: *Notam fac mihi viam, in qua ambulem, quia ad te levavi animam meam* (PSALM. CXLII, 8). Manifestadme, Señor, el camino por donde debo ir, y no permitais que una engañosa ilusion me ciegue. El mundo está lleno de falsas guias, tanto más dignas de temerse, cuanto son más diestras en ocultarse, y cuanto sus designios son más secretos. Por esto, Dios mio, me encamino á vos, para que me favorezcais con las luces de vuestra gracia, y para que con el favor de esta claridad divina pueda dichosamente llegar al término de la gloria, que os deseo á todos.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

HIPOCRESÍA.—Es un vicio que todas las pasiones nos enseñan.

Es un vicio que toma la apariencia de todas las virtudes.

Es un vicio que sorprende á los santos en todo género de condiciones.

HIPOCRESÍA.—La hipocresía solo busca el explendor de la virtud, sin querer la estabilidad y la realidad de la misma.

La hipocresía rechaza las obligaciones comunes y aspira á la singularidad.

La hipocresía no siembra más que gloria y no recogerá sino confusion.

HIPOCRESÍA.—La hipocresía es un poderoso obstáculo para la conversion de toda clase de personas.

La hipocresía de las personas jóvenes les hace pecar impunemente.

La hipocresía de los ancianos les hace morir en su pecado.

HIPOCRESÍA.—Los hombres de condicion superior á la generalidad de los hombres, apelan á la hipocresía para disimular su ambicion.

Los hombres que dependen de otros hombres, se sirven de la hipocresía para cubrir su infidelidad.

HIPÓCRITA.—No hay hombre más cobarde que el hipócrita, cuando es interesado.

No hay temeridad como la del hipócrita, cuando infunde sospechas.

HIPÓCRITA.—Los hombres nunca son más peligrosos que cuando son hipócritas.

Las mujeres nunca son más peligrosas que cuando son hipócritas.

La hipocresía lleva consigo el apasionamiento.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE LA HIPOCRESÍA.

Spes hypocritæ peribit; non ei placebit vecordia sua, et sicut tela aranearum fiducia ejus. Job. VIII, 13, 14.

Parará en humo la esperanza del hipócrita; á él *mismo* no le contentará ya su estolidez ó *impiedad*; y *toda* su confianza se desvanecerá como telaraña.

Non veniet in conspectu ejus omnis hypocrita. Idem XIII, 16.

En verdad que no se presensentará delante de sus ojos (del Señor) hipócrita ninguno.

Ne fueris hypocrita in conspectu hominum. Eccli. I, 37.

No seas hipócrita delante de los hombres.

Est qui nequiter humiliat se, et interiora ejus plena sunt dolo. Idem XIX, 23.

Hay quien maliciosamente se humilla, mas su corazon está lleno de dolo.

Omnis hypocrita est, et nequam. Isai. IX, 17.

Todo él (pueblo de Israel) es hipócrita y malvado.

Populus iste, labiis suis glorificat me; cor autem ejus longé est à me. Idem XXIX, 13.

Este pueblo... me honra *solo* con sus lábios; su corazon empero está léjos de mí.

Cum jejunaretis, et plangeretis, numquid jejunium jejunastis mihi? Zachar. VII, 5.

Cuando ayunabais y plañiais, ¿acaso ayunasteis por respeto mio?

Attendite à falsis prophetis, qui veniunt ad vos in vestimentis ovium, intrinsecus autem sunt lupi rapaces. Matth. VII, 15.

Guardaos de los falsos profetas, que vienen á vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos voraces.

Væ vobis Scribæ, et Pharisæi hypocritæ; quia similes estis sepulchris dealbatis, quæ à foris parent hominibus speciosa, intus vero plena sunt ossibus mortuorum, et omni spurcitia.

¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas! porque sois semejantes á los sepulcros blanqueados, los cuales por afuera parecen hermosos á los hombres, mas por dentro están llenos de huesos de

Sic et vos à foris quidem paretis hominibus justi; intus autem pleni estis hypocrisi, et iniquitate. Matth. XXIII, 27, 28. Vide totum cap. 23.

muertos, de todo género de podredumbre. Así tambien vosotros en el exterior os mostrais justos á los hombres; mas en el interior estais llenos de hipocresía y de iniquidad.

Vos estis, qui justificatis vos coram hominibus; Deus autem novit corda vestra: quia quod hominibus altum est, abominatio est ante Deum. Luc. XVI, 15.

Vosotros os vendeis por justos delante de los hombres; pero Dios conoce *el fondo de* vuestros corazones: porque *sucede á menudo, que* lo que parece sublime á los ojos humanos, á los de Dios es abominable.

Habentes speciem quidem pietatis, virtutem autem ejus abnegantes. II Timoth. III, 5.

Muestran, sí, (los hipócritas) apariencia de piedad *ó religion*, pero renuncian á su espíritu.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE EL MISMO ASUNTO.

El que hubiera escuchado á Absalon en la antesala del régio tribunal, dando al olvido su dignidad, confundiéndose entre los individuos del pueblo, y abogando por sus particulares pretensiones, habria creido, que era un príncipe humanísimo, que se desvivia por el bien de los vasallos (II REG. XV): pero su posterior conducta de rebelde y parricida manifestó explícitamente, que todas aquellas demostraciones eran hijas de una ficcion calculada, de una refinada hipocresía. (IBID.) Tal es la conducta de los hipócritas; ocultan sus proyectos ambiciosos y funestos bajo las apariencias de la justicia y abnegacion.

Giezi, al admirar y alabar la conducta desinteresada de su maestro Eliseo, cuando Naaman queria enriquecerle con presentes preciosos, en agradecimiento de haber sido curado de la lepra, ocultó con la más estudiada hipocresía su avaricia. Y para satisfacerla, se fué detrás de aquel príncipe, pidiendo alguna cosa, casi á título de limosna; pero descubierta su codicia por el profeta, fué castigado con la misma lepra que tenia aquel príncipe extranjero (IV REG. V).

Contra la hipocresía ó ficcion, que es uno de los medios más favoritos y practicados de los mundanos, deberíamos manifestar la constancia ingénua de que dió pruebas el anciano Eleázaro, cuando dijo, que preferiria la muerte á toda ficcion contraria á la ley divina. (II MACHAB. VI.)

En el nuevo Testamento vemos la figura más abominable por su ingratitud é hipocresía en Judas el traidor (MATTH. XXVI; MARC. XIV; LUC. XXII).

Otro de los actos más abominables, por lo grosero de la hipocresía, fué la conducta observada por los sacerdotes de la ley, al devolverles el infeliz Judas el precio de su traicion. Dichos sacerdotes, despues de atropellar todas las leyes y principios de la justicia sin el menor escrúpulo, condenando á muerte á un inocente, manifiestan una excesiva delicadeza en reembolsarse los treinta dineros del desesperado vendedor, diciendo: *Non licet eos mittere in corbonam, quia pretium sanginis est* (MATTH. XXVII). ¡ Cuánta hipocresía ! ¡ Cuán horrenda malicia ! Léase el cap. XXIII de S. Mateo, de cuyo contenido inferimos que Jesucristo les conocia, al echarles en cara sus iniquidades, y al decirles, que, más perversos aún que sus padres, llenarian la medida de sus abominaciones con la última y más horrenda crueldad.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Hypocritas evitare facile non potes, propterea quod pietatis prætextu, pravitas eorum fucata, et adornata profunda latet. S. Basil. Hom. 7.

No es fácil evitar la compañía de los hipócritas, por lo mismo que bajo la máscara de piedad, ocultan hábilmente su encubierta y vergonzosa malicia.

Mulier, quæ nativa pulchritudine destituta est, ad colores, pigmenta, et fucos confugere solet: ita hypocrita cum specie solidæ perfectæque pietatis careat, adumbrationem quamdam pietatis externam simulat, qua eorum oculos retinet, qui adumbratæ virtutis simulatione capiuntur. S. Greg. Nazian. in Orat. funeb. Patris.

Así como la mujer, á quien la naturaleza negó la hermosura, echa mano de colores, polvos y demás afeites; así el hipócrita que pretende aparentar la verdadera y sólida virtud, se reviste de cierto adorno de piedad exterior, con la cual alucina fácilmente á todos los que solo se pagan del exterior.

Hypocritæ simulatores dicuntur, quia justi esse non quærunt, sed tantum videri volunt. S. August. lib. 2 contr. Julian.

Se llaman hipócritas los que fingen, porque no trabajan por ser justos, sino por parecerlo.

Dupliciter rea est anima, si bonum non faciat unde spiritualiter vivat, et appetat similitudinem boni, sub qua male vivat, et lateat. S. Prosper. lib. 3 de vita contempl. cap, 1.

Es doblemente culpable aquel que omite el bien por el cual vive espiritualmente, y se contenta con las apariencias de la virtud para ocultar más fácilmente su mala vida.

Crudeli arte virtutes truncat (hypocrisis) mucrone virtutum: Pestilentia cavenda, quæ de remediis creat morbos, sanctitatem vertit in crimen, placationem facit reatum. S. Petr. Chrysolog. serm. 7.

(La hipocresía) destruye con habilidad fatal las virtudes, sirviéndose, como de espada, de la virtud misma: contagio digno de evitarse, porque de los mismos remedios crea enfermedades, convierte la santidad en maldad, y la oracion en delito.

Hypocrita ostendit in imagine, quod non habet in veritate. S. Gregor. lib. 15 Moral. cap. 3.

El hipócrita se esfuerza en manifestar superficialmente lo que en realidad no tiene.

Hypocritæ oves sunt habitu, astu vulpes, actu et crudelitate lupi: hi sunt, qui boni videri, non esse; mali non videri, sed esse volunt. S. Bernard. serm. 66 in Cantic.

Los hipócritas, respecto á su exterior, parecen ovejas, por su astucia son zorras, por su crueldad lobos: estos son los que quieren ser tenidos por buenos sin serlo, y ser malos sin parecerlo.

Véase: DEVOCION.

HOMBRE.

(EL)

I.

¿QUÉ ES EL HOMBRE?

Quid est homo, quod memor es ejus.
¿Qué es el hombre para que tú te acuerdes de él?
(SALMO. VIII, 5.)

Puesto que la vida del hombre sobre la tierra es una lucha continua, y que el recogimiento tiene por único objeto el darnos á conocer ese combate, sin el cual no es posible la victoria, creo que nuestra principal ocupacion debe consistir en conocernos á nosotros mismos, saber bien lo que es el hombre, y responder á aquella pregunta del Profeta: «*¿Quid est homo, quod memor es ejus?*» qué es el hombre para que tú te acuerdes de él? No hay estudio más útil, más interesante, ni más provechoso: y quizá, hoy os haga sobre él consideraciones, que nunca se os hayan ocurrido.

¿Qué es el hombre, y, por consiguiente, qué somos cada uno de nosotros? El hombre es un sér complejo; y para conocerle bien, es indispensable estudiar cada una de sus partes. Estudiémoslas, pues, y podremos contestar á esta doble pregunta: ¿Qué es el hombre? ¿En qué consiste su verdadera nobleza? Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El hombre, hermanos mios, es un compuesto de cuerpo y alma; por el cuerpo, se parece al bruto. El Espíritu santo lo ha dicho, y todos los dias nos lo enseña la experiencia: *Comparatus est jumentis insipientibus.* Es mortal como los brutos, corruptible como ellos; descenderá á la tumba y será sepultado en la tierra como los brutos; y por más que quisiéramos eludir esta ley de mortalidad, no podremos evitarla. El hombre tiene todas las necesidades del bruto, necesita alimento, sueño, reposo, placeres: posee todos los groseros instintos de aquél. No es menester que lo presumamos; el Espíritu Santo lo ha dicho: El hombre se parece al bruto por el cuerpo: *Comparatus est jumentis insipientibus.*

Dupliciter rea est anima, si bonum non faciat unde spiritualiter vivat, et appetat similitudinem boni, sub qua male vivat, et lateat. S. Prosper. lib. 3 de vita contempl. cap, 1.

Es doblemente culpable aquel que omite el bien por el cual vive espiritualmente, y se contenta con las apariencias de la virtud para ocultar más fácilmente su mala vida.

Crudeli arte virtutes truncat (hypocrisis) mucrone virtutum: Pestilentia cavenda, quæ de remediis creat morbos, sanctitatem vertit in crimen, placationem facit reatum. S. Petr. Chrysolog. serm. 7.

(La hipocresía) destruye con habilidad fatal las virtudes, sirviéndose, como de espada, de la virtud misma: contagio digno de evitarse, porque de los mismos remedios crea enfermedades, convierte la santidad en maldad, y la oracion en delito.

Hypocrita ostendit in imagine, quod non habet in veritate. S. Gregor. lib. 15 Moral. cap. 3.

El hipócrita se esfuerza en manifestar superficialmente lo que en realidad no tiene.

Hypocritæ oves sunt habitu, astu vulpes, actu et crudelitate lupi: hi sunt, qui boni videri, non esse; mali non videri, sed esse volunt. S. Bernard. serm. 66 in Cantic.

Los hipócritas, respecto á su exterior, parecen ovejas, por su astucia son zorras, por su crueldad lobos: estos son los que quieren ser tenidos por buenos sin serlo, y ser malos sin parecerlo.

Véase: DEVOCION.

HOMBRE.

(EL)

I.

¿QUÉ ES EL HOMBRE?

Quid est homo, quod memor es ejus.
¿Qué es el hombre para que tú te acuerdes de él?
(SALMO. VIII, 5.)

Puesto que la vida del hombre sobre la tierra es una lucha continua, y que el recogimiento tiene por único objeto el darnos á conocer ese combate, sin el cual no es posible la victoria, creo que nuestra principal ocupacion debe consistir en conocernos á nosotros mismos, saber bien lo que es el hombre, y responder á aquella pregunta del Profeta: «*¿Quid est homo, quod memor es ejus?*» qué es el hombre para que tú te acuerdes de él? No hay estudio más útil, más interesante, ni más provechoso: y quizá, hoy os haga sobre él consideraciones, que nunca se os hayan ocurrido.

¿Qué es el hombre, y, por consiguiente, qué somos cada uno de nosotros? El hombre es un sér complejo; y para conocerle bien, es indispensable estudiar cada una de sus partes. Estudiémoslas, pues, y podremos contestar á esta doble pregunta: ¿Qué es el hombre? ¿En qué consiste su verdadera nobleza? Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El hombre, hermanos mios, es un compuesto de cuerpo y alma; por el cuerpo, se parece al bruto. El Espíritu santo lo ha dicho, y todos los dias nos lo enseña la experiencia: *Comparatus est jumentis insipientibus.* Es mortal como los brutos, corruptible como ellos; descenderá á la tumba y será sepultado en la tierra como los brutos; y por más que quisiéramos eludir esta ley de mortalidad, no podremos evitarla. El hombre tiene todas las necesidades del bruto, necesita alimento, sueño, reposo, placeres: posee todos los groseros instintos de aquél. No es menester que lo presumamos; el Espíritu Santo lo ha dicho: El hombre se parece al bruto por el cuerpo: *Comparatus est jumentis insipientibus.*

Pero con respecto al alma ¿qué es el hombre? En esto, hermanos mios, la cuestion se eleva á gran altura. El hombre, por su alma, se parece al ángel. Es inteligente y espíritu como el ángel, y se desprende de toda materia. Aunque sepultada en un cuerpo, el alma es muy distinta de él; y para demostrarnos que no tiene ninguna semejanza con el cuerpo, Dios quiere que, en un dia dado, se separe de él. El cuerpo ha de volver á la tierra, que es su principio; y el alma tambien volverá al suyo, que es el espíritu; remontándose con los ángeles á la gloria de los cielos, y ocupando el lugar de los espíritus caidos, á quienes la reprobacion lanzó á los profundos abismos del infierno. Espíritu, inteligencia, inmortal, incorruptible como el ángel! ¡Ah! si es verdad que la ley de mortalidad me humilla, tambien puedo esperar, que el dia en que mi cuerpo entre en las regiones de la muerte, mi alma, hecha á imágen de Dios, parecida al ángel, remonte su vuelo hácia las regiones para las cuales fué formada.

Pero, no basta decir, que el hombre, por su alma, se parece al ángel; es preciso añadir, que el hombre es semejante á Dios, por lo que es en sí mismo, y por sus relaciones con las criaturas. Dios, por sí mismo, es trino y uno, la unidad más absoluta que pueda existir, y la trinidad más distinta que pueda concebirse; tres personas, que no se confunden una con otra, Padre, Hijo y Espíritu santo, y con estas tres personas una sola naturaleza. Y el hombre, cuando considera su alma ¿acaso no es trino y uno? Pues qué, siendo una mi alma, ¿no tiene acaso sér, inteligencia y voluntad? ¿Puede haber algo más distinto que esto? Y, sin embargo, el conjunto no forma más que un alma, una sola naturaleza. Por lo cual, elevándome hasta Dios, puedo decir: Señor, habeis marcado mi alma con el sello de vuestra divinidad: *Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine.* Hé ahí cómo el hombre representa á Dios en sí mismo. ¿Y cómo lo representa con relacion á las criaturas? Dios está en todas partes á un mismo tiempo y está en ellas todo entero; está entero donde yo estoy, donde estais vosotros, en todos los lugares. Está en París, en Lóndres, en España, en América, por dó quier; pero no se separa, no se divide nunca. Y mi alma, encerrada en este cuerpo, como en el mundo que le es propio, ¿no está tambien entera en todas partes? está en la mano, que hago mover; en la cabeza, que piensa; en el pié, que me sostiene; no se separa, no se divide, está en todas las partes de mi cuerpo, que los antiguos llamaban un pequeño mundo, un microcosmos.

Ese es el hombre, considerado en su cuerpo y en su alma. Si el cuerpo es tan miserable, y el alma tan grande, noble y divina, ¿cómo

es, que el cuerpo, hermanos mios, es objeto casi exclusivo de nuestras preocupaciones y pensamientos? ¿Cuál es la causa de que hagamos tanto por los placeres, bienestar y glorificacion del cuerpo, y nada ó casi nada, por esa alma, sobre la cual ha impreso Dios el sello de su semejanza? ¿Por qué razon ese cuerpo, que huye de nosotros, que no podremos salvar de la muerte, ni arrancarlo á la tierra, que lo reclama como pasto; ese cuerpo, que aparece hoy, para desaparecer mañana, ¿por qué razon solo pensamos en él, y hacemos tan poco caso del alma, que nunca debe morir? Hé ahí un gran misterio, un misterio incomprensible que llevamos en nosotros, y que, sin embargo, no sabemos resolver.

Pero pasemos adelante, y consideremos al hombre en su cuerpo y en su alma, formando un solo todo. El hombre, bajo este aspecto, es un profundo misterio. En el universo hay dos cosas, no solo distintas, sino opuestas; el espíritu y la materia. Nada más opuesto al espíritu que la materia; nada más opuesto á la materia que el espíritu. Pues bien; ambas cosas se encuentran en mí, formando una sola persona: soy espíritu, y soy cuerpo; y soy el punto de union, en el cual y por el cual ha sabido Dios reunir y juntar aquellas dos cosas. Y así considerado, hermanos mios, soy imágen, no solo de Dios, y de los ángeles, sino tambien de Jesucristo. Porque ¿qué es Jesucristo? Hay dos cosas todavía más opuestas que la materia y el espíritu, que son, la criatura y el Criador, cuya distancia es infinita, en toda la extension de la palabra. Entre lo creado y lo increado, entre el Criador y la criatura, hay todo un infinito; y estas dos cosas, inconciliables, vienen á conciliarse maravillosamente en Jesucristo, sér misterioso, divino y humano. Tambien él es el punto de union, por el cual Dios toca á la criatura, y ésta, al Criador. Por consiguiente, yo, alma y cuerpo, soy imágen de Jesucristo, y lo soy, no solo porque aquellos dos extremos se tocan en mí, sino tambien porque en Jesucristo (y aquí está el colmo del misterio) ambas naturalezas, divina y humana, no forman más que una sola persona. En Jesucristo no hay dos personas, sino una sola. Y en mí, tambien, hay dos naturalezas muy distintas, la del espíritu, y la de la materia; y, sin embargo, yo soy una sola persona, un yo indivisible.

¡Ah, Dios mio! ese es, pues, el misterio del hombre, por el cual habeis concluido todas vuestras obras! Primero creasteis los espíritus, como más nobles; despues, pasando al extremo opuesto, creasteis la materia; y, por último, creasteis al hombre, para unir el espíritu á la materia.

Ahora bien, hermanos mios; ¿creeis que con lo dicho, queda explicado el hombre por completo? De ningun modo. Os he dicho en

qué nos asemejamos á los demás. Por nuestro cuerpo, nos parecemos al bruto; por nuestra alma, nos asemejamos á Dios; y por la union de ambas cosas, á Jesucristo. Pero ahora es menester que diga, en qué no nos parecemos á ninguna otra cosa, y somos esencialmente hombres, sin semejanza á la materia, al bruto, ni al ángel.

2. Yo soy hombre, ¿y por qué? ¿Qué es lo que Dios ha puesto en mí, que me constituye hombre? Solicito ahora toda vuestra atencion. Ese gran privilegio, ese noble patrimonio, ese título de grandeza, es la voluntad. Pero calculadlo bien: hay en nosotros dos voluntades muy distintas, de las cuales la primera, ó la del cuerpo, es semejante á la del animal. Este tiene una voluntad, que no es la suya, porque no tiene conciencia de sí misma; se dirige á donde el placer ó la necesidad le llaman, sin darse cuenta, sin tener conciencia de lo que desea, ni de lo que pide. Yo tambien siento esa voluntad del animal, que sigue sus pasiones, sus caprichos y los apetitos inferiores del bruto. Pero tengo otra voluntad, que me hace rey de la naturaleza; otra voluntad, más elevada, y por medio de la cual me distingo de todo: el libre albedrío, dueño de sí mismo; esa voluntad, que tiene conciencia de lo que es y de lo que quiere. Soy libre, porque, si quiero, puedo elevarme por encima de la voluntad inferior y de todos los groseros instintos de la pasion, sea cual fuere su violencia. Soy libre, y, por lo mismo, poseo un rasgo que me diferencia del bruto, el cual no tiene conciencia de lo que quiere. Soy distinto del ángel, porque éste no tuvo por largo tiempo esa libertad, no la tuvo más que un instante, que fué decisivo, y que dividió la naturaleza angélica en dos troncos, que no se reunirán jamás. Los ángeles, que abusaron de su libertad, cayeron, para siempre, en el abismo; y los que se aprovecharon noblemente de ella, se remontaron hasta el cielo; y entre ellos jamás será posible la union. Así, pues, los ángeles solo disfrutaron por poco tiempo de su libertad; yo gozo de ella durante toda mi vida; aunque sea de cuarenta, sesenta ó cien mil años, quedo siempre libre de escoger entre el bien y el mal; y en eso me distingo del ángel, que está en el cielo, y de los bienaventurados que le habitan. Porque, si ellos tienen libertad, no es una libertad como la mia. Tienen la libertad del bien, de la diversidad en el bien; pero, no se les ha dejado la libertad del mal.

Tambien se distingue mi libertad de la de los demonios, que sepultados para siempre en el mal, han perdido la libertad del bien. Por lo tanto, soy hombre, tengo una naturaleza aparte; puedo escoger entre estas dos cosas, el bien y el mal; y por ende, me distingo de Dios, aún mucho más que de los ángeles. Yo, pues, no me asemejo á Dios, ni al ángel, ni al bruto. Yo, soy lo que soy; soy hombre por mi libertad.

Esta libertad de elegir entre el bien y el mal, hermanos mios, es cosa tan sublime, que Dios ha querido dárnosla como condicion esencial para merecer la eterna bienaventuranza. ¡Ah! bien hubiera podido criarnos en el cielo, colocándonos á su presencia, como los astros que recorren el espacio, ó arrojarnos sobre la tierra, como brutos sometidos al instinto; mas no lo ha querido así. Ha querido que el cielo fuese para nosotros una corona de gloria, y la gloria no se alcanza sin victoria. Si no estuviésemos dotados de libertad, no podria haber victoria, y, por lo mismo, no habria gloria. La gloria y la bienaventuranza suponen la libertad.

Pues bien; en eso consiste vuestra nobleza; vosotros podeis, por la libertad, triunfar de todas las pasiones, triunfar del demonio, á pesar de sus asechanzas. Cualesquiera que sean las tentaciones, el hombre puede, con la gracia divina, resistir á su enemigo.

No creais, hermanos mios, á los que os dicen, que el hombre no puede evitar el pecado. Ciertamente lo puede. Yo soy dueño de todo por mi libertad; puedo desafiar á todos los tiranos y á todos los verdugos.

Conservemos, pues, nuestra libertad, que Jesucristo nos ha dado para la virtud. ¡Ah! vuestra grandeza no está en otra parte; seguramente no está en vuestro cuerpo. Cualesquiera que sean las prerogativas de éste, sois inferiores al bruto; no teneis el vuelo audaz del águila, ni su mirada penetrante; no teneis la agilidad del ciervo, ni la fuerza del leon; no teneis en vuestro cuerpo nada de que podais enorgulleceros. Y en cuanto á la inteligencia, ¿quién duda que los demonios tienen más talento que vosotros? ¿La union de vuestro cuerpo y de vuestra alma sería, por ventura, motivo de mayor gloria para vosotros? ¿Acaso los réprobos no tendrán un cuerpo y un alma, y, sin embargo, son réprobos? Vuestra gloria estriba en el santo uso de la libertad, en emplearla para el bien, encaminándola á Jesucristo. Todo lo demás, no os pertenece: vuestra inteligencia la recibisteis sin merecerla; vuestro talento lo habeis recibido sin merecerlo tampoco. Las ventajas exteriores las teneis sin merecimiento alguno. La única cosa que os pertenece, es el uso de vuestro libre albedrío; y por eso debeis serviros de él para el bien: ésta es nuestra mision sobre la tierra. Por el libre albedrío somos buenos ó malos. Por el abuso de la libertad, los demonios son demonios, y los malvados malvados; los santos son santos por el buen uso de ella, en servicio de Jesucristo, señor del cielo y de la tierra.

Señor, quiero daros la única cosa que puedo ofreceros aquí bajo, mi libertad; pues, todo lo demás, no me pertenece, la tengo por vos. Tomad, pues, esa libertad, pero para guardarla siempre. Haced que la emplee siempre en amaros, en serviros y en buscar, no aquello que halaga mis pasiones, sino lo que es casto, amable, honroso, lo que merece el nombre de virtud, para agradaros, santificarme, y poder cantar eternamente vuestras alabanzas en el cielo, que á todos os deseo. Amen.

HOMBRE.

(EL)

II.

SU FIN.

Notum fac mihi, Domine, finem meum.
Hazme conocer, Señor, mi fin.
(SAL. XXXVIII, 5.)

Siempre que movido de la gracia de Dios, decia santo Tomás de Villanueva, me pongo atentamente á considerar los inútiles trabajos é infructuosas fatigas de los hombres; siempre que miro sus vanos pensamientos, sus ciegos discursos y corrompidas obras, no puedo contener las lágrimas que corren apresuradamente de mis ojos. ¿Quién, prosigue diciendo el mismo santo *(Sermon de la Asuncion de nuestra Señora)*, no se llenará del más profundo sentimiento, al mirar tanta multitud de hombres, tan lastimosamente engañados, amando la vanidad y buscando la mentira? ¿Qué corazon de bronce no se rompe, qué entrañas de diamante no se parten, al considerar, que una tan noble criatura como es el hombre, para quien los cielos, la tierra, los mares y todos los demás cuerpos de este mundo fueron hechos, viva envuelta entre las más densas tinieblas de la ignorancia, sin saber el fin para que Dios la crió?

No penseis, católico auditorio mio, que hablaba el santo de la innumerable multitud de infieles, turcos, morós, judíos, herejes y cismáticos, á quienes está esperando la condenacion eterna; hablaba el santo de nosotros, que hemos recibido la fé; hablaba de tantos cristianos, que lo son solo en el nombre, pues viven como si no lo fueran; hablaba de tantos como suspiran por las riquezas aparentes de este mundo; de tantos como se ceban en los inmundos deleites de la carne; de tantos como suspiran por los empleos superiores á sus méritos; de tantos como buscan la vanidad; como si la vanidad, los empleos, la carne y las riquezas fueran el fin para que Dios los crió: *Oh curas hominum!* exclamaba, *oh quantum est in rebus inane!* Así se lamentaba en su tiempo aquel célebre predicador y santísimo prelado, al ver innumerables cristianos malgastar la vida en ocupaciones ajenas del santo fin para que los crió el Señor. Y siendo cierto, como vosotros mismos confesais, que el mundo va cada vez á peor; ¿qué nos restaria añadir, cuando vivimos en un siglo, en que está la tierra repleta de maldades? La falta de instruccion en los niños, la desenvoltura en los jóvenes, el lujo y libertinaje en las mujeres, la avaricia en los ancianos, los falsos testimonios, los pleitos injustos, las murmuraciones malignas, los adulterios, los hurtos, las maldiciones, los escándalos que por todas partes se oyen y á cada paso se presentan, no dejan libertad para más que para suspirar, llorar y gemir, y decir á Dios con el santo profeta David: *Notum fac mihi, Domine, finem meum:* dadme, Señor, á conocer mi fin, porque yo veo al mundo de suerte, que no sé para que nací. Ved aquí, señores, lo que determino mostraros esta tarde: ¿cuál es el fin para que Dios os crió? ¡Oh, si yo acertara á explicarme como deseo! ¡Oh, si yo pusiera tan á vuestra vista la alteza y santidad de vuestro fin, y lo poco que habeis trabajado hasta ahora por conseguirle, que salierais de este sermon avergonzadísimos de vosotros mismos y de vuestra ceguedad, y con las más firmes resoluciones de mejorar vuestras costumbres, para conseguir el fin para que Dios os crió! Pidamos esta gracia por la intercesion de la Vírgen: A. M.

1. Nada hay en el mundo que esté ocioso y que no se halle destinado para algun fin. Giran los cielos en contínuos y rápidos movimientos, lucen los planetas, brilla, alumbra y resplandece el sol, produce frutos la tierra, crecen las plantas, fructifican los árboles, y todos los entes naturales obran con arreglo al fin de su creacion. Sirven los brutos al hombre en varios y distintos ministerios: unos le llevan las cargas; otros le cultivan los campos; estos guardan las casas; aquellos le conducen sobre sí á diferentes lugares: unos le visten;

otros le alimentan; y todos cumplen con el oficio y ministerio que se les encomendó. ¿Será solamente el hombre quien no tenga oficio, y viva ocioso en el mundo? Hallándose todas las cosas criadas para algun fin, ¿el hombre solo, ha de ser criado vanamente? No por cierto. Fin santo y altísimo tenemos: no nos hizo Dios acaso, ni nos puso en el mundo, para que empleemos tan mal la vida, como comunmente la empleamos. Pues ¿cuál es el fin para que Dios crió al hombre? Ved aquí una pregunta la más fácil de responder de cuantas tiene la Religion cristiana; pero una verdad, en la que se piensa muy poco, y que no nos hace la menor impresion, á pesar de la frecuencia con que la repetimos. Casi desde la cuna estamos instruidos de esta verdad: que el hombre solo ha sido criado para servir á Dios en esta vida, y verle y gozarle en la eterna. Así nos lo enseña el grande apóstol san Pablo, y lo aprendimos en el catecismo, que en nuestra niñez nos pusieron en las manos. Pero tan léjos estamos de haber penetrado bien su sentido, ni previsto sus consecuencias, que estoy para afirmar, que no entendemos el significado y sentido de estas palabras. Porque si es verdad, que no estoy en el mundo sino para servir á aquel gran Dios, que en él me puso; si esta es una de las verdades fundamentales de nuestra fé, ¿cómo no se conforman con ella nuestras costumbres? Si esta es ciertamente la máxima capital del Evangelio, si todo él se mueve sobre este polo, si todo se apoya sobre esta basa, ¿cómo, haciendo reflexion sobre la mayor parte de las acciones de los hombres, nada hallamos ménos en ellas para tener á Dios por fin? En hecho de verdad, amados mios, los proyectos de la soberbia, los deleites de la lujuria, los ardides de la avaricia, que inundan todo el universo, ¿son ocupaciones de hombres que tratan de servir á Dios en esta vida, para verle y gozarle en la eterna? La vida ociosa de tantas mujeres de distincion, la vida criminal y escandalosa de tantas otras en la ínfima clase, sus maldiciones, sus pendencias, sus murmuraciones, sus amancebamientos, ¿son acciones de personas que saben han nacido para conocer y amar á Dios en la tierra, y gozarle despues por todos los siglos en el cielo? Ah! seguramente no entendeis esta verdad, ó vivís como si no la creyérais. Venid conmigo, y en compañía del gran padre san Agustin, de quien es el pensamiento; haremos un viaje por todas las criaturas, para ver si en alguna de ellas, ó en todas juntas, se halla el fin para que Dios nos crió.

Yo, Señor, decia á Dios aquel grande hombre, doliéndose de sus pasados desórdenes, dí una vuelta por todos los lugares de esta grande plaza del mundo, buscándoos, y no os hallé, porque yo buscaba

mal: *Circuivi per omnes vicos, et plateas magnæ civitatis hujus mundi, quærens te, et non inveniens, quia male quærebam.* Pregunté á la tierra con todas sus riquezas, plantas y animales, ¿si eran el fin para que Dios nos crió? Y me respondieron todas, que no eran: *Non sumus:* no te ha criado Dios para poner tu último fin en las cosas de la tierra. Pregunté, al mar, á sus islas, á sus senos y á sus playas, ¿si eran mi fin? Y luego me respondieron: *Non sumus: quære super nos eum:* no somos nosotras el fin que buscas; pregunta más arriba. Pregunté, con efecto, dice el santo, al cielo, al sol, á la luna, á los planetas, ¿si en el conocimiento de su magnitud, su distancia, sus movimientos, sus revoluciones, hallaria el fin para qué Dios me crió? Y dando una grande voz, me respondieron: *Non sumus:* este conocimiento podrá solamente contribuir, para que el hombre suba por él al conocimiento y amor del Criador de todas ellas; pero no para que descanse en él como en su fin. Volvíme entónces, dice el santo, á mis sentidos exteriores; y les pregunté, ¿si le habian visto por el mundo? *Dicite, sensus mei, num quem diligit anima mea, vidistis?* Los ojos me respondieron: si lo que buscas, no es poseer hoy, y abandonar mañana, unos palacios magníficos, unos jardines amenos ó unos minerales fecundos; si eso que solicitas saber, no consiste en una hermosura frágil y aparente, á quien el tiempo injuria, la enfermedad debilita y la muerte destruye y acaba, no lo hemos visto. Decidme vosotros, oidos mios, ¿ha llegado á vuestra noticia el fin para que Dios me crió? Algo hemos oido de su fama, dijeron; y sabemos con certidumbre, que no consiste en la suave armonía de la música, en palabras lisonjeras, en canciones amatorias, en perniciosas adulaciones, ni en murmuraciones malignas; en nada de esto, que con tanta frecuencia percibimos, está el fin de vuestra creacion. *Dicite nunc, sensus mei:* contadme, sentidos mios, prosigue el santo, ¿si hallaré en vuestras satisfacciones el fin para que Dios me crió? Si no consiste, dijo el gusto, en los destemples de la gula, en los excesos de la intemperancia, no lo hemos visto; si no constituyes tu fin en acciones indecentes, en tactos impuros ó en maltratamientos de los prójimos, tampoco hemos sabido de él. En suma, todos los sentidos me respondieron: en vano te fatigas, buscando en la posesion de las criaturas tu felicidad y tu descanso, porque toda su hermosura, sus riquezas, sus empleos, sus delicias no son más que un encanto de los ojos, una ilusion del corazon, un perjudicial hechizo de la voluntad. Pregunta, si no quieres creernos, por la felicidad de cuantos habitan la redondez de la tierra; pregunta á los pontífices, cardenales y obispos, ¿si han conseguido el fin para que

Dios los crió, si nada tienen ya que apetecer? y verás como te responden, que las tiaras, capelos, y mitras no son más que unos medios para llegar al fin; y unos medios, á la verdad, bien trabajosos, bien llenos de amarguras y de penas, por la grandeza del ministerio y la terribilidad de la cuenta que han de dar de las almas que les encomendaron. Pregunta á los príncipes, á los reyes y á los emperadores, ¿si viven contentos con su suerte, si lograron el fin de su creacion? y oirás, que unos suspiran por la quietud y vida pacífica de los pobres; otros por el silencio y seguridad de los claustros; y que casi todos se quejan, abrumados del peso de los negocios. Qué es esto? no hallarse nadie en su fin, no hallarse en su centro, y vivir todos en un estado de violencia, aún cuando posean los mayores bienes de la tierra!

Sed vosotros mismos testigos de esta verdad. Aquel natural instinto que os hace suspirar por vuestra verdadera felicidad, ¿no os está siempre acordando, aún entre el mayor bullicio de vuestros desórdenes, que no estais para otra cosa en el mundo, sino para procurar la felicidad eterna del cielo? Aquel interior consejero del remordimiento de vuestra conciencia, que jamás se aquieta ni sosiega, ¿no os dice bien claro, que es en vano buscar vuestro fin en este mundo? El temor del infierno y de los terribles juicios de Dios, que, á pesar vuestro, se hizo sentir de vosotros, en medio de aquel honroso puesto á que ascendisteis, de aquella impureza á que os abandonasteis, y de aquella venganza que concebisteis; ¿no es una voz bien sonora, que os está predicando continuamente, que no estais en el mundo sino para la felicidad eterna? Sin duda alguna. Quedemos, pues, en esto, amados mios; que todas las cosas de la tierra, usando bien de ellas, no tienen, ni deben tener otro carácter que el de puros medios para conseguir nuestro fin. Sí, señores: no estamos en el mundo precisamente para conseguir aquel empleo, para subir á aquella dignidad, para entregarnos á las diversiones del siglo, para dejarnos arrastrar de los deleites de la carne, ni para adquirir fama por algun medio que no sea el de la virtud. No hemos sido criados para estas cosas, sino para salvarnos. Sin los bienes del mundo, por preciosos y necesarios que parezcan, se puede el hombre pasar; ¿pero cómo se podrá pasar sin la vida eterna, que es su fin? Un pobre desnudo de todos los bienes, olvidado de todos, abandonado de todos, y arrojado, como Job, en un muladar, si se salva, es un objeto agradable á toda la inmensidad de Dios, es un hombre feliz por toda la eternidad, y no tiene necesidad de otra cosa por los siglos de los siglos. Ninguna falta le harán las ciencias, ninguna el no haber cursado las universidades, ninguna no haber viajado por diversos reinos, obtenido empleos, ganado batallas, conquistado provincias, ni hecho famoso su nombre por las armas ó las letras. Por el contrario; un rico afortunado, elevado al mayor auge de la felicidad temporal, respetado y aplaudido de todos, si se condena, es un hombre infeliz y desventurado para siempre. ¿Qué les aprovechó, decidme, á aquellos hombres grandes de los pasados siglos, á aquellos héroes, que llenaron el mundo de la fama de sus acciones,. qué les aprovechó, pregunto, haberse hecho aplaudir de los presentes y de los venideros, y haber tenido la fortuna como encadenada debajo de sus piés, si despues se condenaron?

¿Lo habeis oido, amados mios? ¿Teneis alguna duda sobre que las cosas de la tierra no son el fin para que Dios os crió? Pues si estais persuadidos de esta verdad importantísima, levantad la consideracion á esos hermosos cielos; y ya que no encontrais con vuestro fin en la tierra, preguntad á aquellos santos y bienaventurados, cuál es vuestro fin? para qué habeis nacido en el mundo? *Habetis fructum vestrum ix sanctificationem, finem vero vitam æternam.* Hombres, qué me preguntais? responde el grande apóstol san Pablo: toda vuestra felicidad consiste en santificaros en la vida presente, para conseguir despues vuestro fin en la vida venidera. Ya estábamos nosotros convencidos de esta verdad por la razon; mas ahora nos confirmamos en ella por la autoridad. Somos compelidos á confesar, que el hombre fué criado para entender y conocer el sumo bien; entendiéndole y conociéndole; amarle; y amándole, gozarle; con que se consigue la bienaventuranza eterna, que es el fin para que fué criado el hombre, como acabais de oir al grande apóstol san Pablo.

¿Lo habeis oido, cristianos, que no habeis nacido para otra cosa, sino para conocer y amar á Dios en esta vida, y gozarle despues eternamente en la otra, en premio de vuestras buenas obras? Fin verdaderamente alto y excelente sobre cuanto se puede pensar; fin que iguala al que tuvieron los santos y los espíritus angélicos; fin que no le excede el que tuvo María santísima, reina y señora de todo lo criado. Aún todo esto es poco decir. Tan excelente es el fin para que Dios te crió, oh hombre, que el mismo Dios no te excede, ni tiene fin más noble que el tuyo. Dios es tu fin; ya lo has oido: para conocerle, amarle, y gozarle te ha criado el Señor; pues este mismo Dios es fin de sí mismo, y en conocerse, amarse y gozarse consiste su bienaventuranza. Este mismo Dios, desde ántes de todos los siglos, formó los designios para glorificarse en tiempo por las criaturas; ocupó los espacios inmensos de su eternidad ántes de criar el mundo;

y despues de criado, todo lo dirigió para consecucion de este fin: *Universa propter semetipsum operatus est Dominus* (PROVERB. XVI, 4). Por eso te crió á su imágen y semejanza; por eso te dió un entendimiento capaz de conocerle, una voluntad libre para amarle, y un cuerpo y una alma para gozarle y glorificarle. Oh Señor! exclamaba el santo Job, lleno de admiracion, ¿quién es el hombre, que así le magnificas y le elevas? Conoce pues, oh alma, tu dignidad, no para que te ensoberbezcas con ella, sino para que, adorando la misericordia del Señor con la más profunda veneracion, cumplas con la obligacion de conocerle, amarle y gozarle, que es el fin para que te crió. Desmenucemos para vuestra edificacion una verdad tan maravillosa é importante.

2. Fué criado el hombre para conocer á Dios, dice el grande padre san Agustin: *Ut summum bonum intelligeret*. No puede darse ocupacion más dulce, que conocer en el Criador el sumo bien. Tan fuertemente somos llevados á este conocimiento, si atendemos á la luz de la razon y de la Fé, que en nada podemos poner los ojos del cuerpo y del espíritu, que no distingamos luego aquel sumo y eterno bien de nuestro Dios. Mira la tierra, llena de flores, adornada de plantas, frutos y animales; mira el mar, poblado de innumerables peces de diversos tamaños y figuras; mira el aire, poblado con tanta variedad de aves con diferentes cantos y hermosas plumas; mira los cielos, adornados de estrellas, y verás como te cuentan la gloria de Dios, y todos, á una voz, te confiesan, que son obras de sus manos: *Coeli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum* (PSALM. XVIII, 2). Es tan evidente y clara esta razon, que nos vemos precisados á confesar, en fuerza de ella, ó que los cielos y la tierra se hicieron á sí mismos, existiendo ántes de ser, lo que es imposible concebir; ó que hay un primer Sér eterno y soberano, que dió á todas las demás cosas existencia, órden, perfeccion y hermosura. Pues este primer Sér, ó este gran Dios, así naturalmente conocido, es forzoso que prohiba lo malo y disonante á la razon, y que mande lo bueno y conforme á ella; porque, ó no ha de ser Dios perfecto, sino un Dios abominable, como los de la gentilidad, ó ha de mandar lo bueno y prohibir lo malo. Ocúpados contínuamente en su fin de conocer á Dios, se hicieron los santos invencibles contra todos los poderes del mundo, del demonio y de la carne: alegrábanse y regocijábanse, de que se les presentasen ocasiones de padecer contumelias por el nombre de Jesús; reputaban por delicias á las bestias más feroces, á los instrumentos más crueles, á los tormentos más terribles, en consideracion de la posesion del sumo bien que esperaban: serrábanlos, despedazábanlos, y deshechos repetidas veces sus cuerpos, entre los martirios más crueles, bendecian con serenidad de espíritu al Dios que conocian y adoraban.

¡Oh santo Dios! ¿dónde está ahora la fé de los cristianos? Esta les enseña, que tienen un Dios celosísimo del honor de su templo santo, y que, tomando con su mano omnipotente el azote, supo castigar á los que le profanaban: sin embargo de esta fé, vemos hoy á los cristianos venir al santo templo, y traer á él la abominacion y el escándalo, y cometer muchos pecados con miradas libres, con palabras y acciones indecentes, en el mismo sitio donde se debieran limpiar de sus culpas. La fé les enseña, que tienen un Dios que inquiere, visita y busca la maldad de los padres en los hijos, hasta la tercera y cuarta generacion; y no obstante esta fé, cada dia los padres más descuidados en instruir á sus hijos, pasando tan adelante la locura de las madres, que ellas mismas engalanan ó mandan ataviar á sus hijas, para que se presenten en el baile, en la comedia, en la visita ó en el paseo con un cortejo al lado, que es causa de su condenacion y escándalo de los demás. La fé les enseña, que tienen un Dios que mide con la misma vara que medimos, y que no perdonará en la muerte al que no perdonare á su enemigo en la vida; y sin embargo de esta fé, arden los odios, las enemistades, las venganzas, hasta perpetuarse en las familias el odio y contrariedad. ¿Es esto, señores, ocuparse en el fin para que Dios nos crió? ¿es esto conocer á Dios con la razon y la fé? ¡Ah! infelices de vosotros, que esta misma fé y esta misma razon que ahora os alumbran y llevan hácia Dios, esas mismas os apartarán de él, convenciéndoos en su tremendo tribunal por toda la eternidad.

Mas, no solo fué criado el hombre para emplearse en el conocimiento del sumo Bien, sino para amar el Bien sumo que conoce: *Intelligendo amaret;* para que amase á Dios más que á todas las cosas, fué criado el hombre; no para que amase todas las cosas más que á Dios. Pero ¡oh dolor! que naciendo el hombre para un fin tan noble y excelente, no ama á Dios, sino al pecado; no á la bondad, sino á la vanidad.

¡Hombre! exclama santo Tomás de Villanueva, mira á los brutos, que ellos te enseñarán á amar: *Docebunt te amorem*. Diles á los peces, ¿por qué aman las aguas, y no hay quien sin violencia los pueda sacar de ellas? Pregunta á las aves, ¿por qué aman el aire, sin que haya quien las pueda arrojar de sus senos? Diles á los ganados, ¿por qué pastan con tanto gusto las yerbas de los campos? Pregunta hasta á los insensibles: dile al fuego, por qué sube; á la piedra,

por qué baja; al agua, por qué corre; al árbol, por qué florece; á la tierra, por qué produce. Todos te responderán que aman estas cosas, como á fin para que Dios las crió. ¿Pues, cómo tú, criado para andar en las llamas del amor divino, como el pez en las aguas, como el ave en los vientos, como el fuego en su esfera y como el agua en su centro; no amas á esta bondad que te crió? *Obtupescite, coeli, super hoc, et portæ ejus desolamini vehementer, dicit Dominus* (JEREM. II, 12). Asombraos, cielos, y despedazaos, puertas eternales, dice el Señor, porque mi pueblo tan querido, por quien bajé del cielo á la tierra, por quien padecí la muerte en una afrentosa cruz, entre exquisitos tormentos; este, este mismo pueblo, tan favorecido, me ha dejado; y siendo yo la fuente de las aguas vivas, él se anda buscando las cisternas rotas y disipadas, que no pueden contener el agua de consolacion y refrigerio de su espíritu, que solo puede encontrarla en conocerme y amarme.

Pero, no solo crió Dios al hombre, como habeis visto, para que le conociese, y conociéndole, le amase, sino tambien para que, amando, le gozase: *Et amando frueretur*. Si alguna vez llegasen los hombres á conocer las miserias de la vida, lo breve de su duracion, lo contingente de su salud, lo infalible y necesario de su muerte, seria imposible que se detuvieran á gozar los bienes de la tierra; usarian de este mundo, como dice san Pablo, como si de él no usáran, y se verian precisados á confesar, que no tenian aquí ciudad permanente ni segura: *Non enim habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus* (HEBR. XIII, 14). Buscamos, dirian con san Pablo, la ciudad eterna de la gloria, en la cual pensamos gozar de Dios para siempre. Así precisamente discurririan los que obrasen segun la razon y la Fé; pero siendo, como dice la Escritura, infinito el número de los nécios, no debemos admirarnos que, tantos como hay en el mundo, desatinen en su ignorancia. Yo me alegraria poder convenceros de ella con este símil, verdaderamente significativo de mi pensamiento: si viéramos á un niño, hijo de un rey muy poderoso, estar empleado con otros de su edad en coger puñados de tierra, y, con mucho gusto, entretenerse, haciendo casitas con pequeños palos, débiles cañas y denegrido lodo, ¿qué diríamos? Que era falta de capacidad y conocimiento, pues, habiendo nacido para habitar en un palacio magnífico, para mandar los pueblos, ceñirse la corona, y gozarse con el rey su padre, estaba simplemente alegrándose con el cieno y con el polvo. ¿Pues, qué otra cosa hace el hombre, habiendo sido criado para gozarse en los palacios eternos de la gloria, para mandar á todos los apetitos y pasiones, y ver cara á cara el rey de los siglos, su padre, su Dios, su criador? ¿Qué otra cosa hace, cuando se goza en los aparentes bienes de la tierra, sino, á manera de niño, estarse entretenido con puñados de tierra, y con débiles y frágiles cañas de apoyos humanos, que las consume el tiempo, y las acaba la muerte? ¿Quién no admirará más la ignorancia del hombre que la del niño? Dime, hombre, ¿qué puedes gozar en este mundo, donde todo es miseria, en comparacion de lo que Dios te ha prometido en el otro, que todo es gloria? Aquí tienes un cuerpo corruptible; allí será incorruptible: aquí tienes un cuerpo sujeto á enfermedades, penas, dolores y muerte, lleno de inmundicia, pesado y débil; allí tendrás un cuerpo resplandeciente como el sol, exento de dolencias, libre de achaques, de dolores y de muerte, y más ligero que el viento: aquí tienes un cuerpo, á quien el calor le abrasa, el frio le hiela, el tiempo le consume y la enfermedad le acaba; un cuerpo capaz de ser herido y molestado por los más despreciables gusanillos é inmundas sabandijas de la tierra; allí será tu cuerpo incapaz de ser herido por todas las espadas y lanzas del mundo; será un cuerpo inmortal, un cuerpo para quien se pasaron los hielos, las nieves, las escarchas; un cuerpo que no necesitará comida por toda la eternidad, manteniéndose en toda ella hermoso, robusto y sano. Allí estará el cuerpo adornado de los cuatro dotes de gloria, sutileza, agilidad, impasibilidad y claridad, con los que brillará majestuosamente más que el sol: la vista se recreará mirando la ciudad del Omnipotente en el esplendor de sus príncipes y vistosísimas libreas de sus cortesanos; verá las puras vírgenes, los celosos confesores, los fuertes mártires con sus laureolas y coronas diferentes; verá á María santísima, hermosura de los cielos, alegría de los ángeles, y gozo admirable de todos los bienaventurados; verá á Jesucristo en la majestad de su gloria, con tan inexplicable belleza, que excede al alcance de los más encumbrados serafines. Allí el oido, que aquí se mortificó por amor de Dios, se gozará en una suspension ternísima con las músicas, cánticos y aleluyas eternas, siempre nuevas, siempre admirables y siempre gustosísimas; el olfato se apacentará con las azucenas, bálsamos, perfumes y fragancias que produce aquel paraiso, que respiran los cuerpos gloriosos, y en que están inundados todos los cortesanos del cielo: el gusto se paladeará y saboreará, saciándose sin fastidio con otro maná, que nadie le sabe conocer ni estimar, sino quien le gusta: el tacto y todo el cuerpo se anegará en un mar de suavidades inefables, que, penetrando hasta lo íntimo de los huesos, los recreará en delicias, cuanto los afligieron las penalidades y mortificaciones.

¿Pues qué será ver á Dios, conocerle, gozarle y poseerle, como es

en sí? ¿qué será ver aquella dulcísima hermosura, que, infinitamente bella, encierra en sí todas las perfecciones, que exceden al sentido y al deseo? ¿aquella hermosura, digo, de mi Dios, que es perfecta sin deformidad, agradable sin sospecha, deleitable sin igual? ¿Qué será ver á un Dios inestimable en sabiduría; en bondad, sin medida; en potencia, sin término; en sér, eterno, infinito, inmenso; en grandeza, incomparable; en majestad, inaccesible; en consejos, inexcrutable; en pensamientos, secretísimo; en palabras, verdadero; en promesas, fidelísimo; en obras, santo; en misericordias, rico; y en justicia, recto? ¿Qué será ver á un Dios hermosísimo y poderosísimo, á quien ni lo triste turba, ni lo alegre altera, ni la abundancia llena, ni la necesidad mengua, ni lo que fué le pasó, ni lo futuro le sucede, ni en la sabiduría se engaña, ni en la voluntad se muda? ¿Qué será ver á este Dios, uno en esencia, trino en personas, y verle cara á cara, conocerle como él es, y gozarle para siempre, para siempre, para siempre? Será quedar el alma más unida con su Dios, que la luz con el aire, que el fuego con el hierro ardiendo, y que el alma con el cuerpo. Será quedar el alma endiosada, saciada, embriagada en la fruicion de su último fin y bienaventuranza eterna.

Este es, cristianos mios muy amados, el último fin para que Dios nos crió; este es el grande premio que nos tiene guardado, si ahora cumplimos con su santa y divina ley. Si nos empleamos aquí en la tierra en conocerle y amarle sobre todas las cosas, como á nuestro criador, como á nuestro conservador y como á nuestro salvador; el mismo Dios será despues nuestro glorificador allá en el cielo. Al cielo pues, amados mios, al cielo, con nuestros pensamientos, con nuestros deseos, nuestras palabras y nuestras obras; al cielo, con nuestros suspiros, nuestras lágrimas y nuestras peticiones; al cielo, con todo nuestro corazon y nuestra alma. Pero ¡ay! que esta ciencia de Dios no se conoce en la tierra, esta contínua ocupacion de los justos es poco practicada de nosotros. La tierra, hijos mios, la tierra, con sus bienes momentáneos, nos arrastra; la tierra, con sus deleites emponzoñados, nos atosiga; la tierra, con sus encantos, nos alucina y hace perder la justa atencion á aquellos bienes eternos, á aquellos deleites puros, y á aquella vida verdadera: *Egredere ergo de terra tua, et de cognatione tua* (Genes. xxii, 1). Es necesario, señores, abandonar para siempre esta tierra; es preciso separarnos de sus máximas, de sus costumbres y estilos; es forzoso velar y orar; dejar todos los vicios, ser humildes, modestos, mansos, obedientes, oficiosos y caritativos: es necesario frecuentar los santos Sacramentos, mortificar las pasiones, domar los apetitos, y llevar sobre nuestros hombros el suave

yugo de la ley santísima de Dios. Así es como obtendremos el premio, y alcanzaremos nuestro último fin: así es como llegaremos á ver cara á cara á nuestro Criador; y viéndole, seremos perfectamente felices, que es lo que os deseo.

HOMBRE.

(SU ÚLTIMO FIN.)

III.

Ego sum principium, et finis.
Yo soy el principio, y el fin.
(Apoc. i, 8.)

En el órden moral, amados hermanos mios, la cuestion del fin de un sér criado domina á todas las demás. Si no hubiera solucion para esta cuestion, serian inexplicables la vida, las acciones; y se tendria razon en decir: el hombre es una continuada agitacion entre dos misterios.

Investiguemos, pues, cuál es nuestro último fin: en la indagacion de este misterio procederemos así: daremos por sentado, que el hombre es propiedad de Dios; y expondremos, bajo de este respecto, lo que debe á Dios: y, en segundo lugar, examinaremos lo que puede empeñarlo á llenar sus grandes y altos deberes de divina propiedad. A. M.

1. El hombre es propiedad de Dios. Apareciéndose el Señor á Job, en medio de un majestuoso y pacífico torbellino, exclamaba: «¿Dónde estabas tú, cuando echaba yo los fundamentos del mundo?» No tengo necesidad de dirigiros semejante pregunta; no tengo necesidad de haceros subir hasta el orígen de los siglos para embarazaros con la cuestion de lo pasado, en lo que os concierna; puedo contentarme con deciros: «Qué era de vosotros, hace un siglo; en dónde estabais? Voy buscándoos por el mundo, y no os encuentro. Yo en-

cuentro, sí, la tierra que os mantiene, el sol que os alumbra, la familia de que habeis nacido, el nombre que os distingue y os señala en medio de los hombres.. Pero á vosotros mismos... no os encuentro.»

Ni nadie pensaba entónces en vosotros; no erais entónces objeto de los deseos ni de la predileccion de nadie; porque ¿quién se pone á amar y á desear los hombres que nacerán de aquí á un siglo? ¿Cuántos y cuántos años se han transcurrido, durante los cuales, un átomo era más que vosotros, porque, al fin, este átomo tenia una existencia? Y sin embargo, teneis ahora un cuerpo con su sangre, un alma con sus potencias, una inteligencia con sus facultades, un corazon con sus afectos. ¿De dónde, pues, os vienen esas prerogativas, de dónde ese beneficio inestimable de la vida? ¿ De dónde os viene el sér que poseeis, quién os lo ha dado? ¿ Vosotros mismos? Pero no, pues que no érais nada, y la nada, nada puede hacer ni influir. ¿La casualidad, el azar? No quiero haceros reir, y no pronuncio más esa palabra vacía de sentido.

¿Vuestros padres? ¡Ah hermanos mios! preguntad á vuestro padre á vuestra madre, y os responderán como la madre de los Macabeos: *Neque ego spiritum et animan dovavi vobis:* «No soy yo quien os dado, hijos mios, el espíritu y la vida, sino el Criador del mundo.» (II Macch. vii, 22). ¿Vuestros padres? ¿Pero no veis que no hacemos sino retrasar la dificultad, sin resolverla? Sí; vuestros padres os han dado la vida; luego la tienen en toda su plenitud; luego no la han recibido de ningun otro, de nadie.

Y sin embargo, vosotros vais ascendiendo en la série de vuestros antepasados, hasta que llegueis al primer eslabon de la cadena de los séres, hasta que se diga de vosotros lo que se ha dicho de nuestro Señor Jesucristo, segun su santa humanidad: *Qui fuit Adam, qui fuit Dei.* «El cual era hijo de Adan, hijo de Dios.» (Luc. iii, 38). Nada podemos decir nosotros de justo ni de razonable hasta que lleguemos á esta primera causa, hasta que nos expresemos con esta franca é ingénua afirmacion: «Yo soy de Dios.»

Pero concluyamos, hermanos mios; vosotros lo confesais: sois de Dios. Luego le perteneceis vosotros; es una consecuencia necesaria. Pero ¿cómo perteneceis á Dios? ¿Como el esclávo pertenece á su señor? Sí. Más aún que eso; ¿como el hijo pertenece á su padre? Sí. Pero todavía más que eso: ¿como la propiedad pertenece á su propietario? Sí; y aún veremos todavía más... Pero no, detengámonos: como la propiedad pertenece al propietario suyo, como la hacienda á su señor. Nada hay más sagrado que la propiedad, y para haceros

cargo de esta verdad, tened á bien tome yo en mis manos el código de vuestras leyes.

No sé yo si habreis abierto jamás el código para estudiar en él los derechos de Dios: quizás habreis hojeado muy frecuentemente muchas páginas para justificar en el código vuestros derechos; mas, para hacer ver los de Dios, no creo hayais tomado ese trabajo; pero lo haremos ahora juntos. Llegamos, hojeando, al capítulo de la propiedad: «Es, dice la ley, el derecho de disponer de las cosas suyas del modo más absoluto.» El propietario, respecto de sus bienes, puede remover, puede cambiar, puede trastornar, puede hasta destruir: á todas estas cuestiones, que le fueran hechas por ventura, el propietario podrá responder: y ¿qué os importa? Yo soy el dueño. El Señor, pues, puede cambiar, trastornar, destruir; y á todas las preguntas que le fueren hechas, puede responder: «Yo soy el dueño.»

Pero todavía hay más. ¿Por qué títulos sois propietarios vosotros? Lo sois ó por donacion entre vivos, ó por testamento; podeis ser propietarios por derecho de compra, podeis serlo por las sucesiones ordinarias. Pero el Señor, ¡ah! el Señor es propietario de una manera y por un derecho incomunicable; es decir, que todo me lo ha dado Dios, todo, sí, todo; la materia, la forma, los accidentes, la sustancia. Y así solo él es propietario esencial. No es esencial que vosotros lo seais; otro cualquiera podria serlo en vuestro lugar legítimamente por las vias legales y justas, sin que se encontrase por ello trastornado el órden de las cosas. Pero cese Dios de ser un solo instante propietario de mí, de mi sustancia, de mi sér, de mi *yo*; y fuerza es que yo cese de reconocerlo por mi Dios.

Pero ¿os habeis hecho cargo de lo que es Dios? Dios es el soberano Señor de todas las cosas: ahora bien; si dejase Dios de ser el propietario de mi vida, habria una cosa; que separada de su dominio, que tiene que ser universal, que tiene que ser entero, no seria, por consiguiente, Dios propietario esencial, propietario supremo.

Mas llego ya, conducido por la fuerza misma del razonamiento, á una palabra que intento desenvolver, y que tal vez os sorprenderá: propietario *irresistible*. Sí, hermanos mios, es imposible sustraeros á la propiedad divina: es una necesidad á la que es preciso sujetarse. Puede sustraerse uno á la propiedad de un hombre, á sus derechos sobre otro, por la independencia, tal vez por la fuga: pero ¿cómo sustraerse á la propiedad de Dios? Cierto número de hombres, por ejemplo, proclamando el espíritu de independencia y de libertad, han dicho: nosotros seremos nuestros mismos señores; no reconocemos

dominio sobre nosotros. Y, sin embargo, el dominio de Dios se paseaba en las alturas sobre sus cabezas; la dominacion divina les iba siguiendo en su marcha, en medio mismo de todas sus acciones libres, de sus pensamientos de rebeldía é independencia.

Es imposible, absolutamente imposible sustraerse á esa divina propiedad. ¡Ah, hermanos mios! El jóven levanta muy fácilmente su erguida cerviz, su cabeza altanera, escucha los pensamientos de su corazon, que lo separan pronto de Dios. Pero semejante á esas bestias feroces, traidas de las selvas lejanas al parque de un príncipe, y que no viendo el muro que rodea su ancha prision, se creen en libertad, y no saben que en los dias de caza les herirá la bala mortal hasta en sus más secretas guaridas, muy bien conocidas por el diestro cazador; no de otro modo se creen los jóvenes señores de sí mismos, sin considerar que están encerrados en el parque de la omnipotencia de Dios. Ellos están léjos de Dios por el pensamiento, por sus deseos, por sus intenciones; mas Dios está muy cerca de ellos por su dominio. Quisieran escaparse, mas no pueden. Divisan á veces la cerca que los tiene encerrados; dícense: «Al otro lado se encuentra la libertad,» y hacen esfuerzos para saltarla... Pero en lo alto de la cerca está la mano de Dios; y cuando suben arriba, se ven obligados de volver á caer en su miseria é ignorancia. Si levantan la cabeza, es para exclamar: Señor, vois sois nuestro dueño, vos solo sois el grande por toda la tierra.

Queda pues sentado ese dominio esencial, ese dominio supremo, ese dominio irresistible: luego Dios es propietario de nuestra vida. ¿Qué podremos añadir á esta consideracion, amados hermanos mios? ¡Respetad, pues, la propiedad divina! Yo os lo conjuro, desde lo alto de esta cátedra, con toda la autoridad que nos ha sido otorgada! ¡Respetad la propiedad divina! Oyendo estoy por todas partes en el mundo á hombres que dicen: ¡respeto á la propiedad, respeto á las leyes del país! Lo mismo digo yo. Pero no oigo á muchos hombres que vayan diciendo: ¡respeto á la propiedad de Dios! Y ved precisamente la verdad, que yo quisiera oir sobre todas las demás verdades. La propiedad de Dios es la clavija artística de toda propiedad. Si se desconoce ese molde, esa divina clavija modeladora, todas las propiedades están comprometidas, todas, sin excepcion alguna, en todos los grados de la jerarquía social...

2. Veamos, pues, ahora, amados hermanos mios, hasta donde se extienden esos deberes que nos impone la propiedad divina. Poco há, teníamos el código en las manos; llevad á bien que lo volvamos á tomar. «La propiedad de una cosa, se dice en él, da derecho á todo lo que produce sin excepcion.» Por consiguiente, la propiedad de nuestro sér da derecho á todo lo que viene de nosotros, un derecho entero, un derecho inenagenable, un derecho universal.

Yo soy de Dios; luego yo pertenezco á Dios, luego soy para Dios. Mas yo soy de Dios solo; luego yo no debo servir sino á solo Dios. Yo no soy del mundo, yo no soy de la fortuna, yo no soy del placer, yo no soy de las pasiones. Yo soy de Dios solo; solo á Dios debo tributar homenaje, respeto, adoracion, y todo eso con todo mi ser y facultades.

Aún hay más. Yo soy todo de Dios; luego todo en mí ha de servir á Dios sin excepcion alguna: espíritu, corazon, voluntad, cuerpo, sentidos, todo mi sér entero. Nada debo, nada puedo sustraer á este Sér divino. Siempre soy yo de Dios; luego siempre he de servir yo á Dios. Yo no puedo quitar nada del tiempo, como nada puedo quitar de mi sér. Todo esto es lógico, necesario, verdadero. ¡Qué consecuencias, hermanos mios!

¿No estais viendo en estas conclusiones como teneis en gérmen á toda la religion? Y, desde luego, el primer mandamiento de la religion nos dice: «Amarás al Señor tu Dios, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu corazon.» ¿Y no es esto una consecuencia legítima, necesaria de las premisas: yo soy de solo Dios, yo no pertenezco sino á Dios; yo soy todo de Dios; luego soy todo para Dios; soy siempre de Dios, luego siempre he de servir á Dios? ¿No veis vosotros en estas premisas, con sus conclusiones, las más sublimes y grandes bellezas de la perfeccion religiosa?

Así es, que os habreis preguntado algunas veces, amados hermanos mios, ¿por qué se hacen votos religiosos en la Iglesia? Esos votos y promesas se encuentran todos como en su gérmen en esas tres conclusiones de la razon: Soy de Dios solo; luego pertenezco á solo Dios; pero tengo miedo de servirle, á causa de las tendencias de mi corazon, de los deseos que experimento en mi naturaleza: temo no sirva al mismo tiempo á las riquezas, á los bienes de este mundo; temo no hagan sobrada violencia las inclinaciones de mi sensualidad. Pues bien; para evitar este escollo, y para ser más concluyente con mi razon, me separo de todo. Hago voto de pobreza: ¿lo entendeis bien?

Todo en mí ha de servir á Dios; mas á fin de que mi corazon le sirva más perfecta y cumplidamente, yo lo separo de los placeres todos, aún hasta de los permitidos de que podria gozar en un estado que el Señor aprueba: Yo hago voto de castidad.

Pero, de otro lado, yo temo muy fundamente á mi voluntad vaci-

lante, veleidosa, incierta, sujeta á tantas variaciones, á tantas flaquezas: yo quiero consagrarla al Señor sin reserva, sin division, por medio de una obediencia sin límites, sin coartacion.

Cosa asombrosa, hermanos mios; nosotros encontramos en una de las extremidades de la cadena cristiana ese gran mandamiento: «Amarás á tu Dios con toda tu alma, con todo tu corazon, con todas tus potencias;» y en el otro extremo, este hermoso consejo: «Ven á mí, si tienes bastante valor, por medio de la observancia de los sagrados votos de la religion, en la consagracion de la pobreza, castidad y obediencia.»

Ahora bien; en el estudio del fin del hombre encontramos ya la preparacion á este mandamiento, y ya podemos entrever el acierto, sensatez y belleza de ese consejo. Nada hay en efecto más justo ni razonable. Sí, amados hermanos mios, esto está muy puesto en razon.

Aún cuando no hubiera infierno, aún cuando no hubiera cielo, sin escudriñar ninguna cuestion de fé, y aún deteniéndonos en el solo dominio de la razon, hallamos nosotros toda la sensatez y todo el acierto de todas esas conclusiones; nada más consiguiente á la razon, nada más noble, nada más grande. Menester es, que sirva á alguien en la tierra: yo conozco evidentemente, que mi felicidad no consiste en mí mismo, no está dentro de mí, que mi naturaleza no está completada, que está manca, falta de mucho: menester es, que algo más grande que yo, más completo, más acabado que yo, se añada á mí, venga, en cierto modo, á hacerse una cosa conmigo, se asimile á mí mismo, y haga así perfecta mi felicidad. Yo debo, por consiguiente, existir en estado de servidumbre, y no es posible que yo sea perfectamente independiente.

En tal coyuntura, en tal necesidad de dependencia, yo escojo. Puedo escoger entre las criaturas y Dios, optar por aquéllas ó por éste; servir al mundo, servir á mis pasiones, servir á los abismos, ó bien servir á Dios. Pues bien; todo pensado y pesado, yo escojo por mi dueño á nuestro Señor Dios. Nada más noble: yo sirvo á Dios, y no he de servir sino á él solo.

¿Habeis entendido, amados hermanos mios, cómo un hombre se inclinaba ante otro hombre, y cómo estaba dispuesto á hacer todas sus voluntades, todos sus gustos? Él oye que se le dice: vé allí; y va: vuelve; y vuelve. Por lo que á mí toca, no he podido hacerme cargo, hasta ahora, de cómo un hombre se abaja ante otro. Como hombre, igualdad perfecta: por consiguiente, como hombre, delante de otro yo, puedo quedarme de pié derecho, y levantarme tanto como él: no bajo mi cabeza ante quien quiera que sea. Veo que me

mirais, hermanos mios, y que me decís: pero ¡qué doctrina! ¿qué consecuencias no trae consigo? Esperad, os ruego.

Yo no sirvo al hombre; no me inclino ante el hombre; pero yo reconozco la autoridad de Dios. Yo no me inclino sino ante Dios; pero siempre que yo leeré su autoridad en la frente de un hombre, aún cuando yo la viere escrita en la frente de un niño, me inclinaré gustoso ante este hombre, este niño. Y así, cuando yo veo los caractéres de su autoridad inscritos en una autoridad espiritual, en una autoridad temporal, en todos los grados de esta doble jerarquía, me inclino, doblo mi cerviz, protesto mi sumision; yo no examino, sino que obedezco inmediatamente. Yo obedezco entónces con toda la nobleza, con toda la altura, yo diria con toda la independencia de mi obediencia.

Desde entónces, por su obediencia misma, el servidor se ennoblece; sometiéndose á su señor, se somete á Dios, ó más bien, no se somete sino á Dios, cuando se somete al hombre, cumpliendo con los deberes de su estado. No vino Dios á trocar las condiciones, sino las almas. Ha encontrado, pues, medio de salvar la nobleza del hombre, manteniendo y conservando en su punto esta subordinacion, esta armonía de clases y condiciones, esa mútua correspondencia de superior á súbdito, de liberalidad y reconocimiento, de necesidad y recurso. Por lo que, esta conclusion lleva consigo la nobleza y la independencia más hermosa del hombre, y, al propio tiempo, las condiciones más verdaderas de su felicidad. ¡Oh! sí, amados hermanos mios; aquí ansiára yo, que hubieseis podido gustar lo que es servir á Dios: ¡servir á Dios es reinar! *Servire Deo regnare est!* El servicio en el cielo será la fecilidad suprema; y Dios ha querido, que lo que un dia habia de constituir nuestra dicha, fuese nuestro deber en la tierra.

Si nos concentramos dentro de nosotros mismos, como tambien, si extendemos nuestras miradas por la creacion universal, todo, todo nos repite estas conclusiones: somos la propiedad de Dios solo, somos siempre de él, siempre le pertenecemos; luego, en todo tiempo, lugar y circunstancia estamos obligados á servirle, y no debemos servir sino á él solo.

¡Ah, católicos! ¡Cuán cierto es, que nuestro corazon está hecho para Dios! El Señor ha creado un vasto abismo para recibir esa muchedumbre de aguas, ha creado esa inmensa extension de los cielos para contener las estrellas; pero él ha creado nuestro corazon para algo más grande que el mundo, y no lo ha creado sino para solo él. Estamos nosotros en la incertidumbre, nos hallamos agitados de contínuo, hasta que nuestro corazon descanse en Dios. ¿Quién, durante su estancia en la tierra, ha podido hallar jamás su dicha en las cria-

turas? ¿Es que en esos abismos del corazon no oimos por ventura resonar incesantemente esa voz: más, más, todavía; todavía más? ¿No es verdad que esos abismos extienden sus largos brazos; no es verdad que hacen tambien resonar su inmenso clamoreo, que suspira por otros placeres, por otros goces, por otros bienes que los que le promete naturaleza? *Dedit abyssus vocem suam; altitudo manus levavit* (HABAC. III, 10).

Despues de tantos siglos há, que los hombres llaman á sí bienes, placeres, honores; ¿hay uno solo que, poniendo la mano en su pecho, haya podido decir con verdad: ¡Soy feliz!

Preguntad, amados hermanos mios, á todas las criaturas, y os responderán á una voz: no hemos sido criadas nosotras para ser centro vuestro, para ser vuestra felicidad, para ser vuestro fin. Dios solo puede satisfacer vuestra sed de felicidad.

Escuchad á san Agustin, haciéndose á sí mismo, despues de su conversion, las preguntas que yo os propongo. Era un dia por la tarde, á las orillas del mar africano: el sol no despedia ya á la tierra sino algunos de sus rayos debilitados, sin brillo ni resplandor. En este momento augusto de la naturaleza, recogíase en sí misma el alma de Agustino: sus miradas preguntaban á las olas, y despues de algunos momentos de suspension, exclamaba repentinamente: ¡Oh mar, que ante mis ojos te extiendes y ensanchas sin límites ni barrera! yo te pregunto: ¿eres tú mi fin? Y ved que una voz, semejante á un majestuoso susurro, que parecia pasearse sobre las aguas tranquilas, volvia hasta sus oidos, y en eco sonoroso le decia: *Quære super nos, quære super nos!* ¡Busca más arriba, pregunta más arriba de mí!

Y Agustin meditaba esta palabra. La noche venia en el entretanto á cubrir el mar y la tierra con sus sombras: las estrellas aparecian brillantes en el firmamento: Agustino, mirando al cielo, dice: Astros, que tan resplandecientes apareceis sobre mi cabeza en el firmamento, yo os pregunto: ese mundo estrellado, que estoy viendo formais vosotros, ¿es por ventura mi fin? Y una palabra, que parecia ser el eco repetido por todos los cielos del firmamento en medio de tan inefables armonías, llegaba hasta los oidos de Agustino, diciendo: *Quære re super nos!* pregunta, busca más arriba de nosotros!

Y Agustin, subiendo, subiendo siempre, llega al cielo de los ángeles: en medio de las cohortes de los serafines, repite su misma pregunta: Espíritus celestiales, ¿sois vosotros mi fin? Y parecia que, mirándolo todos en medio de angélicos conciertos, le decian á su vez: *Quære super nos:* busca más arriba, pregunta más allá de nosotros.

Y Agustin, subiendo, subiendo, y subiendo siempre, llega hasta la presencia del eterno trono de la justicia y de la verdad. Y allí, postrado ante el acatamiento del Espíritu divino: Dulcísimo y sabrosísimo Señor, exclama Agustino, yo reconozco que vos solo sois mi fin supremo; vos sois quien me habeis hecho. Yo os lo prometo, Señor; mi vida os está enteramente consagrada; yo os doy mi inteligencia, y yo os rindo mi corazon, yo os cedo toda mi voluntad, todas mis potencias. Vos me lo habeis dado todo, todo; y yo os lo vuelvo todo, todo. Solamente os pido, Señor, vuestro amor, vuestra gracia: todo os pertenece sin reserva, sin restriccion, sin mengua ni division alguna.

Pues bien, amados hermanos mios, tal es la conclusion que vosotros habeis de sacar en este momento: ved lo que el Señor exije de vosotros: id hasta el término, sed lógicos como san Agustin, y podreis experimentar la felicidad que sintió él mismo! ¡Cómo! ¿No sabríais pues entender el precio de vuestras almas? ¡Cómo! ¿Es que no sabeis lo que valeis? ¿No conoceis el precio subido con que habeis sido comprados? ¡Alma del hombre, mira y considera cuánto cuestas!

¿Es menester por ventura, amados hermanos mios, haceros venir al misterio cristiano? He hablado yo el lenguaje de la razon; tened á bien que, por momentos cortos, emplee tambien el de la fé.

¿No veis, pues, en ese establo, en ese pesebre, sobre esa paja á ese niño recien nacido, que vierte lágrimas? ¿No lo ois llorar? ¿Por qué se halla en tal estado de miseria y desnudez? Preguntádselo á los ángeles de Dios, que baten sus alas sobre el divino albergue, y os dirán: *Propter nos homines, et propter nostram salutem:* es por vosotros, hombres desgraciados y míseros mortales; es por traeros la salvacion. Por eso ha dejado sus eternales mansiones, ha descendido á la tierra, y va á morar entre vosotros algunos años.

Mirad á Jesús, á la edad de diez y ocho ó veinte años, trabajando en la madera como un peon de artesano. ¡Ah, qué hace! ¡Por qué tanta humillacion! Preguntádselo al ángel que lo sabe muy bien, y os dirá: por vosotros, míseros mortales, hombres desventurados; para traeros la salvacion de vuestras almas, y el remedio á tamaño mal como os aqueja, se humilla de esta suerte.

Adelantaos más en esa vida divina: llegad al Calvario; mirad á esa víctima pendiente de tres atroces clavos, suspendida entre la tierra y el cielo: acercad vuestra mano al árbol sacrosanto de la cruz, no temais teñiros de sangre: recibid en vuestras palmas algunas de esas gotas de la sangre, que mana á borbotones, y despues mirad vuestras palmas teñidas de ese precioso licor; en vuestras manos teneis el precio de vuestra alma. *O anima tanti vales!* Preguntad á los ángeles

que lloran al pié de la cruz, y os dirán: ¡Por vosotros, míseros mortales, hombres desventurados, por vuestra salvacion se derrama tanta sangre y se padece tanto!

¡Cómo! Dios trabajará, Dios justipreciará vuestra alma con divina moneda, ¿y vosotros solos, vosotros la menospreciareis, vosotros solos rehusareis el trabajo? Es demasiado... hermanos mios; con el hábito que nos da de la vida el Señor, y, en particular, con el hábito y trato de los hombres, á quienes está consagrado nuestro ministerio, nos atrevemos á apelar de vosotros á vosotros mismos; de vosotros mal informados, á vosotros mejor informados un dia.

Un dia, el último para vosotros, si estuviésemos allí nosotros cerca de vuestro lecho de muerte, y os preguntásemos, si estas nuestras conclusiones son rigorosas, si perteneceis á Dios solo, si debeis servir á solo Dios; ¿qué responderíais entónces, allí, á la faz de la muerte, en el umbral de la eternidad, ante los estrados ya enderezados del tribunal, donde ha de ventilarse la suprema sentencia para vosotros? En aquel momento, en que la razon se verá alumbrada con antorchas sepulcrales; en aquel momento, en que vuestro cuerpo estará á punto de exhalar el último suspiro, y vais á entregar el alma á su Criador, en que vais á parar irremisiblemente en vuestro último fin, entónces ¿cuál será vuestra conclusion?...

Amados hermanos mios, ya habeis visto á dónde llegamos, sin embargo, con la sola razon. ¡Oh! Los hombres que abjuran de nuestros misterios, los hombres que se separan de nosotros y de nuestras prácticas, á fin de quedarse más tranquilos y sosegados, ¡cuán inconsecuentes son consigo mismos! ¡Cuánto les condena su misma razon consultada! ¡Cómo les condena ésta sobre todos los hechos de la moral, y, en particular, por la ausencia de la oracion!

Porque la oracion procede inmediatamente de nuestros deberes de criatura, de nuestras obligaciones para con Dios. Pues que tenemos que servir á Dios, Dios tiene que recibir de parte nuestra un culto de adoracion, y la adoracion ruega, así como el ruego y la oracion adoran. Es un culto de homenaje, de obediencia perpétua. Por esta razon, yo no puedo concebir, que el jóven que se ha separado de la religion práctica, pueda eximirse de modo alguno de los remordimientos de su conciencia, aún cuando se atenga á las solas conclusiones de la razon.

Amados hermanos mios, yo agradezco infinito á Dios nuestro Señor que hayais venido á oir nuestras palabras. Haced cumplido, yo os lo ruego, haced cumplido nuestro gozo, diciendo á Jesús: «Señor, yo soy enteramente vuestro.» Y el Señor no se dejará vencer en generosidad, estad ciertos. «Vosotros sois mios,» os dirá: pues bien, hagamos un trueque; vosotros sois mios con vuestras miserias, y yo seré vuestro con mi gloria. Amen.

HOMBRE.

(EL HOMBRE REGENERADO.)

IV.

Emittes spiritum tuum, et creabuntur: et renovabis faciem terræ.

Enviarás tu espíritu, y serán criados, y renovarás la faz de la tierra.

(SAL. CIII, 30.)

Estas palabras, amados hermanos mios, no solamente son una oracion, sino un oráculo, además, y la expresion de un dogma profundo: es una exclamacion que no era dado al hombre hacer, desde que sobre él pesaba un antiguo anatema, porque lo separaba de su Criador un crímen, y el infierno era su legítima. Aherrojado en sus pensamientos sombríos fatídicos, no encontraba do quiera que miseria y corrupcion: destruido yacia el bien en el mundo, y solo germinaba el mal. Menester era, que la sentencia del hombre que abrumaba al género humano, fuese borrada en la cruz con sangre de la gran víctima. Pero Jesucristo nuestro Señor no se limita á destruir la muerte á que, hijos de Adan, estábamos inevitablemente condenados; sino que resucita la vida muerta, y la lleva en triunfo al trono de la reconquistada divinidad; y cuando tiene en su mano el cetro de su poderío, envia á la tierra su Espíritu. *Emittes spiritum tuum et creabuntur: et renovabis faciem terræ.*

No es esta una expresion vana; ese oráculo se cumple real y efectivamente en el género humano, porque, derramándose sobre la Iglesia el espíritu de Dios, se descubre una nueva creacion: ésta comienza en el cenáculo: transformados los apóstoles en hombres nuevos, van á cambiar la faz de la tierra y regenerarla; esta regeneracion

ha llegado hasta nosotros. Es mi intento, ¡señores, meditar hoy con vosotros este misterio, que da cima á todos los misterios.

Por lo que á mí toca, amados hermanos mios, cada vez que medito estas verdades, siendo palpitar mi corazon, considerando las inefables riquezas de que colma Cristo al hombre por el Espíritu Santo, y no encuentro asunto más capaz de arrancar vuestros carazones de las ilusiones del placer. ¡ Cuán dichoso fuera yo, si me fuera dado haceros comprender la grandeza de vuestra regeneracion en Jesucristo nuestro Señor. Entónces no serian sin duda alguna estériles mis palabras. Pidamos esta gracia por la intercesion de la Vírgen: A. M.

1. Nada hay que igualar pueda la sublimidad de los pensamientos del grande Apóstol, cuando sondea las profundidades del misterio de nuestra regeneracion. Fuéle dado á él, el mínimo de todos los santos, anunciar á las naciones las riquezas de Jesucristo nuestro bien: *Nihi omnium sanctorum minimo data est gratia hæc, in gentibus evangelizare divitias Christi.* Arrebatado al tercer cielo, yaciendo con el cuerpo en los calabozos de Roma, está como fuera de sí, se siente impelido á hacer conocer los secretos de la gloria, cuya vista habia inundado su corazon de un gozo divino, y habia aligerado el peso de sus cadenas. «Bendito sea Dios, exclamaba, bendito sea ese Dios de la consolaciones, que se ha dignado visitarnos en nuestros trabajos.»

¡ Oh, amados hermanos mios ! ¡quién pudiera contemplar esta sublime teología del Apóstol ! ¡ Quién pudiera abarcar con sola una mirada la grandeza del cristiano, sorprender su alta elevacion ! Sale Dios de su reposo, ó mejor, de las profundidades de su eternidad, manda, habla, y el mundo sale formado de la nada: *Dixit et facia sunt...* Crea desde luego las inteligencias; hace en seguida al hombre á su imágen para ser el rey de la creacion. Pero este sér privilegiado se rebela; cae el hombre, y, en el momento mismo, se rompe el lazo que tenia unidos al cielo y á la tierra. Interpónese un océano de tinieblas entre el hombre y su Criador, y la esperanza de aquél va á retirarse á lo más recóndito de su corazon: ya no ve medio de arribar á las orillas eternas, porque pesa sobre él un terrible anatema.

Pero ¡ oh prodigio de misericordias ! El Verbo eterno, movido de compasion en vista de las ruinas del hombre, de sus profundas miserias, de su ignominia, se ofrece á venir á esta prision estrecha del tiempo, para padecer por el culpable, y restablecerle en los derechos que habia perdido. Habia caido el hombre por orgullo, y viene á levantarlo por la humildad. Baja, desde la gloria, al polvo de la mortaja en donde yacia el hombre despues de su corrupcion. Tómalo con los dos brazos de su amor, y lo lleva al trono de su gloria. *Et cum essemus mortui, convivificavit nos in Christo Jesu*: «En tiempo que estábamos muertos, nos volvió la vida por Jesucristo nuestro Señor.»

Enemigo soberbio del hombre, baja tu cabeza: ébrio de orgullo, habias dicho á los hombres: «Sereis como dioses.» Es la primera y última vez que dices la verdad. Sí; dioses serán los hombres, á pesar tuyo, porque de la raza humana hará Dios salir dioses para confundirte; y esa palabra, pronunciada por sí, para ruina suya, será, un dia, el más hermoso atributo de su gloria, porque el Verbo de Dios levantará al hombre de su estado de abyeccion, le hará reinar en la gloria sobre su mismo trono: *Conressuscitavit, et consedere fecit;* cumpliéndose así á la letra esa tu palabra: «Sereis como dioses.» Tal ha sido, en efecto, católicos, el fin de la redencion.

Mas ¿ cómo se ha obrado ese prodigio ? Estadme atentos: san Pablo va á penetrar los abismos del misterio de la regeneracion, y desenvolver á nuestra vista las riquezas del cristianismo. Cuando fué llegada la plenitud de los tiempos, Dios envió á su Hijo al mundo, para rescatarnos y elevarnos á la dignidad de hijos suyos. Nace nuestro Señor Jesucristo; hácese hijo de Adan, para volvernos á nosotros hijos del Altísimo. Ved cuán realizada se ve, aunque en sentido opuesto al de Satanás, aquella su involuntaria profecía: «Sereis hijos de Dios.» Porque, Cristo nuestro Señor, Hijo de Dios por naturaleza, haciéndose hijo de Adan por misericordia, hace de esta gran familia de Adan otros tantos hijos adoptivos de Dios.

Cuando nació en Belen el Verbo encarnado, paréceme estar viendo al viejo Patriarca del género humano tendido en su tumba. Pudo muy bien entónces sacudir el polvo de su mortaja, levantar su cabeza, y contemplar en una lejanía de cuarenta siglos al nuevo Adan, que acababa de nacer en una pequeña ciudad de David: pudo, desde entónces, regocijarse, consolarse de su lastimera caida, al considerar Jesucristo como su propio hijo, y dormirse de nuevo hasta el dia de la resurreccion divina.

Amados hermanos mios, no descubrimos, hasta ahora, sino un solo hijo de Adan que sea deificado: Jesucristo nuestro Señor. ¿ Y cómo nosotros, que somos hermanos suyos (porque no se ha detenido en el mundo angélico, sino que ha bajado desde las celestiales alturas para divinizar al hombre), cómo, repito, seremos criados nosotros de nuevo, cómo seremos deificados, cómo se cumplirá aquella palabra: *Eritis sicut dii*: «Sereis como dioses ?» San Pablo va á enseñárnoslo.

Creati sumus in Christo, in operibus bonis; creacion que se obra por la destruccion del sensualismo, del orgullo, de la codicia: *Et expolians principatus, et potestates, traduxit confidenter, palam triumphans illos in semetipso*; y por el don de la gracia, Cristo nuestro Señor se anonadó en la cruz para destruir el pecado, y resucitó para divinizarnos. ¿No es esta la nueva vida de que hablaba Jesucristo á uno de los jefes de la sinagoga: *Oportet nasci denuo?* Hablaba el Salvador divino de nuestra regeneracion espiritual por el bautismo, porque nosotros nacemos realmente en Jesucristo, segun la promesa que le hizo á Nicodemus. « Vosotros, dice el Apóstol, que habeis sido bautizados, habeis sido revestidos de nuestro Señor Jesucristo. *Omnes qui baptizati estis, Christum induistis.*

Y no se crea, que sea una metáfora ambiciosa en boca del Apóstol: todos vosotros estais revestidos de nuestro Señor Jesucristo; porque, notadlo bien, hermanos mios, el vestido se identifica con nosotros. La comparacion, léjos de ser excesiva, no es aún bastante fuerte: Jesucristo viene á ser el vestido sustancial de nuestro sér; no hace sino una personalidad con nosotros: *Chistum induistis;* nosotros recibimos el principio de su sustancia: *Initium substantiæ ejus.* Ved, pues, cómo venimos á ser hijos de Dios, no ciertamente por la carne, sino por la virtud de Dios: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri.* Nosotros nacemos de Dios: Dios mismo habita en nosotros, porque el Verbo se ha hecho carne. Penetramos ahora toda la profundidad de aquella oracion del sacerdote en la misa: ¡ Oh Dios ! haced que seamos participantes de la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, que se dignó hacerse partícipe de nuestra humanidad...

Somos, pues, católicos, participantes de la divinidad de Jesucristo; estamos engendrados en él, y somos, segun la expresion de san Pablo, miembros de su cuerpo, carne de su carne, huesos de sus huesos: *Membra sumus corporis ejus, de carne ejus, de ossibus ejus.* Yo comprendo muy bien, segun esto, cuánto hay de verdadero, profundo, divino, en esta antífrasis sublime del mismo Apóstol: «Yo vivo; ó más bien, no soy yo el que vivo; sino Cristo que vive en mí:» *Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus.*

Me preguntareis, tal vez, si la union divina, que contraemos, es algo más que una union moral; si llega á ser tan estrecha como la de un hijo á su padre, como la que media en la familia misma entre los miembros que la componen. Amados hermanos mios, no habríais penetrado toda la profundidad del misterio, si os detuviéreis en esta similitud. Oid á san Pablo: él va á daros una idea de esta union.

Primus homo de terra, terrenus: «El hombre primero, salido de tierra, no era sino tierra.» Hijos desventurados de ira, ved la vida que hemos recibido de Adan: esclavos de nuestras pasiones, arrastramos con pena los grillos de la vida animal que nos habia comunicado: *Qualis terrenus, tales et terreni;* semejantes é identificados á nuestro padre, no éramos sino tierra. Pero vino el segundo Adan del cielo; era celestial: *Secundus homo de cœlo, cœlestis.* Vino del cielo para regenerarnos, y él nos comunica una vida divina: *Qualis cœlestis, tales et cœlestes.* Ahora bien; así como en virtud de una grosera filiacion terrestre, la naturaleza de Adan llega hasta nosotros, del mismo modo, en virtud de una espiritual filiacion divina, cual existe entre Jesucristo y nosotros, recibimos una vida celestial, semejante á la suya.

Más hay todavía: respecto de lo terrestre, no puede decirse que la sustancia de Adan nos esté incorporada. No puede decirse: Yo vivo, pero no soy yo quien vive ya en mí, sino Adan es quien vive en mí: en lugar que podamos decir con gran propiedad, en virtud de la union que existe entre Jesucristo y el alma fiel, union que le está comunicada por los sacramentos, union tan íntima que no se puede imaginar otra más profunda, otra más estrecha, excepto la hipostática; se puede, repito, decir, en virtud de esta union: «Vivo yo, mas ya no soy yo quien vive en mí, sino Cristo...»

Y para que no quede duda acerca de esta union inefable, ved lo que añade el grande Apóstol: *In Christo radicati:* «Nosotros estamos ingertados en Cristo Señor nuestro.» Todos vosotros conoceis la operacion por la que se cria ó regenera un arbolito bravío para ingertar; operacion por medio de la cual una mano diestra le inocula un principio de vida, una sávia superior, corta su nativa infecundidad, y le dá la fuerza de producir buenos frutos, que correspondan á las esperanzas del cultivador. Pues bien, ahí teneis un símil del misterio de nuestra regeneracion. ¿Qué otra cosa somos nosotros en Adan, sino miserables arbustillos, silvestres morales, estériles, infructuosos, que no podemos llevar sino frutos de muerte, é incapaces de reengendrarnos por causa de nuestra nativa infecundidad? La Iglesia nos ingerta y nos inocula una vida divina.

A más de esto, notad todo lo que, tomado de un ingerto, se cumple al pié de la letra respecto del fiel por medio de los sacramentos. Es menester para un ingerto, desde luego, un arbolista que lo cuide, un tutor; es menester un alimento proporcionado á su nuevo estado; y si la sávia produce tallos parásitos, que lo extenúen ó agoten, se cortan, se separan. Ved cabalmente lo que hace la Iglesia en nos-

otros por medio de los sacramentos. Con el bautismo somos ingertados en Jesucristo, que viene á depositar en nosotros un gérmen divino; tócanos, y deja impresa en nuestra alma una huella divina, eterna, que llevaremos en nosotros mismos por siempre jamás, ó en las celestes moradas, ó en los abrasadores calabozos de la Justicia.

Esnos menester un tutor: este tutor es el mismo espíritu de Dios, que nos fija, que nos confirma en su servicio; nos es necesario, además, un alimento, y lo tenemos en la Eucaristía. Es menester que este alimento sea digno de Dios, de un hijo de Dios, de un hermano de Dios, y Jesucristo se dá á sí mismo en manjar á nosotros. Hijos de la tierra, escuchad estas palabras: «El que come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí, y yo moro en él.» Ved cómo se verifica esta sublime transformacion. Jesucristo nos echa, nos regala su divinidad, y se opera una conmutacion divina entre la vida de Dios y la vida del fiel: *In me manet, et ego in eo.* ¡Cómo, Señor! ¡Vos me traeis un Dios, y yo no tengo para ofreceros sino miserias de la humanidad! ¡Oh! ¡y cuánto gano, cuánto grangeo en este trueque de amor!

Ved, amados hermanos mios, de qué modo somos deificados por la Eucaristía. Mas, esta mística y sublimísima operacion se realiza y lleva á cabo bajo la accion del espíritu regenerador: es una creacion maravillosa que permanece en los misterios de la fé; pasarán los cielos y la tierra, y estas verdades permanecerán eternamente: es preciso creerlas.

Pero ¡oh desgracia! ¡Extraña desventura del hombre caido! Él puede perder todas las preciosas ventajas de esta deificacion; puede hacer morir en él esta sávia vivificadora, divina, que le hacia llevar deliciosos frutos. ¿Y cómo podrá extinguirse en nosotros esta vida? Por el pecado, amados hermanos mios, por el pecado, del cual se vuelve esclavo el hombre. Semejante al arbusto reengendrado, cuya sávia superior se encuentra absorbida por los tallos ó ramos parásitos, la vida nueva que ha recibido el hombre por los sacramentos, se encuentra sofocada por la triple concupiscencia del orgullo, de la voluptuosidad y el egoismo. Es menester recurrir entónces, cual acontece con el ingerto, á la poda espiritual, á la confesion y penitencia sacramental, operacion que monda y corta todo cuanto ahogar pudiera en nosotros la sávia divina.

Pero despues de la muerte, en el juicio universal, será cuando se nos revele esta transformacion sin velos, sin sombras, y entónces será tambien cuando gozaremos de la plenitud de la vida celestial. Traspasemos con el espíritu, traspasemos esos estrechos límites del

tiempo y del espacio; transportémonos á ese último, del cual, tal vez, nos separen ya pocos siglos. Si nos esforzamos en ser santos, si llegamos á serlo por gracia divina, nosotros nos llevaremos á la tumba, con nosotros, el principio y el gérmen de nuestra resurreccion: Jesucristo, nuestro padre, nuestro hermano, nuestra gloria, dormirá con nosotros en la ignominia del sepulcro; desconderemos á la tumba sin fuerzas, pero nos volveremos á levantar con majestad. *Seminatur in infirmitate, surget in virtute.*

Envuélvesenos en la mortaja, en el féretro, con un cuerpo de carne; pero nos volveremos á levantar como Jesucristo con un cuerpo espiritual: *Seminatur corpus animale: surget corpus spirituale.* Todo se acabará entónces: seremos nosotros resplandecientes como la luz divina, y quedarán marcadas nuestras frentes con el sello de la gloria y de la inmortalidad. *Qui reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratum corpori claritatis suæ.* Aquí, abajo, quedamos siempre sellados con el lema de la muerte; pero entónces, allá arriba, semejantes seremos á nuestro Señor Jesucristo resucitado: *Similes ei erimus;* y á esto cuadra perfectamente la sublime expresion: *Christianus, alter Christus;* de uno de los más ilustres Padres de la Iglesia.

Yo me estoy figurando á este auditorio, yaciendo en el féretro con el principio de la regeneracion, porque supongo no haya uno solo en él que falte á sus gloriosos destinos; en el momento en que la trompeta tocará, en que será su espantoso y majestuoso sonido el despertador de las generaciones, me represento á todos vosotros sacudiendo los andrajos del viejo Adan. Os abalanzais rápidamente como el rayo á ir en pos del acompañamiento de Cristo, siguiéndole hasta por las alturas del empíreo, á la cima de la gloria. Seremos conducidos como cautivos de Jesucristo, emancipados para su gloria. Nos elevaremos más allá de todos los serafines, porque éstos no son sino ministros de Jesucristo, y nosotros somos sus hermanos, los hermanos del Rey de la eternidad. Por lo que á mí toca, me regocijo de no ser un ángel entónces, para conseguir ser regenerado con esta sublime regeneracion.

¡Oh qué gozo, qué transportes entónces, al oir los arrebatadores conciertos de la ciudad eterna, y poder repetir el cántico de la inmortalidad: *Vivo, jam non ego, vivit vero in me Christus.* En tan feliz instante, se cumplirá de lleno aquella sublime palabra de Cristo Señor nuestro: *Ego sum vitis, vos palmites:* «Yo soy la vid; vosotros mis sarmientos.» Y como los ramos son de la misma naturaleza que el pié de que proceden, juzgad cuán dichoso cambio ex-

perimentaremos. Retoños gloriosos de un tronco divino é inmortal, que sale de las profundidades de la augusta Trinidad, nuestra sávia viene tambien de la Trinidad, pasa por Jesucristo para llegar hasta las ramas y formar un árbol, que se dilatará en Jesucristo para cobijar á la eternidad en su sombra. Ved de qué modo se cumple ese misterio de nuestra regeneracion, y se realiza aquella promesa de la antigua serpiente: *Eritis sicut dii:* «Sereis como dioses.»

2. Cuando se meditan, amados hermanos mios, las epístolas del Apóstol, sorprende y admira el verlas llenas de un pensamiento único, que absorbe toda el alma del Doctor de las Gentes. Así es, que sea cuando escribe á los fieles de Tesalónica, de Roma ó de Corinto, siempre lo hace para explicarles las riquezas de nuestra regeneracion: de tal manera, que de las entrañas mismas de ésta hace salir todas sus doctrinas y lecciones, todos los motivos más fuertes y más determinados del amor de Dios y del prójimo: porque en la meditacion de nuestra dignidad, encontraba el principio y móvil que nos anima en los penosos combates por la virtud.

Desde luego, siento esta verdad muy fecunda en consecuencias: la memoria frecuente de nuestra dignidad es motivo más poderoso y determinativo para el amor de Dios.

Tened presente lo que ha hecho por nosotros Jesucristo: que nada hay más profundo que nuestra miseria: representaos á Cristo nuestro Bien, como, queriendo acortar las distancias infinitas que separan al hombre de Dios, sale de las profundidades de su eternidad para venir á tomar al hombre, y colocarlo en su trono: lo aleja, empero, de nosotros un espacio infinito; y ¿qué hace? Levántase como un celestial gigante para vencer las distancias y traspasar el espacio. Une lo infinito á lo finito, Dios al hombre, proletario de la creacion, para abatir á los orgullosos y levantar á los humildes. *Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles.*

Parte del seno mismo de Dios, atraviesa el mundo de los ángeles, desciende á las entrañas de una vírgen, y de allí, al establo de Belen. Miradlo en el pesebre, envuelto en pañales pobres; y allí encontrareis al Hijo de Dios vivo. Pero aún no está satisfecho su amor. Desde el pesebre va á la cima del Gólgota, al través de un camino lleno de humillaciones, oprobios y penurias. Pero ni aún esto basta, y el amor es ingenioso en recursos. De la cruz baja á nuestros tabernáculos, en donde yacerá encerrado, encadenado con grillos de amor, porque sus delicias son estar con los hijos de los hombres.

No basta aún esto, y le es necesario ir más adelante en la carrera del amor. Él mismo viene, él mismo al corazon del hombre culpable

para hacerle participante de su gloria y de su divinidad: tómalo con ambos brazos de su amor para llevarlo á su trono: ¡no os hace ya ángel, sino Dios!... Y vosotros, que sabeis, que conoceis, que considerais esto, ¿no sentiríais abrasarse vuestro corazon á impulsos del fuego de la caridad? *Charitas Dei urget nos.* Esta caridad de nuestro Dios nos empeña con urgencia desde el seno de María, desde las alturas del Calvario, desde los esplendores de su gloria: él se ha abajado hasta más abajo que el hombre, pues que se lo pone sobre sus hombros, para llevárselos en hombros á la eternidad.

¡Hombres ingratos! Si os acordaseis lo que sois por el santo bautismo; si pensarais que sois uno con Jesucristo... ¡Ah! en cuanto á mí, puedo deciros, que este pensamiento me enardece, y que cuanto más ahondo en esta doctrina de san Pablo, tanto me estimo más dichoso de no ser serafin. ¡Oh hombres, y cuán desventurados sois! Vuestros ojos, enturbiados por los vapores de las pasiones, no os permiten descubrir estos misterios de amor, esta sublime regeneracion, que lleva en triunfo hasta la cumbre de la eternidad. Ya estais viendo, hermanos mios, que no hay motivo más poderoso, y más urgente, y más determinante para ir á sumirnos en el amor de Dios.

Examinemos ahora los motivos poderosos que en ese principio encontramos para amar al prójimo.

Preguntado Cristo nuestro Bien por un doctor de la Ley, cuál era el primero, más elevado y más fundamental mandamiento del Señor, respondió: «Amarás al Señor tu Dios, y al prójimo como á tí mismo: en estos dos mandamientos estriban la Ley y los Profetas: Ved, católicos, el fundamento y principio de toda legislacion.

Y en efecto; el amor de Dios y del prójimo compendian la ley de nuestro Señor Jesucristo. ¿Qué somos por la regeneracion? Los miembros de una misma cabeza; y por consiguiente estamos identificados con Jesucristo. Ahora bien; así como la union es necesaria, indispensable en el sentido más absoluto entre los miembros de un mismo cuerpo, del mismo modo la caridad es la ley radical que ha de unir á los fieles, miembros místicos del cuerpo de Cristo, entre sí. ¿Quereis una prueba palpable de esta asercion? Considerad el vínculo que une á sus hijos, ese vínculo maravilloso, que es la sagrada Eucaristía. Supongamos que mañana, los setecientos ú ochocientos millones de hombres que habitan en nuestro globo fuesen católicos: admitamos ese prodigio, de que todos los hijos de la gran familia humana vengan á colocarse al rededor de la sagrada Mesa de Jesucristo; supongamos que esta sagrada Mesa Eucarística abraza la tierra como el Ecuador, y que en torno de ese banquete humanitario vengan

á situarse todos los pueblos del mundo conocido; y que todos los obispos, todos los sacerdotes, y hasta el soberano Pontífice, les distribuyen al mismo Dios; ¿no es verdad que tal es el símbolo más importante de la caridad cristiana?

En este sagrado, en este inmenso banquete, el salvaje, á par con el hombre civilizado, el esclavo, como el monarca, pueden decir: «Yo vivo, mas ya no soy yo quien vive en mí, sino Jesucristo es quien en mí vive:» todos pueden decir: yo soy un solo cuerpo con Jesucristo: porque todos reciben al mismo Dios, se alimentaron del mismo Dios.

¡Oh vosotros, los que soñais una fraternidad universal; vosotros, los que ansiais porque los hombres estén asociados por un sistema humanitario; sabed que Jesucristo ha realizado por la Eucaristía esa asociacion, esa república, que hace, no soberanos, no tiranos, sino dioses. Participad de este alimento divino, y sereis deificados, y hareis parte de esa asociacion católica, que abraza el género humano todo, y que engendra esta fraternidad universal.

¿Deseais conocer cuáles sean las condiciones de esta congregacion divina, de esta mística sociedad? Tiene por fundador á un hombre, porque habia de asociar hombres; pero como tenia que ser infalible, era menester, no un ángel, no un serafin, sino un Dios: ha sido pues menester un hombre-Dios. Es necesario á esta sociedad un rey, no un tirano, que hiciese esclavos á los hombres; un rey, que se sacrifique por éstos: pues bien, Jesucristo lo ha hecho, no desea en su reino sino hombres libres. Los demás reyes tienen una corona de hierro, y gobiernan con el poder de las bayonetas; mas Jesucristo muere en la cruz. Los reyes de la tierra recargan de impuestos á sus pueblos; el solo impuesto que Jesucristo cobra de su pueblo son unos cuantos granos de trigo, y algunos racimos de uva para perpetuar su sacrificio.

¿Sabeis lo que es, además, indispensable en una república? Una bandera que reuna á todos los miembros de su milicia. Pues bien, nuestro estandarte es la cruz que tremola sobre el humano linage: en los otros estandartes yo diviso manchas de sangre... Yo las veo tambien en el mio, pero son de la sangre de mi Dios. Es menester alimento para una familia tan numerosa, y Cristo lo dá con su misma sustancia. Menester son á un gran pueblo leyes, un código civil, una constitucion fundamental. Nuestra constitucion fundamental, nuestro código, nuestras leyes, son el Evangelio de Jesucristo nuestro Señor, comentado, interpretado por su Iglesia, quien no ha hecho á nadie jamás esclavo, siervo. Y así, el que trabaja por extender las conquistas de Jesucristo, es un misionero de la civilizacion.

Pero vosotros, los que blasfemais del cristianismo; vosotros, los que juntais todos vuestros esfuerzos para detener el progreso de la regeneracion cristiana; vosotros sois misioneros de la barbárie. Marchemos todos bajo la misma bandera, y ya no habrá barreras de pueblo á pueblo, ya no habrá nacionalidad, ciudad, ni familia, porque la ciudad, la familia, la pátria del cristiano, es el universo entero. Mas, no todos comprenden el lenguaje de la Iglesia, á pesar de hablar en todas las lenguas. Ya no se escucha sino el lenguaje del egoismo.

Queda pues demostrado, que en el sentimiento del amor divino, hay un principio, un motivo muy poderoso para el amor del prójimo.

Señoras cristianas, á vuestro corazon ha ido á buscar un refugio la caridad: vosotras habeis comprendido maravillosamente ese sagrado idioma: no habeis echado en olvido el camino que conduce á la casa del pobre; y cuando habeis ido á visitar al inválido anciano en su boardilla, y que lo habeis mullido blandamente en su lecho de dolor, ¿sabeis lo que habeis hecho? Habeis visitado al mismo Jesucristo, pues que él mismo se presentaba á vosotras en la humanidad paciente: *Quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis.* Cuanto se hace por los miembros, se hace por la cabeza.

Ese muchacho, ese niño abandonado que habeis recogido, para quien habeis servido de madre, es nuestro Señor Jesucristo, que se os ha querido representar en esta forma enterneciente. Cuando volais á la cama de los enfermos, no solo es á un hermano, sino á un Dios á quien vais á servir.

No me hableis, pues, de beneficencia, de filantropía, ambas herejías de la caridad. Con esas palabras glaciales no se muere por el pobre, no se besan sus llagas con amor de sacrificio: se contenta, á lo más, el filántropo, con echar algunas piezas de moneda por lo alto de la cerca de su parque, y vedlo todo... Ved, pues, lo que haria el cristianismo en la tierra. Traed, pues, la caridad á vuestros corazones, y quedarán aliviadas todas las miserias: mas, con la filantropía, sin la fé, se destierra del mundo al cristianismo.

El sentimiento de nuestra dignidad es, además, un motivo muy capaz para determinarnos á los actos heróicos de la virtud.

Tres llagas crueles pudren el corazon del hombre: tenemos que combatir de contínuo una triple concupiscencia, que se opone abiertamente contra nuestra regeneracion espiritual; el orgullo, la codicia, el sensualismo. Estos tres vicios nos apegan á la tierra, nos encharcan en su cieno: esnos preciso, esnos urgente salir de ese atolladero. Ahora bien; el sentimiento de nuestra gloria reconquistada

en Jesucristo, es la más poderosa palanca para arrancarnos de la tierra.

Yo supongo, pues, que esclavizados bajo la generacion de Adan, nos dejamos seducir por las falsas ilusiones del mundo. ¿Qué medio harto eficaz para disipar esos negros vapores del orgullo, que suben al entendimiento, le ofuscan, y eclipsan los rayos del sol de la verdad? Así que la ambicion se esfuerza en hacernos titubear, vamos á colocar nuestra frente cerca del trono que nos aguarda. ¿Vosotros creeis que hay algo en esta ambicion? No; solo es humo. Mirad, si no, en las cabezas de los reyes esas diademas de hierro que los abruman, y en sus manos esos cetros sin autoridad, y en el frontispicio de sus palacios soberbios, escrito por la mano del tiempo este lema: *¡Nada, nada!...*

Para un Dios es necesario una gloria eterna, un trono que no titubee, un cetro que no se rompa. Levanta, pues, tu cabeza, hijo de Dios, piensa en tu destino sublime, y curarás del humano orgullo. ¿Te seduciria por ventura el egoismo brutal de la codicia?... Sí, por eso es, á fé mia, cierto que no tendrás más oro que fulano ó fulano, que pueden legar muchos millones á sus herederos. Y bien, al irse á dormir en la tumba, ¿dormirá con él ni uno de esos cuantiosos millones? Y aún cuando se amortajase con él toda esa fortuna, ¿dejaria por ello de ser parte de gusanos su cuerpo, tarde ó temprano? Cristiano, tú eres hermano de Jesucristo, apóyate en su brazo, y acuérdate, que has menester nada ménos que de la gloria de un Dios.

¿Mas serian, por ventura, viles pasiones del sensualismo las que te arrastrarian y encadenarian? Concibo yo, en efecto, que un pagano ceda á sus asaltos; pero tú, glorifica á Dios, y llévalo, y adóralo, y guárdalo en tu cuerpo. *Glorificate et portate Deum in corpore vestro.* Todo hombre lujurioso hace traicion á su dignidad: este infame atractivo nos inclina hácia la tierra: nosotros nos dejamos, empero, arrastrar en pos de él, y no miramos, que alindamos los abismos del infierno. Nos es necesario marchar, llevando en la mano la romana de la gloria; y es menester decirnos: ¡Cómo! ¡Unas cuantas gotas amargas que caen de la emponzoñada copa del placer, reemplazarian para mí esos torrentes, esos océanos inagotables de felicidad eterna!...

Todo se encuentra en esa grande expresion de caridad y amor: *Unum sumus in Christo.* Jesucristo vive en mí, Jesucristo vive en mi hermano; todos nosotros no formamos sino un solo cuerpo; debemos, pues, amarnos nosotros unos á otros, debemos respetarnos. Un lazo indisoluble une el cristiano á Jesucristo y á la adorable Tri-

nidad. Algunos han murmullado el nombre de progreso: seguidlos; ¿á dónde os llevan? Al *animalismo* más grosero, ó al más estúpido panteismo. Pasiones y remordimientos suscitados por las pasiones: hé aquí las oscilaciones que se reparten entre sí el corazon del hombre. Pero, para el cristiano, sus esperanzas están en el cielo; y esta promesa no es un anzuelo, sino una realidad. *Sedebitis in throno meo.*

Ciegos por sus pasiones, exclaman los hombres: el catolicismo está muerto: hizo ya su tiempo: es un vestido rapado, que es menester volver del otro lado: ha hecho sin duda mucho bien á la humanidad, durante algun tiempo; pero aquesta crece demasiado, progresa mucho, le ha tomado ya la delantera, y de hoy en adelante es completamente inútil: guió sus primeros pasos; mas ya no puede seguirla... ¡El catolicismo es, pues, muerto!...

¡Mi Dios!... ¿Pero sabeis lo que decian los escribas y fariseos que negaban la divinidad de Jesucristo, cuando resucitó á Lázaro? Es menester matar á este hombre, no sea que, viéndole resucitado, las gentes crean todas que Jesús de Nazaret es Dios. ¡Insensatos! ¡Como si Jesucristo no pudiera hacer resucitar, segunda vez á Lázaro...! Pero, si vosotros mismos lo matáreis á él, él se resucitará...

Júntanse, en efecto, con el designio de perder á Jesucristo, que podria destruir la cátedra de Moisés, y comienzan á poner en ejecucion su infame conjuracion. Jesús es conducido á Caifás, de Caifás es llevado á Pilatos, de Pilatos á Herodes; lo clavan en un patíbulo, lo sepultan en un sepulcro, ponen á la boca de él una piedra enorme; y despues, poniéndose á bailar sobre ese sillar, exclaman: Está muerto, está muerto.

No, no está muerto. Apenas acaban de hablar, tiembla la tierra, Jesús se remueve en el sepulcro, la piedra vuela, sus enemigos son aterrados á derecha é izquierda, y Cristo reaparece brillante de luz y de gloria. ¿No veis en eso lo que le está sucediendo á la Iglesia en nuestros tiempos? Los escribas de nuestros dias se levantan y conspiran contra el catolicismo. Nadie hay que ignore esa palabra de Voltaire: aniquilemos... aniquilemos... no acabo la expresion.

Se les ha dejado usar de un gran poder; le han despojado de su túnica; hermosa era, hermanos mios, hermosa y bella era esa túnica; los pueblos la habian adornado de bordado y de oro: la han echado á suertes; la han puesto tambien en el sepulcro, y han cerrado su puerta con la piedra del ateismo. Pero aún no se habia pasado aquella generacion, cuando el cristianismo salia del sepulcro, echando por tierra verdugos y blasfemos; porque Cristo es siempre el mis-

mo Cristo, porque Cristo es Dios, y que, incorporándose á la humanidad, tiene el designio de dar á esta sociedad, que se llama á sí misma cristiana, su vida inmortal, su poder contra el error, y su triunfo final, definitivo, que será tambien el de todos nosotros, hombres regenerados en nuestro Señor Jesucristo. Amen.

HOMBRE.

(BUENA VOLUNTAD DEL)

V.

Dicite pusillanimis: Confortamini.
Decid á los pusilánimes: Fortificaos.
(Isai. xxxv, 4.)

Nunca debiera causaros extrañeza, hermanos mios, la predicacion de la buena voluntad, de la noble y santa voluntad, pues es cosa que conviene al hombre, y, sobre todo, á los cristianos! Sí; esta buena voluntad, el hombre la necesita, el hombre, cuya vida es tan corta y tan llena de miserias: sí; el cristiano la necesita, soldado, como es, de un Dios crucificado, aspirando tambien al cielo por la cruz. Hoy vengo en nombre de la Iglesia á hablaros de la buena voluntad, á trasmitiros sus saludables consejos; vengo á tenderos una mano fraternal y á deciros: *Confortamini;* valor y confianza! Paréceme, hermanos mios, que para exhortaros mas eficazmente, será bien mostraros, primero, hasta qué punto nos es absolutamente necesaria la buena voluntad, y luego, cómo es posible; tal será el asunto y division de este discurso. Pidamos encarecidamente á la santísima Vírgen, madre de Jesucristo y madre nuestra, la gracia de agradar á su divino Hijo, con la buena voluntad. A. M.

1. Ya sabeis que hay en el hombre un órgano principal donde reside el principio de la vida: es el corazon, que, habiendo recibido el impulso de la mano creadora, se mueve por sí mismo y anima todos los órganos. Así, luego que late en el pecho, la boca respira, la sangre hierve, y todos los órganos funcionan; pero si llega á pararse inmóvil y helado por la muerte, entónces ya no queda en la tierra mas que un frio é inútil cadáver. Ahora bien: parece que la buena voluntad, la energía de la voluntad, es para el alma, lo que el corazon para el cuerpo: y para convencernos de ello, vamos á examinar rápida y sencillamente el resultado de dos suposiciones contrarias.

Supongamos, primero, la falta ó ausencia de buena voluntad, y luego la accion, la presencia de la misma. Vais á ver, que sin esta buena voluntad, sin la energía, sin el valor de la buena voluntad, el hombre cae en la impotencia, y que, por el contrario, con la buena voluntad, con el valor y energía de la buena voluntad, el cristiano puede elevarse hasta llegar á la omnipotencia. Nada podemos hacer sin la buena voluntad, hermanos mios. Cuando se destruye una causa, se suprimen de un mismo golpe todos sus efectos; así que, por ejemplo, nadie irá á apagar la sed en un arroyo de agotado manantial, ni á calentarse junto á un hogar extinguido. Pues bien; la buena voluntad es todo el hombre, todo el cristiano. Decidme, hermanos mios: ¿iriais á pedir alguna cosa, podriais obtener algo de un hombre sin buena voluntad? Ni él mismo puede acceder á vuestra peticion: hay en él una incapacidad absoluta.

Tal vez me preguntareis, por qué se necesita esa disposicion, por qué la buena voluntad es necesaria para toda clase de cosas. No será muy difícil contestaros: porque la fuerza, la energía, es la condicion de toda virtud. Y por si tambien me preguntaseis, por qué la fuerza, la energía y el valor son una condicion de toda especie de virtud, de toda gracia; porque, añado, es una consecuencia de nuestra condicion, de nuestro destino. De nuestra condicion, porque nuestra naturaleza está degradada; no estamos naturalmente á la altura del bien; y para levantarnos á su nivel, tenemos que esforzarnos y superar obstáculos; tenemos que hacernos superiores á nosotros mismos, tenemos que luchar y vencer. Así, pues, hermanos mios, lo digo muy alto: una gran virtud exige un gran valor; y para practicar la virtud, que recibe una corona en el cielo, es esencialmente necesaria la buena voluntad. La buena voluntad es la llave de nuestra salvacion. La buena voluntad, si no es estéril en nuestra alma, nos llevará al cielo por un camino triunfal.

Pero, si hay aquí algunas almas débiles, flojas, pusilánimes, que no tengan la energía de defenderse, ni casi el deseo de resistir, yo les diré: Puesto que no quereis arrostrar las fatigas gloriosas y fecundas de la virtud, sufrireis las estériles y fastidiosas fatigas de la

indecision y de la pusilanimidad, y en la falta irá el castigo. ¿Acaso no os cansareis de la ociosidad de vuestra alma? Si no sembrais ¿qué recogereis? Vuestras obras no pueden sostener siquiera vuestras miradas; ¿cómo sostendrán la mirada de Dios?

Tened cuenta, hermanos mios: si no sois capaces del bien, estad ciertos de que sereis capaces del mal. Para obrar mal, no hay que hacer ningun esfuerzo; para pecar, no hay que combatir, basta ceder á la inclinacion que os arrastra. Tomad, sino, un hombre débil de corazon, de alma pusilánime; ponedle en frente de una ocasion de pecar, y puede volverse el mayor criminal, el mayor pecador; ni siquiera necesita una tentacion, porque entra en el pecado como en su elemento.

Pero dejemos esto; consideremos, hermanos mios, como con una buena y completa voluntad podemos, en efecto, á pesar de nuestra debilidad, llegar á la omnipotencia, y ser capaces de dominarlo todo. Háse dicho, que querer es poder; palabras, en parte, hermosas y verdaderas, pues es verdad, que la confianza duplica y aún centuplica las fuerzas morales del hombre. Sin embargo, no son del todo verdaderas, porque, en el órden material, nuestras fuerzas reales no responden siempre á nuestro valor; pero, en el órden de la salvacion, en la práctica de las virtudes, esas palabras son enteramente verdaderas: en todas partes, siempre, y en todo, se puede lo que se quiere. ¿Y por qué, hermanos mios? Porque en la práctica de las virtudes no contamos con nuestras propias fuerzas, sino con las mismas fuerzas de Dios. No hay que decir: «¿Cómo podré?» A vosotros no os toca buscar esa posibilidad, sino que debeis decir: Yo quiero; y Dios se encarga de lo demás; la voluntad depende de vosotros, y la posibilibad de Dios. Decid con firmeza: Yo sé que nada soy por mí mismo, pero lo puedo todo con la omnipotencia de Dios, y no me faltará su ayuda.

¿Os acordais de las santas mujeres del Evangelio, cuando fueron á visitar el sepulcro del Señor? Ellas decian por el camino: ¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del sepulcro? Las santas mujeres iban andando, y cuando llegaron al sepulcro, la piedra estaba levantada. Así, pues, carísimos hermanos, en el órden de la salvacion se puede cuanto se quiere, y, delante de Dios, se gana y se merece tanto como se quiere. Dios no mira las obras exteriores, sino solo el corazon; de modo, que una obra, al parecer comun, si se hace con la energía de la buena voluntad, adquiere un gran mérito á los ojos de Dios. Una accion mínima, hecha con una gran voluntad de agradar á Dios, es de alto precio para el Señor. Así es, que cuando se dice: «Dios mio, yo bien quisiera amarte tanto como lo mereces por tu amabilidad;» cuando se dice: «Dios mio, yo quisiera servirte por toda una eternidad;» cuando decimos eso, adquirimos un mérito infinito; porque Dios considera siempre como hecho el intento enérgico y formal. ¿No fué así, y aquí se me ofrece el más ilustre ejemplo; no fué así como la santa Vírgen María acrecentó infinitamente sus méritos? Casi todas las acciones de su vida eran, al parecer, muy comunes; eran cuidados domésticos, virtudes de familia. Y porque hacia esas cosas con un corazon fervoroso, digno del corazon de su Hijo, María mereció por todos esos actos, tan insignificantes en apariencia; y tuvo más mérito, que todos los héroes de la Iglesia, que todos los mártires y todos los ángeles á la vez.

Y aún añado, hermanos mios, que la buena voluntad, que ahora os encomiendo, no solo os dará el poder, la posibilidad de hacer cuanto querais, sí que tambien aumentará en vosotros cada vez más la facilidad de hacer bien. Sentado eso, hemos de aceptar á Dios ó el pecado: Dios es el bien absoluto, y el pecado el mal absoluto. Lo demás es relativo: así es, que nuestras dificultades son siempre relativas. Lo que es, por ejemplo, un peso enorme para un niño, es un juguete para un hombre. Nuestras dificultades solo son grandes porque nosotros somos débiles; pero somos débiles por ser pusilánimes. Fortaleced pues vuestra voluntad, y vereis desaparecer todas las dificultades. Eso podriais observarlo en dos hombres de situacion semejante, pero de voluntad diferente. Al uno, hombre sin voluntad, sin valor, sin energía, le vereis quejarse continuamente, gemir amargamente, agitarse en vano y perder el fruto de sus fatigas; al paso que al otro, hombre de valor y de buena voluntad, le vereis obrar con perseverancia y conseguir su objeto.

Y sin buscar otros ejemplos, ¿podriais decirme, por qué hay en vuestra alma variaciones tan súbitas y frecuentes, que se reproducen, una tras otra, en vuestra vida? Nada ha cambiado en torno vuestro, vuestra situacion es la misma, y hoy teneis que hacer lo mismo que ayer: solo vosotros habeis cambiado, es decir, vuestra voluntad. Por lo tanto, amados hermanos, procurad tener esa buena, animosa y enérgica voluntad. No seais de aquellos hombres que dicen: No puedo, no podría; sino de los que dicen resueltamente: Quiero. Acordaos de que cada uno tiene ya preparado su merecido: todos los hombres de buena voluntad irán al cielo: esta es la condicion de la felicidad: *Pax hominibus bonæ voluntatis*. Paz á los hombres de buena voluntad; y los hombres de mala voluntad irán al infierno.

2. Cuando he dicho, al principio, que la buena voluntad era posi-

ble, estoy en la persuasion, hermanos mios, de que muchos de vosotros han dicho para sí: En efecto, eso es evidente, é inútil es probarlo. Teneis razon; pero os ruego que observeis, que las cosas más evidentes en teoría, no lo son siempre igualmente en la práctica. Digo, pues, desde luego, que la buena voluntad, animosa y enérgica, es difícil; en seguida mostraré, cómo es posible. Sí, es difícil, y esto por dos razones: la una personal, y la otra extraña. La causa personal, y que á todos nos afecta en igual grado, es, que naturalmente desmayamos ante los obstáculos; en la práctica del bien se apodera de nosotros el desaliento. Es muy singular; nosotros amamos y admiramos todos el valor; todos pretendemos tenerlo: dudar de nuestro valor es inferirnos la más cruel injuria; y con todo, á pesar de nuestras ínfulas de valor, todos propendemos al desaliento. Eso es increible, sobre todo, despues de lo que Dios ha hecho por nosotros. Sí; en presencia de un Dios crucificado, con la perspectiva de una dicha eterna, el menor obstáculo nos abate, como la menor contrariedad basta para desanimarnos. Si yo pudiese leer en todos los corazones que palpitan en este auditorio, hallaria, de seguro, la confirmacion de mi aserto. Además, á esa disposicion natural, hay que agregar una influencia extraña, á que todos estamos sujetos: la influencia del demonio. El demonio nos lleva sin cesar al desaliento; por otra parte, el demonio es nuestro enemigo personal; se insinua en nuestro corazon, porque sabe que allí está la vida. Al corazon, pues, asesta sus golpes; procura desanimarnos; y para alcanzar su fin, comienza, continua y acaba sus tentaciones con pasmosa habilidad. Puedo decir, sin exageracion, que el desaliento acarrea las caidas; el desaliento ocasiona la perdicion. Si el hombre no desmayase en la tentacion, no sucumbiria. Si continuase diciendo al demonio: «No quiero,» le venciera; pero si se desconcierta, si flaquea, si presenta su pecho al acero y sus manos á las esposas; si dice: «Me rindo,» queda vencido. ¡Oh! si yo pudiese inspirar al pobre pecador un poco de valor! Ahora, en el momento en que estoy hablando, lo que le mantiene en el pecado es el desaliento; pero, si yo pudiese inspirarle un poco de valor, al punto le convirtiera, del mismo modo que si pudiese inspirároslo á vosotros, que sois justos y estais en gracia de Dios, pero que, con todo, careceis de la energía de la buena voluntad; si pudiera inspiraros este valor, haria de vosotros unos santos.

Así, pues, cuando poseemos la buena voluntad, debemos defenderla de todo ataque, y debemos conservarla, aumentarla. Sobre este punto voy á proponeros un principio, que debiérais tener presente en toda ocasion, porque es cierto y verdadero, y es el siguiente: nunca,

por ninguna razon, habeis de desanimaros, porque no puede asistiros razon alguna para ello, y porque teneis mil razones para reponeros y cobrar ánimo. No, no podeis tener razon alguna para desalentaros; tendreis pretextos, sí; pero, los pretextos no son razones. Razones! el mismo demonio no podrá sugeríroslas, pero no dejará de suministraros pretextos: él buscará razones aparentes en el pecado pasado. «¡Ah! ¿cómo, exclamareis; cómo, despues de tanto pecar; cómo, cuando actualmente soy tan culpable, pudiera yo llegar á mi Dios y á mi último fin?» Ciertamente, hermanos mios, miéntras vivís en el pecado, no podeis hacerlo. ¿Cómo podríais caminar ó correr, cuando llevais un peso enorme que os detiene? Sin embargo, el Apóstol nos indica un medio. Si quereis correr, desembarazaos de ese peso que os abruma; deponedlo al pié de la cruz del Salvador; echaos en brazos de un buen sacerdote, y él os ayudará, os librará de ese maldito peso, y lo arrojará al mar del olvido, de la nada. Entónces quedareis libres y aliviados, podreis andar, podreis correr por la senda que conduce á la salvacion. Tampoco ireis á buscar un pretexto en vuestras pasiones, ó, á lo ménos, no os valdreis del que el demonio podria tomar de vuestras pasiones. Vuestras pasiones...! ¡oh! no son para vosotros una imposibilidad, sino, al contrario, un medio; sí; hé aquí, verdaderamente, el carro de triunfo que debe trasportaros al cielo; por medio de las pasiones, combatiéndolas, venciéndolas y hollándolas, adquirireis derecho de ciudadanía en el reino celeste. Por consiguiente, jamás hay razones para desalentarse: y siempre que experimentais esa impresion, viene del demonio; no es posible que proceda de Dios, quien, léjos de infundirnos desaliento, nos llama y nos presta fuerzas para volver á él.

Examinemos, pues, algunos medios prácticos de adquirir buena y animosa voluntad.

Quizás me objeten algunos, que ellos carecen de fuerza de voluntad. Si tal decís, hermanos mios, voy á defenderos de vosotros mismos, porque os desconoceis. ¿Vosotros no teneis fuerza de voluntad? ¿Vosotros no teneis valor? Dispensadme; pero teneis mucho, y mostrais muchísimo, cuando se trata de defender vuestros intereses, y aún, á veces, para satisfacer un antojo. ¿Careceis de fuerte voluntad y de valor cuando os dominan vuestras pasiones? ¡Cómo! para todo tendríais ambas cosas, ménos para ir á Dios! Las tendríais para contentar vuestros caprichos, y no para salvar vuestra alma! ¡Ah! no, no digais eso, que Dios os está oyendo. Por lo demás, voy á deciros de qué manera, si quereis, podreis adquirir valor y buena voluntad. No vayais á creer, que el valor sobrenatural y cristiano lo poseamos sin

ántes adquirirlo. ¡Nó! tampoco lo poseian los santos. ¿Y qué hacian para poseerlo? Oraban. Orad, hermanos mios, y tendreis valor; orad, y tendreis buena voluntad. Así lo hicieron los apóstoles, ántes tan débiles, tan desmayados: oraron, y el espíritu de fortaleza vino sobre ellos, y les revistió de las virtudes celestes. Sí, orad, y luego podreis luchar y vencer.

Por último, podeis cobrar valor, refrescándoos, por decirlo así, en las divinas ondas de los sacramentos y de la confesion. ¿No es verdad, hermanos mios, que siempre que os prosternais al pié de la cruz, inquietos, abatidos, desalentados, os levantais más confiados y más contentos? Preparados por la confesion, vamos á sentarnos al banquete celeste, á alimentarnos del pan de los fuertes, á cobrar nuevo vigor, nuevo valor, recibiendo aquella hostia saludable, á la que la Iglesia dice con tanta razon: *Da robur, fer auxilium.* ¡Hostia sagrada! ven pues á nuestra ayuda; danos las fuerzas necesarias para sostener los combates de esta vida. Nuestros padres, ántes de correr al peligro, recibian la comunion, y volaban como héroes para vencer ó morir.

Hoy, pues, he apelado á vuestra buena voluntad, amados hermanos; he querido mostraros como es necesaria y posible, para que, no solo os convenzais de que debeis tenerla, sino de que podeis adquirirla; y desde luego querreis poseerla, y aún me complazco en creer que ya la poseeis. Conservadla, pues, y aumentadla, para que, de este modo, sigais la única senda que conduce á la morada gloriosa de la bienaventuranza eterna. Amen.

HOMBRE DE BIEN; véase: HONRADEZ.

HOMICIDIO.

Non occides.
No mataràs.
(Exod. xx, 13.)

Siendo Dios, nuestro Criador y soberano Señor, el solo principio de la vida de los hombres, ha querido reservarse á sí solo el derecho de quitársela: *Ego occidam, et ego vivire faciam; percutiam, et ego sanabo* (Deut. xxxii, 39). Bastante claro dictaba ya la razon y la naturaleza, que, nacidos los hombres para la sociedad, fuera perturbar á cada instante el órden, si cada cual de los hombres tuviera libertad de hacer morir á quien se le opusiera en sus proyectos, ó á quien no amára en su corazon. Así es, que Cain, apenas hubo dado la muerte á su hermano Abel, experimentó tan grandes remordimientos de conciencia, que se juzgó digno del más severo castigo por su mala accion: *Major est iniquitas mea quam ut veniam merear;* mi maldad es demasiado grande para que merezca perdon.

Pero, de tal modo se fué oscureciendo esta voz de la naturaleza, que ya no se hacia escuchar de corazones bárbaros y crueles: por lo que, Dios, inmediatamente despues del diluvio, volvió á representar á la vista del hombre, lo que éste no queria leer en el fondo de su corazon. Hizo, pues, é intimó á Noé y á sus hijos un mandamiento explícito, de no derramar la sangre del hombre, á quien habia criado á imágen y semejanza suya. Moisés reiteró este mismo precepto á los israelitas, de parte de Dios; y nuestro Señor Jesucristo lo ha inculcado y confirmado aún más solemnemente en su Evangelio.

Causaba tal horror este crímen en la primitiva Iglesia, que los que habian cometido homicidio voluntario, estaban obligados á pasar toda su vida en pública penitencia; y solo se les admitia á la comunion al fin de ella, instando la muerte. Aún cuando en la nueva disciplina, la Iglesia no impone penas tan dilatadas, mira, sin embargo, este crímen como el más enorme, ó uno de los más enormes que se pueden cometer.

En una palabra, todas las leyes, ora divinas, ora humanas, están concordes en castigar este delito con las más graves penas.

ántes adquirirlo. ¡Nó! tampoco lo poseian los santos. ¿Y qué hacian para poseerlo? Oraban. Orad, hermanos mios, y tendreis valor; orad, y tendreis buena voluntad. Así lo hicieron los apóstoles, ántes tan débiles, tan desmayados: oraron, y el espíritu de fortaleza vino sobre ellos, y les revistió de las virtudes celestes. Sí, orad, y luego podreis luchar y vencer.

Por último, podeis cobrar valor, refrescándoos, por decirlo así, en las divinas ondas de los sacramentos y de la confesion. ¿No es verdad, hermanos mios, que siempre que os prosternais al pié de la cruz, inquietos, abatidos, desalentados, os levantais más confiados y más contentos? Preparados por la confesion, vamos á sentarnos al banquete celeste, á alimentarnos del pan de los fuertes, á cobrar nuevo vigor, nuevo valor, recibiendo aquella hostia saludable, á la que la Iglesia dice con tanta razon: *Da robur, fer auxilium.* ¡Hostia sagrada! ven pues á nuestra ayuda; danos las fuerzas necesarias para sostener los combates de esta vida. Nuestros padres, ántes de correr al peligro, recibian la comunion, y volaban como héroes para vencer ó morir.

Hoy, pues, he apelado á vuestra buena voluntad, amados hermanos; he querido mostraros como es necesaria y posible, para que, no solo os convenzais de que debeis tenerla, sino de que podeis adquirirla; y desde luego querreis poseerla, y aún me complazco en creer que ya la poseeis. Conservadla, pues, y aumentadla, para que, de este modo, sigais la única senda que conduce á la morada gloriosa de la bienaventuranza eterna. Amen.

HOMBRE DE BIEN; véase: HONRADEZ.

HOMICIDIO.

Non occides.
No mataràs.
(Exod. xx, 13.)

Siendo Dios, nuestro Criador y soberano Señor, el solo principio de la vida de los hombres, ha querido reservarse á sí solo el derecho de quitársela: *Ego occidam, et ego vivire faciam; percutiam, et ego sanabo* (Deut. xxxii, 39). Bastante claro dictaba ya la razon y la naturaleza, que, nacidos los hombres para la sociedad, fuera perturbar á cada instante el órden, si cada cual de los hombres tuviera libertad de hacer morir á quien se le opusiera en sus proyectos, ó á quien no amára en su corazon. Así es, que Cain, apenas hubo dado la muerte á su hermano Abel, experimentó tan grandes remordimientos de conciencia, que se juzgó digno del más severo castigo por su mala accion: *Major est iniquitas mea quam ut veniam merear;* mi maldad es demasiado grande para que merezca perdon.

Pero, de tal modo se fué oscureciendo esta voz de la naturaleza, que ya no se hacia escuchar de corazones bárbaros y crueles: por lo que, Dios, inmediatamente despues del diluvio, volvió á representar á la vista del hombre, lo que éste no queria leer en el fondo de su corazon. Hizo, pues, é intimó á Noé y á sus hijos un mandamiento explícito, de no derramar la sangre del hombre, á quien habia criado á imágen y semejanza suya. Moisés reiteró este mismo precepto á los israelitas, de parte de Dios; y nuestro Señor Jesucristo lo ha inculcado y confirmado aún más solemnemente en su Evangelio.

Causaba tal horror este crímen en la primitiva Iglesia, que los que habian cometido homicidio voluntario, estaban obligados á pasar toda su vida en pública penitencia; y solo se les admitia á la comunion al fin de ella, instando la muerte. Aún cuando en la nueva disciplina, la Iglesia no impone penas tan dilatadas, mira, sin embargo, este crímen como el más enorme, ó uno de los más enormes que se pueden cometer.

En una palabra, todas las leyes, ora divinas, ora humanas, están concordes en castigar este delito con las más graves penas.

Dios habia declarado á Noé, que el que derramára la sangre del hombre, seria castigado con la efusion de la suya. En la ley escrita se impone la misma pena; y Jesucristo, que era la suavidad y mansedumbre por excelencia, aprobó esta ley cuando dijo: *Omnes qui acceperint gladium, gladio peribunt*. Nuestras leyes civiles, conformes en un todo á estas divinas prescripciones, imponen pena de muerte á los homicidas; y las leyes romanas, que deseaban se otorgáran gracias de perdon á los criminales por Pascua, exceptuaban á los homicidas. Por este resúmen, podeis venir en conocimiento, amados hermanos mios, de cuán grave es este pecado de homicidio, y considerad á cuánto se extiende el quinto mandamiento del decálogo, que lo prohibe, y cuya explicacion principiaré, despues de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. El quinto precepto de la ley de Dios está concebido en estos términos: *Non occides*, no matarás: palabras breves, extremamente lacónicas; pero que encierran muchas cosas; porque no solamente prohiben el homicidio, sino todo cuanto puede perjudicar al hombre en su alma y en su cuerpo. Jesucristo, nuestro Señor, soberano intérprete de las voluntades de su Padre, y como él y con él supremo legislador de hombres y ángeles, nos ha declarado formalmente, toda la extension que se ha de dar á estas palabras: *no matarás*, del decálogo. «Habreis oido decir, que se habia prohibido á los antiguos el matar, y que merece ser condenado por la justicia el que á otro diere la muerte; pero, yo os digo, que el que se encoleriza contra su prójimo, merece tambien ser condenado por el tribunal: el que profiriere contra sus prójimos palabras de indignacion (como indicio de la que tiene en su corazon), merece ser condenado por el consejo (esto es, que peca bastante para que el juez delibere qué género de castigo merece); pero el que insultare á su prójimo con palabras injuriosas (que no solo manifiesten su cólera interior, sino que le infamen), merece ser condenado al fuego.»

El quinto mandamiento, pues, no solo prohibe todo homicidio injusto, sino hasta todo tratamiento injurioso á la persona del prójimo: como hacerle daño en su cuerpo, darle golpes sin razon, encolerizarse injustamente contra él, desearle algun mal, alegrarse del que le aconteciere. Puede decirse, que no hay mandamiento que á tanto se extienda; pues, que no solo tiene un interés individual, sino, sobre todo, un interés social; porque, ¿qué fuera de la sociedad, si el autor de ella no hiciera responsables á sus miembros recíprocamente de la muerte ó vejacion de sus semejantes? No solamente se quebranta

este mandamiento con el homicidio, sino con todo lo que puede predisponer á él, todo lo que sea atentar á su vida corporal, á su vida social, á su vida moral y á su vida espiritual: todo lo que ataca su salud, su honra, su reputacion, su aprecio en la sociedad. Por consiguiente, están prohibidas por este mandamiento las venganzas, rencillas y disputas, deseos de muerte, injurias, calumnias y afrentas; enemistades, groserías maliciosas, escándalos, ódios y maldiciones; murmuraciones, publicacion de secretos, envidias, y, en una palabra, todo deseo de perjudicar al prójimo, aún cuando no se manifestare con acciones ó palabras. Y en efecto, si no se pensára mal, y si no se cobijára ningun mal pensamiento contra el prójimo en el corazon, de cierto, no pararia en acciones ni palabras dañosas al prójimo.

Aún más. El quinto mandamiento, no solo es un precepto *negativo*, sino un precepto afirmativo: por consiguiente, nos manda practicar muchas virtudes, que son necesarias para la conservacion de la vida, de la honra, del bien del prójimo; en una palabra, para la realizacion de la caridad, que sola puede hacer perfecta una sociedad. Por ejemplo, si no damos en ciertas circunstancias limosna á un pobre, que se muere de hambre; ó no curamos la llaga de uno que se está desangrando, ó que amenaza gangrena, lo matamos indirectamente, si lo pudiéramos evitar: como dice un santo Padre: *Non pavisti? ergo occidisti*. ¿No dísteis pan á un hambriento? ¿no curásteis, pudiendo, la llaga que puede matar á uno? Luego le mataste tú con tu dureza. Ya veis, amados hermanos mios, á cuánto nos obliga este mandamiento.

2. Sentemos ahora algunos principios, que condenan el homicidio. Primer principio. *Dios solo es el soberano Señor y dueño absoluto de la vida de los hombres*. Siguese de este principio, que no es permitido nunca hacer morir á un hombre sino por órden expresa de Dios; y esta órden se nos manifiesta en tres casos particulares. Primero, cuando el magistrado público, encargado de mantener el órden, y de castigar los delitos, manda dar la muerte á un reo por sentencia judicial. El segundo, cuando por mandato del soberano hay que combatir los enemigos del Estado. Tercero, cuando Dios manda claramente hacerlo, como cuando mandó á Abrahan sacrificase á su hijo Isaac, y en algun otro caso, muy raro, contenido en la antigua ley. En estas circunstancias, es necesario que conste clara y evidentemente la voluntad del Señor: y estos fanáticos, que en todos tiempos han tomado sus ilusiones por órdenes de Dios, son, ó locos, ú homicidas. Es, pues, evidente, que ningun hombre puede, en ningun caso, matar á otro por su propia autoridad.

Segundo principio. *La tierra es mia,* dice el Señor (PSALM. XXIII, 1), y todo cuanto ella contiene. Son, pues, suyos, no nuestros, los bienes que en la tierra poseemos. Dios es dueño de disponer de ellos como le plazca mejor, de dejárnoslos, ó de quitárnoslos, cuando y como quisiere: y no podemos nosotros, sin ser reos, emplear medios ilícitos por conservarlos. Por consiguiente, no es permitido matar á un ladron, por ejemplo, por impedirle que nos los robe. Esto es lo que manda Dios. Y en efecto, los bienes de aquí bajo son tan poca cosa, en comparacion de la vida de un hombre, que solo un exceso de impiedad puede afirmar lo contrario. La Sagrada Escritura lo ha decidido expresamente. Mejor es perder sus bienes que á su hermano: *Perde pecuniam propter fratrem* (EXOD. XXII, 3. ECCL. XXIX, 1). ¿Cómo pudiéramos, pues, cumplir nosotros, cristianos, el precepto de nuestro Señor Jesucristo, de amar á nuestros enemigos, de hacer bien al que mal nos hiciere, de hacer bien á los que nos persiguen, de no volver mal por mal, si nos creyéramos con derecho de matar, al que intentare quitarnos parte de nuestros bienes? ¿Os persigue vuestro enemigo? rogad por él, nos dice S. Agustin (LIB. I DE LIB. ARB., CAP. I). ¿Os roba lo que es vuestro? desead que se convierta; pero, guardaos de matarle en defensa de cosas que debeis tener en poco, por temor de que no podais justificaros ante Dios de un crímen tan grave.

Tercer principio. Es permitida la justa defensa cuando ponen en peligro nuestra vida los ataques de un injusto agresor, con tal, que no llevemos intencion de matarle, sino de defendernos. Desde luego, es evidente, que el que prefiere perder su vida, ántes que conservarla, matando á otro hombre, hace una accion heróica de caridad, uno de cuyos caracteres, segun nos enseña S. Juan (I EP., CAP. III, 16), es de estar pronto á dar su vida por la salvacion de sus hermanos, como Jesucristo dió la suya por salvarnos á nosotros. Y no anden buscando los hombres como alucinarse acerca de esta verdad, dejándose poseer del pensamiento, que les sugiere más bien el inmoderado amor de la vida presente, que por temor efectivo de los males de la otra. Si cuando me veo atacado, dicen, tengo la desgracia de estar en pecado mortal, ¿no es acaso contrario al derecho natural, dejarme matar y perder mi alma, por salvar la de mi prójimo? Este raciocinio, que se oye alegar todos los dias, demuestra, que los que lo hacen, no tienen la menor idea de la caridad cristiana, ni de los admirables efectos que produce. Sin embargo, hombres, que se precian de cristianos, no debieran ignorar, que un hombre, por más pecador que se le suponga, ó lo sea, en efecto, alcanza su perfecta reconciliacion con

Dios por un acto perfecto de caridad: *La caridad,* dice S. Pedro (I EP., CAP. IV, 8), *borra la muchedumbre de pecados.* Ahora bien; ¿qué caridad puede haber más perfecta y más semejante á la de nuestro Señor Jesucristo, que sacrificar su propia vida por salvar, en en cuanto está de su parte, el alma de su prójimo? Por consiguiente, muy léjos de aventurar su salvacion eterna, dejándose matar, se la asegura, al contrario, del modo ménos dudoso y más firme, pues que tiene la ocasion y dicha de morir mártir de la caridad fraterna.

Concluyamos, pues, amados hermanos mios, que lo más seguro para la salvacion de nuestra alma es, seguir y atenerse á la letra del precepto que prohibe matar, y que se ha de preferir dar su vida, si para nuestra defensa no pudiera hacerse de otro modo, ántes que perder á un tiempo la vida del cuerpo y del alma de nuestro prójimo. Lo que acabamos de decir no excluye una defensa moderada. Se pueden y se deben evitar todos los golpes del injusto agresor, hacer todo lo posible para desviarlos, impedirle nos hiera, quitarle las armas, reducirle, en fin, al estado de no podernos hacer mal, aún cuando sea hiriéndole. Poner, en fin, en práctica todo lo imaginable para dejar en salvo nuestra vida, sin matar al agresor. Se nos dirá, tal vez, que pues las leyes civiles de los países cristianos no castigan al que, por defender su propia vida, da la muerte á un injusto agresor, no debe de haber pecado en tal accion. Es verdad, que las leyes civiles, atentas principalmente á la integridad del órden público de la sociedad, no miran sino lo que lo puede perturbar ó afianzar: dejan á la religion el foro de la conciencia para no cuidar de ella, sino del foro externo, del cuerpo social. Y no hay duda, que nada sirve tanto para contener á los malhechores como el temor de la muerte. Pero, en el foro de la conciencia, ¿puede ser permitido juzgar de la moralidad de un acto prohibido por la ley de Dios, segun la disposicion social de un sumo imperante civil? La ley de Dios es ley de pureza, ley de santidad, ley de caridad; condena todo mal, sin excepcion de circunstancias, y no deja impune mal ninguno, por más escondido que sea, por más impune que lo deje la ley civil.

Cuarto principio. La vida del hombre pertenece á Dios; no es nuestra propiedad, ni ménos propiedad del prójimo. De este principio se deduce, que en caso ninguno nos es lícito quitarnos la vida, ni desearnos la muerte: y, en efecto, la ley misma de la caridad, que manda, ante todo, amarse á sí mismo, despues de Dios, si nos prohibe matar á otro, con mayoría de razon ha de prohibir matarse á sí mismo. Santo Tomás alega tres razones muy sólidas contra el suicidio. 1.ª Que se viola en el primer grado la caridad que nos debemos á nosotros mis-

mos, quitándonos la vida, deseándonos la muerte; 2.ª que, siendo un particular miembro de la república, no puede, sin consentimiento de ésta, privarla de un miembro, privarla de un ciudadano; 3.ª que, siendo la vida un don de Dios, cada uno está obligado á conservarla con agradecimiento; y no puede privarse de ella sin dar muestras de una ingratitud monstruosa, y sin hacer grave injuria á Aquel, de quien ha recibido tan precioso don. Y en efecto, la Iglesia y el Estado tienen tanto horror á este crímen, que lo castigan aún en los mismos cadáveres. La Iglesia les rehusa sepultura eclesiástica, y no entiende rogar por aquellos que voluntariamente se suicidan.

De este mismo cuarto principio se sigue tambien, que no es permitido el desafío; pero de éste ya hemos hablado en otro lugar. Por fin, del mismo principio se deduce, que son reos de homicidio y pecan gravísimamente, los que matan el feto humano ántes de su nacimiento. El aborto, ha sido considerado siempre, como uno de los mayores y más inexplicables delitos que se puedan cometer á la faz de Dios y de la sociedad. En este mundo, mandan de concierto la razon natural y las leyes divinas con la religion, que, ni aún cuando se presumiera peligro de muerte en la madre, al tiempo de dar á luz á la criatura que lleva en su seno, fuera motivo para cooperar al aborto, sea con remedios mortíferos, sea violentamente. Una madre está obligada, á preferir la vida espiritual del fruto de sus entrañas á su propia vida corporal. Y son reas de homicidio esas madres imprudentes y vanas, que, cuando se hallan en cinta, se entregan á ejercicios violentos, sea, haciendo esfuerzos excesivos de trabajo; sea, danzando y haciendo alarde de agilidad; sea, ajustándose sobradamente sus cuerpos. Son responsables ante Dios y los hombres de todas sus imprudencias, y responderán con sus propias almas de la pérdida de las de sus fetos.

Dijimos al principio de nuestro discurso, que no solo prohibia el Señor, por este mandamiento, el no matar, sino aún el deseo de matar. Y así peca mortalmente, cuando se desea uno á sí propio ó á otro la muerte, sea por desesperacion, sea por odio ó por cualquier otro motivo malo. Es cierto, que desèar la muerte para no pecar, para no verse más expuésto á los ataques y tentaciones del demonio, del mundo y de la carne; ó por ver á Dios, ó por vivir en el cielo con Cristo, es un deseo santo; deseo que tienen todas las almas santas: David, S. Pablo, Sta. Teresa y otros grandes santos, tuvieron vivísimos deseos de morir, pero con santo objeto. Mas, desear la muerte por cólera, desesperacion ó impaciencia; por librarse de la pobreza, de la miseria ó de los dolores de una enfermedad; ó por penalidad del

corazon, por pruebas que se experimentan, ó por otros motivos semejantes, es un pecado, cuya gravedad es tanto mayor, cuanto que con más blasfemias ó imprecaciones se desea morir.

Amados hermanos mios, ya veis á cuanto se extiende el quinto mandamiento de la ley de Dios. Nuestro Señor Jesucristo nos prohibe todo cuanto puede perjudicar á la ley de la caridad, de que este nuestro divino Maestro nos ha hecho un precepto particular, y al cual recompensa con la más venturosas promesas para toda la eternidad, que os deseo. Amen.

HONOR.

Omnia opera sua faciunt, ut videantur ab hominibus.

Todas sus obras las hacen con el fin de ser vistos de los hombres.

(MATTH. XXIII, 5.)

Admiracion me ha causado muchas veces la particularidad, de que los hombres, que tienen en tanta estima sus propios juicios, se hagan tan dependientes de la opinion de los demás, y se dejen llevar de ella con tanta frecuencia contra su propio parecer. La tiranía del honor nos proporciona é impone esta servidumbre. El honor nos hace esclavos de los mismos por quienes deseamos ser honrados. Por esto nos vemos muchas veces en la precision de admitir sus opiniones; con lo cual se explica, que algunos grandes hombres, movidos de ese falso honor, y del deseo de evitar una censura, que no merecian, echaron á perder, por seguir el parecer de otro, negocios que habrian llevado á feliz término, si hubieran seguido su propio juicio. Ahora bien; si es peligroso dejarse llevar demasiado de las consideraciones del honor, aún en los negocios del mundo, ¿qué obstáculos no suscitará este mismo honor en el negocio de la salvacion? ¿y cuán necesario habrá de ser en este punto el acierto, en las medidas que se tomen? Por esto, al recordar el capítulo del Evangelio, en que Jesu-

mos, quitándonos la vida, deseándonos la muerte; 2.ª que, siendo un particular miembro de la república, no puede, sin consentimiento de ésta, privarla de un miembro, privarla de un ciudadano; 3.ª que, siendo la vida un don de Dios, cada uno está obligado á conservarla con agradecimiento; y no puede privarse de ella sin dar muestras de una ingratitud monstruosa, y sin hacer grave injuria á Aquel, de quien ha recibido tan precioso don. Y en efecto, la Iglesia y el Estado tienen tanto horror á este crímen, que lo castigan aún en los mismos cadáveres. La Iglesia les rehusa sepultura eclesiástica, y no entiende rogar por aquellos que voluntariamente se suicidan.

De este mismo cuarto principio se sigue tambien, que no es permitido el desafío; pero de éste ya hemos hablado en otro lugar. Por fin, del mismo principio se deduce, que son reos de homicidio y pecan gravísimamente, los que matan el feto humano ántes de su nacimiento. El aborto, ha sido considerado siempre, como uno de los mayores y más inexplicables delitos que se puedan cometer á la faz de Dios y de la sociedad. En este mundo, mandan de concierto la razon natural y las leyes divinas con la religion, que, ni aún cuando se presumiera peligro de muerte en la madre, al tiempo de dar á luz á la criatura que lleva en su seno, fuera motivo para cooperar al aborto, sea con remedios mortíferos, sea violentamente. Una madre está obligada, á preferir la vida espiritual del fruto de sus entrañas á su propia vida corporal. Y son reas de homicidio esas madres imprudentes y vanas, que, cuando se hallan en cinta, se entregan á ejercicios violentos, sea, haciendo esfuerzos excesivos de trabajo; sea, danzando y haciendo alarde de agilidad; sea, ajustándose sobradamente sus cuerpos. Son responsables ante Dios y los hombres de todas sus imprudencias, y responderán con sus propias almas de la pérdida de las de sus fetos.

Dijimos al principio de nuestro discurso, que no solo prohibia el Señor, por este mandamiento, el no matar, sino aún el deseo de matar. Y así peca mortalmente, cuando se desea uno á sí propio ó á otro la muerte, sea por desesperacion, sea por odio ó por cualquier otro motivo malo. Es cierto, que desèar la muerte para no pecar, para no verse más expuésto á los ataques y tentaciones del demonio, del mundo y de la carne; ó por ver á Dios, ó por vivir en el cielo con Cristo, es un deseo santo; deseo que tienen todas las almas santas: David, S. Pablo, Sta. Teresa y otros grandes santos, tuvieron vivísimos deseos de morir, pero con santo objeto. Mas, desear la muerte por cólera, desesperacion ó impaciencia; por librarse de la pobreza, de la miseria ó de los dolores de una enfermedad; ó por penalidad del

corazon, por pruebas que se experimentan, ó por otros motivos semejantes, es un pecado, cuya gravedad es tanto mayor, cuanto que con más blasfemias ó imprecaciones se desea morir.

Amados hermanos mios, ya veis á cuanto se extiende el quinto mandamiento de la ley de Dios. Nuestro Señor Jesucristo nos prohibe todo cuanto puede perjudicar á la ley de la caridad, de que este nuestro divino Maestro nos ha hecho un precepto particular, y al cual recompensa con la más venturosas promesas para toda la eternidad, que os deseo. Amen.

HONOR.

Omnia opera sua faciunt, ut videantur ab hominibus.

Todas sus obras las hacen con el fin de ser vistos de los hombres.

(MATTH. XXIII, 5.)

Admiracion me ha causado muchas veces la particularidad, de que los hombres, que tienen en tanta estima sus propios juicios, se hagan tan dependientes de la opinion de los demás, y se dejen llevar de ella con tanta frecuencia contra su propio parecer. La tiranía del honor nos proporciona é impone esta servidumbre. El honor nos hace esclavos de los mismos por quienes deseamos ser honrados. Por esto nos vemos muchas veces en la precision de admitir sus opiniones; con lo cual se explica, que algunos grandes hombres, movidos de ese falso honor, y del deseo de evitar una censura, que no merecian, echaron á perder, por seguir el parecer de otro, negocios que habrian llevado á feliz término, si hubieran seguido su propio juicio. Ahora bien; si es peligroso dejarse llevar demasiado de las consideraciones del honor, aún en los negocios del mundo, ¿qué obstáculos no suscitará este mismo honor en el negocio de la salvacion? ¿y cuán necesario habrá de ser en este punto el acierto, en las medidas que se tomen? Por esto, al recordar el capítulo del Evangelio, en que Jesu-

cristo nos describe á los fariseos como miserables esclavos del honor del mundo, me he propuesto combatir hoy este defecto.

Nosotros consideramos interesado el honor en muchas obras vanas, en muchas malas, y, al propio tiempo, en muchas buenas. Hacemos consistir el honor en cosas vanas, en la pompa, en el vestido, en la apariencia exterior. Le hacemos consistir en cosas malas, honrando no pocos vicios; aplaudiendo cierto falso valor, cierta supuesta liberalidad, que suele admirar el mundo. Finalmente, ciframos tambien el honor en cosas buenas; pero incurrimos en el defecto de atribuirnos el honor de una buena accion, en vez de atribuirlo enteramente á Dios, que es el autor de todo bien. Para hacer del honor un uso legítimo, debemos buscar en las cosas que estimamos: primero, su precio y su valor; y por este medio se desacreditarán las cosas malas: segundo, su conformidad con la razon; y así los vicios perderán su crédito: tercero, el órden necesario; y de este modo honraremos tanto los bienes verdaderos, que atribuiremos su gloria enteramente á Dios, que es su primer principio. Ved en estos tres puntes la division de este discurso, con que voy á ocupar vuestra atencion. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La naturaleza, al comunicarnos cierto desarrollo, nos infunde la esperanza de conseguir, al fin, la perfeccion, y parece que se complace en mejorar la obra que ha principiado, con el único objeto de darle á su debido tiempo la última perfeccion: sin embargo, nunca llegamos en este punto á nuestro perfeccionamiento. Siempre hay en nosotros algo, que la edad no puede sazonar; y ved aquí, porque las debilidades y los sentimientos de la infancia los conservamos por largo tiempo, durante nuestra vida, si bien procuramos corregirlos. Ahora bien, entre todos estos vicios pueriles, nadie ignora, que el más pueril de todos es el honor, que ciframos en las cosas vanas, y la facilidad con que nos dejamos seducir por ellas. De aquí proviene el grave error de los hombres, que prefieren distinguirse por la magnificencia exterior, que por la rectitud de su conducta; por los adornos de la vanidad, que por la belleza de las costumbres. Así sucede, que el hombre, al propio tiempo de rebajarse por sus vicios á inferior categoría que un esclavo, cree, que sostiene bien su rango y conserva su dignidad con exteriores grandezas; y al propio tiempo que se descuida á sí mismo, hasta el punto de no buscar el adorno de la virtud, piensa que está bastante adornado, cuando reune, por decirlo así, á su alrededor, lo más exquisito y raro de la naturaleza. S. Juan Crisóstomo nos explica este error en los siguientes términos: «Yo no puedo comprender, dice, la causa de esa singular ceguera de los hombres, que creen hacerse ilustres por medio del brillo exterior que los rodea, como no sea, que, habiendo perdido su verdadero bien, quieran reunir todo lo que puedan en torno suyo, y van mendigando por todas partes la gloria, que no encuentran ya en su conciencia (Hom. IV, in Matth.)»

Estas palabras de S. Juan Crisóstomo me sugieren una consideracion más profunda, y me obligan á remontarme, en este punto, á un principio superior. Todos los hombres han nacido para la grandeza, puesto que todos han nacido para poseer á Dios. Y como Dios es grande, porque no necesita más que de sí propio, por la misma razon lo es tambien el hombre, cuando es bastante recto para no necesitar más que de Dios. Hé aquí la verdadera grandeza de la naturaleza racional, cuando, sin necesitar de objetos exteriores, que poseia noblemente, sin estar de modo alguno poseida por ellos, cifraba su felicidad únicamente en la inocencia de sus deseos, y se reconocia, á un mismo tiempo, grande y dichosa, uniéndose á Dios, por medio de un amor santo. Con efecto, esta sola union la hacia moderada, justa, sábia, virtuosa, y, por consiguiente, la dejaba libre, tranquila, segura. La paz de la conciencia infundia, hasta en los sentidos, una alegría divina. El hombre tenia en sí toda su grandeza, y todos los bienes exteriores de que gozaba se le concedian con liberalidad, no como un fundamento de su dicha, sino como una muestra de su abundancia. Tal era el primer estado de la criatura racional.

Pero así como el hombre, con la posesion de Dios lo poseia todo absolutamente, así, perdiéndole por su pecado, deja de poseerle. Queda reducido á su propio sér; esto es, á su primitiva nada: ya nada posee, puesto que, dependiendo de los bienes, que se figura poseer, es más bien esclavo que soberano y propietario de ellos. Sin embargo, á pesar de la pobreza y del envilecimiento á que el pecado nos reduce, habiéndose dedicado el corazon del hombre á poseer un bien inmenso, por más que se haya roto el lazo que le sujetaba, le queda todavía en sí mismo cierta impresion, que le obliga á buscar continuamente todo lo que se aproxima á lo infinito. El hombre pobre é indigente, en su interior, procura ensalzarse y enriquecerse como puede; y no siéndole posible aumentar su estatura ni acrecentar su grandeza natural, se aplica lo que encuentra en su exterior. Cree hacer suyo, si es lícito hablar así, todo lo que atesora, todo lo que adquiere, todo lo que gana. Se figura, que se engrandece al procurarse un mayor lujo en sus habitaciones, y al aumentar sus dominios. Por esto trabaja por multiplicar sus títulos, sus posesiones,

sus vanidades: ambiciona distinciones y títulos nobiliarios; ambiciona riquezas y honores; pero, á pesar de todo, la muerte es bastante por sí sola, para quitarle en un punto todos esos honores y grandezas. Tales son los medios de que se vale el hombre para hacerse admirar, y, en efecto, se le admira, y sirve de espectáculo magnífico á otros hombres, tan vanos como él. Pero, lo que le ensalza, es lo mismo que le echa por tierra; porque no conoce, en medio de su magnificencia, que su persona es lo que ménos se mira y se admira en él.

Prescindamos, empero, de las vanidades, que se cifran en los bienes de fortuna y en los adornos exteriores; el hombre es vano por muchos otros estilos. Hay personas, que creen ser las más razonables, porque solo se envanecen de los dones de la inteligencia; tales son los sábios, los literatos, los grandes talentos. Y á la verdad, estos son dignos de que se los distinga de los demás, y usan uno de los más bellos adornos del mundo. Mas, ¿quién puede sufrirlos, cuando, desde que se conceptúan con un poco de ingenio, fastidian á todo el mundo con sus hechos y sus discursos? ¡Oh justicia de la vida! oh igualdad en las costumbres! oh regla de las pasiones, ricos y verdaderos adornos de la criatura racional! ¿cuándo hemos de aprender á estimaros? Pero, dejemos á los hombres ilustrados con sus disputas de palabras, con el comercio mútuo que hacen de alabanzas, y con sus cábalas tiránicas, para usurpar el imperio de la reputacion y de las letras; ¡ya quisiera yo, no tener otros motivos de queja! entónces no los expondria en esta cátedra. Pero, ¿debo disimular sus delicadezas y sus envidias? Sus obras les parecen sagradas: y reprender en ellas una sola palabra, es inferirles una herida mortal. En este caso, la vanidad, que parece naturalmente festiva, se vuelve cruel é inhumana. La sátira excede bien pronto sus naturales límites, y de meras palabras, pasa á libelos infamatorios, á acusaciones, que ultrajan las costumbres y á las personas. No se contenta con proporcionar á los crímenes ocasiones favorables, sino que los autoriza públicamente, y hasta procura honrarlos por medio de máximas contrarias á la pureza de las costumbres.

2. El mundo aplaude algunos vicios especiales, que llevan consigo cierta apariencia de virtud. El honor, que está destinado á seguir y servir á la misma virtud, toma de ésta sus apariencias, y las aplica al vicio que quiere acreditar en el mundo. Mas, ¿por qué se ha introducido esta mezcla? ¿por qué se da al vicio este color prestado?

Como el mal no tiene por sí consistencia alguna, no puede subsistir por sí propio; de suerte, que si no está sostenido por alguna apariencia de bien, se destruirá á sí mismo por sus propios excesos. Pero, al contrario, si tenemos algun cuidado en encubrir el vicio con alguna apariencia de virtud, podremos, sin escondernos, y casi sin disgusto, presentarnos con honra en el mundo. ¿Hay cosa más detestable que la maledicencia, que se ceba sin piedad en la reputacion del prójimo? Pues, si se da en llamarla franqueza natural y libertad de decir lo que se piensa, ó sin necesidad de tantos rodeos, si se la divulga con talento, de modo, que divierta, como es una gran virtud en el mundo el arte de divertir á los demás, no atendemos á lo envenenado de sus dardos, siempre que estén arrojados con habilidad, ni á la índole mortal de sus heridas, con tal que se nos hayan hecho con cierto ingenio.

Hasta la impudencia, esto es, la vergüenza misma, que llamamos brutalidad, cuando degenera abiertamente en disolucion, por poco que procure ataviarse con el colorido de la fidelidad, discrecion, dulzura y perseverancia; ¿no se presenta por ventura erguida, como si fuese digna de los héroes? ¿No pierde hasta su nombre la impudencia, para tomar el de galantería; y ¿no hemos visto en el mundo elegante, tratar de salvajes y de rústicos, á los que no tenian semejantes inclinaciones? Ved aquí, como las apariencias de engañosa virtud concilian el honor con el vicio: para esto no se necesita mucha habilidad, la menor apariencia basta, el más ligero barniz de una virtud falsa y fingida, es suficiente para satisfacer al mundo. A los que no entienden de pedrería, se les engaña con un pedazo de vidrio; y el mundo entiende tan poco de sólida virtud, que, muchas veces, la menor apariencia de ella le deslumbra. Por eso vemos, que ya casi no se trata de evitar los vicios; solo se procura encontrar nombres aparentes y pretextos honrosos para cohonestarlos. Pero Dios, que es el protector de la virtud, no sufrirá por largo tiempo que se honre al vicio, bajo esa apariencia engañosa. Bien pronto descubrirá toda su hediondez, y no le dejará más que su vergüenza. Despertad, pues, hermanos mios; bastante os ha hecho degenerar y os ha alucinado el mundo con su falso honor. Abrid los ojos, ved la virtud, que va á enseñaros el verdadero honor, y aprendereis, al mismo tiempo, á dársele á Dios.

3. Es natural en la virtud el temor de las alabanzas. Por esto S. Juan Crisóstomo compara la virtud cristiana á una jóven honesta y púdica, criada en la casa paterna con singular recogimiento. No se la lleva, dice este Santo, al teatro, no se la conduce á las reuniones, no escucha las conversaciones de los hombres, ni sus peligrosas li-

sonjas; ama el retiro y la soledad, y se complace en ocultarse á la sombra de Dios; le gusta el ocultarse, no por vergüenza, sino por modestia; porque, hermanos mios, no es menor el exceso de ocultar la virtud por vergüenza, que el de publicarla por ostentacion.

Ved aquí la verdadera idea de la virtud cristiana: ¿puede darse otra más prudente ni modesta? Así apareció en el mundo, formada por el ejemplo del mismo Jesucristo. Entónces la piedad era verdadera, porque aún no se habia convertido en un arte; aún no habia aprendido á acomodarse al mundo, ni á servir para las miras del infierno: sencilla é inocente como era, no miraba más que al cielo, demostrándole su fidelidad con su humildad y su paciencia. La vanagloria viene á pervertir esta buena educacion, procurando corromper el pudor de la virtud. En vez de dirigir la virtud á Dios, en cuyo honor fué creada, la induce á buscar las miradas de los hombres; y así, esta vírgen discreta y recatada, es requerida de amores deshonestos por aquel imprudente vicio. Huyamos, hermanos mios, de estos excesos, y puesto que todo bien nos viene de Dios, aprendamos á dar á Dios toda la gloria. Porque es un orgullo digno de reprobacion el despreciar lo que Dios ordena; pero, es una audacia todavía más criminal el atribuirse á sí mismo lo que Dios da. Y si por el primero de estos pecados, procuramos sustraernos al imperio de Dios, por el segundo, parece que pretendemos igualarnos á él.

Esto mismo reprende Dios á los hombres orgullosos en la persona del rey de Tiro, cuando les dirige estas palabras por boca de su profeta Ezequiel: Ved aquí lo que dice el Señor vuestro Dios: Tu corazon se ha enaltecido con exceso, y has dicho: Yo soy un Dios; y aunque no eres más que un hombre mortal, te has atribuido un corazon de Dios en tu insensata osadía (Ezech. xxviii, 2). Os será difícil tal vez comprender, que el entendimiento humano sea capaz de un extravío tan grande; pero no en vano, hermanos mios, habla el Espíritu Santo en estos términos; y es demasiado cierto, que los que se enaltecen á sí mismos, se atribuyen efectivamente el corazon de un Dios. La teología nos enseña, que así como Dios es la fuente del bien, y el centro de todas las cosas, así como él es solo sábio y omnipotente, le pertenece ocuparse de sí mismo, referirse todo á él, glorificarse en sus consejos, y confiar en su brazo victorioso y en su fuerza invencible. Cuando una criatura, pues, se admira de su virtud, se ciega en su poder, se complace en su habilidad, y, finalmente, se ocupa solo de sus propias perfecciones, obra á la manera de un Dios, y á pesar de su miseria y su indigencia, imita la plenitud del primer sér. Otro, que se imagina que puede llevar á cabo sus negocios con su talento ó con sus brazos, sin remontarse al principio de donde proviene todo buen éxito, se crea él mismo un Dios en su corazon, y dice como aquellos soberbios: Mi vigorosa mano es la que ha hecho todas estas cosas: *Manus nostra excelsa* (Deut. xxxii, 27).

Desdichada la criatura que, al calcular lo que necesita para sus empresas, no cuenta ántes con el auxilio de Dios, y no le da de antemano la gloria que pueda resultarle de ellas. Dios se rie de sus vanos proyectos, y los desbarata, porque de él está escrito, que reprueba los designios de los pueblos, que confunde, cuando quiere, las empresas de los grandes (Psalm. xxxii, 10); y que es terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres (Psalm. lxv, 4).

Temblemos, pues, ante su poder supremo, y cifremos en él, y solo en él, toda nuestra gloria. La gloria que los hombres dan, no tiene fundamento ni consistencia; y, en efecto, ¿qué puede haber más variable, cuando la gloria se une íntimamente á los sucesos y cambia con la fortuna? Busquemos una gloria más sólida que la mundana, una auréola más propia de un cristiano que la del renombre, una inmortalidad más segura que la histórica, la gloria, la auréola y la inmortalidad que nos están preparadas en el cielo, y que os deseo á todos.

DIVISION SOBRE EL MISMO ASUNTO.

HONOR.—Los hombres y las mujeres manifiestan su ceguedad en la idea que se forman del honor.

Nada manifiesta tanto la debilidad de los hombres como las disputas que tienen sobre el honor.

Nada descubre tanto la hipocresía de las mujeres como la delicadeza que manifiestan con respecto al honor.

HONOR; véase: GLORIA HUMANA.

HONRADEZ.

(ES FALSA LA QUE NO ESTÁ FUNDADA EN LA RELIGION.)

Nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere.

Nada temais á los que matan al cuerpo, y no pueden matar al alma.

(MATTH. X, 28.)

La idea de una justicia eterna é invariable, el conocimiento de un Sér infinito, que sin cesar procura hacernos buenos y felices; el temor de los castigos eternos, que su mano justiciera prepara á los culpables, y las esperanzas que la virtud tiene de una vida más feliz despues de la muerte; ved aquí lo único que puede hacer justos á los hombres. Sin estos motivos, las leyes fundamentales de la sociedad se desvanecen, las costumbres se corrompen, se trastornan las ideas del buen órden, la honradez es una mera ilusion, y las virtudes más brillantes son exclusivamente sutilezas del amor propio.

Estas verdades, grabadas en todos los corazones, se conservaron siempre, aunque adulteradas con supersticiones extravagantes; y los más sábios legisladores miraron siempre el temor de los dioses como un freno necesario á las pasiones. La religion cristiana, dándonos nociones más puras del Sér supremo, explica con toda claridad estas verdades. Sus máximas condenan la honradez que trae orígen de la soberbia y depende de las circunstancias, de las ocasiones y de los juicios de los hombres: nos hace concebir esperanzas más nobles y sublimes; fija nuestra inconstancia, para que practiquemos lo bueno por motivos invariables, como son el amor al buen órden, la esperanza de los premios ofrecidos á la virtud, y, finalmente, el temor de un juez inexorable, que sondea hasta los secretos más escondidos de la conciencia: *Nolite timere eos*, etc.

Sin embargo, en medio de los triunfos de una religion, que da tan bellos preceptos, y propone motivos tan eficaces para excitar á la virtud, el incrédulo se esfuerza por levantar, sobre las ruinas de la piedad cristiana, un edificio fantástico de honradez, que opone con osadía

á los justos del Evangelio. Todos los escritos que salen de la mano del incrédulo, no respiran sino humanidad, y están llenos de las más vivas exhortaciones al amor del prójimo. Tambien se vanagloria, de que la verdadera estimacion y honradez solo se encuentra en sus partidarios. Pues bien; demostrémosle, que los principios de la incredulidad son incompatibles con la verdadera honradez, porque desconciertan todas las obligaciones del hombre con respecto á Dios, y con respecto á la sociedad. Ved aquí lo que voy á probar, si me asiste la gracia. A. M.

1. La honradez consiste en una conducta arreglada por el conocimiento y amor á la virtud: una eleccion libre de los motivos que se contienen en el órden primitivo establecido por el Criador; y una firme adhesion á la economía perfecta, de la cual resulta la armonía pública y la felicidad de todos los hombres. Por esta razon, se propone á sí misma varias obligaciones que cumplir; una ley universal, eterna é inmutable, que prescribe determinados preceptos; el conocimiento de esta ley, y una libre conformidad con la razon suprema, que es el orígen primitivo de toda justicia. Si el hombre vive en el mundo sin destino, sin obligaciones, sin libertad, y sin una regla invariable que le enseñe á distinguir el bien del mal, entónces es preciso decir, que ese derecho natural, que nuestros filósofos, con sus alardes de sábios, nos citan á cada paso, no es sino una mera preocupacion; y la honradez, que afectan, es puramente una quimera, que solo tiene realidad en su imaginacion.

Tal es, amados oyentes, la terrible perspectiva que ofrecen á nuestra vista los incrédulos. Siguiendo sus máximas, el universo es un puro cáos; todas las ideas del vicio y de la virtud se confunden; el bien y el mal son arbitrarios; los delitos más atroces no son sino distracciones de la naturaleza y efectos necesarios de la accion de los cuerpos; en una palabra, todas las obligaciones del hombre hácia Dios, desaparecen; y esta es la primera consecuencia del sistema de los incrédulos, la cual os manifestará, que sus principios son incompatibles con la honradez verdadera.

La piedad es la primera obligacion del hombre hácia Dios, y consiste en el amor, respeto y gratitud, que excita en nosotros la vista de sus perfecciones infinitas, consideradas bajo diversos aspectos. Por su bondad le debemos amor, por su majestad respeto, por sus beneficios gratitud. La piedad, pues, supone la existencia de un Sér inteligente, que ha criado de la nada todas las criaturas, que arregla la disposicion del universo, y prepara todas las cosas con sabiduría

infinita; y una divinidad sábia, justa y santa, regla suprema del órden y del desórden intelectuales; que ama tan de veras las virtudes, como que representan sus perfecciones en las criaturas formadas á su semejanza; y que detesta en ella los vicios que desfiguran su imágen. Supone, igualmente, una providencia amorosa y benéfica, que procura de contínuo hacernos buenos y felices. Estas bellas y luminosas ideas hacen surgir en el corazon del hombre la confianza, el amor y una veneracion proporcionada á los grados de excelencia que le hacen concebir en el Sér supremo: una adoracion noble y libre, digna de la majestad suprema, y muy ajena á un culto supersticioso, precario y servil, que, apoderándose del ánimo, le abate: una piedad suave y sólida, que sabe honrar á Dios más con el sacrificio de las pasiones, que con las víctimas que ofrece.

Comparemos estas nociones sublimes de la Providencia, que la religion y una razon ilustrada nos comunican, con las falsas apariencias de la nécia filosofía de los incrédulos. Todos sus principios tienden á arruinar los fundamentos de la piedad; y miéntras afectan hablar del Sér supremo en los términos más elevados, y establecen en tono dogmático la máxima, de que nos guardemos de atribuirle los afectos humanos, le representan como una deidad ciega é indigna de nuestro culto. ¿En qué vendrian á parar entónces el amor y respeto debidos á la divinidad? ¿Qué sentimiento de admiracion podria excitar en nosotros la constante y regular armonía del universo, que la revolucion de los tiempos ha respetado siempre, si una necesidad fatal ó un agente ciego, presidiese á la conservacion de estas leyes? La tierra no me recordaria ya los beneficios del Criador: los ricos adornos con que se hermosea, y todos los frutos de que está cubierta, no serian dones de una Providencia, que los hace servir para nuestras necesidades; los cielos no publicarian la gloria y la sabiduría de su Criador; esas innumerables estrellas, que están pendientes sobre nuestras cabezas; el curso todavía más admirable del sol y de la luna, esa luz que, al parecer, hace salir de la nada, por una nueva creacion, los varios objetos, que la noche sepulta en la oscuridad; todas esas maravillas juntas, no serian sino efectos necesarios del movimiento y de la virtud infinita de la materia.

Todas estas consecuencias no pueden desprenderse, dicen algunos incrédulos modernos, del sistema que hemos abrazado. Nosotros no somos discípulos de Lucrecio ni de Epicuro. La sabiduría del Dios, en que creemos, es infinita, así como su omnipotencia: los cielos son obra de sus manos; su estructura magnífica, su curso siempre igual y majestuoso, publican su inteligencia; y nosotros nunca atribuiremos á la suerte la gloria de haber establecido una armonía tan constante y regular. Pero este Dios, infinitamente perfecto, ¿puede, acaso, estimar los respetos insensatos de los mortales? ¿Es, por ventura, propio de su grandeza, el ocuparse de lo que pasa entre ellos, en contar sus vicios ó sus virtudes y en estudiar sus vanos deseos? Si es dichoso en sí mismo, ¿qué necesidad tiene de nuestro culto, de nuestras alabanzas, de nuestras adoraciones?

De este modo ¡oh Dios mio! forma el incrédulo la idea de vuestra grandeza. Desconcertándole el horror del delito, busca en vuestra majestad tremenda una indulgencia, que no halla en la corrupcion de su corazon; y bajo el pretexto, de que el cuidado de velar sobre el universo es indigno del Sér supremo, os considera como una deidad indiferente y desdeñosa, que, temiendo turbar vuestro sosiego, no os mezclais en los negocios particulares del mundo, ni os dais por ofendido de la injusticia de los hombres, ni por honrado con sus respetos.

¡Qué monstruosa divinidad es esta, hermanos mios, y qué consecuencias tan horribles para la piedad se desprenden de semejantes principios! Si Dios no ama á las criaturas que ha criado, si su soberana majestad no sirve sino para despreciarlas, si recibe con indiferencia sus respetos, si mira con rostro tranquilo al impío prevalecer contra el justo, no lo reconozcamos ya por nuestro padre, nuestro apoyo, ni nuestro consolador, sino por un tirano extravagante, que hace burla de nuestras desgracias, y solo nos sacó de la nada para que sirviéramos de juguete á sus caprichos.

Extraño abuso de la razon es, á la verdad, reconocer una divinidad justa, sábia é inteligente; y creer, al mismo tiempo, que mira con indiferencia nuestros vicios y nuestras virtudes. Esto es considerar á Dios como justo é injusto. El hombre, pues, cuyo espíritu se pierde en los sofismas de la incredulidad, olvida al Sér supremo y falta á su primera obligacion. Admirando con estupidez las maravillas que le rodean, ya no descubre en la naturaleza la sabiduría é inteligencia del Criador.

No basta á la incredulidad la destruccion de los fundamentos de la religion; no le basta remover todas las obligaciones del hombre para con Dios; sino que sus principios se dirigen tambien á borrar todas las obligaciones del hombre relativas á la sociedad; nueva prueba de su incompatibilidad con la verdadera honradez.

El amor al órden público y al prójimo es el fundamento de todas las virtudes sociales; porque de él dimanan la humanidad, la afabilidad, la moderacion, la justicia y todo órden perfecto. Si quitais este fundamento, todo el edificio se viene abajo, desaparecen todas las

virtudes, se desconcierta todo el órden, y solo queda en la sociedad una disposicion desarreglada é informe, establecida por el vicio ó por las miras de un interés personal. No ignoro, que la política ha encontrado el arte de utilizar para el bien público hasta las pasiones de los hombres y sus intereses particulares. La ambicion y la temeridad producen, á veces, resultados útiles; y aunque las acciones de los héroes mundanos las envilezcan por los móviles, son dignas de nuestro agradecimiento. Pero, considerando las cosas con detenimiento, se comprende, que de esta disposicion, formada por las pasiones, no resulta sino una armonía aparente, una utilidad superficial, transitoria y dispuesta siempre á desmentirse; que esta economía deja subsistir las maldades, el dolo, la mala fé, la traicion, el espíritu de inquietud y de rebelion; en una palabra, todos los vicios, bajo la apariencia de las virtudes; y que sin el amor al órden público, que prefiere lo honesto á lo útil, que arregla los deseos y las acciones por la voluntad del Sér supremo, y obra en secreto del mismo modo que en público, todas las virtudes son falsas, y desaparecen todas las obligaciones del hombre con respecto á la sociedad.

Supuestas estas verdades ¿no es evidente, amados oyentes, que la doctrina de los incrédulos es incompatible con la verdadera honradez, puesto que destruye este amor al buen órden, fundamento de todas las virtudes sociales? Examinemos sus máximas, sus virtudes: pero ¿qué digo virtudes? ¿Qué virtudes puede haber en unos hombres, que creen serles lícito todo cuanto desean; que miran los pecados más vergonzosos como inclinaciones inocentes; que no creen deber nada sino á sí propios; y que han llegado á persuadirse, de que los vicios y las virtudes son meras ilusiones, á las cuales ha puesto la credulidad diversos nombres para darles realidad? La sociedad no será en adelante sino un teatro de horror y de confusion, sin órden, sin subordinacion y sin confianza. ¡Oh religion santa! cuán diferentes son tus preceptos y consejos de las falsas máximas de los impíos! Tú sola haces al hombre superior al imperio de la codicia, tú le excitas á amar al prójimo; y uniendo una misma caridad en el amor de Dios, el de sí mismo y el del prójimo, sofocas las antipatías, los odios y las envidias que produce el amor propio, manantial inagotable de maldades y de injusticias. ¡Qué fácilmente practica las virtudes sociales el cristiano cuando medita la ley, que le recuerda todas sus obligaciones, y le recomienda de buena fé en el comercio, la integridad en la administracion de la justicia, la fidelidad en el manejo de los caudales públicos, la firmeza con la afabilidad en el ejercicio de la autoridad, la liberalidad sin profusion en el empleo de las riquezas, el amor al bien

público, y todas las cualidades que constituyen al ciudadano! Si alguno se deja llevar de las pasiones, la ley divina ninguna parte tiene en su corazon; á la incredulidad estaba reservado el arruinar la honradez por principios, y no dejar asilo alguno á las virtudes morales despues de la pérdida de las virtudes cristianas.

2. ¿En qué vendrian á parar, con efecto, todas las virtudes sociales, si la impiedad formase todos los vínculos que nos unen con el prójimo? El amor propio, pasion tan peligrosa, no considera las demás criaturas sino como instrumentos de la propia felicidad, y empieza á aborrecerlas, luego que le sirven de obstáculo para el cumplimiento de nuestros deseos: se establece en el corazon como en el centro del universo, y quiere dirigir todos sus movimientos en utilidad suya; opone unos intereses á otros; procura apropiarse todos los beneficios del Criador; le es odiosa toda division; y de este modo, destruye todas las virtudes sociales, cuyo fin es establecer entre los hombres la confianza, la igualdad, la concordia, la humanidad, la afabilidad y la compasion. Estas virtudes son las que constituyen lo agradable del trato humano; y nacen del conocimiento íntimo que tenemos de la excelencia de nuestro sér. Nos hacen respetar en el prójimo la imágen de la divinidad, representándole, segun el órden establecido por la justicia del Criador, como sujeto á los mismos males, á las mismas necesidades, y, por consiguiente, con igual derecho á participar de los mismos remedios y de los mismos alivios; y, finalmente, comunican al alma la sensibilidad, que nos mueve á condolernos de sus penas, y difunden en ella una alegría pura cuando podemos contribuir á su felicidad. La concupiscencia, que no se reprime por el respeto á las leyes, ni por el amor al bien público, destruye la semilla de todas estas virtudes y destruye su objeto: considera á los hombres, no como hijos del mismo padre, sino como competidores, que disputan entre sí la herencia; como separados en los intereses, ajenos á los fines de nuestro propio interés ú opuestos á ellos, incapaces de excitar mas que odio y venganza; y, finalmente, como enemigos, que es preciso vencer, como rivales que es preciso remover y desprestigiar, para ocupar sin oposicion su puesto.

En vano intentarian los incrédulos, disfrazar lo odioso de sus sistemas, mostrándose apasionados por el bien público y pródigos de elogios con sus partidarios, á quienes ponderan como á los mejores ciudadanos; pues, estas vanas declamaciones jamás reavivarán en los ánimos el amor al bien público, que sus máximas tienden á extinguir; y serán inútiles sus esfuerzos para reducir á los hombres á los principios de la virtud, despues de haberles enseñado á despreciarlos.

Vos, Señor, que poneis límites á la inmensidad del mar, y domais las hinchadas olas, reprimid la licencia de esos ingenios, y detened ese torrente de impiedad, que amenaza asolar la tierra. ¡Ay de mí! Quizá estamos ya cerca de aquellos dias desastrosos en que, precisados los ojos de los escogidos á llorar las calamidades de la santa Jerusalen, verterán raudales de lágrimas. Los rápidos progresos de la incredulidad, el desprecio de las cosas santas, la indiferencia acerca de los dogmas, la preocupacion de los incrédulos contra vuestros milagros, y su conato por descubrir en las fuerzas de la naturaleza la causa de todos los prodigios; el Dios del cielo casi olvidado por los hombres, como si no fuese el Dios de los ejércitos y de los imperios; las ocupaciones del ministerio sagrado, el sacrificio de las vírgenes, las lágrimas de los penitentes despreciadas como inútiles, y, finalmente, la facilidad de los espíritus en recibir estas funestas impresiones, nos deben inspirar el temor, de que la fé desaparezca de entre nosotros. Apartad, Dios mio, este fatal presagio. Aumentad en todos los fieles el amor á la religion, haced que el impío llore sus maldades, y que todos los corazones, unidos por la fé en el gremio de vuestra santa Iglesia, aspiren á las recompensas prometidas á los que de veras os adoran. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

HONRADEZ.—A los hijos del siglo no se les honra sino por orgullo y por interés.

A los hijos de Dios se les honra porque son humildes y caritativos.

HONRADEZ.—Un cristiano debe procurar que no convierta en lecciones de vanidad las que se le dan para inculcarle la honradez.

Un cristiano debe temer que obre por cobardía cuando pretende obrar por honradez.

Un cristiano debe temer que, so pretexto de llevar una vida honrada, siga la conducta de un pagano.

PASAJES Y FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA Y AUTORIDADES DE LOS SANTOS PADRES; véase: DEVOCION, FÉ, HIPOCRESÍA.

HUMANIDAD; véase: CATOLICISMO. *(Su influencia en la sociedad humana.)*

HUMILDAD.

Ubi est humilitas, ibi et sapientia.
Donde hay humildad, habrá sabiduría.
(PROV. XI, 2.)

La humildad, hermanos mios, es una virtud del todo evangélica. Los sábios antiguos no la conocieron, ni siquiera la imaginaron; los sábios modernos la conocen y la desprecian. Y en efecto, ¿qué punto de semejanza ó que relacion puede haber, entre una filosofía fundada en el orgullo del *yo* humano, y la doctrina celeste, que anula al hombre delante de Dios? Mas, si no podemos reconciliar esta hermosa virtud con sus ciegos calumniadores, debemos, cuando ménos, vengarla de sus desdenes y de sus injustas declamaciones. Escuchad al mundo y los oráculos de su bastarda sabiduría: él os dirá, que la humildad es una debilidad indigna de un alma elevada; que con ella nada grande puede concebirse ni ejecutarse; que priva de la emulacion de la gloria, rompe los resortes de una ambicion generosa; y, en fin, solo sienta bien á las almas mezquinas, á quienes la naturaleza negó la energía de carácter y la conciencia de su dignidad natural. Lancémonos á probar que, léjos de ser una debilidad, la humildad cristiana es un principio de fuerza y una fuente de paz: por manera, que esta virtud encierra todo el secreto de la verdadera sabiduría: *Ubi est humilitas, ibi et sapientia.* Tal es el plan y division de este discurso. A. M.

1. La extremada debilidad del hombre, carísimos hermanos, es hija de su excesiva presuncion. A él le parece fuerza lo que, en el fondo, no es más que engreimiento; y hé aquí por qué pronto se ve obligado á descender de la altivez de sus pensamientos y á recaer en su nada, de la cima de sus desvanecidas esperanzas. ¿Qué le ha faltado á ese hombre ambicioso, para alcanzar la fortuna por que suspiraba, y á la que al principio se dirigia con tan rápido y seguro paso? Solamente conocerse á sí mismo, y conocer á Dios. ¿Qué le ha faltado á esotro, para sostenerse á aquella altura, siempre tan próxima á un

Vos, Señor, que poneis límites á la inmensidad del mar, y domais las hinchadas olas, reprimid la licencia de esos ingenios, y detened ese torrente de impiedad, que amenaza asolar la tierra. ¡Ay de mí! Quizá estamos ya cerca de aquellos dias desastrosos en que, precisados los ojos de los escogidos á llorar las calamidades de la santa Jerusalen, verterán raudales de lágrimas. Los rápidos progresos de la incredulidad, el desprecio de las cosas santas, la indiferencia acerca de los dogmas, la preocupacion de los incrédulos contra vuestros milagros, y su conato por descubrir en las fuerzas de la naturaleza la causa de todos los prodigios; el Dios del cielo casi olvidado por los hombres, como si no fuese el Dios de los ejércitos y de los imperios; las ocupaciones del ministerio sagrado, el sacrificio de las vírgenes, las lágrimas de los penitentes despreciadas como inútiles, y, finalmente, la facilidad de los espíritus en recibir estas funestas impresiones, nos deben inspirar el temor, de que la fé desaparezca de entre nosotros. Apartad, Dios mio, este fatal presagio. Aumentad en todos los fieles el amor á la religion, haced que el impío llore sus maldades, y que todos los corazones, unidos por la fé en el gremio de vuestra santa Iglesia, aspiren á las recompensas prometidas á los que de veras os adoran. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

HONRADEZ.—A los hijos del siglo no se les honra sino por orgullo y por interés.

A los hijos de Dios se les honra porque son humildes y caritativos.

HONRADEZ.—Un cristiano debe procurar que no convierta en lecciones de vanidad las que se le dan para inculcarle la honradez.

Un cristiano debe temer que obre por cobardía cuando pretende obrar por honradez.

Un cristiano debe temer que, so pretexto de llevar una vida honrada, siga la conducta de un pagano.

PASAJES Y FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA Y AUTORIDADES DE LOS SANTOS PADRES; véase: DEVOCION, FÉ, HIPOCRESÍA.

HUMANIDAD; véase: CATOLICISMO. *(Su influencia en la sociedad humana.)*

HUMILDAD.

Ubi est humilitas, ibi et sapientia.
Donde hay humildad, habrá sabiduría.
(PROV. XI, 2.)

La humildad, hermanos mios, es una virtud del todo evangélica. Los sábios antiguos no la conocieron, ni siquiera la imaginaron; los sábios modernos la conocen y la desprecian. Y en efecto, ¿qué punto de semejanza ó que relacion puede haber, entre una filosofía fundada en el orgullo del *yo* humano, y la doctrina celeste, que anula al hombre delante de Dios? Mas, si no podemos reconciliar esta hermosa virtud con sus ciegos calumniadores, debemos, cuando ménos, vengarla de sus desdenes y de sus injustas declamaciones. Escuchad al mundo y los oráculos de su bastarda sabiduría: él os dirá, que la humildad es una debilidad indigna de un alma elevada; que con ella nada grande puede concebirse ni ejecutarse; que priva de la emulacion de la gloria, rompe los resortes de una ambicion generosa; y, en fin, solo sienta bien á las almas mezquinas, á quienes la naturaleza negó la energía de carácter y la conciencia de su dignidad natural. Lancémonos á probar que, léjos de ser una debilidad, la humildad cristiana es un principio de fuerza y una fuente de paz: por manera, que esta virtud encierra todo el secreto de la verdadera sabiduría: *Ubi est humilitas, ibi et sapientia.* Tal es el plan y division de este discurso. A. M.

1. La extremada debilidad del hombre, carísimos hermanos, es hija de su excesiva presuncion. A él le parece fuerza lo que, en el fondo, no es más que engreimiento; y hé aquí por qué pronto se ve obligado á descender de la altivez de sus pensamientos y á recaer en su nada, de la cima de sus desvanecidas esperanzas. ¿Qué le ha faltado á ese hombre ambicioso, para alcanzar la fortuna por que suspiraba, y á la que al principio se dirigia con tan rápido y seguro paso? Solamente conocerse á sí mismo, y conocer á Dios. ¿Qué le ha faltado á esotro, para sostenerse á aquella altura, siempre tan próxima á un

derrumbadero profundo? Solamente medir sus fuerzas, y contar á Dios por algo en la balanza en que se pesan nuestros destinos. Esa es la eterna historia de todos los siglos y de los hombres todos, desde la oscura ambicion del cabeza de familia por la prosperidad de su casa, hasta los esfuerzos del filósofo para la regeneracion del humano linaje; desde la pretension del sábio, que procura dominarse y vencerse á sí mismo sin otra ayuda que su razon, hasta los proyectos del conquistador, que quiere asentar su trono sobre los restos de las naciones vencidas. ¿Y por qué, hermanos mios? Porque, lo repito, el orgullo humano nada funda, nada conserva, ni fortuna, ni dicha, ni virtud, ni gloria verdadera; ó porque, si llega á recoger el fruto de alguna empresa, no puede prestar fuerza ni duracion alguna á sus obras.

La humildad, por el contrario, siguiendo opuestas vias, supera todos los obstáculos, y alcanza indefectiblemente su objeto; pero para razonar sobre esta virtud, es necesario comprenderla bien, pues, por haberla comprendido mal, los más la han desdeñado. La humildad no es, como se quisiera hacer creer, aquella bajeza de un alma rastrera, que se envilece delante del hombre, sin consideracion alguna á la divinidad: ella no exige que el hombre desconozca los dones que recibió del cielo, y el bien de que le dotó el Criador: ella se hermana tan bien con el sentimiento de nuestra dignidad, que, léjos de rebajarlo ó extinguirlo, lo eleva, lo acrisola y lo engrandece.

¿En qué, pues, haremos consistir esta virtud, hermanos mios? En la desconfianza de sí mismo y en la confianza en Dios: tales son los dos fundamentos en que descansa la humildad, y en ellos está su fuerza todopoderosa. En efecto, si ella solo enseñase al hombre á desconfiar de sí mismo, sin ofrecerle el apoyo de un Dios, concíbese fácilmente, que presto se abatiria en la pendiente de su debilidad; si ella le animase á confiar en Dios, sin advertirle, al mismo tiempo, que desconfiase de sí mismo, dejaríase llevar de una audacia insensata; pero, sostenido por estas dos áncoras, que tocan, la una al cielo, y la otra á la nada, ha encontrado el verdadero punto de apoyo, desde el cual la humildad, como una poderosa palanca, puede remover el mundo.

Y en efecto, ¿qué obstáculo pudiera desconcertar al hombre íntimamente penetrado de la doble persuasion, de que nada puede por sí mismo, y de que con Dios todo lo puede? Las más de las veces, lo que frustra el objeto de nuestras empresas, por otra parte muy laudables, son los falsos cálculos de un orgullo desmedido, que nos infatua con la idea de nuestra superioridad, y las falaces inspiraciones de

una ciega confianza en nuestros recursos, en nuestros conocimientos y pericia; confianza, que se desvanece muy presto, y nos deja solos con nuestra impotencia, ó que se convierte hasta en desaliento, así que tropieza con dificultades que no previmos, ó de que no hicimos el menor caso al verlas de léjos: así como un filósofo, enamorado de los encantos de la virtud, se empeña en realizar en su alma la peregrina imágen de la misma; seguro de su voluntad, no duda por un momento del buen éxito de sus esfuerzos; pero, como no ha contado más que consigo mismo, su espirante presuncion le entregará pronto sin defensa á la discrecion de las pasiones, que él cree haber sofocado, y que todavía respiran en el fondo de su corazon.

Pero, cuando un filósofo cristiano, cuando, por ejemplo, un S. Pablo, en el fervor de su grande alma, se consagra al culto de la virtud, y se esfuerza para llegar á la perfeccion, no temais que se pare en su marcha perseverante, ni que retroceda ante los obstáculos. Al principiar la carrera, dice: Yo nada soy, nada puedo; pero, lo puedo todo en Aquel que me fortalece. Anda, generoso apóstol; con esa humildad, que forma tu fuerza, no hay enemigos que no puedas aterrar, ni victorias que no puedas alcanzar sobre tí, sobre el mundo y sobre el infierno; ni virtud tan sublime, de la que no puedas ser el héroe y el mártir! En seguida podrá él decirse, que ha trabajado más que los demás, y que en él no ha sido vana la gracia de Jesucristo: pero, temeroso de que el orgullo tome parte en esa declaracion de un alma franca y sincera, ved como luego se apresura á añadir, que, por lo demás, solo quiere cifrar su gloria en sus flaquezas; y que en cuanto á las grandes cosas, que acaba de enumerar, no es él quien las ha hecho, sino la gracia de su Dios.

2. De ahí viene, hermanos mios, que los doctores de la Iglesia y los maestros de la vida espiritual, aquellos hombres tan versados en la ciencia de Dios y en el conocimiento de sí mismos, han dado á la humildad el nombre de fundamento de las virtudes, porque, sin ella, no puede haber ninguna virtud sólida, constante y desinteresada. De ahí viene tambien, que aún está por hallarse un hombre casto que no haya sido humilde, y un hombre verdaderamente humilde que no haya sido, á la par, justo, sincero, mesurado, caritativo y misericordioso. Si, pues, virtud significa fuerza, ¿á dónde no llegará el poder de la humildad, que engendra, sostiene, perfecciona y contiene en sí sola todas las demás virtudes? ¡Cosa admirable! La humildad parece, á primera vista, la más débil y más abyecta de las virtudes cristianas; pero, semejante á la broza y á las viles inmundicias, cuyas sales nutritivas dan á la planta su sávia y la coronan al fin de flores y

frutos, esta misma humildad, al parecer tan despreciable, presta á las virtudes más admirables todo su esplendor, lozanía y hermosura!

La humildad, que da al hombre tanta energía en el trabajo interior de su perfeccion, no le secunda ménos eficazmente en la accion exterior, y en las empresas generosas que exigen valor y perseverancia. Mal comprendeis esta virtud, si porque ella solo nos predica abyeccion y desprecio de nosotros mismos, creeis que nos vuelve incapaces de constancia y de resolucion. El humilde se rebaja, es verdad; pero se enaltece, se realza, como el resorte comprimido, que resiste y obra con más fuerza; se rebaja en el sentimiento de su fragilidad, y se realza en el de la confianza que ha puesto en Dios. El orgullo, por el contrario, al principio emprendedor y decidido, cede fácilmente á lo que puede comprometer la dulzura y la seguridad del egoismo. Sabidas son las intenciones filantrópicas de aquellos apóstoles de la sabiduría humana, que sueñan con la dicha de la humanidad. ¿Qué han hecho? qué harán por ella? ¿Irán á ilustrar, á reformar al género humano, á sacrificar su propio reposo, á arrostrar los peligros y devorar los sinsabores inherentes á la espinosa mision de cambiar las ideas y de los hábitos de los hombres? No, sin duda; y primero que reprimirse, limitándose á disgustos y á votos estériles, dejarán marchar el mundo, que no por eso andará peor. Pero, al humilde discípulo del Evangelio, que medita grandes cosas para gloria de su Maestro y dicha de sus semejantes ¿qué le importan las contrariedades, los desprecios y las persecuciones? Bástale saber que trabaja para su Dios. Y Dios, que, celoso de su gloria, háse complacido en todo tiempo, en confundir lo que es, ó cree ser algo, con lo que no es, escóge á esos hombres humildes para sus grandes obras. La historia del pueblo santo, historia anticipada de todos los pueblos del mundo, no es más que el cumplimiento liberal de estas palabras: todo lo que se ensalza será humillado, todo lo que se humilla será ensalzado. Empezando por la torre de Babel, parece, que todos los monumentos, que los esfuerzos todos del humano orgullo, se han elevado más, solo para caer más estrepitosamente; al paso, que todo lo verdaderamente grande y útil que se ha hecho, todo lo que ha tenido fuerza y duracion, ha sido fundado por la humildad, empezando por el universo mismo, fundado en la nada.

Cuando Dios quiere dar un jefe á su pueblo, y vengarle de los insultos de sus vecinos, no creais que vaya á escoger á un capitan famoso, que pueda atribuir el honor de la victoria á su valor, á su táctica y experiencia; de entre los pastores, elegirá al vencedor de Goliat y el primer rey de aquella gloriosa dinastía, de la que habia de

descender un dia el Deseado de las naciones. Cuando quiere salvar á Bethulia de los horrores de un largo sitio, y á las tribus cautivas de los furores de un implacable enemigo, no se detendrá en armar cien mil brazos, sino que señalará en un sexo tímido á una Judith, á una Esther, y la mano de una mujer hará caer á Holofernes y al orgulloso Aman.

Y cuando llega Dios á fundar el imperio eterno, que debe abarcar todos los lugares en su extension, y comprender todos los siglos en su duracion, ¿tomará por auxiliares de esa grande obra la espada de los conquistadores, el profundo saber de los filósofos y la elocuente palabra de los oradores? Nó; temeria que pareciese haber puesto el hombre la mano en su obra. Deja pues á los emperadores en sus tronos, á los sábios en sus ateneos; y de entre la muchedumbre más oscura y más desconocida, escoge doce pobres pescadores, que conducen un dia al pié de su pesebre y de su cruz á los filósofos y á los césares. ¿Por qué, hermanos mios? Para que ningun mortal se jacte delante de Dios; para que, como está escrito, el que se gloria se glorie solamente en el Señor (I Cor. I, 29 et 31). Si, pues, quereis ser fuertes, hermanos mios, sed humildes: sed humildes los que cultivais la ciencia, si aspirais á triunfos duraderos; el orgullo extraviaria vuestro talento en absurdos sistemas; la humildad os guiará en caminos más seguros; y vosotros sereis más grandes y más hábiles, cuando confeseis ingenuamente vuestra ignorancia, que si procurais encubrirla ó solaparla, tratando de atravesar impenetrables tinieblas. Sed humildes, vosotros, jueces de la tierra, ó vosotros, los que ejerceis una parte de poder; no confieis de tal modo en vuestra prudencia, en vuestra luces y en los recursos de vuestra política, que no comprendais al mismo tiempo, que el movimiento y la direccion de los negocios está en la mano de Dios, y que miéntras nosotros discutimos las cuestiones más graves, allá arriba se resuelven irrevocablemente. Sed humildes, los que amais la gloria; ella vendrá por sí misma á vosotros, si no la buscais. Sed humildes, vosotros, más sábios y más modestos, que os contentais con la virtud; la humildad es su principio, su salvaguardia y su remate más glorioso. Sed humildes, en fin, todos los que quereis ser dichosos, porque la humildad, principio de fuerza, es tambien una fuente de paz, como voy á demostrarlo.

3. Para evidenciar cuán favorable á la paz es la humildad, bastaria quizás observar, que todas las pasiones diversas que, con los nombres de envidia, celos y ambicion trastornan la tierra y ocasionan una guerra continua entre los hombres, se reducen, en definitiva, á

una sola y gran pasion, al amor inmoderado de sí mismo, al deseo de elevarse, de dominar, de distinguirse de la multitud por cualquier medio que sea; en suma, al orgullo. En efecto, hermanos mios, el orgullo es el mayor enemigo de la paz. ¿Quién pudiera seguirle en todas las influencias funestas que ejerce en la tranquilidad de las naciones y en la felicidad de los individuos? Si yo quisiese enumerar todos los males que ha causado, habria de exponeros la tristísima historia de todos los crímenes, de todas las locuras, de todas las desgracias; habria de contar todas las calamidades de los imperios, todas las disensiones de familia, todas las pesadumbres de la Iglesia, todos los dolores y las amarguras todas de la vida.

No hagamos mencion, si quereis, de la ambicion de conquistas, de aquellas guerras desastrosas, que arman á los pueblos contra los pueblos, y cuestan á la humanidad tanta sangre y lágrimas tantas. Es harto evidente, que el que llama á la carnicería al demonio de los combates, es el demonio del orgullo.

Pero ¿quién, en el seno mismo de cada sociedad, quién mantiene esa guerra sorda, esas fermentaciones intestinas, que la minan insensiblemente y estallan al fin con hórrido estruendo? ¿No es tambien el orgullo? ¿No es la envidia de los rangos, de las condiciones, de los talentos, de las fortunas, de todas las superioridades naturales, religiosas ó sociales, que acarrea á la larga aquellas grandes catástrofes y aquellas espantosas revoluciones, á cuyo estrépito retiembla á lo léjos la tierra? Si la humildad cristiana hubiese arreglado los deseos y dirigido las esperanzas, cada uno, contento con su suerte, habria disfrutado dias de paz en la condicion en que nació, ó no hubiera intentado salir de ella sino por el camino abierto á una ambicion legítima; y de la dicha de cada uno habria resultado sin esfuerzo la de todos. Pero, despertaráse el orgullo en el fondo del corazon del hombre, resonarán en sus oidos las palabras de libertad, igualdad é independencia, y al punto, las pasiones sublevadas responderán al llamamiento con feroz alegría; entónces se cumplirá la palabra del Profeta: El hombre se volverá contra el hombre, el pobre contra el rico, el criado contra el amo, el jóven contra el anciano, y el plebeyo contra el noble. Nadie querrá más jefes, ni en el Estado, ni en la Iglesia, ni en la familia: las relaciones de dependencia y autoridad, la reciprocidad de servicios y necesidades, de proteccion y benevolencia, la admirable jerarquía, que constituye la sociedad y mantiene su equilibrio y armonía, todos estos lazos se romperán violentamente; todos los amores propios despertados, todas las vanidades conmovidas, todas las ambiciones desencadenadas, se harán una guerra de

exterminio en medio de ese gran desórden, triste imágen del cáos en que luchan todos los elementos; y la tierra, sacudida, tardará mucho en reponerse de la horrorosa tempestad que la ha agitado en sus entrañas.

¿Quereis saber ahora, los estragos que hace el orgullo en la sociedad espiritual? Recorred la historia de los cismas y de las heregías, que han desgarrado tan dolorosamente el seno de la Iglesia, casi desde su principio, hasta nuestros dias. ¿Dónde hallar la causa de tamaños trastornos, sino en la terquedad de un sectario, en la obstinacion de un heresiarca, que ha preferido romper la unidad, y dividir la túnica sin costura de Jesucristo, á retractarse de sus errores, y á someter su razon individual á la razon y á la autoridad legítima?

¿Qué se habria necesitado en el siglo XVI, para no turbar la paz de la Iglesia? Que un fraile, harto famoso, hubiese sido fiel á la primera virtud de su profesion, á la humildad; y sin hablar de tantas guerras, que no hubieran ensangrentado la Europa, las grandes iglesias del Norte, que, separadas de la comunion romana, no son más que ramas secas, estériles, incapaces de producir frutos para la vida eterna, todavía formarian parte de la herencia de Jesucristo.

Y para referirnos á nuestros últimos tiempos, más fecundos en este género de calamidades, porque aquí no se trata solamente de una herejía que afecte á alguna de las verdades de la fé, sino de una filosofía impía, que altera á un tiempo todas las creencias; ¿no es el orgullo, solo el orgullo, el que ha producido todos esos sistemas monstruosos, subversivos de toda religion, de toda moral, como de toda sociedad? Si sus harto culpables autores hubiesen sido humildes, de seguro no la hubieran dado en blasfemar contra lo que no entendian.

Al orgullo debemos, pues, todos los males que sufren la virtud, la religion, la humanidad; él tambien lleva la tribulacion á las familias, siembra la discordia entre los hermanos, alimenta los rencores hereditarios, eterniza los pleitos escandalosos, en que la avaricia toma quizás ménos parte que la vergüenza de ceder y confesar su sinrazon; él es quien provoca las venganzas, divide á los amigos, y arma su mano de un puñal homicida para lavar con sangre una afrenta, que mejor se limpia con las lágrimas de una reconciliacion generosa. Lisonjead el orgullo de los hombres, preconizadlo en vuestros discursos, atizadlo en el corazon de la juventud, convertidlo en móvil de las acciones humanas, y lo perdereis todo, pegando fuego á los cuatro ángulos del universo.

Si es verdad, que los contrarios se curan con los contrarios, el medio de fundar una paz inalterable en la tierra, seria el reinado de la

humildad: tal es la noble tarea que desempeña el Evangelio, fulminando sus anatemas contra el orgullo, y colmando á la humildad de dulces bendiciones! Y ved ahí, como esta religion, que los impíos acusan de intolerante, afirmaria para siempre la concordia entre los hombres, si se escuchasen sus preceptos; ved ahí, como unas virtudes cristianas, que muchos se atreven á llamar antisociales, contribuirian, empero, á la dicha de la humanidad. Háse dicho, que una sociedad de cristianos perfectos no puede subsistir, y el pretexto de semejante blasfemia ha sido, sin duda, la humildad, que la religion impone como una ley á sus hijos. Y ved ahí, tambien, como esta misma humildad seria el lazo más firme y más suave de toda sociedad.

Pero vosotros quereis, sobre todo, carísimos hermanos, que os hable de la paz deliciosa, que la humildad derrama en el corazon del justo que la practica. ¡Oh! el triunfo de esta virtud consiste, en ofrecer al hombre un asilo seguro contra todas las tempestades y disturbios de esta vida! No, Dios mio, no es en los altos montes, siempre vecinos del rayo y de las tormentas, sino en los humildes valles donde te place derramar las aguas de tu santa paz y de tus divinos consuelos! Tú mismo lo has dicho á tus discípulos: *Aprended de mí que soy humilde de corazon;* aprendedlo, no con un conocimiento estéril, sino por una fiel imitacion, *y hallareis el sosiego de vuestras almas.* Y verdaderamente, el humilde, que nada se cree, que no pretende ni distincion ni preferencia alguna; el humilde, que no libra su reposo en el favor ni en la indiferencia de los hombres, sino que en todo busca únicamente la voluntad de Dios; ¿por qué parte seria accesible á las agitaciones del alma y á los tormentos de la imaginacion? Olvido, desprecios, calumnias, todo lo sufre sin murmurar, y hasta con alegría. Así lo permite Dios por razones conocidas de su sabiduría; y bien considerado, no se le tributa más que la justicia que merece, ó mejor, se le concede una gracia. Si se le conociese más á fondo, sin duda se le juzgaria con ménos indulgencia; por otra parte, ¿no fué tratado su Maestro con más indignidad? y ¿no es bien que el discípulo se parezca en algo al Maestro? El humilde se consuela, descansa en estos pensamientos; y su paz se afirma y se acrecienta por las mismas causas que podrian alterarla. Pero, si es más insensible á la injuria, confesemos tambien, que tiene ménos ocasiones para sufrirla. El orgullo provoca las contradicciones; la humildad solo recoge sufragios. ¿Qué podeis contradecir en el que os pide el último lugar, y se coloca primero para dejaros pasar delante de él?

¿Qué tormentos, por el contrario, no destrozan el corazon del soberbio? Antes contaríamos las olas del Océano en lo más récio de la tempestad, que los movimientos tumultuosos de un alma dominada por esa terrible pasion. Ya sabeis la historia del favorito de Asuero. Admitido en la íntima familiaridad de su príncipe, colmado de honores, dignidades y riquezas, está desasosegado dia y noche porque, en medio de la muchedumbre prosternada á su paso, ha habido un hombre, que no ha doblado ante él la rodilla. ¿Y qué le importa á un hombre que disfruta de tan alta gloria, que un cautivo, un extranjero, un mísero judío, le haya negado esa señal de respeto? ¿Qué le importa? ¿Creeis, por ventura, que se necesiten tan poderosos motivos para turbar la paz de un orgulloso? Una palabra, un ademan, una mirada, un aire que él toma por indiferencia ó desprecio, basta para ofenderle vivamente; ménos sintiera la punta de una espada clavada en su corazon. Y el que más disfrutó de su renombre, aunque ménos digno; el que vió su estátua coronada en el teatro por la mano de todas las artes, en medio de las aclamaciones de todo París delirante; Voltaire, en fin, ¿no nos ha revelado el suplicio de su alma vana y envidiosa, al escribir á sus confidentes, hácia el fin de su larga carrera, *que las amarguras y los sufrimientos han marcado todos sus instantes,* y que por algunos ramos de laurel que ceñian su cabeza, treinta coronas de espinas la habian desgarrado atrozmente?

¿Y de qué nace, las más de las veces, hermanos mios, la tristeza que os consume? ¿Por qué os inquietais? Confesadlo de buena fé: estais tristes porque creeis que nadie piensa en vosotros, y que no se os tiene la consideracion que en vuestro concepto mereceis. Así, pues, aún cuando la humildad no nos hiciese superiores á esas flaquezas, seria tambien digna de todos nuestros votos, de todo nuestro estudio y de todos nuestros cuidados, pues aquel vive verdaderamente, que goza de una tranquilidad de ánimo siempre igual y constante, y aquel muere á todas horas, que vive en eterna agitacion.

Acabo de manifestaros, carísimos hermanos, el carácter y los efectos de la humildad en su oposicion con los del orgullo; habeis visto como la una nos perfecciona y consuela, y como el otro nos degrada y atormenta. Es tal el poder de la primera, que todo lo grande y estable ha sido hecho por ella; el orgullo, por el contrario, es una debilidad tan grande, que el inevitable efecto de su mayor exaltacion es trastornar el sentido y turbar la razon de sus desdichadas víctimas. El mundo tambien lo juzga como el Evangelio, á ménos que algun interés ó alguna pasion le quite el conocimiento. Refugiémonos, pues, amados hermanos mios, en la humildad, como en un asilo seguro; pidámosla consejo; abracémosla con amor como base de nuestra perfeccion y de nuestras esperanzas. Yo solamente os he hablado

de los bienes que trae á la tierra: además de las promesas de la vida presente, nos alienta con las de la vida futura. Como la senda que conduce á la vida es angosta, su puerta es tambien baja, y hemos de bajarnos para entrar. Las frentes soberbias chocan al querer levantarse; en bajarse no se corre peligro alguno; por el contrario, es un medio seguro de elevarse, pues el reino de Dios está prometido á los humildes de corazon, y el último milagro de la humildad es dar un trono en el cielo á los que se hayan hecho pequeños como niños en la tierra. Yo os lo deseo. Así sea.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

HUMILDAD.—No podemos ser verdaderamente cristianos sin ser humildes.

Para ser verdaderamente humildes, no basta contentarse con palabras; se necesitan obras.

Siendo la humildad una satisfaccion, deben hacerse algunos actos públicos.

HUMILDAD.—Al considerarnos como hombres, debemos recordar, que no hemos perdido nuestra grandeza sino porque perdimos la humildad.

Al considerarnos como cristianos, debemos recordar, que nuestra grandeza está fundada en la humildad.

Al considerarnos como nuevos ángeles, destinados para reemplazar á los ángeles prevaricadores, debemos estar persuadidos, de que no seremos elevados á esta jerarquía sino por medio de la humildad.

HUMILDAD.—La autoridad que tenemos sobre los demás no debe menguar en nada la humildad.

La humildad con que debemos tratar á toda clase de personas no ha de obstar para el ejercicio de nuestra autoridad.

HUMILDAD.—La humildad es la virtud cuyos progresos son más admirables.

Las almas más elevadas deben su elevacion á la humildad.

Los cristianos más perfectos buscan su perseverancia en la humildad.

HUMILDAD.—Nuestra fé debe acrecentarse por el ejercicio de la humildad.

Nuestra devocion debe acrecentarse por el ejercicio de la humildad.

Nuestra caridad debe acrecentarse por el ejercicio de la humildad.

HUMILDAD.—La humildad no exige, que otorguemos á los orgullosos la deferencia que no se les debe, y que nos reclaman, acusándonos de falta de humildad.

La humildad no requiere, que hagamos inútil nuestro talento, so pretexto, de que los grandes talentos se ponen en contradiccion con la humildad.

La humildad exige, que seamos humildes en todas circunstancias; pero, no impide, que enseñemos á los seglares su obligacion de respetarnos.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE LA HUMILDAD.

Cor contritum et humiliatum Deus non despicies. Psalm. L, 19.

No despreciarás, oh Dios mio, el corazon contrito y humillado.

Respexit in orationem humilium: et non sprevit precem eorum. Psalm. CI, 18.

Él atendió á la oracion de los humildes, y no despreció sus plegarias.

Ubi fuerit superbia, ibi erit et contumelia; ubi autem est humilitas, ibi et sapientia. Prov. XI, 2.

Donde hay soberbia, allí habrá ignominia; mas donde hay humildad, habrá sabiduría.

Quantò magnus es, humilia te in omnibus, et coram Deo invenies gratiam. Eccle. III, 20.

Cuanto fueres más grande, tanto más debes humillarte en todas las cosas, y hallarás gracia en el acatamiento de Dios.

Oratio humiliantis se, nubes penetrabit; et non discedet donec Altissimus aspiciat. Idem, XXXV, 21.

La oracion del humilde, traspasará las nubes; y no se apartará del Altísimo, hasta tanto que incline hácia él los ojos.

Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum. Matth. XVIII, 3.

En verdad os digo, que si no os volveis y haceis semejantes á los niños *en la sencillez é inocencia*, no entrareis en el reino de los cielos.

Confiteor tibi, Pater, Domine cœli et terræ, quia abscondisti hæc à sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Matth. XI, 25.

Yo te glorifico, Padre *mio,* Señor del cielo y de la tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas á los sábios y prudentes *del siglo,* y las has revelado á los pequeñuelos.

Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde. Idem, ibid., 29.

Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon.

Quicumque voluerit inter vos major fieri, sit vester minister; et qui voluerit inter vos primus esse, erit vester servus. Idem, XX, 26.

Quien aspirare á ser mayor entre vosotros, debe ser vuestro criado; y el que quiera ser entre vosotros el primero, ha de ser vuestro siervo.

Si quis vult primus esse, erit omnium novissimus, et omnium minister. Marc. IX, 34.

Si alguno pretende ser el primero, hágase el último de todos, y el siervo de todos.

Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles. Luc. I, 52.

Derribó del solio á los poderosos, y ensalzó á los humildes.

Omnis qui se exaltat, humiliabitur, et qui se humiliat, exaltabitur. Idem, XIV, 11.

Cualquiera que se ensalza, será humillado; y quien se humilla, será ensalzado.

Noli altum sapere, sed time. Rom. XI, 20.

No te engrias, ántes bien vive con temor.

Omnes autem invicem humilitatem insinuate, quia Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam. I Petr. V, 5.

Todos, en fin, inspiraos recíprocamente *y ejercitad* la humildad, porque Dios resiste á los soberbios, pero á los humildes les dá su gracia.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Siendo el primer efecto de la humildad el conocimiento de nuestra propia miseria, lo cual nos coloca en nuestra esfera natural, y, por lo mismo, establece el más perfecto equilibrio entre el Criador y la criatura; no es extraño que Moisés fuese tan amigo de Dios, por lo mismo que era tan humilde. Así lo manifestó, al intimarle Dios la órden de presentarse á Faraon, para libertar al pueblo y conducirle á la tierra prometida. *Quis sum ego,* dijo, *ut vadam ad Pharaonem?* (EXOD III): y en otro lugar: *Obsecro, Domine, non sum eloquens* (IDEM IV).

Léanse los Salmos de David, en los cuales se ven claramente los sentimientos de humildad profunda que animaban á aquel santo y coronado profeta.

Entre los consejos que Tobías daba á su hijo, descuella el desprecio de la soberbia, y la práctica de la humildad de corazon (TOB. IV, 14).

El mismo espíritu de humildad que Moisés, manifestó el profeta Jeremías, cuando, al intimarle Dios la difícil mision de predicar y reprender á su pueblo pervertido, contestó: ¡Ah, ah, ah, Señor! mirad que yo no sé predicar ni hablar, porque soy como un niño (JEREM. I, 6).

Nada hay más eficaz para aplacar la ira de Dios que la humildad. El sagrado texto nos refiere, en el libro tercero de los Reyes, todas las impiedades, escándalos y profanaciones del rey Acab (III REG. XVI). Pues bien: este rey, tan impío, se humilló á la presencia de Dios, y esto bastó, para que el Señor suspendiera los horribles castigos que contra él tenia decretados (III REG. XXI).

Sobre todos los justos que nos enseñaron prácticamente la humildad, descuella Jesucristo, Hijo del eterno Padre, que vino á este mundo para predicar esta virtud de obra y de palabra, presentándosenos como el tipo más perfecto de los humildes. Aparece humilde, eligiendo una madre humilde (LUC, I, 48): en el pesebre, en la circuncision y en la obediencia prestada á María y á José, durante su juventud (LUC. II): en el bautismo de Juan, en la vocacion de unos pobres pescadores, y las caricias dispensadas á los niños (MARC. IX): en sus milagros: *Vide nemini dixeris* (MATTH. VIII): en su predicacion: *Ego non quæro gloriam meam* (JOANN. VIII): en huir de la dignidad real (JOANN. VI): en lavar los piés á sus apóstoles (IDEM XIII): y, finalmente, en su pasion: *Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem... crucis* (PHILIPP. II).

Despues de este tipo perfectísimo de humildad, viene la B. V. María, cuya humildad atrajo desde el cielo á su virginal seno al mismo Hijo de Dios.

Véanse los sentimientos de humildad del apóstol S. Pedro (LUC. V, 8. —JOANN. XIII): de S. Pablo (I COR. XV, 10—XV, 9.—GALAT. VI, 3): del publicano (LUC. XVIII, 13).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Hic est primus religionis introitus, sicut in mundum primus Christi ingressus, ut qui-

La puerta para entrar en la religion, como lo fué para entrar Jesucristo en este mundo, consis-

cumque pie vult vivere, humiliter de se sentiat. S. Cyprian. de Nativ. Dni.

Exercitatio humilitatis est in vilioribus rebus versari; sic enim gloriæ cupiditas coercetur. Idem, in Hexamet.

Ad summa non scandimus, nisi per ima gradiamur. S. Hieron. in Epist. ad Ephes.

Multo deformior est illa superbia, quæ sub quibusdam humilitatis signis latet. Nescio enim quomodo turpiora sunt vitia, quæ virtutum specie celantur. Idem, Epist. 14 ad Celant.

Nemo magis potest videre divina, quam qui humilitatis suæ conscius nescit extolli. S. Ambros. lib. de Viduit.

Humilitas sapientiæ mater est. S. Chrysost. hom. 48 in Matth.

In summo honore summa sit humilitas, honoris laus est humilitatis virtus. S. Aug. serm. 215.

Tota et vera christianæ sapientiæ disciplina, in vera et voluntaria humilitate consistit. Idem, serm. 8 de Epiphan.

Humilitas murus firmus et inexpugnabilis est à facie inimici. S. Ephrem, Parœm. 46.

Qui sine humilitate virtutes congregat, quasi in vento pulverem portat. S. Greg. Hom. 7 in Joann.

Humilitas vera est, qua quis de se parva æstimat, et bona

te en que se tenga en poco á sí propio, el que pretenda vivir cristianamente.

La práctica de la humildad consiste en ocuparse en oficios bajos; porque de este modo mengua el deseo de la gloria.

No podemos elevarnos sin andar ántes por los senderos de la humildad.

La soberbia que se encubre bajo ciertas apariencias de humildad, es mucho más abominable. No sé, en verdad, que pueda haber vicios más execrables, que los encubiertos con apariencias de virtud.

Nadie puede penetrar mejor los divinos arcanos, que el hombre convencido de su miseria, que no sabe enorgullecerse.

La humildad es madre de la verdadera sabiduría.

En medio de los grandes honores, sea grande tambien tu humildad; porque la mejor gloria de los honores es ser humilde en medio de ellos.

Toda la regla de la sabiduría cristiana consiste en la verdadera y voluntaria humildad.

La humildad es una muralla inexpugnable para resistir á los ataques del enemigo.

El que adquiere virtudes sin la humildad, es como el qne lleva el polvo á merced del viento.

Es humildad verdadera, el tenerse en pobre concepto á sí mismo,

alterius sine invidia et livore commendat. Idem, sup. Ezech.

Qui sibi vilis est, Deo charus est. S. Bernard. Tract. de int. domo, c. 28.

Fode in te fundamentum humilitatis, et pervenies ad fastigium charitatis. Idem, in Epist.

y alabar, sin envidia ni odio, las buenas cualidades del prójimo.

El que á sus propios ojos es vil, á los de Dios es muy amado.

Fija en tu corazon el fundamento de la humildad, y así llegarás á la cumbre de la caridad.

HURTO.

Non furtum fdcies.
No hurtarás.
(Exod. xx, 15.)

Dios, como fuente de toda justicia, hubo de imponer este mandamiento al hombre, para mantener el órden de la sociedad, que él estableció; como Dios de paz, quiere que ésta reine en todas las cosas; y como Padre comun, desea que vivamos tranquilos y dichosos. Cuanto poseemos, lo debemos á su mano liberal, y á su bondad le place, que gocemos en paz de los dones que se ha dignado concedernos. Plácele tambien á su bondad, garantir nuestros bienes, ponerlos bajo su patrocinio, y asegurarnos su posesion, prohibiendo el hurto y la injusticia. Los legisladores han imitado la sabiduría de Dios: han convenido en hacer respetar la justicia; y no hay nacion civilizada, donde las leyes no consideren á un ladron como enemigo de la sociedad, y no le impongan rigurosas penas; en algunos paises le castigan, hasta con la muerte.

Por otra parte, no son solamente las leyes divinas y humanas, sí que tambien, el sentimiento natural de todos los hombres condena el hurto. El hurto es una infamia en todas partes: el que lo comete, es objeto del desprecio y execracion pública; al paso, que la probidad, por el contrario, es tenida en mucha honra. No hay nadie en el mundo, que desdeñe la fama de hombre honrado; y los que mé-

cumque pie vult vivere, humiliter de se sentiat. S. Cyprian. de Nativ. Dni.

Exercitatio humilitatis est in vilioribus rebus versari; sic enim gloriæ cupiditas coercetur. Idem, in Hexamet.

Ad summa non scandimus, nisi per ima gradiamur. S. Hieron. in Epist. ad Ephes.

Multo deformior est illa superbia, quæ sub quibusdam humilitatis signis latet. Nescio enim quomodo turpiora sunt vitia, quæ virtutum specie celantur. Idem, Epist. 14 ad Celant.

Nemo magis potest videre divina, quam qui humilitatis suæ conscius nescit extolli. S. Ambros. lib. de Viduit.

Humilitas sapientiæ mater est. S. Chrysost. hom. 48 in Matth.

In summo honore summa sit humilitas, honoris laus est humilitatis virtus. S. Aug. serm. 215.

Tota et vera christianæ sapientiæ disciplina, in vera et voluntaria humilitate consistit. Idem, serm. 8 de Epiphan.

Humilitas murus firmus et inexpugnabilis est à facie inimici. S. Ephrem, Parœm. 46.

Qui sine humilitate virtutes congregat, quasi in vento pulverem portat. S. Greg. Hom. 7 in Joann.

Humilitas vera est, qua quis de se parva æstimat, et bona

te en que se tenga en poco á sí propio, el que pretenda vivir cristianamente.

La práctica de la humildad consiste en ocuparse en oficios bajos; porque de este modo mengua el deseo de la gloria.

No podemos elevarnos sin andar ántes por los senderos de la humildad.

La soberbia que se encubre bajo ciertas apariencias de humildad, es mucho más abominable. No sé, en verdad, que pueda haber vicios más execrables, que los encubiertos con apariencias de virtud.

Nadie puede penetrar mejor los divinos arcanos, que el hombre convencido de su miseria, que no sabe enorgullecerse.

La humildad es madre de la verdadera sabiduría.

En medio de los grandes honores, sea grande tambien tu humildad; porque la mejor gloria de los honores es ser humilde en medio de ellos.

Toda la regla de la sabiduría cristiana consiste en la verdadera y voluntaria humildad.

La humildad es una muralla inexpugnable para resistir á los ataques del enemigo.

El que adquiere virtudes sin la humildad, es como el qne lleva el polvo á merced del viento.

Es humildad verdadera, el tenerse en pobre concepto á sí mismo,

alterius sine invidia et livore commendat. Idem, sup. Ezech.

Qui sibi vilis est, Deo charus est. S. Bernard. Tract. de int. domo, c. 28.

Fode in te fundamentum humilitatis, et pervenies ad fastigium charitatis. Idem, in Epist.

y alabar, sin envidia ni odio, las buenas cualidades del prójimo.

El que á sus propios ojos es vil, á los de Dios es muy amado.

Fija en tu corazon el fundamento de la humildad, y así llegarás á la cumbre de la caridad.

HURTO.

Non furtum fdcies.
No hurtarás.
(Exod. xx, 15.)

Dios, como fuente de toda justicia, hubo de imponer este mandamiento al hombre, para mantener el órden de la sociedad, que él estableció; como Dios de paz, quiere que ésta reine en todas las cosas; y como Padre comun, desea que vivamos tranquilos y dichosos. Cuanto poseemos, lo debemos á su mano liberal, y á su bondad le place, que gocemos en paz de los dones que se ha dignado concedernos. Plácele tambien á su bondad, garantir nuestros bienes, ponerlos bajo su patrocinio, y asegurarnos su posesion, prohibiendo el hurto y la injusticia. Los legisladores han imitado la sabiduría de Dios: han convenido en hacer respetar la justicia; y no hay nacion civilizada, donde las leyes no consideren á un ladron como enemigo de la sociedad, y no le impongan rigurosas penas; en algunos paises le castigan, hasta con la muerte.

Por otra parte, no son solamente las leyes divinas y humanas, sí que tambien, el sentimiento natural de todos los hombres condena el hurto. El hurto es una infamia en todas partes: el que lo comete, es objeto del desprecio y execracion pública; al paso, que la probidad, por el contrario, es tenida en mucha honra. No hay nadie en el mundo, que desdeñe la fama de hombre honrado; y los que mé-

nos merecen este hermoso título, son los que más afectan dárselo á sí mismos. Hombres hay, que consienten en pasar por poco delicados en materia de religion y de costumbres; y se enojan á la menor sospecha contra su probidad. ¡Cuántos padres descuidan la educacion de sus hijos, y se esmeran, empero, en inculcarles la necesidad de ser hombres honrados, mostrándose severamente inexorables sobre este punto! ¡Cuántos ejercen contra ellos castigos ejemplares, si se permiten la menor bajeza de este jaez, y les tratan con sobrada indulgencia respecto de sus demás faltas!

No quiera Dios, que yo me proponga atenuar los sentimientos de respeto á la probidad! Antes quisiera mantenerlos, fortalecerlos, acrecentarlos más. Pero, lo que, sobre todo, querria daros á entender muy bien, es, que el respeto á la probidad, el deseo de pasar por hombre honrado, el horror á cuanto empaña la reputacion de tal, no deben contraerse á detestar el hurto, la rapiña, las altas injusticias: estos sentimientos han de extenderse á todo lo que interesa verdaderamente á la probidad; deben alejarnos de toda injusticia para con el prójimo, cualquiera que ella sea, y sea cual fuere el nombre con que pueda cohonestarse. Y tambien se extiende hasta aquí el mandamiento del Señor contra el hurto. Este mandamiento condena todos aquellos fraudes, supercherías y amaños de la avaricia, que el hombre se perdona tan fácilmente para aumentar su fortuna. Ved ahí, lo que me propongo mostraros primeramente en este discurso; en seguida, examinaré los fraudes que se cometen en el mundo, y refutaré los pretextos que se aducen para cohonestarlos. A. M.

1. No, hermanos mios; el Señor no se limita en su mandamiento á prohibir el hurto y las injusticias manifiestas. Despues de decir: «No hurtarás,» añade: Y ninguno engañará á su prójimo (Lev. xix, 11). El Hacedor, cuyos mandamientos son la justicia y la verdad mismas, ha condenado todo linaje de injusticia, y no se ha desdeñado de entrar en los pormenores necesarios, para desterrar de entre los hombres, cuanto puede oponerse á las reglas de la equidad. Ora encarga á los jueces, que nunca se aparten de ellas en sus fallos, que no desprecien la persona del pobre, ni teman la autoridad del rico y del poderoso, sino que sentencien con imparcialidad: ¡Ay de vosotros, dice por boca de su Profeta; de vosotros, que por regalos absolveis al impío, y despojais al justo de su derecho! (Isai. v, 23). Ora previene á los ricos, que den al jornalero el pago de su trabajo (Lev. xix, 13). Ora amenaza con su cólera, á los que cometen exacciones. Declara, que los usureros no entrarán en los tabernáculos eternos (Lev. xxv, 37).

Condena todos los engaños empleados en el comercio, ya comprando, ya vendiendo. No tendrás en tu bolsa diferentes pesas, unas mayores, y otras menores ó defectuosas: pues tu Señor Dios abomina de aquel que hace tales cosas, y aborrece toda injusticia (Deuter. xxv, 13 et 16). Ora, en fin, nos prohibe aumentar nuestros bienes en detrimento de los demás, y quitar ó trasladar los límites del campo de nuestro vecino (Deuter. xix, 14). Sabidas son, hermanos mios, las terribles amenazas que, por boca del profeta Elías, hizo Dios á Achab, rey de Israel, y á su esposa Jezabel. Esta mujer sanguinaria habia hecho perecer á Naboth, para que Achab pudiese emposesionarse de su viña. Cuando aquel rey impío iba á la viña de Nahoth, díjole Elías, en nombre del Señor: Cometiste un homicidio, y tras éste, vas á usurpar la viña del muerto. En este lugar, en que los perros lamieron la sangre de Naboth, en el mismo lamerán tambien tu sangre (III Reg. xxi, 19).

Fijemos, sobre todo, la atencion, hermanos mios, en toda la fuerza de aquellas palabras de Dios: *Nec decipiet unusquisque proximum suum;* las cuales nos muestran, que el Señor condena todos los fraudes, cualesquiera que sean, todos los engaños, todos los ardides con que se perjudica al prójimo. Sea cual fuere el pretexto bajo que se oculte la injusticia; sean cuales fueren los rodeos de que se valga, Dios, á cuyos ojos todo está patente, la ve y la reprueba. Y en efecto: ¿hay ménos injusticia en apoderarse del bien ajeno, por medios ocultos é indirectos, que en arrebatarlo abiertamente? Lo que se adquiere tan ilegítimamente por vias secretas, ¿cambia de naturaleza? ¿deja de ser el bien ajeno? ¿Es siquiera ménos peligrosa la usurpacion, contra la cual es más difícil prevenirse y preservarse? ¿Qué resulta de todos los medios que se ponen en juego para encubrir la injusticia? Que sirven para multiplicar los pecados, y dificultar más la penitencia. Comprendedme, os ruego. Quien desposee abiertamente de algun bien al prójimo, no se alucina sobre su crímen; no trata de justificarlo á la vista de los demás, ni á los suyos propios, y obedece sin disimulo á la pasion que le arrastra. Pero ¿qué hace el que comete una injusticia por medios ocultos? ¡Cuántas combinaciones para satisfacer su gusto, sin parecer culpable de injusticia ante los hombres! ¡Cuántas cavilaciones é invenciones! ¡Cuántos pensamientos y deseos injustos! Y vosotros seguramente no poneis en duda, que todos esos pensamientos y deseos son pecados, pues el mismo Dios, que nos ha dicho: «no hurtarás;» nos ha dicho tambien: «no codiciarás la casa del prójimo, ni desearás su mujer, ni esclavo, ni esclava, ni buey, ni asno, ni cosa alguna de las que le pertenecen (Exod. xx, 17).» Al

codiciar el bien ajeno, al pensar en los medios de poseerlo injustamente, en los artificios y supercherías con que se puede engañar al prójimo, y perjudicarle en sus intereses, cométese ya la injusticia en el corazon; y lo más sensible es, que el culpable se engaña á sí mismo, se alucina sobre su iniquidad; en cierto modo, acaba por tranquilizarse á sí mismo en su funesto estado, y sucede que, solo cuando Dios quiere, abre los ojos sobre un cúmulo de iniquidades, que se han multiplicado inaudítamente. Todos esos medios, pues, no hacen más que aumentar el número de los pecados; no quitan á los daños inferidos al prójimo el carácter de injusticia, ni impiden que se infrinja la ley de Dios, quien condena, no tan solo las altas injusticias, el hurto, la rapiña, sino cualesquier injusticias, cualesquier arterías, cualesquier fraudes, en fin, todos los perjuicios que se irrogan al prójimo, sean cuales fueren.

Volvamos ahora los ojos á lo que pasa en el mundo; ¿qué veremos? ¿qué oiremos? ¿Hallaremos el honor, la probidad, la buena fé? ¿Hallaremos la paz, la tranquilidad, la union de los ánimos y de los corazones, que el reino de la justicia y de la rectitud estableceria infaliblemente entre los hombres? ¡Ah! veremos, sí, que los hombres se hacen, en cierto modo, una guerra mútua; les oiremos imputarse recíprocamente graves daños, quejarse cada uno de las vejaciones, de los fraudes é injusticias que padece: ¿y carecen de fundamento esas quejas, esas imputaciones recíprocas? Si el campesino se queja, con razon, de los fraudes que contra él se cometen; si cuando recurre á los habitantes para procurarse los géneros que necesita, le engañan en el precio, en la calidad, en el peso ó medida, el habitante de la ciudad tiene tambien derecho á quejarse, cuando compra á los campesinos los artículos necesarios á su consumo; cuando en la venta de sus ganados le tapan y ocultan con tanto cuidado los defectos, que disminuyen notablemente el valor de aquéllos; cuando, obligado á emplearles en el cultivo de sus tierras, de su viña, ve que trabajan aprisa, sin atencion ni cuidado. Si examinásemos los diferentes estados, si investigásemos lo que está pasando, ¡cuántos misterios de iniquidad no encontráramos, hermanos mios! El abogado se encarga de causas que sabe son injustas; emplea toda clase de mañas y embrollos para obtener un buen fallo; da largas á los pleitos, y multiplica los escritos para multiplicar las costas. El obrero emplea mal el tiempo, desempeña mal su trabajo, ó se queda con una parte de la materia que le dan para su labor. El criado sirve cuando *tiene puesto el ojo sobre él* (Ephes. vi, 6); no trabaja sino lo preciso, para que no se note, que se ha quedado sin hacer nada; en presencia del amo, afecta

cuidar de sus intereses, y deja perder lo que le pertenece. ¡Y cuántos modos injustos de aumentar la fortuna! ¡Cuántos préstamos, cuántos contratos usurarios, cuántos fraudes é injusticias en el comercio! ¡Qué de bancarotas fraudulentas, que suelen arruinar á muchas familias á la vez; al paso, que los que las hacen, continúan viviendo con igual comodidad!

No quiera Dios, empero, que sea mi ánimo decir que no se encuentren en todos los estados hombres verdaderamente honrados y cristianos, siempre temerosos de Dios, que se apartan de toda injusticia. Dios tiene aún en todas las condiciones siervos fieles, que no han doblado la rodilla ante Baal (III Reg. xix, 18); que no erigen en ídolo al dinero (Matth. vi, 24); que no libran su suerte en acrecentar, por toda especie de medios, una fortuna perecedera; pero, al mismo tiempo, no deja de ser certísimo, que se cometen un sin número de injusticias en todos los estados, en todas las condiciones, desde la clase más encumbrada, hasta la más baja: es certísimo, que puede aplicarse á todos los puntos de la tierra, así á los campos, como á las ciudades, lo que decia el rey Profeta: Dia y noche va dando vueltas sobre los muros *(de la ciudad)* la iniquidad. En medio de ella habita la opresion y la injusticia. No se apartan de sus plazas la usura y el fraude (Psalm. liv, 11 et 12).

2. ¿Puede, pues, alegarse algun pretexto, al faltar de tal modo á las reglas de la justicia y de la probidad? Sí, hermanos mios; el interés y la avaricia han sabido hallarlos. Alégase la costumbre y el ejemplo de los demás. Pero vosotros, los que pretendeis apoyaros en semejante fundamento, decidme, si es esa la norma de vuestra conducta. Esos supuestos usos, ¿no son abusos escandalosos? ¿No ha condenado Jesucristo todas las costumbres del mundo, con las que escudais vuestra propia conciencia? ¿No las ha reprobado altamente? ¿Destruirán esas costumbres la ley de Dios, ley eterna, que prohibe toda injusticia? No, sin duda, no: todas las máximas del mundo, todas las sutilezas del hombre, todos los frívolos razonamientos que la avaricia inventa, todos los usos de un siglo corrompido, todos los malos ejemplos, no impedirán, que sea una iniquidad, un hurto verdadero, usurpar el bien ajeno, sean cuales fueren los medios que se adopten para solapar la injusticia. Si las leyes humanas no castigan á los culpables, si la justicia de los hombres no puede ó no quiere herirles, no se escaparán de la justicia divina, de aquella justicia infinitamente más temible del juez de los vivos y los muertos. Para él nada hay oculto: él sabe todos los crímenes cometidos, los ve tales como son, y ninguna opinion humana reformará sus juicios.

Y decidme tambien: ¿por qué condenais esos ejemplos, esos supuestos usos, cuando se trata de vuestro bien, cuando sois vosotros en quien recae la injusticia? ¡Ah! juzgad pues de vuestra conducta con el prójimo, como juzgais de la suya con vosotros; no hagais al prójimo lo que no quereis que se os haga á vosotros; no tengais dos pesos y dos medidas; sea la rectitud la regla de vuestras acciones para con los demás, del mismo modo, que quereis que sea la de los demás para con vosotros. ¿Y por qué, hermanos mios, por qué os atreveis á alegar los usos y los ejemplos, cuando con vuestra propia conducta, revelais á las claras, que conoceis toda la frivolidad de semejantes excusas? Si creeis que ciertos fraudes están justificados por el uso, ¿por qué os ocultais al cometerlos? ¿por qué no los poneis de manifiesto? Quien obra con rectitud, no esconde el rostro; quien obra mal, aborrece la luz (Joann. iii, 20).

Excúsanse tambien los fraudes é injusticias que uno se permite, so pretexto, de que son de poca monta; pero Jesús ha dicho: Quien es fiel en lo poco, tambien lo es en lo mucho; y quien es injusto en lo poco, tambien lo es en lo mucho (Luc. xvi, 10). Uno se acostumbra, poco á poco, al mal: la conciencia se va, poco á poco, endureciendo contra los remordimientos; el hombre va cegando por grados, y lo que en los primeros momentos habia parecido considerable, carece luego de importancia. Por otra parte, las injusticias que vosotros llamais leves, no dejan de ser injusticias; no es ménos cierto, que, al cometerlas, pecais contra la ley, que prohibe perjudicar al prójimo. ¿Y qué haceis al acumularlas de ese modo? Aumentais á cada paso la materia de vuestra condenacion. Dios las ve todas; él os las reproducirá todas, cuando comparezcais ante su tribunal augusto, y su peso os abrumará y aplastará.

¡Ah! hermanos mios, ¿calcula así el hombre recto, cuando se trata de probidad? ¿Examina si el daño que causaria al prójimo, seria grande ó pequeño; si podria hacerlo sin ser descubierto; si hallaria algun pretexto para justificarse, dado caso que el público tuviese noticia del mismo? No; el temor de Dios y el amor á la justicia son las reglas invariables de su conducta. Pongamos á un lado, al hombre integro, que nunca hace nada contra los principios de la equidad; y á otro, uno de esos hombres, que se permiten todas las injusticias, que habeis dado en llamar leves; yo apelo á vosotros mismos, carísimos hermanos; ¿qué pensais del uno y del otro? En el fondo del corazon, amais al uno, y despreciais al otro; confiais en el primero, y desconfiais del segundo; multiplicais las precauciones para no ser víctimas de su dolo; y así, con vuestra propia opinion, con vuestra

propia conducta, exponeis lo que pensais de las mañas y los fraudes que quisierais justificar, cuando los cometeis, so pretexto de que no son de consideracion.

Alégase, en fin, la necesidad de proveer al sosten de la familia y de la posicion. ¡Qué ilusion, hermanos mios! Las necesidades y la posicion han de sostenerse por medio de un comercio legítimo, de una industria honrada, y no por la injusticia; el hombre justo y recto, modera sus gastos, destierra el lujo, cuida de sus negocios, de la economía doméstica, y se entrega á ocupaciones útiles para cumplir los designios de la divina Providencia. Este puede contar con la bendicion de Dios. Si, por el contrario, quereis sostener vuestro estado, acrecentar vuestra fortuna por medio de la rapiña, del fraude y de los embozos de la mala fé, temed, que la maldicion de Dios *caiga encima de vuestra casa,* segun la expresion del Profeta, *se ponga en medio de ella, y la consuma juntamente con sus maderos y piedras* (Zach. v, 4). Sí, hermanos mios; la experiencia lo confirma con frecuencia, y los Padres de la Iglesia lo han observado con nosotros: Dios permite, á veces, que los bienes mal adquiridos no prosperen, y no es raro ver, que las mayores riquezas, fruto de la injusticia, desaparecen en manos de los que las han atesorado, ó pasan á las de hijos, de parientes pródigos, para disiparse pronto, ó á las de personas extrañas, y aún, á veces, de sus propios enemigos (S. Joan. Chrysost., Hom. 27 ad populum).

Pero, aún cuando esos medios injustos nos proporcionasen verdaderos recursos, recursos sólidos, ¿sacrificaremos la salvacion de nuestra alma al cuidado de sostenernos en el mundo? ¿Sacrificaremos nuestros bienes eternos, una felicidad infinita, á intereses efímeros? Lleguemos á la hora de la muerte: ¿qué importará entónces lo que háyamos sido en el mundo, el rango que háyamos ocupado, el papel que háyamos desempeñado, la fortuna de que háyamos disfrutado? Si á Dios place, ponernos á prueba, quitándonos el bienestar de que gozamos, no nos olvidemos nunca de aquellas hermosas palabras de Tobías: Nosotros somos los hijos de los santos Patriarcas, y esperamos aquella vida que ha de dar Dios á los que siempre conservan en él su fé (Tob. ii, 18). No temamos, y digamos entónces, desde el fondo del corazon, como aquel santo varon á su hijo: Es verdad que pasamos una vida pobre; pero tendremos muchos bienes, si temiéremos á Dios, y huyéremos de todo pecado, y obráremos bien (Tob. iv, 23).

Apartaos, pues, de toda injusticia, carísimos hermanos, sea ella cual fuere. Quien ha tomado en ella una parte cualquiera, renuncie absolutamente á la misma; deplore la iniquidad que ha cometido, y

repare los daños que ha causado al prójimo: ya sabeis, que no puede recobrar la gracia de Dios, el que conserva en sus manos lo que ha adquirido injustamente. Este solo pensamiento, debiera bastar para preservar á un cristiano de la tentacion de cometer una injusticia. El hombre debe decir para sí: ¿Cómo me determinaré á apoderarme de lo ajeno, puesto que habré de devolverlo, ó de renunciar para siempre á mi salvacion eterna? No diré más acerca de la necesidad de la restitucion, la cual debe ser el objeto de un discurso particular. Hoy me limito á exhortar á aquellos, cuya conciencia les acusa de alguna injusticia, que se dirijan á un confesor prudente é ilustrado, que les enseñe lo que han de hacer, para cumplir el indispensable deber de la devolucion.

Y vosotros, que no os habeis apartado del camino de la justicia, continuad mirándola como vuestra más preciosa herencia. Sí; la medianía del justo, vale más que todas las riquezas de los pecadores: *Melius est modicum justo super divitias peccatorum multas* (Psalm. xxxiv, 16). ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? *Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ verò suæ detrimentum patiatur?* (Matth. xvi, 26.) Si en la tierra no vivís en el seno de los placeres, si no nadais en la abundancia, si ni siquiera estais al abrigo de las privaciones de la pobreza, Dios os indemnizará en el cielo, pues los justos heredarán la tierra de los vivos, y la habitarán perpétuamente: *Justi autem hæreditabunt terram, et habitabunt in sæculum sæculi super eam* (Psalm. xxxvi, 29). Esta es la dicha que os deseo.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

HURTO.—Es el vicio que da peor reputacion.
Es el vicio que nuestra concupiscencia permite ménos disimular.
Es el vicio que nos suscita mayores dificultades.

HURTO.—La ociosidad induce á los pobres á hurtar.
La vanidad induce á los ricos al hurto.
El latrocinio induce á los ricos y á los pobres á desconfiar unos de otros.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Non furtum facies. Exod. xx, 15.	No hurtarás.
Non concupisces domum proximi tui: nec desiderabis uxorem ejus, non servum, non ancillam, non bovem, non asinum, nec omnia quæ illius sunt. Idem, ibid. 17.	No codiciarás la casa de tu prójimo: ni desearás su mujer, ni esclavo, ni esclava, ni buey, ni asno, ni cosa alguna de las que le pertenecen.
Si inventum fuerit apud eum quod furatus est, vivens, sive bos, sive asinus, sive ovis, duplum restituet. Idem, xxii, 4.	Si lo que hurtó se hallare vivo en su poder, sea buey, sea asno, ó sea oveja, debe restituir el doble.
Videte ne forté furtivus sit (hœdus), reddite eum dominis suis, quia non licet nobis aut edere de furto aliquid, aut contingere. Tob. ii, 21.	Mirad que no sea acaso hurtado (el cabrito); restituidle á sus dueños; porque no nos es lícito el comer, ni tocar cosa robada.
Alii dividunt propria, et ditiores fiunt; alii rapiunt non sua, et semper in egestate sunt. Prov. xi, 24.	Unos reparten sus propios bienes, y se hacen más ricos; otros roban lo ajeno, y están siempre en miseria.
Qui cum fure participat, odit animan suam. Idem, xxix, 24.	Quien con un ladron se asocia, á su *propia* alma aborrece.
Qui subtrahit aliquid à patre suo, et à matre, et dicit hoc non esse peccatum, particeps homicidæ est. Idem, xxviii, 24.	El que hurta algo á su padre y á su madre, y dice no ser eso pecado, es semejante en el crímen al homicida.
Immolantis ex iniquo oblatio est maculata, et non sunt beneplacitæ subsannationes injustorum. Eccli. xxxiv, 21.	Inmunda es la ofrenda de aquel que ofrece sacrificio de lo mal adquirido; porque no son gratas *á Dios* estas irrisiones de los hombres injustos.
Qui effundit sanguinem, et qui fraudem facit mercenario, fratres sunt. Idem, ibid. 27.	Hermanos son *ó corren parejas,* el que derrama la sangre, y el que defrauda el jornal al jornalero.
Væ qui prædaris, nonne et ipse prædaberis. Isai. xxxiii, 1.	¡Ay de tí, que saqueas *á los otros!* Qué, ¿no serás tú tambien saqueado?

Hæc est maledictio quæ... veniet ad domum furis... et commorabitur in medio domus ejus, et consumet eam. Zachar. v, 4.

Esta es la maldicion que... caerá encima de la casa del ladron... y se pondrá en medio de sus casas, y las consumirá.

Jesus autem dixit:... non furtum facies. Matth. xix, 18.

Respondió Jesús... no hurtarás.

Ecce dimidium bonorum meorum, Domine, do pauperibus; et si quid aliquem defraudavi, reddo quadruplum. Luc. xix, 8.

Señor, *desde ahora* doy yo la mitad de mis bienes á los pobres; y si he defraudado en algo á alguno, le voy á restituir cuatro tantos más.

Neque fures... neque rapaces, regnum Dei possidebunt. I. Cor. vi, 10.

Ni los ladrones... ni los que viven de rapiña, han de poseer el reino de Dios.

Nemo autem vestrum patiatur ut homicida, aut fur,... aut alienorum appetitor. I Petr. iv, 15.

Pero jamás venga el caso en que alguno de vosotros padezca por homicida ó ladron... ó codiciador de lo ajeno.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Véase en el cap. VII del libro de Josué, el castigo que Dios fulminó contra Israel por la codicia de Achan, que hurtó algunas prendas que habian de ser destruidas, conforme Dios habia mandado. El culpable fué apedreado públicamente, y abrasado por el fuego, con toda su familia, animales y bienes.

Consúltese el libro III de los Reyes (Cap. xxi), en donde se lee el castigo con que Dios amenazó á Acab, por haberse apoderado á la fuerza de la viña de Nabot, y haberle hecho matar.

La principal causa de la desgracia de Judas fué su codicia. Esta le impelia á hurtar, ó retener parte de las limosnas, que las personas piadosas hacian á su Maestro; y por el vil interés, llegó á vender á Jesucristo, entregándole en poder de sus implacables enemigos (Cap. xii, 16).

Los que han faltado á esta ley de justicia, tienen en Zaqueo un buen ejemplo que imitar, si quieren justificarse ante Dios, reparando las injusticias cometidas. Hagan como aquel, que pudo decir á Jesucristo: *Ecce dimidium bonorum meorum, Domine, do pauperibus, et si quid aliquem defraudavi, reddo quadruplum* (Luc. xix, 18).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Si vis filiis tradere divitias, posside justas, hæ enim manent, stantque firmæ et stabiles; quæ autem tales non sunt cito pereunt. Substantia injuste acquisita stabilis esse non potest, neque ad bonum proficit quod de malo congregatur. S. Chrys. in epist. ad Ephes.

Si quieres legar riquezas á tus hijos, poséelas por medios justos, pues de este modo se consolidan: porque las que no son legítimas, pronto desaparecen. Los bienes injustamente adquiridos, nunca son permanentes, ni sirve de un verdadero provecho, lo que se atesora por medios inícuos.

Qui successit hæreditati plenæ iniquitate, etiam si ipse non rapuit, habet ea quæ sunt aliorum. Alius spoliavit, sed tu possides; ille rapuit, sed tu frueris. Idem, Hom. 14 in cap. 5 I Corinth.

El que hereda un patrimonio adquirido á fuerza de fraudes, por más que otro los haya cometido, siempre es verdad, que retiene lo ajeno. El primero despojó, y el segundo posee lo defraudado; aquél cometió el hurto, éste disfruta de sus frutos.

Si res aliena propter quam peccatum est, cum reddi possit, non redditur, non agitur pœnitentia, sed fingitur. Si autem veraciter agitur, non remittitur peccatum, nisi restituatur ablatum. S. Aug. serm. 150.

Si cuando se puede no se restituye lo ajeno, que ha sido materia de pecado, no hay arrepentimiento verdadero, sino fingido. Mas, si el arrepentimiento debe ser verdadero, sépase, que no se perdona el pecado sin restituir lo hurtado.

Quod invenisti et non reddidisti, rapuisti; quantum potuisti, fecisti; quia non plus potuisti, ideo non plus fecisti. Idem, de verb. apost.

Si no devolviste á su dueño lo que encontraste, se tendrá por robado: hurtaste todo lo que pudiste; pues, no has hurtado más, porque no has encontrado más.

Lucrum in arca, damnum in conscientia; tollit vestem, et perdit fidem; acquirit pecuniam, et perdit justitiam. Idem, ibid.

La ganancia (del injusto) entra en el arca, miéntras la pérdida entra en su alma: hurta la sustancia, pero pierde la fé; adquiere el dinero, pero pierde la gracia.

Si judicium sine misericordia erit illi qui non fecit misericordiam, quale judicium erit illi

Si *aquel que no tuvo misericordia, ha de experimentar un juicio sin misericordia;* ¿cuál

qui fecerit et rapinam? S. Fulgent.

Dæmon approbandi furti artifex, primum quidem à rebus vilibus et exiguis sumit auspicium suæ artis, sed temporis progressu ad magna proreditur. Bibl. SS. Ptr. Hom. 41.

lo experimentará el que hubiere hurtado?

El demonio, como autor y consejero del hurto, ensaya el resultado de sus astucias, aconsejando pequeños hurtos; pero andando el tiempo, arrastra á cosas de más valor.

FIN.

ÍNDICE

DE LOS

SERMONES CONTINUADOS EN ESTE TOMO,

Y DE LAS PRINCIPALES MATERIAS DE CADA UNO (*).

	Pag.
Familia. I.	8
1. ¿Qué es la familia?.	9
2. El corazon, la ley y la religion, forman la familia.	10
Familia. (*Males que la discordia produce en la familia.*) II.	15
1. Orígen de la discordia.	15
2. Deberes respectivos de los que viven en familia.	16
Divisiones.	20
Fé. (*Necesidad de la*). I.	20
1. Los hombres no pueden vivir sin fé.	21
2. Sin ella nos es imposible agradar á Dios.	23
Fé. (*Sin ella nos es imposible agradar á Dios.*) II.	25
1. Dios ha vinculado á la fé el mérito para nuestra gloria.	26
2. Disposiciones y requisitos necesarios al hombre para adquirir la felicidad eterna.	28
Fé. (*Medios de adquirirla.*) III.	31
1. ¿Cómo se adquiere la fé?.	32
2. Por qué medios podemos convertirnos á Dios, despues de haber perdido la primitiva sencillez del corazon.	36
Fé. (*Sus cualidades.*) IV.	38

(*) Cada epígrafe es un extracto de la materia que contienen los párrafos de cada uno de los Sermones, señalados con el número que lleva dicho epígrafe.

qui fecerit et rapinam? S. Fulgent.

Dæmon approbandi furti artifex, primum quidem à rebus vilibus et exiguis sumit auspicium suæ artis, sed temporis progressu ad magna proreditur. Bibl. SS. Ptr. Hom. 41.

lo experimentará el que hubiere hurtado?

El demonio, como autor y consejero del hurto, ensaya el resultado de sus astucias, aconsejando pequeños hurtos; pero andando el tiempo, arrastra á cosas de más valor.

FIN.

ÍNDICE

DE LOS

SERMONES CONTINUADOS EN ESTE TOMO,

Y DE LAS PRINCIPALES MATERIAS DE CADA UNO (*).

	Pag.
Familia. I.	8
1. ¿Qué es la familia?.	9
2. El corazon, la ley y la religion, forman la familia.	10
Familia. (*Males que la discordia produce en la familia.*) II.	15
1. Orígen de la discordia.	15
2. Deberes respectivos de los que viven en familia.	16
Divisiones.	20
Fé. (*Necesidad de la*). I.	20
1. Los hombres no pueden vivir sin fé.	21
2. Sin ella nos es imposible agradar á Dios.	23
Fé. (*Sin ella nos es imposible agradar á Dios.*) II.	25
1. Dios ha vinculado á la fé el mérito para nuestra gloria.	26
2. Disposiciones y requisitos necesarios al hombre para adquirir la felicidad eterna.	28
Fé. (*Medios de adquirirla.*) III.	31
1. ¿Cómo se adquiere la fé?.	32
2. Por qué medios podemos convertirnos á Dios, despues de haber perdido la primitiva sencillez del corazon.	36
Fé. (*Sus cualidades.*) IV.	38

(*) Cada epígrafe es un extracto de la materia que contienen los párrafos de cada uno de los Sermones, señalados con el número que lleva dicho epígrafe.

Pág.

1. Cuál debe ser la fé de un cristiano. 39
2. Cuál es, no obstante, la fé de la mayor parte de los cristianos. 41

Fé. (*Práctica de la*). V. 43
1. La fé, sin obras, es una fé muerta. 45
2. Acciones de los cristianos pesadas en la balanza de la fé. 46

Fé. (*Propagacion de la*). VI. 51
1. Apostolado en nuestro siglo. 51
2. Todos debemos contribuir á este apostolado. 53

Fé. (*Asociacion para propagar la*). VII.. 55
1. Asociacion para la propagacion de la fé. 55
2. Frutos de la asociacion. 56

Divisiones. 58
Pasajes de la Sagrada Escritura. 59
Figuras de la Sagrada Escritura. 61
Sentencias de los Santos Padres. 62

Felicidad. (*La verdadera felicidad solo puede conseguirse en el cielo.*) I. 63
1. Impresion que en los justos les causa la transfiguracion. 65
2. Situacion de algunas almas, que han llegado á la cumbre de la perfeccion. 67

Felicidad de los justos en este mundo. II. 70
1. Solo los justos son felices en la tierra. 70
2. Consuelos que la gracia da á los justos. 74

Divisiones. 76

Fervor. 77
1. Auxilios que podemos alcanzar con el fervor. 78
2. Con la tibieza se fortifican las pasiones. 80

Divisiones. 84
Pasajes de la Sagrada Escritura. 84
Figuras de la Sagrada Escritura. 85
Sentencias de los Santos Padres. 86

Fidelidad. 88
1. Nada de cuanto ofende á Dios es leve. 89
2. Defectos que dimanan de la tibieza.. 93

Divisiones. 96
Pasajes de la Sagrada Escritura. 97
Figuras de la Sagrada Escritura. 98
Sentencias de los Santos Padres. 99

Fiestas. (*Su observancia es de precepto divino.*). 100
1. Verdadera doctrina acerca de la santificacion de las fiestas. 102
2. Profanaciones del dia festivo. 106

Filantropia. 108

Pág.

1. La filantropía no es una virtud ni una beneficencia eficaz. 109
2. Caridad evangélica. 111
3. Contraste singular entre la filantropía y la caridad evangélica. 113

Filiacion divina del cristiano. 115
1. Excelencia de nuestra filiacion en Jesucristo. 116
2. Deberes que esta filiacion nos impone. 119
3. Prerogativas de la filiacion divina. 121

Fortaleza. 125
1. ¿En qué consiste la virtud de la fortaleza?. 126
2. Esta virtud es necesaria al hombre 127

Divisiones. 130
Pasajes de la Sagrada Escritura. 130
Figuras de la Sagrada Escritura.. 131
Sentencias de los Santos Padres. 132

Fragilidad. 133
1. Nadie debe confiar en sí mismo. 134
2. San Pablo temia de su fragilidad. 136

Divisiones. 138

Fraternidad. 139
1. Lo que es la fraternidad fuera de la doctrina católica. . 139
2. Obstáculos que tuvo que superar la doctrina católica para establecer la fraternidad. 142

Divisiones. 147

Generosidad de la Iglesia. 148
1. Suavidad y dulzura con que la Iglesia trata á los pecadores. 149
2. Cómo los trató Jesucristo en el tiempo de su carrera mortal. 151

Divisiones. 153

Genio. (*Necesidad de reprimirlo.*). 154
1. El genio, no resistido, se precipita á los mayores vicios. 155
2. El genio, no dominado, vicia las mayores virtudes. . . 159

Divisiones. 161

Gloria. 162
1. Entrada del alma en el paraiso. 163
2. Vision de Dios. 165

Gloria humana. (*Su inconstancia y sus peligros.*) I. 168
1. Inconstancia de la gloria. 169
2. Sus peligros. 171

Gloria humana. (*Su falsedad.*) II. 172
1. La verdadera gloria no se halla en el honor ni en la probidad humana. 173

Pág.

2. La verdadera gloria se funda en conocer y amar á Dios. 175
Divisiones. 178
Gracia. I. 179
1. Suavidad y dulzura de la gracia. 180
2. Fortaleza y virtud de la gracia. 188
Gracia. II. 194
1. La gracia es el don más precioso que Dios puede dispensarnos. 195
2. Nada debemos omitir para conservar la gracia. 198
Divisiones. 199
Pasajes de la Sagrada Escritura. 201
Figuras de la Sagrada Escritura. 202
Sentencias de los Santos Padres. 203
Grandeza. (*La verdadera*). 205
1. Cualidades del hombre grande. 206
2. Unicamente el hombre que se guia por los principios de la religion puede conseguir la verdadera grandeza. . 210
Pasajes de la Sagrada Escritura. 212
Sentencias de los Santos Padres. 213
Gula. I. 214
1. Efectos de la glotonería. 215
2. El pecado entró en el mundo por la gula. 218
Gula. II. 219
1. Daños de la gula. 220
2. Debemos refrenarla con el ayuno y la abstinencia. . . 225
Divisiones. 228
Pasajes de la Sagrada Escritura. 229
Figuras de la Sagrada Escritura. 230
Sentencias de los Santos Padres. 231
Hábito malo. I. 233
1. Perniciosos efectos de la mala costumbre. 234
2. Medios para corregirse de la mala costumbre. 238
Hábito malo. II. 241
1. Mala costumbre. 242
2. Medios para corregirla. 244
Divisiones. 246
Pasajes de la Sagrada Escritura. 246
Figuras de la Sagrada Escritura. 247
Sentencias de los Santos Padres. 248
Hemorroisa. (*La*). 250
1. Fé y humildad de la Hemorroisa. 250
2. Sentido alegórico y moral de la historia de la Hemorroisa. 253

Pág.

Hermosura. 257
1. Al contemplar la hermosura de los objetos criados, debemos elevarnos á la contemplacion de la hermosura infinita. 258
2. Debemos apartar la vista de la hermosura que inflama las pasiones. 261
Divisiones. 262
Pasajes de la Sagrada Escritura. 262
Figuras de la Sagrada Escritura. 263
Hidrópico del Evangelio. (*El*). 264
1. Por qué el Señor aceptaba los convites. 265
2. Jesús desconcierta la astucia humana. 266
3. Hidrópicos de espíritu. 269
Hija de Jairo. (*La*). 272
1. Misterio oculto en la historia de la resurreccion de la Hija de Jairo. 273
2. Muerte de los justos. 275
Hijo pródigo. (*El*). 277
1. Extravíos del Hijo pródigo. 279
2. Vuelta del Hijo pródigo á la casa paterna. 287
Hijo de la Viuda de Naim. (*El*). 294
1. Profunda miseria de los pecadores. 295
2. Misericordia de Jesucristo. 299
Hijos. (*Deberes de los hijos para con sus padres*.) I. 302
1. Obligaciones de los hijos para con sus padres. 303
2. Premios ofrecidos por Dios á los hijos buenos, y castigos con que amenaza á los malos. 308
Hijos. (*Deberes de los hijos para con sus padres*.) II. 311
1. Los hijos deben amar á sus padres. 312
2. Deben socorrerlos en sus necesidades. 315
Pasajes de la Sagrada Escritura. 317
Figuras de la Sagrada Escritura. 319
Sentencias de los Santos Padres. 320
Hipocresía. I. 322
1. La hipocresía es una ofensa á Dios. 323
2. Opone un gran obstáculo á la salvacion. 326
Hipocresía. II. 330
1. La hipocresía de algunos no justifica la impiedad de los mundanos. 331
2. La hipocresía de algunos no justifica la cobardía de los pusilánimes. 333
3. La hipocresía de algunos no excusa la temeridad de los simples. 334
Divisiones. 336

Pág.

Pasajes de la Sagrada Escritura. 337
Figuras de la Sagrada Escritura. 338
Sentencias de los Santos Padres. 339
Hombre. (*El*) *¿Qué es el hombre?* I. 341
1. ¿Qué es el hombre ? 341
2. ¿En qué consiste la verdadera grandeza del hombre ? . 344
Hombre. (*El*) *Su fin.* II. 346
1. Las cosas de la tierra no son nuestro último fin. . . . 347
2. Hemos sido criados para conocer, amar y ver á Dios. . 352
Hombre. (*El*) *Su último fin.* III. 357
1. El hombre es propiedad de Dios. 357
2. Deberes que nos impone esta propiedad. 360
Hombre. (*El hombre regenerado.*) IV.. 367
1. Grandeza de nuestra regeneracion en Jesucristo. . . . 368
2. Lecciones que se sacan de esta regeneracion, y deberes que nos impone. 374
Hombre. (*Buena voluntad del*) V. 380
1. La buena voluntad nos es necesaria.. 380
2. La buena voluntad es difícil. 383
Homicidio. 387
1. Extension que, segun Jesucristo, se ha de dar á estas palabras: *No matarás.* 388
2. Principios que condenan el homicidio. 389
Honor. 393
1. El honor no consiste en cosas vanas 394
2. Tampoco consiste en cosas malas. 396
3. Consiste en cosas buenas, que, naturalmente, atribuimos á Dios. 397
Divisiones. 399
Honradez. (*Es falsa la que no está fundada en la religion*). . 400
1. La incredulidad es incompatible con la verdadera honradez.. 401
2. La incredulidad destruye las virtudes sociales. . . . 405
Divisiones. 406
Humildad. 407
1. La humildad es un principio de fuerza. 407
2. Es el fundamento de toda virtud. 409
3. Es una fuente de paz. 411
Divisiones. 416
Pasajes de la Sagrada Escritura. 417
Figuras de la Sagrada Escritura. 418
Sentencias de los Santos Padres. 419
Hurto. 421
1. Dios condena todos los fraudes. 422

Pág.

2. Pretextos que se aducen para cohonestarlos. 425
Divisiones. 428
Pasajes de la Sagrada Escritura. 429
Figuras de la Sagrada Escritura. 430
Sentencias de los Santos Padres. 431
Índice. 433

FIN DEL TOMO VI.